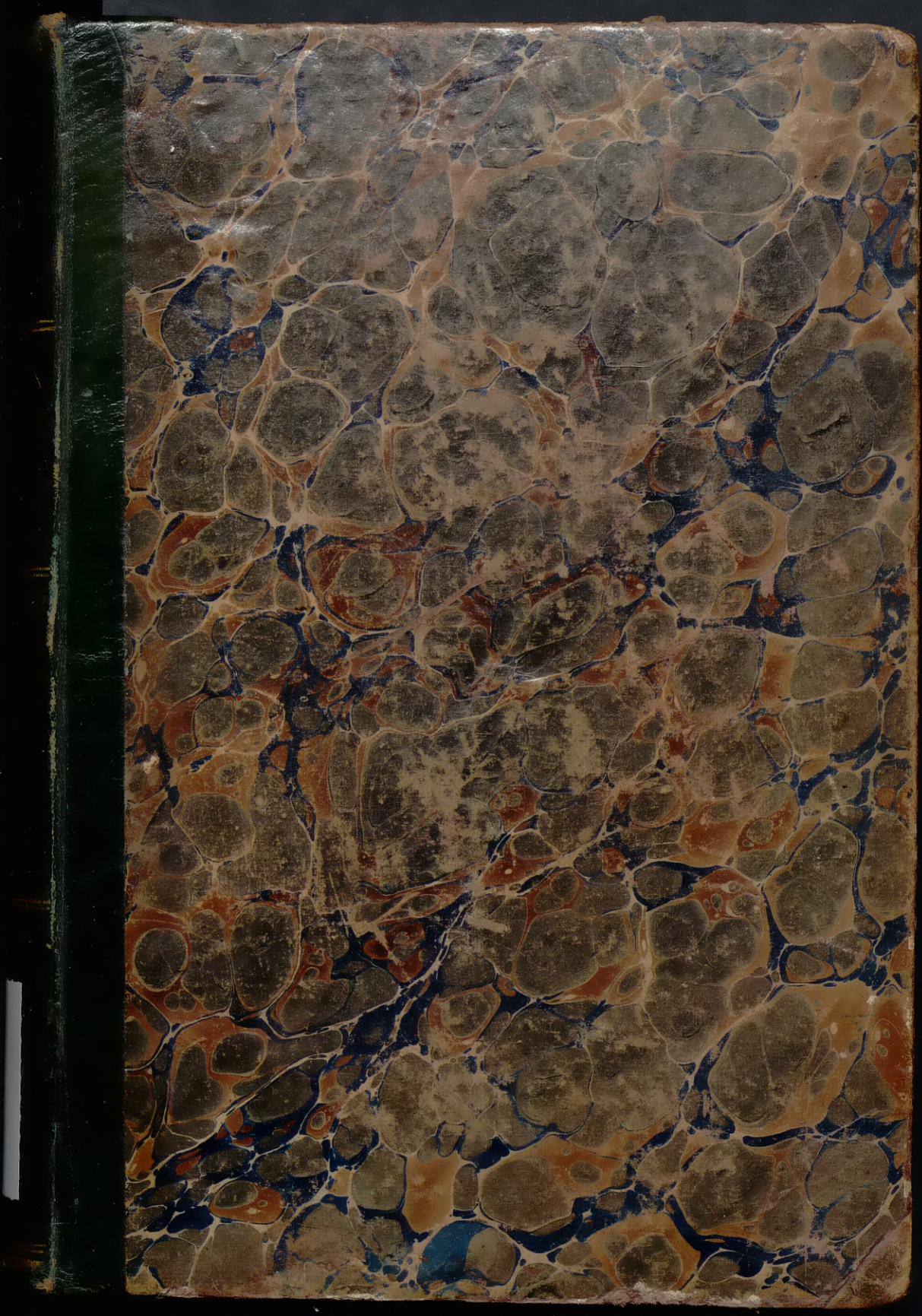
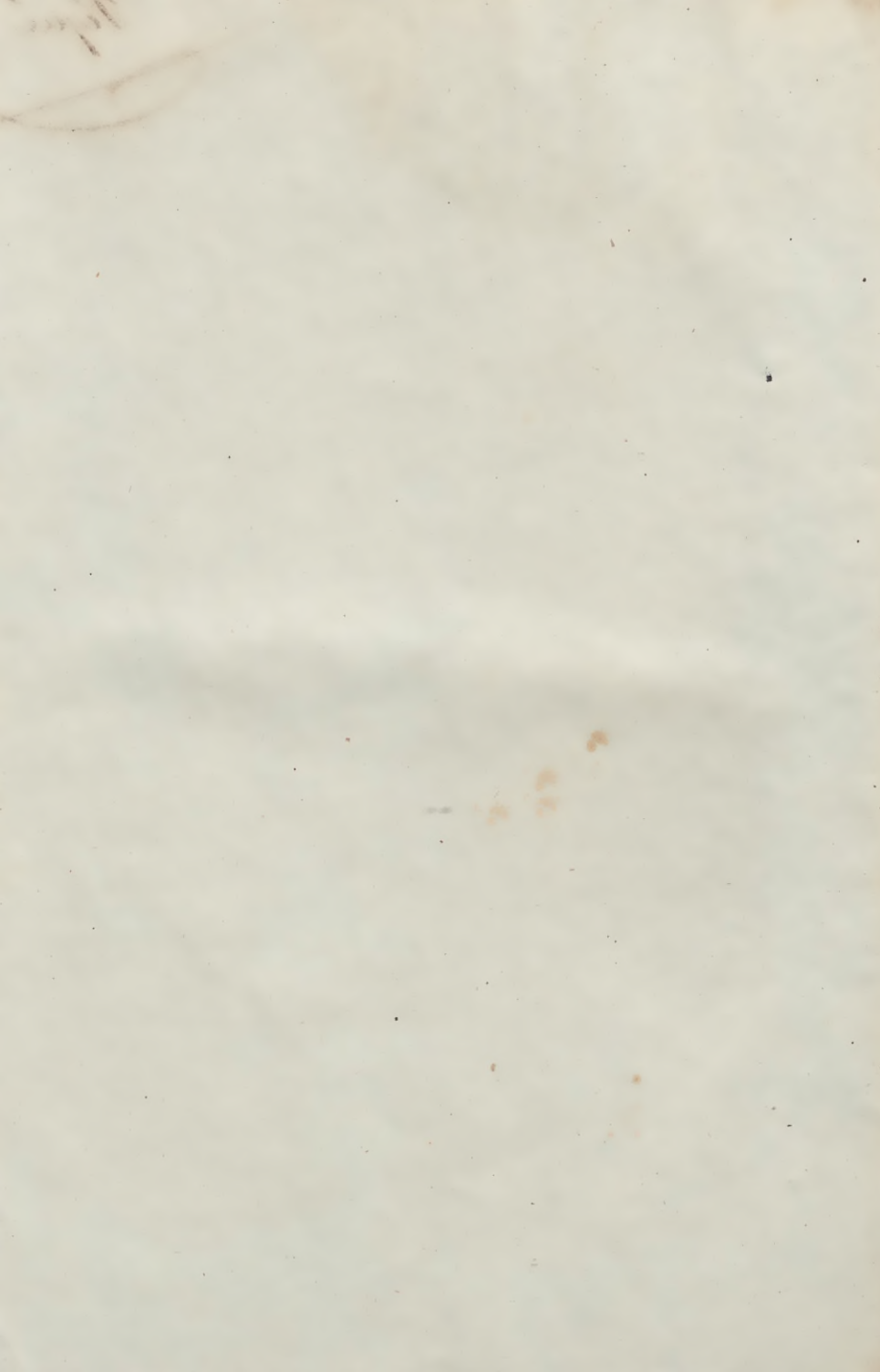




Piqué

DGCL
A

+ 168743
C 1217972



LA CAZA DE LAS PALOMAS.

(MEMORIAS DE LA CORTE DE FELIPE IV).

NOVELA HISTÓRICA, ORIGINAL

DE

DON TORCUATO TÁRRAGO Y MATEOS.



MADRID: 1857.

MIGUEL PRATS, EDITOR, CALLE DEL AVE MARÍA, NUM. 7, CTO. 2.º

Aprobada por la Censura. = Madrid
25 de Agosto de 1857. = *Lugar del sello.*

PROPIEDAD DEL EDITOR.

Imprenta de D. CIPRIANO LOPEZ, Cava-Baja, n. 19, bajo.



AL SR. D. MANUEL MARIA HAZAÑAS.



Si hay algo que pueda recompensar la amistad conque usted siempre me ha distinguido, espero que recibirá este pequeño trabajo que le dedica su mejor amigo. Mas por si algun critico pretendiese analizarlo, voy á hacer algunas observaciones, no tanto por dar una satisfaccion que nadie me exige, como en descargo de mi conciencia.

Basado el argumento en tributar un corto holocausto de admiracion á un poeta célebre, olvidado, mas bien que poco conocido; á un hijo de Guadix, ciudad donde vi la luz primera y donde tantas simpatias tiene usted, me he visto precisado á cometer diversos anacronismos de tiempo, para dar la mayor novedad posible á mi obra, sin faltar ni á la historia, ni á los caractéres.

He seguido en esto la práctica de Chateaubriand, uniendo dos fechas diversas.

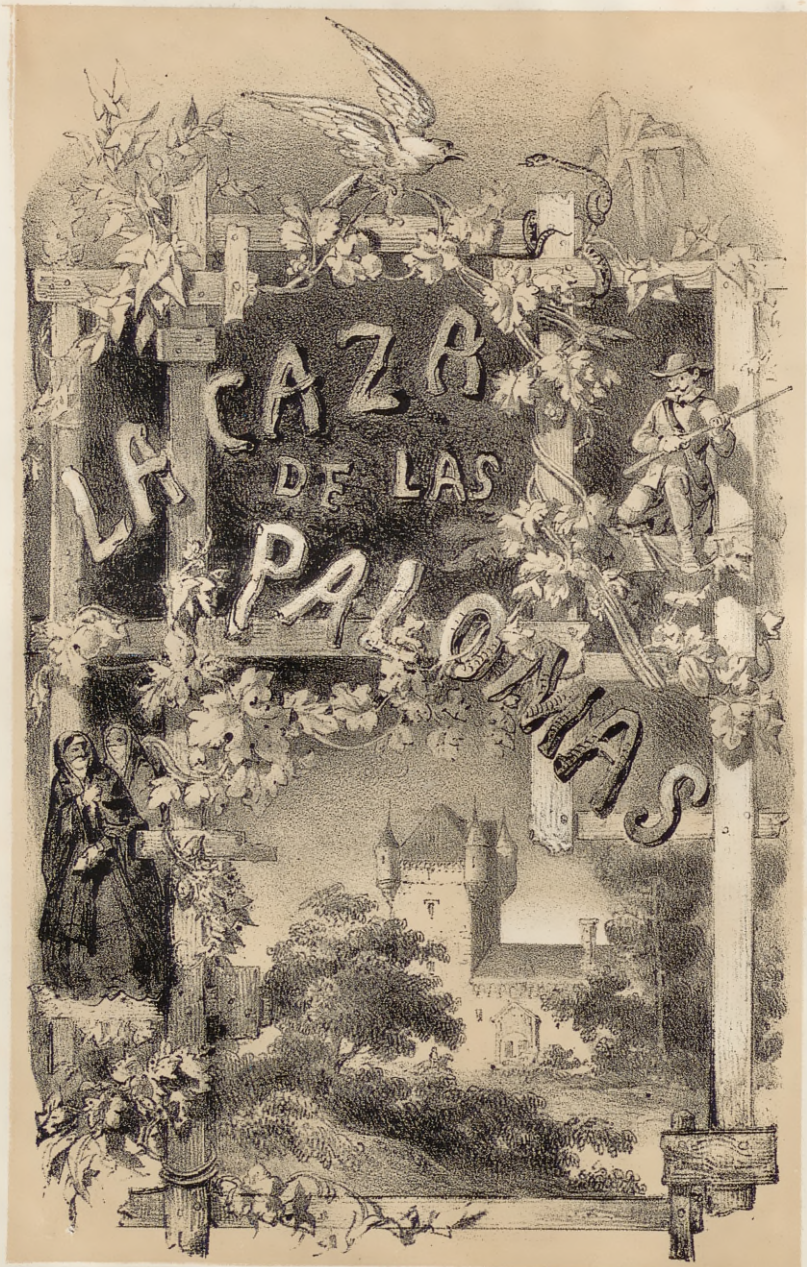
Don Antonio Mira de Amescua, héroe de mi obra, me ha

obligado á ello. Por mucho tiempo estuve trabajando á fin de encontrar su fè de bautismo y su partida de defuncion; pero mis gestiones fueron inútiles. De aqui la razon que dejo manifestada.

Desesperanzado ya, he escrito el libro, siquiera para honrar la memoria de uno de los hijos de Guadix.

Confio que aceptará usted mi dedicatoria y mis esplicaciones con el afecto que le profesa su sincero amigo

Torcuato Tarrago.





LA CAZA DE LAS PALOMAS.

PRÓLOGO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Una mansion feudal en el siglo XVI.

A antigua ciudad de Guadix habia sido colonia romana, metrópoli en tiempo de los godos, y corte en la época de los sarracenos.

Conservaba, y aun conserva, de cada dominacion, como un sello indestructible: de la primera heróicas inscripciones, de la segunda algunas memorias eclesiásticas, y de la tercera un doble anillo de murallas y y torreones que van hundiéndose poco á poco.

Despues de la conquista, Guadix dejó de pertenecer al alto rango de colonia, metrópoli y corte, y quedó reducida á ser el centro de las familias conquistadoras que habian derra-

mado su sangre y consumido su fortuna ante los muros de Granada en 1492.

La nobleza sarracena, parte tuvo que emigrar al Africa, y parte fué á esconderse en las fragosidades de las Alpujarras, para dar paso á la nobleza castellana que se hizo dueña, merced á la munificencia de los reyes católicos, del territorio rico, espléndido y hermoso de la comarca.

Al mediodia tocaron ocho pueblos al heróico Mendoza, fundando el marquesado del Zenet; al noro-este el caballero Hernan Valle de Palacios estableció un cortijo: al oeste el señor de Barradas se posesionó del pueblecito de Cortes y de los baños medicinales de Granada, y así fueron estableciéndose multitud de familias que desde la vida guerrera pasaron á la existencia cómoda y tranquila de la paz.

Los caballeros colgaron la espada junto al fuego del hogar doméstico; dejaron sus mohosas armaduras para que fuesen un monumento de veneracion en el porvenir, y muchos tuvieron que empuñar la esteba y manejar la azada para cultivar los extensos campos que los árabes se habian visto precisados á abandonar.

Despues de haber pasado dos siglos desde estos acontecimientos, naturalmente habian ocurrido trastornos infinitos en aquella colonia de soldados de la cruz que habia fundado Isabel la católica.

Muchos pobladores habian desaparecido; otros, olvidando las gloriosas tradiciones de familia, se habian dedicado á la agricultura, mientras que los mas nobles y mas ricos habian edificado palacios y castillos cubiertos de blasones, muchos de los cuales se conservan aun, como un recuerdo de tiempos tan caballerescos.

Entre estos edificios principales sobresalia el castillo de la Calahorra flanqueado de cuatro torres redondas cubiertas de cúpulas blancas, y colocado sobre un cerro formado de rocas horizontales y verticales que bajan serpenteando de la inmediata Sierra Nevada.

Este castillo, que se conserva perfectamente en la actualidad, domina un inmenso horizonte.

Pueblos, campos, llanuras, montañas, rocas, rios, todo se descubre desde sus puntiagudas almenas.

El valle de Guadix con su estenso verdor, los cerros piramidales que le rodean, señas de un cataclismo de la naturaleza ó de un mar desconocido que hubo de rodar por encima; las azuladas crestas de la Sierra de Segura, contrastando con las plateadas cimas del *Veleta* y *Muley Hassen*, y la masa sombría de las antiguas montañas de la *Bastitania*, todo se divisaba y se divisa desde las amarillentas murallas del castillo de la Calahorra.

Por la época en que abrimos la escena, este fuerte que hoy está entregado á un administrador del duque de Pastrana, estaba habitado por sus naturales señores y era el centro de la nobleza del pais.

Don Diego Hurtado de Mendoza, señor del Infantado y marqués del Zenet, pasaba allí la vida alejado del bullicio de la corte, contento con una existencia semicampestre y semi-feudal, y ageno á las grandes catástrofes que ya por aquella época llovian sobre la España.

No por esto se crea que este noble caballero era ageno á los sentimientos que caben en el corazon de todo buen español; pero se hallaba enfermo hacia unos cinco años; estaba viudo; habia sido enemigo del favorito del conde duque de Olivares; su carácter severo y grave no se avenia bien con una corte llena de poetas, cómicos y pintores, donde en todo se pensaba menos en la recta gobernacion del reino; tampoco estaba muy satisfecho con la reciente subida al poder de don Luis de Haro, ni mucho menos con el reconocimiento de don Juan de Austria, hijo de la Calderona, famosa cómica de aquel tiempo; y la única cosa que le tenia un poco satisfecho, era el casamiento del rey con doña Mariana de Austria, princesa que venia á ocupar el desierto lecho que habia dejado la sensible Isabel de Borbón.

Las guerras colosales que sosteniamos en Cataluña, en Portugal y en Flandes, lo tenian siempre de mal humor.

Era una lucha de titanes en que nosotros llevábamos siempre la peor parte á causa de los desaciertos de la corte; triste

herencia del ministro caído, que recogíamos en los campamentos, á pesar del inmortal valor de nuestros tercios, que á cada revés de la fortuna se presentaban mas resignados, mas dispuestos á sufrir.

Todo esto, unido al estado de postracion en que se hallaba el bueno de don Diego, la soledad tal vez forzosa en que vivia, sus constantes dolores, el melancólico recuerdo de una esposa querida, y por último, las sombras que brotaban de todos los puntos del castillo, el silbido del viento, que continuamente zumbaba en los torreones y galerías, la negrura de los artesonados de nogal, los letreros góticos que corrían á manera de cornisas á lo largo de las paredes de aquellos solares inmensos, el fuego vacilante de las espaciosas chimeneas y el grito de los gavilanes y mochuelos que se anidaban en los huecos de las murallas, aumentaban las escentricidades de su carácter, de suyo lúgubre y atraviliario.

La única dicha que de vez en cuando sonreía al noble caballero, eran las horas que pasaba al lado de su hija María, joven de 15 años, pues sus otros hijos se hallaban en el ejército del marqués de Aytona, que operaba en Cataluña, y en la embajada de Viena, donde don Diégo de Aragon acababa de concluir las no muy difíciles negociaciones de la boda del rey con la bella hija del Emperador Fernando III.

En efecto, el marqués del Zenet no tenia otro consuelo, otro recreo, otra esperanza, que la niña que acabamos de nombrar.

María Hurtado de Mendoza estaba dotada de un talento y de una belleza que hubieran envidiado las mas brillantes damas de Madrid.

Era hermosa como la aurora en el instante de asomar por el oriente, ó como la flor que rompe el capullo que la encierra.

Usamos de estas comparaciones tan comunes, porque la aurora y las flores son objetos que idolatramos con todo nuestro corazón.

Sin embargo, en aquella pureza tersa como un lago, en el fondo nacarado de sus ojos perdidos siempre en el espacio,

como si su pensamiento contemplase las mágicas visiones de la esperanza; en aquella boca entreabierta, cual si fuese á entonar el primer canto de la vida, á semejanza del ruiñeñor que eleva un himno á la primavera, notábase ese aire de raza que marca la superioridad sobre otros séres mas abyectos, y ese orgullo de la sangre que se hereda, mas bien que se adquiere.

Don Diego tenia un mayordomo que entendia en las cuentas de la casa, un rodrigon que le llevaba la silla, el breviario y el almohadon á la iglesia, y un ayuda de cámara cuya obligacion era asistir á la mesa y á la alcoba: en la primera en calidad de copero, y en la segunda para presentarle ó quitarle la ropa, las calzas de rico paño de Milan.

La jóven María tenia una dueña, especie de directora espiritual y material que le ayudaba á rezar y á dirigir las funciones domésticas, y dos doncellas de confianza que le servian, ya para el tocado, ya para enlazar el estirado corpiño de raso al rededor de su cuerpo, ora para colocarle la falda con toda magestad, ora para ceñir el delicado encaje de Flandes al rededor de su cuello.

Además habia otras dos sirvientas mas inferiores destinadas para el cuidado de las habitaciones de María.

Existian otros funcionarios de segundo orden que, si bien no estaban en un roce tan inmediato con sus señores como los primeros, no por esto dejaban de merecer las distinciones que prodigan los amos ricos y nobles á sus criados.

Habia un palafrenero que cuidaba de media docena de caballos, antiguos y fieles compañeros de don Diego, los cuales envejecian de inaccion en las cómodas cuadras del castillo.

Un jardinero que se ocupaba en labrar un pequeño jardin situado al pié del cerro, del cual extraía las mas bellas y variadas flores para adornar las salas de la hija del marqués.

Un capellan que decia misa diariamente en la capilla del castillo, y despues se ocupaba en coordinar una biblioteca de autores clásicos, ó en escribir una crónica de la casa del Infantado.

Finalmente, un page de unos diez y seis años, cuyo destino era no ocuparse en nada y estorbar en todas partes.

Este page vivía en el último zaquizami del torreón del oeste, y solo en los casos, no comunes, de que don Diego saliese á hacer una escursión por sus ocho pueblos de Hueneja, Dollar, Ferreira, la Calahorra, Aldeires, Lantena, Alguife y Ferrer, solo en estos casos, repetimos, el malaventurado mancebo tenía derecho á montar en uno de los seis rocines del conde y acompañarle, sin saber adónde iba ni cuándo volvería á su querido torreón.

Esto no obstante, alguna que otra vez tenía el gusto de oír su nombre en boca del señor marqués, y al menos era una señal infalible de que su memoria no estaba muerta del todo.

Entonces se creía con la autoridad suficiente para embrollar las cuentas del mayordomo, hacerle perder la paciencia al escudero y armar un estrépito de mil diablos para que el bueno del capellán no pudiese seguir escribiendo su crónica; y aun algunas veces se propasaba á tirar piedras al jardinero con no poco menoscabo de las flores, las cuales no dejaban de sufrir con tan continuados proyectiles.

Pero las quejas llegaban bien pronto á don Diego: este se enfurecía, llamaba al page y le echaba una reprimenda de á folio, añadiendo un par de estirones de orejas; y de sus resultados el jóven subía de dos en dos los escalones de la espiral de su torreón y se zambullía en su reducida estancia á conversar amigablemente con las aves de rapiña y los aviones que asiduamente pasaban por frente de su ventana.

En estos períodos de soledad forzosa que el mancebo se veía obligado á guardar, en tanto que duraba el mal humor del señor marqués, observaba un género de vida que para muchos hubiera sido ridículo y para otros incomprensible.

Una vez entregado á sí mismo, libre de todas las miradas y colocado á una altura, en la que no solamente podía observar las operaciones interiores del castillo, sino las que se practicaban fuera de sus muros, nuestro page, naturalmente sério, se transformaba de repente, brillando en sus ojos una alegría interior cuyo origen solo Dios y él podían comprender.

Si hacía frío, gustábase mirar correr las nubes sobre las

imponentes faldas de Sierra Nevada; aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones las heladas ráfagas del viento norte que silbaba tristemente en torno de su torreón; de noche encendía una modesta lámpara, devoraba gruesos volúmenes de nuestros clásicos, ó bien se subía á la plataforma de la torre, desde donde seguía el curso de la luna con melancólica contemplación, ó recibía sobre su frente las gotas de la lluvia y los copos de nieve que se desprendían del cielo.

En la primavera gozaba con el esplendor de la naturaleza; en el otoño sentía en su alma ese moribundo crepúsculo de la creación al despojarse de su rica brillantez.

Pero lo que mas le impresionaba era, cuando en los límites del horizonte se condensaban las negras nubes rompiéndose al pálido fuego de los relámpagos, ó cuando le despertaba de los sueños de la pubertad el sordo ruido del trueno.

Entonces salían de sus labios palabras estrañas que él no podía comprender, y olfateaba el ardiente soplo de la tempestad, como si necesitase de sus emanaciones para los misteriosos goces de su existencia.

Tal era el último personaje de la servidumbre del marqués del Zenet.

A sus cualidades morales, que acabamos de referir ligeramente, reuníanse sus cualidades físicas, que no dejaban de llamar la atención.

El page era alto y delgado: había crecido, pero sus formas aun no se habían desarrollado.

Era pálido, tenía una frente espaciosa, ojos chiquitos y negros, cabellos negros también recortados al rededor del cuello, rostro enjuto y algún tanto marchito por la intemperie y las continuas vigiliias que se imponía, boca grande, dientes blancos como el marfil y barba saliente.

Apenas la sombreaba el bozo.

El conjunto no tenía nada de agradable. A los ojos de las jóvenes escrupulosas que se pagan de las formas, nuestro adolescente hubiera pasado por un pobre diablo, feo como un hormiga moderno, é inútil como un mueble antiguo.

Todos lo consideraban como una cosa que está demás, me-

nos él, que se habia apreciado á sí mismo y se contemplaba como un sugeto interesante.

Durante una de aquellas reclusiones que él se imponia, no sabemos si huyendo del irascible carácter del marqués, ó buscando él por su parte las horas de encantadora soledad que tanto se acomodaban á su genio, y en una tarde de otoño sombría y nebulosa, sintió que alguien subia por la tortuosa escalera de su torreón.

Dejó un infolio que leía con profunda atencion, y arrugó el entrecejo como estrañando que le visitáran á él, pobre paria abandonado de todo el mundo.

Sin embargo, los pasos se acercaban y fué menester dirijirse hácia la puerta.

Pero cuando iba á efectuar esta operacion, sintió una voz cascada y regañona que decia:

—Antonio... Antonio...

—¡Hola! exclamó el page desplegando una risa algun tanto impertinente: ¡me llaman!... y nada menos que el señor Castulo, Epifanio, Carcosforo, mayordomo del ilustre marqués del Zenet, señor de horca y cuchillo, etc., etc.

La voz del mayordomo volvióse á oír, y entoncés el page se vió precisado á contestar.

—¿Teneis la bondad de llamarme?

—Sí.

—¿Cómo es que habeis tenido fuerzas para subir á este nido de gavilanes? preguntó.

—El señor marqués lo manda, y vengo á buscaros en su nombre.

—Y bien, ¿qué quiere el señor marqués?

—Quiere que os presenteis á él.

Este diálogo, tenido mientras el uno subia por la escalera y el otro interrogaba desde lo alto, terminó al presentarse el señor Castulo, anciano que hubiera sido de aspecto grave, á no estar horriblemente desfigurado por las viruelas, y á no hallarse casi cubierto por un pelucon rojo de enormes proporciones.

Antonio tuvo algunos malos pensamientos sobre la peluca,

y hubiérale dado un buen tiron, si el diálogo momentáneamente interrumpido no se hubiese anudado de nuevo.

—¿Sabeis de lo que se trata? preguntó el mayordomo al ver que el jóven no se daba mucha prisa á obedecer.

—He tenido el honor de oirlo de vuestra boca, contestó el page. El señor marqués me necesita.

Y el jóven pronunció estas palabras con un tono de elevada petulancia, mientras que el mayordomo hacia un gesto de profundo disgusto.

—El señor marqués, replicó este, no necesita á los pages: los pages son los que necesitan al señor marqués.

—Altamente cuestionable es ese principio, caballero Castulo, volvió á decir el jóven, pero no quiero argüir... voy á ver al marqués.

Antonio se dirigió con prontitud á la escalera, y hubiera desaparecido en dos saltos por su sombría espiral, á no haber sido detenido por el mayordomo.

—¿Pero adónde diablos vais de ese modo? le preguntó.

—¿No lo habeis oido? contestó el jóven.

—Es que no estais en disposicion de presentaros así.

Y al mismo tiempo señalaba con su mano derecha el traje que cubria al mancebo.

En efecto, Antonio estaba tristemente vestido.

Un coletillo de paño raído y de color problemático, unos calzones rotos, un cuello sucio y estropeado, unas medias agujereadas y unos zapatos descosidos constituían el atavío del page.

Este comprendió toda la gravedad de la observacion del mayordomo.

Sin embargo, permaneció impasible.

—¿Y qué quereis que haga? preguntó por último.

—Es necesario que os mudeis, contestó el señor Castulo.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no tengo conque mudarme.

El mayordomo abrió un palmo de boca.

—¿Pues qué habeis hecho de vuestro flamante traje de page?

—Lo he vendido.

— ¡San Torcuato bendito! El demonio se ha apoderado sin duda de vos. Pero veamos en qué habeis empleado el dinero de esa venta.

—En libros.

Y señaló en un ángulo de la torre una mesa atestada de volúmenes.

Castulo meneó la cabeza, como diciendo: — Está loco, ó le falta poco.

Estaba por consiguiente en un arranque de mal humor.

— ¡Oh! me vais á obligar á que me queje de vos, y entonces...

—Entonces, ¿qué sucederá?

—Se os echará del castillo.

Antonio se encogió de hombros con indiferencia.

—Bien, se me echará.

—Perdereis el porvenir que os aguarda.

—Lo perderé.

—Volvereis á Guadix al lado de vuestros padres á manejar el arado.

—Volveré á manejar el arado. ¿Hay mas?

—Lo que hay es, que sois testarudo como un aragonés, Antonio.

—Corriente.

—Vamos, sepamos para qué quereis esos libros.

—Para aprender.

— ¡Vos! ¡vos aprender!

Y el mayordomo hizo un gesto de suprema duda.

—Si señor.

—¿Y qué aprendeis?

—La historia, las ciencias, la poesía.

— ¡La poesía!... ¿luego intentais haceros poeta?

—Señor Castulo, dijo el jóven con profunda seriedad, hay un axioma castellano que dice: el poeta nace y no se hace.

El mayordomo estuvo á pique de reirse en las barbas del mancebo.

— ¡Oh!... exclamó; ¿y vos sois acaso de los predilectos?

—Creo que sí.

La peluca del señor Castulo giró por sí misma al oír esta noticia.

—¡Conque es decir que sois poeta!

—Hago versos.

Y al pronunciar esta frase, el jóven page elevó la cabeza con tanto orgullo como el autor de la *Jerusalén libertada* al leer su obra delante de Leonor de Este.

El mayordomo conoció que todo razonamiento era perdido en aquel instante.

—Está pasando el tiempo inútilmente, y el señor marqués os está esperando. Bajad al guardarropa, y vestíos al instante con otro traje que encontrareis allí. Es urgente.

El page obedeció, satisfecho de que la conversacion hubiese tenido en la apariencia un desenlace tan pacífico, y se apresuró á vestirse con el nuevo equipage para presentarse al marqués.

Cuando hubo concluido esta operacion, ciñéndose un precioso jubon de terciopelo color de cereza, una gorguera blanca de encaje, una gorra del mismo color y unos calzones negros de rico paño de Guadalajara, no pudo menos de mirarse á un espejo, ó con el objeto de pasar revista á su persona, ó para corregir cualquier descuido que estuviese en oposicion con la elegancia de su traje.

A un observador reflexivo le habria chocado al primer golpe de vista aquel esmero en vestirse que se hallaba en abierta contradiccion con la indiferencia estudiada ó real del jóven.

Pero una vez vestido, bajó al patio del castillo, donde ya estaban don Diego y su hija María.

Una multitud de palafreneros se veían al rededor de los seis caballos del marqués, y se esperaba de un momento á otro una orden del mismo.

Antonio comprendió que se trataba de una expedicion ó de un paseo por los pueblos del Zenet.

Pasó por delante del marqués, que le lanzó una mirada tenaz y algo sombría, y fué á confundirse entre las personas destinadas á seguir la cabalgata.

Desde allí volvió á mirar no á don Diego, sino á María, la cual en traje de montar saltaba en aquel instante sobre una yegua de color perla.

El jóven se puso pálido, y pasó por sus ojos una llama misteriosa.

Don Diego montó á su vez á caballo, y se dirigió hácia el espeso rastrillo de hierro que aun existe enfrente de la puerta principal de la fortaleza.

Todos los demás le imitaron.

El page tuvo que saltar á su vez sobre la silla de un caballo, y fué á incorporarse con el resto de la comitiva, que ya descendia por la rampa del castillo.

Luego que llegaron al llano, Antonio quiso enterarse de lo que ocurría, supuesto que ignoraba las causas de la expedición en que, contra los usos de las pasadas expediciones, iba la hermosa hija del marqués.

Acercóse á uno de los palafreneros y le preguntó:

—¿Sabeis adónde vamos?

El palafrenero miró al page de soslayo y le contestó:

—Creo que hácia Guadix.

—¿Con qué objeto?

—Lo ignoro.

—Sin embargo, pudiérais haber oído algo.

—En efecto, segun parece...

—¿Qué?

—Se dice que viene el señor conde de Montellano.

—¿El conde de Montellano! exclamó.

El page sabia al parecer lo bastante: hizo un gesto, como si hubiese visto al demonio: se puso pálido como un difunto: apretó los acicates á su caballo, y se mordió los labios hasta hacerse sangre.

La noticia le habia trastornado.

Este trastorno era su secreto.



CAPITULO II.

El secreto del page.



En los límites de las llanuras del Zenet encontraron al conde, y todos volvieron al castillo.

Era el recién llegado un elegante caballero, de apuesto continente, hermosa fisonomía, brillante porte y modales delicados.

Uníanle lazos de parentesco al marqués del Zenet; pero estos lazos no eran tan estrechos como algunos habían supuesto, por lo que se hablaba de ciertos proyectos que existían en la familia del joven conde con el objeto de solicitar la mano de María Hurtado de Mendoza.

Pero si algo había de esto, era tan solo el proyecto; ningún paso se había dado para realizarlo.

La llegada casi repentina del marqués revivió los antiguos rencores y dió ancha materia á la charlatanería de la multitud.

La caza.

En el castillo particularmente, desde el respetable señor Castulo hasta el jardinero, convinieron todos tácitamente que el asunto de las bodas era un asunto concluido, tratado, sancionado y ratificado por las partes.

Dentro de corto tiempo el noble huésped debia ser el esposo de María.

La noche, á pesar del adusto carácter de don Diego, pasó entre diversiones sencillas preparadas por los vasallos del marqués, concluyendo con una magnífica cena, donde se sirvieron esquisitos manjares, dulces, helados y licores.

A las doce sonó la campana del castillo, anunciando que era la hora de recogerse.

El señor Castulo por orden espresa de su amo tomó una bugía y condujo al conde á las habitaciones que tenia destinadas.

El mayordomo principió á hacer una dilatada apología sobre las cualidades del marqués y sobre las bellas costumbres de su hija.

Pero el conde era tan prudente, que no manifestó la mas leve señal de la alegría propia de todos los amantes, cuando oyen elogiar á la persona que aman.

Su estratagema no tuvo el resultado que anhelaba.

Sin embargo, cuando dejó al conde acostado, toda la servidumbre le esperaba en la inmediata galería, á fin de saber lo que habia hablado.

Aunque hemos dicho *toda la servidumbre*, no se entienda esto en términos absolutos.

Faltaba Antonio.

El mayordomo comprendió al momento lo que queria aquella concurrencia; pero en casos dados conviene adoptar una suprema reserva, mas bien que confesar una profunda ignorancia del asunto que se pretende saber.

Pasó por medio de la multitud con magestuoso silencio. A las preguntas, á las miradas y á los gestos contestó con un estirar de cejas y una sonrisa equívoca, lo cual queria decir mucho; pero en realidad nada decia.

Dió las buenas noches y se metió en su cuarto.

La servidumbre se retiró á dormir, muy complacida de la esplicacion pantomimica del señor Castulo.

Solo una persona era la que no pensaba en el sueño.

Era el page.

Encerrado en su torreón, se habia echado de pechos en la tronera que le servia de ventana, permaneciendo de este modo mas de una hora.

Ni un gesto, ni el mas leve movimiento, ni la mas ligera alteracion recorria su cuerpo.

Parecia fijo allí por un soplo de los genios de la *lámpara maravillosa*.

¿Qué veia? ¿Qué pensaba?

Dificil era penetrar en el tenebroso laberinto que en aquel instante brotaba de aquella cabeza, volcan humano que aniquila á veces tanto como el fuego que sale de las entrañas de la tierra.

Hay momentos en que el pensamiento es un libro cerrado imposible de leer.

Antonio sentia las ráfagas del viento de la noche jugar entre los descompuestos rizos de su cabellera; notaba sombras en torno suyo, un espacio impenetrable como su corazón, una cosa horrible como la muerte.

Cuando brota esa lucha del alma, no se puede comprender lo que sucede.

No hay razon: tampoco hay la vida ideal que flota sobre la vida de la materia.

Las horas, el silencio, la soledad, la calma nocturna, las estrellas, ese polvo esplendoroso de los cielos, el sueño, la poesia, la ilusion, todo lo que ve la juventud en los dias de la esperanza, se hallaba desvanecido en aquel sueño.

¿Por qué?

¿Qué grafas invisibles le encadenaban á él, Prometeo de la fatalidad, en la roca de la desventura?

No era fácil saberlo; pero lo que sí se adivinaba al primer golpe de vista, era que el pobre page sufría en aquel momento el estrago de una tempestad que aniquilaba su corazón.

Acaso á la luz de los relámpagos de esta borrasca puedan descubrirse sus sentimientos.

Despues de permanecer por otra media hora mas en la misma postura en que lo hemos encontrado , lanzó una especie de berrido , pues á veces es preciso lanzar todo el aire que se encuentra comprimido en nuestro pecho , y exclamó:

— ¡ Se casan !

Esta frase lo decia todo.

Pasó por la fisonomía del jóven una sombra que se detuvo en su frente , como la nube que descansa en los limites del horizonte , rechinó los dientes é hirió el pavimento con el pié como si pretendiese derribar el castillo á tan violento impulso.

Despues lanzó una sonrisa insensata.

— ¡ Qué loco soy ! exclamó. Si se casan , que se casen... Ella no es para mí... Somos dos seres estraños que estamos en los extremos de esta cadena de gerarquías que constituye la sociedad... Ella es rica : yo soy pobre... He sido un necio... un tonto. Sin embargo , hay aqui en mi pecho una cosa de hierro candente que me devora... ¡ Oh ! ¡ alma de poeta ! ¡ Corazon de cera ! ¿ Por qué ha de dominar el delirio á la razon ? Fuera de una vez esos sueños de amor ; fuera esas locas esperanzas ; fuera esos desvarios del sentimiento. Seamos dueños de nosotros mismos ; esa boda me alejará de este tranquilo asilo donde he pasado los dias de mi niñez y las ilusiones de la juventud. Daré un adios á esta hermosa comarca , me despediré de Guadix , de esos torreones seculares , á cuya sombra recogia , pobre y solitario niño , las primeras inspiraciones del génio... Despues...

El page se detuvo : se hallaba horriblemente pálido , y necesitaba enervar la fuerza de sus ideas para que no le causasen un dolor insoportable.

Su frente despedia fuego , y la presentó al fin al contacto del viento de la noche.

Esto le causó algun alivio.

Sin embargo , continuó meditando.

— ¿ Qué existe tras ese *despues* , última palabra de mis sueños , postrer suspiro de mi esperanza ? Existe la lucha de la inteligencia , el triunfo del pensamiento , el resplandor de la gloria humana... Ese es el porvenir... Y á pesar de todo esto , daría esa vida de felicidad , ese constante anhelo de mi juven-

tud que mi alma presiente ó que verdaderamente adivina, porque esa boda no se efectuase... ¡Maria! palabra de condenacion... ¡Maria!... ángel de mi felicidad... ¡Maria! demonio de mi desventura... ¡Oh! siempre colocada aquí en el corazon... siempre ahogándome como Hércules á Anteo. No... basta ya. Has clavado todos los dardos de tus ojos en mí... Está bien... necesito vengarme del daño que me has causado. Antes de huir, es preciso que sepas que la hormiga herida vuelve la cabeza para picar. Acaso esta noche...

El page se golpeó la frente con las manos, y en seguida se puso á morderse las uñas hasta hacerse sangre.

Aquel espíritu ardiente necesitaba crearse un dolor físico para aplacar el dolor moral que le devoraba.

Lanzó algunos mugidos de desesperacion y volvió á quedar inmóvil, meditando en su situacion ó en otros proyectos mas sombríos.

Era ya la una de la noche.

Antonio estuvo por largo tiempo registrando todos los rincones, y cuando se hubo satisfecho de que nadie podia observar sus operaciones, dejó la ventana y miró á todos los ángulos de su habitacion, como si temiese ser espiado.

Llegóse á la estrecha puerta que daba á un pasadizo que se enlazaba con la escalera, la cual subia á lo alto de la torre.

Satisfecho de que no habia persona alguna en aquel sitio, llegóse al promontorio de libros que tenia hacinados en un rincón, y los fué separando con la punta del pié hasta que descubrió el pavimento.

Aquellos volúmenes tan queridos y tan conservados eran en aquel momento hollados con toda indiferencia, como si fuesen los autores de los dolores que dominaban al page.

Una vez espedito el ángulo donde habian estado tranquilamente los respetables volúmenes, el jóven clavó sus ojos en una losa blanca, la cual parecia perfectamente unida con las demás.

Hincó una rodilla en tierra, inclinó el cuerpo hácia la losa, y apoyando una de sus manos en un extremo, la hizo girar por si misma mediante á estar sujeta por dos ejes, presentando un hueco espacioso.

Antonio se apresuró á sacar de aquel escondite una escala, una cuerda, un puñal, una carátula y un albornoz negro.

Empujó la losa en sentido inverso, cerróse inmediatamente, volvió á amontonar los libros con la punta del pié, y sin detenerse un instante, se envolvió en el albornoz, se puso la careta, enrolló la escala y la cuerda en un brazo, y guardóse el puñal en el pecho.

El page disfrazado de aquel modo parecia al implacable Silva en el instante de presentarse á Hernani.

— Ahora, murmuró con los dientes apretados, demos el primer paso hácia el destino. Si es preciso huir, huiré cuando satisfaga los deseos de mi corazon; si es preciso amar, sacrificuemos el reposo, la esperanza y la existencia á ese amor loco y terrible que se ha apoderado de mí.

Concluida esta especie de oracion fúnebre, apagó la luz, cerró la puerta de su cuarto por la parte de afuera, y siguió el pasadizo hasta que llegó á la escalera que conducía á la torre del oeste.

Esta escalera le era muy familiar, y llegó sin tropiezo á la plataforma.

Ya en aquel punto, podia decirse que dominaba todo el interior del castillo.

Desde allí, á pesar de la oscuridad, conocia adónde caían todos los departamentos, la forma exacta de estos; sabia las puertas que estaban abiertas y las que estaban cerradas, podia señalar la habitacion del señor marqués, la que habia sido destinada para el conde de Montelleno, y últimamente una estancia de bóveda baja y aplanada, en cuya clave habia un ángel de piedra que parecia velar los sueños inocentes de aquella flor delicada.

Todo esto lo sabia perfectamente Antonio, como si en aquel instante un nuevo Asmodeo levantase los tejados del castillo para mostrarle su interior; pero lo que mas llamaba su atencion de todos estos pormenores, era una espaciosa chimenea que caía á la sala de tocador.

El page, sin encomendarse á Dios ni al diablo, fijó la escala en la parte del torreón que caía hácia el hueco de muralla

que corre á enlazarse con la torre del norte, á fin de llegar á los tejados del castillo que arrancaban desde el cornisamiento de la misma muralla, y no titubeó en descender por ella hasta que logró llegar á las almenas inferiores.

Salvado con toda felicidad el primer peligro, dejó pendiente la escala á fin de tener un camino seguro para huir en caso de retirada, y siguió la direccion de las canales maestras, arrastrándose como un gato á fin de no causar ruido.

De este modo llegó hasta la chimenea que comunicaba con las habitaciones de la hija del marqués.

Deslió la cuerda que llevaba en el brazo, y la ciñó perfectamente á los ángulos de la embocadura.

Es sabido que las chimeneas antiguas, lejos de tener esa cubierta que hoy se acostumbra, presentaban su ancho cañon sin estorbos de ningun género, escepto algunos adornos que cubrian sus costados ó extremos: en uno de esos adornos fué donde Antonio sujetó la cuerda.

En seguida principió á desprenderla con mucha cautela, hasta que llegó al punto conveniente para que su descenso fuese rápido y seguro.

Solo le faltaba saltar á la embocadura y desaparecer por ella.

No tardó un minuto en practicar esta operacion.

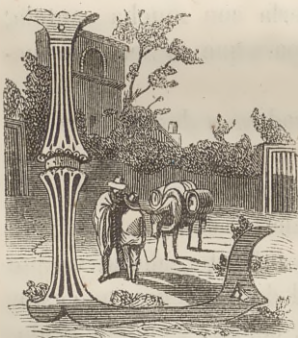
— Ahora, dijo con una sonrisa siniestra como la del ángel malo cuando va á cometer una accion infausta, ahora, ya que estoy loco para desconocer la gravedad de las locuras que estoy cometiendo, ya que estoy enamorado, celoso, y endemoniado, adelante. ¡Corazon de fuego, obedéceme! ¡alma de poeta, tranquilízate!

Y el page desapareció por la negra boca de la chimenea, como si un mónstruo hubiera abierto sus fáuces y lo hubiese devorado.



III.

El eco.



A bella María Hurtado de Mendoza no se habia acostado.

Luego que se hubo retirado á sus habitaciones, pidió á su dueña un libro, y colocándose cerca de un reclinatorio, se puso á leer con profunda atencion.

Reinaba en torno de ella un silencio solemne.

En un sillón de elevado respaldar se entregó la dueña por algun tiempo á sus ejercicios devotos, hasta que concluyó por dormirse profundamente.

Las dos doncellas de confianza, colocadas en un término mas lejano y medio cubiertas con las anchas sombras que estendia la luz de la bugia quando se agitaba al soplo del viento, esperaban el momento en que la noble señorita se levantase para dirigirse al lecho.

Esta escena pasaba en la misma habitacion que servia de dormitorio.

Por consiguiente, la sala del tocador y la que le antecedia se hallaban semi á oscuras y abandonadas.

El dormitorio era, como ya hemos dicho, reducido cuadrado y con bóveda aplanada, sostenido por una clave de piedra que representaba un ángel.

Las paredes estaban cubiertas de antiguos tapices, en los que se veían perfectamente dibujados pasages biblicos y episodios mitológicos; pero estos, sin tener esa escandalosa licencia que ya por aquella época consignaron en el lienzo los mas clásicos pintores flamencos.

El lecho era de sándalo con embutidos de marfil, nacar y bronce, mueble antiguo, pero de considerable mérito.

La sillería era de ébano, toda labrada en forma espiral, ó á la manera de las columnas salomónicas.

El reclinatorio era de la misma madera, pero su forma era medio gótica, medio plateresca.

Hubiérase creído que era una obra selecta de Berruguete ó Borgoña.

Ultimamente, una mesa de nogal sostenia dos jarros de flores y una preciosa Virgen de plata colocada en una urna de cristal.

La sala del tocador, tambien poblada de tapices, tenia con corta diferencia los mismos muebles que el dormitorio; pero á estos habia que añadir un magnifico espejo de cuerpo entero sostenido por dos cariátides, y una mesita donde estaban colocados los perfumes y las flores que llenaban de aromas y esplendor la cabellera de la jóven.

El espejo estaba colócado como á dos varas de distancia de la chimenea, en términos que la cubria perfectamente.

Además, un biombo poblado de figuras fantásticas ocultaba en el verano aquel inmenso hogar que servia para templar, á fuerza de troncos de encina, las tres habitaciones de que nos vamos ocupando.

La sala primera, merced á su grande estension, carecia del adorno de las otras dos piezas inmediatas; sin embargo estaba en armonia con las demás.

Hemos dicho que María leía, la dueña roncaba, y las dos

doncellas de confianza esperaban en silencio las órdenes de su ama.

Dos horas habian pasado de este modo con grande asombro de los mismos acostumbrados á oir en el lecho el toque de la queda.

Decididamente en mucho tenia que pensar la señorita cuando habia pasado ciento ochenta minutos, ó lo que es lo mismo, tres horas mortales desde las diez á la una, en esperar el instante en que el dios Morfeo, como se decia entonces, ciñese con su corona de adormidera las blancas sienes de la doncella.

Pero el dios Morfeo no estaba aquella noche por atormentar á María.

Esta tenia mucho en que pensar.

Por largo tiempo estuvo entretenida con la lectura, pero insensiblemente principió á pasar hojas sin leer: su pensamiento no estaba en el libro.

Al sonar la una en la campana del castillo, recordó que era muy tarde, y que su dueña y sus doncellas tendrian deseos de descansar.

Dilató sus hermosos ojos, algun tanto encendidos por el tiempo que habian estado fijos en un objeto, y volvió la cabeza para recordar, mas bien que para ver, lo que pasaba á su alrededor.

La luz de la bugía estaba algun tanto amortiguada, y solo distinguió grandes sombras, en cuyo fondo aparecian inmóviles sus doncellas.

Hizo una seña para que estas se acercasen.

—Inés, preguntó á una de ellas, jóven vivaracha y de risueño aspecto.

—¿Qué mandais, señorita? contestó corriendo al lado de esta.

—Ya debe ser muy tarde. ¿No es verdad?

—Acaba de dar la una.

—¡Oh! la una. ¡Cómo se ha pasado el tiempo! y sin embargo, no tengo sueño.

—Nada de extraño es eso. Teneis la vista cargada.

—¿Si?

—Estais tambien muy encendida.

—Sin duda es causado esto por el paseo de esta tarde. Llegamos á los límites del llano, y acaso hubiéramos descendido al pintoresco valle por donde corre el rio Guadix á no haber aparecido el conde de Montellano.

María al pronunciar este nombre se puso mas encendida de lo que estaba.

—El conde de Montellano, contestó Inés, es un caballero sumamente cumplido y galan. ¿De dónde viene, señorita?

—De la corte.

—¿Pasará muchos dias en el castillo?

—No lo sé. Creo que viene á ventilar con mi padre algunos asuntos de familia.

Inés se sonrió con cierta graciosa malicia que no dejó de alarmar á la jóven.

—¿Por qué te ries? le preguntó en seguida.

—Dispensadme; pero al oiros hablar de ese modo, me he acordado de una cosa.

—¿De qué?

—De lo que se dice por ahí.

—Y bien, ¿qué se dice?

—Cuéntase entre la multitud, que la visita que el conde de Montellano hace á vuestro padre, es motivada por un objeto mas tierno que el de un simple asunto de familia.

—No te comprendo.

—Dicen que el conde solicita nada menos que ser vuestro esposo.

María, de encendida que estaba, púsose blanca como una azucena.

La doncella comprendió que acababa de cometer una indiscrecion; pero ya no habia remedio de recoger sus palabras.

La noble jóven sabia distinguir, á pesar de su corta edad, la reserva que prudentemente se debe tener en ciertos casos, y contentóse con hacer un mohin interesante, sin dar una respuesta categórica.

Levantóse de su asiento, y dijo:

—Ya es hora de descansar. Vamos al tocador.

Inés tomó la bugía, mientras la otra doncella corrió á la estancia inmediata para preparar esos mil detalles que necesita una mujer de elevada gerarquía para acostarse.

María se sentó enfrente del espejo, retratándose su preciosa imagen en la brillante luna con todos los atractivos del abandono y de la juventud.

Las dos doncellas se apoderaron de su cabeza, y principiaron á destruir el complicado peinado que entonces se usaba, cuyo modelo puede verse en los retratos que el célebre Velázquez nos ha dejado de doña Mariana de Austria.

Antes habian ceñido á su cuello un peinador blanco de batista, que cayó en ondulantes pliegues hasta el suelo.

Ya de este modo, todo dependia de la diestra habilidad de las dos mujeres.

María se miró al espejo con cierta coquetería propia de su edad, comprendiendo que el cielo la habia dotado de los encantos de la hermosura.

En aquel instante se hizo ciertas preguntas acerca de su porvenir, pues es sabido que aun en los corazones mas candorosos eleva su cabeza la serpiente invisible que se anida en nuestro pecho y se llama orgullo.

María, satisfecha de sí misma, no se atrevia á sondear el fondo de su alma.

El insomnio era producido por sensaciones hasta entonces desconocidas.

En las vagas palabras que habia oido á su padre, en el inesperado viaje del conde, en los rumores de la multitud comprendia que existian proyectos identificados con su suerte y su porvenir.

Su corazon habia adivinado, que su mano era el objeto de tales acontecimientos, y no pudo menos de sentir los primeros goces de la esperanza y del amor que, como un ramillete de flores, perfuman los instantes de la existencia.

El conde de Montellano, preciso es decirlo, no se habia separado de su pensamiento. Conservaba de él un confuso recuerdo, cuando era niña, débil reflejo de otra edad, que no

podia menos de palidecer ante el jóven y gallardo caballero que se le habia presentado aquella tarde.

Aunque acostumbrada al trato de las personas mas influyentes de la comarca, comprendió la inmensa diferencia que existia entre el huésped que acababa de recibir, y las demás personas que habitualmente formaban el círculo de sus relaciones.

El conde usaba de aquella elegancia que fué tan ruinosa para nuestra nobleza, pero que se sostuvo con tanto descaro desde que el galante Villamediana tuvo el atrevimiento de clavar sus ojos en Isabel de Borbon.

Hablaba con aquellas frases algun tanto estrambóticas, pero que entonces formaban el encanto del language, origen del culteranismo de Góngora y de Bartolomé Grumiro.

Contaba lindas anécdotas de la corte, hacia descripciones brillantes, referia con tal veracidad de colorido lances de desafíos, aventuras de teatros y episodios de poetas, que no era posible interrumpir al jóven caballero cuando hablaba de todas estas cosas.

María, como todos los demás, habia caído en los lazos de aquel genio seductor que todo lo llenaba de luz.

María, cediendo como era consiguiente á las impresiones que ya habia recibido acerca del objeto de la venida del conde, como tambien á su corazon de mujer, no solo habia sido subyugada, sino que sentia una inquietud vaga, una dulce melancolía, una cosa que ella no se sabia esplicar, que la arrastraba á pensar de continuo en el conde.

Las palabras que poco antes habia pronunciado Inés, si bien la ofendieron en su orgullo, halagaron su amor propio. Borró de su frente la nube fijada en ella por las inconsideradas expresiones de la doncella, y sintió una ansiedad vivísima por reanudar una conversacion tan bruscamente interrumpida.

—¿Y mi dueña? preguntó enseñando sus dientes de perlas.

Perdónesenos la comparacion, pero preciso es usar de ella, por antigua que sea, ya que no encontramos otra cosa mejor para comparar aquellos dientes.

— Está en vuestra alcoba, contestó Ana.

—¿Quereis que la despierte? replicó Inés. Tiene el sueño de una bienaventurada.

—Dichosa ella; dejadla que descansa, contestó María.

—¿Pues qué, preguntó Ana, no teneis gana de dormir?

—No.

La jóven lanzó un suspiro.

Pero ¡cosa estraña! al resonar este suspiro pareció reproducirse detrás del espejo.

Las tres jóvenes oyeron perfectamente aquella reproduccion, y se miraron las unas á las otras.

—¿Has suspirado tú tambien, Inés? preguntó María.

—Yo no, señorita.

—Ni yo, contestó Ana.

—¡Oh! cualquiera diría que habia sonado otro suspiro aquí.

—Sí.

Este sí, que ninguna de las tres jóvenes habia pronunciado, resonó perceptiblemente como el anterior suspiro, con tanta dulzura, con tan tierna cadencia, que hizo estremecer al bello grupo que estaba delante del espejo.

—¡Dios mio! exclamó María dilatando los ojos... Creo que han dicho sí.

—En efecto, señorita, contestó Inés mirando á todas partes, y registrando todos los ángulos del salon. ¿Has oido tú, Ana?

—Tambien.

Y al decir esto la doncella se aproximaba con visible temor á su señorita.

Por un momento palpitaron aquellos tres corazones bajo las rápidas ideas del miedo; pero María, cuya aventajada educacion la libraba en parte de ciertas absurdas creencias tan generales en aquel siglo, reflexionó que todo podria ser una ilusion, ó tal vez una realidad comun.

Un incidente que al pronto hizo estremecer á las dos doncellas, vino á dar una razon á las reflexiones de María.

La dueña, que dormia profundamente, lanzó en aquel instante un ronquido estrepitoso.

Al principio Ana é Inés no pudieron contener un grito,

pero cuando comprendieron la causa del estrépito, el grito degeneró en una triple carcajada.

Segun su juicio todo estaba explicado.

La dueña habia sido el origen de su temor.

Siguió la conversacion por lo tanto, olvidando el gracioso origen de aquel ruido infundado.

— Inés, dijo de pronto María mirándose al espejo, creo que dejé sin contestacion lo que me preguntastes hace poco.

— No recuerdo... ¿Tuviérais la bondad de indicarme alguna cosa?

María inclinó la cabeza y replicó:

— Hablábamos del conde de Montellano.

— ¡Ah, si! exclamó Inés.

— Me decías que existian ciertos rumores...

— En efecto, señorita: se habla entre la multitud...

— ¡Qué!

— Perdonadme, pero la imprevista llegada del señor conde habrá dado ocasion para que el vulgo se entretenga en formar comentarios que pueden ser inverosimiles.

— ¿Pero últimamente, ¿qué se dice?

— Temo que os molesteis, señorita.

— No tengas cuidado, Inés; conozco la lealtad conque me sirves, y nunca puedo figurarme que tu intencion sea ofenderme.

— Bien, contestó la doncella. Se dice que el conde aspira...

— ¡Mentira! dijo al mismo tiempo la voz misteriosa que poco antes se habia oido.

Esta voz ya no podia ser la de la dueña.

María se estremeció y miró á Inés, esta miró á Ana, y aquellas tres personas se agruparon entre sí, como si esperasen de un momento á otro ver surgir de algun ángulo de la estancia una de esas blancas apariciones de los castillos feudales condenadas á presentarse de tiempo en tiempo á los ojos de los mortales.

La voz tenia la misma direccion que las dos veces anteriores; habia sonado casi detrás del espejo, advirtiéndose en la última palabra cierta inflexion acre y dura, como si le desa-

gradase completamente la noticia que iba Inés á comunicar á su señorita.

María era superior á su edad y á las preocupaciones de su tiempo. No podia comprender que hubiese en aquella aventura algo de sobrehumano, y fijóse en la idea de que alguna persona estraña habia tenido el atrevimiento de penetrar en su habitacion.

Pero ¿por dónde?

Todas las puertas habian estado cerradas, y el castillo se hallaba constantemente bajo la vigilancia de una guardia de antiguos arcabuceros:

La jóven se puso de pié, tomó la bugía, y ordenó á sus doncellas que la siguieran.

Principió entonces un escrupuloso registro por las tres habitaciones. El espejo, el biombo, el lecho, los tapices, todo se examinó con la mayor detencion.

No era fácil saber que el fantasma estuviese suspenso en el cañon de la chimenea.

Satisfechas de que nadie habia, pensaron por un momento en la existencia de esos espíritus bulliciosos, de esos duendes amables que vagan en los caserones antiguos, para atormentar á las viejas y halagar á las muchachas.

¡Quién sabe! Acaso uno de esos genios familiares se habia introducido por las rendijas de la puerta y estaba á la sazón jugueteando entre los tapices.

—No hay nadie, murmuró María; hemos visto visiones sin que las haya.

—Pero lo cierto es que han hablado, dijo Inés, no repues-
ta del susto.

—Puede ser una aprension nuestra.

—¡Ah! yo escuché perfectamente, añadió Ana; han dicho: *mentira*.

María quedó pensativa.

—¿Y quién puede haber dicho eso? preguntó.

—Un duende; solo un duende.

—Entonces no tengamos miedo. Los duendes no hacen daño.

— ¡Oh! pero es peligroso tratarlos.

— ¿Y qué hemos de hacerle?

— No temerle, volvió á decir la voz de una manera tan dulce y persuasiva, que las tres jóvenes quedaron mudas de asombro.

Aquello era mas grave de lo que parecia. Ya no cabia duda de que el espiritu, ó lo que ello fuese, tenia interés en mezclarse en la conversacion, como un eco que interpretaba los pensamientos de las jóvenes.

Habian oido su última palabra; pero esta palabra blanda, apacible, y si se quiere cariñosa, infundió en María un terror positivo, porque nunca pudo creer en la realidad de aquella aventura, hasta el instante en que se acababa de verificar.

Estuvo dispuesta á huir seguida de sus doncellas; pero entre las diversas consejas que habia oido referir sobre los duendes, acordóse de una en que en un caso semejante el espiritu se habia transformado en un ovillo de hilo, enredándose en los piés de las fugitivas, evitando por esté medio la evasion.

María quedó por lo tanto clavada delante del espejo, sin atreverse siquiera á respirar.

Su valor se habia desvanecido.

Las dos doncellas temblaban de miedo.

Ninguna se atrevia á moverse.

Duró algunos momentos un profundo silencio, hasta que la noble doncella, conociendo que era preciso salir de aquella situacion, hizo un esfuerzo sobre sí misma y exclamó:

— Nos estamos espantando á nosotras mismas. Esa voz ha dicho que no le temamos. ¿A qué, pues, temblar? Además, creo que hemos exagerado nuestro propio miedo. Hay una causa natural, de la cual no hemos hecho caso, y puede ser el origen de todo.

— ¿Qué causa es esa, señorita? preguntó Inés.

— El eco. Muchas veces se reproduce nuestra misma voz, como si fuese una voz estraña, siendo tan solo efecto de la percusion del sonido. Acaso esta habitacion esté construida de modo que repita las palabras, y sea la causa de nuestra alarma.

— Tal vez, dijo Ana meditabunda.

— En ese caso, hagamos la prueba. ¿Hacia qué parte se han repetido esas voces?

— Hacia el espejo y hacia el biombo.

— Ya hemos visto que nadie hay detrás de estos muebles.

— Pero ¿y si es un espíritu, señorita? observó Inés.

— Ahora lo sabremos. Voy á preguntar qué es lo que pretende en tal porfía.

— A María, exclamó la voz.

— ¡Oh! ¿lo habeis oido? no puede ser el eco, dijo Ana espantada.

La jóven se estremeció de nuevo.

— ¡Han pronunciado mi nombre!... Entonces el duende está aquí.

— Sí, dijo la voz.

Un nuevo grito salió de los pechos de las tres jóvenes.

— Pero ¿qué objeto puede tener ese espíritu al presentarse en esta noche, que tan feliz debia ser para mi corazon?

— ¿Por qué no se lo preguntais? dijo Inés, que ya se iba familiarizando con el duende.

— Apenas me atrevo.

— Dejad el miedo, exclamó con una ternura sin igual la misteriosa voz.

— ¡Dios mio! Me habla, prosiguió Maria juntando las manos. ¿No lo habeis oido?

— Pues bien, preguntadle.

— Apenas tendré atrevimiento para tanto. He perdido mi serenidad desde el instante en que ese espíritu parece interesarse en mi suerte. ¿Qué motivo puede conducirle á nuestro alrededor.

— El amor, volvió á decir el eco de un modo tan tierno y suave, que la jóven tembló bajo el peso de estrañas y desconocidas emociones.

— ¡El amor! exclamó María, cayendo de nuevo en el sillón con el pecho oprimido y trémula como la hoja de un árbol. Triste sueño de la vida es esa palabra en boca de un ser desconocido, de un genio sin forma, de un ángel sin aureola, ó

de un demonio sin potestad. Las fuerzas humanas se estrellan contra lo imposible. ¿Quién á lo imposible alcanza?

—La esperanza, volvió á decir el eco.

—¿Luego mi pecho ha de obedecer las influencias de una voluntad estraña, en menoscabo de lo que en horas mas tranquilas sancionó?

—No, contestó la voz.

—¡Ah! prosiguió Maria fascinada con el encanto de aquella escena; entonces mil veces dichosa, puesto que mi alma es libre. Acaso existen pensamientos ignorados que sean dignos de lástima y consejos supremos y salvadores en las crisis de la existencia. Tentada estoy á preguntarte, espíritu, sombra ó lo que seas. ¿Qué me depara el porvenir?

—Sufrir.

Una palidez como el reflejo de la luna pasó por la frente de la doncella.

Este vaticinio era terrible en aquel momento.

—Dime entoncés, preguntó en seguida, qué causa existe para que me amenace tanto mal.

—Un rival.

—¿Quién es ese rival desconocido? pronuncia su nombre.

—Un hombre.

—¿Y ese hombre aborrece á alguna persona? Habla... habla, descubre algo que hiele la sangre en mis venas. ¿A quién odia el inhumano?

—A Montellano.

Un nuevo grito desgarró el pecho de Maria.

El misterio estaba descubierto.

Un rival desconocido surgia entre las sombras para emponzoñar la flor entreabierta de las esperanzas de la jóven. Una prediccion terrible pesaba sobre ella: acababa de entrever por medio de nubes fantásticas el sombrío horizonte de su destino.

Durante esta escena singular, en el centro de un salon sombrío, rodeada de imponentes tapices, cuyas figuras colosales parecian adquirir forma y movimiento en la siniestra penumbra del fondo, en la hora mas solemne de la noche, hora en que,

según Delanere, los diablos salen de sus negros antros, las brujas chillan en el aire, los trasgos ahullan y los duendes juegan en los camaranchones de las casas, durante esta escena singular, repetimos, María recordó que en las lacónicas contestaciones del espíritu habia revelado sus sensaciones, como si él fuese el rival que odiaba al conde de Montellano.

Este recuerdo la alarmó extraordinariamente, y á fin de saber la verdad reunió el pequeño resto de valor que le quedaba, y preguntó:

— ¡Oh! por lo mas sagrado que existe, dime quién es ese hombre que ocultas entre los velos del misterio.

La voz no contestó.

— Responde pronto, prosiguió María. ¿Quién es, pues? Describebeme sus señas.

— ¿Te empeñas?

— Sí: para salvar ese abismo que acabas de presentarme, no me lo ocultes... no.

— Soy yo.

Y al mismo tiempo, entreabriéndose un espeso tapiz que se hallaba inmediato al biombo, apareció una figura negra, horrible, espantosa...

Era el page Antonio con la careta y el albornoz con que se habia cubierto en el fondo de su camaranchon.

Describir el griterio y algazara que se armó entre aquellas jóvenes, es empresa casi imposible.

María cayó desmayada.

Inés quiso huir; pero no tuvo fuerzas, y se cubrió el rostro con las manos.

Ana partió fugitiva en opuesta direccion.

La dueña, que despertó en medio de aquel estrépito infernal, se levantó sobresaltada, y el primer objeto donde se fijaron sus ojos fué la figura del page.

— ¡Jesus! ¡el demonio! exclamó santiguándose y echando á correr.

Por desgracia, en medio de su agitacion, no reparó en la mesa donde estaba la bugia, y tropezó violentamente en este mueble.

La mesa, la bugia y la dueña cayeron con un estruendo aun mas espantoso.

El page conoció que habia cometido una locura; pero los enamorados del jaez de nuestro desdichado amante no premeditan nada hasta que tocan los resultados de sus calaveradas.

Comprendió que debia emprender la retirada, y afianzándose á la cuerda que estaba pendiente del cañon de la chimenea, se elevó por ella, como esas *sombras impalpables* que todos hemos visto en los teatros, cuando aun éramos niños.

Llegó felizmente al tejado, recogió la cuerda, subió al torreón por medio de la escala, la retiró cuando estuvo en lo alto, y se bajó á su zaquizami, satisfecho de haber saboreado la primera venganza contra aquel corazon de mármol que tanto le hacia sufrir.

En seguida durmióse profundamente.

Mientras tanto la dueña, Inés y Ana gritaban como tres arpías.

Ana fué la primera que alcanzó la puerta y alborotó el castillo con sus alaridos.

Despertó el conde, despertó el marqués, despertaron el mayordomo y los criados, acudieron á las habitaciones de la señorita Maria, y solo advirtieron un trastorno general en todas ellas.

Maria habia vuelto en sí, y adivinó por ese instinto de superioridad que tienen las almas generosas y elevadas, que no debia traslucirse nada de lo ocurrido, á fin de que el vulgo nada tuviese que hablar de aquel extraño acontecimiento.

Llamó á su padre y le refirió que el alboroto habia sido motivado por la dueña, la cual juraba y perjuraba que habia visto un hombre negro.

Todos tuvieron á la dueña por una insensata y se retiraron.

Solo Maria quedó triste y melancólica, sin poder borrar de su imaginacion las aventuras de aquella noche.



CAPITULO IV.

La correría de las liebres.



El día siguiente circulaban sencillamente estos rumores entre los habitantes del castillo.

El diablo habia tenido el atrevimiento de penetrar en la alcoba de la señorita Maria.

La dueña lo habia visto, y el testimonio de esta respetable matrona tenia toda la validez necesaria para darle un crédito extraordinario.

Lo cierto es que nadie comprendió el verdadero carácter de aquella escena, sino el verdadero autor de ella.

Mientras todos reflexionaban sobre lo mismo, solo el pagé, como el Mefistófeles de Fausto, se reía sarcásticamente de lo que pasaba á su alrededor.

Saboreaba su primer triunfo y su primera venganza.

Maria se habia levantado afectando su habitual tranquilidad; pero esta acababa de desaparecer, acaso por mucho tiempo. Quería estar risueña; pero en estos esfuerzos resaltaba la melancolia impresa en su corazon. Desde aquella noche deseaba

buscar palabras para que su pensamiento no estuviera supeditado con siniestras impresiones; pero su boca muda y cerrada apenas contestaba con lánguidos monosílabos á las mil preguntas que le dirigian.

Ya hemos dicho que la aventajada educacion de la jóven la habia hecho superior á esos temores infundados, á esas creencias absurdas sugeridas entonces en la sociedad; pero ante una escena tan inesplicable, ó mejor dicho, ante una realidad tan estupenda, María creyó que existian espíritus que se apasionaban de las criaturas, sufriendo en la misteriosa esfera que habitaban las mismas, ó ocase mas ardientes pasiones que nosotros.

Mil historias relativas á los amores de muchos duendes acudieron á su imaginacion: consideró como la mayor de las desgracias ser ella una de las elegidas, en el momento que su corazon sentia la fuerza invencible de otro amor; y esta sola idea produjo tan dolorosa inquietud en su alma, que no tenia un momento de descanso.

Su padre habia estrañado su reserva; pero calculó que esta desaparecería tan luego como se dilatase su espíritu por los espaciosos campos que circundaban la fortaleza.

Invitó al conde de Montellano á una cacería de liebres, y principió á dictar las órdenes oportunas para que esta se verificase al momento.

En efecto, don Diego, su hija, el conde y una numerosa comitiva de criados, palafreros y cazadores, se reunieron en la espaciosa barbacana del castillo.

El dia estaba hermosísimo.

El sol de la mañana inundaba de luz aquel parage tan lleno de contrastes y de esplendor.

Los pueblos del Zenet, medio ocultos en bosques de castaños, aparecian sin embargo en el fondo de los pintorescos barrancos de Sierra Nevada.

Estendíase sobre su falda una neblina ligera, tras cuya transparencia, como la de una gasa, brillaban quebrados pinos cubiertos de nieve, resplandecientes unos como un espejo, pálidos los otros como la plata mate.

Por medio de las verticales de las montañas azuladas del fondo veíanse correr anchos raudales de agua que se perdían ya entre la espesa hojarasca, ya entre la parda sombra de algún peñasco que se alzaba en término mas cercano.

Los montes mas inmediatos perdían la sombría vegetacion de la sierra, apareciendo ya rojos, ya cárdenos, como inmensos fragmentos de cuarzo ó basalto cristalizados, señal de encerrar en sus entrañas grandes depósitos minerales cuyas emanaciones destruían todo vegetal.

Los llanos del Marquesado, quebrados en diversos puntos como el limpio azul del mar alterado por la refractacion de una nube, presentaban inmensas líneas cortadas verticalmente por los aluviones y heridas en aquel momento por los brillantes rayos del sol.

En algunos puntos advertíanse las refracciones ópticas tan comunes en las grandes llanuras, y que son producidas por la mezcla de la luz y los vapores de la tierra, imaginando bosques, lagos y palacios; en otros sitios hendían el aire las empinadas torres de las iglesias, mientras que en último punto trazaban sus grandes curvas las numerosas sierras que ciñen el horizonte por Norte y Levante.

El conde de Montellano, fascinado con aquel grandioso espectáculo de la naturaleza contemplado desde las rocas del castillo, respiró el viento de la mañana con la profunda satisfacción del hombre que por vez primera disfruta de ese aire de la libertad que dá nuevo vigor á la vida y doble fuerza á la inteligencia.

Pronto montó á caballo. El marqués, su hija y la comitiva le imitaron, lanzándose todos entre los estrepitosos ladridos de las jaurías con la violencia vertiginosa que es el preludio de la clase de diversion que iban á emprender.

La carrera de las liebres, si bien no tiene el peligro de las grandes monterías, presenta un atractivo mas seductor y variado. Es una lucha de ligereza y rapidez, en que las pobres perseguidas, rápidas como una exhalacion, saltan y corren por el dilatado llano, con las orejas inclinadas para atrás, el rabo levantado, el cuerpo estendido para correr con mas soltura.

Detrás iban los podencos lanzando entrecortados ahullidos, con la boca entreabierta, el ojo dilatado por la esperanza de alcanzar á la fugitiva víctima, mientras que en terreno mas retirado avanzaban los cazadores sobre los caballos brillantes de sudor, clavando siempre los acicates en los fatigados flancos, para que la carrera fuese mas rápida, mas deslumbradora y mas espléndida.

Es un torbellino de luz y de ruido que se asemeja al vértigo ó al delirio.

Habia principiado la cacería.

Los ojeadores levantaron algunas liebres, las cuales sucumbieron bien pronto bajo los dientes de los podencos.

El marqués del Zenet, frenético por este ejercicio, habia partido á galope azuzando con su accion y con sus gritos á veinte perros que corrian tras una hermosa liebre de pelo leonado.

Una multitud de cazadores le seguia.

El conde de Montellano habia partido en direccion opuesta detrás de otra pieza que acababa de saltar por medio de unos jarales.

Tan simultáneos fueron estos dos movimientos, que no previéndolos María, y llevando casi abandonadas las riendas de su cabalgadura, no pudo evitar el que esta, siguiendo el primer impulso, arrancase á galope trás el caballo del conde.

Cuando quiso detener al ardiente animal que la conducia, no tuvo fuerzas para ello.

Vióse arrastrada lejos de su padre.

Sin embargo, fascinada por la carrera y por la elegancia conque el conde manejaba su magnífico caballo; llena de impresiones halagüenas ante aquel espectáculo dorado y deslumbrador, seducida por la frescura del aire, por el esmalte de los campos y mas que todo por las miradas del elegante mancebo que iba á su lado, María, en aquel momento, olvidó las tristes aventuras de la noche anterior y se dejó conducir á través del terreno, siguiendo en pos de la fugitiva liebre.

Algunos cazadores la habian seguido; pero separados por grandes distancias, no estaban al alcance de su voz, ni de sus órdenes.

Solo un ginete seguia con toda tenacidad los pasos de aquella pareja feliz.

Este ginete era el page Antonio.

Pálido, sombrío, mordiéndose los labios y los puños, clavaba las espuelas con tal ahinco en los flancos del caballo, que este, despues de lanzar un sordo relincho, siguió impetuosamente tras el conde y María.

Antonio no pensaba que en aquella carrera frenética é infernal podia saltar de la silla y quedar muerto en el acto; solo meditaba que delante de él iban casi solos el conde y María.

¡María! nombre celestial que inundaba su corazon de todos los sueños de la esperanza; y sin embargo, ¿quién era él para clavar los ojos en aquel sol esplendente que inundaba su cabeza de fuego, y su corazon de resplandores?

¡Oh! María no habia fijado nunca sus ojos en aquel miserable esclavo que la seguia en silencio á todas partes, que bebaba los átomos de tierra que ella habia pisado con sus piés de reina, y que renegaba de su destino cuando esa vibora del corazon humano que llaman celos hincaba sus dientes en sus entrañas.

Pero si María no se habia detenido un instante á reflexionar sobre la melancolía del page, el page estudiaba y conservaba en la memoria el mas leve detalle de la existencia de María.

Ahora que la desesperacion iba borrando de su mente las ideas puras y tranquilas, que se levantaba en el fondo de su pecho una de esas tempestades humanas que destrozan todas las fibras y conducen al hombre á una estúpida atonía ó á una delirante insensatez, no pensaba en otra cosa, sino en vengarse de aquel rival odioso.

¿Pero de qué manera?

No sabia tirar la espada, carecia de los conocimientos en el manejo de otra cualquiera arma para poder luchar con el conde, seria reputado como un loco, si tenia el atrevimiento de faltar á las consideraciones y al respeto que se debian á este señor, y últimamente, si su osadía llegaba hasta el caso de

clavar su mirada amenazante en el noble conde, no tardarian en arrojarle á palos del castillo.

Era imposible la venganza personal. Pero en su mano estaba vengarse de otro modo.

Se le presentaba la primera ocasion.

Por el afan que el conde demostraba en su carrera, comprendió que su principal deseo era alcanzar la perseguida liebre, hacer que esta cayese en poder de los perros, y en seguida apoderarse de ella para presentarla á María.

Antonio con la doble vista del amante celoso midió perfectamente las distancias que habia desde el sitio que él ocupaba al que iba recorriendo la liebre, y calculó con una exactitud matemática, que por medio de una linea diagonal podia llegar momentos antes que el conde al terreno donde la liebre debia ser cogida.

Hay momentos en que no se piensa, ó mejor dicho se piensa con un cálculo diabólico.

La pieza estaba acorralada y no tenia salida.

Antonio comprendió entonces que era el momento de obrar.

Llamó al caballo con las bridas en direccion al sitio donde la liebre iba á ser presa de los podencos, y á manera de una abalancha que se precipita en un abismo, llegó al sitio señalando dos segundos antes que el conde y María.

Cuando el de Montellano se precipitó al suelo, la liebre estaba en poder del page que la presentaba á la bella jóven.

Aquella aparición repentina, pues no parecia sino que el dichoso page habia caído del cielo, que habia cruzado su caballo por delante del conde, y que con un atrevimiento sin igual presentaba á María la víctima aun palpitante, la hizo prorumpir en un grito de asombro, mientras que el caballero, á quien le arrebatában con tanto descaro el triunfo de la carrera y de la caza, midió con una mirada de altanería al inconsiderado mancebo interpuesto entre él y la jóven.

El page habia conseguido su objeto, y á pesar del desden del uno y de el espanto de la otra, quedó clavado en el suelo como una estatua de hierro, devolviendo al conde de Montella-

no la misma mirada insultante que este le acababa de lanzar.

—¿Qué derecho teneis para mezclaros en nuestras diversiones? preguntó María al conocer al page.

Tan desdeñosamente fueron pronunciadas estas palabras, que la cólera y el amor ofendido del jóven hirvieron en el fondo de su pecho como la lava de un volcan.

—Señora... temí que se escapase la liebre... murmuró Antonio ahogado por el despecho.

—Está bien; otra vez cuidad de no tener esa clase de temores, dijo María, casi sin mirarlo.

—Os daré un consejo, jóven, añadió el conde de Montellano.

—¿A mí?

—A vos. Cuando los señores se divierten, los pages deben permanecer con las manos cruzadas.

La hermosa pareja se miró, y espolearon sus caballos.

El page, lívido como un cadáver y casi loco, hirió el suelo con furor, llevó por dos ó tres veces la mano derecha á la cintura con intencion de buscar su puñal; pero, despues de meditar por un instante, quedó al parecer tranquilo, montó á caballo, y siguió pertinazmente en pos del conde y de María.

Estos se habian separado tanto, que mediaba una distancia de cerca de una legua desde el punto donde se encontraban hasta el que ocupaba el marqués del Zenet.

Era preciso dirigirse hácia él.

La impetuosa carrera que habian sostenido poco antes, los obligó á caminar con lentitud.

Encontrábanse solos por vez primera en medio de los florecientes campos: por vez primera tambien la hermosura de la naturaleza parecia coronarlos con todos sus resplandores.

A causa de la agitacion de la carrera, María estaba doblemente mas hermosa. Sus megillas, bañadas de un color de carmin, hacian resaltar la suave blancura de su cutis; su boca, entreabierta por la multitud de emociones que estaban hiriendo su corazon, exhalaba dulces suspiros entre sonrisas blandas y fugitivas; sus ojos eran un abismo de luces en los

que resplandecía, como en un mar tranquilo, el reflejo del cielo.

El conde se confesó interiormente, que no habia visto nunca un rostro tan perfecto.

—¿Estais fatigada, María? le dijo, acercando su caballo al de la doncella.

—No: estos ejercicios son para mí tan comunes, que no me cansan, contestó la jóven.

—Sin embargo, descubro en vuestro semblante una emocion estraña. ¿Teneis algun motivo que os entristezca?

María clavó sus ojos en el caballero y replicó:

—Creo que soy feliz.

—¡Feliz! ved una palabra que nosotros interpretamos segun nuestros deseos.

—¿Por qué?

—Porque el corazon nos engaña á veces con brillantes apariciones. Sin embargo, el vuestro es tan puro que no puede engañar.

—Sabeis decir palabras lisonjeras, aun en las ocasiones mas indiferentes, dijo María suspirando.

—¡Oh! la lisonja no es para vos.

—¡Cómo!

—Es imposible desfigurar el language, cuando en vos, María, hay un tesoro de verdad inagotable. El idioma de la mentira se ha hecho para las almas frívolas que todo lo contemplan bajo la sombra del egoismo, para los séres vulgares que fingen creer las risueñas frases de un galan de comedia; pero no para ultrajar á séres purisimos que viven en una esfera mas elevada y sin connocion de ningun género.

María suspiró.

Los dos jóvenes se miraron con viva intensidad, revelando por medio del fuego que brillaba en sus ojos, los secretos sentimientos de aquellos dos corazones que ya se comprendian, sin haber pronunciado una palabra.

El conde de Montellano particularmente, en el corto tiempo que llevaba en el castillo, habia estudiado las cualidades de María, acabando por amarla ciegamente.

Ninguna ocasion se le podia presentar mas propicia para que desapareciese la única barrera que separaba sus dos almas jóvenes y apasionadas.

El conde lo comprendió y dijo:

—Permitidme, querida prima, que me atreva á hablaros de algunos asuntos de familia que nos interesan sumamente. La circunstancia de encontrarnos solos me dá valor para romper el silencio.

María se puso encendida como una granada.

Acababa de comprender lo que le iba á decir, y principió á temblar.

—¿Y bien, qué deseais? murmuró con voz trémula.

—Ya debeis saber que me agrada la franqueza.

—Sí.

—En ese caso, tal vez no ignoreis el objeto de mi viaje.

—Sé que habeis deseado hacernos una visita.

—¿Y nada mas? preguntó Montellano con una sonrisa maliciosa.

—Nada mas.

—Pues hay un pensamiento mas grande, mi querida María.

—¿Sí?

—No lo dudeis.

—Y ese pensamiento...

—Voy á tener el gusto de someterlo á vuestra consideracion.

El conde volvió á sonreirse con la elegancia de un caballero de la corte de Felipe IV, es decir, se sonrió de una manera tal, como no pueden hacerlo los hombres del dia.

—¿Conocisteis á mi padre? preguntó.

—He oido hablar mucho de él, dijo María, dejando vagar sus ojos por entre las sombras de la sierra.

—Era muy amigo del vuestro. Además, eran parientes como nosotros lo somos.

—Lo sé.

—Un dia en que se hallaban juntos, conversando sobre asuntos de familia, le preguntó mi padre al vuestro:—¿No teneis una hija?—Sí, le contestó el marqués: justamente va á

cumplir ocho años.—Yo tengo un hijo que tiene diez, replicó mi padre. ¿Quereis que sancionemos un tratado?—No encuentro ningun inconveniente. Sepamos qué clase de tratado me proponeis. — Uno de familia. —¿Y en qué consiste? — En la union de nuestros hijos, cuando tengan la edad competente.

El conde, al decir estas palabras, miró á María, la cual estaba pálida como la cera en aquel instante.

—Ya veis lo que nuestros padres trataban, hace algunos años, mi adorada prima. En su consecuencia, aquí teneis explicado el motivo de mi viaje.

—¡Dios mio! exclamó María queriendo ocultar la profunda sensacion que la dominaba. ¿Habeis pensado formalmente en lo que tan solo sería un pasatiempo de nuestros padres?

—¡Oh! no es pasatiempo. Nuestros padres lo ofrecieron, y lo que se ofrece es deuda.

—Pero...

—Escuchad, prima mia. Cuando murió mi padre, me encargó especialmente el cumplimiento de esta promesa hecha por él. Sin embargo, ocupado yo en la corte por el rey, no me ha sido posible hasta ahora recordar el voto de los dos amigos.

—Entonces mi padre sabrá vuestras intenciones.

—No.

—¡No! exclamó María espantada.

—Antes de participarle que estaba al corriente de cuanto habia pasado, y de decirle la última voluntad de mi padre, quise hacer una prueba.

—¿Cuál?

—Nosotros los que nos hemos criado en la corte, tenemos poca fé en las mujeres. Perdonad, María; entonces solo os conocia de nombre, y dudaba.

—Y bien...

—Quise conocerlos.

—¡Oh! ¿y es esa la causa de vuestra visita?

—Justamente. Ya os dije al principio que iba á ser muy franco.

Maria estaba cada vez mas turbada. Sentia que su pecho temblaba bajo el peso de dulces emociones, pues por las palabras del conde comprendia lo que pasaba en su interior.

—Mucho tengo que agradecer á vuestra cortesania, exclamó, mudando de color súbitamente.

—¡ Oh ! no digais eso , María.

—¿Por qué?

—Decid mejor á mi amor. Sí. Yo creía que iba á encontrar á una jóven distinta que vos, y ved aquí la eterna pesadilla que me devoraba. Pero ahora soy feliz. María. Mi alma y mi corazon se han rendido á tanta hermosura. No creais que uso de frases estudiadas. Todas las espresiones que salen de mi pecho son vivas como la luz, ardientes como la fé y profundas como el mar. En el trancurso de veinte y cuatro horas he comprendido que no hay felicidad, ni porvenir, ni esperanza sin vos. En el corto espacio de tiempo transcurrido os amo, como si hiciese muchos años que os conociera. María, permitidme que bese vuestra mano en prueba de que estoy dispuesto á cumplir el deseo de mi padre. Esta misma noche recordaré al marqués lo que os acabo de referir, y uno será nuestro destino. Aunque os parezca algo brusco mi language, no culpeis sino al afecto que habeis sabido infundirme. Concededme ese único favor como una prueba de amistad y de afecto. Sea el pacto de nuestra futura dicha.

El conde se habia acercado á María, mientras esta no sabia qué contestar.

Habia tanto abandono en la súplica de Montellano, que la jóven accedió por último. Entregó una de sus manos, y el conde la besó con trasporte.

Pero este beso fué á clavarle, como un puñal encendido, en el corazon del page, que, á escasa distancia de ellos, escuchaba aquel primer diálogo de amor.

Un sordo bramido salió de su pecho, pasó por sus ojos una nube de celos, y conducido por su frenético delirio, olvidando sus proyectos pasados de venganza, se lanzó sobre el conde y exclamó:

—¡Miserable! ese maldito beso que habeis estampado en



Urrabíola inv. y lit.

Lit. de J. Dorian. Madrid. 1857.

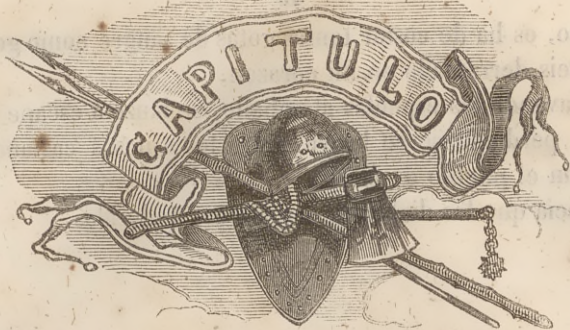
¡Miserable! ese maldito beso que habeis estampado en esa mano os ha de costar tantas gotas de sangre como gotas de hiel habeis derramado en mi corazon.

esa mano, os ha de costar tantas gotas de sangre como gotas de hiel habeis derramado en mi corazon.

Y clavando las espuelas al caballo, se lanzó á escape por la llanura, perdiéndose en breve entre los espesos castaños que circundan el pueblo de María.

Parecía que los diablos le habian prestado alas.





V.

Un abismo sin fondo.



DESDE el funesto día en que el page amenazó tan iracundamente al conde de Montellano, no se le había vuelto á ver.

Su desaparicion causó entre los dependientes del castillo una ligera inquietud, en atencion á ignorarse el motivo que le había impulsado á huir. Contáronse diversas anécdotas acerca de una aventura que no dejaba de tener sus ribetes de estraordinaria, y aun se dijo, que se había internado en el corazon de Sierra Nevada, de la que no había vuelto á salir.

El conde de Montellano comprendió por las palabras del page el doloroso poema de que era victima; y si bien no pudo menos de sentir el hervor de su sangre, al verse amenazado de un modo tan violento, tuvo compasion de aquel pobre loco conducido por una tempestad, como el buque que corre á estrellarse contra una roca.

María por el contrario, acaso sin adivinar el abismo de tormentos en que bregaba aquel nuevo Ixion, destrozado con la rueda de la fatalidad, sintió brotar en su alma un rencor profundo sobre aquel hombre que había tenido un atrevimiento tan incalificable, tranquilizándose, ya por las espresiones del con-

de de Montellano, ya por la desaparicion del temerario mozo que tan osadamente habia faltado á sus deberes.

Los dias vinieron á echar un velo sobre estos sucesos.

María lo olvidó todo para pensar únicamente en su porvenir y en su amor.

El conde, cada vez mas apasionado, recordó á don Diego la promesa que tenia contraida con su padre, concluyendo por pedir la mano de María.

El noble anciano, lejos de rehusar lo que en otro tiempo habia sancionado, aceptó con entera satisfaccion las proposiciones del conde, y desde aquel momento pensóse seriamente en la union de los dos jóvenes.

Estas noticias adquirieron la publicidad consiguiente, y ya no se formaron conjeturas acerca de la venida del conde.

El pobre page quedó olvidado y nadie se volvió á acordar de él.

Los dos amantes, siempre al lado el uno del otro, embelesados con una existencia llena de sueños y de esperanzas que son las flores de la juventud, embriagados con aquel amor puro y desinteresado que los rodeaba, solo ansiaban por la hora suprema de su felicidad.

Fijóse pues el dia de la boda.

Los preparativos eran colosales, conformes en un todo con el rango y distincion de las personas que iban á enlazarse para siempre.

El castillo se iba llenando de nobles huéspedes que habian sido invitados para asistir á la fiesta nupcial.

El carácter de don Diego perdió algo de su taciturnidad, resultando de aquí, que el aspecto de la antigua mansion que habitaba tomase un colorido mas risueño y esplendente.

Desde el mayordomo señor Castulo hasta el último de los palafreneros, todos sentian esa viva impaciencia que precede á los grandes acontecimientos.

Una mañana el señor de Zenet estaba ocupado en el adorno del castillo.

Habianse restaurado los antiguos salones; las habitaciones destinadas á los novios estaban colgadas y alhajadas admirable-

mente; el exterior de la fortaleza se hallaba cuajado de vasos de colores, para que en el momento de ser encendidos presentasen un espectáculo maravilloso y sorprendente las almenas, cornisas y ventanas.

Los curiosos vagaban en todas direcciones, admirando tanto esplendor.

La boda tendría lugar de allí á tres días, de lo que resultaba una confusion general en todo el castillo.

Artífices, criados, menestrales, caballeros, todos estaban mezclados y confundidos. La puerta de hierro principal, el grueso rastrillo que dá entrada al vestibulo, el patio, la armería, todo estaba franqueado á la curiosidad de la multitud.

Aquella mañana el número de curiosos era mayor, y el bueno del marqués apenas tenía tiempo para recibir felicitaciones, regalos, avisos y visitas.

El conde le ayudaba en estas faenas imprescindibles, y María entre tanto, sentada en un ángulo de la habitacion, se ocupaba en bordar una preciosa cruz de Santiago en el manto de terciopelo negro que habia de servir á su futuro esposo en la ceremonia matrimonial.

Reinaba la mas perfecta alegría en estas tres personas.

De vez en cuando la hermosa jóven levantaba sus negros y húmedos ojos para mirar al conde, y este por su parte correspondia con una sonrisa á aquella prueba de inefable amor.

El marqués hablaba, mandaba y reñía al mismo tiempo. Triple condicion de un noble, anciano ya, y de un carácter impetuoso é irascible.

De pronto se presentó el señor Castulo en la puerta.

La aparicion de este importante personage significaba, ó una visita nueva, ó un regalo de algun caballero de la comarca, ó una exigencia de las circunstancias.

Pero el aspecto del señor Castulo denotaba un asombro no comun en un hombre de su calidad y gerarquía.

—¿Qué se ofrece? dijo don Diego por último, mirando la aturdida presencia de su mayordomo.

—Señor... una visita, ó mejor dicho, un antiguo criado de vuestra casa solicita hablaros.

—Decid que entre.

El mayordomo obedeció, y entonces apareció en la puerta un jóven pálido y vestido de negro.

Este jóven era Antonio el page.

Por muy inesperada que hubiera sido su presencia, luego que fué reconocido por el marqués, el conde y María, no pudieron menos de mirarlo con cierto asombro que no dejó de ser observado por el adolescente.

Contribuía además á esta especie de inquietud y estrañeza el hiperbólico ropage en que Antonio estaba envuelto.

Era un capisayo á imitacion de los que entonces usaban los estudiantes consagrados á la carrera de la iglesia, y cuya forma tenia la identidad de una sotana.

El marqués lo miró arrugando las cejas, pues ageno á lo que habia pasado en la correría de las liebres, solo veía en él un desertor de su servicio, llevándose además uno de sus caballos.

—¡Hola! ¿sois vos el que tiene el atrevimiento de presentarse al cabo de dos meses de haber desaparecido?

Antonio sostuvo friamente la mirada del marqués y contestó:

—Sí señor: yo soy.

Tan lacónica fué la contestacion, que el marqués quedó por un momento parado.

—Y bien: puesto que tácitamente habeis abandonado mi servicio... ¿qué es lo que deseais? Estamos en dias de perdonar, y perdono vuestros estravíos, si es que volveis como el hijo prófugo á vuestra antigua casa.

El page se puso lívido y contestó:

—Venía exclusivamente á hablar con vos.

—Entonces sepamos vuestro deseo, dijo don Diego.

—Voy al punto, señor marqués. Acaso hayais creído que yo era un ladron.

—Los pensamientos infames no caben en las almas nobles. ¿Mas pór qué decís eso?

—¿Recordareis que me llevé un caballo de vuestra pertenencia?

—Sí.

—Vengo pues á restituiroslo. He abusado de vuestros bienes por una irreflexion de mi edad, he conocido mi error, y aquí me teneis dispuesto á lavar la vergüenza en que he incurrido.

El jóven al pronunciar estas palabras parecia algun tanto conmovido.

—¡Oh! al menos, señor page, dijo don Diego, teneis el mérito del arrepentimiento. Os regalo ese caballo en señal de que me agrada vuestra franqueza. Ahora volved á vuestra habitacion, entrad de nuevo en el ejercicio de vuestras funciones, y que no se hable mas de ese asunto.

—Perdonad, señor marqués, que no acepte vuestros favores.

—¿Qué estais diciendo?

—Desde el instante que me fugué de vuestra casa, dejé de servir: ya no soy page.

—Pero yo os devuelvo vuestra investidura de tal.

—No la quiero.

El marqués plegó las cejas sombríamente y brilló un relámpago en el fondo de sus ojos.

—¿Qué language es ese?

—El language de todo hombre que es libre en sus pensamientos, en sus acciones y en sus facultades.

—Os estais espresando de un modo bastante original.—
¿Pero habeis olvidado una cosa?

—¿Qué?

—Que vuestros padres os colocaron en mi casa, y solo á vuestros padres les compete ese derecho que vos os concedeis.

—Mis padres me han autorizado para obrar así.

—¡Ah! en ese caso estamos conformes. Podeis obrar como gusteis. Sin embargo, en estos dias de felicidad para mí, no quiero que nadie se aleje descontento de mi lado. Sin duda algun motivo poderoso os ha obligado á obrar de la manera que hemos visto, mas esto no es inconveniente para que yo os deje sin proteccion. ¿Qué deseais?

—Nada.

—Muy seca es esa contestacion para quien no la ha menester.

—Perdonad, señor, pero ya no puedo admitir nada que venga de vos.

—¿Por qué?

—Porque soy indigno de ello.

—¿Qué razon teneis para espresaros en esos términos?

—La razon está aquí.

Y el jóven puso la mano sobre su corazon, mirando á María al mismo tiempo.

—¡Oh! cualquiera diría que se ha obrado un cambio en vos, dijo el marqués.

—Y así es en efecto, contestó Antonio con su grave lacerismo.

—Esplicaos.

—Voy á hacerlo en pago de la generosidad conque os estais portando conmigo. Cuando abandoné vuestra casa, fui á ver á mis padres. Ya sabeis, señor, que estos, aunque pobres, sienten correr por sus venas la fogosa sangre de los conquistadores. Pues bien, tuve una entrevista con ellos, les referí cuanto me pasaba y les pedí su bendicion.

—¿Para qué?

—Pensé por algun tiempo alistarme en los tercios de soldados que marchan, unos para Italia, otros á Flandes, otros á Portugal y otros á Cataluña; pero mi carácter es contrario al estruendo de las batallas y al desórden de los campamentos, y desistí de mi empeño. En seguida imaginé marchar á América, pero conocí que no tenia el espíritu especulador de los viajes, ni el arrojo de los esploradores; acto continuo medité pasar á Argel para dedicarme á la redencion de cautivos, pero carecia de elementos para mi empresa; últimamente, un camino era el que se me presentaba, fácil, tranquilo, y conforme tambien á mis ideas. Este camino era hacerme sacerdote.

Don Diego, el conde y María, vivamente interesados con las palabras del mancebo, se miraron unos á otros con sorpresa.

—Y bien: ¿qué habeis hecho? preguntó el primero.

—Alcanzada la bendicion de mis padres, marché á Granada.

—¿Y qué hicisteis allí?

—Llamar en las puertas del templo del Señor.

—¿Conque os habeis ordenado?

—Sí.

—Jóven, nos estais sorprendiendo admirablemente. Un secreto que no acierto á comprender, os ha decidido á tomar esa inesperada determinacion.

—Es cierto.

—¿Y no pudierais referirnos las causas que os han conducido á buscar en el seno de la Iglesia la paz de vuestro espíritu?

—Señor marqués, hay abismos que no tienen fondo.

—Y el vuestro es uno, preguntó don Diego sorprendido.

—Sí.

El mancebo cerró los ojos, como si quisiese rechazar de su mente un recuerdo que le abrasaba.

—Desgraciado... me inspirais compasion.

—He comprendido, cuando acabo de gozar de este relámpago de luz que se llama primavera de la vida, que hay en la existencia dolores tan grandes que solo tienen cura en el fondo de los monasterios. Allí siquiera, se pierde el conocimiento de todo lo que es material, se goza en el reposo de la tumba; se duerme bajo el amparo de la religion. Pero mi alma, acostumbrada á luchar, no se acomoda á esa clase de vida.

—¿Entonces adónde vais á buscar la paz?

—En el estudio.

—¡Vos! exclamó don Diego mas sorprendido aun, no comprendiendo que su antiguo page se espresase de aquella manera.

—Sí, yo. Hay una cosa aquí que me arrastra y me fascina. Tras un mundo de ilusiones perdidas descubro una senda de flores en el porvenir. Acaso no adivineis el fondo de mis palabras, pero son verdaderas, como todo lo que emana de reglas fijas é inmutables.

—¿Luego esperais en el dia de mañana?

—Espero llorar en él, esprimir gota á gota y suspiro á suspiro el dolor que ahora me consume. Con todo, no sé si tendré fuerzas. Nestor luchó con Aquiles, pereció en el combate... Acaso me suceda lo mismo.

—¿Y contra quién vais á emprender esa lucha?

— Por qué ocultarlo... Contra mi corazón.

Habia tanta espontaneidad en este language, se revelaba tanta melancolía en él, que las tres personas que le escuchaban sintieron que su corazón se les oprimía á impulsos de sus generosos sentimientos.

El pobre loco miró á María, astro luminoso que se hendía para siempre en el horizonte de esperanzas, y como viera en ella un gesto de compasión, sintió estremecerse su pecho aun á impulsos de la lava que le abrasaba.

— Si fuera dable algun consuelo á las penas que os persiguen, dijo don Diego cada vez mas asombrado, nadie como nosotros pudiéramos dároslo. Aun estais en el caso de exigir. Un doble interés me impulsa á tenderos la mano. Quedad en el castillo del modo que gustéis.

— Imposible.

— ¿Ni aun para el matrimonio de mi hija?

Antonio se puso horriblemente pálido, pero conservando su aparente entereza, exclamó:

— Tampoco.

— ¿Entonces adónde vais?

— Pienso dirigirme á Madrid.

— ¿Cuándo?

— Esta misma noche.

— ¿En busca de vuestra perdida felicidad?

— En busca de lo único que me queda.

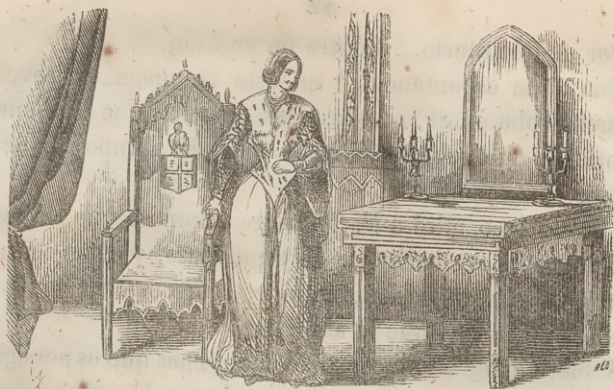
— Entonces adios pues, noble jóven.

— Adios pues, noble señor. Quiera el cielo bendeciros como yo os bendigo.

El jóven estendió una mano en señal de despedida.

Dos lágrimas saltaron de sus ojos al mismo tiempo de abandonar el salon.

— Ahora, se dijo el mancebo bebiendo el amargo zumo de las dos lágrimas que se habian deslizado hasta su boca, ahora, corazón de niño, vamos á morir ó á triunfar.



CAPITULO VI.

Luchar contra la desesperacion.



ADIE habia comprendido toda la abnegacion y grandeza de esta escena, sino el conde de Montellano.

El era el único que habia medido la horrible profundidad de aquel abismo.

Pero una próxima felicidad hace que todo adquiriera una brillantez á veces ficticia. El conde olvidó pronto aquellas miserias ante la esperanza de su futura dicha.

De este modo pasó un dia, y luego el que era la vispera de su boda.

Hay siempre en estas solemnes ocasiones en que nuestra existencia va á recibir una transformacion completa, una honda melancolía que nos hace desear la soledad.

El jóven conde, cuyos nobles y generosos sentimientos rayaban en el mas alto grado, sintió esa necesidad imperiosa de aislarse, pero de aislarse á su manera.

Pidió permiso al conde y á María, y montando á caballo, salió del castillo completamente solo, para contemplar la solitaria naturaleza en la bella hora del crepúsculo de la tarde.

Esa es la hora de la contemplacion, de las armonias, y de las lágrimas.

Tenia el cielo el color aterciopelado de la violeta: languidecian los ecos de las aves, y el sol, hundiéndose tras las montañas del poniente, teñía de un color de rosa las crestas de nieve de la sierra.

El conde espoleaba su corcel, meditando en el amor inefable de María, en la cadena de flores que iba á ligar su destino al de esta jóven encantadora y en la felicidad que le esperaba.

Los brillantes accidentes de la naturaleza eran para él pálidas sombras que pasaban ante sus ojos como accesorios frios é indiferentes.

Acercábase la noche; recordó que se hallaba á gran distancia del castillo y trató de volver á él; pero al mismo tiempo un hombre, como si la tierra lo hubiese vomitado, se le puso delante.

Las primeras sombras lo envolvían lo suficiente para no distinguirlo.

El caballero iba á pasar por su lado sin mirarlo siquiera, cuando el aparecido le dijo:

Conde de Montellano, deteneos.

A esta voz, al ademan algun tanto imperioso del desconocido, el conde se paró.

—¿Qué deseais? le dijo abandonando su pensamiento.

—Hablaros.

—Pues bien, aqui me teneis.

El aparecido se acercó lentamente, y entonces le reconoció.

Era el page del castillo.

—¡Vos aquí!... prosiguió Montellano con interés.

—Os he visto desde lejos, y os he seguido porque tenia que hablaros, contestó Antonio con helada indiferencia.

—En ese caso no puede darse una ocasion mas propicia.

Y el conde se arrojó del caballo al suelo, acercándose al mancebo.

Uno y otro se unieron en silencio. Antonio, siempre sombrio, dijo despues de suspirar:

—Perdonadme os haya detenido, pero debia hacerlo.

—Estais dispensado... sepamos qué es lo que deseais.

El page no contestó al pronto, parecia meditar.

Ultimamente rompió el silencio.

—Hace dos meses que en un momento de locura pronuncie en contra vuestra una horrible amenaza.

—Es verdad, contestó el conde con voz tranquila.

—Hace dos meses que he querido buscar una brisa que calmase aquella tempestad, ó un rayo que aniquilase aquel incendio; pero ni una cosa ni otra he conseguido. La borrasca sigue, el fuego continúa.

—¿Y bien?

—Creo debeis comprenderme.

—Sí, os comprendo.

—Amo... no... no, ya no debo amar... Es decir, he amado.

El conde se puso pálido al oir una confesion cuyo resultado no era fácil entrever.

Niño, exclamó Montellano, no lucheis contra lo imposible. Os esponéis al tormento de Sisifo.

Antonio desplegó una amarga sonrisa.

Era el gesto de la desesperacion.

—Bien; quiero padecer, dijo: no, no lo sabeis, pero tambien el sufrimiento tiene sus goces. Os he dicho que he amado... Ahora os diré que quiero morir por ese amor.

—¡Qué decis! exclamó Montellano.

—Ya que no puedo mataros, es preciso que vos me mateis. Asi no tendreis un pobre insensato, ó un rival que puede ser temible, que os maldiga á todas las horas... No, no, á todos los minutos, á todos los segundos, á todos los átomos de tiempo.

Montellano no supo al pronto qué contestar.

—Jóven, dijo por último, no provoquéis nunca á los que os compadecen y tal vez os admiran.

—Caballero, ni necesito de la compasion, ni de la admiracion de los que me conocen. Ya que se ha descornado el velo,

ó mejor dicho, se ha roto, poco me importa que se sondée el abismo de miserias que existe en mi pecho. A vos debo tanto infortunio. Desde que llegásteis de Madrid he devorado todos los dolores humanos, he sufrido esa pasión infernal que llaman celos, ahogándolos en mí mismo como Hércules ahogaba las serpientes en la cuna, he huido lejos de aquí, porque el aire, la luz, todo me hacia daño, todo me mataba. Además, ya lo oísteis esta mañana, me he ordenado, no tanto por vocación, sino porque el demonio que me poseía se alejase de mi lado y me dejase en paz. Sin embargo, una fuerza mas superior que mi voluntad me ha conducido aquí... Sé que mañana os caisais... Y por eso busco la muerte. Os ofendí, os insulté, os amenacé: ahora aquí me teneis; podeis vengaros.

—Yo no quiero vengarme en quien no me ha causado ningún daño, dijo el conde.

—Os he aborrecido.

—Poco importa.

—He amado y amo á María.

—Ese es el delirio de muchos locos que aman el sol.

Esta frase se clavó en el pecho de Antonio como un dardo de fuego.

Lanzó un rugido de rabia. Acababa de olvidarse de todo. El deseo de venganza brilló en sus ojos como la punta del puñal en manos del asesino.

—¡Ah! me insultais.

—No; os recuerdo solamente lo que sois, dijo el conde.

—Sea así; pero quiero encontrar un motivo de ofensa en esas palabras, para buscar una provocación.

—¿Y qué exigís?

—Lo que un caballero exige de otro.

—Vos no lo sois, cuando solo por un insensato estravio llegaís á faltar al respeto que os merezco.

—¿Que no lo soy! exclamó el page con una sonrisa sardónica. ¡Oh! pergaminos existen en mi casa, que prueban lo contrario.

—Para mí sois un page.

—He dejado de serlo. Por Cristo en la cruz, que habeis au-

mentado tan negras nubes sobre las que rodeaban mi corazón, que ahora es necesario, no que me mateis como antes deseaba, sino que os batais conmigo para que yo os mate.

Y al decir esto, sacó una espada que llevaba oculta debajo del negro manto que le cubría.

El conde, mas asombrado que temeroso de tan estraña aventura, se vió precisado á dar un paso atrás.

—Niño, exclamó, estais jugando con vuestra vida... Basta ya. Os he dicho que no tengo ofensas contra vos. Dejadme en paz.

—No... imposible. Os mataré sino os defendeis.

—Cometeriais un asesinato.

Antonio retrocedió á su vez.

—Jamás, dijo con voz pausada, pero luchemos. La vida me es odiosa y quiero sucumbir ó llenarla de nuevos remordimientos. Loco ó cuerdo, he llegado al limite donde la razon se pierde en el crepúsculo del delirio. Defendeos.

Montellano se vió obligado á sacar la espada á su vez y ponerse en guardia contra el ataque del jóven.

Cuando solo tenia que oponer á las locuras de este su serenidad y su compasion, permaneció indiferente, pero en el momento que se vió atacado, comprendió hasta qué grado de frenesí llegaba la funesta pasion que ardía en el fondo de su alma.

Entonces trató de valerse de todos los conocimientos de la esgrima para preservar su existencia y la del page de una desgracia.

—¡Oh! exclamó el último luego que se encontró frente á frente de su rival: hé aquí el momento mas supremo de mi vida.

Y atacó brusca y desatentadamente.

El conde conoció desde el primer instante que el page apenas sabia manejar la espada, y que le bastaba la mas leve maniobra para dejarlo tendido á sus piés. Pero el conde era superior á esos sentimientos mezquinos que manchan el alma, y solo se contentó con oponer una resistencia pasiva á los infructuosos ataques del page.

Espadachin de primer orden, discipulo de los mejores es-

grimidores de la época, Montellano se cuadró admirablemente, presentó el menos perfil posible, y con la sonrisa en los labios principió á cansar al mancebo, que dominado por su delirio, seguía atacando al conde sin resultado de ningún género.

Un cuarto de hora transcurrió de aquella manera.

El conde estaba tranquilo, mientras el page principiaba á experimentar que le iba faltando aire en su pecho.

Pero á medida que perdía inútilmente las fuerzas, crecía la sorda marea de su furor.

La noche había sobrevenido.

Los últimos resplandores del crepúsculo acababan de ser reemplazados por los pálidos rayos de la luna, que principió á asomar su disco tras la negra silueta y las numerosas curvas de las sierras circunvecinas.

El cielo estaba tachonado de estrellas, y se respiraba en el ambiente el perfume de los romeros.

Los dos combatientes, el uno inmóvil en su sitio como si lo rodease una muralla de bronce, y el otro buscando todos los medios para atacar, se veían á través de los rayos de la luna como dos sombras gigantes.

El page conoció su inferioridad en aquella lucha provocada por él.

Ya veis, le dijo el conde, hubiera podido mataros veinte veces, y veinte veces os he perdonado la vida.

—Esa es doble crueldad, caballero, contestó el page con una sonrisa siniestra. Si es vuestra la superioridad, concluid de una vez. Es lo que deseo.

—Niño, estais ciego, y sois digno de compasión. Llegará día que os avergonzareis vos mismo de lo que os pasa, pero ahora braman las pasiones en vuestra alma, y solo sentís el ímpetu del huracán. ¡Oh! deteneos.

—Imposible.

—Notad que vuestro brazo se cansa, y vuestro pecho se oprime. Pronto tendreis que rendiros vos mismo.

—Jamás.

—Morireis pues.

—Sería dichoso entonces.

Y el combate seguía mientras se cruzaban estas palabras. Pasó otro cuarto de hora. La misma resistencia fría y negativa del conde, la misma exactitud y circunspección en los movimientos, el mismo tacto en defenderse.

El page había perdido con aquella conducta hasta el último quilate de su razón. Su pecho fatigado apenas podía exhalar un ahogado ronquido: anchas gotas de sudor corrían de su frente, su brazo no tenía fuerzas ya.

Solo la desesperación le prestaba el postrer esfuerzo.

—¡Oh! ¿conque es imposible la venganza? exclamó fuera de sí.

—Imposible, contestó el conde.

—¿Ni puedo detener al destino, ni alcanzar la suerte?

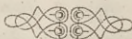
—Tampoco.

—Aun todavía me resta el último impulso: luchemos.

Antonio atacó con nuevo é inusitado brio, obligando por vez primera al conde á que retrocediese. Pero todos esos esfuerzos prodigiosos que son el último relámpago de la vida, luego que se agotaron, produjeron una repentina languidez en sus facultades.

Fáltóle la respiración; sus ojos, bañados en una aureola sanguinolenta, giraron en torno de su órbita: un sordo ruido subió de su corazón á su cabeza, sintió que sus pasos no obedecían á su voluntad, ó que el terreno desaparecía debajo de sus pies...

El conde se fué desvaneciendo de su mente, quiso atacar de nuevo, pero su espada cayó al suelo. Él mismo, despues de dar algunos pasos inseguros, víctima del cansancio y de la emoción, sucumbió bajo el peso de sus dolores y quedó insultado.





VII.

El último suspiro.



A frescura de la noche, ejerciendo una accion benéfica en el organismo del page, le fué devolviendo poco á poco sus perdidas facultades.

Principió á sentir la postracion que queda despues de haber hecho un grande esfuerzo: quiso recordar algo de la terrible escena que habia provocado, y como todo espiritu analizador, á pesar de la poca claridad de sus ideas, quiso buscar una razón fija y exacta que le esplicase el por qué se hallaba en aquel sitio.

Cuando abrió los ojos miró en torno suyo con estupidez, despues con asombro, y últimamente con espanto.

Estaba en el mismo lugar donde habia atacado al conde de Montellano, recostado en el húmedo césped, solo, alumbrado por el triste astro de la noche, y sin que hubiese á su derredor el mas pequeño indicio de sangre.

Por algun tiempo buscó con ansiedad el cadáver de su enemigo creyendo lo habia muerto, pero no estaba alli. Llevóse la mano al corazon, pues el vago dolor que experimentaba le hizo creer que se encontraba herido.

¡Ah! desgraciadamente no era así.

Y decimos desgraciadamente, porque el pobre page hubiera deseado no volver á la vida.

Hay en las misteriosas armonías de la naturaleza consuelos desconocidos, que como un bálsamo descienden al corazon humano para fortalecerlo. La razon volvió á aparecer en aquella cabeza como una estrella eclipsada por algun tiempo, y entonces se abrió para él el libro de lo pasado leyendo la dolorosa escena por cuya causa se encontraba en tan angustiosa situacion.

Representóse la negra alevosía que habia usado para matar al odioso rival, cuya imágen se le presentaba como la sombra del remordimiento: comprendió la grandeza de alma que el conde habia tenido al recibir sus insultos con indiferencia, y lo que es mas, la generosidad conque se acababa de portar, dejándole aquella vida que él, insensato niño, aborrecia sin descanso.

Tambien él comprendia el valor de estos hechos en medio de su postracion.

Habia luchado con la muerte sin encontrarla.

Erà preciso resignarse.

Llevó sus ojos al cielo en busca de un rayo de consuelo, de una esperanza en el porvenir.

La luna, esa luz del poeta, esa antorcha de la inspiracion, brillaba sobre su cabeza; parecia que le enviaba cariñosos besos como una madre cuando vela el sueño de su hijo.

Antonio prorumpió en un torrente de lágrimas.

Se desahogó su pecho.

—Ahora, corazon, exclamó incorporándose, ya se han roto todos los lazos que te unian á la persona que amabas con ese fuego virgen del sentimiento mas puro. Te han vencido en generosidad, en abnegacion y en grandeza... Pero derribado al suelo como Pablo, ha caido la venda de los ojos y conoces la

ruta que debes seguir. Levántate. Desde este momento desaparezca el niño y aparezca el hombre. Aun te queda un destino por el que has soñado con la vivificadora esperanza del porvenir. Renazca de las áridas cenizas del amor el fénix de la poesía. Cumplamos nuestro último deber, ó mejor dicho, el último sacrificio. Clavemos el puñal hasta el mango, con eso no dolerá tanto la herida.

El jóven enmudeció. Sacudió su cabeza, en la que aun todavía vagaban negros vapores, y despues de fijar en su rostro el sello de una determinacion irrevocable, se envolvió en su manto.

Buscó entre la vaga penumbra de la noche las cuatro torres del castillo de la Calahorra, y en seguida se dirigió hácia aquel último norte de su amor.

Al dia siguiente reinaba la mas completa alegría en todos los corazones, sin que la aventura de la noche anterior hubiese dado pábulo á comentarios de ningun género.

El conde de Montellano disculpó su tardanza con una excusa, y de este modo amaneció el dia de su felicidad.

La ceremonia del casamiento habia de celebrarse en la iglesia parroquial de la villa de la Calahorra.

Los convidados invadian todas las avenidas del castillo.

Las banderas de la ilustre casa de los Hurtados de Mendoza, ondulaban en lo alto de los torreones.

Hacianse salvas de tiempo en tiempo con las antiguas culebrinas y lombardas que coronaban las almenas. Los alabarderos, los criados, los pages, los palafreneros, y toda la servidumbre, se hallaba vestida con trages nuevos.

El señor Castulo habia estrenado una magnífica peluca.

Todo era movimiento y ruido, alegría y tumulto.

Algunos recordarán al desenvuelto page que en otro tiempo hacia perder la paciencia al grave mayordomo, pero este habia desaparecido, y los recuerdos fueron débiles.

A la tarde debia verificarse el matrimonio.

En efecto, á la hora señalada, un cuerpo de veinte alabarderos fué á situarse en el interior del templo, á fin de evitar que la curiosa multitud impidiese á los convidados tomar asien-

to en los escaños forrados de terciopelo, colocados á lo largo de la iglesia.

Despues iba toda la servidumbre marchando de dos en dos, y tras esta, todos los convidados rodeaban á don Diego, al conde y á María.

Los novios fueron victoreados por la multitud, tanto por el interés, cuanto por la magnificencia conque iban vestidos.

Sola una persona confundida entre los curiosos permaneció insensible á estas demostraciones de júbilo. Cuando los esposos pasaron por frente de él, se puso lívido, pero no hizo movimiento alguno sino para seguirlos al templo.

Una vez colocado convenientemente, principió á devorar todos los detalles de la ceremonia con su siniestra impassibilidad.

Vió á los dos amantes caer de rodillas delante del altar palpitantes y trémulos de emocion; luego el sacerdote se acercó á ellos con ademan solemne, y despues de las prácticas establecidas, estendió sus manos sobre sus cabezas y las bendijo en nombre de Dios.

En aquel momento supremo su corazon se oprimió de tal manera, que tuvo que apoyarse contra una columna para no caer; cerró los ojos como si quisiese ocultarse á sí mismo la escena que acababa de presenciar, pero era preciso consumir el sacrificio que se habia impuesto y devorar con la serenidad de Sócrates la cicuta de la amargura.

Cuando acabó la ceremonia, la servidumbre, los convidados y los esposos volvieron al castillo con el mismo orden conque habian salido de él.

Ya era de noche.

La antigua fortaleza se dibujaba bajo el azul del cielo entre las resplandecientes luces que coronaban las almenas, los torreones y las ventanas. Aquello parecia un palacio de salamandras.

El page, único ser que sufría en medio de tanto júbilo, siguió las huellas de la comitiva dominado por un pensamiento.

Este pensamiento, alimentado por su corazon como el pos-

trer consuelo que quedaba á su infortunio, debia ejecutarlo aquella misma noche.

Conocedor de todos los departamentos del castillo, penetró en él en medio de la confusion de personas invitadas al gran banquete de las bodas, y luego que llegó al patio principal se introdujo por una puertecita, desapareciendo entre la oscuridad de una empinada escalera.

Habia conseguido uno de sus principales deseos.

Dejemos al malaventurado page perderse en el fondo de una galeria, y volvamos nuestra vista hácia los nuevos esposos.

El conde no separaba sus ojos de María: por el contrario, esta, á medida que transcurrían los horas, iba quedándose pálida y pensativa.

El festin habia durado parte de la noche, é iba acercándose el momento en que terminase. Languidecian los rumores, apagábanse las luces de la brillante iluminacion, y el cansancio reemplazaba á la alegría.

María, antes de retirarse á la cámara nupcial, se despidió de su padre, y se dirigió con sus doncellas de confianza al salon donde presenciarnos la escena en que el page se rodeó de apariencias fantásticas para espresar su amor.

Allí, delante de aquel espejo que tan fielmente retrataba sus formas, debia despojarse de las galas que la adornaban.

El salon estaba con las mismas tapicerías y los mismos muebles conque ya lo tenemos descrito.

La dueña, Inés y Ana, con bugías en la mano, precedían á la jóven condesa; y aunque todas ellas estaban contentas con el fausto acontecimiento que se celebraba, recordaron la escena del duende que tanto las habia espantado.

Sin embargo, bien pronto se olvidaron de tan triste suceso.

María se sentó enfrente del tocador, mirando acaso con tristeza aquel último momento de una de las épocas de su vida, puesto que se le abria otro destino diferente desde aquella noche.

Vertió una ojeada sobre los muebles, mudos confidentes de sus pensamientos de virgen; contempló los tapices, donde te-

nia trazados grandes episodios de la historia sagrada y profana, y sintió que su corazón, al dar un adiós de gratitud y reconocimiento á los objetos que le rodeaban, se oprimía violentamente hasta hacerle derramar lágrimas.

Inés principió á quitarle las flores y los brillantes que coronaban su cabeza.

Pero ¡cosa estraña, ó mejor dicho, reproduccion asombrosa! Al mismo tiempo que el pensamiento de María se fijaba en el nuevo estado, que miraba la dulce faz de su existencia, se oyó un suspiro que resonó detrás del espejo.

Todas se miraron las unas á las otras, preguntándose con los ojos de dónde habia brotado aquel gemido.

— ¡Dios mio! exclamó Inés, ¡si será el duende!...

— No, dijo una voz.

Y al mismo tiempo salió un hombre de detrás del espejo, envuelto en una capa negra.

Un ahogado grito se escapó de los labios de María, y poniéndose repentinamente de pié, quiso huir.

— Deteneos, exclamó el aparecido en ademan suplicante, nada temais. La fatalidad me conduce á vuestra presencia, y es necesario que me escucheis.

A esta voz la jóven condesa y sus doncellas quedaron mudas de asombro.

El hombre que con tanto atrevimiento acababa de invadir aquella habitacion, era Antonio el page.

— ¡Vos aqui! exclamó María con tan imponente ademan, que el jóven quedó aterrado. ¿Qué deseais?

— Hablaros, señora.

— ¿Y para hablarme os introducis furtivamente en mis habitaciones?

— ¡Oh! no me condeneis sin oirme. Me ha sido preciso, contestó, cayendo de rodillas y juntando las manos.

María, repuesta de su sorpresa, vió en el rostro del jóven tanta humildad, tan suprema melancolía, tan inmenso dolor, que no pudo menos de borrar de su semblante la huella de todo resentimiento.

Aquel ser inerte, desvalido, flaco, que se habia presen-

tado en las mas bellas ocasiones de su existencia para quitar una hoja á la flor de su felicidad: aquel niño incomprensible que por todas partes la habia seguido, que habia ultrajado su corazon con amenazas sombrías, que habia querido robarle su dicha y su esperanza, ahora que se ponía en medio de su camino en el momento en que ya no se pertenecía á sí misma, le espresó con el language del alma, que lo es tambien del sentimiento, el abismo de dolores en que estaba sepultado.

— Cuando uno es feliz no quiere que exista en torno suyo ningun desgraciado... Somos siempre egoistas hasta ese estremo.

Maria adivinó de repente el móvil que impulsaba al insensato mancebo á llegar hasta ella.

Pero aquel dia debian perdonarse todas las ofensas.

— Levantaos, dijo la jóven con noble magestad: no estais bien de ese modo. Sepamos qué objeto os conduce aqui.

El page se levantó y contestó:

— Señora, quisiera que me concedierais algunos instantes para hablaros reservadamente.

Maria reflexionó un instante.

— Está bien.

Y haciendo un ademan á la dueña y á las dos doncellas para que penetrasen en el salon inmediato, quedó mirando al page, que, inmóvil como una estatua, no se atrevió á mover los labios hasta que Maria replico:

— Estamos solos: podeis hablar.

— Señora, dijo el page lanzando un suspiro que desgarró su alma: he cometido un crimen y vengo á que se me perdone. Es el postrer consuelo que me queda, ya que tan prematuramente he principiado á sufrir.

— ¿Y está en mi mano el perdon? preguntó Maria.

— Sí, señora.

— Explicaos.

— Una noche, continuó el page, en esta misma habitacion, detrás de ese espejo, detrás de ese biombo, resonó una voz, ó mejor dicho, un eco, el cual os refirió las miserias de un triste

espíritu que os amaba de tal manera, que no hay voces humanas para expresarlas. Bien lo sabeis: el fuego que ardía en su alma era como esas llamas permanentes que nunca se apagan... ¿Os acordais de aquella escena?

—Sí.

—Pues bien; aquel duende, silfo, espíritu, ó como queráis llamarlo, era... yo.

Maria hizo un ademán de sorpresa.

—¿Vos! ¿y tuvisteis atrevimiento?...

—¡Oh! señora, preguntad al loco la razón que le asiste para delirar; buscad en el Océano la causa que le impulsa á levantar sus olas á la altura de las nubes. Mi crimen consistía en que estaba loco. La negra tempestad de mis pasiones me daba energía para olvidar mi deber.

Era tan profunda la voz del jóven, tan tiernas sus reflexiones, que Maria se compadeció.

—¡Desdichado! murmuró.

—Compadecedme: no sabeis el bien que me hace vuestra compasion. Derramais una gota de agua en las abrasadas fáuces del sediento viajero. Maria, permitidme que por vez primera pronuncie vuestro nombre con tanta familiaridad, creo que me habeis comprendido. No quiero hacer tristes confesiones. Ahora cumpliré el objeto de esta entrevista.

El jóven, haciendo un esfuerzo supremo sobre sí mismo como si estrujase su corazón entre las manos, cerró los ojos y se oprimió el pecho con un temblor convulsivo.

—Sí, hablad.

—Señora: el loco se ha vuelto cuerdo: el niño se ha transformado en hombre. He ahogado aquí... en el fondo de mi pecho, el incendio de mi amor; he querido borrar también vuestra imagen, pero me ha sido imposible. Dios únicamente puede hacerlo. Sin embargo, para dar más fuerza á mi resolución, para tener más fé en el porvenir, he querido veros en esta noche... de tanta dicha para vos... de tanta desesperacion para mí. Vengo á daros el último adiós.

—¿Estais resuelto á alejaros? preguntó Maria interesada á su pesar en esta escena.

—Marcho á Madrid. En esta misma noche me alejo de esta comarca... tal vez para siempre.

La jóven se sintió conmovida y contestó:

—Que el cielo os sea propicio.

—Gracias Maria. Yo no sé; pero presiento aquí en mi corazón que alguna vez hemos de vernos. La vida es una batalla en que se lucha sin descanso, hasta que el dardo de la muerte atraviesa nuestro pecho.

—¿Y á qué os vais á dedicar?

—Seguiré la carrera eclesiástica.

—Mas para seguir esa carrera se necesita dinero, y vos...

Maria no quiso acabar la frase, por no ultrajar el orgullo del mancebo.

—Si, se necesita dinero, contestó el page con amarga sonrisa; pero yo lo ganaré.

—Muy laudable es vuestra intencion. Sin embargo, muchas veces se malogran los mejores deseos. Mi padre os puede ser útil.

—Gracias, Maria: ya que he conocido tan pronto lo que es el corazón, quiero á fuerza de voluntad conocer lo que es la cabeza. El primero ha abierto un libro ante mis ojos que no todos los hombres pueden leer; es el libro de la esperiencia: la segunda me abrirá el porvenir.

—Jóven, aun soñais todavía, contestó la hermosa condesa... Puedo influir en él... me habeis causado compasion en vez de desprecio. Acaso mi esposo...

Esta última palabra produjo en Antonio el mismo efecto de un puñal. Lanzó un apagado grito; pero como el mártir resignado á la muerte, dominó el acerbo dolor de aquella herida.

Maria comprendió el daño que le habia causado.

—No... no, dijo en seguida, aplaudo vuestra idea... marchad.

—Ahora... ¿qué mas tengo que deciros?... exclamó el adolescente... Nada... Que seais feliz, condesa de Montellano: que ameis á vuestro esposo como él os ama... que si alguna vez se presentase á vuestra imaginacion el infortunado jóven que tanto os ha querido, le tengais compasion. Os estoy robando un

tiempo precioso, María... Perdonad á un insensato que aun no tiene seguridad en sus ideas: he concluido. He alcanzado vuestro perdón y me alejo satisfecho.

Al decir estas espresiones, los ojos del jóven se llenaron de lágrimas.

Pero dominando su emocion,

—No... no quiero empañar con mi dolor las horas de vuestra felicidad. Adios, María, fé de mi corazon, luz de mi porvenir... adios... Perdon para el pobre loco... una lágrima siquiera para el infeliz.

Y cayendo de nuevo de rodillas, besó la orla del vestido de la condesa.

Era el ósculo del infortunio.

María, sumamente conmovida, no opuso resistencia; pero separó la vista del jóven.

Cuando quiso buscarlo, acababa de desaparecer detrás del espejo.

— ¡Desgraciado! volvió á decir.

Y llamó á sus doncellas, para que la acompañasen á la cámara nupcial.

Media hora despues, el castillo de la Calahorra estaba silencioso. Su esplendente iluminacion iba muriendo poco á poco á impulsos de la brisa de la noche. Todas las avenidas estaban desiertas; solo se vió un hombre, que al llegar al pié de la roca adonde descansa la antigua fortaleza, se detuvo, miró en silencio los erguidos torreones que se elevaban á manera de piquetes, y despues de exhalar una especie de bramido que salió de su pecho,

—Adios, dijo, orgullosa mansion donde he pasado mi vida ahogado con el peso de tus paredes y con el aire de tus salones: entre tú y yo va á abrirse un abismo. Adios, cuna de mis ilusiones, eco de mi desesperacion, lugar de mi martirio; guarda el secreto de mi alma, como yo guardaré tu recuerdo. Entre los dos existe un oculto lazo que nos une para siempre. Tú existirás en pié para que te contemplen las generaciones veni-

deras; yo, frágil estatua, me reduciré á polvo... Tal es el destino de la humanidad. Pero no cuentes, no, no digas al porvenir la terrible historia de un corazón despedazado... guarda en silencio lo que en este mismo instante está pasando en tu seno... Que yo no lo sepa jamás... ó al menos, que sea tan insensible como el granito de que te compones... Adios...

El hombre que pronunció esta última plegaria se envolvió en su manto, y desapareció entre las espesas sombras de la noche.

Eran las postreras palabras del page.

¿Cumpliéronse los vaticinios de aquella alma desolada?

Nuestros lectores lo verán en el curso de nuestra obra.

El page fué don Antonio Mira de Amescua, uno de los poetas mas distinguidos del siglo XVII, el glorioso autor de la *Fenix de Salamanca*.

CAPÍTULO PRIMERO.

FIN DEL PRÓLOGO.



LA CAZA DE LAS PALOMAS.

CAPITULO PRIMERO.

La verbena de San Juan.



ED un sitio conveniente, don Luis.

—En efecto, don Fernando; nos hallamos magníficamente situados. Sin embargo, ¿estais seguro de que vendrán?

—Ya lo habeis oido. Dominó negro y máscara blanca.

—Soberbia combinacion de colores. ¿Pero quién os ha dicho...

—¿Ignorais que á semejanza de los espíritus penetro en los palacios y en las boardillas, en las tabernas y en los tugurios?

—Cierto: poseeis el admirable secreto de introduciros por las rendijas á falta de puertas. ¿Es decir, que debo esperar con toda confianza?

—Sí.

Así hablaban dos caballeros cubiertos de largas capas negras, anchos sombreros del mismo color, botas de ante y hermosas espadas sujetas al cinto, en una de las avenidas que entonces existían entre el Campo del Moro y la Cuesta de la Vega de la coronada villa de Madrid.

Acababan de situarse entre un grupo de castaños de Indias, porque entonces aun no había principiado la devastación reguladora que ha destruido la belleza local de aquellos sitios, reemplazándola con la belleza del arte.

Los dos embozados se hallaban en un espeso bosque que terminaba en las orillas del Manzanares.

Este bosque se extendía en el fondo del horizonte, y era, por la época á que nos referimos, el centro de todas las aventuras y uno de los sitios mas concurridos de la corte.

Podemos decir sin temor de equivocarnos, que allí se celebraban todos los desafíos, se citaban todos los amantes, y se ventilaban todo género de querellas.

El aspecto que presentaba, si bien tenía algo de agreste y selvático, no por eso perdía nada de su natural magnificencia.

Los castaños de Indias formaban una espléndida bóveda de follage donde apenas el sol podía penetrar. En término mas apartado, el modesto Manzanares murmuraba apaciblemente entre los numerosos cantos de las lavanderas, y mas allá se extendían sus espaciosas praderas donde el pueblo se solazaba á su sabor.

Pero cuando este bosque, este rio y estas praderas adquirían un aspecto variado y esplendente, era en la noche veinte y tres de Junio, vispera de San Juan, y época de una de esas fiestas populares, ricas y animadas, propias del carácter español.

Entonces las *verbenas*, nombre fantástico arrancado del diccionario de algun nigromante, eran verdaderas verbenas.

Desde el rey hasta el alguacil, desde el noble hasta el plebeyo se lanzaban á caza de lances de amor, citas estrañas, desafíos misteriosos y aventuras inesplicables, bajo los pliegues del embozo; mientras no había dama desde la reina hasta la

humilde fregona que escudada bajo el sigiloso manto, no se mezclase en aquellos enredos galantes que despues eran el recreo de la corte y la fuente de donde brotaron las comedias de capa y espada que formaron la gloria de Lope de Vega, Calderon, Moreto y otros muchos.

Sin embargo, en la ocasion en que nosotros abrimos las páginas de este libro, iban desapareciendo estas costumbres; mas bien por los infortunios que habian caido sobre España, que por olvido de tan respetables tradiciones.

Era, pues, la vispera de San Juan, cuando los dos caballeros cuya conversacion oimos al principio del capítulo, se colocaron, como en acecho, en medio de uno de los sitios mas frecuentados del bosque.

El uno se apoyó contra el pálido tronco de un corpulento castaño, y el otro se sentó en el roto pedestal que hubo de sostener alguna estatua.

La noche habia principiado.

Madrid exhalaba un sordo rumor como los primeros ruidos de un mónstruo que se entrega al descanso.

Apenas se descubria desde el punto donde estaban los dos aventureros, un formidable lienzo de muralla que ya ha desaparecido, el cual iba á terminar en el cubo de la Almudena, donde se percibia la tosca imágen de Nuestra Señora enclavada dentro de un nicho y alumbrada por un pobre farol.

Numerosos grupos con antorchas encendidas bajaban cantando, chillando, tañendo vihuelas y panderos á lo largo de la cuesta, entonces difícil derrumbadero que tambien ha desaparecido, convirtiéndose en una bonita y elegante gradería.

Puestos ambulantes con manjares apetitosos, tiendas improvisadas con espléndidas iluminaciones y títulos relumbrantes, mesas portátiles coronadas de velas de sebo con papeles de colores, tabernas, bodegones, aguadores; tal era el conjunto del cuadro que aparecía á través de los árboles, cuyas hojas de un verde pálido refractaban una diafanidad azulada sobre todos los objetos.

El gentío crecía á medida que la noche avanzaba, princi-

piando á obstruir la calle, algun tanto retirada, donde estaban los dos caballeros.

Ellos solos permanecian inmóviles y silenciosos en medio de tanto bullicio y animacion.

Veían pasar por su lado esa parte del pueblo que olvida su miseria y trabajo para dedicarse á la locura de una noche de placeres; comprendian en el andar distinguido y en las maneras elegantes de algunas personas, que en vano habian recurrido al disfraz para ocultar su origen; seguian con vista minuciosa el interés de las rápidas escenas que principiaban á improvisarse, y esperaban, por último, contando por los latidos de su corazon los minutos que transcurrian, la hora en que ellos debian tambien ponerse en movimiento.

Despues de estar aguardando largo tiempo, uno de ellos, el que habia sido llamado con el nombre de don Fernando, dejó su puesto y se aproximó á su compañero.

—Sabeis, don Luis, que me ahoga la impaciencia, le dijo.

—Mas calma, duque, mas calma, contestó don Luis son-
riéndose.

—¡Diablo! hace un mes que me estais recitando esa letanía.

—Porque, como buen cazador que soy, no me precipito como vos, sino que espero una coyuntura favorable para obrar.

—¿Y tendremos esta noche esa coyuntura?

—Tal vez.

—¡Tal vez! Diablo, no me satisface vuestro modo de hablar, querido.

—Imaginaos que no vinieran.

—Entonces me mataba.

—No; no sucederá tal cosa. Vendrán.

—¿Estais seguro?

—Así me lo afirmó ese maldito suizo, ese cancerbero infernal que las guarda.

Don Fernando pareció reflexionar un instante.

—No sería malo domar ese dragon, dijo.

—Imposible.

—¿Luego lo habeis intentado?

—Sí.

—¿A fuerza de oro?

—A fuerza de oro. Es como un pozo que nunca se llena. Ese elefante me ha dejado pobre, y me ha obligado á empeñarme. ¿A que no sabeis con quién?

—Lo ignoro, respondió don Fernando.

—Nada menos que con Nicolasio Pertusano.

—¡Demonio! ¡es vuestro acreedor el bufon del rey!

—Sí. Por fortuna el día que no pueda pagarle, le acerco la punta de la bota á la parte posterior de su cuerpo, y lo mando á que lllore su desgracia al lado de Mari-Barbola, su compañera.

Don Fernando se sonrió; mas preocupado con otras ideas, preguntó á su amigo:

—Pero en resumidas cuentas, querido, ¿el suizo no se dá á partido?

—No.

—¿Pero acepta vuestros ofrecimientos?

—Con la misma franqueza que si fuese mi heredero.

—Eso es ya una ventaja. Es preciso darle. Si se ha agotado vuestra bolsa, echad mano de la mia. Nos arruinaremos heroicamente.

—Está bien, contestó don Luis con indiferencia.

—Ahora sepamos otra cosa.

—¿Qué?

—¿Habeis averiguado el nombre de las dos damas?

—¡Oh! eso sí.

—¿Cómo se llaman?

—La rubia, Laura.

—¡Conque tal es el nombre de mi adorada!

—La morena, es decir, la que me trae medio loco, Argentina.

—Nombre plateresco, querido.

—Ya lo veis.

—¿Eso es todo?

—Todo.

Los dos amigos estuvieron largo tiempo en silencio, hasta que don Fernando exclamó:

- Deben ser dos hermanas, según mi juicio.
- No lo he podido averiguar.
- Poco importa que lo sean, con tal de que nos amen.
- ¿Y si no nos aman? preguntó don Luis.
- Nos amarán á la fuerza.
- Así me gusta. En ese caso yo no encuentro sino un camino para vencer tan necia terquedad.
- ¿Cuál?
- Apoderarnos de ellas.
- ¿Esta noche?
- Esta noche.
- Acepto la sublimidad de ese pensamiento; pero sepamos cómo.

— ¿Cómo? replicó don Luis, parodiando el rapto de las Sabinas. Ellas gritarán, armarán una algazara de mil diablos; pero nosotros, haciéndonos sordos, las metemos en nuestro coche que se encuentra situado al extremo de este bosque, y las llevamos adonde mejor nos parezca.

- ¿Y el suizo?
- Si hace un ademan hostil, lo aplastamos de un puñetazo.
- Corriente.

Sepáronse de nuevo los dos galanes, y volvieron á ocupar sus antiguas posiciones, el uno apoyado en el castaño de Indias, y el otro en el pedestal sin estatua.

Ya por este tiempo la concurrencia era inmensa y la alegría tan general, que tenia algo de frenética.

El espectáculo que se presentaba, tenia un aspecto sumamente vistoso. Parecía uno de los carnavales de la edad media, ó la desenfrenada alegría del pueblo romano en la noche de las saturnales.

Estudiantes hambrientos asaltaban los puestos de comestibles por medio de mil ingeniosas estratagemas; soldados y mendigos, nobles y eclesiásticos se apiñaban en los puntos donde algun objeto curioso atraía la multitud; ya en varios sitios los cofrades de la santa Hermandad, los soldados de la fé y los ministriles de la villa, habian tenido que sacar tizonas é invocar al rey y á la justicia, para aplacar alguna pendencia; y por to-

das partes iba brotando ese color local, esa marea tempestuosa, esa atmósfera espesa, hijas de una concurrencia tan extraordinaria.

Por una de las calles mas apartadas del bosque, marchaban dos señoras que acababan de salir de un coche que habia quedado oculto en la espesura.

Iban, como era costumbre, rebozadas en un manto negro y cubierto el rostro con caretas blancas; caminaban con timidez, pues se notaba en que continuamente volvian la cabeza para mirar á todos lados, á pesar de que, cubiertas segun la moda de entonces, no era fácil distinguir por el aire aristocrático, ni por las formas elegantes, á las damas de la corte.

Sin embargo, siempre existe en la esterioridad algo que hace traslucir la procedencia de las personas; y de aquí, el que las dos damas no pudiesen ocultar cierta elevacion en su marcha que las hacia traicion á cada momento.

Cuando hubieron andado unos cincuenta pasos, un jóven con castor blanco, pluma negra, corto ferreruelo y trage modesto al parecer, se empeñó en seguirlas con la terquedad propia de los galanes de entonces.

—Las dos damas, que no estaban por semejante persecucion, trataron de evitar la muda galantería del rapaz que iba en pos de ellas; pero cuanto mas hacian para sustraerse de las miradas del desconocido, tanto mas se obstinaba este en no perder su huella.

Así anduvieron por todo el ámbito del bosque como una media hora.

—¡Estraño empeño! dijo por fin la principal de las damas al oido de su compañera: ¿conoces á ese hombre?

—No, contestó una voz purísima.

—Sin duda se ha equivocado, y ha creído que somos otras.

—Bien puede ser. Pero en verdad, señora...

Al pronunciar esta última palabra, la otra dama se volvió á su compañera.

—¡Chiton! No me llameis... Dime un nombre, el que te parezca, para que me puedas nombrar sin peligro: Inés, Blanca, Margarita...

—Bien, contestó la otra, os llamaré Margarita.

—Y yo á tí Diana.

—Ese es un nombre mitológico.

—Poco importa: de ese modo evitamos nuevos contratiempos.

Las dos damas se dirigieron al centro del bosque, siempre seguidas y observadas por el embozado.

Cuando llegaron al punto donde la concurrencia era mas numerosa y la alegría mas general, se vieron obligadas á ir deteniéndose á cada momento; pues no era fácil atravesar por medio de las espesas columnas de gente que invadian en todas direcciones aquel espacioso terreno.

De aquí habia de resultar, que muchos galanes, atraídos por el magestuoso porte de las dos damas, principiasen á constituirse en otros tantos perseguidores, con muy poca satisfaccion del desconocido que las seguia, y con bastante inquietud por parte de ellas; pero era preciso inclinarse ante la costumbre, y sobre todo ante las libertades de aquella noche.

—Estoy temblando, dijo la que habia adoptado el nombre de Margarita; la mas pequeña indiscrecion puede comprometernos.

—Sin embargo, contestó Diana, ya que estamos en este sitio, conviene que no lo abandonemos hasta alcanzar nuestro objeto.

—Es indispensable.

—De otro modo nuestro nombre se vería espuesto á murmuraciones de mal género.

—Pero recapitulemos, querida, dijo Margarita. ¿Ellos están decididos á jugar el todo por el todo?

—Sí señora.

—Es una verdadera desgracia. Sin embargo, aun no sé explicarme esta aventura. Hace ocho noches, ó mejor dicho ocho siglos, que estamos sufriendo todo ¿por qué? por un lazo de brillantes y un anillo de rubies.

—Es verdad; pero como ese lazo de brillantes era vuestro, y ese anillo de rubies era mio, resulta que tan luego como aparezcan, el primero prendido al sombrero del conde de Liches,

y el segundo colocado en un dedo del duque de Medina Sidonia, dirán...

— Ya... ya: hé aquí lo que me desespera.

— Y á mi tambien.

— Sin embargo, es el mayor abuso, la burla mas cruel que puede hacerse de nosotras, dijo Margarita.

— Pero señora, ya sabeis lo espuesto que es en la corte dar motivo á la mas leve apariencia.

— ¿No sería conveniente mandar á un joyero, á un digno descendiente de Juan de Arfe, que nos hiciera unas alhajas enteramente iguales á las que en mal hora vamos buscando?

— Daríamos con esto dobles motivos para sospechar.

— Es cierto.

— ¡Oh! prometo á la Virgen de la Almudena de no ponerme mas joyas, interin no conquiste mi lazo de brillantes.

— ¿Pero cómo lo perdisteis?

— No lo sé. El conde de Liches estaba bailando cerca de mí, cuando desapareció el lazo de mi cabeza. Despues se acercó humildemente á mi persona, sin decirme una palabra. Figúrate cuál sería mi asombro cuando vi mi lazo prendido á su sombrero. — Caballero, le dije, llevais una magnífica alhaja en vuestro castor. — Señora, me contestó haciéndome un saludo, estos brillantes forman la luz de mi esperanza.

— ¡Oh! ¡cuánta desvergüenza! ¿Y no os dijo mas?

— Se alejó sin desplegar sus labios. Ahora sepamos la historia de tu anillo.

— Es casi idéntica á la vuestra. Ya sabeis que el duque solicitó la honra de bailar conmigo.

— Sí.

— Cuando concluyó el baile, el anillo no estaba en mi dedo, sino en el del duque. Por un momento creí que el anillo era una perfecta imitacion del mio, ó que por un ensalmo mágico habia pasado de una mano á otra. — Cualquiera diría, señor duque, le dije, que esa preciosa sortija que llevais en el dedo no es vuestra. — Me la ha dado una hada para que sea el simbolo de mi amor, me contestó con una sonrisa lisonjera.

— ¿Y no te dijo mas?

— Nada mas.

— Está visto, mi querida Diana, exclamó Margarita, que hay un plan contra nosotras entre esos dos cortesanos, puesto que simultáneamente se han apoderado de nuestras alhajas.

— Ya he meditado en eso. Pero ¿qué plan puede ser?

— Escucha: ¿no has oido hablar de cierta reunion de jóvenes caballeros que escudados con su nacimiento, talento y valor, se dedican á seducir, engañar y arrebatar á las mujeres que se niegan á su galantería?

— Si señora.

— ¿No has oido decir que existe un palacio ó una caverna adonde son conducidas todas aquellas infelices que se dejan deslumbrar por las promesas, juramentos y amor de esos mismos jóvenes?

— Tambien.

— ¿É ignoras el nombre que ellos dán á este sistema fatal, donde por medios estraños, inconcebibles, sorprendentes, se apoderan del corazon de las mujeres?

— Si.

— Pues se llama *la Caza de las Palomas*.

Diana se estremeció de espanto; pero su compañera prosiguió en seguida:

— ¿Por qué tiemblas!

— ¿Estaremos acechadas por esos cazadores?

— Sería un atrevimiento inaudito... ¡Ay de ellos, si tal intentasen!

Margarita, al pronunciar estas palabras, dió á su voz un timbre tan nervioso, que su compañera no pudo menos de lanzar un apagado grito.

Como la conversacion habia tomado un carácter lleno de interés, las dos damas no advirtieron que se hallaban en el punto mas principal del bosque, y que estaban rodeadas por una turba de galanes que les lanzaban, á manera de flores, delicadas y escogidas frases.

Desde luego trataron de apartarse de aquel sitio; pero era difícil intentarlo.

Registraban bajo el tupido velo, la una todos los sombreros, y la otra todas las manos; pero como esta operacion, á mas de ser cansada, era poco menos que ineficaz, se dedicaron á mirar uno á uno los caballeros, por si lograban conocerlos y conseguir últimamente su objeto.

El desconocido que las seguia, viendo que los nuevos galanes iban usurpándole el derecho de antigüedad que habia adquirido con tan penosos esfuerzos, acercóse á las dos damas con el fin de ofrecerles su apoyo y proteccion; pero al mismo tiempo vió venir en direccion contraria á otras dos tapadas con dominós negros y caretas blancas seguidas de dos caballeros y un suizo de enorme peluca que caminaba en pos de las aparecidas.

Al mismo tiempo que miraban el nuevo grupo, Margarita y Diana fijaron los ojos en los dos embozados que seguian á las damas.

— ¡Cielos! exclamó la primera, ¿conoces á esos dos caballeros que vienen hácia nosotras?

Diana quedó suspensa por algunos instantes. De pronto se oprimió contra su compañera diciendo:

— ¡Oh! señora, estamos perdidas si son ellos.

— ¿Luego convienes en que se parecen?

— Sí... sí... su aire y su porte es igual.

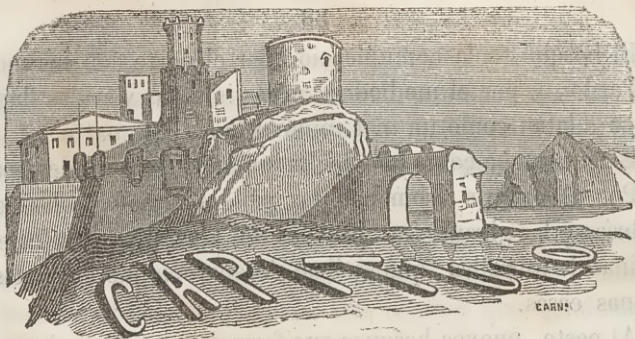
— No cabe duda... Es el rey, dijo Margarita.

— Es mi esposo, contestó Diana.

Y ambas, sin detenerse en nuevas observaciones, se ocultaron por una calle inmediata, á fin de confundirse con las sombras de los castaños.

Al mismo tiempo, el desconocido que las habia seguido prorumpió en estas palabras, hiriendo el pié con el suelo:

— ¡Necio de mí! ¡Y yo creí que eran ellas, cuando en este momento se me aparecen seguidas del suizo!



II.

De qué modo tenían fin y cabo las escenas de galantería en el siglo XVII.



ERÍA necesario comprender el plano del terreno en que hemos colocado la escena, ó que, retrocediendo hácia aquel siglo XVII, tan famoso y desgraciado para nosotros, nos colocásemos, guiados por un nuevo Diablo Cojuelo, sobre las triangulares hojas del bosque, para conocer el sin número de calles, revueltas y encrucijadas en que estaba dividido.

Con este auxilio nos sería fácil á nosotros, pobres novelistas, hacer una descripcion minuciosa del recinto salvaje y encantador en que vamos presentando á nuestros héroes principales; pero no siéndonos posible penetrar en la noche de lo pasado, ni tener el poder de Gimeno para transformar á nuestro capricho la espesa selva, hemos de contentarnos con la palidez de los recuerdos, triste crepúsculo que llega á nosotros, no para presentarnos el cuadro con toda su belleza y colorido, sino para bosquejarnos á través de una niebla, ó como en una tormenta vagorosa, el espectáculo que intentamos poner á la vista de nuestros lectores.

El bosque tenía comunicacion por el norte con los montes del Pardo, y por el mediodia con las incultas y áridas llanuras que se dilatan como un mar inmóvil hácia esta parte.

El rio cortaba como una flecha inmensa este grande espacio.

Por el oriente asomaban las pálidas almenas, las torres sombrías y las gigantescas paredes del alcázar, sobre estensas cortinas de murallas, que ya iban desapareciendo ahogadas por algunas casas.

Al oeste, nuevos bosques que formaban una zona imperfecta, iban á perderse en el fondo bajo las azules crestas del Guadarrama, como un vagoroso manto movido por el viento.

Pero deteniéndonos en el espacio comprendido desde el alcázar á la Cuesta de la Vega, observaremos en primer lugar, que estaba dividido en cuatro trozos principales, gracias á cuatro anchos arrecifes que partian de diversas direcciones.

El principal era el que arrancando al pié del mismo alcázar, seguía tortuosamente hácia el sur.

En medio de él se cortaba para desembocar en una gran plaza, punto donde se celebraba la verbena, volviendo á hendir el bosque en la parte opuesta, hasta perderse en las orillas del Manzanares.

Conviene advertir aquí, que en el punto donde se cortaba el arrecife por la parte del alcázar, era donde se habian situado don Luis y don Fernando, caballeros desconocidos hasta ahora, y que permanecian inmóviles esperando con heroica paciencia el resultado de sus deseos.

Otro camino que nacía en la Cuesta de la Vega, corría serpenteando hasta morir en el centro, partiendo en igual direccion el segundo trozo hácia la modesta iglesia de San Isidro.

Por la parte primera de esta senda fué por donde vimos aparecer á Margarita y á Diana, hasta que arrastradas por la multitud, penetraron en el gran recinto que ya hemos mencionado.

A pesar de estos cuatro grandes brazos, vías principales del bosque, existían otra multitud de calles y encrucijadas que favorecían toda clase de aventuras y prestaban con su oscuridad el encanto del misterio á todos los objetos.

Por una de estas sendas laterales y secundarias habian aparecido de repente las dos damas, seguidas por el suizo y los dos caballeros, que espantaron con su presencia á Margarita y á Diana, dando un nuevo aspecto á las escenas que intentamos bosquejar.

Necesariamente unos y otros se hubieran encontrado en el centro del bosque, á no haber tomado las últimas damas que hemos nombrado la derecha del camino que conducia al alcázar.

Dejémoslas, pues, marchar como dos palomas fugitivas, y volvamos los ojos hácia las nuevas señoras, seguidas por el suizo y los dos caballeros, hasta el momento que hubieron de detenerse delante del otro embozado que habia andado en pos de las primeras.

Una de ellas lanzó un apagado grito: grito lleno de amor y de sentimiento que revelaba el estado de su alma, y el cual hizo estremecer de alegría al desconocido.

— ¡Laura! exclamó este, al fin os encuentro.

— ¡Carlos! contestó una de las damas, llegais en el momento mas oportuno.

Y al mismo tiempo volvió la cabeza con timidez para mirar á los dos galanes que las seguian.

— ¿Tuviérais la bondad de decirme por qué? preguntó el caballero, bajando el embozo y presentando unas facciones juveniles y hermosas.

— Venimos espiadas, contestó Laura.

— ¿De quién?

— No lo sabemos; pero apenas salimos de casa, se presentaron dos caballeros que no nos han abandonado un instante.

— ¿Y son esos dos caballeros que nos miran? volvió á preguntar el mancebo, alzando la cabeza con insolente orgullo.

— Si, contestó Laura.

— Está bien: voy á suplicarles que se dediquen á otras damas.

Y poniendo la mano sobre la empuñadura de la espada, fué á dar un paso hácia ellos; pero la jóven le detuvo.

— ¡Oh! ¿Dónde vais? Deteneos, mala cabeza; ¿no pensais que os esponeis y nos esponeis mas?

—¿Y qué importa? Ya sabeis, querida Laura, y vos, mi apreciable Argentina, que tengo brios para luchar con esos dos mozalvetes.

—No, no es ocasion de emprender un combate.

—¿Entonces qué quereis que haga?

—Seguirnos.

—¿Pero os vais de la verbena?

—Sí.

—¿Y Baltasar?

—No ha parecido, contestó Argentina, lanzando un suspiro.

—¡Ingrato! exclamó Cárlos en tono burlon. Estará componiendo versos.

—Será posible.

—Decididamente, mi querida Argentina, que las musas se han declarado en contra vuestra. Es menester que nos sublevemos contra el Parnaso.

—Preciso.

Las sonrisas se escaparon de las bocas de los interlocutores; pero Laura, mas preocupada que su compañera, exclamó:

—Vámonos de aquí, que esos dos embozados me están causando un miedo espantoso.

—Permitidme, querida Laura, que me acerque á ellos cortesmente, replicó Cárlos.

—Ni lo intentéis siquiera, repuso la jóven.

—Entonces mandemos á vuestro suizo.

—Mi sinoría no entender de empacadas, contestó soberanamente el mas respetable escuderon, enseñando los dientes, como los perros cuando riñen con un gato.

A una negativa de esta especie no habia otro remedio sino pronunciarse en retirada conforme á los deseos de Laura, lo cual se verificó con el mayor orden.

—¿Conque nos vamos? dijo Cárlos con tristeza.

—Sí: es preciso. Evitar todo género de contacto con los extraños es nuestro principal objeto.

—Seguid el camino que mas os acomode, replicó Cárlos.

—Este que tenemos de frente.

El que señalaba la jóven, y hacía el cual se dirigieron sus

pasos, era hácia donde poco antes habian dirigido los suyos las otras damas que presentamos en escena.

Tenian que pasar por consiguiente unas y otras por enfrente de don Diego y don Fernando, que seguian en acecho, esperando el fin de la aventura que desde un principio se habian prometido.

Ya en aquel parage la concurrencia era muy escasa, ó mejor dicho, nula, si se compara con el gran germen que se agitaba en revueltas oleadas en el centro del bosque. Solo el reflejo pálido de las luces se estendia debilmente por entre las hojas de los árboles, produciendo ese claro oscuro que Frank ha sabido comunicar á sus paisages.

Naturalmente, y por una circunstancia inesperada, todos los diferentes personajes que hemos sacado á la escena, iban á encontrarse en el corto espacio de algunos piés cuadrados.

A la retirada de Laura, Margarita, Cárlos y el suizo, sucedió el pertinaz empeño de los dos caballeros en seguirlos.

Como el gentío iba aminorando y la oscuridad creciendo, nuestros dos campeones trataron de hacerse entender, ya que hasta aquel instante solo habian podido manifestar pasivamente sus amorosos deseos, por lo cual avanzaron por una calle lateral con el objeto de anteponerse á las encubiertas.

La calle que habian seguido iba á desembocar casi enfrente de donde se hallaban don Fernando y don Luis. Por lo tanto, y en virtud de la maniobra que acababan de ejecutar, fueron á presentar el frente á Laura y Argentina, sin reparar que á sus espaldas estaban tiritando de miedo otras dos mujeres detenidas en iguales términos por don Luis y don Fernando.

Era una doble escena, como sucedia en los teatros griegos, en que á veces el público se convertia en actor, y el actor en público.

La única diferencia que habia, era que las unas estaban solas y sin mas apoyo que sus propias fuérzas, y las otras contaban con un amante que no dejaba de la mano la labrada guarnicion de su espada, y con un suizo que hacia el papel de bufar como un lobo marino, cuando veía que faltaban á sus amas á las consideraciones debidas.

Pero como esta ventaja no habia sido adivinada por los dos nuevos perseguidores, el resultado no podia ser previsto de ningun modo.

Avanzaron estos en direccion de Laura y Argentina, mientras que don Luis y don Fernando se dirigieron estas palabras á media voz.

—Ha llegado el instante, querido, dijo el primero; ahí te-neis á la dama del dominó negro y la careta blanca.

—Es cierto; pero no veo al suizo, contestó don Fernando.

—Se habrá estraviado en la verbena.

—Bien puede ser.

—Ahora lo que conviene es maniobrar perfectamente para que la caza sea provechosa.

—De cualquier modo, me sujeto á vuestros consejos.

—Entonces seguidme, dijo don Luis, ofreced vuestras galanterias á la de la izquierda; yo me dirijo á la de la derecha.

—¿Y si huyen?

—Les cerramos el paso.

—¿Y si se resisten?

—Las sujetamos del vestido.

—¿Si gritan?

—Las tapamos la boca.

—¿Si lloran?

—La echamos de sentimentales.

—Y en último resultado...

—Las tomamos en nuestros brazos y las conducimos á nuestro coche.

—Divinamente.

Los dos caballeros se embozaron en sus capas, y se dirigieron hácia Margarita y Diana, que no sabian cómo salvar aquel nuevo contratiempo que se presentaba.

Mientras tanto, los dos embozados que iban en pos de Laura y Argentina, llegaron á colocarse á sus costados dispuestos á usar de aquellas galanterias de moda que caían dulcemente sobre el corazon de las damas, como en otro tiempo el agua azafanada sobre los espectadores del teatro de Vespasiano.



Urrabietta dis.^o y lit.^o

¡Tengase el hidalgo!

Lit. de S. Muñoz y C.ª Clara 8.

Pero el digno suizo, á quien arrebatában sus derechos incontestables de protector, lanzó un bufido como un toro y exclamó:

—Fror pita mia, que mi non tolerar tamaño apuso.

Y se puso delante de las dos damas con la misma arrogancia que Mucio delante de Porsenna.

Los dos caballeros, no acostumbrados tal vez á obstáculos de aquel género, empujaron al suizo, el cual retrocedió contra su voluntad diez ó doce pasos.

Pero este alarde de fuerza irritó de tal manera á Carlos, que sacando su espada, se puso en un instante entre las dos damas y los dos acometedores, dispuesto á sostener una lucha desigual y peligrosa, con tal de no permitir que fuesen ofendidas, ni con hechos, ni con espresiones.

A esta demostracion hostil, los dos caballeros, que no habian previsto un desenlace de aquel género, se vieron obligados á sacar las espadas á su vez.

—Téngase el hidalgo, dijo uno de los dos embozados con una voz tan enérgica, que resonó en el bosque con extraordinaria claridad.

—Esa es la voz del rey, exclamaron al mismo tiempo don Luis y don Fernando, que apoderados de Margarita y de Diana, las conducian á viva fuerza hácia un coche que estaba escondido en la espesura.

Pero Carlos, que no tenia motivos para conocer la voz del rey, lejos de detenerse como este se lo habia mandado, arremetió con ímpetu, dispuesto á dejar el paso franco para que pasaran Laura y Argentina.

El embozado tuvo precision de defenderse.

Entonces en medio de aquel bosque estalló un estrépito desolador. Por un lado las cuchilladas de Carlos, recibidas dignamente por los dos caballeros desconocidos, por otro los votos y juramentos del suizo que atacaba sin orden ni concierto, los gritos de las mujeres, la estrepitosa escena sostenida en segundo término por don Luis y don Fernando, y por último, la aglomeracion de la multitud que acudia en tropel atraída por la novedad.

Esta confusion en aquel parage solitario se estendió hasta el centro del bosque, y entonces, como era consiguiente, las rondas de la Santa Hermandad, los piquetes de los soldados de la fé, y las partidas de los alguaciles de la villa, avanzaron precipitadamente hácia la calle en que ocurría la escena que estamos describiendo.

— ¡Favor al rey! esclamaron las primeras rondas alzando sus linternas para ver la catástrofe que se estaba verificando.

Tan imprevisto como funesto socorro podía muy bien dar al traste con todos aquellos planes temerariamente concebidos; así fué, que cada cual se apresuró á poner término á la escena que estaba representando, ya con el fin de no comprometer su nombre, ya con el de conseguir el triunfo.

La lucha entablada entre Cárlos, el suizo y los dos embozados, adquirió un carácter mas sombrío.

Los dos desconocidos comprendieron que aquel jóven de pocos años que defendía á las damas, antes se dejaría matar que ceder un paso, así acudiesen todas las rondas de la corte, por lo que fué preciso atacarle con doble vigor para vencerlo.

Pero Cárlos, como Eudoro en la tumba de Leonidas, adquirió mayor fuerza á medida que crecía la rudeza del ataque.

Las rondas estaban encima y seguían gritando, pidiendo favor al rey, á la justicia y al Santo Oficio.

Era preciso acabar.

En el momento que Cárlos se replegaba hácia un árbol para tener un apoyo y poder dar frente á los recién llegados, se vió en la necesidad de cubrirse para no ser herido. Pero esta misma precaucion hizo que no advirtiese una nueva ronda situada á sus espaldas.

Espuesto á ser detenido, quiso abrirse paso á su frente, punto donde estaban los dos caballeros.

Avanzó hácia ellos defendiéndose de los ataques que le dirigian por la espalda; mas no viendo los aceros que tenía delante de su pecho, se clavó en uno de ellos, sin que el uno pudiera evitar aquella imprevista estocada, ni el otro preverla.

Tan rápido habia sido aquel movimiento, que todos lanza-

ron una exclamacion de espanto; agresores y acometidos.

Por desgracia la estocada habia penetrado en la cavidad del pecho.

Cárlos sintióse desfallecer: la sangre salia á torrentes de su herida, y bien pronto comprendió que le faltaba aire que respirar.

Miró hácia donde estaban Laura y Argentina; estas habian desaparecido.

Entonces un dolor mas vivo que el dolor físico desgarró sus entrañas, lanzó un grito, estendió los brazos, y cayó al suelo desplomado.

—Ved una desgracia imprevista, dijo uno de los embozados al otro. Ahora es necesario que ese herido se trasporte á vuestra casa.

Y avanzando hácia las rondas que seguian gritando,

—Atrás, prosiguió con voz imponente, paso á Felipe IV, rey de España.

A esta voz, á este ademan inesperado, las rondas bajaron las espadas y cayeron de rodillas.

—¡El rey! exclamó la multitud.

—¡El rey! exclamaron de nuevo á su vez Margarita y Diana, que luchaban desesperadas contra las agresiones de don Luis y don Fernando.

Pero estos dos caballeros, aprovechándose de aquel espanto y de aquella debilidad, tomaron en sus brazos á las dos damas y las condujeron al coche que los esperaba.

—Sí... si, huyamos, murmuró don Luis.

Pero Margarita y Diana, si bien no estaban en el caso de dejarse robar como dos divinidades mitológicas, se hallaban obligadas tal vez á evitar la inesperada presencia del rey.

—Deteneos, exclamó la primera con magestad. ¿Qué intentais con oponeros á nuestro camino?

—Ser vuestros humildes servidores, contestó don Luis con galantería.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Entonces conducidnos en vuestro carruage.

—Pero señora, dijo Diana al oído á su amiga, ¿qué es lo que intentais?

—Silencio: huyamos del peligro que nos amenaza con la aparicion del rey; mas vale marchar hácia Scila, que no sucumbir en Caribdis.





CAPITULO III.

El tugurio de los poetas.



ASI al mismo tiempo que ocurrían las escenas descritas en los dos capítulos anteriores, otras de distinto género estaban efectuándose en una de aquellas callejuelas vergonzantes que descienden, como colgadas de los cimientos de Uceda, hoy los Consejos, hacia la entonces famosa calle de Segovia.

En una de ellas, y muy cerca del punto que acabamos de nombrar, había una casa medio ruinosa con anchos guarda polvos sobre los balcones, y con ese barniz de la ancianidad que dá á estos edificios el color del tiempo pasado.

Flotaban en el verdoso alero del tejado, como los marchitos penachos de un paladin muerto en el campo de batalla, las yerbas que se adhieren como el musgo á las tejas, produciendo aquella vegetacion un triste y descolorido contraste con la fachada hiperbólica del edificio.

Mas á pesar de semejantes defectos, chocaba que sobre la puerta arqueada y sobre los mutilados fragmentos platerescos

que la adornaban, existiese una estensa muestra pintada al óleo; pero con colores chillones y extravagantes, en la cual se veían nueve mujeres en diversas actitudes y tañendo varios instrumentos.

Un letrero gigantesco explicaba el problema para unos, y el geroglífico para otros, de aquellas damas abigarradas, que se asemejaban en mucho á las viñetas que mas tarde adornaron la preciosa obra de Enrique Waston.

El letrero en cuestion estaba compuesto de esta manera:

TABERNA DE LAS NUEVE MUSAS.

Significativa por demás era la muestra, y aunque las preciosas hijas de Memmosine estaban sumamente maltratadas en ella, era fama que numerosos parroquianos iban á beber la inspiracion entre sus licores espirituosos.

Entonces pululaban en España, y particularmente en Madrid, donde el rey era el primero, multitud de poetas, histriones y romanceros que habian hecho degenerar nuestras belicosas costumbres con el cultivo de las musas.

Lo que perdíamos en gloria militar, lo ganábamos en gloria literaria, y si ya no teníamos héroes como Córdoba, Aguilar, Pescara, don Juan de Austria y Espinola, teníamos genios como Luis de Leon, Lope de Vega, Moreto, Calderon y otros muchos que omitimos en obsequio á la brevedad.

Esta antítesis, si nos es permitido usar de esta frase, que se observaba en las costumbres, hubiera grabado en el corazón de la sociedad una nueva índole mas blanda y suave, mas tierna y apasionada.

Nunca se perdió el poder de un pueblo grande mas alegremente que nosotros lo perdimos en el siglo XVII.

Felipe IV, aunque anciano y desengañado con los golpes de la fortuna, pensaba mas bien en hacer versos que en gobernar el reino: á la par que acudia á los templos, iba al teatro del Buen Retiro á oír muchas veces las comedias que él mismo componia bajo el modesto título de un *ingenio de la corte*: sus amigos eran los ilustres genios que tan dignamente cultivaban las musas, y como era muy apasionado por aquellas aventuras de capa y espada, de las que tanto habia abusado Lo-

pe, gustábale ponerlas en escena en las calles de Madrid, arriesgando muchas veces su nombre, y otras su dignidad y persona.

De este continuo movimiento literario, en el que brillaban como soles los nombres de nuestros clásicos, entre otros mil que estaban destinados, bien á adquirir una fama secundaria, bien á desvanecerse entre aquellos astros principales, brotó la idea de establecer la *taberna de las nueve musas*, seguro el autor del pensamiento, que era un italiano, de que encontraría eco entre las gentes de letras.

Así sucedió en efecto.

Desde la feliz inauguracion de la taberna acudieron los poetas á sus grandes y ennegrecidos salones.

Primeramente habian ido aquellos que aspiraban á beber las aguas de Hipocrene, sin que jamás hubiesen sus labios tocado á las márgenes de la dichosa fuente: luego habia ido Bartolomé García, el mas temerario de los adeptos al culteranismo: este arrastró en pos de si una falange de imitadores; en seguida se presentó Villegas, el enfático y engreido vate que se espuso á las burlas de Góngora; despues apareció Quevedo, y tras este toda la brillante estela de poetas, ó como si dijésemos, toda la aristocracia de la literatura.

Las nueve musas desde aquel momento tuvieron asegurado su porvenir.

Fraccionáronse bien pronto las escuelas. Los poetas elegiacos, como todos aquellos que pretendian imitar á Rioja, se apoderaron de un salon, los anacreónticos de otro, los dramáticos de una sala semi-arruinada, los cultivadores del romance de una galería solitaria; y cada cual, segun su talento ó influencia, se creó una asamblea donde se improvisaba y se bebía, donde se hablaba de Horacio como se pudiera hablar de un lacayo torpe, donde se nombraba á Virgilio como si fuese un maestro de escuela, donde se vituperaba á Ovidio, se zahería á Terencio, se destrozaba á Juvenal, se destruía á Plauto, se aplastaba á Séneca, se mordía á Claudiano, se befaba á Macrobio y se escarnecía á Silo Itálico.

Allí tal vez en esas horas de expansion y de locura á que se entregan los poetas, debieron hacer muchas de aquellas

obras que enriquecieron nuestra literatura; allí entre el estrépito de las botellas y entre el sabor del vino, debieron componerse muchas de aquellas anacreónticas y églogas en que dos pastores lloraban el rigor de una zagala altiva; allí brotaron y se fundieron como en un horno poesías de todos géneros, pensamientos de todos calibres, certámenes de todas formas, caracterizando de este modo una época tan admirada por unos y tan estimada por otros.

Tal era aquel asilo ignorado, aquel templo donde la musa de la ciencia y de la poesía se hermanaba con las libertades producidas por esa dorada embriaguez del entendimiento en que se eclipsan las ideas mezquinas y estallan las ideas luminosas y brillantes.

En la noche del 25 de Junio la concurrencia era mas numerosa, tanto porque la festividad que se celebraba atraía mayor número de parroquianos, cuanto porque, estando situada la taberna en las inmediaciones de la calle de Segovia, sitio por donde á la sazón transitaba todo el vecindario de Madrid, era el punto adonde acudían los hidalgos á refrescar la garganta con un vaso de lo fino.

Mas á pesar de la afluencia progresiva de la multitud, el hostelero, fiel á sus antiguos parroquianos, habia reservado para estos la mas hermosa habitacion, en términos que los neoculteranistas, los clásicos, los bucólicos, los dramáticos, y todo aquel enjambre de poetas, se vieron reunidos por vez primera entre las cuatro paredes de una sala.

Al principio la reunion tuvo algo de fúnebre. Mirábanse los unos á los otros con gesto uraño y amenazador: se bebia en silencio, se hablaba en voz baja. Una palabra satírica, un epigrama, podía producir el efecto de una bomba. Pero las letras, si riñen, riñen cortesmente.

La señal de la batalla fué la entrada en el salon de don Francisco de Quevedo, ese ingenio ilustre, tan mal juzgado de unos, tan mal comprendido de otros.

Un sordo rumor estalló en todas las mesas.

Don Francisco de Quevedo era invulnerable como Aquiles; pero su presencia causaba la envidia á los que menos elevados

que él y de menos talento, tenían que admirar su estrella desde la gran distancia que les separaba.

Recibió nuestro célebre poeta las primeras sonrisas como el soldado los primeros disparos de una guerrilla, pasó sin inclinar la cabeza por medio del fuego que se le hacia, y fué á colocarse con una sonrisa de mofa entre algunos poetas de fama.

Bramaba entonces en todo su vigor la guerra entre los culteranistas y los clásicos. Mas á pesar de todos los esfuerzos de estos, veían que la nueva escuela, como el gérmen de una epidemia, se iba infiltrando entre ellos mismos, ó como si dijésemos, iba introduciendo la confusion y la derrota en sus filas.

De aquí el que los primeros se presentasen con toda la osadía que comunica el tiempo, y los otros con la reserva que inspira un temor previsto de antemano.

—Me han llamado párvulo del Olimpo, dijo Quevedo dirigiéndose á Moreto: han comparado mi cruz de Santiago á un rábano, mis gafas á dos parches de alquitran, y mis pantorriilas al cañaveral de Sciringa.

Sus compañeros soltaron una estrepitosa carcajada.

—¿Y vos qué les habeis contestado? preguntó don Pedro Calderon de la barca.

—He reservado mis fuegos para mejor ocasion.

Quevedo tenia dias alegres y dias tristes, ó dias faustos é infaustos como los romanos.

Aquel dia era de estos últimos.

Estaba sombrío y pensativo. No se sabía si era hastío ó sentimiento lo que le dominaba; á veces descubriase en sus ojos una llama fugaz que iluminaba su frente, como el fuego eléctrico ilumina las nubes. Así fué, que los sarcasmos de sus contrarios fueron como el ladrido de un perro que ahulla á la luna.

Don Francisco de Quevedo tomó asiento entre los dioses de aquel Olimpo ó entre las musas de aquel Parnaso. Pidió una botella de *Lacrima Cristi*, licor que entonces estaba en moda entre la gente de tono, bebió un sendo trago, y miró á sus

amigos con la indiferencia que le era habitual, cuando no queria entrar en cuestiones científicas y poéticas.

—Mal viento debe correr por las galerías del palacio del Buen Retiro, dijo Calderon mirando á Rioja.

—¡Oh! no debe ser esto, contestó el cantor de Itálica haciendo un gesto burlon.

—¿Pues qué es? replicó Moreto.

—El amor... Cupido, Eros, que ha herido el corazon de nuestro amigo.

Todos se rieron de nuevo, y miraron á Quevedo.

Este por toda contestacion dió otro ataque al *Lacrima Cristi*.

—Sentaos á mi lado, Baltasar, dijo por último, dirigiéndose á un mancebo que á imitacion de un satélite habia seguido el curso y movimiento de un planeta.

El llamado Baltasar obedeció.

Ahora demos una pincelada sobre este nuevo personaje.

¿Quién era Baltasar?

Un muchacho largo, escuálido, pálido, de fisonomía enjuta, pómulos salientes, boca grande, dentadura blanquísima y ojos negros, rasgados y espresivos.

Conociase en la prematura aspereza de su cutis, que el sol y el aire le habian dado el barniz que se descubre en los jóvenes que no están acostumbrados á los regalos de la vida.

La desaparicion completa del brillo de la juventud habia borrado la huella por donde pudiera graduarse su edad. Podia tener, para unos diez y seis, para otros veinte, y para los mas observadores veinte y cuatro años.

Pero todos estos cálculos estaban equivocados.

Baltasar solo tenia veinte y dos años.

Añadiase una nueva circunstancia que en vez de favorecer físicamente al joven, le perjudicaba de un manera lastimosa. Esta circunstancia era el traje.

La ropilla que usaba, estaba raída, lustrosa, y en algunos parages recosida por una mano no muy acostumbrada al manejo de la aguja. Conociase que su dueño habia hecho heroicos esfuerzos por conservarla; pero el tiempo y el cepillo le hubie-

ron de dar ese brillo dudoso, anuncio de su próxima muerte.

Por lo tanto, cuando el jóven fué llamado por Quevedo, se acercó con timidez y se sentó, sin embargo, á una distancia respetuosa de la mesa.

Los poetas célebres que la rodeaban, miraron con estrañeza á aquel mancebo que por vez primera entraba en un círculo, donde no todos podian entrar.

En cuanto á nuestro jóven, luego que se vió convertido en blanco de aquellas miradas, unas alegres, otras burlonas, y las mas investigadoras, hubiera querido, ó que se hubiese hundido la taberna, ó que la tierra se abriera para devorarlo.

Por algunos momentos, despues de las palabras de Rioja, hubo un largo silencio. La gravedad de Quevedo y la aparicion del desconocido hicieron que todos detuviesen el movimiento de sus lenguas.

—Calderon, dijo Quevedo, siguiendo en su propósito de guardar silencio. Haced con este jóven lo que Ganimedes hacia con Júpiter.

El respetable poeta á quien iban dirigidas tales palabras, miró á su amigo, miró al jóven, y sin replicar una palabra, llenó un vaso de *Lacrima Cristi* y lo presentó á Baltasar.

Este bebió tan parcamente, que apenas se humedecieron sus labios en el licor.

—Gracias, contestó el jóven enteramente cortado; yo no puedo consentir que un hombre como vos, sirva á una persona como la mia.

—Jóven, dijo Calderon, las aves que cruzan el aire, las flores que bordan el campo, los peces que atraviesan las ondas, reciben de Dios la vida, esa armonía del cuerpo y del alma que nos impulsa á movernos y á pensar. Con menos motivo, yo que soy un hombre como vos, no debo desdeñarme de servir una simple copa de licor.

En los ojos de Baltasar brilló un resplandor de alegría. Parecia que su corazon se estasiaba ante aquellas frases que revelaban el genio del poeta.

Dió un suspiro, y balbuceó estas palabras:

—Sin embargo, señor, el leon nunca fijó sus ojos en la hormiga.

—Sois modesto.

—Como un poeta que no tiene confianza en sí mismo, dijo Quevedo.

—¿Conque este jóven es poeta? preguntó Rioja, midiéndolo con una ojeada rápida desde los piés á la cabeza.

—Es un nuevo Pindaro, un Aristófanes, un Hesiodo.

Cuando don Francisco de Quevedo hablaba en aquellos términos, era, ó porque estaba vivamente persuadido de lo que decia, ó porque queria hacer una burla sangrienta.

Sus compañeros estuvieron perplejos por algunos instantes; pero se convencieron por el tono grave de Quevedo, de que indudablemente aquel jóven desconocido era una joya cuyo valor se ignoraba, pero que tenia un mérito sobresaliente.

—Y bien, dijo Moreto, si á tanta altura se encuentra este mancebo, sepamos su historia, si es que nos honrais con tal confianza.

—Es bien sencilla, señores, contestó Quevedo. En el acto de traerlo á esta ilustre asamblea, tengo obligacion de manifestar el origen del nuevo neófito. Es una de las condiciones practicadas.

—Justamente, replicó Calderon.

Quevedo puso la mano sobre el hombro izquierdo de Baltasar.

—Os he dicho que este jóven es poeta.

—Sí, contestó Rioja.

—Pues añadiré, que es poeta de corazon, y no de cabeza, como la falange que nos escucha en el fondo de la sala.

—¿Habeis visto sus trabajos? preguntó Calderon, que era quien tomó la iniciativa.

—No tiene trabajos.

Un gesto de asombro se pintó en las fisonomías de los poetas.

Baltasar, al ver aquel gesto, se estremeció hasta la médula de sus huesos.

—Entonces, añadió Calderon, ¿cómo decís que el señor es un nuevo Píndaro, un Aristófanes, un Hesiodo?

—Porque lo es.

—Explicaos.

—El jóven Baltasar improvisa, pero no escribe.

—¡Ah! eso es otra cosa.

—¿Y dónde habeis descubierto este genio? preguntó Rioja, que era desconfiado por naturaleza.

—Eso es lo mas extraño. En una calderería.

—¿Conque el señor es calderero; como si dijésemos un ci-clope?

—Es calderero, replicó Quevedo.

El asombro iba creciendo.

—Perfectamente, añadió Calderon: demos por supuesto que vuestro protegido ha robado á la fuente Hipocrene todos sus secretos; pero hay una grave cuestion que resolver entre él y nosotros.

—¿Cuál es?

—¿Es culteranista?

—Odia á Góngora.

—Eso ya varía de aspecto.

—De otro modo, ni sería mi protegido, ni lo hubiera presentado en la reunion, contestó Quevedo.

—Bien venido sea pues el nuevo soldado, dijo Calderon; queda admitido en nuestras banderas.

—Pero además de la admision, quiero que le protejais vosotros tambien.

En aquel mismo instante, un hombre vestido de negro, como la mayor parte de todos los poetas, de fisonomía pálida é inteligente, espresion bondadosa, mirada viva y ardiente, se adelantó al grupo que formaban en torno de la mesa, y contestó:

—Reclamo la proteccion de ese jóven.

—Todos volvieron la cabeza.

—Dios os guarde, Mira de Amesqua, dijo Quevedo, siempre sois el consuelo de todos los desgraciados, y desde luego este jóven queda bajo vuestro patrocinio. Resérvome, sin embargo, un derecho.

- ¿Cuál?
- El de presentarlo al rey. Ya os consta cuánto ama Felipe IV á las personas de talento.

Todos los poetas aplaudieron aquella noble competencia, que terminó por apurar algunas copas de *Lacrima Cristi*.

Don Antonio Mira de Amescua tomó asiento al lado de Calderón, y al pronto pareció tan preocupado como Quevedo.

Ya no era el niño que conocimos en otra época.

Habian transcurrido quince años, y en ese tiempo varía la fisonomía humana de un modo absoluto.

Su frente ancha, pálida y despejada, era asiento, no de las pasiones, sino de la reflexion; en sus ojos brillantes existia la luz de la inspiracion, no la llama impura de sentimientos ardientes; su rostro adelgazado tenia una magestad imponente que se aumentaba con la severidad de su traje; y aunque no era fácil leer en el fondo de su alma desolada, descubriáse que el volcan que en otro tiempo habia calcinado su existencia, se habia extinguido, quedando en su lugar montañas de arista.

La inesperada reserva de Mira de Amescua sorprendió á sus compañeros.

—¿Venis de palacio? preguntó Calderón.

—Sí, respondió Mira de Amescua, mirando á su compañero de cierto modo, que se comprendió al instante habia ocurrido alguna novedad.

—¿Y el rey? preguntó Quevedo.

—Dicen que ha salido á la verbena con el conde de Montellano.

—Tal noticia se sabia de antemano con anticipacion, observó Rioja.

—Después es evidente que ha salido, porque no está en el alcázar.

—¿De incógnito? preguntó Quevedo.

—De incógnito.

—En verdad que S. M. no debe ser ya tan galante. Los años y las desgracias son enemigos encarnizados del amor.

—Pero ya sabeis, respondió Mira de Amescua, que el rey se cree aun como en los mejores tiempos de su edad y reinado.

—Señores, dijo Rioja, no divaguemos en generalidades, y sigamos, si lo creéis oportuno, el paseo nocturno del rey. Mira de Amescua parece estar instruido.

—Por complaceros continuaré, dijo este, haciendo un gesto no muy apacible. Se trata de que Felipe IV quiere divertirse.

—Y la reina también, dijo en esto Quevedo, que hasta aquel momento habia permanecido silencioso.

—¿Pues no está la reina en palacio? preguntó Calderon.

—Ha salido.

—¿Disfrazada?

—Disfrazada.

—¿Y hácia dónde se ha dirigido?

—A las orillas del Manzanares.

—Hé aquí un bonito cuento para una comedia, observó Moreto rascándose la frente.

—En ese caso, ya tenemos en escena á los dos actores principales, dijo Calderon.

—Entonces, replicó Mira de Amescua, ya que el rey es el galán, sabed que luego que salió de palacio se dirigió á la Cava-Baja.

—¡Diablo! preguntó Rioja; ¿qué iba á hacer en la Cava-Baja?

—A rondar.

—¿A quién? ¡Oh! eso es muy curioso.

—A dos jóvenes que de algun tiempo á esta parte llaman la atencion de la corte.

Baltasar, á medida que por vez primera iba escuchando aquellas noticias, iba revelando cierta inquietud en la movilidad continua que tenia, y en la palidez que poco á poco iba estendiéndose por su rostro.

—¿Y quiénes son esas dos jóvenes? preguntó Calderon; pues preciso es advertir aquí, que los poetas son tan curiosos como las monjas.

—Hé aquí el misterio.

—Magnífico, gritó Moreto, el argumento se complica.

—Pero en resumen, ¿quiénes son?

—Se ignora: viven siempre parapetadas tras espesas rejas y tupidas celosías, en una casita que está situada cerca de Puerta de Moros. Algunos curiosos han procurado saber su procedencia y costumbres, y conocer su rostro; pero hasta ahora no se ha podido conseguir sino ver el semblante de un suizo mas sério que un sayon y mas agrio que el vinagre.

El jóven Baltasar volvió á inquietarse visiblemente.

—¿Conque tenemos un suizo que las guarda? preguntó Rioja.

—Como el cerbero las puertas del infierno, replicó Mira de Amescua.

—Proseguid.

—Pues bien, el rey ha tenido deseos de conocer á las dos jóvenes que, segun rumores, deben ser dos estrellas.

—¿Y las ha conocido?

—No; pero en este momento debe perseguirlas.

Baltasar ya no pudo contenerse y tuvo que dar un salto en su silla.

—¿Qué os sucede? le preguntó Quevedo admirado.

—Nada, replicó Baltasar; estaba distraído. Hay ocasiones que uno no es dueño de sus movimientos.

—Tened la bondad de no distraernos, dijo Moreto, que tenía en su mente el plan de un argumento tal vez sacado de aquellas aventuras. Proseguid: sepamos lo que el rey tratase de hacer con esas dos hadas que medio nos habeis descrito.

—Lo ignoro, contestó Mira de Amescua; lo que puedo decir es, que el rey tuvo la fortuna de llegar enfrente de la casa de las desconocidas, al mismo tiempo que ellas salian rebozadas en su manto seguidas del suizo.

Baltasar ya no pudo estar sentado, y se puso de pié. Su rostro estaba descompuesto, y se notó que de su frente corrían anchas gotas de sudor.

El diálogo continuó.

—¡Feliz casualidad! exclamó Moreto. ¿Supongo que el rey seguiria á las jóvenes?

—¡Quién lo duda!

—¿Hacia dónde se dirigieron?

—Hacia las Vistillas.

—¡Oh! continuad.

—No puedo; en este momento me separé del rey, ó mejor dicho, dejé de saber sus operaciones, porque me encaminé á la taberna de las *nueve musas*, donde he tenido la satisfaccion de encontraros. Ahora sepamos algo de la reina.

—Si... sí, exclamaron todos mirando á Quevedo, que seguia pensativo contra su costumbre, la expedicion de la esposa, ya que sabemos algo del esposo.

—Ya lo sabeis, contestó Quevedo gravemente.

—Lo único que nos habeis contado, es que ha salido de palacio rebozada en su manto.

—Pues me es imposible comunicaros nuevas noticias.

—¿Por qué?

—Porque no las sé.

Los poetas pusieron un gesto bastante avinagrado, al oir las lacónicas respuestas de su compañero; pero en el momento que se disponian á atacarle para que fuese mas locuaz, se presentó de repente un hombre embozado, que preguntó por don Francisco de Quevedo.

Este se levantó con el objeto de saber para qué lo querian; pero el desconocido puso en sus manos un pliego cerrado, y abandonó el salon inmediatamente.

Todos fijaron su atencion en aquel acontecimiento, acaso el mas extraño que pudiera acontecer en los destartalados salones de las *nueve musas*.

Quevedo levantó la cabeza, miró á través de sus gafas el sobrescrito, y desplegando una sonrisa equívoca, se puso á leer poniéndose estremadamente pálido, á medida que recorria las líneas del escrito.

—Moreto, dijo de pronto dirigiéndose á este, no buscábais el argumento de una comedia en las aventuras de esta noche?

—Sí, contestó el autor del *Desden con el desden*.

—Pues aquí teneis el fin de la primera jornada.

—¡Cómo! exclamaron todos poniéndose en pié.

—Escuchad; por lo que dice este escrito lo comprendereis.

Y se puso á leer.

«Querido; acabo de herir ó matar á un hombre en las orillas del Manzanares. Iba en pos de las dos desconocidas que viven en la Cava-Baja, y el audaz tuvo atrevimiento de oponerse á mi galantería. He hecho conducirlo á casa del conde de Montellano: te espero por lo tanto en este momento para cubrir las apariencias. = El rey.»

— ¡El rey! exclamaron todos.

Pero Baltasar, el novel poeta que hemos visto inquietarse, sudar, ponerse pálido, y sufrir extraordinariamente durante el último período de aquella conversacion, se dirigió á Quevedo con la angustia y el temor pintado en su semblante.

— ¡Oh! ¿Quién es el herido, señor Quevedo?

— Se ignora, amigo mio; ¿pero qué diablos teneis?

— Un presentimiento doloroso. Acaso sea...

— ¿Quién?

— Un amigo mio; mejor dicho, mi hermano.

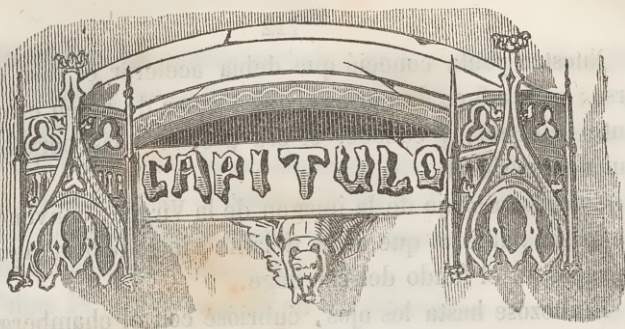
Y sin esperar contestacion, se lanzó como un loco fuera de la sala.

— Aguardad... aguardad... Estos malditos muchachos son capaces de desesperarse por un alpiste. Pero ¡qué diantre! se me olvidaba ya la orden del rey. Señores, hasta mañana á la noche.

Y Quevedo salió de la taberna, al mismo tiempo que Moreto decia á sus compañeros:

— Bonito asunto para una comedia.





IV.

Una astucia de Quevedo.



DESDE el pretil del antiguo palacio de Uceda hasta el alcázar real hay corta distancia.

Merced á los rayos de la luna que se quebraban en la pizarra de las iglesias, Quevedo podia dirigirse sin ningun tropiezo por medio de las calles de la capital y junto al antiguo muro que entonces se alzaba por aquella parte corriendo paralelamente hácia el palacio.

Era la hora avanzada, y llegaban á sus oidos como las ráfagas del viento las inmensas oleadas de la multitud, que se agitaba al pié de la Cuesta de la Vega.

El arco de Santa María de la Almudena se alzaba entre los pesados estribos que nacian de los ángulos de palacio, proyectando su pesada sombra en el fondo de la calle Mayor.

Esta se encontraba sola.

Quevedo podia dirigirse sin obstáculos al alcázar, y preocupada su imaginacion con pensamientos sombríos, detuvo sus pasos para saludar la tosca imágen de una Virgen incrustada en un nicho bajo la clave del arco.

Al mismo tiempo avanzaba á todo escape por la parte contraria un carruaje tirado por dos hermosas mulas.

Nuestro poeta conoció que debía acelerar el paso ó detenerse; pero á fuer de curioso, quiso saber de quién era el brillante vehículo, y conocer si era posible á las personas que iban dentro de él.

Colocóse debajo de la imagen de la Virgen, convencido de que la luz del farol que ardía delante, introduciría algunos de sus rayos en el fondo del carruage.

Embozóse hasta los ojos, cubrióse con el chambergo, púsose en garras para dar á su capa el airoso ensanche que en aquella época habian adoptado todos los galanes, y esperó.

El carruage se acercaba con rapidez.

Quevedo se convirtió en ojos y en oídos, costumbre que tenía adquirida para estar al corriente de todo lo que pasaba.

De allí á breves instantes, el coche pasaba por frente de donde él estaba.

Dos damas iban apoyadas en el testero principal, teniendo al parecer una conversacion animadísima.

El farol de la Virgen bañó el interior del carruage, y aunque apenas duró su resplandor algunos segundos, pudo notarse que las dos desconocidas estaban dominadas por el terror, mas bien que por otro sentimiento.

Quevedo quedó al pronto espantado, como si hubiese visto una cosa horrible.

— ¡Cielos! ¡La reina y la condesa de Montellano en el coche del conde de Liches! O el diablo se ha escapado esta noche del infierno, ó creo que todos andamos con la cabeza para abajo y los piés arriba.

Y sin dar lugar á nuevas reflexiones, echó á correr con todas sus fuerzas detrás del coche; pero este le ganó bien pronto una delantera inmensa, y tuvo que ceder en aquella lucha de ligereza.

Convencido de que no podia satisfacer del todo su curiosidad, quedóse parado en medio de la calle, y despues de reflexionar algunos instantes, se dijo:

— Volvamos á palacio. El rey me necesita.

Y meditando en la nueva aventura que acababa de saber á medias, se dirigió al alcázar, adonde llegó en breves instantes.

Ya estaban las puertas cerradas; pero nuestro poeta sabia el santo y seña de los centinelas, era conocido de todos los capitanes de guardia, no ignoraba que existian ciertos portillos ante los que bastaba pronunciar algunas palabras cabalísticas para que se abriesen como el *Sesamo* de las *mil y una noches*, por lo que nuestro poeta pudo atravesar los muros del palacio y llegar sin tropiezo á la cámara del rey.

Felipe IV estaba sentado en un gran sillón forrado de terciopelo de Utrech, y acababa de despojarse del trage oscuro que le habia servido en su escursión nocturna.

En aquel momento se presentaba vestido de negro, sin otra divisa que la cruz de Santiago, á la que tenia particular afición.

Todos los que hayan visto los magníficos cuadros de Velazquez pueden muy fácilmente formarse una idea de este rey en aquel momento de agitacion.

Felipe estaba pálido como el papel: sus grandes ojos inclinados para abajo, á la par que revelaban el fuego de su naturaleza, descubrían cierta frialdad estraña, aunque propia de su temperamento, efecto de la degradacion rara que ya se notaba en él con síntomas alarmantes.

Su frente ancha y despejada estaba cruzada por sombrías arrugas, causa producida por la aventura que le habia sucedido; su grande boca cubierta por su bigote estaba contraída y pudiera decirse convulsa, si se atiende á cierto temblor que de vez en cuando recorría los labios.

Su cuerpo alto, bien formado, pero sin esos perfiles que concede Dios á los hombres de genio, yacía inmóvil sobre el sillón, con las piernas estendidas y juntas una sobre otra, las manos caídas con pesadez, y la cabeza inclinada hácia adelante.

Tal estaba aquel rey que queriendo dominar al mundo, habia perdido palmo á palmo y hora por hora la herencia que Carlos V y Felipe II habian conquistado, y que su padre Felipe III, ya que no habia sabido ganar, tuvo el talento de conservar.

Notábase en aquel rostro, á pesar de su degradacion, el

perfil de las águilas y cierta cosa parecida al leon. Era el reflejo de la luz, no la luz misma; pero al menos alli estaba reunida la raza de aquellos grandes hombres que hicieron temblar el mundo, y fueron los genios mas colosales del siglo XVI.

Felipe, como hombre de corazon y no de cabeza, á pesar de hallarse en el último período de su vida, sabia en ciertas ocasiones revestirse de la aureola de sus abuelos. Asi es que todos le reconocian mas grandeza de alma en los dias adversos de su reinado, que no en los periodos en que la fortuna le mostraba su semblante.

Guiado por la mejor buena fé, tenia el poco tacto de errar al escoger los hombres que creia mas convenientes, ya para el manejo de los negocios, ya para el sostenimiento de la guerra; eterno volcan que ardía en los dilatados dominios españoles.

De aqui el decaimiento rápido y prodigioso de tanto poderio y el estado de enervacion en que nos encontramos, cuando debiéramos tener mas vida.

Pero ni sabiamos sucumbir con gloria, ni sostenernos con nobleza.

Todo estaba reducido á dictar órdenes, que apenas salian de la corte, ya estaban desfiguradas por los agentes del poder, sin estudiar sobre la enfermedad que devoraba á la España, ni poner remedio á las infinitas heridas por donde se escapaba la generosa sangre del pais.

La corte solo pensaba en diversiones. Felipe IV habia convertido en un carnaval continuo su reinado, y como amante de las letras y de las artes, pues en esto debemos hacerle justicia, diciendo que era muy inteligente; si bien pudo hacer que resplandeciese un nuevo renacimiento, solo consiguió ver morir con su reinado el divino destello de las musas y el sopro fecundizador de las artes.

A las desgracias de la monarquía acompañaban otras desgracias parciales que habian de preparar los acontecimientos del porvenir.

Asi se explica cómo de una corte de poetas y de cómicos, se convirtió al advenimiento de Carlos II en una corte de frailes y teólogos, y cómo en el escaso trascurso de algunos años

hubo un cambio tan radical en las costumbres y carácter de los españoles.

Mas no siendo esto el objeto principal de nuestra obra, volveremos á fijar los ojos en Felipe IV, quien al ver á Quevedo, uno de sus mas queridos amigos, hizo un movimiento de alegría que apenas pudo reprimir.

—Acércate, querido, dijo el rey: ¿has recibido mi carta?

—Ella es la que me hace venir al lado de S. M., contestó el ilustre ingenio, inclinándose graciosamente.

—¿Estabas en las nueve musas?

—Sí y nó.

—¿Cómo!

—Quiero decir, estaba mi cuerpo, pero mi alma estaba en otra parte.

—¡Ah! eso es otra cosa, dijo Felipe.

—Iba á caza de aventuras, señor.

—¡Tú!

—Iba en pos de dos damas cubiertas con negros mantos.

—Querido, ¿te burlas!

—Andaba hecho un galán allá en la verbená, porque, como V. M. sabe, las verbenas se han creado para correr aventuras.

—Estás recitando lo que creo no se sabía.

—Señor, os estoy contando lo que me pasó. Uno de los mil acontecimientos que á todos nos suceden.

Felipe hizo un movimiento de impaciencia.

—Prosigue, exclamó, echando una pierna sobre otra.

—Pues como os iba diciendo, iba en pos de dos damas.

—Está bien.

—Mejor dicho, iba en pos de un suizo que caminaba á retaguardia de ellas.

El rey se agitó de nuevo en el sillón y exclamó:

—¿Conque lo sabes todo! ¡Dios mio! ¿será posible que mis actos privados pertenezcan á la jurisdicción pública?

—Tenga V. M. la bondad de oirme, si es que quiere que acabe de dar mi paseo nocturno.

—Continúa, ensangriéntate en contra mia.

—El cielo me guarde de tamaña ofensa, dijo Quevedo con su constante sonrisa. Una vez detrás del suizo, solo me faltaba acortar las distancias para acercarme á mis dos tapadas.

—¿Pero al fin te acercaste?

—¿Quién puede dudarlo? Pero hé aquí, señor, lo mas culminante de mi aventura.

—¿Qué es? dijo el rey, que poco á poco iba comprendiendo el oculto pensamiento del poeta.

—Yo no sé por dónde se cruzó uno de esos galanes que en todo se meten y de todo quieren sacar partido. El hombre tiró de la espada, yo tiré de la mia. Hubo gritos, mandobles y alboroto, acudieron los hombres del Santo Oficio y los ministriales de la villa, concluyendo porque mi rival quedó tendido en el suelo.

El rey, estremadamente pálido, no sabia verdaderamente lo que significaba la ficcion de Quevedo.

—Conque tú...

—Sí, señor, yo... ¿lo entiende bien V. M.? Yo he herido á ese jóven temerario, y sabe Dios lo que me hubiese sucedido entre tantos esbirros, á no haberme valido de una estratagema.

—¿De cuál? exclamó Felipe IV.

—En el momento en que me veía mas acosado, tuve que quitarme mis inseparables gafas, me embocé lo mejor que pude, tomé una postura magestuosa, y... perdonad, señor, ya sabe V. M. que existe alguna semejanza entre nosotros; en aquel trance se me ocurrió la peregrina idea de hacer el papel de Felipe IV.

—¿Y lo hicisteis? exclamó el rey, que principió á comprender de un todo el pensamiento de Quevedo.

—A las mil maravillas. Todos se tragarón el anzuelo.

—¡Oh! pero, ¿y el herido?

—Afortunadamente pasaba por alli cerca el conde de Montellano y le supliqué lo tomase á su cargo, interin venia á pedir perdon á V. M., ya por la herida causada, ya por haberme investido con el nombre del rey.

Este se levantó de su asiento rápidamente, y acercándose al poeta, le dijo:

— Te comprendo, generoso amigo: quieres salvar mi nombre á costa del tuyo.

— Señor, al santo que merece dos velas, conviene que se le pongan. V. M., segun entiendo, no ha salido esta noche de palacio, aunque por mi atrevimiento su nombre se va á hacer célebre mañana.

— Pero, ¿cómo remediar...

— Lo peor de todo es la Inquisicion. Esta será capaz de venir á tomar declaracion al mismo rey, y entonces el escándalo se haria mas público.

— En efecto.

— Para evitar tales inconvenientes, me atreveré á proponer á V. M. un proyecto.

— ¿Cuál?

— Llamareis al instante á vuestro ministro don Luis de Haro.

— Bien.

— Le ordenareis que le acompañen el conde de Liches, su hijo, y su inseparable amigo el duque de Medina Sidonia.

— ¿A qué estos dos cortesanos?

— Aunque agenos á los asuntos del reino, V. M. no ignora que ambos personajes son la trompeta de la Fama de todos los acontecimientos palaciegos, los que charlan lo suyo y lo ageno, y los que forman el almanaque escandaloso de la corte. Enterados de la broma que me he permitido, no quedará mañana, ni casa, ni sala, ni boardilla, donde no se sepa la chistosa parodia que esta noche he hecho para escurrirme de las garras de la justicia.

El rey no pudo menos de lanzar una carcajada al penetrar el proyecto de Quevedo, y contestó:

— Acepto tu pensamiento, y voy á mandar que se ejecute.

— De este modo, la Inquisicion, que tiene deseos de sorprender los deslices de V. M., se quedará sonrojada al ver de qué modo la he burlado.

Felipe IV se acercó á una gran escribania de plata que brillaba sobre una mesa cubierta de terciopelo carmesí, y cuyos extremos arrastraban por el suelo, y tocó una campanilla.

Al punto apareció el ugiér de servicio.
— Haced que venga mi secretario, dijo el rey.

De allí á un momento entraba un estirado personage, que recibió las órdenes de Felipe IV, saliendo al punto á cumplimentarlas.

Los que no conozcan á fondo los hechos por cuya superficie vamos rozando nuestras quebrantadas alas de escritores, es preciso tiendan una ojeada retrospectiva desde el 17 de Enero de 1643 en que se hundió el célebre conde-duque de Olivares, hasta el momento en que presentamos al rey en escena, á fin de abarcar con una ojeada el gran cuadro que intentamos presentar á nuestros lectores.

Esta era la fecha en que aquel personage se habia retirado como Diocleciano de la escena política, dejando su puesto á don Luis de Haro, su sobrino, cuyo genio está delineado en estos cortos renglones de un sabio escritor español.

«Este favorito, dice, lleno de ambicion, no tenía talento, ni para la guerra, ni para la paz; pero poseía el arte de adular, y por este medio y el celo que mostraba por el servicio del rey, conservó hasta el fin de su vida el favor del monarca, no obstante de tener que luchar con enemigos muy poderosos. Se puede decir en su favor, que no era cruel ni vengativo, que era afable con todos, y que no oprimió á los pueblos. Estas virtudes le granjearon la estimacion pública, aunque conocian que ocupaba un destino que era incapaz de desempeñar bien.» (1)

Hasta aquí el juicio de este nuevo Pericles que habia cubierto de flores el reinado de Felipe, para ocultar los arroyos de sangre que corrian por todas partes.

Don Luis se hallaba en el postrer período de su vida, fatigado por la última campaña de Portugal, que acababa de dirigir; pero obediente á las órdenes del rey, acudió á su cámara, dispuesto á agotar el escaso aceite de su inteligencia en bien de su patria.

Era un hombre de sesenta y un años; bien fuera por la

(1). Sabau y Blanco.

edad, bien por el carácter de su fisonomía, revelaba la bondad y la paciencia. Los ojos estaban amortiguados; pero en el fondo de su pupila ardía una luz brillante, señal de la actividad que habia tenido que desplegar en el largo período de su favoritismo, y de la lucha que habia tenido que sostener contra los enemigos de España.

Sin embargo, un observador hubiera encontrado cierto aire de familia entre él y el antiguo ministro.

Olivares, segun nos lo ha pintado el inmortal Velazquez, y segun la distinguida observacion de Voiture, tenia belleza en las facciones, grandeza en la mirada, arrogancia é inteligencia en la actitud, en términos de encontrarle el autor citado uno de los mejores ginetes y uno de los mas galantes caballeros de su época.

No era, como se ha supuesto, cargado de espaldas, de cabeza enorme, tez sombría y rostro largo y puntiagudo, pues entonces, al presentar nosotros á don Luis, le encontraríamos esas mismas señales como un distintivo de raza, á no ser, lo que es muy posible, que el conde-duque en el último período de su vida política experimentase esta metamorfosis, á causa de los rudos golpes de su mala estrella.

Cuando don Luis se presentó al rey, iba vestido de terciopelo negro, llevaba al pecho la cruz de Calatrava, y todo el traje iba sugeto con lazos verdes, sirviéndole de modelo los hermosos retratos de su tio, y particularmente el que hoy se encuentra en la galería del difunto rey de Holanda.

A pesar de las alteraciones que se notaban en el todo del semblante del uno y del otro, muchos cortesanos veían en aquel anciano la altiva figura del conde-duque, cuyos recuerdos no habian podido borrarse, aun despues de tan largo tiempo.

El mismo rey creía algunas veces, cuando se alzaba el tapiz de su cámara, ver aparecer aquel genio fatal que habia cubierto de brillantes ruinas la monarquía, y del cual en el momento de su caída, se dijo, escribiéndolo en pasquines en las puertas del alcázar: *Ahora serás Felipe el grande, pues el conde-duque no te hará pequeño.*

— Don Luis de Haro venia acompañado, segun la órden del rey, de su hijo el conde de Liches y del duque de Medina Sidonia.

El primero de estos dos personajes era un jóven alto, elegante y bello, si es que constituyen la belleza del hombre esos rasgos finos y delicados que vemos en algunas dignas cabezas de aquel tiempo. Su cabellera, partida de por mitad, caía con gracia por ambos lados, formando muchos bucles que descansaban en una rica gorguera de encaje de Flandes. Toda su fisonomía tenia un aire mas altanero que aristocrático, y mas animoso que benigno.

Brillaba en el fondo de su pupila una luz que en vez de esclarecer, oscurecia los pensamientos de su alma, no siendo fácil leer en su fondo las ideas que de tiempo en tiempo brotaban de aquel foco, ya tenebroso, ya resplandeciente.

Lo mismo podia decirse de su boca, siempre en movimiento, ora sonriendo á través de los magníficos bigotes que le cubrian, y los cuales se elevaban ondulando graciosamente á la altura de los ojos, ora contrayéndose para morderse los labios con sus blanquísimos dientes en señal de la agitacion de su espíritu.

Tal era este personage considerado físicamente.

El duque de Medina Sidonia, hombre casi de la misma edad que el conde, era de un tipo distinto. En él estaba marcado el sello de su raza.

Nobleza, hermosura, varonil fisonomía, abierta franca mirada, todo esto brillaba en él á primera vista, si bien unido á cierta frivolidad y ligereza que en vez de perjudicarle, le hacia mas favor.

Conociase que dominado por pasiones vehementes, se habia dejado arrastrar hasta esos limites donde las pasiones mas nobles pueden degradarse; aunque se habia salvado de estos peligros por un esfuerzo superior de su carácter y naturaleza, debido al instinto elevado de su alma.

Luego que vió Quevedo á los dos cortesanos, cuyas lenguas, segun él, tenian igual propiedad que la trompeta de la Fama, los miró con la sonrisa que tan peculiar le era, y que mas de

una vez hubo de desesperar á las damas y espantar á los caballeros.

Cuando Liches y Medina Sidonia vieron al lado del rey al satírico poeta, cuyos versos quemaban á veces como el alquitran, se miraron recíprocamente, y no pudieron menos de manifestar la sorda inquietud que en aquel momento los atormentaba.

Sin embargo, esta agitacion desapareció rápidamente; pues en hombres que eran diestros en el arte del disimulo, hubiera sido la mas torpe de las torpezas descubrir por falta de espíritu el secreto que existia en el fondo de sus corazones.

Mientras tanto, don Luis de Haro acercóse al rey, y le dijo: —Acabo de recibir las órdenes que V. M. se ha dignado enviarme, y al punto acudo á cumplir su voluntad.

—Siempre sois diligente en mi servicio, le contestó el rey con benévola sonrisa, y persuadido de lo mismo, he querido llamaros para enteraros de un asunto grave en la apariencia, y superficial en su fondo.

—Solo espero, replicó el ministro, el instante en que V. M. se digne contármelo.

El conde y el duque saludaron á su vez al monarca.

—Tambien os he llamado, señores, prosiguió el rey, dirigiéndose á los dos últimos, porque os considero con las dotes necesarias para que ilustreis la cuestion con vuestras observaciones.

Los dos palaciegos se deshicieron en saludos y espresiones de profunda gratitud.

Quevedo, como si fuese Mefistofeles, seguia riéndose durante esta especie de introduccion.

—Se trata de una broma, continuó Félipe, sonriéndose.

—¡De una broma! exclamó el ministro, mientras su hijo y el duque, un poco agitados por aquel principio, se pusieron pálidos como dos figuras de cera.

—Una inadvertencia, ó mejor dicho la malicia siempre desarrollada en don Francisco de Quevedo y Villegas, ha hecho que el nombre de vuestro rey se encuentre comprometido.

La ansiedad creció de punto con estas espresiones.

—Yo creo, dijo don Luis, que el nombre de V. M. se encuentra á tanta elevacion que no puede padecer, por grande que sea el compromiso á que alude.

—No lo creais, don Luis. Hay circunstancias que ponen al rey en grado bastante inferior.

—Nada mas natural, murmuró el ministro.

—¿Habeis estado vosotros en la verbena? preguntó el rey al conde de Liches y al duque de Medina Sidonia.

Estos se pusieron doblemente pálidos, pues creyeron que el rayo de la cólera principiaba á bramar sobre sus cabezas. Pero Liches era hombre que no retrocedia ante ningun peligro, y contestó:

—He estado ocupado en el arreglo de algunos documentos de familia.

—¿Y vos, duque?

—Yo, señor, no me he separado de la duquesa en toda la noche.

—¿Es decir, que no habeis salido de casa?

—No señor.

—Lo siento, porque voy á referir lo que ha pasado en la verbena.

Los dos nobles no podian menos de sudar por todos los poros.

Quevedo los miraba, y se sonreia á cada instante.

—Una vez entregado nuestro poeta á sus instintos aventureros, prosiguió el rey, tuvo la humorada de seguir á dos damas tapadas con mantos negros.

—¡Ah! exclamó don Luis, que era el que menos comprendia aquella historia.

—Ya sabeis que Quevedo es terco en sus proyectos.

—En efecto, contestó Liches, mirándolo como un perro mira á otro.

—Pues bien, dominado por un vago deseo, no quiero calificar de otro modo los deseos de nuestro poeta, siguió en pos de las desconocidas, hasta que tropezó con un rival. Este se empeñó en oponerse á la persecucion que espermentaban aquellas, y de aqui brotó un lance.

—Eso es algun tanto sério, exclamó don Luis de Haro.

—Ya sabeis, continuó el rey, que Quevedo entiende bastante en el arte de tirar la espada.

—En efecto.

—Pues bien, muy poco tiempo le bastó para atravesar por un costado á su imprudente contrario.

El ministro hizo un gesto de asombro, y Liches y Medina Sidonia se miraron con sorpresa.

—¿Y cómo es...

Don Luis no se atrevió á concluir su pensamiento; pero sus ojos se fijaron en el poeta, como si le extrañase verlo tan tranquilo en aquel sitio.

—No sé lo que quereis decir, contestó el rey.

—El señor ministro, dijo Quevedo, moviendo la cabeza, quiere preguntar, que cómo es que yo me encuentro al lado de V. M. cuando debiera hallarme en la cárcel de Corte.

—¡Ah! ved aquí la razon por la que os he llamado, y el origen de eso que yo he calificado de broma. Quevedo cuando hirió á su antagonista, se vió rodeado de esbirros, alguáciles, mozos del Santo Oficio, y soldados de la Fé, es decir, que hubiera ido irremisiblemente á la cárcel, sino se le hubiese ocurrido la idea que lo ha salvado, y por la cual le perdono.

—V. M. es sumamente benéfico.

—Lo conozco, don Luis: por eso se abusa tanto de mí.

—Mejor hubiera dicho V. M. que se abusaba, añadió el imperturbable Quevedo.

—¿Cuando? preguntó Haro con gesto sombrío.

—Allá en los buenos tiempos de vuestro tio, el señor conde-duque de Olivares.

Aquella verdad insolente, hizo que don Luis se pusiese verde de corage y Liches pálido de emocion.

Felipe comprendió que se condensaba en torno suyo una de aquellas borrascas palaciegas que tan comunes fueron en su reinado, y trató de conjurarla.

—No divaguemos inútilmente y volvamos al punto principal, dijo el rey. ¿No sabeis qué idea fué la que se le ocurrió á Quevedo para salvarse?

—No señor, contestó hipócritamente don Luis.

—Pues héra aquí. Embozóse perfectamente, y dando un paso hácia los esbirros—Atrás, canalla, les dijo: soy el rey.

—¡El rey! exclamó el ministro, abriendo los ojos con asombro.

—Nos hemos salvado, pensaban entré tanto Liches y Medina Sidonia, testigos de la escena que el rey acababa de pintar.

—Sí, se valió de mi nombre y se salvó, continuó Felipe. De aquí el que mañana y en esta noche misma se corra la voz por todo Madrid de que yo he estado en la verbena, y de que he andado á cuchilladas como si fuese un galan de teatro; estas suposiciones pueden rebajar mi nombre, y de aquí el que os haya llamado para escuchar vuestro consejo.

Los tres cortesanos se quedaron en silencio por algunos instantes, como si la noticia los hubiese asombrado, mas bien por la tranquilidad del rey, que por la audacia del que aparecía delincuente.

Don Luis de Haro dijo por último:

—Señor, encontró en lo que V. M. califica de broma un delito transcendental é importante.

—Yo así lo he creído tambien.

—Tomar el nombre del rey para comprometer su dignidad es un abuso incalificable, mucho mas, cuando quien lo ha cometido es una de las personas mas conocidas é ilustradas de la corte...

—Sí... sí, replicó Felipe IV, que veía aglomerarse en la frente de Quevedo las nubes mas sombrías; pero ya sabéis que existen circunstancias que deben tenerse muy en cuenta. En primer lugar el chasco no deja de tener chiste. Haber burlado con tanto descaro á los hermanos del Santo Oficio y á los ministros de la villa, solo puede hacerlo Quevedo, y de aquí, el que en vez de ser justiciero sea misericordioso.

El ministro se mordió los labios.

—En ese caso...

—Lo que yo quiero evitar es el escándalo, y mi deseo es que las cosas queden en su verdadero lugar.

—¡Ah!

—Por lo tanto, preciso es que vos, don Luis, comuniquéis á la Inquisicion el lance tal como ha sido, y vosotros, señores, lo hagais público entre la multitud, para que el nombre del rey no sufra detrimento.

—Señor, eso lo considero ya casi imposible.

—Todo lo contrario, don Luis, contestó el rey: parece que no conoceis el carácter del pueblo español. Cuando mañana se estienda esta aventura por Madrid, todos aplaudirán esa nueva ocurrencia de Quevedo, y temo que la dignidad de la justicia no quede bien parada despues de un chasco tan pesado.

—Yo lo siento por el señor ministro, añadió Quevedo; pero su severidad no puede hincarle el diente á las pequeñas bromas de mi carácter.

Haro desplegó una sonrisa equívoca, y contestó:

—Hombres de mi condicion tienen que olvidar los deberes de la amistad por su amor y afecto al rey.

Felipe IV con la negligencia que le era peculiar, hizo un ademan con la mano, como dando por terminado el incidente.

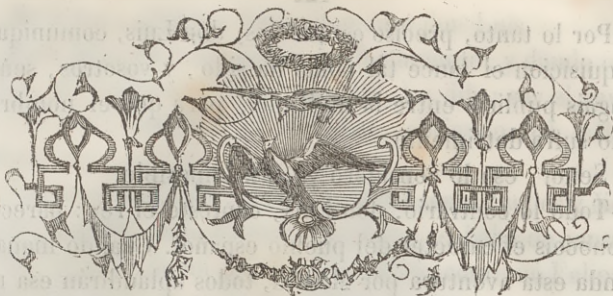
Los tres cortesanos se inclinaron, menos Quevedo, que quedó al lado izquierdo del rey.

—Señores, no olvidéis mis instrucciones, dijo este contestando al saludo de sus consejeros.

—¿Os quedais vos, Quevedo? preguntó don Luis pasando por su lado y dirigiéndose hácia la puerta de la cámara.

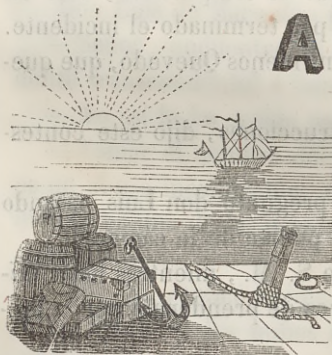
—He pensado no separarme de S. M., mientras haya ministros en la calle que tengan deseos de prenderme por la broma de esta noche.

Don Luis comprendió la ironía de estas palabras, y salió seguido de su hijo y del duque de Medina Sidonia, no muy satisfechos los tres de que un poeta insolente tuviese el privilegio de la inmunidad.



CAPITULO V.

El esclavo de su honra.



HORA, señor, dijo Quevedo cuando se vió solo con el rey, ya que estamos libres de don Luis de Haro, de su hijo, y del duque de Medina Sidonia, espero que V. M. me indique lo que debo hacer.

Felipe levantó un poco la cabeza; pues fuera por negligencia ó por cansancio la tenia reclinada sobre el pecho, y miró al poeta sin saber qué contestar.

—Lo que mejor te parezca, amigo mio, respondió por último.

—Me retiraré si V. M. está cansado.

—¡Ah! no, no te vayas, dijo Felipe, haciendo esfuerzos por sacudir la pereza que Dios lega á todos los poetas; especie de sibaritismo que encadena con lazos de flores, ya las facultades morales, ya las fuerzas físicas del individuo.

Quevedo conocia perfectamente el carácter del rey, y encogiéndose de hombros, se sentó en un taburete que estaba colocado enfrente del sillón real.

Sucedió un largo período de silencio, en atención á que Felipe habia vuelto á sepultarse en una de aquellas meditaciones que despues de las últimas desgracias de su reinado le eran tan comunes.

Quevedo entre tanto principió á impacientarse.

Primeramente echó una pierna sobre otra; pues si bien esta postura no era la mas á propósito para estar delante de un rey, nuestro poeta se tomaba de tiempo en tiempo ciertas familiaridades que, lejos de causarle enojo, producian en Felipe una íntima satisfaccion.

Sin embargo, Quevedo conocia que no era prudente abusar á menudo de las bondades reales, y solo para casos dados, ó mejor dicho, para situaciones extraordinarias reservaba nuestro poeta sus mas cáusticas sonrisas y sus mas notables escentricidades.

El que Quevedo apareciese mas chancero que de ordinario, era una prueba para el rey de que sucedia alguna cosa notable en la corte.

Hemos dicho que nuestro poeta echó una pierna sobre otra. Pues bien; no contento con esto, se recostó en el borde de una mesa inmediata llena de papeles.

Con una ojeada comprendió la índole de estos documentos.

Nada habia allí que trascendiese á política: ni notas, ni despachos, ni memorias, ni decretos.

Veíase, sí, en un lado la coleccion completa de las comedias y autos sacramentales de Lope de Vega; en otro se encontraban las de Calderon: por un extremo aparecian las de Moreto; mientras resaltaban por todas partes poesías de todos ingenios.

En muchas de ellas se notaba, que el rey por su propia mano habia tachado, ya algunos defectos de estilo, ya algunas faltas de impresion.

Pero donde mas se fijó la atención de Quevedo, fué en algunos papeles escritos por Felipe, conociendo por la forma que eran versos lo que contenian.

El demonio de la curiosidad, que era uno de los que mas se

apoderaban del corazon del poeta, le hizo estirar el cuello y leer por encima aquellos fragmentos diseminados y revueltos. Sus ojos se detuvieron por último en este epigrafe.

El negro del cuerpo blanco, ó el esclavo de su honra; comedia en tres jornadas, escrita por un ingenio de esta corte.

Quevedo comprendia lo que significaba esta última frase, y su curiosidad pasó á convertirse en un deseo violento de leer aquella comedia.

Dos ó tres veces, cediendo á una tentacion casi irresistible, estuvo dispuesto á alargar la mano y tomar el cuaderno sobre cuya cubierta estaba escrito el título que hemos nombrado; pero notó que el rey se movia de vez en cuando, y tuvo que contentarse con alargar el cuello dos pulgadas más.

—El esclavo de su honra, murmuró Quevedo, no encontrando otro medio para llamar la atencion del rey.

Este levantó la cabeza al oír aquel título, y miró al poeta.

—¿Qué estás diciendo? le preguntó sonriéndose.

—Señor, estaba mirando en esa mesa.

—Y bien, ¿qué mirabas?

—Lo que todos debemos ser.

—¡Oh! no te entiendo.

—Es cosa fácil comprender lo que digo. Cuando V. M. tuvo en otro tiempo la feliz ocurrencia de que representásemos, ó mejor dicho, improvisásemos, aquella famosa comedia titulada *La caída de Adán*, en la que V. M. hizo el papel de primer hombre y yo tuve la honra de representar al Eterno Padre, ¿no se acuerda de lo que sucedió?

—Sucedieron tantas cosas...

—Una de ellas, vervi-gracia, la última.

—¿La de la bola de piedra?

—Justamente, ya consta á V. M., que se me dió como simbolo del mundo un peñasco redondo, que á mas de cansar mi brazo, cansaba mi paciencia. V. M. estaba en vena, y supo improvisar una relacion larguísima, mientras yo sudaba con el peso del mundo que tenia mi mano.

—Es cierto, en términos que cuando yo concluí con aquellos dos versos

Ya mi discurso acabado

¿Qué me respondeis, señor?

— Yo os contesté arrojando el mundo por el suelo:

Que me pesa haber formado

Un Adán tan hablador.

El rey se sonrió con aquel recuerdo de tiempos mas felices.

— ¡Ah! siempre el mismo genio; pero sepamos adónde vas á parar.

— Que del mismo modo que entonces me pesaba el mundo, me pesa la curiosidad.

— Y bien, ¿qué quereis saber?

— Eso que estaba mirando.

El rey dirigió la vista hácia el centro de la mesa.

— ¡Siempre ambiguo! dijo Felipe con maliciosa sonrisa.

— Señor, ¿qué significa el esclavo de su honra? preguntó. Quevedo echando la cabeza para atrás.

— ¡Ah! exclamó él rey, te comprendo... ¿Has leído el título de mi nueva comedia?

— Pues qué, ¿es una comedia?

— Ya lo veis.

— Muy propicias están las musas con V. M.

— Es un ligero pasatiempo.

— Lo que es el título me satisface completamente. Por eso mi curiosidad era superior á mis fuerzas. El argumento debe encerrar una idea moral muy elevada.

— Creo que sí.

Felipe IV se dirigió á la mesa y tomó el manuscrito, que se puso á ojear con ese cariño que todo autor tiene respecto á sus obras.

— Cuando quieras leer, dijo, te autorizo para ello.

Quevedo no esperó que le repitiese aquellas palabras, y se apoderó del manuscrito con curiosidad.

El rey buscaba en el movimiento de las cejas de su amigo esas señales de complacencia ó disgusto que se revelan en todo lector, á medida que se va enterando del contenido de un libro, hasta que por último oyó estas palabras:

La caza.

— ¡Preciosa escena!... Ha tenido V. M. una idea feliz... el argumento crece en interés... los caracteres están perfectamente sostenidos...

Y de este modo estuvo pronunciando frases mas ó menos entusiastas, segun el interés que le iba inspirando la lectura.

Al cabo de unos quince minutos dejó de leer.

— ¿Sabe V. M. que se me ha ocurrido un pensamiento magnifico?

— ¿Cuál?

— Acabo de leer, que el héroe de vuestra comedia se disfrazaba de esclavo para vigilar su honra.

— En efecto, contestó Felipe.

— Pues bien, ya consta á V. M. que en estas materias todas las estratagemas son pocas, cuando se trata de un tesoro de tanta valia como es el honor.

— Dices perfectamente.

— Pues hé aquí mi pensamiento.

Y Quedo, que sabia por esperiencia que las paredes de los palacios tienen la propiedad de la ninfa Eco, miró á todas partes, como si temiese ser oido.

— ¿Qué recelas? le preguntó el rey.

— Señor, temo que me oigan.

— Aquí no nos escucha nadie.

— Eso se figuraba el rey Midas, y sin embargo todo el mundo sabia que tenia orejas de pollino.

— Eres malicioso.

— La malicia forma parte de la sabiduría. Pero ya que V. M. me asegura que nadie nos oye, principiaré.

— Principia.

— Pues, señor: quiero convertirme en esclavo.

— ¡Tú!

— Sí.

— ¿Por qué?

— Tengo miedo esta nóche: vuestra comedia ha despertado en mí sentimientos algun tanto diabólicos.

— ¿Acaso dudas de la fidelidad de tu esposa ó de tus amantes?

—Yo no sé; pero es lo cierto que esta noche voy á convertirme en esclavo.

—Espícate.

Quevedo volvió á mirar á todos lados y dijo:

—Señor, ha oído V. M. hablar de cierta partida de cazadores...

—¿Qué cazadores?

—¡Oh! pues qué, ¿ignora V. M. que se está cazando á pesar del tiempo de veda.

—¿En contra de mis reglamentos?

—Ahí está el cuento.

—Y bien, ¿qué se caza?

—Palomas.

—Vamos, eso es distinto.

—Pero es que esas palomas no son campestres.

—¡Ah! me estás confundiendo.

—Son de la ciudad, ó mejor dicho de la corte.

Felipe miró al poeta con alguna seriedad.

—Creo, dijo, que me hablas con doble sentido.

—Bien puede ser, contestó Quevedo, empinándose las gafas.

—¡Oh! entonces esa caza...

—¿Ha leído V. M. la retórica de nuestro fray Luis de Granada?

—Sí.

—Entonces sabrá lo que es antonomasia.

—¿Quién lo duda?

—Pues entendido por la palabra palomas...

—¿Qué?

—Mujeres.

El rey hizo un movimiento de sorpresa.

—¿Conque hay cazadores de mujeres?

—Por ese temor quiero esta noche convertirme en el esclavo de mi honra.

—¿Quevedo!

—Señor, ya está dicho.

—Pero supongo, ya que sabes que se caza, que debes conocer á los cazadores.

- Conozco á algunos.
- ¿Y les temes?
- Así, así.
- ¿Tienes sospechas?
- Vehementes.
- ¡Oh! eso es más sério de lo que yo me figuraba.
- Así lo creo tambien.
- Cuéntame lo que sepas.
- Quevedo se estiró dos ó tres veces, y dijo:
- Voy á complacer á V. M. Mientras que vos andábais á cuchilladas con ese pobre diablo que habeis dejado herido en casa del conde de Montellano, tuve tentaciones de meterme á cazador.
- ¿Y cazastes?
- Vi la caza; pero la espanté.
- ¿Y qué eran?
- Dos palomas. Llevaban mantos negros.
- ¡Oh! eso es curioso.
- Poco tiempo despues me retiré aburrido á las *Nueve Musas*.
- ¿Y qué hicisteis allí?
- Presentar á un muchacho que compone versos como Homero, con la diferencia que este los improvisaba al son de su lira, y aquel los pronuncia al eco chillon del martillo y de las calderas.
- ¿Luego ese poeta es calderero?
- Justamente.
- ¿Y tiene númen?
- Tanto como Lope.
- ¡Oh! es muy raro.
- Tan raro, que es un verdadero fenómeno: un capricho de Apolo.
- A la primera ocasion es preciso que me lo presentes, dijo el rey.
- Ya estaba eso en mi ánimo, contestó Quevedo.
- Ahora prosigue tu historia.
- El poeta volvió á estornudar.
- Pues como iba diciendo, me fui á las *Nueve Musas*. Allí

estaban Calderon, Mira de Amescua, Rioja, Moreto y otra porcion de vates.

— ¡Ah! ¡qué momentos tan felices pasariais! —

— V. M. puede figurárselos. Yo por mi parte estaba cabizbajo: pensaba en mis dos palomas, y ni siquiera me acordaba del famoso *Lacrima Cristi*, ese licor de los poetas que tantas inspiraciones ha producido.

— Prosigue.

— Cuando la atmósfera se iba condensando, es decir, cuando todo iba tomando un color de oro, efecto de las libaciones que se consagraban á Baco, recibí la carta de V. M., y tuve que dirigirme á este palacio.

— ¿Y es eso todo?

— Aun falta lo principal. Al llegar al arco de la Almudena, sentí el ruido de un coche.

— ¿Y qué te importaba ese ruido?

— Nada y mucho. El arco es estrecho, el carruage avanzaba á la carrera y podía muy fácilmente atropellarme.

— ¡Hola! esa precaucion es muy laudable.

— En aquel instante se me ocurrió una idea.

— ¿Cuál?

— Es muy sencilla. — El rey tiene prohibido que los coches corran dentro de la villa, y mucho mas de noche: este se ha olvidado de lo dispuesto por el rey, luego cuando corre, es porque se ha olvidado de lo mandado por S. M.

— Presentas la cuestion como un filósofo consumado.

— Ya consta á V. M. que me agrada todo lo que es lógico.

— Pero en resúmen, dijo el rey con alguna impaciencia.

— Para probar si mi deducccion era exacta, en vez de evitar el-encuentro del carruage, me coloqué debajo del farol que arde delante de la imagen que hay en aquel sitio.

— ¿Es decir, que escogisteis el sitio mas peligroso?

— Sí: por la ciencia todo se sacrifica. Ya consta á V. M., que Plinio murió en el cráter del Vesubio.

— Es cierto.

— Una vez en mi observatorio, esperé. El coche avanzaba como un rayo.

- ¿Y qué sucedió?
- ¡Ah! señor; dentro del carruaje iban mis dos palomas.
- ¿Llevaban los mantos echados?
- No.
- ¿Luego las conocistes?
- Es claro.
- Dime, ¿quiénes eran?
- Señor, dijo Quevedo, poniendo el semblante mas hipócrita del mundo. V. M. sabrá respetar mi secreto. Demasiado sabe, cuando le he dicho que quiero ser el esclavo de mi honra.

Felipe IV comprendió qué algo de extraordinario pasaba en el corazon de aquel poeta, cuya ancha frente surcada de sombras predecia que allí bramaba una sorda tempestad.

Despues de un periodo de silencio dijo el rey:

— Veo que es grave cuanto me has dicho, aunque merced á tu carácter has sabido presentarme el asunto con el colorido risueño que sabes dar á todas tus cosas. Si es una verdadera desgracia la que temes, dimelo; como rey, lo soy todo y puedo salvarte: como hombre, soy tu amigo y puedo favorecerte.

Quevedo al escuchar estas generosas palabras, propias de aquel monarca tan galante, por toda contestacion movió la cabeza, se miró la punta de un pié, y principió á rascarse en el caballete de la nariz.

— Habla, exclamó Felipe despues de un momento de espera.

— Casi, casi, me dán tentaciones de aceptar el ofrecimiento de V. M.

— Pues di qué quieres.

— Voy á pensarlo, contestó el poeta, poniéndose un dedo entre los dientes. No... sí... ¡oh! bien puede ser...

— ¿Te has decidido?

— Sí.

— Bien, di lo que desees.

— Una carta.

— ¿Para quién?

— Para el conde de Liches.

—¿Para el hijo de don Luis de Haro?

—Sí señor.

—¿Y en qué sentido?

—En los siguientes.—Conde: la última flota que ha llegado del Perú, ha traído algunos negros dignos de la mayor confianza, y que el virey de aquel reino me regala como una prueba de su afecto á mi persona. Yo, en prueba del afecto que os tengo, os envío uno de ellos para que aumentéis con esa novedad americana vuestra numerosa servidumbre. = El rey.

Felipe quedó algun tanto pensativo.

—Supongo, dijo, que mi nombre no se comprometerá.

—El nombre de V. M. resplandecerá siempre como el sol.

El rey no titubeó mas, y sentándose en la mesa, tomó papel y escribió, sobre poco mas ó menos, lo que habia dicho el poeta.

—Hé aquí la carta, exclamó Felipe, presentándosela.

—Ahora déme V. M. á besar su mano, contestó Quevedo, con una sonrisa indefinible; mientras vos dormís, señor, bueno es que representemos vuestra comedia entre amigos.

Y haciendo un saludo, se alejó de la cámara real.





VI.

De como se engendran amistades tan dignas, cual las de los tiempos mitológicos.



EJEMOS por un momento á don Francisco de Quevedo, desapareciendo por entre las oscuras galerías del alcázar real, y trasladémonos hácia la parte meridional de Madrid, para seguir á uno de los diversos personajes que hemos sacado á la escena, y el cual apenas hemos conocido en la taberna de las *Nueve Musas*.

Hablamos de Baltasar, de aquel jóven pálido y delgado, que, con pretensiones de poeta, se presentó en medio de estos y fué patrocinado por Mira de Amescua.

Luego que impulsado por un sentimiento poderoso salió á la calle, dejando á sus nuevos amigos, con no poco asombro por su accion, dirigióse hácia Puerta Cerrada, donde se elevaba, no la cruz que hoy existe, sino otra cruz de piedra mas tosca y antigua.

Las calles estaban solitarias, pues todos los habitantes de Madrid se hallaban en las orillas del Manzanares, celebrando la verbena.

Solo de vez en cuando llegaban á sus oidos, como el rumor de las olas del mar, esos sombríos murmurios que produce un pueblo inmenso y que el viento dilata en ráfagas mas ó menos estrepitosas por el espacio.

Baltasar escuchó este ruido, no como el poeta cuya alma recibe impresiones sublimes, siente esas palpitaciones humanas que tienen algo de frenético, sino como el hombre que se ve precisado á maldecir lo que le agrada, porque se encuentra herido por el mismo poder que le embelesa.

De este modo llegó á la plazuela de Puerta Cerrada.

La antigua arca de Madrid habia desaparecido: el nombre de aquel sitio era ya un nombre tradicional, y no era posible saber la forma de tan célebre parage, sino despues de hacer un estudio profundo y detenido.

Baltasar no estaba en aquel momento por observaciones de ningun género; miró con frialdad aquellas casas que se habian colocado sobre la antigua muralla, y cuya mole imperfecta cortaba el cielo en ángulos mas ó menos agudos; vió con desprecio algunos fragmentos de la famosa puerta, ahogados por las paredes modernas; y aun pasó por delante de la cruz, sin quitarse el sombrero.

Todo estaba confundido para él, pobre jóven.

Sin embargo, sus pasos se dirigieron hácia una casita cuya puerta estaba cubierta con un emparrado.

Este edificio de dos cuerpos era de forma irregular, pero espaciosa, viéndose en la entrada, ó sea debajo del emparrado, algunos asientos rústicos, y varios troncos de encina clavados en el suelo, sosteniendo en su base pesados bancos.

Baltasar se dirigió á la puerta y llamó violentamente.

Poco tiempo despues una voz gangosa se sintió en el interior, preguntando:

—¿Quién es?

—Abrid, madre Marta: soy yo.

No satisfecha la madre Marta, como la habia llamado el jóven, de aquel anuncio, abrió la ventana, asomó un candil y en seguida estiró su cabeza, muy semejante á la de una sibila, para conocer perfectamente á la persona que llamaba.

—¡Ah! dijo por último, ¿eres tú, Baltasar? Voy á abrir inmediatamente.

La anciana desapareció, y bien pronto se sintieron los cerrojos de la puerta.

La caza.

Baltasar, lejos de detenerse, atravesó un espacioso zaguan, que no era otra cosa sino un taller de calderería, cubierto de fragua é instrumentos análogos al oficio, y principió á subir una empinada escalera que se veía en el fondo.

La madre Marta se contentó con mirar al jóven y refunfuñar algunas palabras, mientras volvía á cerrar la puerta.

Baltasar subía de dos en dos los escalones de la casa en la cual tenía su habitacion, merced á cierta predileccion con que le había distinguido la anciana, cuya persona apenas hemos presentado.

Baltasar desde muy niño había tenido que dedicarse al oficio de calderería, y en aquella casa, al lado de aquella mujer, había pasado su existencia oscura y tranquila, si bien algo penosa por las obligaciones que tenía contraídas.

Hasta la edad de doce años nuestro jóven solo pensó en el modo de darle al cobre mas laxitud para la fabricacion de calderas, y mejor temple al hierro para la construccion de sartenes; había formado su teoría respecto al arte, combinándolo con la ductilidad de los metales, en tales términos, que rancios y acreditados caldereros habían tenido que dejar sus antiguas rutinas para seguir las inspiraciones de aquel nuevo genio, que hubiera causado envidia á Vulcano, á Polifemo y á los Cyclopes.

Pero cumplidos los doce años, Baltasar principió á perder su ardor mecánico; viósele que mil veces tiraba el martillo con el que formaba preciosas labores sobre el encendido cobre, y sus compañeros le oían pronunciar palabras vagas y extrañas, cuyo sentido no comprendían.

Segun ellos, Baltasar estaba loco.

Pero la verdad es que en aquella cabeza principiaba á arder la luz misteriosa de la inteligencia, lámpara de oro, cuyo resplandor lo coronaba con el destello de ese fuego que ciñe la frente de los genios.

A medida que el tiempo corría, Baltasar iba adquiriendo mas ódio á su antiguo oficio, ó mejor dicho, á su primera educacion.

Viósele que pasaba las horas de la noche, leyendo y es-

*tudiando, cuando rendido por el trabajo debiera quedarse dormido profundamente; pero la madre Marta, propietaria del establecimiento desde que su marido espiró de una pleuresia, transigió con las manías del jóven, en virtud á que en él, á mas de la inteligencia, encontraba la probidad, segura de que no le faltaria ni una onza de cobre, ni un adarme de hierro, ni un tomin de estaño, estando como estaba todo bajo la inspeccion de Baltasar.

Esta confianza es la que nos explica, que habiéndose el jóven negado á todo trabajo á la edad de catorce años, consintiese la dueña del establecimiento, no solamente en tenerlo en su casa y en mantenerlo á su mesa, sino en ofrecerle el mismo jornal que antes ganára.

Pero Baltasar, si bien aceptó los dos primeros favores, rehusó el tercero, diciendo con mucha formalidad, que él no podia admitir lo que justamente no ganaba.

Entonces celebróse una especie de convenio entre las dos partes interesadas.

Baltasar estaria al frente de la caldereria, dirigiendo los trabajos, y la madre Marta cuidaria de que el jóven, ya que no aceptaba jornal, tuviese ropa, mesa y casa.

Desde entonces nuestro poeta, al mismo tiempo que dirigia una caldera, componia una redondilla, recitaba una égloga y se enmarañaba en improvisaciones que cada dia le daban mas facilidad y soltura en la elegancia y en la espresion.

Ultimamente nuestro jóven, aunque desconocido, llegó á ser poeta: logró el sueño supremo de su juventud, la esperanza de su vida.

Durante la gran lucha que habia sostenido para alcanzar siquiera el nombre de poeta, conoció á un jóven de su misma edad, cuyo equipage consistia en una sotana, un manteo y un mal sombrero triangular, distintivo del estudiante español.

Este jóven era Carlos.

¿Cómo habia venido Carlos á la corte? Ni este lo habia dicho nunca, ni Baltasar habia llegado á saberlo jamás.

Carlos era uno de esos estudiantes que tenian que acogerse á la sopa de los conventos para comer y á los pórticos de

las iglesias para dormir, á no ser que algun lego caritativo le permitiese pasar la noche en la portería de su monasterio, en cuyo caso nuestro jóven aprovechaba las horas de un modo admirable.

Sacaba sus libros, que siempre estaban debajo de sus brazos, y á la luz de la lámpara que alumbraba la imágen de algun santo, estudiaba su leccion de filosofía, que al dia siguiente iba á dar al reverendo lector de San Francisco, con notable complacencia del religioso, que observaba los adelantos de aquel muchacho, al mismo tiempo que le honraba convidándolo á comer á su celda.

Tal era el amigo único de Baltasar.

Se habian encontrado en medio de la senda de la vida: se habian amado, y concluyeron por contarse sus aspiraciones, que en verdad eran elevadas.

Baltasar compartió desde aquel dia toda su fortuna con Carlos; pero Carlos, gracias á sus adelantos y aplicacion, habia logrado el afecto del padre José Espinar, lector de San Francisco, y este acabó por darle un pequeño cuartito situado cerca del campanario del convento, y por ordenar en la provista cocina del mismo, que diariamente se le diese almuerzo, comida y cena, en muestra de su predileccion por los jóvenes estudiosos y aplicados.

Cuando Carlos refirió á su amigo la buena fortuna que le habia cabido, este se volvió loco de alegría. Acababa de encontrar un protector en aquella Babel, y esto era una dicha extraordinaria para un muchacho cuya procedencia era un enigma.

Carlos, con los buenos alimentos que le nutrian, principió á perder el color cetrino, esa marca de la necesidad y de la miseria que imprime la huella de la desgracia y del abandono, aun en el rostro de la niñez.

Sus ojos negros, rasgados y alegres, adquirieron la languidez de la belleza, brillando en ellos, á mas de su hermosura natural, un fuego inteligente, una llama superior que demostraba superioridad y predominio.

Su color de un moreno claro se sonroseó con los matices

de la vida y de la salud, dando á todo su rostro un brillo mas perfecto, que se completaba con la regularidad romana de sus facciones de un corte noble y atrevido.

En suma, Carlos se metamorfoseó, y aquel estudiante de la sopa, mugriento y haraposo, que se arrastraba tristemente por los cláustros, esperando que alguna mirada compasiva se fijase en él, apareció otro, luego que el padre José Espinar le tendió su mano para sacarlo de la existencia miserable que antes llevaba.

Coincidió este feliz acontecimiento con el de la emancipacion de Baltasar, ó como si dijésemos, con aquella época en que la digna madre Marta lo invistió de facultades absolutas sobre su establecimiento de calderería. Así fué, que el uno tuvo tiempo para estudiar la filosofía, la escolástica, la moral y parte de la teología, mientras el otro se consagró á aprender la retórica de fray Luis de Granada, la reciente historia del padre Juan de Mariana y las obras mas selectas de Tirso de Molina, fray Luis de Leon y demás clásicos que resplandecieron en aquel nuevo siglo de oro de nuestra literatura.

El resultado de todo fué el que la madre Marta concluyó por querer á Baltasar como una madre, y el padre Espinar á Carlos como á un hijo.

Los dos jóvenes, solos en la tierra, soñando tal vez con locas esperanzas allá en un porvenir de la existencia que se presenta sonrosado y bello como el amanecer de un dia de primavera, sintiendo desarrollarse bajo los latidos de su corazon el gérmen de una felicidad que solo ellos comprendian, habian pasado cerca de dos años, nadando entre las doradas ilusiones de la juventud, sin pensar en otra cosa que en vivir separados de la sociedad, bien encaramados en la modesta celda de Carlos, desde la cual veían á Madrid palpitante bajo sus miradas, envuelto en esos mil ruidos que parecen á rápidas tempestades, bien en el negro cuarto de Baltasar, donde se entretenían en conversar sobre mil quimeras tal vez irrealizables.

Allí Baltasar soñaba que era un poeta digno de rivalizar con Calderon, y allí Carlos creía escalar tramo por tramo el templo de la sabiduría y del poder.

Mas llegó un dia en que la poesia del uno y la ciencia del otro se detuvieron ante una palabra tan enigmática para ellos como los talismanes orientales.

Esta palabra la habian visto en todas las comedias, en todas las poesias, en todos los libros; ya bajo una forma metafórica, ya ejerciendo una accion directa en el destino de la humanidad, ya puesta como un elemento activo y brillante que transformaba los séres y les daba diverso carácter.

Esta palabra era *Amor*.

Habian apurado el diccionario de las definiciones; pero en el dia á que hacemos referencia, encontraron la solucion del problema, consultando á su corazon.

Jóvenes de diez y seis años, tuvieron necesidad de amar, á la manera de aquellos héroes que admiraban en las comedias de los poetas clásicos; y á falta de aquellas damas, especie de visiones de fuego que cruzaban por su imaginacion como las estrellas de una noche de verano, se crearon ellos unos fantasmas seductores que desde aquel momento se identificaron con su existencia.

Mas bien pronto conocieron el inmenso vacío que quedaba en su alma con semejante platonismo.

Despues de muchos dias de esperanza, lograron por último que el sueño se convirtiese en realidad.

Todas las tardes, cuando á la hora del crepúsculo se dirigian nuestros amigos hácia el convento de San Francisco, descendian por la Cava-Baja hácia Puerta de Moros, á fin de pasar por bajo de la elevada cúpula de San Andrés, sobre la que una cigüeña plantaba su nido.

Al tiempo de llegar al término de la calle, habian fijado su atencion en una casa de forma elegante, aunque de planta reducida, con dos balcones boleados y una puerta siempre cerrada, en cuyo promedio habia una rejilla bastante espesa.

De vez en cuando aquella reja se abria, y entonces se notaba en su parte interior el rostro avinagrado de un hombre de largos y canosos bigotes y ojos aviesos, que despues de lanzar, sin saber por qué, una especie de gruñido, cerraba estrepitosamente el postigo, dejando á los muchachos del barrio con un

palmo de boca abierta durante se repetía aquella escena, que era cuando todos los chicos, con el objeto de entregarse á los juegos, armaban en la calle una algazara de mil diablos.

El resultado de esto fué, que los muchachos, con tal de oír los resoplidos de aquel mónstruo, todas las tardes se ponían á gritar cerca de la puerta misteriosa, concluyendo por tirar algunas piedras hácia la rejilla.

Entablóse, como era consiguiente, una especie de hostilidad entre el hombre de la rejilla y los pilluelos de la Cava-Baja.

Una tarde, al tiempo de pasar por aquel sitio Baltasar y Carlos, era mas que nunca encarnizada la lucha entre el de dentro y los de fuera.

Las piedras llovían contra la puerta, y la ventanilla no cesaba de cerrarse y abrirse, apareciendo sucesivamente el rostro inflamado de nuestro hombre.

Sin duda hubo de cansarse de la audacia de los agresores, cuando de pronto, abriendo la puerta, se lanzó en persecucion de los chicos.

Estos hicieron una retirada hácia todas las bocas calles, y desde allí principiaron á mandar proyectiles contra el desconocido.

Baltasar y Carlos se encontraron en medio del tumulto, amenazados por las piedras que pasaban silbando á estrellarse contra las paredes.

Naturalmente al estrépito de aquella batalla todos los vecinos se asomaron á los balcones y ventanas.

Entonces nuestros dos amigos vieron aparecer á dos ángeles, pues no eran seres humanos, en uno de los balcones de la casa que habia sido asaltada.

Estos quedaron asombrados, mudos, sin respirar apenas.

Eran dos encantadoras mujeres que ni Albano habia podido concebir para pintar sus diosas del gentilismo, ni Murillo habia podido trazar en sus divinos lienzos.

Sus dos corazones encontraron lo que solo en un sueño feliz habian concebido.

Mientras tanto la batalla continuaba, y en vano eran los es-

fuerzos de las dos bellas criaturas para obligar al hombre de los bigotes canos á que se retirase.

Este no oía ni veía: bufaba como un toro.

Desgraciadamente un incidente vino á terminar aquella escena original.

Una piedra bien dirigida dió en la cabeza del suizo, pues el héroe de la fiesta era uno de esos suizos, que á pesar de su vida sedentaria de escuderon, aun conservaba sus antiguos hábitos guerreros, en términos que atolondrado con el golpe cayó al suelo con el rostro bañado en sangre.

A la caída del enemigo todos los muchachos se pusieron en dispersion, temiendo las consecuencias de su hazaña.

Las dos jóvenes del balcon lanzaron un grito doloroso, y Baltasar y Carlos, testigos de la escena, se apresuraron á levantar al herido y llevarlo á la casa de donde habia salido.

Este corto episodio que hemos pintado para seguir uniendo los dispersos hilos de nuestra narracion, tuvo una influencia extraordinaria en el porvenir de nuestros dos amigos.

Aquellas jóvenes llorosas quedaron fijas en su imaginacion, y aunque las noticias que hemos podido recoger no nos den ninguna luz respecto de cómo se identificaron sus corazones, es lo cierto que al cabo de algun tiempo, Baltasar amaba á una de ellas con delirio, y á Carlos le sucedia otro tanto.

¿Les correspondian ellas? Si.

El suizo, merced sin duda al generoso auxilio que los jóvenes le habian prestado, fué lo suficiente amable para no oponerse á aquel amor, y desde aquel dia puede decirse que Carlos y Laura, Baltasar y Argentina pasaron la existencia, aspirando ese perfume divino que exhala el primer amor de la vida.

Este nuevo vínculo unió mas á nuestros dos amigos, hasta que el triste accidente ocurrido en la noche de San Juan, en la que Carlos cayó atravesado por la espada de Felipe IV, enlutó por vez primera el sereno horizonte de aquellos corazones puros, que vivian aislados de la sociedad, solamente entregados á sus mas sencillos goces.

Nuestros lectores nos perdonarán la explicacion retrospectiva que nos hemos visto obligados á emprender, ya porque

Baltasar y Cárlos son dos de los personajes á quienes mas distinguimos con nuestra particular predileccion, ya porque nos ha parecido oportuno descorrer las sombras de lo pasado, por ser tal vez necesario para la inteligencia de este libro.

Ahora retrocedamos al punto que nos ha servido de partida, esto es, al momento en que nuestro poeta subia de dos en dos los peldaños de la escalera del taller de calderería, mientras la madre Marta asombrada de ver al jóven pálido y desgredado, seguía sus huellas, sin saber lo que le pasaba.

Cuando llegó al cuarto de Baltasar, no pudo contener un grito.

El jóven se estaba ciñendo una vieja espada que habia adquirido en otro tiempo, como asimismo un par de pistolas que guardaba en un armario.

— ¡Jesus, María y José! exclamó la buena anciana, no sabiendo lo que aquello significaba: ¿adónde vas, hijo mio, como un mosquetero de S. M.?

Baltasar miró de un modo sombrío á la vieja y...

—Madre, dijo, eludiendo la pregunta que se le hacia, ¿ha venido Cárlos?

—No... no ha parecido... pero... ¡Dios mio! ¿qué te sucede?... estás amarillo como la cera.

— ¡Oh! no tengo nada.

—Tú me engañas: te veo temblar... Dime lo que sucede, ó no te dejes salir de casa.

—Una desgracia tal vez, madre mia, exclamó el poeta.

— ¡Cómo!

—Sabed que me figuro, que han herido... que han matado á Cárlos.

La madre Marta, que no podia menos de amar al amigo de su hijo adoptivo, pues tal era el nombre que la buena mujer daba á Baltasar, lanzó un grito desgarrador y se dejó caer en una silla aterrada.

Baltasar, aprovechándose de este momento, y armado como estaba, se envolvió en su capa, saltó por la escalera con la agilidad propia de su edad, y salió á la calle, mientras la pobre anciana quedó llorando y temiendo que le sucediese á su hijo una doble desgracia.

Nuestro poeta, dispuesto á no descansar hasta saber la verdad de lo ocurrido, echó á correr por la Cava-Baja hasta que llegó á la Puerta de Moros.

Allí se detuvo, bien para dar ensanche á su comprimido pecho, bien para contemplar la casa de Laura y Argentina que tenia enfrente.

Vió á través de las celosías que habia luz, y llamó á la puerta.

La voz del suizo resonó en el fondo del zaguan.

—¿Quién llama?

—Baltasar, contestó el jóven.

Y la puerta se abrió, para franquearle el paso.





Urravicta dib.^o y lit.^o

Lit. de S. Gonzalez S.^{ta} Clara 8.

Las dos jovenes del balcon lanzaron un grito doloroso.





CAPITULO VII.

Mentor.



N dos minutos nuestro jóven se encontró en una preciosa habitacion, verdadero nido de ruisenores, que se hallaba á la subida de la escalera, despues de pasar una corta galeria.

En aquella estancia amueblada sencilla y elegantemente á la par, en la que en lindos jarrones de porcelana se elevaban ramilletes de flores, estaban Laura y Argentina en un estado de agitacion inesplicable.

Cuando vieron á Baltasar, lanzaron un grito.

Este adivinó la tempestad que bramaba en aquellos corazones.

—¿Y Carlos? exclamaron las jóvenes al mismo tiempo.

El poeta se enjugó el sudor que corria por su frente, y contestó:

—¿Luego es cierto lo que acabo de saber en la taberna de las Nueve Musas?

—Explicaos, le dijo Laura, que impulsada por el amor que tenia á Cárlos, estaba llena de angustia y sobresalto.

—Bien: ¿habeis salido esta noche?

—Sí.

—¿A la verbena?

—Sí.

—¿Habeis visto á Cárlos?

—Sí.

—¿Habeis sido perseguidas por dos caballeros?

—Tambien.

—¡Todo es cierto entonces! exclamó Baltasar con profunda desesperacion.

Laura derramaba silenciosas lágrimas.

Argentina elevaba las manos al cielo.

—¡Oh! Baltasar, acabad de explicaros, dijo esta.

—Cárlos ha sostenido un reñido combate.

—Es cierto.

—Pues bien, en esa lucha ha sido herido. Ahora es preciso que yo encuentre su paradero.

Y dejando á las dos jóvenes entregadas al mas acerbo dolor, se lanzó como un loco por las escaleras y volvió á salir á la calle.

El viento de la noche refrescó sus sienes, y entonces conoció, que no debía conducirse como un niño, sino que era preciso dominar sus sentimientos, para saber el rumbo que habia de seguir.

Hasta allí todas sus averiguaciones habian dado por resultado una triste verdad; pero una vez solo, sin direccion fija, no supo al pronto hácia dónde encaminarse.

Estuvo tentado por recorrer todos los hospitales de la corte, para informarse en ellos si habia sido conducido un herido; pero reflexionó que tal paso era ineficaz, por cuanto estos establecimientos estarian cerrados á aquellas horas.

No habia mas que un camino; pero este camino era, si se quiere, el mas difícil de todos.

No era otro, sino presentarse al buen lector de San Francisco, el padre Espinar, y confesarle de plano la aventura.

Baltasar, por mas que se devanó los sesos, no encontró otro medio.

Temblaba porque su compañero perdiera la digna reputacion que habia sabido adquirirse con aquel escelente religioso; mas pesando en su interior las ventajas y pérdidas que pudiese producir aquel paso supremo, cerró los ojos y se dirigió al inmediato convento de San Francisco.

Baltasar comprendió que era preciso manejar con alguna habilidad aquel asunto; y en su consecuencia procuró dar á su semblante su tranquilidad habitual y á su cabeza toda la sangre fria correspondiente, para no sorprender al religioso.

De este modo llegó á la portería.

El padre portero abrió sin dificultad; mas acostumbrado como estaba á ver entrar á Cárlos todas las noches, no pudo menos de preguntar por él.

El poeta se valió de una excusa para salvar aquel primer tropiezo, y se dirigió hácia la celda del protector de su amigo, con una fingida serenidad en el rostro y la mas profunda angustia en el corazón.

El padre José Espinar estaba acostumbrado á pasar todas las noches una larga hora con su jóven protegido; pues encantado con su talento y naturales disposiciones, podia decirse que se enorgullecía de su obra, puesto que tanta parte habia tenido en la educacion de aquel niño abandonado.

Ya habia pasado la hora en que se le presentaba dispuesto á entrar en esas luchas científicas y filosóficas, en las que muchas veces el buen religioso se veía bastante apurado para hacer entrar en órden aquel talento subversivo, y podemos decir en honor de la verdad, que habia sentido una sorda inquietud por tanta tardanza.

El padre Espinar experimentó bastante alegría, creyendo que era Cárlos, y se levantó de su respetable sillón forrado de cuero cordobés con clavos dorados, dispuesto á lanzar una filípica sobre aquella primera sublevacion que el jóven se habia permitido, en contra de los usos religiosos y de la severidad de principios que el mismo mancebo habia tenido hasta allí.

Pero al conocer á Baltasar y al ver fallida su esperanza, retrocedió, arrugando la frente con severidad.

El jóven comprendió la inquietud del religioso, al oírle pronunciar estas palabras:

—¡ Ah! ¿sois vos, hijo mio?

—Sí señor, contestó Baltasar, pasándose la mano por la barba; tenia necesidad de hablaros, y aunque la hora es algo importuna, no he querido dejar para mas tarde esta entrevista.

La frente del padre Espinar se oscureció doblemente, al oír aquella introduccion que no dejaba de tener analogía con sus pensamientos.

—Puesto que debe ser interesante lo que me digais, tomad asiento, Baltasar.

El jóven se colocó al extremo contrario de una mesa que existía entre él y el sillón del padre Espinar, mientras este, á la par que ocupaba su sitio, atizaba la luz de la modesta bugía que alumbraba la celda.

Puestos frente á frente el uno y el otro, sintió el poeta que apenas tenia valor para principiar el terrible diálogo, por el cual habian de descubrirse las pequeñas faltas de su amigo; mas dispuesto á sacrificarlo todo, llamó en su auxilio su valor, mientras el padre Espinar seguia devorándolo con los ojos.

Conociase, sin embargo, á pesar de la estudiada rigidez de este, que sufría estraordinariamente por la incertidumbre que estaba experimentando. Su bondadosa fisonomía, por mas que queria revestirse de una severidad inflexible, se alteraba con esos cambios rápidos que revelan lo que pasa en el fondo del alma.

Despues de un momento de pausa, dijo el padre Espinar:

—Ya os escucho, jóven, sepamos qué teneis que decirme.

Baltasar hubiera querido que la tierra se abriese para traerle en aquel instante.

—Perdonad, contestó; pero tenia que hablaros de Cárlos.

Este nombre fué suficiente para que estallase el mal humor del religioso.

—¡De Cárlos! ¿Y os habeis constituido en su embajador,

caballero? ¿Habeis olvidado que hace dos horas sonaron las ánimas de la torre del convento, y que desde entonces acá he pasado ciento veinte minutos, esperando la llegada de vuestro amigo, y este no ha parecido todavía? Yo os juro, que el cepo será el correctivo de esta rebelion medio estudiantil...

—Era la noche de San Juan, añadió el poeta.

—¡La noche de San Juan! replicó el padre Espinar, buscando medios para ver si podia encolerizarse; la noche en que los vagos y los pisaverdes corren tras locas aventuras. Buena lógica, señor mio. ¿Conque, por ser noche de San Juan, hay derecho para dejarme solo, á mi que he estado registrando textos en los autores clásicos para desenvolver una tesis con vuestro amigo sobre algunas doctrinas de los albigenses y anabaptistas? ¿Conque es preciso obligar al portero del convento á que falte á la institucion de los capitulos de la órden, en los que se previene terminantemente que las puertas no se abran sino en caso de necesidad despues de la hora de la queda? ¿Conque es digno que esté yo esperando á un jóven que olvida mis favores, por irse, yo no sé adónde, sin mi consentimiento? Pero basta de cargos... ¿Qué es lo que quereis? ¿venís delante para calmar mi enojo? ¡Ah! os comprendo perfectamente... Está bien; cederé por esta vez en atencion al gesto humilde que veo retratarse en vuestro rostro... Conducid á Cárlos á mi presencia, y acábesese este asunto, bajo la condicion de que me conteis lo que habeis hecho.

El padre Espinar, que creía haber llegado al punto mayor de su indignacion, volvió á mirar á Baltasar; pero este permaneciò mudo é inmóvil.

—¿En qué pensais, que no os moveis? prosiguió el religioso; repito que Cárlos está perdonado; pero marchad, y conducidlo á mi presencia.

—Es que Cárlos no puede venir, contestó por último Baltasar.

El padre dió un salto en su sillon, como si le hubiese picado una víbora.

—¡Cómo que no puede venir! esclamó, lanzando fuego por los ojos.

Baltasar principió á tragar saliva.

— ¡ Oh ! padre mio, es necesario que tengais indulgencia.

— ¿ Pero qué es lo que sucede? Acabad, gritó el religioso, sudando de angustia.

— Sabed que Cárlos se dirigió esta noche á la verbena.

— Ya me lo figuraba.

— Allí tuvo... ¡ Oh ! no sé cómo deciroslo.

Y el jóven daba vueltas al sombrero que llevaba en la mano, mientras el padre Espinar sentia un hormigueo en todo el cuerpo, como si le pusiesen mil alfileres á la vez.

— Bien: ¿ que fué lo que tuvo? preguntó este por último.

— Una tentacion.

— Muchas veces el enemigo del género humano se desata contra nosotros. Sepamos qué clase de tentacion fué esa.

— La de seguir á dos damas.

El padre hizo un gesto que equivalia á decir:

— ¡ Quién habia de pensar una cosa semejante !

Y cerrando los ojos y cruzando las manos, encogió su cabeza con resignacion.

— ¡ Debilidad humana ! murmuró entre dientes.

— Sí señor, contestó Baltasar con la mas profunda hipocresia; pero no es eso lo peor.

— ¿ Pues hay mas?

— Todavía mas.

El buen religioso volvió á abrir los ojos con cierto espanto que no pudo disimular.

— Bien, hablad, hijo mio. Ya debéis comprender que amo demasiado á Cárlos, para interesarme en lo que le suceda... Conozco que el hombre es frágil. *Ferrum Ferro exacuitur*, dice el libro de los proverbios: el hierro con hierro se aguza, ó lo que es lo mismo, el hombre con los desengaños se perfecciona... Yo perdono el error que Cárlos pueda haber cometido; pero sepamos lo que le ha pasado.

Y al pronunciar estas palabras, el padre Espinar balbuceaba de emocion.

Baltasar hizo un esfuerzo sobre sí mismo para referir la verdad, y el recuerdo de su amigo le dió valor para ello.

— Ya sabeis cuántos peligros pueden nacer de seguir á dos damas.

— Segun y conforme, contestó el lector, aficionado á darle á sus diálogos un giro filosófico.

— ¿Por qué?

— Si las damas son desconocidas, no encuentro esos escollos conque vos tropezais, si es al contrario.

— ¡Ah! exclamó el pobre jóven cogido, como se suele decir, entre la espada y la pared.

— Eso es lo que es necesario aclarar.

— Pues bien: eran conocidas.

El religioso hizo un movimiento brusco é impetuoso.

— ¡Oh! ¡tan jóvenes y haber caído ya en las redes de esa astuta serpiente que se llama mujer!

— Vamos, proseguid.

Baltasar habia quedado confundido con la exclamacion del padre Espinar.

— ¿No continuais? volvió á esclamar.

— Sí señor.

— Estais diciendo hace media hora, que Carlos iba en pos de dos damas conocidas.

— Conocidas, sí señor, repitió Baltasar.

— ¿Hablais de ciertos peligros que suceden con semejantes compañías?

— Tambien.

— Pues sepamos qué peligros son esos.

— En primer lugar, dijo Baltasar, el peor de todos es que las damas á que voy haciendo referencia eran bonitas.

— Bonitas, murmuró el religioso con desprecio y lanzando una especie de gruñido.

— En segundo lugar, que dos caballeros que hubieron de barruntar que lo eran, se dedicaron á seguirlas.

— ¡Ah! tenemos dos peligros.

— El tercero es, que como vos comprendereis, Carlos tiene el genio muy vivo.

— Muy vivo por desgracia, murmuró el lector, que principiaba á entrever algo de la aventura.

— Con estos elementos tan encontrados, es decir, con dos damas bonitas, dos galanes impertinentes y un muchacho de cascos ligeros; habia de brotar una tempestad.

— Justamente: una tempestad, exclamó el religioso, sintiendo hervir su sangre con violencia.

— Esta se redujo á tirar de las espadas.

— ¡ Luego hubo pendencia! ¡ Dios mio! ¡ pobre Carlos!

— Si señor, la hubo, y muy respetable.

— Pero ¿ y Carlos? acabemos... ¿ Qué ha sido de Carlos?

— Hé aqui la desgracia.

— ¿ Está preso?

— Peor todavía... Lo han herido.

El grito que lanzó el padre Espinar reveló á nuestro poeta el gran cariño que aquel hombre tenia al pobre Carlos; cariño que habia ido germinando en medio de una vida de estudio, y sin el cual ya no podia pasarse.

La noticia que acababa de recibir, hizo en su corazon el estrago de un rayo: ante la magnitud de la desgracia olvidó los extravios que la habian producido, y como un verdadero padre de aquella criatura abandonada que de él habia recibido la educacion, el estudio, tal vez la vida y el porvenir, no vió mas que el dolor y el abandono en que se encontraria su protegido.

Baltasar sintió que sus ojos se arrasaban en lágrimas.

— ¡ Herido! exclamó por último el padre Espinar. ¡ Herido mi pobre Carlos, mientras yo bramaba contra él en esta celda! Vámos, hijo mio, es preciso que sin perder un instante me conduzca al sitio donde se encuentra... Es necesario que los mejores médicos de Madrid vayan á reconocerle... ¡ Ah! ¿ por qué habeis tardado tanto tiempo en decírmelo?... Pero no gastemos el tiempo... corramos en su socorro.

Y el padre Espinar, dominado por el sentimiento que á veces le embargaba la voz, se puso la capucha y el manto, y se dispuso á salir.

Nuestro poeta no sabia qué hacer.

— Vamos, Baltasar, prosiguió el Franciscano: teneis un corazon noble y hermoso... ¡ Corazon de poeta! como decia el pobre Carlos.

—Deteneos, padre mio.

—¿Cómo que me detenga! Acaso!

Y una idea lúgubre, la idea de la muerte pasó por su imaginación.

Baltasar comprendió lo que pasaba en el interior de aquel hombre, y se apresuró á destruir sus sospechas.

—No hay mas que lo que os acabo de decir, dijo el jóven; pero las circunstancias en que está envuelto el acontecimiento tienen un carácter singular.

—Explicaos, hijo mio.

—Antes de todo debo deciros, que ignoro adónde ha sido conducido Cárlos despues de su desgracia.

El padre Espinar cruzó las manos y miró al cielo.

—¡Oh! esa es mayor desgracia todavia, exclamó.

—Ved la causa por qué he venido á veros, dijo Baltasar.

—¿Pero teneis algunos pormenores?

—He podido recoger algunos.

—Contádmelos.

—Principiaré diciéndoos lo mas extraordinario del suceso.

—Bien, referid cuanto sepais.

—¿Sabeis quién ha herido á Cárlos?

—No es posible.

—Yo os lo diré... El rey.

—¡El rey! exclamó el padre Espinar, creyendo que estaba soñando.

—Sí señor. Este, para evitar tal vez el escándalo, ó compadecido de su víctima, ha dispuesto que sea conducido á alguna parte que nosotros ignoramos.

—Esa observacion es muy juiciosa y me tranquiliza en algun tanto. Pero ¿cómo sabeis esos detalles? Sin duda iriais con él.

—No señor, y eso es lo que me pesa. En cuanto al medio que he tenido para saberlo, os lo diré. ¿Sabeis, padre, en dónde está la taberna de las *Nueve Musas*?

—No.

—Pues en ese sitio lo he sabido todo.

—¿Por quién?

— Por uno de los poetas mas célebres de la corte. ¿Conoceis á don Antonio Mira de Amescua?

— Mucho, hijo mio: es mi especial amigo.

— Entonces, demos gracias á la Providencia, exclamó Baltasar lleno de alegría.

— ¿Por qué?

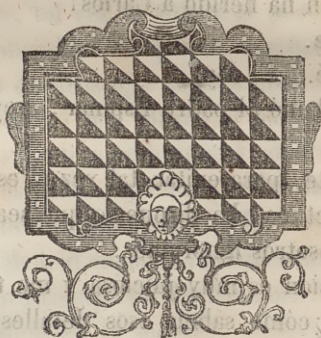
— Porque es el único que puede romper el misterio en que está envuelto el suceso que lamentamos.

— Jóven, ¿estais seguro de lo que decís? preguntó el padre Espinar, resplandeciendo en sus hundidos ojos la luz de la esperanza.

— Sí señor.

— Entonces, vamos á su casa con la ayuda del cielo.

Y aquel religioso abandonó su celda, extraviándose por las calles de la capital, seguido del poeta.



CAPITULO

VIII.

El niño convertido en hombre.

Don Antonio Mira de Amescua había logrado al cabo de quince años de luchar con su destino, ocupar una digna y elevada posición en la corte.

Consagrado al estudio y á la poesía, glorioso émulo de Calderon, cuyo gusto y escuela había seguido, logrando, si no superarle, llegar á su misma altura en sus famosos autos sacramentales, tenía adquirida una reputación sin mancha, ya en su carrera literaria, ya en los actos de su vida privada.

Su carácter tranquilo y reservado le había alejado siempre de las fiestas algún tanto licenciosas de sus compañeros, fiestas muchas veces ennoblecidas con la presencia real, y cuyas fastuosas dilapidaciones han traspasado aun á través de los siglos, para recordarnos algo de aquella corte que se hundía en un precipicio con una alegría estremada.

Sin embargo, el rey le consideraba especialmente; sus amigos le distinguían por la nunca desmentida dignidad de que sabía rodearse; era llevado muchas veces á los régios salones, y en casos dados él mismo los frecuentaba; pero sin manifestar orgullo ó adulación: polos infalibles en que caen todos los que aspiran el perfume de los palacios.

En otras ocasiones asistia á concursos literarios , bien fuese en una taberna , bien en la rectoral de un colegio , porque la ciencia, segun él, en todas partes brillaba , no pudiendo mancharse, por degradado que fuese el lugar donde apareciera.

Sabíase que tenia vocacion eclesiástica ; pero aun no habia recibido órdenes mayores. No se habia contaminado con el vicio de la época , esto es , con aquella galantería que muy fácilmente arrastraba al hombre hácia el amor.

Para él no existian mujeres ; pero como una chocante antítesis se notaba en sus versos que su alma era todo pasion , todo amor , todo fuego.

Era como el Etna , cuya superficie es nieve y cuyo interior es un horno de lava encendida.

A veces se habia notado en algunas reuniones palaciegas, en que toda la grandeza española bullia en los magníficos salones del Buen Retiro , residencia habitual de Felipe IV , que Mira de Amescua se habia puesto mas pálido que de costumbre, enmudeciendo repentinamente y retirándose con sigilo , como si se le presentase un fantasma que de tiempo en tiempo heria su corazon.

Pero los curiosos que habian hecho estas observaciones , se quedaban con el deseo de saber el origen de tan repentina novedad , porque Mira de Amescua daba al dia siguiente escusas tan sencillas y naturales, que la curiosidad se veia precisada á enmudecer.

Otras veces habian suscitado cuestiones respecto al amor ; pero nuestro poeta por medio de la brillantez de su talento conducia la cuestion á otro terreno.

Nadie podia leer en el fondo de su corazon , y sin embargo todos le querian : el rey le hubiera concedido cuantos favores hubiese solicitado ; pero Mira de Amescua solo habia abusado de la bondad real para leerle sus comedias y autos sacramentales , cuya boga y celebridad pasaba de la corte al pueblo , como obras imperecederas.

El poeta no estaba orgulloso con sus triunfos , ni con los amigos que le honraban.

Trabajaba con una fé ardiente , con un delirio incansable,

la mayor parte del día; por la tarde buscaba en los conventos conversaciones contemplativas al rededor de los cláustros solitarios; y por la noche asistía, bien á palacio á leer ú oír leer la nueva produccion de algun ingenio, bien á las *Nueve Musas*, donde disfrutaba á la par de la amistad de sus compañeros, de las ocurrencias y accidentes literarios ó cortesanos que pasaban.

La política no figuraba en su sistema sino como un elemento secundario, del que sacaba profundas reflexiones que le hacian anhelar mas el retiro y la soledad.

¿Qué esfuerzo extraordinario, qué lucha gigantesca habia tenido que sostener aquel hombre en el espacio de quince años para encontrarse en aquella esfera independiente y feliz?

Hé aquí donde nuestro pensamiento tiene que estrellarse. En la vida humana hay velos que no se pueden levantar.

Aquel niño que en otro tiempo vimos vagar por las desiertas galerías y entre los altos torreones del castillo de la Calahorra, atormentado como Orestes y como las sombras de Hoffman, aparece de pronto con un alto nombre literario, ocupando una elevada posicion en la corte, atendido por el rey y obsequiado por los grandes.

Solo á fuerza de voluntad y constancia aquel genio indomable habia podido llegar á tanta altura.

Ya no era aquel jóven marchito por el insomnio y agobiado por el dolor, ni aquel niño escuálido, sombrío y caprichoso: quince años habian bastado para hacer en él un cambio completo.

Mira de Amescua, si bien estaba comunmente pálido, no por eso desmerecia el concepto de su bella fisonomía.

Su frente coronada por negros cabellos era el asiento de la reflexion, ó mejor dicho, el trono de la inteligencia. Tenia una transparencia nacarada que solo perdía su brillo cuando brotaba del fondo de su alma la nube oscura de sus recuerdos.

En sus ojos resplandecian la fé, la resolucion y esa llama esplendente que comunica el genio. Tenia una belleza profunda, azulada á veces como la superficie del mar, oscura otras como los decretos del destino.

Su nariz perfecta, delgada y fina, caía sobre una boca naturalmente contraída, pero noblemente modelada. Cuando esta boca se entreabría, veíanse dos hileras de dientes blancos y ligeramente sonrosados.

El resto de su persona correspondía á la dulce y rígida expresión de su rostro.

Su traje, siempre negro, tenia un corte elegante y magnífico.

Algunos creían que era una verdadera pasión la que tenia Mira de Amescua por vestir bien; pues sus ropillas, ó eran del mas rico paño, ó del mas esquisito terciopelo. Sin embargo, ni era orgulloso, nipreciado de sí mismo.

Le gustaba todo lo superior, porque estaba en armonia con la elevación de sus ideas y con el refinamiento de sus gustos, en tales términos, que sus amigos muchas veces le tomaban por modelo, no como un elegante, sino como una persona que sabia llevar con extraordinaria dignidad aquel glorioso traje español que tan desdichadamente hemos perdido, para esclavizarnos á las modas francesas.

Tal era la persona que iban á ver el padre José Espinar y el jóven poeta que aquella misma noche habia sido patrocinado por Mira de Amescua.

Las calles estaban desiertas á aquella hora, apenas se oían ya los ecos de la verbena, y el silencio elevaba su cetro sobre Madrid.

Ni el religioso, ni el jóven, pronunciaban una palabra. Medían el tiempo con la ansiedad que estaban experimentando.

Ultimamente llegaron á la casa del poeta.

La puerta estaba cerrada; pero el padre José Espinar no titubeó en llamar.

Poco despues sintióse la voz de un hombre que bajaba por la escalera con una luz en la mano y preguntaba quién llamaba.

El padre Espinar contestó, y la puerta no tardó en abrirse.

—¿Se ha acostado vuestro amo? le dijo al que habia abierto, que era un hombre algo viejo.

—No señor, contestó este.

—Pasadle recado, que el padre Espinar, lector de San Francisco, tiene necesidad de verlo.

Poco tiempo despues el religioso y Baltasar eran introducidos en un gabinete, en cuyo fondo se veía á Mira de Amescua, aun inclinado sobre una mesa en la que habia recado de escribir.

Levantóse tan luego como vió entrar la visita anunciada, y salió á su encuentro.

—Algo de estraordinario debe suceder cuando venis á esta hora á mi casa.

—En efecto, contestó el religioso: un triste incidente me conduce á molestaros.

Mira de Amescua ofreció asientos á los dos recién llegados, y estos tuvieron que acceder á sus deseos.

Baltasar, que por vez primera penetraba en uno de aquellos santuarios donde descendian las musas á acariciar las sienés del poeta, olvidó el objeto supremo que lo conducia allí, para derramar una ojeada en torno de la habitacion, sobre los muebles y sobre los mas ligeros detalles.

Hubiera dado dos años de su vida por examinar algunos papeles llenos de renglones en formas métricas que se veían sobre la mesa de Mira de Amescua, por leer en aquellos libros que con una simetría perfecta se veían colocados en dos gigantes cos estantes, y por devorar algunos manuscritos que se hallaban cerca de él, en un ángulo de aquella dichosa mesa que, segun él, debia gemir bajo el peso de los hermosos pensamientos de aquel hombre.

Baltasar estaba embelesado.

El padre lector le hizo recordar el objeto que los habia conducido allí.

—Explicaos, amigo mio, dijo Mira de Amescua, que leía en el rostro del religioso la viva inquietud que lo dominaba.

—Escuchadme: he llegado á entender por este jóven que vos sabeis algo de una desgracia que ha ocurrido esta noche.

El poeta miró á Baltasar.

—¡Oh! ¿este es el que he conocido no ha muchas horas en la taberna de las *Nueve Musas*?

—En efecto, contestó Baltasar.

—¿Y al que tengo ofrecida mi proteccion?

—Ya veis cuán pronto he venido á buscarla, replicó el jóven.

—Perdonad, padre Espinar, dijo Mira de Amescua, volviéndose hácia el religioso: este pequeño incidente me ha hecho no contestaros al pronto. En efecto sé que esta noche ha habido una desgracia.

—Un herido, ¿no es eso?

—Sí.

—Pues bien: sabed, dijo el padre Espinar, que ese herido es un pobre muchacho que yo he criado, á quien he dado educacion, y á quien quiero, como si fuese mi hijo adoptivo.

Mira de Amescua conoció la suprema angustia que lo devoraba.

—Este jóven, continuó el religioso señalando á Baltasar, digno amigo de ese desgraciado compañero, inseparable de él y á quien ama con el afecto de hermano, luego que oyó detalles, corrió á mi celda para prevenirme de la desgracia.

—¿Conque sabeis quién ha sido el agresor?

—Sí.

—Ya conoceréis, añadió Mira de Amescua, lo delicado que es este negocio; pero interesado vivamente en vuestro dolor, decidme lo que queráis.

—Todo se reduce á saber qué ha sido del pobre herido, para correr á su lado.

El poeta quedó pensativo y algun tanto asombrado.

—El herido ha sido trasladado, segun la noticia que posteriormente he llegado á saber, á casa de un grande que acompañaba á la persona que ha causado la herida. Instrucciones secretas prohiben hablar de esta aventura, y con la ocultacion del herido se trata de salvar las apariencias.

—Todo eso lo comprendo, contestó el lector; pero esas instrucciones no pueden regir con las personas interesadas en la salud del jóven.

—Conozco la razon que os asiste; mas no sé cómo salvarlas.

—Es bastante que me digais, qué grande es el que tie-

ne en su casa al jóven Cárlos, y yo me presentaré en ella.

—No os dejarán entrar.

—¡Cómo! parece imposible.

—Pero es la pura verdad, padre mio.

El religioso espresó su dolor en la profunda inquietud que se apoderó de él.

—Bastante duro es para una persona que no tiene en el mundo mas amparo que un pobre religioso, verse aislado, cuando necesita mas que nunca de aquellos que se interesan por su suerte. La conciencia, ese grito del corazon, y la caridad, esa emanacion del alma, me impulsan á violar lo que debia ser un secreto, amigo mio. En este instante me dirijo á palacio.

Y el padre Espinar se levantó dispuesto á ejecutar su pensamiento.

—Seria una temeridad, observó Mira de Amescua.

—Sin embargo, no quiero retroceder.

—¿Pero ignorais que ya están las puertas cerradas?

—¡Ah! es cierto.

—Y aunque asi no fuera, ¿no sabeis las formalidades á que toda persona está obligada, nó digo para llegar á la cámara real, sino para pisar la escalera del alcázar?

El religioso volvió á caer en su asiento desplomado.

—¡Conque todos los caminos están cerrados!

—Todos, contestó Mira de Amescua. Sin embargo, añadió poniéndose pálido, me ha interesado tanto vuestro afecto hácia ese pobre herido, que me siento impelido á faltar á las consideraciones humanas y hasta á cierto voto que me habia impuesto.—Aquí el poeta hizo una pausa, como si luchase con un pensamiento interior que lo atormentaba.—Sí, padre mio; quisiera complaceros.

—Todas las bendiciones del cielo caerian sobre vuestra cabeza.

—Bien; pero en caso de decidirme, es preciso que nadie sepa que yo os he guiado.

—El carácter de mi ministerio os reserva de todo temor.

—Entonces estoy decidido... No sabeis cuán inmenso es el

esfuerzo que hago. Habia jurado no pisar los umbrales de la casa adonde nos dirigimos.

— ¡Oh! mas mérito tendrá vuestra obra.

Mira de Amescua estuvo luchando por algunos momentos con los últimos escrúpulos de su corazón.

— Y bien, se dijo á sí mismo en aquella generosa batalla de su razón y sus sentimientos: entre lo pasado y lo presente hay un abismo insondable: el olvido tal vez ó la indiferencia han caído sobre los que ayer pudieron ser tibios recuerdos y hoy nada mas que el vapor desprendido de la avalancha de nieve que se derrite. Además, no el capricho sino el deber me conduce allí... sobre los estravíos antiguos está el grito de la humanidad... marchemos.

Estas reflexiones, rápidas como el relámpago, brillaron en la luminosa frente del poeta. Levantóse de su asiento, y abandonando la estraña timidez que hasta allí habia enervado su acción,

— Padre mio, dijo dirigiéndose al religioso, está decidido: os voy á conducir al lado de vuestro protegido.

— ¿Pero dónde se encuentra?

— En casa del conde de Montellano.

— ¡Ah!

— Este caballero acompañaba al rey cuando la triste ocur-
rencia, y por encargo especial del mismo fué trasladado á su casa.

— Entonces marchemos.

— Permitidme un momento todavía.

— ¿Qué deseais?

— Acaso este paso que voy á dar me produzca una des-
gracia.

— ¿Cuál?

— El enojo del rey.

— Entonces no quiero que os espongaís, dijo el padre Espi-
nar muy conmovido.

— Al contrario: esa es una razón que me impulsa á llevaros
al lado del herido.

— Pero ¿cuál es vuestro pensamiento?

— Muy sencillo. Si pierdo el favor del rey, solo os pido un asilo en vuestro convento.

— Está á vuestra disposicion.

— Ya sabeis que estos son mis mas supremos deseos, y que ya estarian realizados, á no haberse opuesto el rey.

— ¿Aun persistís en vuestro antiguo pensamiento?

— Si... quiero ser sacerdote. Conozco que en el cláustro no existe la paz del corazon, pero si la tranquilidad del alma.

Mira de Amescua se envolvió en su capa, y seguido del religioso y Baltasar salió á la calle.

CAPITULO IX.





CAPITULO IX.

Los embustes de una dueña.



En la penosa tarea que nos hemos impuesto, tenemos que abandonar muchas veces á nuestros mas queridos personajes, para seguir las huellas de otros que apenas han aparecido en el estenso cuadro que nuestra pluma piensa recorrer.

Luego que cayó herido el desdichado Cárlos, el conde de Montellano, en virtud de la órden del rey, tuvo que disponer que el jóven fuese trasladado á su casa con todo el esmero preciso, para que no sufriese durante la travesía.

En efecto: poco tiempo despues Cárlos fué colocado en un suntuoso lecho en una de las habitaciones de la planta baja del palacio del conde, disponiendo este que se llamasen á los mejores médicos y cirujanos de la villa, á fin de que reconociesen la herida y tomasen el enfermo á su cargo.

Llegaron los médicos, y aunque Cárlos permanecía insultado á causa de la sangre que habia vertido, se reconoció que la herida, si bien de peligro, no amenazaba con una desgracia in-

mediata, y en su consecuencia se abrigaron esperanzas fundadas de que se salvaria el enfermo al cabó de tiempo, pero sin desviarse una linea del método que prescribirian.

Tranquilo el conde puso al cuidado de Cárlos un criado de su confianza, auxiliado de una dueña, y despues de hacer multitud de encargos para que nada faltase al herido, se dirigió á sus habitaciones del piso superior.

Echemos, pues, una ojeada sobre este hombre que volvemos á encontrar despues de quince años.

El conde no habia perdido, ni la elevada distincion de su fisonomía, ni sus maneras caballerescas, ni sus hábitos especiales.

Fastuoso émulo del desgraciado Villamediana, asombraba por su lujo, por el gusto de sus trages y por la arrogancia de sus empresas. La corte le miraba con envidia, y al decir de la generalidad, mas de una dama hubo de suspirar en secreto por aquel héroe de los palacios que tenia la altanería de un dios Olímpico.

Aunque en su bella fisonomía resplandecian la franqueza y la cordialidad, notábase que en el fondo de sus ojos bullia un pensamiento incesante, llama perenne que como una estrella marcaba tal vez el rumbo de sus ideas.

Montellano, satisfecho de cuanto puede halagar al corazón y al orgullo, ya del amor de las mujeres que caían á sus piés, ya de la gloria de los poetas, porque él tambien tenia amistad con las musas, solo experimentaba una ambicion suprema que poco á poco iba apoderándose de su existencia.

Anhelaba mandar uno de aquellos ejércitos españoles que iban á luchar infructuosamente en las fronteras de Portugal.

Dos obstáculos poderosos habia encontrado para conseguir su deseo.

El primero era la guerra sorda de los ambiciosos que se disputaban esto mismo al pié del trono de Felipe IV, guerra llena de intrigas y de miserias que el conde habia mirado con desprecio, ya por que la nobleza de su carácter no le permitia ensuciarse en mezquinas rivalidades, ya porque su orgullo era superior á sus aspiraciones.

El segundo era el sincero amor que su esposa le profesaba, la cual no consentía de ningún modo que se espusiese el conde en unas campañas que la experiencia había demostrado eran ineficaces, en atención á luchar con un pueblo amante de su independencia.

Mas á pesar de estos dos obstáculos, el conde no se había separado de sus pensamientos.

Acechaba un momento oportuno para conseguir su deseo.

Sin embargo, este no se había presentado todavía.

Preocupado tal vez con la esperanza de conseguirlo, subió la escalera principal de su palacio, dirigiéndose por medio de numerosos salones á una habitacion que comunicaba con las ocupadas por la condesa.

Dos pages le precedieron con candelabros en la mano.

Luego que llegó á su despacho, sentóse en un sillón forrado de terciopelo carmesí, y se puso á leer algunos papeles que en una bandeja de plata le presentó uno de los pages.

Ninguna de aquellas comunicaciones parecieron llamarle la atención, escepto una cuya letra le hizo sonreír.

—Retiraos, dijo á los pages, á medida que estos dejaban sobre la mesa los candelabros.

—¿Tiene V. E. alguna cosa mas que mandarnos? preguntó uno de ellos.

—Decid á mi ayuda de cámara, que se me presente.

Los pages abandonaron el despacho, y el conde rompió el sello que cerraba la carta que le había hecho sonreír.

Seguro el conde de que nadie le veía, leyó los siguientes renglones.

—«Esta noche se prepara una soberbia caza, y están tomadas excelentes medidas para que caigan en la red multitud de palomas. Si no estais de servicio con S. M., os espera en el palomar de la calle de Hortaleza el montero mayor y

Vuestro compañero

El conde de Liches.»

Montellano volvió á leer el papel, y en seguida, aplicándolo á la llama de una bugía, lo redujo á cenizas.

Al mismo tiempo entró el ayuda de cámara.

— ¿Tiene el señor conde algo que mandar? preguntó inclinandose.

— Sí, Beltran; ¿y la señora condesa?

— No he tenido el honor de verla.

— No es eso lo que te pregunto: ¿ha salido?

— No la he visto salir.

— ¿Sabes si la han llamado de palacio?

— Al anochecer vino un caballero de S. M. la reina.

Una sorda inquietud se pintó en el rostro del conde.

— ¿Y salió? Habla.

— No podré dar al señor conde una razón exacta.

— ¿Por qué?

— Porque no he podido entrar en las habitaciones de la señora condesa.

— ¿Pero habrás espiado en las puertas?

— ¡Oh! eso sí.

— Entonces podrás decirme una noticia fija.

— La señora condesa no ha salido por las puertas.

— ¿Pues supones que haya salido por las ventanas?

— No digo tanto, señor.

— Entonces, con mil diablos, acaba de una vez.

— Lo único que puedo decir es, que no la he visto, señor,

dijo Beltran.

— ¿Y á sus doncellas?

— Eso sí.

— ¿Y te dejaron entrar en las habitaciones?

— No señor.

— ¿Bajo qué excusa?

— Bajo la de que la señora estaba indispuesta.

— Entonces no habrá salido.

— Así lo creo.

El conde quedó pensativo y en seguida exclamó:

— Está bien; retírate Beltran.

El ayuda de cámara hizo una cortesía y salió.

El conde se puso de pié, y principió á dar paseos á lo largo de aquella magnífica estancia llena de colgaduras y de espejos de Venecia.

— Parecía que una espina invisible estaba clavada en su corazón.

Es extraño, dijo para sí, al mismo tiempo que vagaba de un extremo á otro de la habitación; desde que entré en esa sociedad oscura que aspira á seducir la hermosura y á apoderarse del corazón de las mujeres, tengo temores... creo que por todas partes brotan fantasmas que persiguen mi honra, y que mi esposa se encuentra amenazada por esas miradas ardientes que buscan bajo la sombra de la impunidad el triunfo de sus deseos.

Sin duda estas reflexiones hicieron que toda la sangre se agolpase en su cabeza, brillando en sus ojos una luz siniestra.

En seguida, pasándose la mano por la frente:

— ¡ Soy un necio! murmuró; estoy luchando con sueños... Vamos á la habitación de mi esposa.

El conde se dirigió á la puerta que comunicaba con una estrecha galería para dar paso á otros salones. Cerró detrás de sí, atravesó el espacio que mediaba hasta una pequeña antecámara, y llegó á otra puerta cubierta con un espeso tapiz.

Al tiempo de alzarlo para penetrar en otra estancia inmediata, sintióse un leve grito.

Era producido por una mujer.

El conde la miró y conoció á una de las doncellas de su esposa.

— Perdonad, señor conde, dijo, queriendo ocultar la turbación que se habia apoderado de ella: estaba dormida, y vuestra presencia me sorprendió.

— Está bien, Inés. ¿ Se ha acostado la señora condesa?

La doncella se puso á temblar.

— Creo que sí.

— ¡ Cómo que lo creéis! ¿ No habeis estado en su gabinete?

— No señor.

El conde comprendió que aquella mujer temblaba de piés á cabeza.

— Entonces, pasad al cuarto de la señora condesa y anunciadme.

Inés no supo hacer otra cosa, sino obedecer al conde.

Poco tiempo despues apareció una dueña en la puerta por-
que habia desaparecido la doncella.

La dueña principió á hacer profundas reverencias.

El conde la miró con asombro.

—Acabo de saber, dijo últimamente con voz gangosa y tré-
mula, que V. E. desea ver á la señora.

—Así es en efecto.

—El señor conde es dueño de penetrar sin pedir permiso
en las habitaciones de su esposa.

—¿Y qué quereis decir con eso?

—Que V. E. puede pasar adelante; pero...

La dueña, sin separarse de la puerta, volvió á hacer una
nueva cortesía.

—¿Pero qué? preguntó el conde, que advirtió algun secre-
to en aquellas detenciones que él no se podia explicar.

—Iba á decir... queria decir á V. E.

—Acabad.

—Que la señora condesa me encargó una rigida consigna.

—¿Cuál?

—Me dijo que nadie entrase en su habitación!

—¿Por qué?

—Porque queria descansar.

—¿Ah! exclamó el conde mordiéndose los labios; ¿pero
esa órden no se entenderia conmigo?

—¿Quién lo duda! contestó la dueña, cerrando con su
cuerpo el paso de la puerta.

—Entonces espero que franqueeis el camino, dijo el conde,
mirando á la dueña, como si quisiera abrasarla con su mirada.

Pero la dueña siguió en su posicion, como si nada hubiese
oido.

—La señora condesa me encargó que no se le despertase,
dijo heróicamente.

—¿Luego está durmiendo?

—Sí señor.

—Eso no importa: necesito verla.

La dueña abuecó su traje monjil, dispuesta á cerrar el paso
aun al mismo conde.

—Es que debe importar á V. E. el descanso de la señora, observó con decision.

— ¡Cómo! ¿por qué?

—Porque la señora condesa se acostó indispueta, y le es necesario el reposo.

— ¡Indispueta! ¿por qué no me lo habeis dicho?

—Porque no me habeis dado tiempo para ello.

— ¿Y qué tiene?

—Le dolia extraordinariamente la cabeza.

—Entonces haré que suban algunos médicos que se encuentren en casa.

Y se dirigió á la puerta.

La dueña se decidió á que pasase el conde por encima de su cuerpo, antes de consentir que entrase en el interior.

— ¡Paso! gritó el conde con energía, al ver aquella pertinaz y estraña resistencia.

La dueña tomó la actitud de Niobe; pero Montellano no estaba por respetar por mas tiempo á la digna matrona, y empujándola con la mano, la obligó á retroceder dos ó tres pasos.

— ¡Jesus!... ¡Dios mio!... exclamó, dejándose caer al suelo con el fin de ver si el conde se detenia ante aquella catástrofe.

Pero esta última estratagema no tuvo el efecto que deseaba. Montellano, no acostumbrado á semejantes detenciones, saltó por encima de la dueña, y se dirigió hácia los departamentos ocupados por su esposa.

Estaban desiertos: la condesa, en vez de estar en su lecho, ni aun se hallaba en las habitaciones.

El conde exhaló un rugido: registró, dominado por ese vértigo que se apodera del corazon, los ángulos, los muebles, los cortinages, los pasadizos de los grandes salones de aquella parte del edificio; y convencido de que su esposa no estaba en ellos, comprendió, que un estraño y acaso terrible misterio se ocultaba en la desaparicion de la condesa.

Cuando la dueña vió salir del interior á su amo, hubiera deseado que la habitacion y el palacio se hubieran hundido sobre ella, antes que ver sus miradas fulminantes.



Fabiola dib.^a y lit.^a

¿ Donde está la Condesa!

Lic. de S. Gonzalez S.^{ta} Clara B.

Quedó como aplastada en un rincon, sin saber lo que le pasaba.

El conde se fué acercando á ella con lentitud imponente.

En aquel instante hubiera querido mejor oir la trompeta del juicio final, que la voz de su amo.

—¿No me habeis dicho que la condesa estaba en su lecho? le preguntó con una voz tan espresiva, que la dueña estuvo á pique de perder el sentido.

—¡ Oh! ¡ Dios mio! exclamó, elevando las manos al cielo.

—Responded, ó vive el cielo que os mando emparedar, bruja de los diablos.

—Sí señor, dijo.

—Bien: la señora condesa no está en su cuarto: ¿dónde se encuentra?

La dueña no tuvo valor para contestar.

Montellano la agarró de un brazo, casi fuera de sí, y se dispuso á estrellarla contra el suelo.

—¿Dónde está la condesa? volvió á preguntar.

—No lo sé, contestó temblando la dueña.

—¿Luego ha salido?

—Creo que sí.

—¿Por qué me lo habeis ocultado?

—Perdonadme, señor conde; pero...

—¿Por qué?

—No debía culpar á la señora condesa.

Montellano se puso lívido, y por algun tiempo dudó entre sus temores anteriores y los que de repente surgieron en el fondo de su agitado pecho.

—Dueña, dijo con voz convulsiva, no me ocultéis nada. Tened entendido, que haciéndolo podreis obtener mi perdon; de lo contrario, os entregaré al Santo Oficio como impostora.

La amenaza era terrible, y produjo su efecto. La buena mujer habia sostenido su papel hasta el último extremo, y no se podia exigir mas á su fidelidad.

—¡ Oh! señor, dijo: yo contestaré á cuanto me pregunteis.

—Está bien, replicó Montellano algo mas tranquilo. Me habeis dicho que la condesa ha salido.

—Sí.

—¿Cuándo?

—Esta noche al oscurecer.

—¿Sola?

—No señor.

Montellano volvió á ponerse livido.

—¿Con quién? preguntó.

—Con un caballero de S. M. la reina, que en nombre de esta vino á buscarla.

—¡Ah! exclamó el conde algo mas tranquilo. ¿Y por dónde salió?

—Por un postigo escusado de vuestra casa.

—¿Y no comprendéis el motivo que impulsó á la reina para buscarla?

—No señor.

Una nueva y viva inquietud se pintó en el rostro de Montellano. La hora sumamente avanzada de la noche era un signo de alarma que hirió doblemente su corazón. Sabia que la reina acostumbraba á salir de palacio oculta bajo un manto, y no dudó que en aquella noche llena de placeres y de locuras Mariana de Austria habria salido á la verbena con el negro velo de una dama tapada; y ¿quién es capaz de prever lo que en aquella noche pasaria?

Montellano sintió un dolor agudo que le destrozaba el pecho; recordó la carta que algunos minutos antes habia recibido, firmada por el conde de Liches; y mas bien por un presentimiento que por otro motivo, creyó que la deshonra bañaba su frente con un soplo invisible.

Lanzó una especie de alarido, y arrojándose fuera de la habitacion, dejando á la pobre dueña espantada de aquel nuevo arrebató, pidió su sombrero, su capa y su espada, y precipitose por las escaleras.

Cuando llegó á la puerta principal, tropezó con tres hombres que llegaban en aquel momento.

Eran el padre José Espinar, don Antonio Mira de Amescua y el jóven Baltasar.

—¿Qué quereis? preguntó el conde, sin conocerlos.

—Venimos, contestó Mira de Amescua, á exigiros un favor.

—¡Ah! perdonad, caballeros, no os habia conocido. Decidme en qué puedo complaceros.

El poeta manifestó al conde el objeto que allí los habia conducido.

—Mi casa está á vuestra disposicion, replicó Montellano:... al punto vais á ser introducidos al lado del herido. Solo os ruego, que me permitais no os acompañe. Me veo precisado á salir en este momento.

Mira de Amescua se inclinó con gratitud, mientras el conde daba algunas órdenes á su mayordomo.

—Dispensadme un instante, prosiguió el conde dominado por los sentimientos que devoraban su corazon, dirigiéndose al poeta. Quisiera haceros una pregunta, caballero.

—Estoy á vuestra disposicion, contestó Amescua. ¿Qué deseais?

Y al mismo tiempo se separó del lector y Baltasar.

El conde, comprendiendo la estremada delicadeza del poeta, le preguntó:

—¿Venís de palacio?

—No, señor conde.

—¿Habeis estado en la verbena?

—Tampoco.

—¿Habeis?... aquí el conde hizo una pausa.—¿Habeis visto á la reina y... á la condesa de Montellano?

A este nombre Mira de Amescua se estremeció.

—¡Oh! no las he visto.

—¡Fatalidad! exclamó el conde, sin poder contener un rugido de despecho. Adios, caballero... es preciso que me separe de vos en este instante.

Y sin esperar contestacion, se lanzó á la calle, desapareciendo en breve entre la oscuridad nocturna.

Mira de Amescua quedó asombrado; pero un dardo invisible se le habia clavado en el corazon.

Habia comprendido que la condesa de Montellano, mejor dicho, aquella jóven que fué la estrella de su juventud, estaba en un peligro desconocido.

Nuestro poeta tembló.



X.

Ábrete, Sé samo.



ay momentos en la vida , en que el sentimiento que creíamos muerto, revive con doble fuerza ante otra mas poderosa aun que nos subyuga y se apodera de los latidos del corazon y de la energía del alma.

Mira de Amescua no habia pensado jamás, que unas vagas palabras pudiesen hacerle olvidar la inmensa profundidad que lo separaba de la condesa de Montellano. Tampoco, tal es nuestra triste condicion humana, tampoco habia creido que existiera en el fondo de su pecho, como en un tabernáculo invisible, la llama pura, ardiente y vivisima de otros tiempos, sino esas melancólicas cenizas que apenas se agitan, cuando el soplo de los recuerdos pasa sobre nuestro marchito corazon.

El poeta se habia engañado.

Toda su razon, toda su filosofía, toda su calma se habian desvanecido al notar la agitacion del conde.

Bien es cierto, que en la rápida concepcion de sus ideas no imperaba aquella dulce divinidad que nos atrae en la época de la juventud, y que se llama *esperanza*; pero no por esto dejaba de experimentar ese grande dolor que nos abruma con todos los martirios de una sorda desesperacion.

Vió alejarse al conde en el fondo de la calle; pero dominado por otra idea, se despidió de Baltasar y del padre lector de San Francisco, y arrastrado casi á su pesar, pues hay instantes en que la voluntad no tiene poder en la naturaleza humana, siguió de lejos á su antiguo enemigo.

Cuando hubo andado algun tiempo, cuando el viento de la noche refrescó su frente, conoció lo poco que vale el corazon del hombre en estos momentos, puesto que olvidaba quince años de pruebas dolorosas ante la idea de que la condesa de Montellano corriese algun peligro.

— ¡Ah! exclamó el poeta, apretándose el pecho con las manos; si es verdad que vuelvo á perder el juicio como en otros tiempos, que nadie se aperciba de mi locura; pero ya que no puedo menos de seguir adelante, llevemos la indiferencia en el rostro y la tempestad en el corazon.

Mira de Amescua, despues de tomar esta inmutable determinacion, se embozó tranquilamente en su capa, y marchó en pos del conde de Montellano.

Este se dirigió hácia la calle de Hortaleza, penetrando al fin en una casa de estensas proporciones que se hallaba en uno de sus extremos.

Lo que ciertamente habia sorprendido al poeta era, que la puerta se habia abierto de par en par al instante que el conde se presentára, sin preceder ninguna señal, visible al menos, cerrándose en seguida con la misma rapidéz.

En este caso acercóse á su vez á la puerta, la cual permaneció inmóvil, buscó la aldaba inútilmente, y no encontrando medios para llamar, decidióse á golpearla con las manos.

¿Pero qué derecho tenia él para que le abriesen?

Comprendió la fuerza de este pensamiento y se detuvo.

Al mismo tiempo era preciso saber el resultado de aquella aventura, que iba picando en curiosa.

Para esto no habia otro remedio, sino armarse de paciencia y esperar.

Tomada una vez esta determinacion, se puso á pasear á lo largo de la calle, entregado á las estrañas ideas que se habian apoderado de su corazon. Quería esplicarse á sí mismo el por qué se encontraba en aquel sitio, faltando al cabo de tanto tiempo á sus juramentos y á sus propósitos; pero cuando no se encuentra una razon verdadera, se busca en falsas apariencias.

Mira de Amescua veía en su imaginacion á la condesa de Montellano espuesta á grandes peligros, y ya que él no podia salvarla, queria al menos saber, si su esposo la salvaria.

Asi permaneció media hora.

Cuando principiaba á desfallecer en medio de la soledad que le rodeaba, vió avanzar por la calle una numerosa comitiva con hachones encendidos.

Eran algunos pages que alumbraban los pasos de un caballero y de un negro vestido graciosa y brillantemente.

El caballero era, ni mas, ni menos, que don Francisco de Quevedo.

Por estraña que fuera aquella comitiva á una hora tan adelantada de la noche, Mira de Amescua, al conocer á su amigo, se dirigió á él, como el náufrago que encuentra una tabla en medio de la tempestad.

—¿Adónde caminais con esta procesion, querido? le preguntó, apretándole una mano.

Quevedo levantó un poco la cabeza, miró á su interlocutor á través de sus grandes gafas, y desplegando al fin una sonrisa maliciosa.

—¡Diablo! ¿Y vos á qué fortaleza estais atacando?

—A ninguna.

—¡Ah! ¿estais poetizando á la luz de las estrellas?

—Lo habeis acertado, contestó Amescua.

Quevedo tosió dos ó tres veces con doble malicia.

—Está muy bien, amigo mio.

—Pero ¿adónde vais de esta manera? Despertais vivamente

mi curiosidad... ¿Qué significa ese lucido negro que llevais á vuestro lado?

— ¡Oh! esto representa el favor del rey en el mas elevado punto.

— ¡Cáspita!

— Bien podeis envidiar al dichoso mortal que voy á ver.

— ¿Ahora?

— El rey no ha tenido paciencia para esperar á mañana.

— Vamos, acabad de esplicaros.

Quevedo volvió á sonreirse con su acostumbrada malicia.

— ¿Veis este negro? dijo.

— Si.

— Acaba de llegar de Méjico, ó del Perú, ó del Ecuador, de qué sé yo qué parte.

El negrito hizo un gesto enseñando sus blanquísimos dientes.

— ¿Y bien? preguntó á su vez Amescua.

— Este negro es un regalo que hace el rey.

— ¿A quién?

— De seguro que no podreis figurároslo. ¿Dichoso mortal!

— Pero...

— Voy á sacaros de dudas.

— Lo deseo.

— ¿Ya sabeis cuánto ama S. M. á su primer ministro don Luis de Haro?

— En efecto.

— Por consecuencia natural, el hombre que ama al gefe de la familia, debe querer á todos los demás miembros de ella, prosiguió Quevedo, sonriéndose siempre.

— Eso ya es algo cuestionable.

— Aquí no. El rey ama á don Luis; don Luis es padre del conde de Liches; luego el rey ama al conde de Liches.

— ¡Ah!

Y Mira de Amescua no pudo menos de espantarse al oir el silogismo de Quevedo.

— De aquí deducireis...

— ¿Qué?

—Que el negro va destinado al conde de Liches.

—¿Y llega á tanto la impaciencia de S. M. que no ha querido aguardar á mañana para hacer el regalo?

—Ya lo veis.

Mira de Amescua fijó sus ojos en Quevedo con incredulidad.

—Os estais chanceando, querido. Sin duda me haceis blanco de vuestras bromas.

—No: ya os consta que lobo á lobo no se muerde.

—Entonces...

—¿Conque no me creéis?

—Francamente, no.

—¿Por qué?

—Se os ha olvidado lo principal.

—¿Qué es?

—¿Creeis que ignoro adónde vive el conde de Liches?

—¡Ah!

—Llevando un camino diametralmente opuesto, mal podeis hacerme creer vuestra fábula.

—Todos los espíritus positivos como el vuestro necesitan de pruebas positivas. ¿Ignorais que el conde de Liches tiene dos casas?

—Lo ignoro absolutamente.

—¿No sabeis, que una de estas casas es la pública y la otra la privada?

—¡Diablo! eso es mas original.

—Pues así es.

—¿Entonces á qué casa os dirigis?

—A la privada. A la en que nadie entra, sin pronunciar antes una enigmática palabra como en un cuento de hadas.

—¡Oh!

—A la que el conde prefiere estraordinariamente.

—¿Me sorprendéis!

—Escuchadme, prosiguió Quevedo: ¿no habeis oido hablar de algun tiempo á esta parte que cierto número de jóvenes de la nobleza se entretienen en cazar las mas lindas palomas de la corte?

—Sí, contestó Amescua, sintiendo al mismo tiempo oprimirse el corazón.

—Pues bien, el conde de Liches es el montero mayor.

—Proseguid.

—¿Parece que os interesa?

—Es asunto que escita la curiosidad.

—Mucho mas, continuó Quevedo, cuando sepais que la casa privada del conde es el lugar destinado á las desgraciadas aves que caen prisioneras.

—¡Oh! exclamó Amescua dominado por una terrible idea; ¿y os dirigís á esa casa?

—Sí.

—Entonces desearía merecer de vos que me la enseñáseis.

—Desde aqui se ve perfectamente.

—¿Cuál es?

—Ese edificio que se pierde entre las sombras de la noche.

La casa señalada por Quevedo era la misma donde habia penetrado poco antes el conde de Montellano.

Mira de Amescua se estremeció.

Acababa de comprender la causa por qué el conde habia corrido como un desesperado hasta allí.

La idea de que pudiese peligrar la honra de María revivió doblemente el no estinguido fuego de su amor, y tal vez hubiera descubierto á su amigo la tempestad que en aquel instante reventó dentro de su pecho, si no hubiese recurrido al último esfuerzo de su voluntad, para permanecer indiferente en la apariencia.

Una amarga sonrisa ocultó la contraccion de su semblante.

—Sois el sabueso mas inteligente de la corte, dijo el enamorado poeta, y estais enterado de todo cuanto en ella ocurre. ¿Conque es el famoso palomar, donde han sufrido la imperiosa ley del amor las jóvenes mas lindas de Madrid?

—Ese, contestó Quevedo.

—¿Y os dirigís á él?

—Sí.

—Entonces os exijo un favor.

—¿Cuál?

- Que forme parte de vuestra comitiva.
- No hay inconveniente.
- Deseo conocer el interior de ese palacio encantado.
- Pero debó advertiros una cosa.
- ¿Qué?
- Que os convirtais todo en ojos y oídos.
- ¡ Ah! ¿ Acaso vais á observar?
- Tal vez.
- ¿ Será una estratagema el regalo del negrito?
- No.
- Maldito, si os comprendo.
- Despues me comprendereis.
- ¿ Conque enigma tenemos?
- Y grande.
- Pues vamos allá.

Quevedo hizo una señal con la cabeza para que la comitiva se pusiese en movimiento, mas antes de partir, le dijo á su amigo:

- Esperad: voy á haceros una pregunta.
- ¿Cuál es?
- ¿Vuestra espada estará pronta á salir de la vaina?
- ¡Hola! esa prevencion...
- ¿Estará pronta?
- Sí.

— Puede haber algunos milanos pertinaces detrás del palomar, y entonces será preciso ahuyentarlos.

Amescua miró á Quevedo con profundo reconocimiento, y marcharon hácia el sombrío edificio que tenían enfrente.

Luego que llegaron á la puerta principal, formada por un arco romano en cuya clave habia un grifo de piedra, Quevedo se adelantó seguido de su compañero.

Deseaba oir este aquella frase misteriosa, ante la cual se franqueaba el paso de la casa.

— Ábrete, Sésamo.

Amescua recordó este talisman de los cuentos orientales, al mismo tiempo que la puerta se fué abriendo con lentitud, sin que se viese la mano que la impulsaba.

Un magnífico vestibulo alumbrado por algunas lámparas daba paso á unas suntuosas escaleras, redondas, de hermosas balaustradas de piedra. Tupidas alfombras estendidas desde el umbral acallaban los pasos de los que atravesaban por aquellos sitios, como si se temiera que la elegante bóveda repitiese el eco.

No se veían, ni guardias, ni porteros; pero luego que el último de la comitiva hubo pasado el dintel de la puerta, se cerró por sí sola, impulsada por un oscuro resorte.

Alfombradas tambien las escaleras, y sin obstáculo alguno para marchar adelante, los dos poetas seguidos del negro llegaron al primer piso, formado por un gracioso pórtico plateresco, el cual facilitaba la entrada á un salon cuadrado lleno de hermosas pinturas mitológicas.

El mas refinado pensamiento de voluptuosidad habia dado á las pinturas esa belleza enteramente profana que vemos en los lienzos de Rubens y de Albano.

Júpiter y Semele, Psiquis y el Amor, todas esas lindas fábulas griegas, hijas de la poesia y del sentimiento, se hallaban representadas en aquellas paredes tapizadas de raso.

Una série de salones adornados con elegancia y profusion de magníficos muebles, estátuas, jarrones de china, flores, espejos y lámparas, aparecian y brillaban en todas partes; pero siempre el mismo silencio, la misma soledad.

Quevedo, que era hombre que no se desvanecía tan fácilmente, principió á creer que se hallaba en un palacio encantado.

Miró á su amigo; pero dominado este por igual impresion, no encontraba espresiones para explicar su asombro.

—Creo, exclamó Amescua despues de un prolongado silencio, que á lo mejor vamos á encontrarnos con uno de aquellos negros gigantescos de los cuentos orientales dispuestos á aplastarnos bajo su enorme maza de hierro.

Quevedo contestó con una especie de berrido, lo que denotaba en él impaciencia.

—Tal vez, amigo...

—Pero ¿dónde diablos están los moradores de este palacio?

— Aquí.

— ¡Aquí! maldito, si los veo.

— Ahora son invisibles.

— ¡Oh! me vais haciendo creer en lo que jamás había imaginado.

Quevedo se puso á mirar á todas partes.

— ¿Cuántos salones hemos atravesado?

— Cinco.

— Creo que son seis.

— ¿Por qué?

— Porque hemos llegado al término. No hay comunicacion por otra parte.

— En efecto; las puertas se nos han cerrado.

— Es que este salon no tiene puertas.

Amescua examinó detenidamente las paredes, y vió que era exactísima la observacion de Quevedo.

— ¿Y qué vamos á hacer? preguntó el primero.

— Buscar.

— ¿Qué?

— Un unicornio.

Amescua abrió los ojos con espanto, creyendo que su amigo se chanceaba.

— ¡Un unicornio!

— Sí.

— Esto es inconcebible.

— No lo es, querido. Poseo una descripcion de este maravilloso edificio, descripcion que yo he podido lograr á fuerza de astucia y de paciencia.

— ¿Y dónde está el fabuloso animal que vais buscando?

— En este salon.

Y al mismo tiempo Quevedo registraba todos los muebles, adornos y cortinages de la estancia.

Al cabo de un buen rato de investigacion exhaló un grito de alegría.

— Ya está aquí, exclamó frotándose las manos, señalando un precioso medio-relieve de bronce que se hallaba incrustado en el pedestal de una columna.

Amescua fijó su atención, y en efecto, entre las numerosas figuras del medio relieve, veíase un unicornio en actitud de correr á todo escape.

El cuerno que nacia de su frente sobresalía del medallón.

Nuestro poeta miró á todos los pedestales de las diversas columnas que adornaban tan suntuosa morada, y aunque habia otros medios relieves de la misma materia, ninguno tenia el extraño animal que nos ocupa.

Ambos amigos se detuvieron.

—Ha llegado el instante del desencanto, dijo Quevedo con entereza y sangre fria. Ahora falta la última advertencia.

—¿Cuál? preguntó Amescua con ansiedad.

—Hace un rato os dije si vuestra espada estaria pronta á salir de la vaina.

—En efecto.

—Procurad, pues, que así sea. Ya sabeis que los que desencantan los palacios tienen por lo común que luchar con los malsines encantadores, como decia don Quijote.

Amescua se sonrió, y tomó el consejo, poniendo la mano en la empuñadura de su espada.

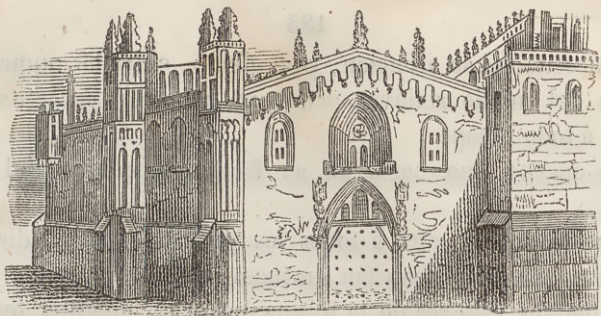
Mientras tanto Quevedo se inclinó, y apretando con la yema del dedo pulgar el cuerno de bronce del unicornio, se hundió en la frente, abriéndose al mismo tiempo una puertecita entre dos columnas.

Tan luego como se abrió aquel secreto, percibióse un lejano ruido.

La puerta daba paso á unos escalones que se perdian en la oscuridad.

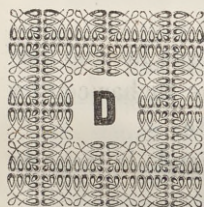
Quevedo y Amescua entraron los primeros, siguiéndoles la comitiva, como si una hidra hubiese abierto la boca para devorarlos á todos.

Los pasos, las sombras y el resplandor de las luces se perdieron en el fondo.



CAPITULO XI.

El anillo.



DEJEMOS á nuestros poetas seguir el curso de sus investigaciones, y ya que hemos tenido la felicidad de penetrar en este magnífico palacio, mudo como un sepulcro, sin ecos como las cárceles de plomo de Venecia, y sin habitantes como la ciudad petrificada de las mil y una noches, trasladémonos á un suntuoso salon que existe en uno de los costados del edificio, minutos antes que el conde de Montellano penetrase en tan hermoso *palomar*.

El conde de Liches y el duque de Medina Sidonia se paseaban entre otros grupos de *cazadores* que, preocupados con sus eternos proyectos de *caza*, charlaban, reían á mas y mejor, ya combinando medios ingeniosos para apoderarse de inocentes víctimas, ya saboreándose con los triunfos conseguidos anteriormente.

Antes de pasar adelante, diremos que el salon estaba flanqueado de hermosas puertas cinceladas, las cuales daban paso á largas galerías. Estas galerías corrían á lo largo del edificio, como las arterias en el cuerpo humano, yendo á terminar en habitaciones retiradísimas que servían de jaula á las tristes palomas que tenían la desgracia de habitarlas.

Los jóvenes mas ricos y mas conocidos de la corte formaban aquella escogida sociedad, existiendo en todos la mas cordial franqueza.

Liches y Medina Sidonia, como hemos dicho, eran los únicos que se hallaban preocupados en el momento supremo de haber alcanzado una victoria.

Hablaban en voz baja, y como nosotros tenemos el derecho de oir su conversacion, vamos á comunicársela á nuestros lectores.

—¿Conque han quedado alojadas perfectamente? preguntó Medina Sidonia.

—En la mejor habitacion, contestó el conde de Liches.

—¿Estais seguro?

—Así me lo ha dicho el mayordomo. Ese maldito llamamiento del rey nos ha quitado una hora preciosa.

—Es verdad, murmuró el duque desplegando una sonrisa de triunfo; pero ya estamos aquí... Voy á subir.

—Esperad.

—¿Cómo!

—¿No sabeis que por mas esfuerzos que se han hecho, no han consentido en separarse?

—Entonces subamos los dos.

—Calma, querido.

—¡Oh! estoy loco de alegría. Pero ¿qué quereis que hagamos aquí? deseo arrojarme á los piés de esa jóven encantadora, que hace largo tiempo me tiene la cabeza vuelta al revés.

—Lo mismo me ocurre á mí, dijo el conde: anhele vivamente espresar á Argentina toda la fuerza de mi amor; pero demos tiempo al tiempo. Es preciso conseguir que se separen.

—Es verdad; ¿pero de qué modo?

—Esperaremos á que el cansancio las rinda y el sueño se apodere de ellas.

La palabra *sueño* fué espresada de tal modo, que el duque de Medina Sidonia no pudo menos de frotarse las manos con alegría.

—Mientras tanto, prosiguió Liches, no demos que sospechar á nuestros compañeros. Si llegasen á comprender el pre-

cioso tesoro que tenemos oculto, nos espondríamos á perderlo todo.

— ¡Oh! si, tengamos prudencia. Mientras, disponed lo necesario para que el dios Morfeo, como dicen los poetas, cierre los ojos de Laura y Argentina.

Los dos amigos se separaron. El conde de Liches se dirigió á instruir á uno de los misteriosos agentes que habitaban el palacio sobre los proyectos que acababa de concebir.

Al mismo tiempo que penetraba de nuevo en el salon, se abrió una puerta con el mayor silencio, y apareció el conde de Montellano.

Ya hemos visto la inmensidad de sentimientos que pesaban sobre el corazon de este caballero.

Miembro de aquella sociedad peligrosa, se veía herido acaso con las mismas armas conque él habia herido á otros muchos, y tan grande era su inquietud, que esta se veía pintada en su rostro, á pesar de su aparente tranquilidad.

Sin embargo, era tanta la confianza que Montellano tenia en su esposa que á veces se reía de sus temores, como si fuesen hijos de una imaginacion enferma.

En esta lucha desigual era preciso saber el paradero de la condesa, era necesario conocer á las victimas que en aquella noche habian sido conducidas á aquel palacio, era indispensable seguir minuto por minuto todos los pasos de su esposa, aun cuando para ello tuviese que poner en evidencia el nombre sagrado de Mariana de Austria.

Amaba á su mujer con tal frenesí, que no admitia, ni podia admitir, la mas ligera sospecha que turbase el largo reposo de su existencia.

Una vez conocido en el salon, sus amigos y compañeros se apresuraron á felicitarlo.

El conde tuvo que hacer un esfuerzo supremo para disipar la negra sombra que nublaba su frente.

Apareció en sus labios la mas placentera sonrisa, y contestó á todos los saludos y á todas las frases que se le dirigieron.

Despues de conversar algunos momentos con los concur-

rentes, descubrió al conde de Liches y al duque de Medina Sidonia, dirigiéndose á ellos con fingida alegría.

— ¡ Oh! buenas noches, amigos míos.

— Dios os guarde, Montellano, contestó Liches estrechando la mano que este le presentaba.

— Recibi vuestra esquela, y aquí me teneis.

Por una impremeditacion Liches habia participado su triunfo á la mayor parte de sus compañeros.

— Sí, sí, contestó con aparente indiferencia, no pudiendo desmentir lo que habia dicho.

— ¿ Conque la caza ha sido abundante? instó Montellano.

— Regular, replicó Medina Sidonia.

— ¿ Cuántas palomas?

— Dos.

Este guarismo se clavó en el pecho del conde como un puñal.

Acordóse de que su esposa iba con la reina, y un menudo sudor principió á brotar de su frente.

— ¡ Ah! exclamó, disimulando su agitacion: poco importa la escasez de la caza, con tal que la presa sea de un mérito nada comun.

— Eso creí al principio, dijo Liches. Por eso os participé la novedad.

— ¿ Habeis tal vez mudado de opinion?

— Sí.

— ¿ Por qué?

— Porque las dos cautivas son feas como dos harpías.

— ¡ Diablo! exclamó Montellano, adivinando que sus amigos trataban de ocultarle la verdad.

— Son horribles, añadió Medina Sidonia.

El conde desplegó una sonrisa equívoca, y preguntó:

— ¡ Solemne chasco! ¿ Y qué habeis hecho?

— Darles suelta. Deshonrariamos este palacio con admitir semejantes estafermos.

Montellano comprendió que nada sacaria en claro en aquella conversacion, y se preparó á observar, ya que no le quedaba otro recurso.

Mezclóse entre los demás nobles, y pareció interesarse en las aventuras que contaban unos y en los amores que referian otros. Sin embargo, por mas que pretendia dominarse, le era imposible.

La imágen de su esposa se le ponía delante.

Tan dolorosa inquietud le hacia volver la vista hácia el conde de Liches y el duque de Medina Sidonia, que se paseaban en el fondo del salon.

Una fuerza irresistible le obligó á dirigirse á ellos.

—Veo, querido conde, dijo, que esta noche no quereis amenizar nuestra sociedad con la narracion de vuestras magníficas empresas.

—Puedo deciros, que estoy de pésimo humor, replicó Liches, estirándose sus perfumados guantes.

—¿Y vos, duque?... ¿vos que teneis la prodigiosa virtud de vencer antes de combatir?

—Me encuentro aburrido, replicó Medina Sidonia, componiéndose su elegante gorguera de encaje de Flandes.

—Lo creo; el chasco de esta noche ha sido pesado, contestó Montellano con falsa sonrisa.

—Es mucho mas que pesado, respondió Liches; seríamos la burla de la corte, si se llegase á saber la ocurrencia.

—No temería yo á la corte.

—¿Pues á quién?

—A esa jauría de poetas que rodea al rey. ¿Sabeis lo que es una sátira de Góngora, un epigrama de Quevedo, un madrigal de Rioja y un distico de Mira de Amescua?

Tanto Liches como Medina Sidonia, hicieron un movimiento de fingido espanto.

—¡Oh! teneis razon, dijo el primero. Más temo á la pluma de estos lebreles, que á la punta de veinte espadas.

—Por fortuna, añadió el duque, creo que esto no saldrá de nosotros.

—¿Quién duda eso? respondió Montellano. Nadie sabe lo que pasa dentro de estos muros.

—¿Estais seguro de ello?

—Sí.

—Pues yo no, dijo Liches. Ya se barrunta por Madrid la existencia de nuestra sociedad, y nada de extraño tiene que se ocupen de ella los sabuesos del Santo Oficio.

—Evitaremos sus pesquisas, observó el duque de Medina Sidonia.

Montellano se encontraba por segunda vez sin saber qué conversacion continuar, cuando un incidente le hizo estremecer de los piés á la cabeza.

Acababa de descubrir en uno de los dedos del duque, y sobre el estirado guante que le cubria, un precioso anillo de rubíes que quiso reconocer.

Púsose livido, y toda su sangre se agolpó á su corazon con suma violencia.

Aquella linda alhaja se asemejaba completamente á otra que él habia regalado á su esposa.

Montellano estuvo por algun tiempo sin poder desplegar los labios, pues le parecia increíble lo que estaba viendo.

El anillo era igual: tenia la misma forma y la misma belleza.

—¡Oh! murmuró, disimulando cuanto pudo la emocion que le dominaba: observo, querido duque, que teneis un joyero de mucho mérito.

—¿Por qué me preguntais eso, amigo mio? contestó Medina Sidonia.

—Veo brillar en vuestra mano un magnífico anillo de rubíes.

El duque se estremeció á su vez, puesto que era el mismo que habia sustraído á la esposa del conde en un baile de palacio.

En tan supremo compromiso era necesario hacer alarde de toda su sangre fria, si habia de mantenerse á la altura de las circunstancias.

—En efecto, replicó Medina Sidonia, sonriéndose, es una alhaja de bastante mérito.

—¿Tuviérais la bondad de que la viese de más cerca?

—Aquí la teneis, dijo el duque, sacándola de su dedo y poniéndola en la mano del conde.

Este, cuando la tuvo en su poder, quedó plenamente con-

vencido de que aquella sortija era la misma que él habia regalado á su esposa.

¿Cómo habia ido á parar á poder del conde?

A este pensamiento los celos le mordieron en el corazon, y hubiera lanzado un grito horrible, á no haber temido descubrir la ansiedad que le devoraba.

El conde creyó que todo esto tenia relacion con la desaparicion de su esposa, y un sentimiento de venganza principiò á hervir en el fondo de su pecho.

Ocultó con una falsa sonrisa las nubes de aquella tempestad y prosiguió la conversacion.

— ¡Preciosa alhaja! dijo. ¿Cuánto os ha costado?

— Doscientos doblones.

— ¿Podeis decirme el nombre del artifice?

— Jacobo Rusmer, de Bruselas.

— Lo preguntaba con el deseo de adquirir una igual; pero ya que la distancia entorpece mis deseos, os propondré sencillamente que me la vendais.

— Dispensadme, dijo Medina Sidonia, pero estimo demasiado esta alhaja para desprenderme de ella.

Montellano se mordió los labios hasta hacerse sangre.

— Os daré cuatrocientos doblones, dijo.

— Ya sabeis que no espendo, querido.

— No ha sido mi ánimo ofenderos con mi proposicion. Os ofreceré un cambio, si gustais.

— No puedo admitirlo.

— Os daré un magnífico solitario tasado en seiscientos doblones.

— Sería satisfacer un capricho á costa de un grande sacrificio que no puedo consentir.

El conde miró al duque con sombría magestad, y este pálido tambien, porque comprendia lo que pasaba en el corazon de aquel hombre, fijó sus ojos en su amigo.

Aquella mirada fria, lenta, implacable, era un reto.

— Caballero, dijo el conde, ya que os empeñais en no admitir, ni el cambio, ni la venta, me permitireis que me apodere de ella de otro modo.

—En ese caso, consiento, contestó el duque: mañana podremos entendernos sobre el particular.

—¿Por qué no esta noche?

—Porque las noches están consagradas al amor.

El conde midió al duque de los piés á la cabeza, y le volvió la espalda.

—¡Oh! exclamó Medina Sidonia dirigiéndose á Liches: está celoso como el extremeño de Cervantes. Ahora, mientras nuestros compañeros gozan en el festin que se está disponiendo en el salon inmediato, vamos á las jaulas donde gimen nuestras palomas.

Liches conoció que ya era tiempo de subir á ver las prisioneras, y se dirigió á una puerta inmediata, seguido de su amigo.

Al mismo tiempo se descorrió un magnifico cortinaje que habia en el fondo, apareciendo un salon lujosamente iluminado, y en su centro una mesa poblada de manjares y bebidas.

Los cazadores se precipitaron al festin.

Montellano quedó en la puerta, viendo desaparecer á Liches y á Medina Sidonia con una sonrisa sardónica en los labios.

En seguida tomó asiento en la mesa, y se puso á beber con estraña indiferencia.





XII.

Las dos palomas.



UNA sombría espiral servía de comunicación para llegar al segundo cuerpo del edificio.

Todo el resplandor y la brillantez del piso principal desaparecía como por encanto, descubriéndose largas galerías alumbradas por lúgubres lámparas que estrellaban su azulada luz en cenicientas paredes.

El eco de los pasos se prolongaba como un rumor perdido, y si por acaso se veía la figura errante de algun hombre que se escurria á lo largo de los corredores, podía compararse á uno de los condenados del Dante, huyendo de los suplicios á que estaba sentenciado.

Por aquella espiral subieron el conde de Liches y el duque de Medina Sidonia.

Cuando sus botas resonaron en aquel pavimento silencioso, se presentó á ellos la única figura, ó mejor dicho, el único sér humano que tenia derecho de permanecer en aquellos sitios reservados.

Era el guardian de las tristes víctimas que caían prisioneras.

— ¡Hola! exclamó el conde de Liches deteniéndose ante nuestro hombre.

Este se contentó con hacer una cortesía.

— ¿Se han cumplido mis órdenes?

— No, señor escelentísimo, respondió el guardian.

— ¿Cómo que no? replicó el conde hiriendo el suelo con el talon de su bota. ¿Luego no se han dormido?

— No señor.

— ¡Voto á Barrabás! ¿Es decir, que tampoco habreis conseguido su separacion? volvió á preguntar el conde pasándose la mano por los bigotes.

— Tampoco.

Medina Sidonia estuvo casi decidido á aplastar al guardian de las palomas; pero comprendió que nada se conseguiría en aquel momento cebándose contra aquel pobre diablo.

Mientras tanto, Liches se calmó un poco, y mirando á su compañero, le dijo:

— Ya lo oís, querido; las cautivas hacen una resistencia endiablada, y no podemos conseguir nuestra empresa. Presentémonos á ellas y adoptemos el medio de los amantes de comedia.

— Me parece perfectamente, contestó Medina Sidonia. Al cabo los otros recursos adoptados no nos honran demasiado.

Y los dos galanes se dirigieron á través de varias galerías, hasta que se detuvieron delante de una puerta.

El guardian se detuvo en ella y descorrió la llave.

El conde y el duque penetraron en la *jaula*, si merece el nombre de jaula un pabellon dorado, brillante, cubierto de espléndidas colgaduras de terciopelo de Utrech y poblado de muebles los mas hermosos de la época.

La habitacion no era muy grande; una estera finísima de paja de arroz labrada en la China, y que entonces era un portento de lujo y riqueza, cubria el pavimento y acallaba todos los rumores.

Las paredes estaban vestidas de raso color de granate,

compartidas por columnas estriadas de estuco y coronadas de preciosas hojas de acanto perfectamente doradas.

El techo, pintado al fresco, formaba un cielo donde revoloteaban multitud de graciosos cupidillos, teniendo, al parecer, uno de ellos la cadena de donde pendia un globo de cristal de color azul y blanco, en cuyo seno ardía un aceite perfumado, que lanzaba una llama brillante.

En el centro, un divan de raso blanco poblado de flores de oro servia de asiento á las dos damas que presentamos en la vèrbena bajo el nombre de Margarita y Diana, las cuales eran, como ya lo habrán notado nuestros lectores, la primera doña Mariana de Austria, reina de España y esposa de Felipe IV, y la segunda doña María Hurtado de Mendoza, condesa de Montellano.

Estas dos señoras, presas por una equivocacion y sujetas al capricho de dos libertinos, se habian visto precisadas á permanecer ocultas bajo la sombra de sus mantos; pues si arriesgada era la situacion en que se encontraban, mas lo hubiera sido, si se hubiesen dado á conocer.

Con todo, el tiempo transcurria y su estado era cada vez mas crítico.

La reina habia querido descubrirse y confundir á los que con temerario empeño las encerraban en aquella dorada mansion; pero descubrirse era hacer patente su expedicion nocturna y dar lugar á la maledicencia de una corte asaz licenciosa y atrevida; era esponer su nombre á las sospechas del rey, y últimamente, habiendo penetrado en aquel palacio misterioso, esto podia dar esperanzas locas á muchos nobles que suspiraban por la reina.

Esta, si habia de mantener su dignidad, era permaneciendo desconocida para todos.

Respecto á la condesa de Montellano mediaban casi las mismas circunstancias, si bien su situacion era mas peligrosa.

Sabia que á aquella hora su esposo habria vuelto á su palacio, que tal vez habria notado su ausencia, á pesar de las prevenciones que habia tomado para que no llegase á comprenderla; y últimamente, temblaba de espanto, puesto que su

nombre, menos respetado que el de la reina, podía ser el blanco de todos los epigramas de la corte.

Mariana de Austria, mas atrevida y mas serena, esperaba el desenlace de aquella aventura, que ya rayaba en extraordinaria, con la indignacion de su amor propio ofendido y con la altanería de una reina ultrajada.

Despues de rehusar las atenciones del guardian de las palomas, y cuando ya principiaban á dudar de todo, vieron al conde de Liches y al duque de Medina Sidonia, que avanzaban hacia ellas con el deseo de dos conquistadores.

Sin embargo, cuando estos fijaron sus ojos en las dos damas, cuya compostura infundia respeto, se mostraron al parecer cortados.

Existia en su ademan alguna cosa extraordinaria que obligó á los dos caballeros á saludar con respeto profundo.

—Señora, dijo el conde de Liches, dando á su voz el timbre de la mas esquisita galantería y dirigiéndose á la reina, tal vez no merezca disculpa á vuestros ojos la accion que hemos cometido: perdon pedimos por ella, y apelamos á los sentimientos de vuestra alma, confiados en que mirareis nuestro atrevimiento como la prueba mas ardiente de nuestro amor.

—Sería imperdonable en mí, contestó la reina, si yo apreciase vuestras palabras por el valor que ellas tienen. Pedis perdón á quien ni aun siquiera ha fijado su pensamiento en el hecho que acabais de practicar, y usais de un language que puede estar en boca de un galan de teatro, mejor que en la de un caballero.

—Sois demasiado rígida con quien solo busca motivos para agradaros, replicó el conde algun tanto desconcertado; si se tratára de una aventura cuyo origen hubiese sido muy reciente, estaria bien vuestra aspereza; pero con un hombre que hace muchos dias suspira por vos y busca vuestras miradas, como el aire busca el espacio y el acero al iman, es demasiada crueldad, señora.

La reina levantó la cabeza con soberano desprécio, y no se dignó contestar.

Mientras tanto la condesa de Montellano se veía molestanda

por el duque de Medina Sidonia casi del mismo modo que Mariana de Austria.

Hubo un instante de silencio, hasta que el conde lo interrumpió.

—Veo, señora, que no os dignais contestar á quien no es digno de vuestro desden; más ya que os obstinaís en guardar silencio, bueno será que sepais hasta dónde llega la fuerza de mi amor, para que midais las consecuencias que puedan sobrevenir. Yo, señora, poseo un corazón que ansía con violencia y está acostumbrado á que se le corresponda: cuando este amor se ve escarnecido, entonces se eleva con arrogancia, é impone condiciones, mas bien que demanda mercedes. Ya veis cómo yo también puedo herir con las mismas armas conque se me hiere. En tal caso es inútil toda clase de rodeos, cuando ha caído al suelo la máscara que nos cubre. Vos, como mujer, os cubris detrás del precioso muro que vuestro pudor eleva entre los dos; yo, como hombre, rompo el fatal enigma que nos separa. En medio de este espacio hay un océano de amor, un abismo de placeres; bajad de vuestro trono y alargad la mano para sostenerme; quiero ser vuestro esclavo, mejor que vuestro señor.

Este discurso, donde se mezclaba la amenaza con la súplica, y se imponían condiciones al mismo tiempo que se rogaba con ansiedad, irritó de tal modo á la reina, que volviéndose hácia el conde, le preguntó:

—¿Y qué derecho teneis para ser lo último que habeis dicho?

—Ninguno, señora, con tal que cedais á mis súplicas.

—Caballero, sabeis abusar admirablemente de mi paciencia, contestó la reina hiriendo con su pié el brillante esterado del pabellon: respondedme categóricamente.

—Como soy vuestro esclavo, os obedeceré, contestó Liches con humildad.

—No, caballero, sois mi señor, como hace poco habeis tenido el atrevimiento de decir. Es preciso, pues, que sepa yo lo que mandais.

—No puedo mandar á quien reconozco por señora. Mas si os empeñais...

—Sí... me empeño.

—En ese caso mandaría, señoras, que os levantáseis el velo negro que oculta vuestros hermosos semblantes. Sería preciso que brillasen con toda su esplendidez para disipar las tinieblas de esta mansión.

—¿Y despues?

—Despues ordenaria que vos correspondiéseis á mi cariño y esta señora al de mi noble compañero.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—¿Y si yo, en vez de ser vuestra esclava, fuese vuestra señora, como tambien lo habeis significado?

—Entonces de vos brotaria el deseo, la órden, la voluntad.

—Está bien, contestó la reina: ¿es decir, que podria mandar?

—Si señora.

—Caballero, tened cuenta en vuestra palabra, pues desde este momento quiero constituirme en vuestra señora, como lo habeis deseado.

El conde no pudo menos de estrañar la entonacion de la hermosura que creía tener delante, sin pensar siquiera que estaba enfrente de la reina de España.

—¡Oh! estais en vuestro derecho. ¿Qué deseais? vuestro esclavo caerá á vuestros piés para servirós.

—Deseo, dijo Mariana de Austria, que inmediatamente nos saqueis á mí y á mi compañera de esta morada, cuya atmósfera está corrompida al parecer.

El conde de Liches se puso pálido al oir esta exigencia.

—Señora, ¿qué me pedís?

—La libertad.

—¿Estais acaso presa?

—Sé que nos habeis conducido á la fuerza á este retirado palacio, que ni aun reproduce los ecos de las desgraciadas que han caido en vuestro poder.

—¿Es decir que deseais alejaros de esta habitacion?

—Sí.

—¿Y cuándo?

—En este momento.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! exclamó la reina llena de indignacion. ¿Luego vuestra palabra ha sido una nueva estratagema para hacernos concebir una esperanza infundada?... ¡Ah! caballero, sin duda que vos y vuestro digno cómplice habeis olvidado que corre por vuestras venas una sangre noble y generosa; tal vez no hayais vuelto la vista atrás, para ver cómo se rien de desprecio vuestros progenitores que os contemplan ocupados en aventuras de tan mala ley. Y en verdad que nada puede haber mas extraño que el que dos caballeros españoles falten á su palabra, mucho mas, cuando el uno se llama don Luis de Haro, conde de Liches, y el otro don Fernando de Guzman, duque de Medina Sidonia.

El efecto que estas palabras produjeron en los dos galanes fué tan súbito como terrible.

Miráronse aturdidos, porque jamás habian llegado á imaginarse que fuesen conocidos por las dos jóvenes que ellos creían tener prisioneras. Además, desde la creacion de la sociedad que ellos representaban, habíase tenido un inmenso cuidado de permanecer bajo el mas riguroso incógnito, y el verse descubiertos era lo mismo que ceder ante el prestigio de sus nombres.

Liches se mordió los labios de despecho, al mismo tiempo que caía de rodillas.

—Señora, me habeis vencido, dijo cruzando las manos: ya que no soy para vos el aventurero atrevido que aspiraba á apoderarse de vuestro amor como el gabilan se apodera de la paloma; ya que no veis en mí un galan insolente que se sale de su posicion para sacrificaros á sus deseos, y sí á uno de los caballeros mas distinguidos de la nobleza española, es preciso que me perdoneis. Libres estais... el duque y yo os acompañaremos adonde sea vuestro agrado. Nunca podrá decirse que se apeló al honor castellano, sin que este dejase de corresponder dignamente.

—Está bien, contestó Mariana de Austria satisfecha de su triunfo.

—No, no, replicó Medina Sidonia; no nos levantaremos

mientras no recibamos una prueba de vuestra indulgencia.

— Esa prueba es un completo olvido de lo que acaba de pasar, añadió la misma.

— Entonces mandad : estamos á vuestra órden.

Los dos caballeros se pusieron de pié.

Pero al mismo tiempo las dos damas, como impelidas por igual movimiento, se acercaron la una á la otra.

— Señora, dijo la condesa de Montellano aproximándose al oído de Mariana de Austria, para que la victoria sea completa, nos falta una conquista mas.

— ¿Cuál? preguntó la reina.

— Vuestro hermoso lazo de brillantes se ostenta en el sombrero del conde.

— ¡ Ah ! y tu lindo anillo de rubíes se descubre en un dedo del duque.

Las dos damas se detuvieron.

Acababan de comprender la importancia de apoderarse de aquellas dos alhajas que tan atrevidamente habian sido sustraídas por ambos caballeros: la reina se consideró vencida de nuevo y mas humillada aun; pues mientras brillase el lazo en el castor del conde, seria una muestra palpable que pudiera comprometer su nombre.

Mas tímida la condesa de Montellano no pudo menos de estremecerse al ver su anillo en la mano del duque.

Tan rápido habia sido el diálogo de la reina y la condesa, que los caballeros no se apercibieron de él.

— Señoras, esperamos vuestra órden, dijo el conde de Liches inclinándose.

La reina, en vez de contestar, se sentó en el divan, y la condesa tuvo que imitarla.

Los dos caballeros se miraron con asombro.

— Un momento, conde, dijo al fin Mariana de Austria, tomando una postura tan seductora, que el jóven principió á olvidarse de sus anteriores palabras.

— ¡ Qué ! preguntó; ¿ honraríais algun tiempo mas esta morada con vuestra presencia?

— ¡ Y vos ! exclamó el duque, que mucho mas apasionado

que su amigo, veía en tan extraño cambio el astro de sus esperanzas.

La reina y la condesa hicieron un lánguido movimiento con la cabeza.

La primera conocia infinitamente el corazon del hombre para hacerlo un juguete de sus deseos y caprichos; y así fué que con el afán de la victoria pensaba vengarse, tal como puede vengarse una mujer, cuando se ve ultrajada en lo que mas estima, en su buen nombre.

Hizo comprender por medio de una seña á la condesa la táctica que debia seguir, y esperó el momento.

Si hubiera sido posible alzar el velo que ocultaba sus facciones, se hubiese visto una fisonomía radiante de furor y hermosa con el fuego del despecho.

El conde quedó por algunos instantes mudo y asombrado.

Medina Sidonia no comprendia lo que estaba pasando.

— Señora, dijo Liches por fin, acaso tengais compasion últimamente de quien os ama con toda la vehemencia de su alma.

— ¡Oh!... no... murmuró Mariana de Austria. Vuestra conducta aleja todo sentimiento, no digo de amor, sino de gratitud. Con todo, ¿á qué hora me abre vuestra generosidad las puertas de esta casa? cuando ya he respirado el aire emponzoñado que circula por ella... cuando, no tengo valor para decirlo, cuando no podemos huir, sin que nuestra frente esté manchada... Ya lo veis, caballero, habeis sabido usar de vuestro dominio en el instante que nosotras no podemos hacer uso de vuestros favores. Es ya tarde.

— ¿Para qué? exclamó don Luis cada vez mas asombrado.

— Para abandonar esta habitacion.

El conde lanzó un grito de alegría.

— ¿Y vos? ¿y vos? exclamó Medina Sidonia, que todo lo veía bajo el prisma de su amor, dirigiéndose á la condesa.

— Yo... ¡Dios mio! tampoco puedo huir.

Y las dos damas se abrazaron, como si quisiesen defender su pudor de los atractivos que las rodeaban.

— Me volveis la felicidad, señora, dijo Liches. Tiempo hacia que suspiraba por este momento que os entrega, no al capri-

cho de un amante, sino al poder de un esclavo. Si han sido violentos los medios que he usado, merezca indulgencia por el afecto que os consagraré mientras viva.

—¿Conque no hay otro remedio sino sufrir vuestras condiciones?

—No puedo imponer ninguna desde el instante que me conocisteis... Aun teneis abiertas todas las puertas.

—No: me quedo pues.

—¿Para corresponder á mi amor?

—Con tal que os hagais digno de merecerlo.

—¡Oh! marcadme la senda, señora.

—Entonces no habria mérito en vuestro triunfo. Hacéos digno de conquistarlo.

La voz de Mariana de Austria habia perdido su natural aspereza, y resonaba como el eco de la esperanza en los oídos del conde, el cual temblaba de alegría.

—Os obedeceré, exclamó este casi fuera de sí. Me haceis entrever la felicidad como un sueño de oro. ¿Qué exigis de mí?

—Lealtad.

—¿Nada mas?

—Franqueza.

—Os la prometo.

—Cuidado con vuestra palabra, conde.

—Teneis la suprema habilidad de tender lazos á mi amor; pero no debo retroceder. Lo dicho está dicho.

Sintióse bajo el embozo una melodiosa sonrisa.

El conde no veía sino aquella figura misteriosa, cuyos encantadores contornos se descubrían á pesar de los nudosos pliegues del manto.

La habitacion, el duque, la otra dama que hablaba con este, nada se reproducía ante sus ojos.

—Me agradaís así, dijo la reina: preciso será que os corresponda.

—¡Oh! me haceis temblar de alegría.

—¿Luego tan grande es vuestro amor?

—Es infinito.

—Conde, tened en cuenta vuestras promesas, dijo la reina

con un acento tan voluptuoso, que el caballero tembló de veras. La palabra *infinito* es muy exagerada.

— Bien ; entonces será inmenso.

— Eso es otra cosa. ¿Y cuándo nació ese amor tan vehementemente?

— Desde que tuve la felicidad de veros.

La reina se detuvo un instante.

— No recuerdo dónde me visteis la primera vez.

— Asomada en un balcon de vuestra casa de la Puerta de Moros.

— ¡ Ah !

Y la reina no pudo reprimir una ligera carcajada al comprender el error del conde.

— En efecto: lo recuerdo tambien ; dijo al cabo de un instante.

— Despues hice las tentativas imaginables para entenderme con el maldito suizo que siempre os acompaña ; pero este hombre es incorruptible en cierto sentido.

La reina no pudo contener una segunda carcajada mas sonora y alegre que la primera.

— ¡ Con un suizo !

— Bien os consta , Argentina.

La reina comprendió desde luego que allí habia una equivocacion.

Este convencimiento le dió mas osadía.

— Sí, murmuró con cadenciosa lentitud , todo lo sé ; hay cosas que no se olvidan jamás.

— Eso prueba , señora , que habeis fijado la atencion en mi constancia.

— En vos tal vez , en vuestra constancia nunca.

— ¡ Oh ! me desesperais...

— Es que dudo...

— ¿ No os he ofrecido franqueza y lealtad ?

— Sí, pero no puedo creerlos.

— ¿ Por qué ?

— Porque esas palabras que decis á Argentina , se las decis á todas.

— Por pura galantería únicamente.

— Os equivocais, caballero. Veo pruebas que manifiestan lo contrario.

— Pruebas, decís. ¿Dónde están?

— ¿Quereis saberlo?

— Lo ansío.

— Mirad á vuestro sombrero, dijo Mariana de Austria, señalando con un dedo de marfil el magnífico lazo de brillantes.

Liches se puso pálido.

— ¡Oh! no veo nada, murmuró sordamente.

— Brilla demasiado para que no hiera vuestra vista. Caballero, ¿quién os hace tan espléndidos regalos?

— Señora, esta alhaja es una alhaja de familia.

— Apostaría á que la he visto resplandecer en el tocado de una dama muy ilustre.

El conde se estremeció al oír estas palabras.

— Sin duda estais engañada, dijo aparentando severidad.

— Cuidado con faltar á vuestra promesa.

— Os repito que este lazo de brillantes no ha lucido en ningún tocado.

— ¿De veras?

— De veras.

— Para creerlo necesito una prueba, exclamó la reina con una voz impregnada de amor.

— ¿Cuál?

— Dadme vuestra alhaja. Si no le teneis aprecio, me dareis una señal inequívoca de vuestro amor; si por el contrario pertenece á otra mujer, si es un dulce recuerdo de constancia y fidelidad, entonces os resistireis á entregármela y sereis indigno del cariño que implorais.

Por segunda vez se veía el conde vencido.

Era evidente que aquella mujer lo dominaba ó lo comprendía.

— Señora, exigidme toda la sangre de mis venas: la derramaré gustoso; pero me habeis pedido un imposible.

— Ved aquí lo que son los hombres. Caballero, no sé si un título de Castilla puede faltar á su palabra sin manchar su ho-

nor; pero me voy convenciendo que toda vuestra hidalguía es una máscara fementida para cubrir los miserables sentimientos de vuestra alma. Basta ya...

Y haciendo un movimiento soberano, se puso de pié y se dirigió á la puerta.

Mientras tanto una escena de distinta naturaleza pasaba entre el duque y la condesa.

Medina Sidonia estaba mas enamorado que el conde, y de aquí el que sintiese un temblor en todo su cuerpo al oír por vez primera el dulcísimo acento de la dama.

Habia caído de rodillas implorando una mirada, una esperanza; pero María apenas habia tenido valor para contestar.

Crea que su voz era un testigo que la descubriría; figurábase que consentir falsamente en aquella estraña aventura, era hacerse cómplice de ella.

Mas, cuando comprendió la necesidad absoluta de apoderarse de su anillo, porque colocado en la mano de aquel libertino podia ser causa de funestas interpretaciones, tuvo que consentir sus galanterías y salir de aquella profunda inmovilidad y constante silencio que se habia impuesto.

—¡Oh! le dijo el conde desesperado: os habeis empeñado en ser muda y sorda, sin que apreciéis la ardiente pasión que me devora.

—Pedis un imposible, caballero, contestó María.

—¡Imposible! yo sé destruir ese escudo de bronce con que os rodeais.

—¿Cómo?

—Con la constancia. Estais en mi poder.

La condesa, aunque temblaba de miedo, soltó una carcajada y dijo:

—Veo que estais loco, señor duque.

—No digo que no, señora.

—Estais fuera de vos, y habeis de saber que á mi no me agradan los amantes trágicos.

—¡Ah! ¡os burlais de mí! ¡Habeis guardado silencio por tanto tiempo para clavar el puñal de vuestro desprecio en mi corazón!

— Tal vez.

El duque tuvo que ponerse de pié, y enjugar el sudor que brotaba de su frente.

— Entonces, me vengaré, dijo con voz comprimida. —

— ¿De qué modo?

— Por segunda vez os digo que estais en mi poder.

Y Medina Sidonia, al decir estas palabras, apretó los puños y se destrozó los hermosos encajes de Flandes que cubrian sus manos.

— Bien, contestó la condesa, si teneis valor, acercaos á mi.

Aquella amenaza acabó de desesperarlo.

— ¿Y si me acercase, señora?

— Nada conseguiriais.

— ¿Si me valiese de la fuerza, que es á veces la voluntad del hombre?

— Esa fuerza sería la ola del Océano que se deshace en la arena.

— No... os equivocais... pero esto no puede seguir así. Entendámonos.

— Entendámonos.

— ¿Me amais?

— No.

El duque birió el suelo con el pié.

— ¡Un nuevo desprecio, señora! exclamó.

— Vos teneis la culpa, dijo la condesa.

— ¿Por qué?

— Porque os olvidais de lo que sois.

— ¡Ah! teneis razon... ¿Pero por qué sois tan hermosa, Laura?

— ¿Me llamais Laura?

— ¿Cómo quereis que os llame? preguntó Medina Sidonia.

— No me agrada que pronuncien mi nombre.

— Os obedeceré.

Hubo un momento de silencio. El duque y la condesa estaban perplejos sobre el término que había de tener aquella conversacion.

Los dos temblaban bajo la presion de distintos sentimien-

tos; pero mas animada la condesa al ver que estaba ejecutando el papel de otra dama, no titubeó en seguir adelante en su empresa, y dijo:

—Hace pocos momentos deseábais que hubiese entre nosotros alguna inteligencia. ¿No es eso?

—Así es en efecto, señora: quiero que no brome esa guerra cruel que me habeis declarado.

—¿Deseais la paz?

—Con todo mi corazon.

—La paz... os la ofrezco; pero con una condicion, dijo Maria.

—Imponedla, pues, respondió el duque.

—Se circunscribe á que no me hableis de amor.

—Condicion es esa que no podré cumplir, señora.

—Entonces volveré á mi silencio, caballero.

—¡Oh! no: está visto que intentais volverme loco: ofrezco no hablaros de amor.

—De ese modo ganareis mucho en mi afecto. Sin embargo, para que yo os crea, necesito de un testimonio.

—¿No es bastante mi palabra?

—No.

—Entonces, ¿qué deseais?

—Una prenda de seguridad.

—Estoy pronto á dárosla. ¿Qué quereis?

—Cualquiera cosa; un pañuelo, una cadena... no, ese anillo de rubies que brilla en vuestra mano.

—¡Este anillo! exclamó el duque sorprendido.

—Sí, él será la prenda de nuestra alianza. Si sois fiel á ella, podeis esperar...

—¿Qué?

—En mi amor.

El duque estaba fascinado, y llevó la mano á su dedo para sacar la sortija; pero al mismo tiempo oyó á su compañero que se negaba á entregar á la reina el lazo de brillantes.

Esta negativa le hizo recordar que el anillo pertenecía á la condesa de Montellano, y que comprometeria el nombre de esta señora, si lo entregaba, perdiendo á la par las ventajas que podia adquirir con la posesion de dicha alhaja.

Quedó inmóvil y retiró su mano.

—Es imposible que os entregue este anillo, señora, exclamó el duque con acento melancólico.

La condesa, herida del mismo modo que la reina, corrió hácia esta.

—¡Atrás! exclamó, dirigiendo al duque su postrera mirada: supuesto que despreciais mi alianza, prosiga la guerra que hemos empezado.

Tal era la situacion de los dos caballeros: por un momento habian creido triunfar; pero el desengaño les hizo olvidar su primera promesa.

—Señora, dijo Liches, nos habeis vencido en astucia: nosotros os venceremos en perseverancia. Seguíis siendo nuestras prisioneras.

La reina contestó:

—Tened en cuenta, caballero, que esponeis vuestra vida.

El conde iba á contestar; pero al mismo tiempo se abrió la puerta y apareció el conserje encargado de custodiar á las damas que penetraban en aquel edificio.

—Señor, dijo, acaba de llegar para V. E. un mensaje del rey.

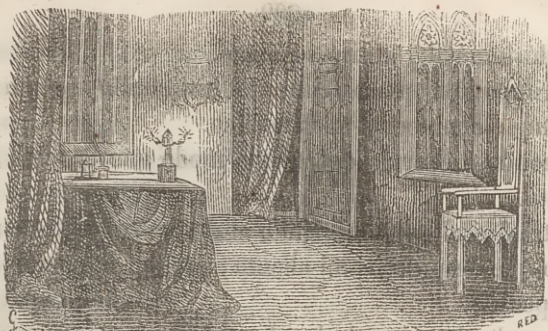
—¡Ah! exclamó Liches mirando al duque; esta noche estamos de desgracia, amigo mio. Fuerza será que vayamos á saber para qué nos necesita S. M.

Y saludando á las dos señoras, salió seguido del duque.

Mariana de Austria corrió hácia la condesa, y ambas se dejaron caer en el divan, temblando de emocion y de angustia.

Todo parecia declararse en su contra.





CAPITULO XIII.

Tobías.



DESCENDAMOS al salón del festín momentos antes de ser avisados el conde y el duque.

La alegría era general, si esceptuamos al conde de Montellano, que livido y silencioso alternaba con sus amigos, solo por ocultar los dolores que destrozaban su corazón.

Chispeaba el vino de las deradas copas como hermosos topacios y rubies; circulaban las fuentes de china cargadas de esquisitos manjares; veíanse hermosos fruteros formando primavera de flores y de frutas, mientras que resonaba la espléndida vajilla entre el choque de los vasos y las risas de aquellos modernos Lúculos.

Se hablaba de todo: aquí se pronunciaban versos; mas allá se cantaba una de aquellas tonadillas que tan familiares iban siendo al carácter español; en otro sitio se hablaba de política: un grupo de jóvenes pasaba el tiempo hablando de las *timidas palomas* dispersadas en la verbena; se referían aventuras, desafíos y episodios interesantes; en suma, todos hablaban y nadie atendía.

Cuando mas universal era el alboroto y mas agenos se creían

de las miradas de los profanos, vióse con grande asombro de todos, abrirse una puerta del salon y aparecer dos hileras de pages con hachones encendidos, cerrando esta especie de procesion el negrito que ya conocen nuestros lectores, con don Francisco de Quevedo á su derecha, y don Antonio Mira de Amescua á su izquierda.

Los caballeros se levantaron súbitamente, y muchos llevaron las manos á las espadas.

El negrito caminaba con una magestad tan cómica, que todos fijaron en él sus ojos, sin saberse explicar qué venia á hacer allí aquel digno vástago del pais de Angola ó de las pampas de América.

De este modo se acercaron á la mesa del festin, guardando ambos poetas con el negro las mas cuidadosas atenciones, hasta que adelantándose Quevedo, en el momento que iba á estallar la sorpresa de los caballeros, les dijo:

—Señores, ¿teneis la bondad de decirme si en tan honrada compañía se encuentra el señor conde de Liches?

Esta pregunta aumentó el asombro general. Nadie sabia explicarse lo que significaba semejante visita, á una hora tan estemporánea y en un sitio que debia ser un secreto para la generalidad.

Solo el conde de Montellano, que al conocer á Mira de Amescua, y al oir preguntar por el conde de Liches, creyó encontrar una secreta afinidad en los sentimientos que los habian conducido á aquel palacio, salió de la multitud y contestó:

—Aunque ignoramos, señor don Francisco de Quevedo, quién os ha abierto las puertas de este edificio, debo contestaros que el conde de Liches no se encuentra entre nosotros.

—Eso no es decir que no está en casa, caballero, contestó Quevedo con su eterna y burlona sonrisa.

—Pudiera estar ocupado, y no hay derecho para que se le interrumpa, reprochó un joven retorciéndose el bigote.

—En ese caso, tendré el sentimiento de contradeciros, no por mi voluntad, sino por otra mas superior que la mía.

Y al decir esto, hizo una inclinacion de cabeza, y se afirmó las gafas en el caballete de la nariz.

La entonacion del poeta al decir sus últimas palabras, significaba que aquella visita era mas extraordinaria que una simple broma, como muchos la habian creído.

—¿Conque es indispensable la presencia del conde de Liches? preguntó Montellano.

—Absolutamente indispensable.

—¿Creo no ignorais que esta no es su casa? observó un nuevo caballero.

—El que me envia lo sabe muy bien.

—¿Luego sois un enviado?

—Sí.

—¿De quién?

—Del rey.

A esta palabra los caballeros quedaron aturridos, é inclinaron sus cabezas en señal de respeto, levantándose súbitamente de sus asientos.

—Ahora bien, caballeros, en nombre de Felipe IV, rey de España, exijó que se presente el conde de Liches.

Montellano se apresuró á disponer que el conde fuese llamado, tanto por la inquietud que le causaba su ausencia, cuanto por el deseo de saber el resultado de aquella aventura.

Tal era lo que habia ocurrido en el salon, por cuya causa el conde y el duque tuvieron que abandonar su empresa.

Cuando estos se encontraron con aquella espléndida comitiva de pages, no pudieron menos de sentir una terrible inquietud, mucho mas al ver á Quevedo, con quien algunas horas antes habian asistido á la cámara real.

Solo la magestuosa figura del negro, que devoraba con sus ojos los ricos manjares que cubrian la mesa, era la que estaba impassible en medio de la confusion general.

El conde de Liches saludó á Quevedo, fingiendo una sonrisa que apenas agitó sus labios.

—Me han dicho, caballero, que me llamábais.

—¡Oh! señor conde, contestó Quevedo haciendo numerosas cortesías, soy el eco únicamente de la augusta voz de S. M.

—¿Es el rey quien os manda?

—Tengo la dicha de ser su embajador en este feliz instante. Señores, el conde de Liches merece nuestros mas cumplidos parabienes.

Una exclamacion general fué la contestacion de esta palabra.

—S. M. os dá esta noche una nueva prueba de su particular afecto, prosiguió Quevedo, y me ha hecho el honor de escogermé para ser su emisario.

—¡Conque merezco la predileccion del rey! preguntó el conde, cada vez mas aturdido.

—En prueba de ello, leed esta carta que os dirige S. M.

Quevedo sacó del pecho un pliego cerrado con lacre, y en el cual brillaba el ancho escudo de la casa de Austria, y lo entregó al conde.

Este lo abrió temblando, mientras sus amigos estudiaban en su semblante el efecto que le producian las palabras reales.

Despues de haber leído por dos ó tres veces el contenido de la carta, como si dudase de ella, y luego que hubo examinado hasta el mas ligero rasgo de la letra de Felipe IV, exclamó:

—Señores, tengo la satisfaccion de participaros que S. M. se digna regalarme este lindo negrito, en prueba del afecto que me profesa.

El negro al verse señalado hizo una nueva reverencia, no sin mirar una hermosa fuente llena de confites.

Todos los caballeros se apresuraron á dar la enhorabuena al conde.

—Impaciente ha estado S. M., observó uno.

—No ha permitido que me ausentára hasta que llenase sus deseos, contestó Quevedo.

—¿Y os marcó el rey el itinerario? preguntó otro desconfiado caballero.

—Exactamente.

Esta noticia alarmó á muchos: era preciso disimular.

—Ahora, dijo el poeta saludando, os dejo, señor conde, enagenado con la dichosa prueba que acabais de recibir. El negri-

to se encuentra perfectamente instruido y comprenderá vuestras mas ligeras indicaciones: tiene dos eminentes cualidades que no son comunes en nuestros dias, particularmente en nosotros, gente de corte.

—¿Cuáles son?

—Sordo y mudo. Es una preciosidad de ébano.

—¡Admirable! ¿y cómo se llama?

—Tobías.

—Reconozco el delicado pensamiento de S. M., añadió Liches. ¡Oh! sería el mas ingrato de todos los vasallos, si os dejase marchar con la frialdad ceremoniosa de la corte. Celebremos el regalo del rey. Quevedo y vos, Mira de Amescua, sentaos en nuestra mesa, y brindemos por la vida de S. M.

Los dos poetas quisieron excusarse; pero los caballeros los condujeron al festin.

Tobías corrió á colocarse á espaldas de su nuevo señor, no sin estender la mano á hurtadillas para meterla en un plato lleno de esquisita grajea, la cual pasaba instantaneamente á sus espaciosas fáuces.

Volvió á reinar la alegría, si bien no tan espontánea como en un principio.

Algunos veian en el regalo del rey algo mas que un regalo.

Aun el mismo conde de Liches no estaba tan satisfecho, como lo hubiera estado siendo otra la hora, y encontrándose en su casa.

Pero ante el nombre del rey era preciso enmudecer.

Los caballeros se apresuraron á llenar las copas y brindaron con fingido entusiasmo.

—Haré presente á S. M., dijo Quevedo, vuestro profundo reconocimiento.

El festin se prolongó bastante, haciendo numerosas libaciones en honor del inesperado acontecimiento que se celebraba.

Los dos poetas sazonaron la conversacion con agudos chistes y escogidos pensamientos, en términos tales, que todos empezaron á olvidar sus recíprocos temores, dando entrada á la mas lata expansion.

Las copas se sucedian á las copas entre sonoras carcajadas y alegres improvisaciones, porque en aquel tiempo todos tenían sus ribetes de poetas.

Quevedo y Mira de Amescua supieron fascinarlos y conducirlos á ese término deslumbrador en que la embriaguez principia á brillar en los ojos.

Tantos habian sido los brindis, tan lindas habian sido las anacreónticas de los dos poetas, que toda impresion desagradable habia desaparecido.

Mientras tanto el negro, despues de haberse apoderado de algunos puñados de confites que guardó en los anchos bolsillos de su pintoresco trage, acababa de ocultarse tras de uno de los cortinages del salon.

Nadie habia notado su desaparicion, escepto Mira y Quevedo, que desde aquel instante multiplicaron sus versos y sus anécdotas.

Tobías, luego que no podia ser observado, se dirigió hácia la misma escalera por donde habian descendido el conde de Liches y el duque de Medina Sidonia.

Comprendíase que le era familiar el terreno.

Asi fué, que en dos saltos estuvo en el piso superior.

La negrura de su cuerpo podia confundirse con las tinieblas de las crujías que ya hemos descrito anteriormente.

El guardian de las palomas habia oido ruido; pero nada veía: creyó que se engañaba, y se fué á volver para dirigirse á su habitacion; pero Tobías, que lo observaba desde un ángulo inmediato, saltó como un gato sobre él, lo sujetó por la espalda, le cubrió la cara con un pañuelo, le tapó la boca y lo derribó en el suelo, atándolo de piés y manos.

Tan rápidamente habia sido ejecutada esta operacion, que el conserge no tuvo accion para moverse.

Tobías cargó con su víctima y la encerró con llave en una de aquellas celdas lujosamente decoradas que servian de jaula á las desdichadas palomas.

Dueño una vez del campo, principió á recorrer habitacion por habitacion, hasta que penetró donde estaban la reina y la condesa de Montellano.

Cuando estas descubrieron aquella negra y horrible figura, dieron un grito y corrieron la una hácia la otra como para protegerse mutuamente.

Pero Tobías, que conoció el efecto que habia producido, se apresuró á dejarse caer de rodillas á los piés de la reina.

Esta comprendió este acto de sumision y le preguntó:

— ¡Oh! ¿Quién eres?

El negro prorumpió en un sonido gutural indicando que no podia hablar.

— ¿Eres mudo?

Tobías movió la cabeza en comprobacion de las palabras de la reina.

— ¡Estraña aventura! exclamó mirando á la condesa.

— Preguntadle qué es lo que quiere, dijo está.

— Pues bien.

Y dirigiéndose al negro, le hizo señas para que le prestara atencion.

Tobías fijó sus espresivos ojos en Mariana de Austria sin ponerse de pié.

— Escucha, dijo esta; ¿quién eres, pues?

El negro llevó sus dos manos al cuello, é inclinó la cabeza hasta tocar con su frente al suelo.

— ¡Ah! te comprendo... Un esclavo.

— Si, contestó el negro con un movimiento de cabeza.

— ¿Y qué vienes á hacer aquí?

Tobías hizo una espresiva pantomima, manifestando que lo habian enviado.

— Ya lo adivino; ¿vienes enviado por alguna persona?

— Si, volvió á decir el negro á su manera.

— ¿Quién es esa persona?

Tobías hizo el ademan de llevarse á los ojos los dedos de las manos en forma de gafas, y despues hizo como que escribia.

— ¡Ah! ¿tu amo tiene antiparras?

— Si.

— ¿Y escribe?

— Tambien, volvió á decir el negro, moviendo rápidamente la cabeza.



Urrabietta dib.^o y lit.^o

oh! ¿quien eres?

Lit. de S. Gonzalez S.^{ta} Clara 8

—¿Es escritor?

El mismo movimiento de parte de Tobías.

—¿Quién puede ser? exclamó la reina pensativa.

—Quevedo, señora, contestó la condesa halagüeñamente sorprendida.

Tobías prorumpió en un murmullo alegre y sonoro afirmando la opinion de la dama.

—¿Conque es Quevedo? volvió á decir la reina.

El negro hizo una señal con la mano estirando dos dedos.

—¿Hay dos mas?

—Sí, repitió Tobías con su mudo language.

—¿Quién es?

Volvió á hacer Tobías el significativo ademan de escribir.

—¿Otro poeta?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—El negro escribió con el dedo sobre la estera de paja de arroz el nombre del segundo poeta.

—¿Es Mira de Amescua lo que has querido escribir? volvió á preguntar la reina, que habia seguido con interés el movimiento de la mano del negro.

Los ojos de azabache del negro brillaron de ategria.

La condesa se puso pálida al oir este nombre.

—¡Oh! es Mira de Amescua. Bien: ¿y qué quieren? volvió á preguntar Mariana de Austria.

El rígido brazo de Tobías señaló á la puerta haciendo un ademan imperioso.

—No te comprendo, dijo la reina.

Entonces el negro, poniéndose en pié, hizo otra nueva pantomima.

—Así no, volvió á decir la reina: escribe como antes lo que quieren esos dos caballeros.

—Salvaros, escribió Tobías.

—¡Oh! exclamó la condesa; ¿luego saben que estamos en este sitio?

—Sí.

—¿Y cómo hemos de evadirnos?

La caza.

— Siguiendo mis pasos, volvió á decir el negro escribiendo como antes.

— Negro, ¿nos engañas? preguntó la reina con severidad.

Tobías hizo la señal de la cruz con la mano con tanta vehemencia, que las dos señoras principiaron á adquirir la confianza que habian perdido.

Despues de una breve pausa dijo la reina:

— Estamos dispuestas á seguirte. ¿Cuándo hemos de partir?

— En este instante, escribió Tobías.

— ¿Y si nos sorprenden?

— Nada temais.

— ¿Pero dónde se encuentran Quevedo y Mira de Amescua?

— Abajo.

— ¿Están en esta casa?

— Sí.

Las dos prisioneras conocieron que no tenían otro camino sino seguir al negro, guía que dos leales caballeros les habian mandado, abandonando aquella mansion que las deshonraba.

Miráronse con confianza, y dijo la reina:

— Vamos pues.

— Pero señora, ¿y nuestras alhajas? observó la condesa.

— Ya veremos el modo de apoderarnos de ellas, replicó Mariana.

El negro oyó estas palabras, quedando inmóvil, como si pretendiese adivinar un enigma; y miró á la condesa queriendo saber algo de lo que habia dicho.

Hizo un ademan con los dedos, cual si fuesen los rayos de una rueda, cuya significativa señal fué comprendida por las damas.

— ¿Nos preguntas, observó la reina, si nos han sustraído alguna cosa?

— Sí, dijo el negro por medio de un rápido movimiento de cabeza.

— ¿Por qué lo deseas saber?

Tobías hizo una vivísima pantomima, espresando en ella que él era capaz de salvar las alhajas robadas.

Las dos damas llegaron á comprender por último lo que el negro quería decir.

—¿Y podrias tú devolvernos lo que hemos perdido? preguntó la reina de nuevo.

Tobías hizo una señal afirmativa y otros ademanes pidiendo esplicaciones.

—Te comprendo, exclamó al fin Mariana de Austria: sabe que me han quitado un lazo de brillantes y á esta señora un anillo de rubíes: están en poder de dos caballeros que tú no conoces, pero que en la actualidad se encuentran en esta casa. Si como parece, esperas en el buen éxito de tu empresa, serás el negro mas perfecto que ha producido el Nuevo Mundo.

Tobías enseñó sus dientes en demostración de una alegría estremada, y haciendo una señal á las dos damas para que le siguiesen, salió precedido de ellas por la misma galería donde el conserje habia sido sorprendido y maniatado.

Descendió por las mismas escaleras que le habian conducido al piso superior; mas en vez de levantar el cortinaje que comunicaba con el salon del festin, las condujo el negro por un pasadizo hasta que llegaron á otro salon pequeño que estaba solitario.

Hizo Tobías nuevas señales para que le esperasen, y dejando á las dos damas, volvió por el pasadizo y entró en la habitacion donde los dignos cazadores gozaban de todas las dulzuras de una mesa abundantemente provista.

Las numerosas copas del *Lacrima Cristi* habian dado al cuadro esos primeros colores de la embriaguez que vemos en el lindo lienzo del cuerpo de guardia de Remdrant, y Tobías comprendió que era el momento oportuno para terminar su obra.

Miró á Quevedo, y por medio de una rápida seña le hizo adivinar que su empresa habia tenido un éxito brillante.

Los dos poetas que habian fingido los efectos del vino, brindaron de nuevo, evocaron todos los nombres célebres de las épocas pasadas y la presente; y no hubo ojos negros, ni azules, rostro moreno ó blanco á que no se consagrara un verso, y

tanto hicieron, que los caballeros principiaron á estar embriagados de veras.

Entonces, aprovechándose de un momento en que todos fijaron su atencion en unos tercetos improvisados por el conde de Liches, se deslizaron en silencio y salieron por una de aquellas puertas silenciosas de que estaba poblado el salon.

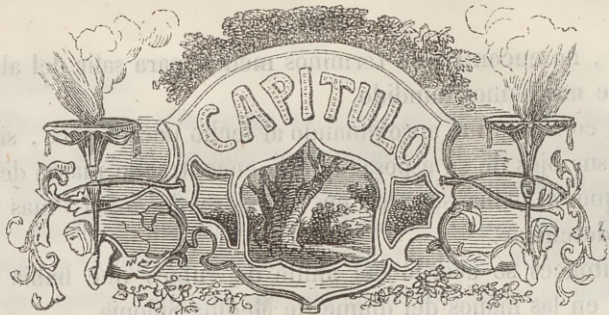
Mientras tanto Tobías acechaba todas las manos, por si descubria el anillo de rubíes, y observaba todos los sombreros, por si veía el lazo de brillantes.

Al cabo de algun tiempo desplegó una sonrisa de triunfo.

Quevedo y Mira de Amescua salian á la sazón, acompañando á la reina y á la condesa de Montellano, por las puertas de aquel palacio.

Estaba salvado el nombre y el honor de estas dos señoras.





XIV.

En el que se demuestra que siempre queda fuego debajo de la ceniza.



SOBRE las estrañas aventuras de la noche anterior habia quedado en pié un dolor oculto y silencioso.

Este dolor era producido por los celos, cuyas horribles mordeduras acababa de sentir el conde de Montellano.

Apenas regresó á su casa, penetró en las habitaciones de su esposa, como si una fuerza irresistible le condujese á ver de nuevo el solitario lecho y los abandonados salones, confidentes únicos de su tormento; pero al entrar en el dormitorio, advirtió á María que dormia ó parecia dormir tranquilamente, como si su conciencia estuviese libre de todo remordimiento.

El conde quedó inmóvil algunos instantes, no sabiendo si despertarla, ó retirarse dejando que el tiempo destruyese ó dirigiese aquellas primeras nubes que enlutaban el horizonte de su felicidad.

Con todo, sentia impulsos tambien de vengarse de una manera bárbara en una mujer inerme, pues cuando brotan en nuestra mente esos fantasmas que parecen amenazar nuestro

honor , no encontramos términos medios para salir del abismo en que nos hemos hundido.

El conde se fué aproximando al lecho poco á poco , sin separar sus ojos de su esposa : queria encontrar la marca del crimen que él habia soñado , en su rostro de ángel ; mas nada pudo descubrir.

Entonces se acordó del anillo de rubíes que habia visto brillar en las manos del duque de Medina Sidonia.

Era una prueba palpable que solo podia destruirse viendo el anillo en los dedos de su esposa.

— ¡Ah! pensó para sí: hé aquí la clave que resolverá mis dudas ; si duerme, dejémosla dormir ; mañana sabré la verdad. Sin embargo , saciemos la cruel ansiedad que me devora , veamos si existe en sus dedos esa maldita alhaja que me va á hacer morir ó matar á un hombre , y entonces...

No concluyó el negro hilo de sus pensamientos , sino que acercándose á su esposa , levantó con mucho cuidado el embozo del lecho hasta que descubrió sus manos.

Ninguna sortija brillaba en ellas. Quedaba en pié por lo tanto la horrible duda que le destrozaba el corazon.

Oprimió su pecho entre sus brazos cruzados , para contener sus violentos latidos ; y salió del dormitorio con la calma del Convidado de Piedra.

Entonces la condesa abrió los ojos , y saltando del lecho , cayó de rodillas á los piés de un pequeño altar que habia cerca de la cabecera.

— ¡Dios mio! soy perdida , si no recobro el anillo de rubíes.

Y permaneció de este modo hasta que los primeros rayos del dia vinieron á herir sus ojos bañados de lágrimas.

Tampoco el conde habia dormido.

Retirado en su despacho , se dedicó á escribir su correspondencia , su testamento , y algunas disposiciones necesarias , por si desgraciadamente sucumbia en el duelo á muerte que proyectaba en su imaginacion.

Luego que consultó su hermoso reloj que existia en la misma mesa donde estaba escribiendo , y así que vió que eran las cuatro de la mañana , se puso á escribir la siguiente carta :

Señor duque.

«Ya os consta que tengo un carácter algún tanto terco é impetuoso. Anoche tuvimos un pequeño altercado sobre un precioso anillo de rubíes, hecho por el artífice Jacobo Rusmer. Soy un decidido partidario de todo aquello que tiene mérito artístico, y ya que no admitisteis, ni el cambio, ni la compra; tuve que apelar á deciros que me apoderaría de otro modo del anillo en cuestion. *Ese otro modo* voy á tener el honor de esplicároslo. Hay cerca del convento de Atocha un cerro que lleva el nombre de San Blas, lugar muy solitario y tranquilo para tratar científicamente del mérito de las alhajas y de la belleza de las piedras preciosas; y en su consecuencia os cito á ese sitio, para que terminemos *absolutamente* un asunto que es para mí de sumo interés. El que quede vencedor será dueño de la sortija. Ciudad hora para que se ponga á vuestra orden

El conde de Montellano.»

Esta carta era un billete de desafío escrito con todo el estudio que entonces se usaba en esta clase de documentos.

En seguida llamó á Beltran su ayuda de cámara, y le dijo que llevase aquella esquila á casa del duque de Medina Sidonia.

No acostumbrado Beltran á ser llamado tan de madrugada, notó en su amo cierta agitacion febril producida por el insomnio ó por la tormenta que bramaba dentro de su pecho. Le vió pálido y demudado; pero se abstuvo de preguntar, y partió á cumplimentar la orden que acababa de recibir.

Cuando volvió, lo encontró reclinado en la mesa, inmóvil y silencioso.

—Acabo de cumplimentar la orden de V. E.

El conde levantó la cabeza.

—Está bien, contestó. ¿Has visto al duque?

—No señor.

—¿No se habia levantado?

—Segun su ayuda de cámara no se ha acostado en toda la noche: quiero decir que no ha parecido todavia por su casa.

—Bueno; contestó el conde.

—¿Tiene V. E. algo qué mandarme? preguntó el ayuda de cámara.

—¿Qué hora es?

Aunque había delante de los ojos del conde un magnífico péndulo, ni siquiera se dignó consultarlo.

—Son las siete, contestó Beltran.

—¿Se ha levantado la señora condesa?

—Creo que no.

—En ese caso avisame cuando se levante. Ahora retírate.

Beltran hizo una cortesía, conociendo para sus adentros que su amo estaba dado á todos los diablos.

—Escucha, exclamó el conde, cuando lo vió próximo á desaparecer por la puerta del despacho.

El ayuda de cámara se volvió hácia él.

—Si hay algun billete para mi, tráemelo al instante.

Y haciendo un ademan imperioso, despidió á Beltran, quedando en la misma postura que antes.

Asi pasaron dos horas.

A las nueve y media entró de nuevo el ayuda de cámara llevando un billete en una bandeja.

El conde lo tomó, y rompiendo el sobre, leyó lo siguiente:

«Querido conde: anoche te esperaba, pero no has parecido. Hoy me apresuro á escribirte, porque hay grandes novedades. Representando el papel de doña Leonor en la comedia de *A secreto agravio secreta venganza*, supe que hoy se trata en palacio de nombrar un general para el ejército que opera en las fronteras de Portugal. Sé que tú ambicionas este puesto: yo lo deseo para tí, y por eso me apresuro á participártelo. Hay muchos pretendientes. Esta noche te espero en el teatro donde se ejecuta la linda comedia del poeta Mira de Ames-
cua *El conde de Alarcos*. Allí se encuentra tu apasionada

Josefa Vaca.»

El conde se puso extraordinariamente pálido. Esta noticia le hizo olvidar hasta cierto punto sus proyectos homicidas, pues siempre queda en lo mas recóndito de nuestro corazon un átomo de esperanza, comprendiendo que si habia de conquistar el puesto de general, supremo deseo de su vida, le era necesario olvidarlo todo y volar á palacio.

La noticia estaba comunicada por una persona que merecía toda su confianza.

Josefa Vaca era una famosa comedianta que recibía del rey y de la corte los mas escogidos favores, y á quien por capricho, por moda, ó por pasatiempo, el conde prodigaba un amor, hijo de la galanteria mas bien que del corazón.

Las noticias dadas por una querida de este género siempre son seguras.

El conde llamó á Beltran, pidió un nuevo traje, vistiósse con delicado esmero, y sin volver á las habitaciones de su esposa, salió de su casa, informándose al paso del estado en que se encontraba el herido.

Mientras el conde marchaba á palacio á fin de poner en juego sus relaciones sobre el importante asunto que allí le conducía, un hombre vestido de negro penetraba en la casa de Montellano, preguntando por la señora condesa.

Este hombre era don Antonio Mira de Amescua. La voz trémula conque se habia anunciado, revelaba que algo de extraordinario agitaba su corazón.

Con todo, en la profunda brillantez de sus ojos, en la tersura de su frente se conocía una fuerza de voluntad poderosa que en vano hubieran querido destruir todos los delirios de la juventud y todos los recuerdos del amor.

Al acercarse á aquella casa donde existía una mujer que tanto habia adorado, temblaba, es verdad; pero temblaba á fuerza de las emociones que jamás brotáran de su pecho, temblaba porque al cabo de quince años volvía á contemplar aquel rostro de ángel que le habia seguido en las peregrinaciones de su existencia.

Aquel poeta que comprendía el amor con tanta sublimidad, aquella alma de fuego que sabia comprimir con tanta resignacion el eco de sus penas, iba á llenar un deber; y de aquí el que se presentase en casa de la condesa de Montellano.

Cuando esta supo que Mira de Amescua deseaba verla, acordóse del servicio que pocas horas antes le habia hecho, y se apresuró á mandar que fuese introducido en su habitación.

Se puede decir que Maria no habia fijado nunca la atencion en el poeta escepto en la noche anterior.

Desde entonces brotó en su pecho un sentimiento de gratitud, y no pudo menos de meditar, que el hombre que la salvaba de la deshonra y de la infamia, era el mismo que quince años antes habia sufrido sus desprecios.

Bien es cierto, que entonces era un pobre page relegado al olvido, un pária sujeto al látigo de su padre, una acrescencia física y moral adherida como por acaso al castillo de sus abuelos. Ahora, Mira de Amescua era un poeta, y entiéndase que esta palabra en el tiempo de Felipe IV valia mas que la de príncipe y tanto como la de rey, porque el rey era poeta y componia versos, arreglaba ovillejos, improvisaba sonetos y componia comedias.

Mira de Amescua era un hombre que con la fuerza de su voluntad y su genio ocupaba en la corte una posicion distinguida, y cuya amistad era deseada por las familias mas ilustres.

La condesa midió el abismo que el tiempo habia abierto entre lo pasado y lo presente, y esperó el instante en que entrase el poeta.

Este apareció en la puerta del salon.

Se habia aumentado su palidez, y no tuvo valor para fijar los ojos en la hermosura que tenia delante.

Todos los recuerdos, todas las locuras, toda la pasión de su juventud, brotaron del fondo de su alma como otras tantas visiones, surgiendo de las tinieblas del olvido.

—Señora, dijo saludando, ¿me permitireis que llegue hasta vos con el objeto de cumplir un deber?

Su voz estaba conmovida, y la condesa lo comprendió así.

—Entrad, caballero, contestó Maria: pisad de nuevo los umbrales de vuestra casa, haciendo al par generosos beneficios: sed bien venido.

Y la hermosa dama señaló un asiento al poeta.

Este suspiró y dijo:

—Poco tiempo debo permanecer á vuestro lado, señora. Un deber de gratitud me atrae hácia vos y otro me aleja.

—¿Por qué? Somos antiguos conocidos, y es una satisfac-

cion para mí encontraros en el apogeo de la gloria y de la fortuna. Sentáos pues, y hablemos de lo pasado como un recuerdo, de lo presente como una dicha.

El poeta se estremeció. Aquel lenguaje estrictamente cortesano era para él un tósigo que lo abrasaba, una flor marchita que clavaba sus espinas en el corazon.

Sentóse, porque no tenia fuerzas para estar de pié.

—Frases demasiado lisonjeras son esas, María. Os acordais del pobre page que debió á vuestro padre el alimento que le nutrió en los dias de su juventud, y esta es demasiada bondad. Ahora permitidme, que siquiera por agradecimiento venga á importunaros.

—Sepamos qué es lo que deseais, contestó la condesa, sonriendo dulcemente.

—Acaso falte á un deber al haceros una pregunta, replicó el poeta; pero hay motivos imperiosos que me obligan á ello.

—Bien: hacedla, os doy permiso para ello.

—Señora, ¿sabe vuestro esposo que anoche estuvisteis en la verbena?

Mira de Amescua no se atrevió á usar de otras palabras.

María se puso encendida.

—¿Por qué no marcais otro sitio?

—Porque supongo me habreis comprendido.

—¡Ah! contestó la condesa adivinando toda la delicadeza de Amescua; mi esposo sospecha algo de la horrible aventura de anoche, caballero.

—¿Os lo ha revelado?

—No.

—Entonces creo haber llegado á tiempo, es decir, creo que vuelvo á vuestra frente la brillante aureola que siempre la ha rodeado.

María lo miró sorprendida.

—¿Por qué?

—Señora, anoche encargásteis á un negro que arrebatase á un caballero de la corte un precioso anillo de rubies que segun creo... os pertenecia.

—Es verdad, contestó María temblando.

—Pues bien, el negro cumplió fielmente con su misión...

—¿Y el anillo?

—Aquí le teneis.

Y al mismo tiempo Mira de Amescua presentó á la condesa la funesta alhaja que tanto la habia comprometido.

María quedó asombrada. Con la aparicion de la sortija volvia á reconquistar su virtud, y acaso la paz conyugal, altamente espuesta desde aquella noche; sabia que su esposo, luchando consigo mismo, habia buscado en sus manos el malhadado anillo y se habia retirado devorado por los celos y la desesperacion.

Mira de Amescua era por lo tanto su genio salvador, puesto que por medio de una intuicion prodigiosa adivinaba aquella tempestad, antes que estallase, y se presentaba en medio de las nubes para desvanecerlas.

Las mujeres tienen el sagaz instinto de la adivinacion. —

María comprendió que el corazon del poeta la amaba aun á pesar de quince años de ausencia; María, á despecho de producir este sentimiento, debia estar reconocida á quien le devolvía su nombre purificado, y á quien era deudora tal vez de su honra y de su existencia.

—¡Dios mio! exclamó por último, me devolveis la felicidad, caballero.

Mira de Amescua se puso de pié y desplegó una triste sonrisa.

—¡La felicidad! dijo: mal puede un desgraciado devolveros un don tan precioso. He comprendido la verdad de esta historia del anillo y de las aventuras de la noche que ha pasado: os he hecho la justicia que os mereceis; y en prueba de mi afecto hácia vuestro nombre he sacrificado unas cuantas horas de reposo por serviros. Hé aquí todo.

—Sin embargo, hay acciones que son superiores á los mas elevados sentimientos. La vuestra es digna de toda alabanza.

—¡Ah! contestó Mira de Amescua, no me hagais creer que he contraido algun mérito. Permitidme, María, que pueda retirarme, si bien satisfecho por haber llenado un deber, nunca

persuadido de haber hecho una acción digna de vuestro recuerdo.

La condesa no sabía cómo espresar su gratitud. Bajó los ojos no sabiendo que decir.

— Perdonad, exclamó por último: cualquiera que sea el favor que me hayais dispensado, estará grabado en mi corazón como una prenda segura de amistad y reconocimiento. Creí que os habíais olvidado de la familia con quien vivisteis en los primeros años de vuestra vida, porque todo lo borra el tiempo; pero me habeis hecho comprender que vuestra memoria es leal, tanto como vuestro pecho. Ahora ¿qué deseáis de la condesa de Montellano? puedo ofreceros mi amistad franca y sincera sin ese doblez de la corte que nos conduce al desengaño aun antes de la prueba. ¿La aceptais?

Y al decir esto María, le presentaba su mano que quince años antes hubiera creído profanada con el ténue contacto de aquel hombre.

Mira de Amescua se estremeció de los pies á la cabeza, porque hay espresiones que conmueven mas que la realización de una esperanza; lanzó un suspiro, y cayendo al suelo de rodillas,

— Señora, dijo, yo no soy mas que el antiguo page de vuestra casa consagrado á servirlos con toda la fuerza de mi alma. Vuestra amistad sería para mí, tanto como es para los ángeles la mirada de Dios.

María comprendió que dentro de aquella cabeza ardía un volcan.

— ¡Ah! cómo se conoce que sois poeta; pero ¡Dios mío! levantáos y no esteis en esa postura.

— Teneis razon, contestó Mira de Amescua, me habia olvidado de todo. Nosotros los que vivimos soñando, porque el poeta, señora, pasa en un sueño toda su vida, tenemos distracciones mas ó menos comunes... perdonad... Ahora con vuestro permiso.

— ¡Qué! dijo María; ¿os retirais?

— Sí señora, vuelvo á mi modesto retiro á trabajar.

— A conferenciar con las musas, ¿no es eso?

— Eso dicen los que aprecian un poco los tristes versos que compongo.

— Os calificais de un modo muy cruel. Vuestros versos son admirables.

— Señora, si tal es vuestro juicio, no anhele mas gloria.

Maria se sonrió y preguntó:

— ¿Y ahora qué componeis?

— Una pobre comedia que no vale la pena de nombrarla.

— ¿Cómo la vais á titular?

— *Galan, valiente y discreto.*

— Bonito epígrafe. Supongo que la veremos ejecutar pronto en el teatro del palacio del Buen Retiro.

— Así me lo tiene indicado S. M.

— ¿Y asistireis á la representacion?

— No lo tengo por costumbre.

— ¿Luego tanto os gusta la soledad?

— ¡La soledad! ved aquí mi única compañera, como si dijéramos mi hermana.

— Acaso...

— ¿Qué?

— Perdonad. Recuerdo que en otro tiempo teniais vocacion para consagraros á la Iglesia...

— Así es en efecto.

— ¿Acaso esteis perfeccionándoos en los estudios de la carrera?

— ¡Oh! no: aun no ha llegado el dia de que pronuncie mis votos.

— ¿Pero llegará?

— Es el horizonte que descubro tras este oleage que se llama mundo.

— Caballero, hay mucha tristeza en vuestro language.

— Eso consiste en que hay mucha amargura en mi corazon.

— La corte, la gloria, el porvenir, todo os brinda con sus atractivos.

— Esos placeres son reverberaciones efimeras que apenas iluminan las tinieblas de mi alma.

—¿Luego tan honda es la impresion que la desgracia produce en vos?

—Es inmensa.

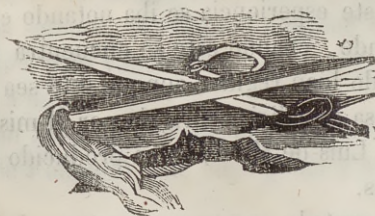
—¿Y no tiene remedio?

Mira de Amescua se detuvo, miró á la condesa y ahogó entre sus labios la palabra que iba á salir de ellos.

—No... dijo por último pasándose la mano por la frente: mi tristeza está en mi alma, y las enfermedades del alma no tienen cura... Perdonad, María, que os hable de este modo: he sido con vos todo lo franco que puede ser un hombre que carece de ilusiones. Si algun dia oís recitar alguno de mis versos que tan populares han llegado á ser, comprended en ellos que no es mi convencimiento quien los escribe, sino que los invento solo por escribir alguna cosa. Adios.

—Os debo una eterna gratitud, exclamó María conmovida con el acento y las palabras del poeta: he adivinado en vuestras poesías que algo de grande os subyuga y martiriza: hoy que recibo de vos una prueba inmutable de vuestra generosidad, conservaré vuestro recuerdo como una esperanza, por si nuevos dolores vienen á herir mi corazon.

El poeta saludó en silencio, y cerrando los ojos para no ver la hermosura que tan vivamente estaba impresa en su pecho, salió de la estancia como si le faltára aire que respirar.





CAPITULO XV.

El padre y el hijo.



A noticia que la famosa comedianta Josefa Vaca habia dado al conde de Montellano era demasidamente cierta.

Uno de los pensamientos mas grandes del rey y de sus consejeros era buscar un hombre que reuniese las condiciones de buen general, para mandarlo á las fronteras de la anti-gua Lusitania, á fin de contener las insolentes y afortunadas correrías de los portugueses.

Por una triste esperiencia se iba notando cuán poco puede un pueblo grande, cuando esté se encuentra mal gobernado, contra un Estado bien regido, aunque este sea pequeño.

La desastrosa expedición dirigida por el mismo ministro de Felipe IV, don Luis de Haro, habia producido en la corte des-engaños crueles.

Se habian agotado numerosos tesoros, habia perecido la flor de nuestros soldados, y habíamos dado algunas batallas de inciertos resultados.

Para precaver estos males, y á fin de reconquistar aquel

pedazo de tierra que al emanciparse habia producido una burla grosera del conde-duque de Olivares, la corte se hallaba fraccionada en partidos; y el que mas y el que menos se consideraba con derecho para solicitar un puesto que hubiera hecho palidecer á Ambrosio Spínola, postrera gloria de nuestras armas.

A fin de que nuestros lectores comprendan el palpitante interés que esta cuestion causaba en la corte, les basta solamente fijar su vista en el conde de Montellano.

Acosado de horribles sospechas sobre la conducta de su esposa, próximo á un desafio donde debia morir ó matar al que él consideraba como un rival, todo lo olvida por conseguir su empleo, que acaso pudiera disfrutarlo muy pocas horas.

Pero el carácter de aquella época, que se disolvía y aniquilaba como el cuerpo humano atacado de una afeccion pulmonal, imprimía en los individuos que la formaban un sello destructor, y todo tendia á la decadencia absoluta, tanto de la sociedad, cuanto de la España entera.

El conde, cuya elevacion de espíritu era superior á su siglo, aspiraba al mando supremo, mas bien por instinto que por genio. Anhelaba luchar con aquella mujer valiente y atrevida, con aquella reina de Portugal á quien este debió su independencia, mas bien para imponerle condiciones de caballero, que órdenes de conquistador; y á tan alto grado habian llegado sus ideas sobre este punto, que se creía digno de la supremacía sobre otras eminencias mas ó menos conocidas.

Llegó á palacio demasiado temprano, y tuvo que pasearse en sus solitarios salones. Necesitaba conocer quiénes eran sus rivales en politica para vencerlos.

Solo temía á uno.

Este era don Juan de Austria, el segundo de este nombre, hijo bastardo de Felipe IV, de cuyo genio y audacia se contaban maravillas.

Mientras el conde esperaba el resultado de las intrigas que naturalmente habian de desplegarse, estas tenian principio en los salones del ministro del rey, don Luis de Haro.

Aquella mañana se habia levantado temprano, encerrán-

dose en su despacho, á fin de evitar las visitas de los pretendientes.

Necesitaba estar solo, ó mejor dicho, exclusivamente ocupado con sus secretarios, los cuales manejaban la pluma, dirigiendo correspondencias á todas las partes del mundo para suscitar enemigos á la Francia, funesta invasora de nuestros derechos y envidiosa potencia que trataba de abatirnos en todas partes.

El ministro, aunque cansado por los años, desplegaba una grande actividad; don especial que le caracterizaba á falta de inteligencia.

Tenia en un lado el tratado de Westfalia, en otro los documentos pertenecientes á la entrega de la isla de los Faisanes, y en diversos legajos veíanse papeles referentes á la pérdida de Mozambique y de las Azores.

El ministro, despues de haber examinado algunos importantes manuscritos, los pasó á sus secretarios para que se despachasen; y se quedó examinando un grabado de Bruselas que representaba un pozo, y sobre él un escrito con este lema: *Cuanto mas le quitan mas grande es.*

Don Luis desplegó una amarga sonrisa.

En aquella época la Europa se entretenia en representar por medio de láminas, emblemas, inscripciones, medallas y alegorias, la decadencia de nuestro pueblo. Era la coz del asno al leon; y de aquí, el que el insulto no ofendiese á nuestra magestad.

El pozo que habia hecho sonreir al ministro con amarga ironía era, si no un epigrama sangriento, una verdad terrible.

Habíase querido representar así á Felipe IV en muestra de las ricas provincias y reinos que se perdieron en tiempo de su reinado.

El ministro arrojó lejos de sí el papel, al mismo tiempo que entraba el conde de Liches.

Ignoramos si en aquellas horas de trabajo recibia con gusto don Luis de Haro aun á la persona mas allegada de su familia; pero lo cierto es que arrugó el entrecejo como enfadado de verse interrumpido, y exclamó:

— Tenia dicho que nadie penetrase en mi gabinete, y sin embargo veo que mi orden se ha infringido.

— Pido gracia para el ugiar, mi querido padre, exclamó Liches con aquel tono impertinente atribuido á los caballeros franceses de la época, y que con tanta justicia critica la duquesa de Nemours en sus memorias.

— No hay otro remedio: has entrado, y ya no puedo evitar tu encuentro. No he podido hacer una contramarcha que hubiera honrado mis pretensiones de general. Ahora siéntate, y sepamos de lo que se trata, siendo cosa ligera.

— Media hora de conferencia lo mas, dijo Liches.

— Concedida.

— Mientras podeis dar descanso á vuestros secretarios.

Don Luis comprendió lo que su hijo queria decir, y haciendo una seña con la mano, los secretarios se levantaron y salieron á la parte de afuera.

Una vez solos padre é hijo, este último tomó asiento en el sillón ministerial, recostando su cabeza en el respaldo y echando una pierna sobre otra.

— Vamos á ver, dijo por último el ministro; ya estamos solos, ¿qué quereis?

— Venia á deciros una cosa y á pedirós otra, contestó Liches bostezando.

— Bueno, con tal que la primera pueda oirse y la segunda concederse.

— ¡Oh! eso sí.

— Pues al grano: ya ves que no tengo tiempo para rascarme la cabeza.

— Ya lo veo.

— Que si descuido las riendas del Estado, adios reino.

— Eso mismo me he dicho muchas veces.

— Pues en honor de la brevedad principia.

— Allá voy, dijo Liches. ¿Sabeis que estoy en el apogeo de la fortuna?

— ¿Has ganado al juego?

Y el anciano abrió los ojos con codicia.

— No, no es eso.

- ¿Has conquistado un nuevo corazon?
- Tampoco.
- Pues entonces, ¿qué es?
- Es mas que todo eso. Sabed que el rey me ha distinguido anoche de un modo admirable.
- ¡El rey!
- Y don Luis esperimentó cierta tosecita seca que hizo sonreír á Liches.
- Sí señor, el rey, replicó este.
- ¿Pero de qué modo?
- Haciéndome un regalo.
- Perillan, exclamó el ministro, apostaria que estás intrigando por ocupar esa silla, como yo intrigué en otra ocasion por sentarme en la que ocupaba mi tio el conde-duque de Olivares.
- Dios me libre de ello. No ha llegado mi ambicion á tanta altura.
- Bien: creo en tu palabra; pero no deja de estrañarme la noticia que me acabas de dar.
- Y á mí tambien me estrañó al recibirlo, dijo Liches; pero segun entiendo, es una muestra de afecto hácia el hijo en pago de los méritos que contrae diariamente el padre.
- Eso me figuro tambien. ¿Es eso lo que tenias que decirme?
- Sí señor.
- ¿Y qué clase de regalo te ha hecho S. M.?
- Un negrito del Congo.
- ¡Uf! ¡un negro! Apuesto que es el regalo mas estraño que se ha hecho en el mundo. Siempre busca S. M. cosas singulares para sorprender. Pero estoy pensando en una dificultad que se me ocurre.
- ¿En cuál?
- Que nada te dijo el rey cuando estuvimos en palacio sobre el negocio de Quevedo.
- Pensaria sorprenderme.
- Tal vez, dijo el ministro. Es decir que cuando fuistes á tu casa estaria el negro esperándote.
- Nada de eso.

— ¡Pues cómo! ¿A qué hora tuvo S. M. el humor de regalarte el negro?

— Serían las doce de la noche.

— Mas raro es eso todavía. ¿Estarías durmiendo?

— No señor.

— ¿Estarías fuera de tu casa?

— Estaba...

Liches se detuvo y se atusó los bigotes.

— Vamos á ver, ¿dónde estabas?

— Padre, ¿me permitiréis la reserva?

— Hijo, me parece que es inútil.

— ¿Por qué?

— ¿Ignoras por ventura que conozco la guarida en dónde pasas las noches?

— Padre, reclamo la inviolabilidad del secreto, dijo Liches soltando una carcajada.

— ¡Hola! parece que no te agrada el que te tome cuentas.

— No señor.

— Pues cuidado: ten presente, que aunque soy tu padre y eres mi heredero, soy primer ministro del rey de España, y podría con mucha facilidad mandarte desterrado á una isla de América.

— Desde este momento pido al cielo que nunca os dé semejante tentación.

— Acuérdate además, que el Inquisidor general anda olfateando á ciertos cazadores nocturnos que traen espantadas á todas las muchachas de la villa.

— Pero el señor Inquisidor no será tal cruel que quiera prohibir una diversion tan sencilla.

Y Liches se puso á sacudir con la contera de su espada sus brillantes zapatos, adornados de hermosos lazos de seda.

— Vamos, hijo, ¿estabas, pues, en el palomar de la calle de Hortaleza, y por esta causa no recibistes como se merecía el regalo de S. M.?

— Pero padre...

— Ya está dicho... aquí no llegan los asbirros del Inquisidor, y puedes estar seguro.

—Corriente.
 —Yo no me podia engañar.
 —Reconozco vuestro talento, y os diré por lo tanto que habeis acertado. Unas pícaras muchachas nos tenian ocupados á Medina Sidonia y á mí.

—¡Ah!
 —Pero lo extraño, lo singular, lo estupendo, lo admirable, es lo que no sabeis.

El ministro, á medida que el conde decia estas palabras, iba dando un paso para atrás.

—¿Pues qué es? preguntó.
 —Que el rey dirigió el regalo á la calle de Hortaleza.
 Esta noticia produjo el efecto de una bomba.

—¡Desgraciado de mí! exclamó don Luis llevándose las manos á la cabeza: tus calaveradas van á arruinarme: ¿conque S. M. sabe entonces el laudable pasatiempo en que estais ocupados? Hijo, desde ahora te digo que el regalo del rey es de fatal agüero. Ese negro es el símbolo de tu perdicion; y tal vez de la mia.

Liches se puso á cantar una tonadilla muy en boga entonces.

—¿Conque te pones á cantar al oir una profecía que tiene que cumplirse?

—¿Y qué quereis que haga? Así destierro la tristeza que tan lamentable noticia puede causarme.

—¡Oh! ¡espíritu frívolo! ¡corazon ligero! exclamó el ministro un poco mas tranquilo, veo que la impasibilidad es tu fuerte. Pero dame pormenores para que sepa apreciar todo el valor de una aventura tan inesplicable.

—Voy allá, querido padre. Figuráos que estábamos asaltando dos magníficas fortalezas, las cuales se resistian admirablemente, cuando el maldito negro se presenta en nuestro palacio.

—¿El solo?
 —No señor, con una comitiva de doce pages con hachas encendidas.

—¡Ah! ¿y qué mas?
 —El negro venia vestido como Schah-Abbas, el conquista-

dor de Ormurz, llevando á su lado á don Francisco de Quevedo y Villegas, y al otro á don Antonio Mira de Amescua.

— ¡A Quevedo! exclamó el ministro haciendo un gesto ridiculo.

— Al mismo.

— Entonces, hijo, has sido un necio, un ignorante, un estúpido.

— ¿Por qué?

— Sin duda Quevedo se ha burlado de ti.

— Eso creí al principio, y estuve dispuesto á echar á rodar al negro y á toda su comitiva.

— ¿Y por qué no lo hicistes?

— Porque Quevedo me entregó una espresiva carta de S. M. en la que me decia el honor que me otorgaba.

— ¡Conque te ha escrito el rey!

— Hé aquí la carta.

Y el conde de Liches presentó á su padre el escrito de Felipe IV.

El ministro lo desdobló con ansiedad y lo estuvo mirando con prolija atencion, volviéndolo á todos lados, estudiando sus caractéres y sus palabras, como si todo fuera para él un misterio extraordinario.

Despues de tan prolijo exámen miró á su hijo y exclamó:

— Pues señor, ó soy el ministro mas torpe que se conoce, ó maldito si lo entiendo.

— ¿Dudais acaso? preguntó Liches.

— Nada de eso, esta es la firma del rey... esta es su letra, esta es su redaccion; pero repito que no lo entiendo.

— ¿Por qué?

— Porque debieras haber amanecido encerrado en la Inquisicion.

— ¿*Quare causa?* como decíamos allá cuando estudiábamos latin.

— ¿Es poca haberte sorprendido nada menos que en el palacio de la calle de Hortaleza?

— En ese caso, padre, era necesario que toda la nobleza hubiera ido tambien á la Inquisicion.

A un argumento tan concluyente el ministro se contentó con tragar saliva.

—En parte tienes razon, dijo encogiéndose de hombros; veo que no hay que lamentar desgracias, y mas vale que sea así. Ahora, si te parece, sepamos el favor que venias á pedir-me y que me indicaste al principio de nuestra conversacion.

—Voy al punto, contestó el conde, arrellanándose en la silla ministerial. Se trata de un asunto de importancia.

—¿Cómo el del regalo del negro?

—Es mas todavia.

—Pues habla.

—Padre, dijo el conde, quiero ser general.

El ministro dió un salto, como si temiese pisar una serpiente.

—¡General!

—Sí señor.

—¿Y de cuándo acá has tenido ese capricho tan guerrero?

—Desde que sé que vais á nombrar uno, ó mejor dicho el rey, para que mande el ejército de Portugal.

Don Luis de Haro se rascó la frente.

—¡El diablo son los hijos! exclamó por último. ¿Quién te ha dado esa noticia?

—No se dice otra cosa por Madrid.

—¿De veras?

—¿Desconfiais de mis palabras?

—No; pero un secreto de estado no se encuentra dentro de la jurisdiccion del público.

—Es decir que será un secreto en el que todos los españoles estamos enterados.

—¡Oh! me vas poniendo de malditísimo humor.

—Yo no lo puedo remediar.

—¡Conque ya se sabe antes de haberse nombrado! exclamó el ministro juntando sus manos.

—¿Luego es cierto?

—Sí lo es.

—¿Luego es hoy cuando debe nombrarse el general?

—Sí, hoy.

—Entonces, padre, llego oportunamente.

—¿Y qué quieres decir?

—Que cuento con numerosas probabilidades de ser general.

—¡Pero eres el diablo! ¿Qué carrera es la tuya para aspirar á ese puesto?

—He sido capitán de los guardias del rey.

—Pero nunca has salido á campaña.

—Ni vos tampoco habíais salido nunca, y sin embargo os hicisteis general de la anterior expedición.

El ministro arrugó el entrecejo, según su antigua costumbre.

—Es que yo entonces era lo que hoy, consejero de S. M.

—Y yo soy noble por todos cuatro costados.

—Tienes una lógica inflexible, hijo.

—Señal que llevo razón, padre.

—Te la concedo.

—Eso es otorgarme la gracia que pido.

—Todo al contrario.

—¿Por qué?

—Porque yo no quiero que seas general.

—Padre, ese *no quiero* equivale á una declaración de guerra entre los dos.

El ministro se sonrió y dijo:

—Escúchame.

—Ya escucho.

—¿No tienes pruebas repetidísimas del afecto de tu padre?

—Sí.

—Pues en ese caso, consuélate con no ser general.

—No me parece oportuno el remedio.

—Será preciso que yo me explique.

—Hacedlo.

Un movimiento de cabeza indicó que el ministro estaba impaciente.

—He dicho que no quiero que seas general, porque te reservo otro puesto más esclarecido.

El conde de Liches, al escuchar estas palabras, dejó el gesto impertinente que estaba impreso en su rostro, y se puso sé-

rio, como quien principia á ver realizado uno de sus mayores deseos.

—Apuesto que intentais hacerme embajador, dijo abriendo los ojos extraordinariamente.

—Nada de eso.

—Entonces...

—Atiéndeme, dijo el ministro: yo ya soy viejo; estoy cansado con las activas tareas de mi ministerio; conozco que los ejes de esta máquina se van gastando demasiado, y nada de extraño tiene que el día menos pensado te quedes sin tu padre.

El tono del anciano, aunque severo, y alegre si se quiere, varió á la última palabra.

—¿Pero á qué viene eso? el poeta Jorge Manrique nos ha hablado de que *nuestras vidas son unos rios que van á parar al mar, que es el morir*, y muy mal viene esto con las deslumbadoras esperanzas que me habeis hecho concebir.

—Todo lo tomas por el lado risueño. El hablarte de mi muerte es, porque voy á hablarte de mi pensamiento.

—¿Está acaso ligado lo uno con lo otro?

—Sí. Muerto yo, quiero que heredes mi destino.

—¡Yo primer ministro!

Y Liches se puso en pié, restregándose las manos con alegría.

—Hé aquí la razon por la que no me parece oportuno que te mezcles en ese negocio de Portugal.

El conde quedó asombrado. Jamás habia concebido un proyecto como el que su padre acababa de decirle, y desde aquel instante, si no deseó su muerte, anheló verse al frente de los negocios públicos.

—Padre, acabais de destruir mis ilusiones guerreras, y desde luego quedo esperando como las tortugas dentro de su concha.

—¡Ah picaro! Apuesto que ya deseas que me muera cuanto antes.

—Eso no; pero recogeré vuestra herencia, puesto que la disponeis para mí.

—Ya le he hablado al rey sobre eso.

— ¡Oh! ¿y qué os ha dicho S. M.?

— Se ha sonreído.

— ¡Escelente señal!

— Ya sabes que el rey apenas se ha reído tres veces en el transcurso de su vida.

— Padre, desde hoy acudiré todos los días á vuestro despacho para enterarme en la ciencia de gobernar.

— Bien difícil es, querido hijo.

Un reloj de sobremesa hizo vibrar en aquel momento su sonora campana.

— ¡Las once! prosiguió el ministro; S. M. me estará esperando ya para el despacho, y yo he perdido la mañana con tus tonterías... ¡Estos hijos son los diablos!... Vamos: adios. Se ha quedado sin informar una comunicacion del embajador de Francia.

— Pero deteneos un instante. Quiero preguntaros una cosa.

— ¡Detenerme! prosiguió agitando una campanilla. Veo que te has propuesto matarme para reclamar el legado que te he ofrecido... Pero no, déjame. En suma, ¿qué quieres saber?

— ¿Quién será general del ejército de Portugal?

El ministro miró á todas partes por temor de ser escuchado.

— Cuidado conque lo reveles... Será don Juan de Austria.

En aquel instante entraron los secretarios, y el ministro dió órdenes para que pusiesen su coche, interin se vestía de rigurosa etiqueta.

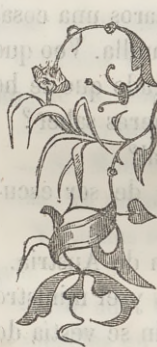
Liches quedó henchido de esperanzas diplomáticas.





XVI.

El rey.



El rey esperaba á su primer ministro.

El despacho estaba solitario, pues cuando S. M. trabajaba, nadie tenia derecho para penetrar hasta allí.

Sin embargo, aquella mañana era la mañana de San Juan, tan alegre siempre, tan llena de aventuras y coronada de rosas, que los cortesanos tenian el presentimiento de que el despacho no se prolongaría, á no haber algun asunto de sumo interés que no admitiese demora.

Así era que las cámaras y las galerías estaban pobladas de palaciegos, entre los cuales sobresalian las estiradas figuras de nuestros poetas, esperando que el rey les diese los buenos dias.

Ya se habia comentariado de mil y una maneras la escena de la verbena, creyendo unos que era el rey el principal autor de ella, y otros que don Francisco de Quevedo; pero todos tuvieron por conveniente echar sobre este toda la responsabilidad del negocio, porque la sagrada persona de S. M. estaba colocada en una region tan alta, que apenas podian llegar las miradas de los cortesanos.

Un ugiér de servicio manifestó á estos que el rey estaba en su despacho esperando á su primer ministro.

Pero el primer ministro no parecia.

Entonces todos vieron avanzar al conde de Montellano hácia la cámara de Felipe IV; mas creyendo que estaria autorizado para ello, nadie se opuso y nadie lo estrañó.

El conde llevaba la intencion de hablarle al rey particularmente.

Llegó á la antecámara y manifestó al mayordomo que tenia precision de hablar á S. M.; mas el funcionario, en cumplimiento de su consigna, observó que el rey no estaba visible.

Lejos de hacer caso el conde, recorrió el tapiz que cubria la puerta, y descubrió á Felipe IV que trabajaba silenciosamente.

Levantó este la cabeza, y aunque habia dado orden de que nadie penetrase en la cámara real, vió al conde sin mostrar enojo por ello.

—Dios te guarde, Montellano, dijo soltando la pluma con que escribia: alguna cosa urgente te conduce á mi presencia, puesto que la orden es muy severa para llegar hasta aquí.

El conde comprendió la leccion y la benevolencia del monarca, y se apresuró á contestar:

—Perdonéme V. M., si he infringido la consigna; pero se me hace muy duro no informarme de su salud, despues de las aventuras de la verbena.

—¡Ah! ya estoy tranquilo. Sin embargo, ¿has oido decir algo? preguntó Felipe, interesándose en la conversacion que con suma destreza habia sacado el conde.

—Si señor.

—¿Y qué?

—Una cosa bien original, y que me he guardado mucho de desmentir.

—Sepámosla.

—Dicen que Quevedo tuvo anoche la osadia de hacer el papel de rey para salvarse de los alguaciles de la villa, despues que hubo herido á un jóven.

Felipe arrugó el entrecejo, y contestó:

- ¿Y no comprendéis eso?
- No señor.
- Es que Quevedo ha querido salvar mi nombre y mi dignidad, haciendo creer que él fué el autor de la aventura.
- ¡Magnífico pensamiento, que alabaré de todo corazón!
- Ahora que ya sabes el origen de estos asuntos, que guardarás en lo profundo de tu corazón, infórmame del estado del herido.
- Está mejor.
- El rey pareció respirar con mas libertad.
- ¿Le han visitado los cirujanos?
- Los mas entendidos de la corte.
- ¿Es peligrosa la herida?
- Es algun tanto grave; pero los profesores confían en su salvacion.
- ¿Has podido averiguar quién es?
- No señor: es un muchacho con trage de estudiante.
- ¿Ni sabes cómo se llama?
- Tampoco. Lo único que sé es, que á eso de las doce de la noche se presentaron en mi casa el poeta Mira de Amescua, el padre lector de San Francisco y un jóven desconocido, preguntando por él.
- Pues es necesario, dijo el rey, que te informes de su nombre y procedencia: quiero, sin que él sepa quién le protege, hacer algo por él.
- El conde se inclinó, demostrando que obedecería ciegamente la voluntad del rey.
- ¿Tiene algo mas que mandarme V. M.? preguntó despues de un momento de silencio.
- Escucha, dijo Felipe levantándose y acercándose al alfeizar de una ventana.
- El conde se hizo todo oidos.
- Quiero hacerte otro encargo interesante.
- Ya sabe V. M. que puede disponer de mí.
- ¿Quiénes eran ellas?
- Un gesto de asombro se pintó en la fisonomía de Montellano.

— ¡Ellas! exclamó.

— Sí: las que fuimos siguiendo en el soto de Manzanares.

— Lo ignoro, señor.

— Son, según mi juicio, dos bellezas incomparables.

— Así parecían.

— Pues es preciso que averigües su habitación, dijo el rey.

— Está muy bien, contestó el conde. ¿Para cuándo necesita V. M. tener esas noticias?

— Para esta noche, si es posible.

Un ligero movimiento de incertidumbre se retrató en la fisonomía del conde.

— Haré cuanto esté de mi parte para llenar los deseos de V. M. Sin embargo, permítaseme que haga presente una cosa.

— ¿Cuál?

— Señor, prosiguió el conde, que en aquel instante veía una ocasión para satisfacer su pensamiento; aunque servir á V. M. es para mí uno de los goces mas supremos que existen, quisiera prestaros otra clase de servicios mas grandes.

El rey fijó en él una mirada como la del águila.

— Y bien, ¿qué clase de servicios son esos?

— Tener la dicha de derramar mi sangre por V. M.

— ¡Hola! ¡hola! parece que toda mi nobleza está alborotada con la próxima campaña de Portugal.

— V. M. ha tenido el talento de acertarlo.

— ¿Es decir, que todos vosotros quereis iros y dejarme solo como un monge en su celda?

— Yo por mi parte quiero compartir las glorias de la guerra, porque nada mas grande, mas hermoso, ni mas sublime, que oír el rugido del cañon y correr bajo las ilustres banderas españolas hácia los enemigos de mi rey.

— Eso está muy bueno, conde, y aprecio tus sentimientos como los de un leal servidor.

— Mas lo estaría, si V. M. quisiese honrarme con un puesto en el ejército.

— ¡Cómo! exclamó Felipe lanzando una mirada recelosa.

— Ya he tenido el honor de espresarlo delante de V. M.

— ¿Conque quieres ir á la guerra?

—Si señor.

—Pero sin duda no has tenido presente una cosa.

—Si V. M. me la insinúa...

—Al momento. Es que ya no estamos en aquellos tiempos en que los caballeros podían marchar con sus feudos en busca del enemigo.

—Pero estamos, señor, en los que los nobles, ya que no tienen soldados, ofrecen su sangre y su vida á los piés de V. M.

Felipe enmudeció un momento.

—Está bien, dijo por último; ya que lo quieres, ¿qué pues-to te agrada mejor?

—Dispénsame V. M. si soy ambicioso, exclamó el conde no pudiendo contener su impaciencia: al solicitar una plaza en vuestro ejército, he creído que tengo algun conocimiento en el arte de la guerra para ser colocado en el primer empleo.

—¡General! exclamó Felipe dando un paso para atrás.

—Acaso se asombre V. M.; pero aspiro á ese encumbrado destino, no por honores, porque está satisfecha mi ambicion con las distinciones que diariamente os merezco, sino porque me creo capaz de abatir los planes de los portugueses y la política de Maria de Saboya. He estudiado por largo tiempo las desgraciadas operaciones ejecutadas en la frontera, operaciones que han consumido inútilmente mucha sangre y mucho dinero por la inesperienza de los generales que V. M. ha enviado á Portugal, cuando en la primera campaña debieran haber tremolado vuestras banderas en las torres de Lisboa. He comprendido que un ejército bien disciplinado, lejos de entretenerse en inútiles escaramuzas, debe marchar á la capital sublevada, antes que los enemigos encuentren fáciles socorros en Inglaterra, Holanda y Francia, en cuyo caso será entonces mas difícil el triunfo. Cuantos proyectos existan que no marchen en línea recta á Lisboa, son ineficaces é insuficientes. Hoy debe considerar V. M. que está mas evidente vuestra antigua divisa que nunca: *Todos contra nos, y nos contra todos*, porque solo se encuentra V. M. en esta vasta monarquía que va hundiéndose poco á poco, porque no hay un genio que contenga el desmembramiento de esta ruina...

—¿Y acaso, preguntó Felipe, pálido ante las consideraciones del conde, acaso eres tú ese genio?...

—¡Ay, señor! Yo no puedo serlo; pero facilitaria el camino para que brotase.

—¡Cómo!

—Reanimando el espíritu abatido de los españoles, haciéndoles entrever aquellos días en que pisoteamos las banderas francesas en Pavia, en que triunfamos en Cerinola, en que hicimos bañar en el golfo de Lepanto las atrevidas medias lunas de los turcos, en que llamamos á las puertas de San Quintín, haciendo que París temblase ante el golpe de manopla de nuestros guerreros. Enseñándoles el horizonte de lo pasado, los españoles se levantarían de la postración en que yacen, y al oírse el clarín de los combates, se acordarían de nuestras glorias y las secundarían con mayor heroísmo. Entonces, señor, no solamente brotaria un genio, sino que surgirían hombres del temple de los Laurias, de los Pescaras, de los Córdoba y de los Espinolas; hombres que harían estremecer de nuevo á la Europa, cuando oyesen bajo sus castillos el rugido de nuestros leones y sintiesen silbar las balas de nuestros mosquetes.

El rey sintió hervir su sangre por un momento, pues hay cierto idioma que llega á nuestro corazón como el fuego de un volcán.

Mas aquel soplo de entusiasmo pasó rápidamente, y quedó pálido como de costumbre y frío como una estatua.

—Hablas con extraordinaria energía, dijo después de un momento.

—Eso le hará comprender á V. M., replicó el conde, que siento en mi alma esos arranques hijos del amor que le profeso y del que tributo á mi patria. Por eso, ya que es preciso decirlo todo con la lealtad de un caballero, he venido para solicitar el puesto de general de un ejército, poniendo por valimiento de este deseo, no la grandeza de mis abuelos ni las hazañas que en otras épocas ejecutaron, sino mi suma adhesión y mi entera fé en el porvenir.

—Comprendo tus sentimientos; pero debe tratarse ese asunto mas despacio.

El conde miró al rey y se atrevió á decir:

—Es que , segun entiendo , hoy debe ocuparse V. M. de ese importante asunto.

El rey hizo un movimiento con la cabeza, que ni negaba ni afirmaba.

—Escucha , dijo este de pronto , despues hablaremos de ese negocio ; ahora quiero preguntarte una cosa.

—Estoy pronto á contestar á S. M.

—¿Me querrás decir si tu esposa estuvo anoche en palacio?

Una lividez mucho mas imponente que la del rey se extendió por el rostro de Montellano.

—¡Mi esposa !

Y el caballero apenas pudo contestar otra palabra , pues su imaginacion estaba vivamente impresionada con el poco caso que el rey habia hecho de su solicitud.

—Sí , insistió Felipe.

—Mi esposa , señor , no salió anoche de casa.

—¿Estás seguro?

—¡ Oh ! completamente seguro.

—Es extraño.

—¿Lo duda V. M.?

—Me habian dicho que estuvo con la reina.

—La condesa se halló indispueta , y yo mismo la encontré en este estado despues que me separé de V. M.

—Entonces estás equivocado , observó el rey moviendo la cabeza.

El conde se puso horriblemente pálido. Los celos llegaron de nuevo á morderle en el corazon.

—Conque es decir...

—Que tu esposa vino á palacio durante nos paseamos en la verbena.

—Señor , no lo creeria , si V. M. no me lo dijese.

—Y lo mas raro es , que la reina y ella estuvieron disfrazadas en el soto de Manzanares.

—Eso es imposible.

—Es la verdad , conde.

—¿ Y despues?

— Despues la reina volvió á palacio.

— ¿Temprano?

— Antes que yo volviese.

— ¡Oh!

El caballero no pudo proseguir, y lanzó una especie de rugido que no dejó de asombrar al rey. ¿Dónde habia estado su esposa?

Nuevas y horribles sospechas se aglomeraron en su alma, al comprender que no habia estado con la reina desde las once hasta dos horas despues en que la habia encontrado dormida en su lecho.

— Veo, exclamó Felipe, que no te ha agradado la noticia.

— Señor, contestó el conde sonriéndose á su pesar, mi esposa no está acostumbrada á esas expediciones nocturnas, y de aquí el que me haya causado estrañeza. Ahora, si V. M. me autoriza, volveré á molestar su atencion sobre el asunto de Portugal.

El rey se puso estraordinariamente sério, pues á toda costa queria que no se le hablase de tal cosa.

El caballero lo comprendió, y quedó helado como el mármol.

— Esta noche nos ocuparemos de eso, murmuró con voz sonora. Pienso ir al teatro; ¿iras tú tambien?

— Si V. M. me lo manda...

— Se ejecuta una bonita comedia. De seguro que José Morales y Josefa Vaca (1) estarán inimitables en *El conde de Alarcos*.

— ¿Es *El conde de Alarcos* la funcion que se ejecuta?

— Sí; ese picaro de Mira de Amescua, su autor, va elevándose tanto como Calderon en la armonía de sus versos, y tanto como Lope de Vega en la belleza de sus asuntos.

El conde oyó con disgusto estos elogios dichos en obsequio de un antiguo rival.

— ¿Qué es eso? prosiguió Felipe. ¿Tambien arrugas el entrecejo ante el nombre de un poeta célebre? Tus instintos belicosos están hoy en abierta contradiccion con todos.

(1) Escelentes actores de aquella época.

—V. M. se ha empeñado en figurarse que me molestan las noticias que me dá.

—Y así es en efecto.

—Es que estoy preocupado.

—¿Con qué?

—Ya lo sabe V. M.

Felipe dió un paso atrás, como si se quemase los pies.

—Se lo diré á don Luis de Haro, replicó; mientras tanto esta noche hablaremos de eso en el teatro, como ya te he dicho. Mas siento en la antecámara la voz de mi ministro que viene al despacho y regaña al mayordomo, sin duda porque estás aquí dentro... Conque retírate, no descuides ninguno de mis encargos... y sobre todo, el de las dos jóvenes á quienes vimos en la verbena.

El conde hizo una inclinacion, y fué á retirarse.

—Detente, dijo el rey corriendo á la mesa y tomando un papel: se me olvidaba lo principal.

—¿Qué me ordena V. M.?

—Sé que compones versos admirables. Corrígeme ese soneto que esta mañana he compuesto á los ojos de Filis.

—V. M. honra mi pobre númen mas de lo que se merece, dijo Montellano.

El rey iba á contestar; pero el ministro sucesor del conde duque se presentó en la puerta.

Esto queria decir que estaba concluida la audiencia.

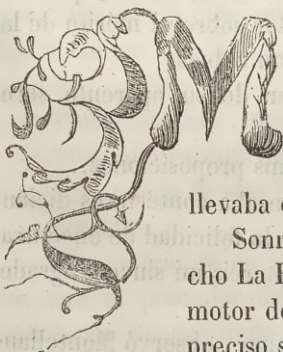
Montellano salió ciego de corage, tanto porque el sueño de su ambicion estaba desvanecido, cuanto por creer, con las noticias dadas por el rey, que su esposa le era infiel.





CAPITULO XVII.

¡Desventurada!



AS era preciso permanecer impasible esteriormente, para que los cortesanos que vagaban por las galerias no leyesen en su rostro la negra hoja de la fatalidad que llevaba escrita en su pecho.

Sonrióse con todos, porque, como ha dicho La Rochefoucauld, el amor propio es el motor de todas las acciones humanas, y era preciso salvar este gran principio.

En la larga galeria de semblantes descubrió los del conde de Liches y el duque de Medina Sidonia.

Estos dos cortesanos estaban furiosos porque el lazo de brillantes del uno y el anillo de rubíes del otro habian desaparecido, y desde luego atribuyeron la pérdida al conde de Montellano; pero ¿cómo este desafiaba al duque porque no le habia querido ni vender ni cambiar el anillo?

Problema difícilísimo de acertar era; pero cualquiera que fuese su solución, no estaba al alcance de los dos caballeros, quienes principiaron á desconfiar hasta de sí mismos.

El conde se llegó á ellos con la sonrisa en los labios.

—Dios os guarde, señores, les dijo: ¿supongo que vendreis como todos á saludar la salida del sol?

—Pero con menos fortuna que la vuestra, replicó Medina Sidonia con ironía.

—¿Por qué?

—Porque vos habeis tomado la delantera.

El duque atribuía sus palabras á la entrevista que el conde acababa de tener con el rey.

—Yo tengo el privilegio de los sacerdotes persas, caballeros, contestó Montellano con igual tono. Y á propósito, ¿habeis recibido una esquelita que os he dirigido, señor duque?

—Sí, querido conde.

—¿Y qué os ha parecido?

—Tiene un estilo admirable.

—¿Conque tanto os ha agradado?

—¡Oh! muchísimo. Mi amigo el conde de Liches, que está presente, me hizo ver lo que vale tratar sobre el mérito de las piedras preciosas, tanto mas si estas son rubies.

El conde se puso palido, á pesar de su aparente serenidad.

—Es decir, repuso, que aceptais mis proposiciones...

—Con todas sus consecuencias. Pensaba contestaros diciéndoos lo mismo; pero ya que he tenido la felicidad de encontraros aquí, admitireis mis excusas y aceptareis mi sincero agradecimiento.

—En ese caso, á vos os toca proponer, observó Montellano con galantería.

—Lo dejo á vuestro gusto; ya sabeis que nunca reparo en fórmulas de estilo.

—Bien; pero siempre es bueno sostener uno sus derechos. ¿Os acomoda el cerrillo de San Blas, que os indiqué en mi carta, para la cuestión científica que vamos á entablar?

—No puede ser mas cómodo el parage, contestó el duque.

—Sobre los demás detalles, el señor conde de Liches puede entenderse con mis compañeros.

—Eso estará bien, dijo este, si yo tengo ganas de tomar parte en la cuestion.

—Ya sabeis, observó el conde riendo, que es una mala partida abandonar á los amigos, mucho mas cuando vuestros argumentos son irresistibles.

—Favor que me haceis.

—Sepamos, prosiguió Montellano, ¿cuántos testigos llevareis?

—Dos.

—Bien: yo llevaré otros dos.

—Ahora solo falta lo mas principal.

—¿Qué?

—Hora para principiar nuestra conferencia.

—¿Os conviene á las nueve de esta noche?

Montellano hizo un movimiento con la cabeza.

—Mala hora es para mí.

—¿Por qué?

—Porque estoy invitado á ir al teatro con el rey.

—Entonces la diferiremos hasta la conclusion de la comedia, dijo el duque con la misma alegría que si se tratára de una diversion.

—Perfectamente, duque.

—Creo que ya está todo arreglado.

—Aun queda lo mas importante!

—Decidlo.

—El que triunfe en la cuestion sobre las piedras preciosas, ese será el poseedor del lindo anillo de rubies que anoche brillaba en vuestro dedo.

Tanto el duque de Medina Sidonia quanto el conde de Liches se miraron, como si se dijese que no podia ser Montellano el autor de la desaparicion de las alhajas.

—Todo eso, observó el duque eludiendo una respuesta definitiva, me lo habeis hecho presente en vuestro billete.

—Es decir, que reitero aquellas condiciones, contestó el conde.

—Aceptadas por mí.

Los dos caballeros se separaron con la indiferencia pintada en el rostro, sin que nadie se apercibiese de la cuestion que se ventilaba.

El duque se dirigió hácia la puerta de la cámara real, seguido de su amigo, y Montellano salió fuera del alcázar.

Por muy superior que fuera el temple de alma de este caballero, era casi imposible resistir la triple complicacion que oprimia su pecho y mortificaba su existencia.

Veíase desahuciado en el supremo deseo de su ambicion.

Creíase deshonorado por su esposa.

Estaba próximo á perecer en un desafío.

Hay circunstancias terribles que agotan todos los resortes del sufrimiento.

Cuando Montellano acababa de comprometer su vida, solo le faltaba dar un paso doloroso.

Este era vengarse de la afrenta que su esposa habia arrojado sobre su frente.

Dominado por tan fatal y erróneo pensamiento, se dirigió á su casa, meditando esos dolorosos suplicios que un hombre celoso inventa para saciar en la mujer hasta el último átomo de su venganza.

Era el paso mas terrible y el mas indispensable.

Cruzó las calles con pausa solemne, pisó el umbral de su casa, pasó, casi sin advertirlo, por delante de sus criados; y pálido como un espectro, llegó á las habitaciones de su esposa.

Esta coronaba su cabeza de hermosas flores, cuando vió la imágen de su marido refractarse en su espejo.

María estaba satisfecha de sí misma, y como si dijéramos loca de alegría por el feliz desenlace de las aventuras que dejamos esplicadas. Habia ceñido su cuerpo de un brillante traje color de rosa, que realzaba mas sus formas encantadoras y su rostro de una hermosura perfecta.

En aquel instante pensaba en fascinar á su esposo con la elegancia de su vestido, con la pureza de su amor y con el esplendor de su virtud.

Así es, que cuando al ver la figura del conde en el espejo,

observó las negras nubes que oscurecían su frente, el siniestro brillo de sus ojos y la rigidez de su semblante, comprendió cuánto estrago había causado una mera sospecha en su corazón.

Era preciso que renaciese entre ellos el iris de paz y de ventura que había brillado siempre sobre sus existencias.

Volvióse María desplegando la sonrisa mas hechicera, y presentó su nevada mano á su esposo.

—Dios os guarde, querido conde, le dijo: muy tarde habeis venido esta mañana.

Era tan puro su acento, que Montellano tuvo que detenerse para dominar la impresion que le habia causado.

— ¡Oh! sí, muy tarde, señora, contestó.

—Sin embargo, ¿habeis salido?

—He estado en palacio.

—¿Y habeis visto al rey?

—Sí.

La condesa pareció inquietarse algunos instantes con esta noticia. Mientras tanto el conde se dejó caer en un sillón.

Hubo un momento de silencio.

—Señora, prosiguió el conde, ¿tuviérais la bondad de decirme con qué objeto os estais poniendo tan elegante?

—Solamente por agradaros.

—Gracias, murmuró Montellano, lanzando un suspiro. Pues-to que no teneis otro fin, espero de vos que me concedais un favor.

—Mi esposo tiene derecho para exigir de mí lo que guste, dijo María, fijando en él sus hermosos ojos.

Montellano miró á su esposa de cierta manera que le hizo estremecer.

—Señora, dijo con pausa terrible, necesito que me presteis atencion.

—Cualquiera diria que ibais á decirme alguna cosa muy grave, respondió la condesa.

—Tal vez.

—En ese caso, principiad.

Hubo una nueva pausa, pues hay conversaciones que no se pueden entablar de pronto.

—Deseaba saber, dijo Montellano con voz algun tanto conmovida, adónde estuvisteis anoche.

Maria palideció; debía callarlo ó decirlo todo. Sin embargo, en aquel momento terrible la mas ligera incertidumbre aumentaria las sospechas de su esposo.

Se decidió instantaneamente.

—Anoche, contestó, estuve en palacio.

—¡En palacio! Ved aquí una noticia que no me habeis comunicado.

—No estábais en casa cuando me llamó la reina.

—¿Conque ha sido la reina la que os llamó?

—Sí.

El conde fijó sus ojos, helados al parecer, en el semblante de Maria.

Esta parecia resignada.

—Bien; estoy conforme conque fuisteis á palacio. Ahora desearia merecer de vuestra bondad que me dijerais para qué os necesitaba la reina.

La condesa miró á su vez á su esposo.

—Advierto, conde, que es un interrogatorio el que me estais haciendo.

—No... son únicamente unas preguntas sencillas.

—Cualesquiera que sean, contestaré á ellas cual corresponde. ¿Deseais saber para qué me llamaba la reina?

—Sí.

—S. M. tuvo deseos de ir á la verbena.

—¡Ah! ¿y salió acompañada de vos?

—Sí, conde.

—¿De qué manera? Ya sabeis que los reyes tienen diversos modos de presentarse al público.

—Me estais haciendo faltar á mis deberes, contestó Maria. Sin embargo, replicaré á cuanto me preguntéis. La reina salió como una simple dama tapada.

—¿Y vos tambien, Maria? exclamó el conde, dominado por los celos.

—Tambien.

—¿Supongo que no escasearian aventuras, señora?

— En efecto, caballero.

— ¿Y lo confesais?

— Sí.

— Y bien, contad.

— Os referiré la mas notable, exclamó María con los ojos arrasados de lágrimas. La reina tuvo el gusto de ver al rey, y yo tambien vi á mi esposo en pos de dos desconocidas.

El conde, al sentirse herido, se agitó en su sillón.

— ¡Señora!

— Y á pesar de que debiera haberme quejado, como vos os quejais en este momento, nada os he dicho, caballero, y ni la mas leve palabra hubiera salido de mis labios, á no haberme provocado. Veo, conde, que dudais de mí, que existe clavada en vuestro corazón una espina que lo despedaza, que circunstancias imprevistas han dado siniestras apariencias al pequeño desahogo de dos mujeres; y justo es, ya que es preciso decirlo todo, echar en cara vuestras faltas, para que peseis en vuestra conciencia quién es el culpable. Vuestra esposa, caballero, estuvo en la verbena; si es eso lo que deseais saber, ya estais satisfecho.

— Sea así, contestó el conde, cada vez mas pálido; pero dispensadme que sea mas exigente.

— ¿Quereis saber mas? preguntó María, visiblemente agitada.

— Una pequeña circunstancia. A qué hora os retirásteis del soto de Manzanares.

— ¡Oh! no recuerdo, murmuró la condesa con creciente temblor.

— S. M. me ha dicho que la reina estaba á las once en palacio.

— ¿El rey os ha dicho eso? exclamó María, palideciendo.

— Sí.

— Entonces, esa sería la hora en que yo vine al mio.

— Dispensadme, dijo el conde interrumpiéndola.

— ¿Por qué?

— Ignoro si sabeis, señora, que vuestro esposo llegó aquí á las once y media.

María temblaba cada vez mas.

—No lo dudo, contestó.

—A aquella hora tuve deseos de saludaros, y me dirigí á estas habitaciones.

—¡Ah!

—Pero despues que vuestra dueña me dijo que estábais indispuesta, despues que supo detenerme una media hora, entré en vuestra alcoba, y contemplé que vuestro lecho estaba desierto. ¡Oh! ¿en dónde os encontrábais á esa hora, María?

Era tan categórica esta pregunta, estaba dicha con tanta energía y con tanto furor, que la hermosa condesa, juntando sus manos en actitud suplicante y dejando correr por sus mejillas gruesas lágrimas, miró á su esposo con sublime resignacion.

—No me contestais, prosiguió este; ¿en dónde estábais á las doce de la noche?

—¡Con la reina!

Una espantosa sonrisa asomó á los labios de Montellano.

—¡Ah! señora, por mas que disfrazais vuestras palabras, huyen vuestro rostro multitud de señales que os hacen traicion. La reina estaba sola en palacio á las once.

—Os juro que es imposible.

—Silencio, María. Esto va tomando proporciones interesantes, y no quiero que mancheis esos labios con juramentos inexactos. Conozco que debo seguir el hilo de esta curiosa historia, para que sepais que vuestro esposo piensa en vos bastante á menudo, mucho mas cuando despues de quince años de matrimonio faltais de vuestra casa á las doce de la noche.

—¡Oh! ¡Esto es horrible! exclamó la pobre condesa.

—Escuchadme, dijo Montellano; viendo que no os encontraba en vuestro lecho, quise buscaros, María.

—¿Y qué hicisteis?

—Me dirigí á casa de unos amigos, donde es fama que van á perder su virtud y á brindar su amor muchas damas de la corte.

—¡Oh! exclamó la condesa mas aturdida.

—Pudiera ser que estraviada entre las sombras nocturnas...

El conde fijó de nuevo sus ojos en su esposa con la tenacidad de un hombre que se ceba poco á poco en la venganza.

—No sé lo que quereis decir, añadió María luchando consigo misma, si debía ó no debía referir á su esposo las escenas de la noche anterior.

Sin embargo, conoció que sería empresa inútil, por el convencimiento en que estaba de que la reina se habia retirado á las once, y toda justificacion sería en balde, sino perjudicial.

El diálogo continuó.

—Condesa, dijo Montellano, siempre con aquella calma terrible precursora de la tempestad, os he dicho que me dirigí á casa de unos amigos...

—En efecto.

—Pues ahora debo contaros una escena sumamente curiosa. Figuráos que me encontré al duque de Medina Sidonia y á su amigo el conde de Liches.

María tembló de nuevo.

—¡Oh! ¿y qué os sucedió?

—Que vi brillar en las manos del duque un anillo completamente igual, con idénticas piedras y trabajado por el mismo artifice, que aquel que tuve la dicha de regalaros en un día de amor y de cariño.

—¡Me habeis regalado tantos!...

—Hablo del anillo de rubies que siempre llevais en vuestra mano.

Y el conde, que hasta aquel instante no habia querido fijar sus ojos en las manos de su esposa, prosiguió:

—Os confieso, señora, que tuve celos, porque en el loco delirio de mi amor, habia llegado á creerme que era insultar á mi María llevar alhajas que se asemejasen siquiera á las que ella usa; os confieso que cediendo á un sentimiento poderoso, exigí aquella sortija por cuantos medios me parecieron convenientes; y ya que no pude alcanzarla de grado, intenté alcanzarla por fuerza.

—¡Ah! exclamó la condesa espantada.

—No os asusteis, señora, vuestro esposo desafió al duque solo por una presuncion.

— ¡Dios mio ! ¿y ese desafío?... El conde dijo de nuevo...

— ¡Debe verificarse esta noche , porque las presunciones son terribles, María. Yo no podia resistir la idea de que el duque poseyese una alhaja que os pertenecia ; una alhaja que era el símbolo de mi amor , el talisman de mi cariño , la espresion viva y palpitante de mi fé. — Por eso , María , he venido aquí para deciros : Señora , enseñadme esa funesta sortija que ha producido en mi alma un dolor agudo ; enseñádmela antes de morir atravesado por la espada del duque de Medina Sidonia , ó de que yo le mate y me inhabilite para siempre. —

— Aquí tienes la sortija , exclamó María , cayendo medio desmayada á los piés de su esposo , al mismo tiempo que presentaba una de sus manos donde brillaba la alhaja que Mira de Amesqua le habia entregado pocos momentos antes. —

Cuando Montellano vió caer á sus plantas á María , levantóse de su asiento dominado por una suprema venganza , y llevó la mano al cinto , donde brillaba un hermoso puñal cincelado ; pero cuando vió la sortija de rubies en la mano de su esposa , entonces lanzó una especie de rugido , y llevándose la mano á la frente , cayó de nuevo en el sillón. —

Toda esta escena fué mas rápida de cuanto hemos tardado en describirla. —

— ¡ Oh ! exclamó el conde , no comprendiendo lo que le pasaba ; y sin embargo , esa sortija maldita es la misma que anoche vi en la mano del duque... María , en nombre del cielo ó del infierno , decidme la verdad ; acabais de confundir todas mis ideas ; yo no quiero persuadirme de que seais criminal ; pero esa sortija que veo en vuestra mano , os delata en vez de justificaros ; decidme qué habeis hecho en esa hora de la noche que estuvisteis fuera de casa , antes que me vuelva loco. —

Pero la condesa , lejos de responderle , abrazaba sus rodillas con el mas delirante frenesí , y solo tenia presente el terrible desafío que iba á verificarse. Al mismo tiempo conocia la inflexibilidad de su esposo , y ya fuera inocente ó culpable , nada evitaria aquel funesto duelo que se representaba en su imaginacion con los colores mas espantosos. —

Despues que el dolor se hubo estinguido en parte entre la desesperacion de aquellos dos corazones,

—¿Conque dudais de mí? exclamó María en el tono de la mas suprema desesperacion.

—Dudo de todo, hasta del aire que respiro.

—¡Ah! y os espondeis á morir cuando vuestra esposa es inocente, cuando postrada á vuestros piés os jura por todos los ángeles del cielo que ni aun con el pensamiento ha manchado vuestro honor.

—Pero ese anillo, María, habla mas alto que vos.

—¡Oh! ved aquí lo que son los hombres; y sin embargo, yo os pido por todo el amor que me habeis tenido, que no espongaís vuestra vida por una triste apariencia. Vos no lo sabeis; pues vuestra esposa moriria de dolor, si vos muriéseis. Juradme, esposo mio, que no os batireis, y os contaré la verdad de lo que ha sucedido.

El conde lanzó un sonoro grito, como si le hubiese estallado una arteria.

—¿Conque es verdad? exclamó frenético.

—No es eso lo que yo deseo. Decidme si os batireis.

—Sí, y mil veces sí. Anhele beber la sangre del duque, ó que este derrame hasta la última gota de la mia.

—Entonces, exclamó María poniéndose de pié y tomando una actitud suprema, puesto que mis palabras nada valen para vos, puesto que vuestra esposa es criminal en vuestro concepto, corred á ese desafio que mancha mi nombre, hasta ahora tan puro. Sufriré en silencio el resultado de la lucha. Si moris en ella, vuestra esposa os seguirá al sepulcro, y allá arriba os convencereis de mi inocencia y lealtad; y si, lo que le pido al cielo desde este momento, triunfais en el combate, os quedará el remordimiento de haber muerto á un hombre sin razon y sin justicia.

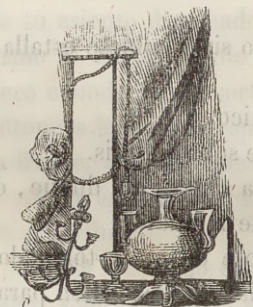
La condesa miró á su esposo con dolorosa resignacion, y salió de la estancia como herida por la mano de la fatalidad.

El conde quedó inmóvil en el sillón.



XVIII.

Ventajas que pueden resultar de una estocada recibida en el fondo de un bosque.



a inmensidad de dolores que agoviaban al corazón de aquel hombre, hizo que no sintiese la sorda carrera de las horas que pasaron en silencio, como las sombras de lo pasado.

Hay postraciones tan supremas, que el alma parece abandonar la materia para lanzarse á esos espacios sin fondo que existen en las regiones de lo infinito.

Las sombras de la noche principiaban á estenderse, cuando volvió de aquel extraño sueño que habia embargado sus potencias.

Recordaba confusamente la escena que habia tenido con su esposa, y deseó con doble fuerza el instante de luchar con el duque de Medina Sidonia.

Era una necesidad de su alma.

Sin embargo, el hombre de corte tiene que ser hombre de corte hasta el último momento.

Es preciso que se ría para ocultar sus dolores; tiene que permanecer indiferente á los sentimientos del corazón, porque sería ridículo el manifestarlos; es necesario mofarse de todo,

como Augusto en el instante de lanzar el último suspiro; es indispensable afectar un pecho de mármol, ocultar los suspiros, devorar las lágrimas y extinguir las quejas, porque de otro modo el hombre descendería á ser un ente demasiado material y sensible.

El conde sabia esta terrible página de la vida del cortesano, y trató de seguirla al pié de la letra.

Cuanto mayor es el dolor y la desesperacion, mas fácil es ocultarlos á la multitud. Hay cierto consuelo en esa lucha que se entabla entre el alma y el cuerpo.

Montellano se miró á un espejo para borrar las huellas del padecimiento, vistióse con elegancia, pues debia ir al teatro para proseguir una nueva lucha, la de su ambicion; y como si nada le hubiera pasado, se dirigió hácia los salones exteriores, dispuesto á perecer en el desafío ó matar al duque de Medina Sidonia.

Acordóse entonces que le faltaban padrinos, y se decidió á buscarlos.

Al mismo tiempo un jóven se presentó en el salon.

Por la palidez de su rostro conociase que un reciente padecimiento habia marchitado el esplendor de su juventud; estaba desgredado y caminaba con alguna dificultad, como si se lo estorbase un dolor oculto.

El conde estrañó aquella visita y retrocedió un paso.

No conocia al jóven y principió á impacientarse, temiendo ser detenido, cuando los momentos eran tan preciosos.

— Caballero, ¿qué quereis? le dijo, sin mirarlo apenas.

Venia á daros las gracias, señor conde, contestó el manco saludando.

— ¡A mí! ¿Tuvierais la bondad de decir del qué?

— Fácilmente lo comprendereis. Yo soy el herido que anoche recogisteis en vuestra casa.

En efecto, aquel jóven amarillo, descompuesto y vacilante, era Carlos.

El conde vivamente interesado al oir esta noticia, y acordándose al mismo tiempo del encargo que le habia echo el rey, exclamó:

La caza.

— Vos! ¿Pero sin duda estáis loco al haber abandonado el lecho?

— Todo lo contrario.

— ¿Acaso estáis mal asistido?

— Nunca lo he estado mejor.

— Entonces...

— Perdonad, señor conde, dijo Carlos, la impaciencia es el elemento mas poderoso de mi carácter; así es, que habiendo oído á los médicos que la herida no es peligrosa y que apenas tengo calentura, me he levantado, deseoso de ver á mi protector. Pero hubiera faltado á un deber, si no os diése las gracias antes de partir.

El conde miró á Carlos con admiracion, al comprender que dentro de aquel corazon enfermo existía un espíritu fuerte y enérgico.

— Sin embargo, siempre será una locura lo que habeis hecho. Ahora desearía saber, quién es vuestro protector.

— El padre José Espinar, lector de San Francisco.

— ¿Quien os visitó anoche?

— El mismo.

El conde le ofreció un asiento, que el jóven rehusó.

— Dispensadme, dijo: advierto que vais á salir, y no quiero importunaros.

— Todo lo contrario, amigo mio; aun es temprano, y hay tiempo para que descanséis un momento.

A tan atenta contestacion, Carlos no pudo disculparse de nuevo, y se sentó con alguna dificultad.

Aprovechándose el conde de esta circunstancia para cumplir con los deseos del rey, le preguntó:

— ¿Os duele la herida?

— Un poco, señor conde; es un ligero rasguño.

— Sin embargo, la estocada estaba bien dirigida.

— Se detuvo en una de las costillas, y apenas ha profundizado.

— Mas vale así. ¿Es acaso la primera herida que habeis recibido?

El jóven se ruborizó á esta pregunta.

— Sí señor, es la primera.

— Habéis principiado muy temprano la carrera de los valientes.

— Fué un lance inevitable, os lo juro.

— Lo comprendo, cosas de amor; ¿no es eso?

— Exactamente.

— Dichoso vos, que principiais de un modo heroico. Habéis tenido el honor de luchar con un alto personaje de la corte.

— Hubiera peleado con Satanás en persona.

— ¡Cáspita!

— Figuráos, que dos caballeros se empeñaron en seguir á dos damas que yo acompañaba.

— Entonces, vuestra es la razon, y nada mas hay que decir. Despues hablaremos de eso. Ahora desearía merecer de vos un favor.

— Mi gratitud es tan superior, contestó el jóven, que tenéis derecho para exigirme lo que querais.

— Sea así, dijo Montellano con agradable sonrisa. Deseo saber cómo os llamais.

— Carlos.

— ¿Carlos á secas?

— ¡Oh! no; mi apellido es Vargas.

— Ilustre apellido. ¿Teneis familia en Madrid?

— No señor.

— ¿Cuál es vuestra ocupación?

— Estudiante.

— ¿De qué facultad?

— De leyes.

— ¿Estais muy adelantado en la carrera?

— Estudio las Pandectas y el Digesto.

— Eso se llama ser ya casi abogado.

— Todo se lo debo á mi protector.

— ¿Os costea la carrera?

— Sí, señor conde, yo soy un pobre muchacho que vine á Madrid confiado únicamente á la bondad de la Providencia.

— ¿Conque sois pobre?

— Como las ánimas benditas.

El conde no pudo dejar de sonreirse con la franqueza del jóven.

— ¿Y qué pensais hacer cuando seáis abogado?

— Irme á mi pais.

— ¿Cuál es?

— Sevilla, la tierra de la luz y la alegría.

— ¿Conque sois andalúz? ¡Vuestro carácter lo revela!

— Bien puede ser.

Hubo una nueva pausa en que los dos interlocutores se miraron en silencio: de pronto el conde de Montellano le dijo:

— ¿Sabeis una cosa?

— Qué.

— Que me habeis interesado vivamente.

— Gracias, señor conde.

— Si vos no os resistís por un sentimiento de delicadeza, quisiera hacer algo por vos.

— En la actualidad, y gracias al padre lector de San Francisco, nada me falta.

— Lo comprendo; pero esto no quita el que yo pueda seros útil en algo.

— Os lo agradezco en extremo, señor conde.

— Seré mas explícito, señor don Carlos de Vargas; no soy yo el único que quiere interesarse por vuestra suerte. Hay otra persona mas elevada que yo.

— Pero ¿qué he hecho yo para merecer tanto?

— Es que habeis cogido la ocasion por los cabellos.

— En ese caso acepto tantos favores.

— Perfectamente, querido, dijo Montellano. Voy á haceros un hombre de provecho. En primer lugar es preciso que seáis tan franco conmigo como con vuestro corazón. Hablais con un hombre que os estima, y que hará por vos toda clase de sacrificios.

Carlos se inclinó.

— Me habeis dicho que sois pobre.

— En efecto, contestó el mancebo, tiñéndose su frente de un ligero rubor.

— Por consecuencia vuestro bolsillo no andará muy desahogado.

El orgullo de los andaluces es afectar que nada necesitan; y Carlos no hubiera descubierto su falta de dinero por todo el oro del mundo que jamás había contado, á no ser algunas monedas de plata.

— Señor conde, contestó con arrogancia, mi bolsillo está siempre provisto para atender á mis cortas necesidades.

— Pero es que vuestras necesidades, de aquí en adelante, van á ser mayores.

— No os comprendo.

— Lo comprendereis cuando sepais, que voy á presentaros en la corte.

— ¡Ah!

El jóven creyó que principiaba para él uno de esos magníficos cuentos de las *mil y una noches*.

— Nada os espante, amigo mio: la corte os brindará con un porvenir que vuestro talento sabrá aprovechar; pero volvamos á la primera cuestion. Ya comprendereis que la bolsa de un estudiante, aunque este se halle protegido por el tector de San Francisco, no es suficiente para los nuevos gastos que se os ocurrirán.

— Pero...

— No me repliqueis, es indispensable que acepteis una cantidad que os ofrece vuestro nuevo protector.

Aunque Carlos necesitase de todo el mundo, resistióse su orgullo á aquella proposicion.

— Dispensad, señor conde, pero yo no puedo admitir dinero de protectores que no conozco.

Y al decir esto, el jóven irguió la cabeza con arrogancia.

— ¡Hola, amiguito! parece que sois orgulloso. Eso no es malo, y desde ahora formo una idea mas elevada de vos.

— Gracias.

— Es decir que no admitis dinero, admitireis un préstamo.

— Tampoco.

— ¿Por qué?

— Porque no puedo pagar.

— ¡Eh! no penseis en eso. De nobles es el tener trampas; por lo tanto ahí teneis doscientos escudos.

Cárlos no supó qué contestar á la lógica del conde, y concluyó por tomar la bolsa que este le presentaba.

— Ahora, prosiguió Montellano, sepamos otra cosa.

— Caballero, os debo doscientos escudos, contestó el manco.

— No penseis en eso, y vamos á lo principal.

— Decid.

— ¿Cómo os sentis de la herida?

— Perfectamente.

— ¿Os conoceis con fuerzas para estar fuera del lecho?

— Al levantarme, tomé la determinacion de no volver á entrar en él.

— Corriente: entonces vais á venir esta noche conmigo.

— ¿Adónde?

— Al teatro del Buen Retiro.

La espresion de alegría que se pintó en el rostro de Cárlos, fué inmensa.

— Conde, dijo alegremente, me estais haciendo creer en los cuentos de las hadas.

— Pues qué, ¿no habeis estado nunca en el teatro?

— Jamás.

— Ya vereis cuánta magnificencia.

— ¿Irá el rey?

— Sí. Pero debo daros un consejo.

— Dádmelo; os juro que lo seguiré al pié de la letra.

— Ya adivinareis, que vuestro traje de estudiante no es el mas á propósito para presentarse en tan lúcida concurrencia.

Cárlos derramó una triste mirada sobre su equipage, y moviendo la cabeza, dijo pausadamente:

— Es verdad.

— Sin embargo, esto no es un obstáculo.

— ¡Cómo!

— Ya sabeis que en los portales de la calle Mayor hay elegantes roperías.

—Exactamente, replicó Carlos, dándose una palmada en la frente.

—Con doscientos escudos bien podeis vestiros de los piés á la cabeza de un modo admirable.

—¡Oh! estais tentando, señor conde, mi prudencia.

—No penseis en ello y manos á la obra: ¿estais decidido?

—La tentacion es irresistible.

—Bravo; pero escuchadme: procurad que la ropa que compreis no esté bordada de plata y oro; eso está prohibido por los reglamentos suntuarios de don Luis de Haro.

—Seguiré vuestras instrucciones.

—Buscad un traje que reuna la sencillez á la elegancia. Vos sois un guapo chico, como se dice vulgarmente, y os sentará á las mil maravillas.

Eran tan brillantes todas las ideas del conde, que Carlos no volvió á acordarse de su herida, por mas que esta le escocia. Tan cierto es que la felicidad en la juventud estriba en cosas bien ligeras.

El jóven, sin esperar nuevas palabras, iba á echar á correr para dirigirse á los portales de la calle Mayor.

—¿Adónde vais? prosiguió el conde deteniéndolo.

—A dar al diablo esta maldita sotana negra.

—Esperad; quiero que vayais en coche.

Carlos se restregó los ojos, por si estaba durmiendo.

—¡En coche!

—Vuestra herida no os permite fatigaros. Advertid que despues teneis que reuniros conmigo en el palacio del Buen Retiro, y no podreis llegar por vuestro pié.

—Es cierto.

—Por lo tanto, aceptad mi ofrecimiento.

Por mas que el jóven hubiera querido resistir á tentaciones tan deslumbradoras, le faltaba la voluntad; y tuvo que ceder, á pesar de la indocilidad de su orgullo, á ir en coche á los portales de la calle Mayor.

—Admito todas vuestras bondades, dijo por último, despues de un momento de reflexion.

—Entonces, os esperaré á las siete en las puertas del Retiro. Aun teneis una hora para vestiros.

Cárlos saludó y fué á salir. Temia que aquella felicidad inesperada se le escapase de las manos.

—Un momento, querido, prosiguió el conde deteniéndolo.

—¿Qué me mandais? preguntó, Cárlos.

—Interin enganchan el coche, voy á participaros una noticia que puede interesaros.

—Decid.

—La corte tiene sus precipicios como todas las sendas de la vida. Será muy probable que yo caiga en uno de ellos á eso de las once de la noche, y esto seria una fatalidad para vos, si no me anticipase á prevenir el mal.

Hay ciertas palabras que se introducen como un puñal en el corazon; palabras que ennegrecen el dorado velo de nuestras ilusiones. Cárlos descendió algun tanto del elevado pedestal en que se habia subido, y dijo:

—No os entiendo bien, señor conde.

—He querido decir, replicó este, que el mar de la corte suele tener de vez en cuando sus tempestades. ¿Me entendeis?

—Tampoco.

—Seré mas esplicito. La metáfora es hoy una moda del language, y ved la razon por lo que no me comprendeis. Ese precipicio que os he indicado, es que esta noche á las once tengo un desafio.

—¡Ah! ¿un desafio?

Y Cárlos, mas se espantó de la indiferencia conque el conde le comunicó la noticia, que de la noticia misma.

—Es cosa corriente entre nosotros, á pesar de hallarse absolutamente prohibidos. Por lo tanto, si me matan...

—¡Ah! lo comprendo todo, adios proteccion.

—Ved aqui lo que yo quiero evitar.

Menudas gotas de sudor brotaron de la despejada frente del jóven.

—¿De qué modo? se atrevió á decir.

—Cabalmente lo voy á poner en vuestro conocimiento. Creo, jóven, que sois hombre de valor.

— Mi aprendizaje principió anoche.

— Es bastante. Vuestro apellido es noble, según parece.

— Desciendo de Garci-Perez de Vargas, conquistador de Sevilla.

— No hay mas que decir. Vais á ser testigo mio.

Una emocion ardiente y generosa corrió por las venas del jóven. Jamás habia experimentado sensaciones tan vivas; y no solamente se encontró dispuesto á servir al conde de testigo, sino que hubiera derramado espléndidamente su sangre por él.

— Mucha es la honra que me haceis al encargarme para tan arriesgado negocio, dijo; pero soy vuestro en cuerpo y alma, y os juro que sabré corresponder dignamente al cargo conque me habeis investido.

Montellano apretó la mano del jóven con sincera amistad.

— ¡ Oh ! gracias; por lo tanto, volvamos á la cuestion del desafío.

— Volvamos.

— Si tengo la desgracia de morir, os autorizo para que me tális vuestra mano en mi pecho.

— Lo haré así.

— En él encontrareis una carta.

— ¿ Y qué debo hacer con ella?

— La entregareis á la persona á quien vaya dirigida. De ese modo tendreis otro protector mas poderoso que yo.

Cárlos, con la confianza de la juventud, esa diosa de la esperanza que nos sonríe siempre á los veinte años, contestó:

— No será necesario nada de eso. Triunfareis, señor conde.

— Agradezco vuestro deseo. Ahora solo me resta buscar otro testigo.

— ¿ Necesitais dos?

— Sí.

— Yo puedo proporcionaros uno.

— ¿ Quién?

— Baltasar.

— ¿ Y quién es Baltasar?

— Mi mejor amigo, mi camarada, mi hermano.

— Ya comprendereis, observó Montellano sonriéndose, que

es necesario saber qué clase de sugeto es ese que me proponéis. Mi competidor llevará sus testigos escogidos, tanto en nobleza como en valor.

—Respondo de la una y del otro. Baltasar es un muchacho valiente entre los valientes, y su alma es el centro de sus nobles pensamientos.

—Pero Baltasar ¿quién es?

—Un jóven como yo, perdido en el océano de la corte.

—No es eso lo que deseo saber: ¿á qué se dedica?

—A la poesía.

—¡A la poesía! exclamó el conde sorprendido.

—Sí; compone versos como Calderon, improvisa mejor que Quevedo, es un genio de cuya imaginacion se escapan á manera de relámpagos los conceptos mas atrevidos, los pensamientos mas brillantes, las ideas mas deslumbradoras.

—¿Conque tal es vuestro Baltasar?

—Sí.

—Entonces, os autorizo para que lo citeis esta noche á las once al cerrillo de San Blas.

—Estad seguro, caballero, que no faltará, aunque le importe la salvacion.

Un sordo ruido causado por las pisadas de los caballos y las ruedas de un carruaje indicaron al conde que el coche estaba enganchado.

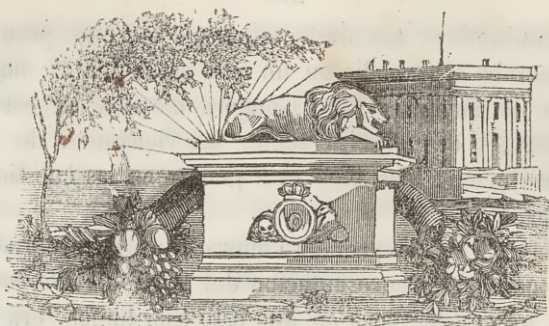
—Por lo que oigo, dijo, el coche os aguarda, amigo mio, y no podemos perder mas tiempo. No olvidéis ninguno de mis encargos. ¿Os hace falta mas dinero?

—No señor.

—Pues hasta luego.

—Cárlos saludó, y sin acordarse de la herida, salió rápidamente de la habitacion.

—Ahora, exclamó el conde cuando se vió solo, ahora, corazón mio, dá el último adios á esta morada que en dias mas dichosos fué el templo de tu felicidad, y corre en busca de la ambicion ó de la muerte, que te llama con la sonrisa en los labios.



CAPITULO XIX.

El teatro del Buen Retiro.



ELIPE IV habia construido el palacio del Buen Retiro para sus placeres, y dentro de él habia edificado un teatro para sus poetas y comediantes.

Bien es cierto, que al levantar este magnifico edificio, del que apenas queda hoy el polvo de los recuerdos, habia querido dar una muestra de su inmenso poderio, mientras que por todas partes iba declinando el esplendente sol de su destino.

Pero esto no era una decadencia completa. Lo que perdíamos en gloria militar, lo ganábamos en gloria literaria.

Nunca la musa española habia pulsado su arpa con tan delicadas vibraciones; nunca se habia enriquecido ninguna corte con poetas mas célebres, con genios mas fecundos, con imaginaciones mas brillantes.

Así es, que nunca hubo reinado que mirase con mas indiferencia la mutilacion exterior de nuestra monarquia.

¿Y para qué llorar? se perdía una provincia; pero Lope de Vega componía una comedia que hacia olvidar al rey su re-

ciente pesadumbre: nos destrozaban un ejército; pero Calderon presentaba el remedio en un auto sacramental: nos insultaban los estrangeros; pero Góngora elevaba su estandarte culteranista, y era preciso seguir las vicisitudes de aquella nueva revolucion, más bien que pensar en las cuestiones diplomáticas.

Fácilmente se comprenderá ahora, con cuánto gusto concurría la corte á la representacion del *Conde de Alarcos*; y adviértase, que en la época en que esto escribimos, era cuando Felipe IV principiaba á derramar una sombría mirada sobre la herencia que le habia dejado su padre, notando que de esta acababa de desaparecer mas de una tercera parte.

Mas semejante observacion, por lúgubre que fuera, no podia evitar que el rey fuese á saborear la armonía de aquellos versos celestiales y el argumento de aquellos dramas conque los franceses enriquecieron su repertorio, á fuer de excelentes plagiarios y rapsodistas.

Así es, que no se estrañará ver al rey seguido de toda su corte presentarse en aquel teatro resplandeciente de luces, de oro y de bellezās, con la satisfaccion pintada en el rostro; en aquel teatro donde se ejecutaron tan hermosas comedias, y que ha dado materia á escritores mas concienzudos que nosotros para escribir largos y curiosos artículos.

La orquesta estaba en su puesto esperando la señal de S. M. para romper en un diluvio de notas rápidas y brillantes. Felipe ocupaba un estenso palco ó balcon colgado de terciopelo carmesí, en el cual cabia muy holgadamente toda su comitiva, mitad aristocrática, y mitad literaria.

En otro palco inmediato estaba la reina con su espléndida corte de damas y meninas, como la luna rodeada de estrellas.

Escusado es decir que todas las miradas masculinas iban á parar á aquel foco de hermosuras.

Mariana de Austria tenia á su lado á la condesa de Montellano, la única flor demasiadamente pálida que ni sonreía ni hablaba entre aquella turba de jóvenes bulliciosas que se desvivían por agradar. Solo de cuando en cuando miraba al palco del rey para ver si descubría á su esposo; pero su mirada solo

habia encontrado la mirada insolente y algun tanto provocativa del duque de Medina Sidonia.

La desgraciada ni aun tenia fuerzas para llorar.

Por el contrario, Mariana de Austria estaba triunfante y orgullosa. Llevaba prendido en la cabeza el lazo de brillantes que tanto le habia dado que pensar, y cuyos resplandores fueron á turbar los ojos del conde de Liches, que no sabia cómo esplicarse aquella especie de hechiceria; pero lo cierto era, que al ver lucir aquellos brillantes tan insolentemente, encontraba un reto en ellos mas bien que un insulto; una provocacion mas bien que un desprecio.

El conde de Liches se preciaba de elevado conocedor del corazon humano, y creyó que el ánimo de la reina, al adornarse con el famoso lazo, era algo mas que una casualidad ó un deseo. Esto fué lo suficiente para que brotase un oscuro rayo de esperanza en el fondo de su corazon.

Demasiado hábil para averiguar la verdad, le era preciso hacer todo lo posible para acercarse á la reina.

Bullia la corte del rey en torno suyo, siguiendo todos sus movimientos; riéndose, si él reia, y enmudeciendo, si él callaba.

De pronto Felipe miró á todas partes como quien busca una persona. Todos los demás hicieron lo mismo, aunque ignoraban lo que el rey buscaba.

— ¿Ha venido Quevedo? preguntó por último el monarca.

Destacóse del fondo del palco una figura alta y satirica, si bien contorneada noblemente, con un traje negro.

— Aquí me tiene V. M., contestó el poeta, inclinándose graciosamente.

— ¿Ah! ¿dónde estabas metido?

— Me hallaba como Júpiter, señor, envuelto en nubes.

El rey se sonrió á esta ligera ocurrencia de Quevedo, que significaba algo mas que un chiste.

— ¿Hola! exclamó Felipe despues de un instante; ¿y con qué objeto estabas asemejándote al padre de los dioses?

— Para ver y que á mí no me vean. De ese modo evito estar cerca de mi compañero Apolo.

— ¡ Oh ! ¿ y quién es Apolo ?

— El sol.

— ¿ Pero ese sol debe estar representado en alguno de nosotros ?

— Es claro : ¿ cuál es el astro que mas brilla entre nosotros ?

— ¡ Ah ! te comprendo. ¿ Es decir, que evitas estar cerca de mi ?

— Porque hay mil semidioses que rodean á V. M.

Este atrevido epigrama cayó sobre la cabeza de los palaciegos, causando entre ellos un murmullo de sorpresa é indignacion.

Pero el rey no estaba por sorprenderse ni indignarse , y aquel ruido se convirtió en risa , luego que Felipe tuvo la dignacion de sonreirse.

— Acércate y dejemos á un lado la mitología , observó Felipe despues de un momento.

Quevedo atravesó por medio de la turba de cortesanos y se colocó á espaldas del monarca.

— Aquí me tiene V. M.

— Deseaba preguntarte una cosa.

— Si V. M. se digna decirmela...

— Al instante. ¿ Sabeis dónde se encuentra Mira de Amescua ?

Quevedo hizo como que por vez primera miraba el semblante de todos , y despues de esta revista , contestó :

— Lo ignoro absolutamente.

— Es extraño que siendo él esta noche el héroe de la funcion , no haya concurrido á ella. Es preciso que de órden mia venga al teatro.

— Acaso se encuentre entre la multitud , dijo un cortesano.

Felipe se inclinó hácia fuera , con el fin de registrar todo el teatro ; pero como en aquel instante la reina miraba tambien del mismo modo , se encontraron sus miradas.

— Señora , le dijo , ¿ habeis visto en el teatro á nuestro buen poeta don Antonio Mira de Amescua ?

Este nombre llegó á los oidos de la condesa de Montellano ,

reviviéndose en su corazón toda la gratitud y agradecimiento de que le era deudora.

Olvidó por un instante los rudos tormentos que la hacían sufrir, y buscó á su vez á aquel hombre que se le había presentado para salvar su nombre.

Después de inútiles observaciones advirtió que no estaba en el teatro, y lo sintió.

La reina, por último, hizo presente al rey que no lo veía.

Este se volvió á su corte.

—Quevedo, dispon que busquen á Mira de Amescua y sea conducido á mi palco. No se principia la función hasta que él esté aquí.

En el intervalo que naturalmente había de mediar hasta que principiase la función, volveremos los ojos á otros personajes, no menos interesantes en el transcurso de nuestra historia.

Volvamos los ojos á Carlos de Vargas, que se consideraba como Ganimedes arrebatado por un águila hacia el Olimpo.

No había necesitado mucho tiempo para llegar á la mejor ropería de la calle Mayor y escoger un hermoso vestido de terciopelo negro con gorguera y puños de manga, zapatos charolados cubiertos de un espléndido lazo de raso, medias de seda y ferreruelo, también de terciopelo, forrado de rico tafetan de Florencia de color de fuego.

En seguida pensó en la espada, comprando una con puño de cuero abrigado. Escogió un magnífico castor con una pluma blanca; y cuando se vió en un espejo con semejante atavío, comprendió que le sentaba á las mil maravillas, y que estaba hecho un real mozo en toda la extensión de la palabra.

Y en efecto, Carlos tenía una pierna rígida y nerviosa, un cuerpo esbelto, un talle elegante y proporcionado, un rostro interesante; en fin, todas esas cualidades físicas que son reconocidas y desmenuzadas rápidamente por las mujeres.

Hasta aquel momento el estudiante no había hecho alto en las ventajas que la naturaleza le prodigara. Entonces, fuerza es confesarlo, á pesar de su reconocida modestia, se sintió orgulloso.

Luego que se miró repetidas veces en el espejo, conoció que le faltaba dar el último golpe de mano á su persona.

Este era hacer desaparecer la huella dolorosa que existía en su rostro de resultas de su herida, y arreglar su desaliñada cabellera.

En aquellos tiempos principiaba á conocerse ya ese ente tan necesario en nuestros días que se llama *peluquero*.

Cárlos pagó su cuenta con la esplendidez de un Naval, y se hizo conducir á la mas acreditada peluqueria de Madrid.

Entonces fué completa su transformacion.

Sus hermosos cabellos, domesticados con pomada de jazmin y arreglados por una mano ágil é inteligente, cayeron formando ondulaciones y espléndidos bucles á ambos lados del rostro. Cuando Cárlos se volvió á mirar en otro espejo, no se conoció. Hasta su reciente palidez aumentaba su belleza.

Salió de allí lleno de vida, pues encontraba aun en el calor de aquel traje una cosa nueva, un perfume desconocido, cierta emanacion que elevaba su cuerpo y enaltecía su alma.

Evacuó lo demás que le quedaba por hacer, dejó espantado á su amigo Baltasar, que componia en el camaranchon que le servia de morada una endecha á Argentina, ídolo supremo de sus pensamientos, le obligó á que aceptase la honrosa eleccion que se habia hecho de él por el conde de Montellano, y salió sin preguntar por Laura, señal evidente de que estaba trastornado con la revolucion verificada en su persona.

De este modo llegó á la puerta del teatro, donde le esperaba su nuevo protector.

Este le dió un billete, al mismo tiempo que le esplicaba lo que debia hacer para no llamar la atencion en una sociedad tan escogida, y se separó de él, quedando aplazados para las once.

Cárlos entró en el teatro al mismo tiempo que Montellano en el palco del rey. Aunque nunca habia visto tanto esplendor, no por eso hubo de turbarse: dominó la grande sensacion que experimentára, y fué á sentarse en su sitio con afectada indiferencia.

Por algunos momentos Cárlos no tuvo valor para moverse.

Habia reparado que muchos ojos, tanto masculinos como femeninos, se fijaron en él con esa curiosidad incisiva que penetra en el cuerpo como puntas de alfileres; conocia que su presencia producía un efecto de estrañeza en la multitud, que no dejaba de inquietarlo, puesto que él se consideraba como una planta exótica en aquella reunion; mas haciéndose superior á todo, miró primeramente cerca de sí, despues fijó mas lejos sus ojos y acabó por recorrer de una vez todos los ámbitos del salon, con todos sus detalles, desde el rey al último instrumento de la orquesta.

Cuando el miedo que le dominaba hubo desaparecido completamente, sus ojos se fijaron en un palco.

Al pronto no creyó lo que veía.

En aquel palco estaban Laura y Argentina, las dos preciosas hermanas que vivian oscuramente en la Puerta de Moros, vestidas con tal magnificencia, que el pobre Cárlos, cuyo amor se revivió en aquel instante con doble fuerza, no podia menos de dudar.

Pero si no hubieran sido ellas, no estaria detrás el rigido suizo de pié, inmóvil y cubierto con un enorme y espléndido pelucon.

Confesamos en honor de nuestro estudiante, que en aquel momento todo se borró de su imaginacion: el teatro, el rey, la corte, la lujosa concurrencia que lo rodeaba; y solo pensó en beber en los hermosos ojos de Laura la dicha de su amor.

Pero Laura, ó no habia reparado en él, ó si habia reparado, disimulaba admirablemente.

Cárlos por consiguiente principió á desesperarse, ó mejor dicho, principió á creer que la calentura producida por la estocada de la noche anterior le hacia ver con los colores de la realidad las escenas en que se veía envuelto, no siendo todo mas que un delirio.

Pero fuera lo que fuera, Laura absorbía su vida. Mas ocurriósele un pensamiento.

¿Qué poder hacia que su jóven y modesta dama surgiese de pronto ante su vista con toda la magnificencia de una princesa?

La imaginacion del pobre jóven principió á estraviarse; pero ya que se encontraba allí, concluyó por pensar en que muy pronto se descorrería el telon y vería una de aquellas representaciones que solo tradicionalmente habian llegado á su conocimiento.

El conde de Montellano no lo habia perdido de vista.

Colocado en un ángulo del palco real, lejos de aparecer preocupado con la triple tormenta que rugía en su corazon, miró á sus amigos con natural alegría, saludado con cortesania al duque de Medina Sidonia, y mereció una sonrisa del monarca, que fué devuelta con una profunda reverencia.

Maria, su desdichada esposa, no habia perdido ninguno de estos pormenores. Esperaba que el conde la mirase como tenia de costumbre; pero por mas que buscaba la lumbre de sus ojos, foco sagrado de su amor, no habia podido conseguir ni aun el reflejo de su mirada.

Entonces no tuvo fuerzas para devorar sus suspiros, ni sabia cómo ocultar las lágrimas que incesantemente brotaban de sus ojos. Comprendió que su dolor podia descubrirse entre aquella *turba de damas bellas*, segun la frase de Góngora, y ya se iba á levantar de su asiento, cuando la reina, que era su verdadera amiga mas bien que su soberana, se acercó á ella y le dijo casi imperceptiblemente:

— ¡ Oh! ¿qué tienes, María?

Levantó la condesa sus hermosos ojos bañados de lágrimas, y contestó:

— Me ahogo, señora; no puedo estar en este sitio.

— ¿Estás indispuesta?

— Me estoy muriendo.

Mariana de Austria comprendió que algo de terrible pasaba en el corazon de su amiga; y haciendo una seña para que sus damas se retirasen lo suficiente para que no pudieran oír la conversacion, prosiguió:

— Pero ¡Dios mio! ¿qué te ha pasado? ¡Estás llorando! Oculta esas hermosas lágrimas con tu abanico: este accidente pudiera llamar la atencion de la corte y dar lugar á estrañas suposiciones.

María hizo un esfuerzo supremo sobre sí misma, y quedó al parecer mas tranquila.

—Dispéñeme V. M. que apenas pueda...

—Pero ¿qué sentimiento te atormenta?

—Una desgracia atroz.

—¡Una desgracia! sepamos cuál es.

—Señora, mi esposo vió el anillo de rubíes en las manos del duque de Medina Sidonia.

—¿Y es eso todo?

—Es el origen de mi dolor.

—No deja de ser curioso el asunto, exclamó la reina con aquella ligereza que siempre formó su carácter. ¿Es decir que tu marido te ha dado celos?

—Al contrario.

—¡Cómo!

—Mi marido, señora, ha estado terrible conmigo.

—Eso es una falta de galantería.

—Sin embargo, yo no hubiese temido sus espresiones, si él no dudase de mí.

—¿Luego duda?

—Sabe en primer lugar que yo acompañé á V. M. á la ver-bena.

—¿Y eso le molesta? preguntó la reina levantando con desden su labio superior.

—¡Oh! no señora, contestó María suspirando; pero el rey le dijo que V. M. habia vuelto á palacio á las once.

—En efecto, así se lo he hecho creer.

—En su consecuencia, como yo regresé á mi casa á la una...

—¡Pobre amiga mia! ¿Y el conde sabe esto?

—Sí señora.

—¿Pero tú no has dicho nada?

—He debido inmolarme por salvar todas las apariencias.

—¡Cuánto sacrificio! ¡y todo por mí!

—¿Que seria de nuestra reputacion, si se supiese la aventura de anoche?

Una palidez repentina inundó por algunos instantes el rostro de la reina.

—Es cierto, murmuró sordamente mordiéndose los labios; pero sin embargo, tu nombre sufre en el concepto de tu esposo.

—¿Y qué he de hacer? ¡Oh señora! por eso sufro en medio de la alegría general. También hay otra causa poderosa, mas cruel para mí que todas las suposiciones que el conde pudiera formar de mí.

—¿Otra?

—Sí. Ya dije á V. M. al principio, que mi esposo habia visto en las manos del duque el anillo de rubies.

—En efecto.

—Pues bien, de resultas de esto, el conde lo ha desafiado.

—¡Oh! exclamó la reina poniéndose pálida de nuevo; eso es muy sério.

—Ved aquí el origen de mis lágrimas, exclamó la condesa.

En aquel instante Maria levantó sus hermosos ojos con esa espresion sublime del sentimiento.

—Pero ese desafio acaso no llegue á realizarse.

—Todo al contrario.

—¿Conque se llevará á efecto?

—Esta noche á las once.

—¿Y en qué sitio?

—Lo ignoro.

—¡Pobre amiga mia! exclamó la reina acompañándola en su dolor; es preciso evitar á todo trance una desgracia.

Estas palabras consoladoras cayeron sobre el corazon de Maria como un rocío bienhechor.

Al mismo tiempo sintióse un creciente murmullo en el palco del rey, y tanto la reina como las damas, miraron hácia él.

Era producido por la entrada de Mira de Amescua, que conducido por Quevedo, marchaba pálido y desconcertado por haber abandonado su soledad.

El poeta se inclinó ante el monarca, y este lo recibió con notable benevolencia.

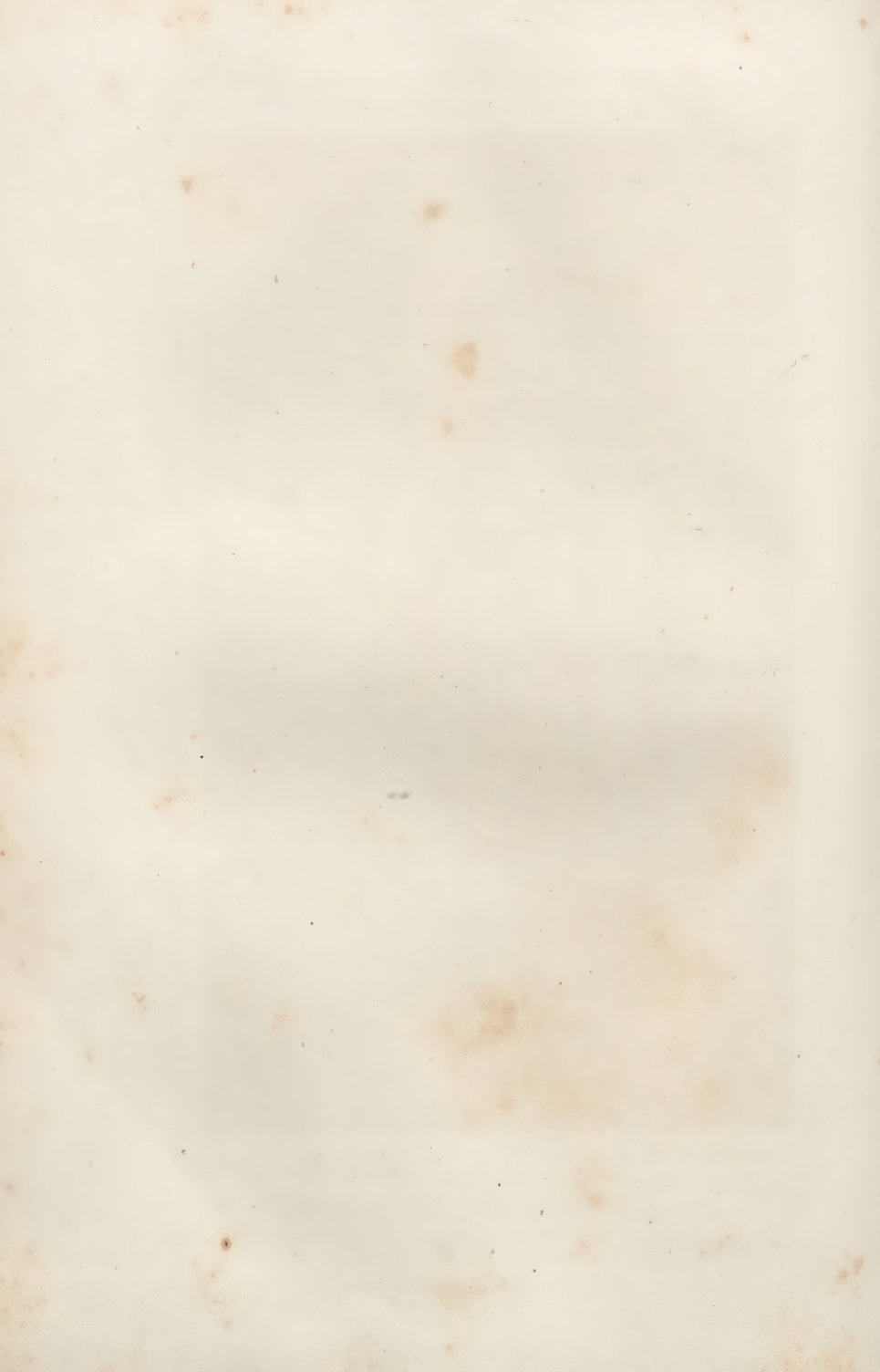
Al levantar su cabeza, sus ojos se fijaron en el palco de la



Moreno lit.

Lit. de Sanchez Huertas n.º 16.

D. ANTONIO MIRA DE AMESCUA



reina, y sintió que su corazón temblaba al ver el semblante angelical de la condesa de Montellano.

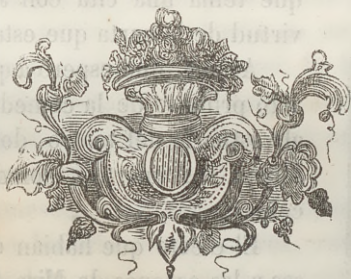
Estaba herido por el rayo, y Mira de Amescua con el instinto de su amor comprendió lo que pasaba dentro de aquel cuerpo, á quien habia dedicado todos sus pensamientos y consagrado todas sus poesías.

Quedó inmóvil contemplándola.

Al mismo tiempo el rey hacia una señal y se levantaba el telon.

— He querido teneros á mi lado, dijo en seguida á Mira de Amescua. Quien hace tan hermosos versos y quien compone comedias como *El conde de Alarcos*, es digno de la amistad de Felipe IV.

Y principió la representacion.





XX.

Dos corazones que se aman.



El conde de Montellano no habia olvidado que tenia una cita con Josefa Vaca, en virtud de la carta que esta le remitió.

Asi es, que esperó á que terminase el acto primero de la comedia para dirigirse al vestuario del teatro, donde los cómicos tenian sus cuartos, como los frailes sus celdas.

El efecto que habian causado los versos y las escenas de Mira de Amescua era prodigioso: la armoniosa fluidez conque estaban compuestos arrancaba aplausos que el mismo Felipe IV era el primero en iniciar: el público volvia los ojos para contemplar al autor, que tenia la modestia de estremecerse á cada palabra, mientras que la impaciencia agitaba á todos los corazones por el deseo de saber el argumento.

La misma condesa de Montellano se habia visto obligada á dar tregua á su dolor, para ir escuchando aquellos versos que,

como las flores del pensamiento, llenaban su alma de perfumes desconocidos.

Cada palabra de la comedia parecia empapada en una amargura eterna, como el eco desesperado del marinero que se ahoga en medio de la tempestad. En aquellas escenas de amores donde mas tiernas debian ser las espresiones, existia una queja que revoloteaba sin duda en la imaginacion del poeta. Aquí habia un pensamiento que era la huella fugitiva de un recuerdo; allí una frase que equivalia á una lágrima.

Maria adivinaba en todo esto la historia de lo pasado, en aquel corazon marchito al parecer; comprendia la calma del martirio, una voz sin esperanza que se elevaba como la de un genio sin alas, como la de un arcángel sin aureola.

Entonces, por esa atraccion de las almas que lloran, comprendió que se podian dar la mano, ella mujer infortunada, y él poeta desgarrado.

Varias veces arrebatada por aquella melodiosa poesia que desgarraba su corazon, habia vuelto sus ojos impregnados de lágrimas hácia el inmóvil autor que al lado del rey pretendia sustraerse de los aplausos de la multitud.

En aquel momento sus miradas se habian encontrado, confundiendo sus rayos y entablando un mudo diálogo, fiel intérprete de los tormentos que sufrían. Se buscaban como pudiese buscar la desgracia el débil apoyo del infortunio, como si en el fondo de sus pupilas existiese una luz misteriosa que los atragara mutuamente.

Mira de Amescua quiso resistir el poder de la encantadora. Evocó la triste historia de sus amores, rosas marchitas que él habia conservado como las reliquias sagradas de su pensamiento; trató de escusarse con el rey para evitar aquella lucha desesperada en que siempre triunfaba la árida razon de sus facultades, en que la fantasma de lo pasado se elevaba entre él y aquella jóven de quince años para decirle con voz sarcástica: *¡Imposible!*

Sin embargo, en aquel semblante pálido y hermoso se retrataba un dolor profundo, una desesperacion negra como la noche, una incertidumbre amarga como la del destino. ¿Qué

huracan habia pasado sobre aquella flor para agostar su brillantez y lozanía?

El poeta quiso leer algo en el fondo de su mirada, y casi comprendió la verdad.

Entonces lo olvidó todo, y trató de conservar su existencia para devolver á María la felicidad perdida, la esperanza tal vez que principiaba á abandonarla. ¿Cómo separarse del rey para ir á su lado á entregarle aquel tesoro de dichas que deseaba para ella?

Era difícil, pero no imposible.

Esperó.

Mientras tanto el conde de Montellano llegaba á la puerta del cuarto de Josefa Vaca, dispuesto á luchar hasta lo último; buscaba en el gabinete de una cómica el problema de su ambición.

Bastó anunciarse para ser introducido en aquel santuario de las artes, que en aquel momento encerraba su mas preciosa deidad.

Esta se hallaba reclinada en un sofá, vestida brillantemente con el traje del papel que ejecutaba en la comedia, y mas hermosa aun con el blanquillo y colorete que adornaban sus mejillas. Su tocado era una verdadera obra de arte que revelaba gusto elevado y conocimientos históricos; y el mas exigente en materia de formas nada hubiera encontrado digno de critica en todo su atavio.

Josefa Vaca era una mujer hermosa, inspirada, llena de sentimientos apasionados, como los versos que brotaban continuamente de sus labios. Habia escuchado en torno suyo esa brisa impregnada con el perfume de las flores, producida por mil galantes caballeros, y acostumbrada á ella, pasaba como una diosa á través de estos eternos vapores.

Con todo, mujer espiritual, habia sentido la necesidad de amar, y amó con todo el fuego de su alma; mas á medida que el tiempo le descubria el carácter de sus amantes, los abandonaba como una cosa superficial que se desprecia.

En esta escala, algun tanto pagana, habia admitido los obsequios del conde de Montellano, y puede decirse que en este

hombre encontró ella la elevacion de ideas, el corazon generoso, el alma espiritual que ella habia soñado.

En su consecuencia, la cómica no solamente amó, sino que idolatró al conde con la suprema magnificencia que Aspasia á Pericles, y Cleopatra á Marco Antonio.

Esto explicará fácilmente, cómo no podian estar cerradas las puertas del cuarto para aquel hombre que parecia llevar en sí toda la esplendidez humana.

El conde se apresuró á besar una mano de la cómica, y esta lo inundó con su aliento perfumado.

— Ya veis, amiga mia, dijo Montellano sentándose á su lado, que soy exacto en las citas que me dais.

— Dejemos esas esplicaciones para mas tarde, contestó Josefa Vaca: tengo una impaciencia mortal por saber el resultado de vuestra pretension. ¿Habeis conseguido algo?

— Casi perder la esperanza, contestó el conde, brillando en sus ojos un rayo de cólera sombría.

Josefa palideció á pesar del colorete.

— ¡ Oh ! ¿ qué decis ? ¿ habeis visto al rey ?

— Sí.

— ¿ Y nada os ha prometido ?

— Me dijo que esta noche hablaríamos en el teatro.

La dama movió la cabeza.

— Eso es una excusa, dijo pensativa.

— Es ganar tiempo.

— En fin, mi querido conde, ¿ vos quereis ser general ?

— Ya sabeis que lo ambiciono.

— Está bien. Es preciso que yo sepa el resultado. Voy á llamar á don Luis de Haro.

— ¡ Josefa !

— Nada, nada temais; el ministro, á pesar de sus años, rinde homenaje á mis talentos. — Es su misma frase. — Lo he visto entrar en su palco poco antes de concluir el acto primero, y lo atraeré aquí por medio de esos hilos desconocidos de que, segun vos, dispongo á mi antojo.

Una hechicera sonrisa oscureció los temores que por un instante se reflejaron en el rostro de la cómica.

— ¡Oh! sois adorable, querida mia, exclamó el conde; pero cuidado con don Luis.

— ¿Por qué? ¿tendriais celos?

— No: os lo advierto, porque el ministro debe ser contrario á mi nombramiento.

— ¿Teneis pruebas de ello?

— Ligeras presunciones.

— No importa.

— Con tal que á estas horas...

— ¿Temeis que esté dada la plaza?

— Ya sabeis que la política de palacio se va haciendo cada dia menos trasparente.

— En ese caso tocaré mis supremos recursos, conde, contestó la dama inspirada por su pasion. Por vos sacrificaré todo cuanto una mujer de mi clase pueda sacrificar, es decir, el porvenir y la gloria; lucharé con el rey, si es preciso, hasta alcanzar vuestros deseos. Yo, conde mio, quiero para vos esplendor y grandeza, porque así os contemplo cercado de una aureola mas brillante que la que puede daros vuestro nacimiento; quiero para vos, no un trono, por cuanto los tronos suelen hundirse ante el vendaval de las pasiones políticas, sino la corona del valor y del prestigio, que siempre vive, aunque se hundan las generaciones y desaparezcan los siglos.

Era tan elocuente y verdadera la espresion de la dama, que el conde no supo cómo pagar tan dulces deseos sino estrechándola sobre su corazon, al mismo tiempo que lanzaba uno de esos suspiros que suelen representar un poema de suprema amargura.

— ¡Oh! gracias, hermosa mia.

A esta frase Josefa miró súbitamente el rostro del conde.

Le habian helado aquellas palabras.

— ¿Qué teneis? le preguntó, rodeando su brazo en torno del cuello del conde.

— ¡Oh! nada.

— Al contrario: en esa última espresion he comprendido que tienes mucho, que sufres.

El conde quiso ocultar con una sonrisa la borrasca que azo-

taba su corazon; pero la viva mirada de la cómica, por medio de esa intuicion prodigiosa que produce el dominio de la doble vista en la mujer, leyó algo de lo que sufria.

— ¿No me crees?

— Tu rostro me traduce todo lo contrario de lo que quieres decirme. Algo te atormenta.

— Estoy triste.

— Ya vamos sabiendo alguna cosa, dijo aquella mujer encantadora. Sepamos el origen de esa tristeza.

— Ni yo mismo lo sé.

— Veo, conde, que no tienes habilidad para mentir. No eres buen cómico.

— ¿Por qué?

— Porque quieres engañarme.

— No.

— Ahora mismo me dices que no sabes la causa de tu tristeza, y no has hecho alto en ese suspiro traidor que se ha escapado de tus labios.

— ¿Conque de tal manera comprendes el corazon humano?

— No: el corazon humano es un abismo; tu corazon, conde mio, es un fanal.

— Pues bien, sufro mucho.

Josefa hizo un gracioso gesto de lástima, y exclamó:

— ¡Oh! no podia engañarme: ve aquí la prueba del amor que te profeso.

El conde inclinó la cabeza en el seno de aquella mujer querida, y permaneció por algun tiempo silencioso, como agoviado por sus sentimientos.

— Puesto que nada se oculta á tu penetracion, dijo Montellano levantando su mirada, nada mas tengo que decirte. Estoy triste, ya lo sabes.

— Di mejor que no eres feliz.

Un estremecimiento repentino circuló por el cuerpo del caballero.

— ¡Oh! estás terrible.

— Cálmate, amor mio, quiero para tí la ventura mas ilimitada. Yo no puedo desear tus sufrimientos, aunque estos ema-

nen de la mujer que mas amas en el mundo, de tu esposa.

—¿Y si fuera de ella?

—Desearia que estos calmasen.

—¿Aunque te robasen mi amor?

—Sí: ella es tu mujer, yo soy tu amada; tiene por lo tanto mucho mas derecho que yo.

Y la cómica, al decir estas palabras, derramó una lágrima que quemó las manos del conde.

—Me admiras, me enloqueces, exclamó este hombre ardiente, volviéndola á oprimir en sus brazos; eres una mujer tal como la formó el cielo para consuelo del desgraciado... ¡Oh! quisiera partir mi existencia contigo, mi fortuna, mi sangre, mi destino.

—No: déjame ser artista. Me perdería el dia que olvidase que soy cómica.

—Sin embargo, prosiguió Montellano arrebatado, eres tan grande, eres tan generosa, que hasta ahora no he llegado á comprender la altura de tus sentimientos. Yo te amaba, Josefa, por orgullo, por entusiasmo, porque queria beber en tus labios los versos melodiosos que encantaban á un público que lloraba y reía contigo. Despues te amé, porque hallaba á tu lado una calma feliz, es decir, el descanso despues de la fatiga, el placer despues del hastio; ahora no te amo, sino que te adoro como un ángel, como una felicidad suprema: por lo tanto héme aquí á tus plantas; lo olvidaré todo, ambicion, gloria, nombre, familia, al mas leve de tus deseos, á la mas fria de tus miradas.

Temblaba la cómica á este language, como tiembla el avaro delante de su tesoro.

—Aparta, tentador, exclamó al mismo tiempo que se dejaba devorar por las ardientes miradas de su amante. Tu deber es primero; moriria de dolor, si por mi causa faltáras á la que le debes un amor mas puro y mas sagrado que el mio. Así estamos bien: tu cariño tal como debe ser me satisface: mi carrera me enorgullece. Nos perderiamos si otra cosa hiciésemos. Mira, conde mio, amigo mio, ¿crees tú que yo no sacrifico en esta lucha del corazon? Y sin embargo, ahogo mis pesares

pisando los laureles que mis admiradores arrojan á mis piés. Esos versos que tú me has oído recitar con tanta inteligencia, ese encanto supremo que ejerzo en el público, esa protección que el rey me dispensa, esas tablas que son el trono del arte que me hacen superior á las mas nobles y á las mas hermosas, todo eso se lo debo, no á mi talento, sino al amor que te profeso, al cariño que me inspiras. Para tí son mis coronas, mis sonrisas, mis lágrimas, los aplausos que recibo. Y cuando tú no te encuentras en el teatro donde yo interpreto la armonía de las musas españolas, mi pensamiento te busca en otra parte para que me des fuerza, inteligencia y poder. Compara ahora tu amor con el mio. Pero á pesar de todo, jamás, conde, pierdo de vista lo que tú te debes á tí mismo como esposo y como caballero.

Este habia caído de rodillas y admiraba la nobleza de aquella mujer superior.

—Es que estoy loco, es que todo lo quiero para tí.

Josefa le puso la mano en la boca.

—No hablemos mas de eso. Nuestro cariño tiene sus límites, se desbordaría tan luego como rompiésemos abiertamente con lo que nos debemos á nosotros mismos. Fuera del círculo en que estamos encerrados, nos repulsariamos, lejos de amarnos mas.

—¡Oh! exclamó el conde, tienes un talento superior. Me has convencido. Déjame pues que estreche tu mano mil veces sobre mi corazón.

—Ya sabes que soy tuya.

Y los dos amantes se oprimieron las manos con efusion.

Mas fuerte ella que el conde en aquella lucha de amor, se separó algun tanto de él despues de este momento de delirio.

—¿Huyes de mí? le preguntó este.

—No: quiero que tengamos voluntad para hablar de lo que te interesa. Así acabarias por hacerme perder el juicio.

—Tienes razon.

—Además, dentro de algunos instantes debe principiarse el segundo acto, y me harias olvidar los magníficos versos de Mira de Amescua.

— ¡Oh! sí.

— Hablemos únicamente de tu pretension.

— Lo que tú quieras.

— Queda sentado el que hable del asunto á don Luis de Haro.

— Si.

— ¿Y si por desgracia estuviese dado el mando del ejército?

— Entonces...

El conde se detuvo: pasó por sus ojos una llamarada sombría, hija de la cólera y de la esperanza.

— ¡Qué! exclamó ella asustada al leer algo de terrible en la mirada de Montellano.

— Dios lo sabe.

Y su pensamiento se perdió en la negrura del techo del cuarto de su dama.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando resonó un discreto golpe dado en la puerta.

— Ya me buscan, exclamó Josefa corriendo á abrir: sin duda va á principiarse la segunda jornada.

En efecto, dejóse oír la voz del director de escena, que decia:

— Ya es hora.

— ¿Conque te vas? exclamó el conde, que en aquel momento gozaba de un modo supremo al lado de Josefa.

— Sí; me llama la gloria...

— Y á mí me llama la desesperacion, murmuró el conde entre dientes.

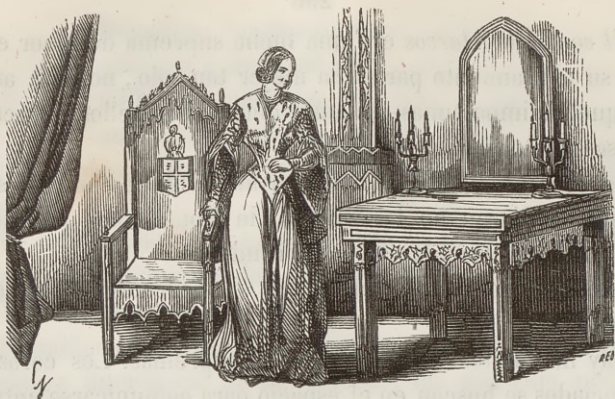
— ¿Qué decís?

— Nada...

— Adios, vuelven á llamarme... adios, exclamó la cómica; ¿no oyes?...

— Si... adios.

Y un saludo tierno, delicado, abrasador, partió de aquellas dos personas que tanto se amaban.



CAPITULO XXI.

En el que se representa la segunda jornada de la famosa comedia El conde de Alarcos.



A cortina del escenario volvió á descorrerse.

Un silencio profundo se extendió por los espectadores.

La jornada primera de *El conde de Alarcos* habia conmovido tanto, que el interés y la ansiedad estaba pintada en todos los semblantes, aun en aquellos que

se hallaban mas atormentados por el dolor.

Mira de Amescua habia destilado gota á gota toda la amargura de su alma y todo el fuego de su amor en aquellos versos elocuentes y brillantes; habia espirado allí como un consuelo desesperado la ninguna esperanza que le restaba; habia descrito situaciones como la suya, penas tan elevadas como sus penas, lágrimas tan amargas como sus lágrimas.

El conde de Alarcos era una lucha suprema de amor escrita en su pensamiento para una mujer tan solo, no para arrancar aquellas importunas exclamaciones, ni aquellos indiscretos aplausos que turbaban su reposo.

Así es, que cuando el héroe principal de la comedia salió, sus ojos se fijaron en la condesa de Montellano, porque de aquel modo queria hacerse comprender.

Esta se puso á escuchar, como si obedeciese á los deseos del poeta.

Hay momentos de fascinaciones supremas. Los corazones desgraciados se buscan en el espacio para comunicarse entre sí.

El famoso José Morales, que hacia el papel del *Conde de Alarcos*, se puso á declamar.

Conde. Varios pensamientos son
 los que batallan conmigo.
 ¡Cómo es terrible enemigo
 la propia imaginacion!

La condesa se estremeció al oir estos versos. Mira de Ames-
cua comprendió que habia sentido el golpe en lo mas profun-
do de su corazon.

Morales prosiguió:

Pensamientos tan violentos,
 ¿qué quereis? ¿Que desvarie
 y de Blanca desconfie?
 Eso no: mas pensamientos,
 aunque en mi juntando esté
 mi pensamiento tirano,
 lo que me dijo el villano,
 lo que á la infanta escuché,
 lo que me advirtió celosa,
 lo que el marqués respondió,
 lo que Blanca se turbó,
 lo que se quejó furiosa,
 ni he de dudar ni sentir
 un átomo de pesar:
 y eso no ha sido dudar,
 no fué sino discurrir.

Dejadme , vanos antojos,
ninguna guerra me dé,
á Blanca quiero por fé;
amor , cerremos los ojos.

Una esplosion de aplausos estalló en todos los ámbitos del teatro.

La condesa lloraba: todas las quejas de un amor infortunado estaban comprendidas en aquella poesía.

Mira de Amescua temblaba.

Restablecióse el silencio luego que se presentó Blanca, personage interesante de la comedia, en una reja medio cubierta por los árboles.

La escena continuó.

Blanca. Conde... mi bien.

Conde.

El amor
trae una voz á mi pecho
que las nieves ha deshecho
de mis dudas y temor.

¿Quien está su voz oyendo,
cómo puede estar dudando?

¿Quien su voz está escuchando,
cómo puede estar temiendo?

Antes que vuelva á mirar
quiero ver si estoy dudoso,
porque en viéndola, es forzoso
adorar y no dudar.

Pensamiento, ¿hay gloria?... Si.

Corazon, ¿hay dudas?... No.

Vuelvo á ver quién me llamó:
fuerza es amar, ya la vi.

Ya la vi, no hay que dudar.

Ya la vi, no hay que temer;
ahora, ahora, placer,

es el tiempo de llegar.

Blanca. ¿Cómo me negais favores,

si mi propia furia os toca?

Encerrada estoy por loca;

La caza.

y no por vuestros amores.

Mi dueño, amor os acuerde
que no es locura el amar,
ni loca se ha de llamar

quien por vos el seso pierde.

Furia me dió la ocasion,

quejas me dió el sentimiento;

el que siente su tormento,

ese solo está en razon.

Conde. Cobrando la vida voy,

darme quiero el parabien;

¿no estás loca?

Blanca. No, mi bien,

aunque en no estarlo lo estoy.

La que comió el corazon

de una hija, estará cuerda

cuando mas el seso pierda,

que los otros locos son.

Conde. ¿Qué enigmas son esos, di?

¿Qué corazon has comido?

Blanca. ¿Luego no me has entendido?

Conde. Mi bien, lo que presumi

es tal, que no pienso en ello:

cosa es tan atroz, que hallo

que soy cruel en pensallo,

mira qué fuera en creello.

Blanca. Presume, pues, un rigor

sin ley, sin razon, sin uso;

la infanta en la mesa puso

la vida de Blancaflor.

Conde. Aquí animarla conviene,

consolarla es menester.

¡Ah miserable mujer,

qué justas querellas tienes!

Un corazon generoso,

Blanca, no se ha de vencer

del pesar ni del placer:

caso ha sido lastimoso.

Pero no se ha de sentir

de modo, que parezcamos

que la razon nos privamos:

el valor está en sufrir

los golpes de la fortuna:

con un rostro al mal y al bien;

Estos últimos versos, espresados con supremo sentimiento y con sublime verdad, parecian escritos para la condesa de Maatellano; era el consuelo que le enviaba un alma destrozada por las tempestades de la vida.

El poeta y la dama se miraron en silencio y se comprendieron.

José Morales prosiguió recitando:

vida los cielos nos dén,

que al fin la de ambos es una:

que venganza habrá y consuelo;

callen, señora, las quejas;

sal de prisiones y rejas,

finge gusto, alegra el cielo

de tus ojos, y entre tanto

dame una mano.

Blanca. Y así

harás, esposo, que en mi

cesen las penas y el llanto:

porque entre glorias y enojos,

mi corazon mas ufano,

con la gloria de la mano

no dará llanto á los ojos.

Conde. Los brazos habemos hecho

un pasadizo de amor;

por donde pasa el valor

de mi pecho hasta tu pecho;

que por las líneas y venas

darás fuerza al alma mia,

para templar la alegría,

para moderar las penas.

:

Esta escena produjo un entusiasmo difícil de explicar.

El rey no pudo menos de volverse al poeta y estrecharle la mano; la corte estaba casi fuera de sí; Quevedo se puso sério, cosa estraña en él; y últimamente, la reina mandó á decir á su esposo que le enviase á Mira de Amescua para darle el parabien por su talento.

El poeta tuvo que obedecer á estos deseos, y bien pronto mereció el honor de doblar una rodilla para besarle la mano.

Mariana de Austria le hizo levantar.

— ¡Oh! habeis compuesto unos versos admirables, le dijo sonriéndose.

— Señora, contestó, las alabanzas de V. M. son para mí la mas espléndida corona conque pueden rodear mi humilde talento.

Despues de estas palabras, Mira de Amescua fijó sus ojos en la condesa de Montellano. Estaba tan hermosa con el dolor, que hubiera sido imposible, no á un corazon ardiente y apasionado como el suyo, sino á otro mas frío y helado, dejar de admirar tantos encantos.

María, dominada por la melodiosa poesía de la comedia, por los pensamientos tan análogos á los suyos de que estaba sembrada, y por la gratitud que le debia, estaba fascinada.

Habia fijado los ojos en aquel genio que merecia las ovaciones de la corte, y por vez primera habia sentido algo que se asemejaba al remordimiento.

Todas las damas despues de la reina se apresuraban á decir al poeta una frase lisonjera acerca de la comedia; pero María no encontraba palabras para espresar su pensamiento. El dolor la ahogaba.

Últimamente, acabaron las felicitaciones, y el poeta quedó entre la reina y la condesa de Montellano. Las damas se habian retirado al fondo del palco.

En aquel momento el rey se acercó á la balaustrada de madera que dividia los dos palcos reales, é hizo seña á la reina para que se aproximase.

Por consiguiente Mira de Amescua y María quedaron so-

los, es decir, en términos de poder hablar sin que nadie les oyese.

El poeta anhelaba esta ocasion, porque hay impulsos irresistibles que no se pueden dominar.

— María, la dijo acercándose á ella, pálido como la cera; descubro en vuestro corazon una tempestad horrible... creo, dispensadme que tenga atrevimiento para deciroslo, creo que no os sonríe la felicidad; hay en vuestros ojos una melancolía que conmueve, en vuestro aliento una agitacion que espanta, en vuestro cuerpo un temblor que os descubre. María, acaso mi language os ofenda, pero si le es dado á quien ha vivido con vos por espacio de muchos años interpretar el estado de vuestra alma, decidme lo que os atormenta. Acaso pueda hacer algo en vuestro obsequio.

— En efecto, contestó la hermosa dama... lo habeis acertado, padezco mucho.

— Señora, indicadme lo que deba hacer para que no sufrais tanto.

— Ya lo habeis hecho.

— ¡Yo!

— Sí. ¿No habeis compuesto estos hermosos versos
el valor está en sufrir
los golpes de la fortuna?

Este recuerdo descubrió á Mira de Amescua que la condesa habia pensado en la desconsoladora poesia que la desgracia habia arrancado de su corazon.

— ¡Ah! es verdad, señora, yo he escrito esas palabras, que pueden ser un poema de desengaños, una amarga cadena de sufrimientos.

— No: esas palabras son un consuelo, el bálsamo que refresca los bordes de la herida, la fé que vuelve á resplandecer despues de una noche tenebrosa.

Amescua oprimió con una mano su corazon, próximo á estallar: la condesa le habia inundado con una de esas miradas sublimes que no se borran jamás, y por algunos instantes faltó la luz á sus ojos.

— Sea así, dijo con acento trémulo; sirvan mis pobres ver-

sos para devolver la tranquilidad al espíritu y la paz al corazón; pero créelo, María, yo me imaginaba emponzoñar con ellos.

— ¡Dios mío! ¿por qué?

— Porque cada letra, cada palabra, cada frase, es un torrente de amargura.

— Decid mas bien un abismo de resignación.

La reina en aquel instante volvió á su asiento, y contempló en los ojos de su amiga una lágrima.

El poeta la vió tambien y suspiró.

Era preciso huir de allí.

Por lo tanto despidióse de la reina y salió del palco.

Una vez en la solitaria galería, lanzó en un gemido todo el aire encerrado en sus pulmones.

Aquella soledad le consolaba. Acercóse á una ventana para que el viento de la noche refrescara sus sienes, y allí permaneció escuchando los aplausos que los espectadores tributaban á su genio, como si aquel estrépito fuese para él un insulto.

Después de un largo intervalo de silencio alzó los ojos al cielo y murmuró:

— ¡Dios mío! ¿será verdad que revive en mi corazón aquel delirio de mi vida con toda la fuerza de la juventud? Dadme entonces la muerte, pues no podré resistir mas.

El poeta se golpeó la frente, y haciendo un movimiento desesperado, como si quisiera rechazar las ideas que le atormentaban, entró de nuevo en el palco del rey.

Ejecutábase entonces una sublime escena. Escena desesperada, en que el *conde de Alarcos*, por mandato supremo de su rey, debía dar muerte á su propia esposa, introduciéndola en una barquilla barrenada y dejándola abandonada en medio de un río.

El conde de Alarcos en un arranque de inmenso dolor decía estos versos á su esposa:

Tiemblo de escucharte y verte;

cada lágrima es un rayo,

cada palabra un desmayo,

cada suspiro una muerte.

¿Por qué ante la grandeza de estos pensamientos se volvieron á mirar la condesa de Montellano y el desventurado autor de ellos?

Era imposible resistir. Todo el talento del poeta estaba reunido en estos cuatro versos para espresar su amor inestinguible. María se estremeció y cerró á su vez los ojos.

Poco despues el acto se habia terminado.

El rey se volvió al poeta lleno de admiracion, y le dijo:

—Habeis hecho una obra digna de un genio eminente. Sa-
beis arrebatat y producir lágrimas, y esta es vuestra mejor
corona.

Estas palabras fueron dichas entre el inmenso aplauso de la multitud.

El triunfo no podia ser mas completo.





XXII.

Donde se demuestra que la ocasion tiene tres cabellos, y que es bastante afianzarse de uno para ser feliz.



SEÑOR, dijo Quevedo despues que hubo pasado el estupor y alegría general.

—¿Qué quereis? contestó Felipe IV, volviéndose hácia su poeta favorito.

—Parece mala comedia

con los silbos que se oyen (1).

Esta salida de Quevedo hizo soltar la carcajada á toda la corte.

—Solamente tú, eres capaz de tener buen humor, replicó el rey.

—Mi amigo Mira de Amescua no puede enfadarse. Soy aficionado á la retórica, como sabe V. M., y querrá hacer una antitesis.

Y al decir esto, Quevedo enderezó sus gafas sobre el ballette de la nariz.

(1) Dos versos dé un romance de Quevedò.

—Y vos, Rioja, ¿qué opinais de la comedia? preguntó el rey, volviéndose al noble cantor de las ruinas de Itálica.

—Que en vuestro reinado existe el imperio de las musas.

—Si V. M. me permite, dijo Calderon, me atreveré á decir que Mira de Amescua ha conquistado el principal puesto del Parnaso.

—No puedo conceder esa suposicion, dijo Quevedo, dando un paso adelante dominado por un idea repentina.

—¿Qué estás diciendo? dijo el rey.

—Señor, me es imposible consentir un robo.

Todos hicieron un movimiento de estupor al oir estas palabras.

—¡Un robo! exclamó el rey.

—Escandaloso, replicó Quevedo.

—Esplicate.

Como nadie podia comprender la idea de este poeta, se agruparon á su derredor con ansiedad.

—Señor, prosiguió Quevedo, Calderon acaba de colocar á Mira de Amescua en el principal asiento del Parnaso, y este es el robo de que me quejo. Ese asiento pertenece á otro poeta.

—¿A quién? preguntó el rey.

—No es ninguno de los presentes.

—Pero sepamos, ¿quién es? preguntó Felipe con ansiedad.

—Es ni mas ni menos que un calderero.

Una sonora carcajada estalló en el palco del rey.

—¡Un calderero!

—Sí señor, el calderero de Puerta Cerrada, un muchacho capaz de improvisar un poema en menos de media hora con una facilidad tan extraordinaria, con una elegancia tan esquisita, que sorprende y arrebatata.

—¡Quevedo! exclamó el rey, como si temiese una burla de este hombre privilegiado.

—¿Lo duda V. M.? Anoche tuve la honra de presentarlo en el *tugurio de los poetas*, y aquí está Mira de Amescua, que no me dejará por embustero.

El rey miró el círculo que le rodeaba.

La caza.

— ¿Conque es cierto?

— Es cierto, dijo Calderon, que anoche nos presentó Quevedo un jóven que decia ser poeta.

— ¿Y visteis alguna cosa por donde discernir su rara habilidad?

— Ni una palabra, contestó Rioja.

— Pero era suficiente la recomendacion de Quevedo, para que no dudásemos de su talento, observó Mira de Amescua. Yo me atreví á ser su protector.

El rey principiaba á creer.

La curiosidad habia atraído á los cortesanos, los cuales escuchaban en silencio. Solo uno, retirado en el fondo del palco, permanecia indiferente á todo.

Era el conde de Montellano. Esperaba una palabra del rey; pero esta palabra nunca salia de sus labios.

La conversacion continuó.

— Me habeis interesado con esa noticia, dijo Felipe, que era idólatra por todos los que tenian amistad con las musas. Si verdaderamente es un poeta ese muchacho, quiero conocerlo.

Un resplandor de alegría brilló á través de las gafas de Quevedo. Su objeto estaba conseguido, el cual no era otro, sino elevar al pobre niño, que ya conocen nuestros lectores. Así fué, que se apresuró á contestar:

— Señor, ya he dicho que debe ocupar el primer asiento en el Parnaso.

— Muy atrevida es esa idea, replicó el rey.

— Es un talento especial. Improvisa con la misma facilidad que habla, habla con una rapidez prodigiosa.

— ¿Y decís que vive en Puerta Cerrada?

— Sí señor.

— Pues deseo conocer ese portento. Quevedo, es necesario que me lo presentes.

— Solo falta para ello la mas leve indicacion de V. M.

Felipe estuvo un instante pensativo.

— Se me ocurre una idea, dijo de pronto.

— Si V. M. se digna emitirla...

—Al instante. Es preciso que vayas á su casa por él, y lo conduzcas al teatro.

Todos lanzaron una exclamacion de sorpresa, y aun de alegría, pues de este modo se apreciaria debidamente el talento del jóven, ó quedaria Quevedo en una posicion ridicula, lo que hubiera causado mucha satisfaccion á varios de los presentes.

—Señor, no tengo inconveniente; pero hay una dificultad.

—¿Cuál?

—Puerta Cerrada está distante, yo soy cojo, y tardaria una hora en ir y otra en volver.

—¿No has traído coche?

—¡Coche yo! mis ruedas han sido los piés, y en verdad que están un poco mohosas.

—Es que antes fuistes á llamar á Mira de Amescua.

—Pero encontré el coche de mi querido amigo don Luis de Haro, me apoderé de él, y tuve el gusto de complacer á V. M. en pocos momentos.

Un caballero de la corte se apresuró á brindar el suyo, al mismo tiempo que todos se reían, tanto de las ocurrencias de aquel hombre célebre, cuanto de la caprichosa idea del rey, pues aquella corte tenia un carácter frívolo y ligero, muestras indelebles de su disolucion.

Quevedo se apresuró á dar gracias al señor del carruage, y volviéndose á Felipe, dijo:

—Voy á traer ante vuestra presencia á esa maravilla de las musas. Antes que principie el acto tercero estaré de vuelta.

La corte quedó ansiando aquel nuevo espectáculo, mientras nuestro satírico poeta salió del palco para cumplir la voluntad de S. M.

César tenia una fortuna especial que por todas partes le acompañaba.

Quevedo tenia tambien la suya.

No bien habia salido fuera del teatro, cuando la primera persona que descubrió fué á Baltasar, que, paseándose magestuosamente en el atrio, esperaba el momento de que la funcion terminase, para incorporarse á su amigo Carlos, y servir de testigo al conde de Montellano.

Escusado es decir que nuestro poeta se abalanzó al calderero con la rapidez de un gerifalte sobre una garza real.

Este tuvo por conveniente retroceder algunos pasos.

— ¡Oh! ¡amigo mio! exclamó, afianzándose del cuello de su estirado ferreruelo, temiendo que se le escapase; la felicidad os ha traído de la mano; las musas os hacen unas cuantas mogigangas y os convidan al festin del Parnaso.

Y al mismo tiempo tiraba de él hacia el teatro.

Baltasar creyó prudente hacer una pasiva resistencia. Procuró no moverse de su sitio, y observó:

— Entendámonos, señor Quevedo; vuestra brusca arremetida no es una consecuencia lógica de lo que estais diciendo. ¿Adónde quereis que vaya?

— Al Olimpo.

El calderero dió un salto para atrás. Principió á dudar si el juicio de su amigo estaba en caja.

— ¿Qué es eso? ¿recelais de mis palabras? añadió el poeta.

— Me proponeis una expedicion irrealizable para mí.

— Dispensad, exclamó Quevedo, es la vez primera que me habeis parecido estúpido. Aunque os lleve á ver una dueña, que es el espectro mas terrible de la sociedad, ó como si dijéramos

descomulgado avechuchu,

Cain de tantos Abeles,

mula de alquiler con manto,

chisme revestido en sierpe (1),

no debeis resistiros.

— No me resisto, contestó Baltasar, y es lo bastante ese romance para que me lleveis al Cabo de Finisterre si os acomoda.

— No vamos tan lejos.

— ¿Adónde pues?

— Al teatro.

El jóven se hizo mas manso que un cordero al oir esta palabra.

(1) Romance de Quevedo.

El teatro era su sueño dorado, el paraíso que él había concebido.

—Vamos, vamos allá, señor Quevedo, exclamó Baltasar, lleno de alegría, y tirando á su vez del ferreruero del poeta.

—¡Oh inconstancia del corazón humano! exclamó. Pero, poco á poco, amiguito. Se trata de un asunto muy grave.

—¿De qué?

—¿Os tenía ofrecido hablar al rey de vos?

—En efecto.

—Pues esta noche le he hablado.

Baltasar se puso pálido de emoción.

—¡Cuánto os debo!

—Ahora son los arrumacos y las frases sentimentales; pero vamos al caso. Cuando el rey supo vuestro extraño don para improvisar, me mandó que os buscara.

—¿De veras, señor Quevedo?

—¿Miento yo acaso, amigo mío?

—¡Oh! perdonad, dijo el joven, hay felicidades que no se conciben, y esta es una.

El poeta se sonrió.

—Es verdad; ahora os convencereis que os conduzco al Olimpo. ¿Pero qué dichosa casualidad me ha hecho encontraros aquí?

—Esperaba á un amigo mío que está en el teatro.

—Perfectamente, el buen Apolo es el que os ha traído tan oportunamente.

—¿Y cuándo me vais á presentar al rey?

—Ahora mismo.

Baltasar se puso mas pálido de lo que estaba. Siempre hay en lo recóndito del corazón un respeto mudo á la magestad humana.

Aunque el joven tenía resolución, facilidad para expresarse, y las dotes propias de un espíritu elevado, no pudo menos de temblar.

—¿Conque es decir que no hay mas remedio sino presentarse en este instante al rey?

—Lo hay, querido, contestó Quevedo.

—¿Cuál?

—El que yo diga que no os he encontrado.

—No, no: vamos ahora mismo.

Y el jóven al contestar estas palabras, se miró de arriba abajo para ver si su traje no era un insulto á su persona.

Por fortuna se hallaba vestido sino con lujo, al menos con lo que nosotros llamamos una elegante decencia; habíase compuesto de este modo para asistir al desafío.

Quevedo se sonrió.

—Hé aquí, dijo, lo que es el corazon humano. Ya temiais que la fortuna os abandonase.

Baltasar no contestó.

—¿Estais dispuesto? preguntó Quevedo.

—Sí.

—Seguidme pues.

El jóven poeta, ó mejor dicho, el humilde calderero, puesto en el santuario de Talia, con la frente pálida, pero erguida, los labios trémulos, pero seguros de sí mismos, y los ojos serenos, aunque velados por el respeto, iba á ser presentado á Felipe IV; al rey mas poderoso de Europa, al genio de la poesía, cuando menos lo habia imaginado. Lo llevaban, el pensamiento de Baltasar no lo desconocia, como una cosa rara, como un fenómeno singular, digno de estudio y observacion.

De él dependia, pues, afianzar uno de esos tres cabellos que los antiguos colocaron en la cabeza de la ocasion, divinidad impalpable, que se rie de las esperanzas y proyectos de la humanidad.

Decidido á resistir el brillo de la magestad, pasó con Quevedo por medio de los magníficos corredores del teatro, percibió aquella atmósfera perfumada, que le revelaba nuevos pensamientos, hasta que llegó á la puerta del palco del rey, ansioso que se abriese para admirar tanta magnificencia.

En efecto, la puerta se abrió.

Al pronto Baltasar quedó deslumbrado. Las luces, el oro, la música, las damas vestidas de seda, las numerosas cabezas que se agitaban como las olas de un mar tempestuoso, el vapor perfumado de aquella naturaleza nueva para él, las mira-

das brillantes, las voluptuosas sonrisas, los semblantes expresivos de la espléndida galería de las señoras de la corte, el escenario cubierto con un telón pintado admirablemente, y el cual representaba risueñas escenas mitológicas, todo aquel conjunto radiante, animado, magestuoso, desvaneció por algunos instantes su cabeza, y le hizo olvidar al rey y á toda la corte que le rodeaba.

Pero bien pronto recuperó sobre sí la voluntad que le había abandonado.

Entonces sus ojos se fijaron en Felipe IV, que tenía vuelta la cabeza hácia él, y lo miraba de los pies á la cabeza con cierta benevolencia que para el jóven era de muy buen agüero; también miró los curiosos semblantes de los cortesanos, no ya con timidez, sino con tranquilidad, y se apresuró á inclinarse respetuosamente, quedando inmóvil en seguida en el fondo del palco.

—Muy pronto has vuelto, Quevedo, observó el rey, sin separar la vista de Baltasar.

—Tuve la felicidad de encontrar á nuestro poeta en las puertas del teatro.

—¿Conque es ese el jóven de quien me has hablado?

—El mismo.

Baltasar se volvió á inclinar.

La escena era demasiado curiosa para que todos los presentes no desearan conocer las raras cualidades del jóven, que desde el fondo de una calderería penetraba en el palco real. Muchos cortesanos murmuraban por lo bajo de estos caprichos del rey, y desearon que el nuevo poeta fuese uno de esos cancioneros populares, sin mérito de ninguna clase.

Pronto había de saberse la verdad.

Felipe, haciendo una señal con la mano, le dijo al jóven:

—Acercaos.

Baltasar se aproximó lo suficiente para encontrarse dentro del grupo de los cortesanos y poetas. Conoció que había llegado el momento crítico.

Felipe IV le lanzó una de esas miradas vivas y ardientes que de vez en cuando se escapaban de sus ojos, y le dijo con voz clara y sonora:

—¿Dícenme que verteis perlas?

—Sí señor, mas son de cobre,

y como las vierte un pobre,

nadie se baja á cogerlas.

Esta réplica de Baltasar, tan rápida, tan sensible, tan magnífica, hizo que el rey lanzase una exclamacion de alegría, mientras que circulaba en toda la corte un murmullo de agradable sorpresa.

Quevedo estaba triunfante, todas las murmuraciones enmudecieron.

Baltasar habia cogido uno de los cabellos de la ocasion.

Despues de un momento de pausa,

—Yo seré quien recogerá esas perlas, jóven, dijo el rey entusiasmado. Quevedo, mañana os diré el premio que reservo á vuestro protegido. Ahora colocadlo en su asiento, y disponed que principie el acto tercero.

Baltasar salió del palco real loco de alegría.

No solamente la motivaba el triunfo que habia alcanzado, sino que durante el tiempo que permaneció al lado del rey, habia visto á Argentina en un palco, y esta lo habia visto á él.

Por poco la jóven dá un grito, pero la sorpresa embarga la voz.

Argentina se contentó con mirar á su hermana con esparto, pues nunca se podia imaginar que su amante tuviese tan elevadas relaciones.

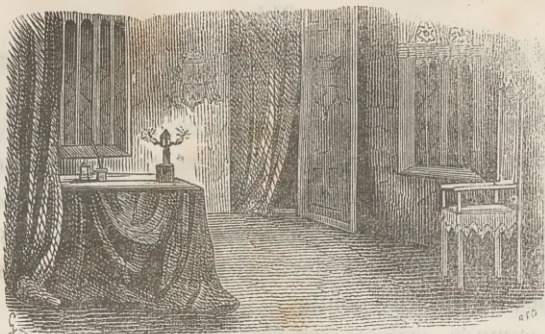
El jóven descubrió á Cárlos contemplando á la insensible Laura, y al momento se procuró un asiento á su lado.

Podemos decir en loor de los dos amigos, que cuando se vieron el uno enfrente del otro, principiaron á creer que el diablo estaba jugando con ellos del modo mas agradable que pudieran concebir en su vida.

Se abrazaron, á pesar de encontrarse en aquel sitio, con grave asombro de los concurrentes.

En seguida lanzaron una mirada tan olímpica á Laura y Argentina, que estas no pudieron menos de sonreirse.

Estas sonrisas y estas miradas envolvian á aquellos cuatro corazones llenos de felicidad y de esperanza.



CAPITULO XXIII.

En el que concluye la famosa comedia de Mira de Amescua entre la alegría de unos y el disgusto de otros.



ENEMOS, como hemos dicho ya, en uno de los palcos del teatro del Buen Retiro, y á la manera de dos divinidades mitológicas, á las preciosas jóvenes que hemos conocido con los nombres de Laura y Argentina.

Tiempo es ya de que volvamos los ojos hácia ellas, á fuer de hombres que sabemos tributar homenaje á la hermosura.

Estaban presenciando por vez primera una de aquellas régias funciones que tanto llamaban la atencion, y á la que solamente podian concurrir las familias mas distinguidas; veían aquella magnificencia como un sueño feliz que no debe volver, y temblaban ante la idea tan sola de encontrarse de nuevo encerradas en la modesta casita de la Puerta de Moros.

¿Que habia sucedido?

Aquella tarde se les presentó el suizo, que hacia para ellas

La caza.

las veces de padre, preceptor y escudero, y les dijo con tono enfático:

— Señorritas, esta noche ir al teatro.

Las dos hermanas prorumpieron en un grito de gozo, en términos que Laura dió un empellon al señor Kappeler, que tal era el nombre del suizo, y Argentina le tiró de las orejas.

— Señorritas, volvió á decir el mismo, mi poner sobre el lecho unos trages muy ponitos.

Una segunda exclamacion hizo vacilar al impávido Kappeler, quien estuvo próximo á caer en un asiento.

— Señorritas, mi tener frefarrado un coche para llevaros al teatro.

Esto era demasiado. El suizo tuvo que echar mano á su pelucon, y poner cuatro varas de distancia por medio, para librarse de la bulliciosa alegría de las dos hermanas.

Y en efecto, las señoritas tuvieron sus trages nuevos, hechos con tal lujo y elegancia que quedaron asombradas; un hermoso coche tirado por dos magnificas mulas, y un palco al nivel del que ocupaba el rey.

El suizo se habia crecido dos palmos.

Las jóvenes, despues de su aparicion en el mundo, no pudieron menos de preguntarse con el candor inherente de su edad:

— ¿Qué significa esto? ¿Qué poder tiene un oscuro escuderon para presentarse en una de las mas brillantes funciones de la nobleza? ¿Qué encantadora modista ha cortado y cosido aquellos lindos trages, tan divinamente ajustados á sus cuerpos, y que eran la admiracion y envidia de todas las damas? ¿De dónde habia salido aquel coche? y últimamente, ¿por qué Carlos, que nunca habia abandonado su raída sotana, y Baltasar, que jamás habia salido de Puerta Cerrada, se presentaban cubierto el uno de terciopelo y de encajes de Flandes como un señor de la nobleza, y el otro aparecia nada menos que en el palco del rey?

Hasta aqui habian llegado las elevadas consideraciones de las dos jóvenes, y á fin de salir de aquel abismo de dudas, se dirigieron al suizo para que satisfaciese su justa curiosidad; pe-

ro este hombre, que ya para ellas era un personage fabuloso, habia levantado un dedo antes de ir al teatro, y les habia dicho con voz solemne:

—La perdadera sapiduría consiste en mirar foco, hablar menos y fregar nada.

Ya hemos visto como las jóvenes habian seguido las máximas filosóficas de su preceptor.

Por consiguiente, era muy difícil entenderse con él.

Con todo, Argentina fué la mas atrevida.

—¡Oh! exclamó, llevándose la mano á la cabeza para asegurar un hermoso aderezo, ¡qué hermoso carruaje nos ha conducido al teatro! ¿Lo habeis alquilado, querido ayo?

El ayo, lejos de contestar, hizo un mohin y dió un resoplido tan sonoro como el de un búfalo.

—¡Qué trages de tanto gusto! exclamó Laura, mirando maliciosamente al suizo. ¿De qué tienda los habeis adquirido?

Esta segunda pregunta, hecha á quema ropa, desconcertó algun tanto la serenidad del preceptor, si bien hizo un ademan con la mano, dando á entender con esta pantomima el poco interés de la respuesta.

—¡Ay, señor Kappeler, repitió Argentina, exhalando un encantador suspiro, qué magnífica peluca habeis estrenado esta noche!

—Y decid, preguntó Laura, ¿quién os ha regalado el billete del palco?

—Es preciso que tengais muchas relaciones en la corte, añadió su hermana.

—Ó en palacio.

Este tiroteo de palabras hicieron que el señor Kappeler no supiese lo que le pasaba. Sin embargo, dispuesto á guardar silencio, gesticulaba á derecha é izquierda, no teniendo otros medios para hacerse entender.

Las dos hermanas estaban de excelente humor, y formaban de vez en cuando un duo de carcajadas.

—Sabeis hacer portentos, observó Argentina. ¿Son diamantes estos que están engarzados en este prendido?

—Sí, contestó Laura. ¿No es cierto, señor Kappeler?

— ¡Oh! ¿túviérais la bondad de decirnos quién ha hecho tan admirablemente nuestros vestidos? volvió á decir Argentina.

— No será la misma mano que ha fabricado vuestro hermoso traje, añadió, verde y medio morado. ¿Es cierto?

Y las dos jóvenes lanzaron miradas irresistibles, capaces de derretir el corazón mas duro.

El señor Kappeler tragó saliva, se puso unas veces amarillo y otras encarnado, y convino para sus adentros que tantas preguntas eran los primeros anuncios de una sublevación femenina.

— Señoritas, dijo por toda respuesta, pa á frinsifiar el acto tercero de la comedia.

Laura y Argentina comprendieron que habían traspasado los límites de la curiosidad, y prestaron atención al espectáculo, ó mejor dicho, principiaron á mirar á Carlos y Baltasar, de ese modo interesante con que se mira á los diez y siete años.

Levantóse el telón.

Los cuatro jóvenes continuaron mandándose miradas, como se mandan bombas á una fortaleza sitiada.

Esto hizo que el teatro, los espectadores, el rey, las luces, el oro, los brillantes, fuesen desapareciendo de la vista de nuestros enamorados.

Mientras tanto, otros miraban también á Laura y Argentina.

Eran nada menos que el conde de Liches y el duque de Medina Sidonia.

Colocados á espaldas del rey, descubrían toda la galería de damas, y después de haber pasado su vista por ella, se detuvieron en el palco ocupado por las dos jóvenes.

— ¡Cielos! exclamó el duque, fijando los ojos en Laura, ¡la rubia!

— ¡Diablo! ¡la morena! añadió Liches con marcada sorpresa.

— ¿Estás seguro que son ellas? preguntó el primero, como si dudase de semejante hallazgo.

— ¿No reconoces al suizo que hay detrás?

Esta reflexión desvaneció todas las incertidumbres.

— ¡Ah! sí; el endemoniado suizo que supo engañarnos tan descaradamente.

— Y al que nosotros supimos arrebatarle las dos jóvenes, añadió Liches.

— ¡Oh! no digas eso.

— ¿Por qué?

— ¿Has olvidado que se burlaron de nosotros?

— Es decir que perdimos la batalla; pero la guerra continúa.

Los dos caballeros enmudecieron por algunos instantes, y se miraron con cierta inteligencia maliciosa.

— Es para volverse loco, exclamó Medina Sidonia, pensativo y llevando á su amigo á un extremo del palco.

— ¿Por qué dices eso? preguntó Liches con una sonrisa despreciadora.

— Me acuerdo de la aventura de anoche. ¿Cómo pudieron escaparse de nuestro poder esas dos lindas muchachas, esas dos preciosas palomas?

— No lo sé, contestó Liches.

— ¿Serán hadas?

— Duque, son mujeres. Algun compañero nuestro, un cazador, nos ha pegado esta mala partida.

— Es muy probable lo que dices, replicó el duque. Pero segun mi opinion, dos son las malas partidas que han ejecutado con nosotros.

— ¿Dos!

— Sí. Veo que tienes mala memoria. ¿No te acuerdas ya del anillo de la condesa de Montellano y del lazo de brillantes de la reina?

— Es verdad. Desaparecieron.

— Pero lo extraño es, que desaparecieron sin saber cómo, por encanto, por magia.

El conde de Liches principió á tirarse de los bigotes, señal evidente del mal efecto que producian en su alma las observaciones de su amigo.

Duque, dijo despues de una pausa, me vas haciendo comprender una cosa, en la cual no queria pensar.

—¿En qué?

—En que estamos haciendo un papel muy ridículo.

—¡Ah! es cierto.

—La reina me ha mirado esta noche de cierta manera, como quien se mofa y desprecia.

—La condesa de Montellano me ha mirado del mismo modo, replicó Medina Sidonia.

—Hace brillar ante mis ojos el lazo de brillantes á la manera de un insulto.

—Tambien la condesa ha mostrado el anillo de rubies como para hacerme desesperar.

—¿Conque tambien la condesa?

—No tienes mas que mirar á su mano izquierda.

El conde de Liches se convenció al instante.

—Duque, dijo, esto equivale á una provocacion.

—Di mejor á un desafio.

—Esa es la verdadera palabra.

—Bien; ahora resta saber lo que vamos á hacer, observó Medina Sidonia.

—Aceptad el reto.

El duque se puso pálido.

—Es muy peligroso para ti.

—No importa.

—Te advierto, querido, que ya pasaron los tiempos del conde de Villamediana.

—Sin embargo, no retrocedo, exclamó el conde: conozco el corazon de las mujeres... ¡Quién sabe!...

Y el hilo de su tenebroso pensamiento se perdió en el fondo de su mente.

—Adelante, pues, replicó el duque.

—Y tú ¿qué piensas hacer?

—Ahora nada.

—¿Por qué causa?

—Porque acaso dentro de una hora me encuentre atravesado por la espada de Montellano.

—Fuera de pensamientos lúgubres, dijo Liches, hablemos hipotéticamente.

— En ese caso , seguiré tu misma senda.

— ¿Te vengarás de la condesa?

— No , que la amaré.

— ¡ Diablo !

— Sí, la amaré. De una mujer tan hermosa no puedo vengarme.

— Entonces es necesario que ella te ame.

— La echaré de sentimental. Ya sabes tú que el flaco de las mujeres es el sentimentalismo.

— Segun y conforme.

— Con la condesa , sí. Mirala pues , si no. En este momento parece á una Magdalena de Rivera.

— Bien. ¿ Pero no apelarás á otros recursos?

— El tiempo lo dirá. Ahora lo que te confieso ingenuamente es que me voy enamorando formalmente de la condesa.

— Que sea enhorabuena.

— Acepto por lo tanto la lucha á mi manera. Tú sigue, pues , tu sistema.

— Convenido , contestó Liches. Ocupémonos por lo tanto del otro asunto.

— ¿ De cuál?

— De esas dos muchachas que de repente han aparecido en el teatro para insultarnos á su vez.

— Es verdad , murmuró el duque.

— Nos falta un pensamiento , dijo el conde.

— Tú eres el inventor de ellos.

— No hay mas que uno.

— ¿Cuál?

— Cazarlas.

— ¿ Y si se nos escapan como anoche?

Liches se encontró algun tanto avergonzado con la réplica de su amigo.

— No... no, imposible. Tomaremos las medidas convenientes para evitar la aparicion de un nuevo genio que se lleve á nuestras princesas por el aire.

— Bien.

— Para ello nos valdremos del negro que nos regaló el rey.

— Es cierto.

— Tobias parece inteligente , es mudo y tiene esos instintos feroces propios de su naturaleza.

— Magnífica eleccion.

— Solo importa que salgas bien del desafío. Acerquémonos ya : conviene que nadie trasluzca nuestros proyectos.

Los dos amigos se confundieron entre los demás nobles.

En aquel instante el rey tenia á su lado al conde de Montellano , y le preguntaba :

— Conde , deseaba hablar un momento contigo.

El caballero abrió su corazon á la esperanza.

— Señor , contestó , solo espero que V. M. se digne preguntarme.

Felipe se acercó á su oido , pues no queria que sus palabras se oyesen por los demás cortesanos.

— ¿Sabes quiénes son ellas?

— El conde se acordó que uno de los encargos del rey era el que averiguase quiénes eran las dos jóvenes aparecidas en la verbena.

— Aun no lo he podido saber , contestó con voz sombría.

— Pues yo si no lo sé , creo saberlo pronto.

— ¿Cómo !

— Me explicaré , conde , las he descubierto.

— ¡ Ah ! replicó Montellano.

— Se encuentran en el teatro , son hermosísimas , conde.

— No lo dudo.

— Hélas allí.

Y el rey indicó con la mirada el palco donde se encontraban Argentina y Laura.

— Es cierto , dijo el conde , ¡ son ellas !

— Por lo tanto , fácil es saber lo demás. Lo recomiendo á tu cuidado.

Montellano hizo un movimiento con la cabeza mas bien de desesperacion , porque el rey de todo se acordaba , menos de sus pretensiones , que de hallarse enterado de lo que le decia.

Despues de un momento de silencio , preguntó Felipe :

— Ahora dime algo del herido. ¿Cómo sigue?

— Perfectamente, contestó el conde.

Quitóse un peso angustioso del corazón del rey.

— ¡Ah! me haces feliz.

— ¿Quiere V. M. conocerlo?

— No, deseo recompensarle, solamente por el daño que le he causado.

— Ya he principiado en nombre de V. M. este acto de reparadora justicia.

— ¿Sí?

— Sí señor.

— ¿Y qué has hecho?

— Muy poco. Sin embargo, es un muchacho que me ha interesado vivamente.

— ¿Es muy joven?

— V. M. puede juzgarlo.

— ¿Cómo?

— Porque se encuentra en el teatro.

— ¡En el teatro! exclamó el rey asombrado; pues, ¿y la herida?

— Hace muy poco caso de ella. Es un valiente en toda la extensión de la palabra.

— ¡Oh! me gusta eso, conde; dime dónde está.

Montellano señaló al rey el sitio donde se encontraba Carlos.

— ¿Es ese muchacho, preguntó, que está cerca del poeta que Quevedo me ha presentado?

— El mismo.

— ¡Arrogante figura! Parece que los dos jóvenes se conocen.

— Creo, si no me engaño, que son muy amigos.

— Así parece. Es decir que mañana me ocuparé de esos dos mancebos.

El conde nada tuvo que replicar.

El rey tampoco dijo una palabra, y volviéndose hacia el escenario, se puso á escuchar la representacion, que iba haciéndose mas interesante á medida que se acercaba el desenlace.

Montellano quedó mudo, helado de asombro, turbado de corage.

Felipe no le habia dicho ni por incidencia una palabra sobre su pretension, comprendiendo con esto que nada debia prometerse ya.

A pesar del profundo dominio que tenia sobre sí, se puso livido. Su esposa, que veia todas las nubes que turbaban su semblante, tembló ante la fúnebre alteracion que repentinamente agitó el del conde.

Este comprendió que el insulto, el sonrojo, la afrenta, hubiera sido menos grande con una negativa decorosa; pero seguro que con aquel silencio aterrador destruía todo el castillo de su ambicion.

Aquello era un desprecio, y un desprecio hecho á un alma de ideas tan elevadas, era un divorcio tácito entre el monarca y el favorito, entre el vasallo y el rey.

El conde devoró la afrenta, y á fin de apurar el cáliz hasta lo último, salió del palco y se dirigió hácia el escenario en busca de Josefa Vaca.

No tardó en encontrarse en el cuarto de su querida. Pero esta no estaba allí; se hallaba en la escena.

Primeramente pensó esperarla, pero la comedia terminaría muy pronto, y él debia encontrarse entonces de vuelta en el palco real y seguir al duque de Medina Sidonia.

Decidióse por irse á los bastidores.

Cuando Josefa Vaca, que hacia el papel de *Blanca*, vió á su querido en aquel sitio, comprendió al momento lo que este queria.

Le lanzó una fugitiva mirada, y le hizo señas para que esperase.

El conde hubiera salido á la escena tambien, si no le hubiese detenido aquella mirada.

Montellano oyó el reconocimiento de *Blanca* y *el conde de Alarcos*, hermosísima escena que arrancaba á los espectadores profundos murmullos de sorpresa y emocion; pero desgraciadamente *Blanca* tenia que permanecer en las tablas hasta la terminacion de la comedia.

La impaciencia del conde crecía extraordinariamente.

Josefa Vaca lo comprendió, y le volvió á lanzar una mirada mas significativa.

Últimamente, en el instante en que Blanca dice á su amante:

—Pues llega,

dame los brazos,—

se acercó á los bastidores donde el conde la esperaba temblando.

En aquel momento pudieron cruzar algunas palabras.

—¿Has visto á don Luis de Haro? le preguntó Montellano con la ansiedad pintada en su semblante.

—Sí, contestó Josefa Vaca con un ademán de dolorosa angustia.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que está nombrado...

—¿Quién? exclamó Montellano, devorado por la impaciencia.

—Don Juan de Austria.

El conde quedó inmóvil, al mismo tiempo que su amante salía de nuevo al centro de la escena.

Perdió por un momento hasta la luz de su entendimiento, lanzó un suspiro, y tuvo que apoyarse en un bastidor.

Después dominó su emoción, si bien en su mirada brilló un siniestro deseo de venganza, y se alejó de aquel sitio.

La cómica sintió que se le iba el alma detrás de Montellano. Había comprendido la tempestad que bramaba en su corazón, y se estremeció.

El conde estaba de vuelta en el palco del rey al mismo tiempo que terminaba la función entre una inmensa salva de aplausos.

Entró sereno al parecer: nadie podía leer en su rostro el veneno que devoraba su alma.

El rey se puso en pie, y se dirigió á la galería para esperar á la reina.

En este instante la condesa de Montellano, acercándose á Mariana de Austria le dijo:

—Señora... en nombre del cielo... evitad el desafío.

Estas palabras fueron oídas por un hombre: este hombre era Mira de Amescua.

Habia en ellas tanto dolor, tanta amargura, que el poeta sintió bañarse su frente de sudor.

Acababa de comprender el poema de sufrimientos que atormentaban á la condesa.

La reina se dirigió al punto hácia su esposo, y con una sonrisa encantadora le presentó su mano para bajar la escalera. Durante este tiempo, la reina le deslizó al oído algunas palabras.

Bien pronto llegaron á las puertas del teatro, seguidos de toda la corte.

Entonces Felipe IV volvió la cabeza y descubrió al conde de Montellano, que marchaba detrás de todos.

— A propósito, conde, dijo el rey llamándole.

— ¿Qué me manda V. M.? contestó este con voz sombría, colocándose á la izquierda de Felipe.

— Me acabo de acordar del soneto que te di esta mañana para que lo corrigieses. ¿Lo has visto?

— V. M. me dispense, pero no he tenido tiempo.

— ¡Oh! mucho mejor; me acompañarás á palacio, y allí lo arreglaremos.

Montellano quedó consternado á este deseo.

— ¡Señor! murmuró con voz sorda.

— Qué... ¿te resistes? exclamó el rey, mirándolo con la fi-jeza del águila.

— Descaría que V. M. me dispensase.

Y al mismo tiempo buscó con la vista al duque de Medina Sidonia y al conde de Liches, para que comprendieran el inmenso compromiso que se le presentaba.

Pero ni el conde ni el duque estaban allí.

— Imposible, contestó el rey: no es conveniente que tomes el fresco esta noche: te mando que me sigas.

Montellano inclinó su cabeza con desesperacion, y miró á su esposa de una manera aterradora: todo lo habia comprendido.

— ¡Oh esposo mío! le dijo esta, oprimiendo uno de sus bra-

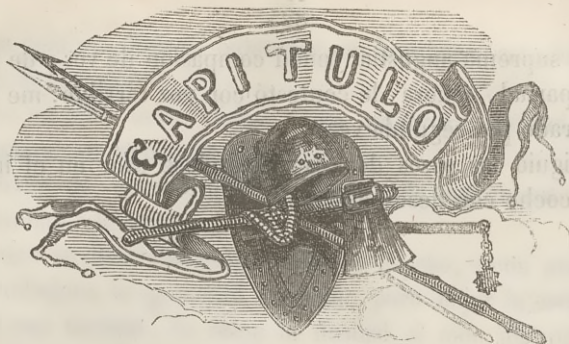
zos con suprema angustia: tened compasion de vos y de mi.

—Apartad, señora, le contestó con voz terrible: me habeis deshonrado por segunda vez.

Y siguió los pasos del rey, dejándose caer en el interior de un coche con desesperacion.

VIII.





XXIV.

El cerrillo de San Blas.



19

A noche habia apagado todos sus rumores. Acababa de desaparecer la magestad de la tierra, pero quedaba la magestad de Dios.

Perdiase á lo lejos el bullicioso tumulto, como el eco de las olas en las áridas arenas de una playa, desvaneciéndose por entre los árboles del Prado, á través de los cuales brillaba el

crudo resplandor de algunas hachas de viento; sentíanse los alegres gritos de los espectadores aun aclamando el númen del poeta: todo lo absorbía Madrid en su ancho recinto como el dragon de la fábula.

Bien pronto el silencio con el dedo puesta en la boca, tendió sus alas sobre el Retiro; sentíanse los relojes de las iglesias dar las once, cuyas notas cruzaban el espacio, como si fuesen negras estrellas que buscasen un cielo donde revolotear. La soledad habia remplazado al movimiento de la multitud.

Dos personas solamente habian quedado, paseándose en el atrio del teatro. Estas dos personas, despues de haber dado un dulce adios á dos lindas jóvenes que acababan de montar en un coche magnífico, se sintieron preocupados por mil ideas, embargados por locas esperanzas, y dominados por sentimientos alegres y risueños.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores quiénes eran nuestros nocturnos paseantes.

Baltasar, para desahogar la alegría que le devoraba, hasta hubiera dado cuatro zapatetas en el aire, si no le hubieran contenido las reflexiones de su amigo Carlos.

Este queria darle á aquellos momentos felices una doble formalidad, para que se tuviese una elevada idea de los dos; pero las impresiones que les dominaban les hacían traicion á cada paso.

El poeta reia, cantaba, abrazaba á su amigo, improvisaba versos que hubieran hecho estremecerse de alegría á Moreto y Calderon; Carlos olvidaba sus reflexiones y repetía la pantomima de Baltasar, á la manera de un loco que se escapa de su jaula.

Podia decirse que habian perdido el juicio.

Esta locura, ó mejor dicho, esta expansion iba creciendo como una marea tempestuosa; se encontraban halagados por la fortuna en el momento que se creían mas olvidados de la sociedad; el rey, el conde, la comedia, sus queridas, su porvenir, sus esperanzas, todo esto era suficiente para desconocerlos, á ellos, que entraban por las puertas de la vida, henchido el corazon de ilusiones.

Tal cúmulo de acontecimientos, de delicias y de goces, se evaporó entre los mil versos, las mil carcajadas y las mil frases retóricas de los dos jóvenes.

De pronto Carlos, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, miró en torno suyo, y se puso grave como Régulo ante la órden del destierro.

—Estamos solos, exclamó con voz trágica, imitando la entonacion de José Morales el cómico.

El poeta replicó:

- Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves agora, campos de soledad, místico collado...
- Baltasar, hablemos formalmente, dijo Cárlos, conteniendo el gozo que le salía por todos los poros de su cuerpo.
- Hablemos formalmente, repitió el jóven.
- ¿Qué hora es?
- El reloj de la vida no ha sonado.
- ¿Quieres dejar la poesía?
- Sí; afuera la poesía.
- Escucha.
- Escucho.
- El teatro tiene las puertas cerradas.
- Baltasar miró al templo de las artes.
- Eso quiere decir que nadie quedó dentro.
- ¡Déjate de chanzas! Es muy grave lo que ocurre.
- Y Cárlos prolongó la voz de una manera trágica.
- Acaba, dijo el poeta. —¿Cayó Rodrigo ante el alfange moro?
- ¡Eh! hablo de veras.
- Pues espílicate.
- ¿Has dicho que nadie está dentro del teatro?
- Sí.
- Entonces se me ocurre una idea.
- ¿Cuál?
- ¿Dónde estará el conde de Montellano?
- ¿El caballero del desafío?
- El mismo.
- Buscando flores en el prado ameno.
- No, no: deja los malditos versos.
- Los dejo.
- El conde debía estar aquí.
- Es claro.
- ¿Por qué no habrá venido?
- ¿Qué sabemos?
- ¿Y qué hora es?
- Ya han dado las once.
- Cárlos hizo un movimiento de impaciencia. De pronto se detuvo, se dió un golpe en la frente, y exclamó:

— Soy un necio. —

— ¡Diantre!

— Sin duda nos espera en el sitio del desafío. —

— Efectivamente: ¿pero sabes tú, prosiguió Baltasar, adónde está ese sitio? —

— Sí; me lo dijo al tiempo de entregarme la entrada del teatro. —

— ¿Cuál es? —

— El cerrillo de San Blas. —

En Baltasar la idea era la ejecucion, y esto fué bastante para que encaminase sus pasos en direccion á este punto. —

Necesitaba de emociones tan fuertes y extraordinarias como los sentimientos de su alma. Poco le importaba que estas fueran terribles ó halagüenas. —

Cárlos le siguió, y en breve atravesaron el espacio que los separaba del lugar destinado al duelo. —

Se agitaban sus corazones, tanto porque era la vez primera que iban á presenciar uno de esos espectáculos llamados de honor, cuanto por mas que se queria decir, nunca el hombre se acerca con indiferencia para ser actor ó testigo en estas escenas. —

El cerrillo de San Blas no era entonces esa vertiente pálida, triste y árida que conocemos nosotros, coronado por el Observatorio astronómico: era un bosque cubierto de matorrales, tras los que apenas se veía asomar la torre de Nuestra Señora de Atocha. —

En la plataforma, donde hoy se eleva el mencionado Observatorio, habia un espacio como si los faunos misteriosos del bosque lo hubiesen abierto para sus danzas nocturnas, y este era el sitio donde se ventilaban entonces aquellas querellas, cuyos argumentos eran las espadas de los contendientes. —

Esta plazuela natural, siempre desierta, estaba en la ocasión en que nuestros jóvenes aparecieron en ella, ocupada en primer término por un grupo de tres hombres embozados en sus capas, y en el fondo por otro personage que parecia estar bastante impaciente. —

— Ya hemos llegado, dijo Cárlos, abrazando con una ojea

da el conjunto del cuadro á pesar de la doble oscuridad que reinaba en aquel sitio, producida por la espesura de los árboles.

—Sin duda es el conde el que está solo, observó Baltasar. Le hemos hecho esperar, cosa que siento en el alma.

Los dos jóvenes se dirigieron hácia la persona solitaria, advirtiéndole en el grupo de los tres, que estos siguieron sus pasos.

—Perdonad, señor conde, dijo Carlos, acercándose al embozado, hemos delinquido tal vez, haciéndoos esperar contra la costumbre.

—¿Sois, pues, los testigos del conde de Montellano? preguntó el desconocido.

Y usamos de esta palabra, porque la voz que había resonado no era la voz del conde.

—Sí, caballero, replicó Carlos con extrañeza. ¿Y vos no sois?...

—No... no soy el conde; una desgracia, ó mejor dicho, una fatalidad no le permite concurrir al duelo, pero esto no quita que se verifique.

Y al decir estas palabras se acercó á los dos jóvenes.

Estos advirtieron que el desconocido venia cubierto con una carátula.

—Montellano me ha encargado que defienda sus derechos, prosiguió el embozado, por lo tanto tendré la satisfaccion de que seais mis testigos.

—Muchisimo honor recibiremos en ello, observó Baltasar.

—En ese caso, avancemos hácia nuestros contendientes cual corresponde á caballeros de nuestra clase.

Y con una magestad que no dejó de imponer á los dos amigos, dió algunos pasos para acercarse á los tres caballeros que se dirigian en linea recta hácia ellos.

Segun la costumbre establecida, los seis embozados se saludaron en silencio, hasta que el conde de Liches, saliendo del grupo, dijo:

—Mucho nos habeis hecho esperar, señor conde, y ya creimos que vuestros testigos no supieran cumplir su deber en lances de este género.

Tanto la sangre de Baltasar como la de Cárlos, subió zumbando á la cabeza.

Aquellas palabras escocian como la picadura de un tábano.

— Los señores, contestó el enmascarado con una frialdad admirable, no han podido venir á causa de un acontecimiento imprevisto, y no porque hayan olvidado su obligacion. Sin embargo, aquí nos teneis á vuestras órdenes.

— Pero advierto, caballero, volvió á decir el conde de Liches, que el conde de Montellano...

— El conde de Montellano no está aquí.

— ¡No está aquí! exclamó el duque de Medina Sidonia con notable sorpresa: parece imposible. El conde es un buen caballero.

— Sin embargo, es bien cierto lo que digo.

— ¿Pero qué ha ocurrido?

— El rey, al tiempo de salir del teatro, le obligó á que le siguiera á palacio. Sin duda alguna S. M. sabrá algo de esta aventura, y ha querido evitarla á todo trance. En tan terrible conflicto, el conde acudió á mí, me refirió lo que le acontecia, y aquí me teneis.

Hubo un momento de silencio por parte del duque de Medina Sidonia.

— Todo eso está perfectamente. Es decir, que vuestra mision no es otra sino decirnos que el desafio queda aplazado.

— Al contrario.

— ¡Cómo!

— Me explicaré: el conde de Montellano tiene excelentes amigos que están dispuestos á sacrificar por él fortuna, felicidad y gloria; el conde de Montellano es tan buen caballero, que no puede olvidarse de los compromisos que contrae, y ya que él, por una causa contraria á su voluntad, se ve imposibilitado en venir al asunto que tenia pendiente en este sitio, me manda para que cumpla por él cual corresponde.

Semejante respuesta tenia todo el interés de un espectáculo como el que se iba á representar.

Los tres caballeros se miraron unos á otros con cierto asombro difícil de contener.

— ¡Admirable prueba de amistad! exclamó el conde de Liches con la misma indiferencia que si se tratase de una contradanza; sin embargo, en nombre de mi compañero el señor duque de Medina Sidonia debo contestaros, que si bien le agrada la proposicion que le habeis hecho, no puede admitirla.

— ¿Por qué razon? preguntó el desconocido.

— Por una muy sencilla; porque no os conoce, y eso de batirse sin saber con quién, no es costumbre entre honrados caballeros; al menos cuando es un negocio tratado y arreglado de antemano.

El embozado permaneció impasible á esta declaracion, y dijo:

— Siempre será un pretexto, una réplica de esa naturaleza.

Sea lo que mejor os plazca, querido, respondió Liches con su voz algun tanto burlona; pero me sostengo en lo dicho, y si me lo permitis aun añadiré algunas palabras.

— ¿Qué? preguntó el desconocido.

— Que el señor duque tampoco puede medir su espada con hombres que se ocultan el rostro con una careta. Creo, caballero, que no estamos en carnaval.

Una sonrisa despreciativa fué la primera contestacion del embozado.

— Me habia aprovechado de este recurso, porque no me conviene que S. M. sepa que yo tambien me dedico al noble ejercicio de espadachin. Estando como estoy entre caballeros, no tengo inconveniente en descubrirme.

— Os damos bajo palabra de honor todas las seguridades que gusteis.

— Me basta vuestra palabra.

Y sin reparo de ninguna clase, se arrancó la careta y la tiró al suelo.

Las estrellas dan poco resplandor; pero hay en las noches de estio una luz que como una niebla flota por el espacio y dá vida á los objetos.

Esta luz bañó de repente el rostro del encubierto, y aunque ya lo habian sospechado por la voz, todos conocieron á don Antonio Mira de Amescua.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores qué clase de sacrificio se había impuesto nuestro poeta, para que el nombre del esposo, no de su amada, porque en esta palabra existe un triste reconocimiento entre dos corazones, sino de la mujer que él adoraba con toda la energía de su alma, no sufriese un sonrojo ante los caballeros mas distinguidos de la corte.

Él había oído las últimas palabras de la condesa al tiempo de salir del teatro, y cediendo al amor que le dominaba, no titubeó en presentarse como un enviado del conde, y esponer su vida por dar una prueba de su inmenso cariño.

El duque de Medina Sidonia retrocedió un paso.

—Caballero, exclamó asombrado por el desenlace de la aventura, siento en el alma tener que batirme con vos. Si tengo la desgracia de derramar vuestra sangre, será para mí un remordimiento cruel.

—No hay otro remedio.

—¡Quién había de creer que el laureado poeta en la noche de su mejor triunfo había de esponer su vida! observó el conde de Liches.

—Qué quereis.

—¿Y estais decidido á batiros?

—La pregunta es estraña, caballero.

—¡Oh! no quiero injuriaros con ella. Buscaba un medio amigable, una transaccion, mientras el conde puede disponer de su persona.

—No encuentro ninguno.

—En ese caso, dijo Cárlos, rompiendo el silencio que se había impuesto ya por deber, ya por admiracion, los padrinos del conde de Montellano están siempre dispuestos á batirse por él.

—¡Hola! ¡hola! caballerito, exclamó Liches con marcada ironía, como no tengo el gusto de conoceros, debo manifestaros que nosotros no nos batimos sino con personas de nuestra clase.

El insulto era terrible. Cárlos estuvo dispuesto á romper aquellos preliminares ceremoniosos, tirando de la espada. Pe-

ro desplegando una de esas sonrisas andaluzas que hieren tanto como un puñal,

—Muy apegado estais á vuestros pergaminos, dijo, pero si es necesario un título para tener la honra de atravesaros la espada aristocráticamente, en ese caso os haré ver que mi familia puede ser superior á la vuestra.

Liches, como hombre que se preciaba de conocer el corazón humano, hizo una graciosa cortesía y ocultó su sonrojo con una reverencia que queria decir:

—Estoy satisfecho. Ahora, justo es que conozcamos á vuestro compañero.

Y señaló á Baltasar.

Este dió un paso adelante, y replicó á su vez:

—Caballero, me llamo Baltasar Venayas.

—Me satisface vuestro apellido, contestó Liches acercándose. ¡Diablo! pero si la oscuridad no ofusca mi vista, creo haberos visto en alguna parte... ¡oh! sí... ya recuerdo. ¿Sois el poeta que esta noche ha sido presentado á S. M.?

Baltasar hizo á su vez una cortesía, que hubiera aterrado por su dignidad al mismo Felipe III, que fué el rey mas amante de la etiqueta.

Despues de un momento de silencio, dijo Mira de Amescua:

—Creo, señores, que ya que nos hemos reconocido, será tiempo de que demos principio al duelo.

—¿Conque estais decidido? replicó el duque.

—Lo estoy, como tambien confio que de esta aventura nada se sepa.

—Palabra de honor.

—Pues en guardia.

Y Mira de Amescua se quitó su capa, y el sombrero, poniéndolo todo al pié de un árbol.

Los demás hicieron lo mismo.

Una de las reglas de los duelos de entonces era, que los testigos, si habia conformidad entre ellos, se batiesen á la par que los verdaderos contendientes. Era muy comun esta costumbre, y bastaba que uno de los testigos sacase su espada y se pusiese en guardia al lado del que se consideraba ofendido.

on Carlos, merced á las palabras algun tanto insultantes del conde de Liches, sentia un deseo de venganza propio de un alma generosa, y olvidándose de su herida, que al menor movimiento se podia abrir, se cuadró rigidamente delante del conde.

Baltasar hizo lo mismo con el otro testigo del duque.

Se estrañará tal vez que nuestros jóvenes comprendiesen algo de estas reglas, cuando el uno no habia salido hasta entonces de la calderería de Puerta Cerrada, y el otro de su celda de San Francisco; pero ellos habian asistido como meros espectadores á las academias de esgrima, despues estudiaban prácticamente las lecciones entre los dos, concluyendo por perfeccionarse en el arte, como si fuesen espadachines de profesion.

Por el modo conque se pusieron en guardia conocieron sus enemigos que tenian cuantos conocimientos teóricos se necesitan para no pasar por aprendices.

Los seis estaban los unos enfrente de los otros, y despues de los saludos de rigor principiaron las embestidas.

Por largo rato no se conoció ventaja en ningun partido.

Se hablaba, se reia, se cruzaban chanzas al mismo tiempo que se tiraban y retiraban escelentes estocadas, que eran paradas con admirable maestría.

El duque de Medina Sidonia hablaba *del conde de Alarcos* como de una obra maravillosa, y Mira de Amescua respondia modestamente á las alabanzas de su enemigo.

Cárlos emitia profundos conocimientos de heráldica, con-doliéndose de que Dios hubiese criado los ratones, que son los enemigos mas encarnizados de los pergaminos aristocráticos.

Baltasar decia á su contendiente, que se conocia en las estrellas una fosca bastante espesa, señal evidente de que al dia inmediato habria tempestad.

Estas consideraciones, científicas unas, risueñas otras y eruditadas las mas, se encaminaban diestramente á fascinar cada cual á su contrario.

Asi estuvieron como un cuarto de hora sin que hubiesen podido tocarse á la ropa.

Cárlos era el mas cansado, pues la herida recibida la noche anterior le escocia demasiado. Mas no retrocedia un paso.

Liches estaba echándola de fanfarron.

—¿Y deciais, querido, dijo magestuosamente, que los ratones se ceban en los pergaminos aristocráticos?

—Justamente.

—Es una observacion cientifica admirable.

Y al decir esto tiró una estocada que fué recibida con inteligencia.

—¡Bravo, señor conde! exclamó Cárlos; pero no sabeis una cosa.

—¿Qué?

—Que voy á enseñaros á abrir agujeros por el estilo de los que hacen esos animalillos en los pergaminos.

—¿De veras?

—Ahí teneis la prueba.

Y con una rapidez prodigiosa hizo un molinete con la espada, y la clavó en un costado del conde.

Liches apenas tuvo tiempo para huir un poco el cuerpo, y en seguida cayó al suelo diciendo:

—Me ha convencido vuestro argumento, querido.

Mientras tanto, Amescua y el duque se batian con encarnizamiento.

La catástrofe del conde de Liches habia estinguido el buen humor de los combatientes.

Este se vendaba la herida, y Cárlos le asistia en aquella operacion con sumo esmero.

De pronto el rival de Baltasar lanzó una exclamacion.

Lo que habia sucedido era muy sencillo.

Los dos contendientes se iban cansando. El poeta se fastidió de hablar sobre la opacidad de las estrellas, y se puso á hacer graves consideraciones sobre lo dulce que es caer en el suelo, despues de recibir una buena estocada. Su enemigo encontró la objecion natural de que esta clase de lecho no es lo suficientemente blando.

—¿Quereis convenceros? le preguntó Baltasar.

—Teneis muy poca fuerza para ello.

—Lo veremos, dijo el poeta.

Entonces avanzó un paso, enlazó con la suya la espada del contrario, y la hizo saltar de sus manos como una paja. En seguida con una rapidez prodigiosa dirigió su acero al corazón.

La muerte distaba dos dedos del segundo padrino del duque de Medina Sidonia, y para evitarla tuvo que tirarse de espaldas.

El golpe fué magnífico.

Baltasar soltó la carcajada.

—Creo, caballero, que he sido generoso con vos. Si mi teoría la hubiese puesto en práctica en su totalidad, estariais atravesado de parte á parte.

Y presentó en seguida su mano para ayudarle á levantar.

Quedaban el duque y Mira de Amescua.

Este último, siempre sereno, buscaba el medio mas oportuno para vencer.

Solo se oía el lúgubre choque de aquellas dos espadas que se buscaban en silencio.

Era preciso terminar.

El duque, aunque tiraba perfectamente, se habia cegado con el calor del combate, y habia principiado á perder su serenidad: el poeta seguia con la indiferencia de un maestro que está seguro del triunfo.

Esta ventaja era inmensa para aquellas luchas en que el valor estaba en la fuerza de la sangre fria, mas bien que en otra cosa.

El resultado fué que el mismo duque se clavó él mismo en el pecho la espada de su contrario.

Estendió los brazos, vaciló dos ó tres pasos, y cayó al suelo sin sentido.

Mira de Amescua sin decir una palabra limpió su espada, y la envainó.

—¿Teneis algun coche por estas cercanías? le preguntó á Liches, que acababa de vendarse la herida.

—¡Oh! sí, mi compañero llamará á mis lacayos.

De allí á pocos momentos el duque fué trasladado á un carruaje, donde subieron los que le habian servido de padrinos.

La caza.

—Señores, hasta otra vez, dijo el conde, despidiéndose con su acostumbrada cortesanía.

Y volviéndose en seguida á su insultado ó tal vez muerto amigo, prosiguió:

—Estocadas como estas no se dán y reciben á menudo.





CAPITULO XXV.

Un general, un coronel, un conde y un poeta.



OR mucho que se quiso ocultar la aventura que dejamos escrita, al día siguiente se supo en Madrid, si no con todos sus detalles, al menos con muchos de sus pormenores.

La terrible herida que habia recibido el duque de Medina Sidonia, causó en la corte una profunda sensacion, formándose acerca de ella multitud de comentarios.

El arañazo sufrido por el conde de Liches hizo reir á las damas, y por consecuencia su crédito aminoró mucho. Fué una verdadera desgracia.

La curiosidad es una vibora que si no mata con su veneno, hace mucho daño con sus dientes.

Esta habia analizado, compaginado y reunido multitud de datos acerca del desafio; pero ¿quiénes eran los contendientes

del duque , del conde y del otro caballero , que habia tenido que vendarse á la manera de don Quijote la espina dorsal en toda su longitud.

Aquí se estrellaban todos los cálculos , y por consiguiente se aumentaba el malestar de los curiosos.

El conde de Montellano , mas interesado que otro alguno en tan extraño lance , quiso saber por cuantos medios pudo tener á mano , quién era el generoso caballero que habia sabido vengarle ; pero nada pudo conseguir.

Interrogó á Cárlos ; pero este le manifestó que no podia quebrantar una palabra que tenia dada sobre el particular. Fué al sitio del combate para descubrir alguna señal , y nada consiguió.

Solo una mujer lo habia adivinado.

La condesa de Montellano.

Mientras que se disipaba algun tanto la impresion de esta ruidosa aventura , y despues de algunos dias de incertidumbre sobre si moria ó no el duque de Medina Sidonia , el rey se acordó de la promesa que tenia pendiente de premiar al jóven poeta que tan admirablemente le habia contestado la noche del teatro , y de recompensar al que habia herido en la verbena de San Juan.

En aquellos tiempos la carrera de las armas era la mas gloriosa : á ella estaba llamada la juventud , tanto mas , cuanto se preparaba una nueva expedicion á Portugal , y de aquí el que Felipe IV quisiese dar un empleo en el ejército á nuestros dos amigos.

En efecto , con una alegría difícil de explicar , porque hay sentimientos que renuncia á escribir la pluma mas hábil , Baltasar y Cárlos recibieron nada menos que el nombramiento de alféreces agregados á la guardia amarilla , cuerpo distinguido por su valor y antecedentes , é item mas una subvencion de mil escudos cada uno , para gastos de uniforme y viaje.

Los dos jóvenes se abrazaron cien veces , y aquella noche soñaron en batallas , mosquetes y cañonazos.

Hay una edad en la vida en que todo se presenta risueño , dorado , esplendente como el horizonte en una mañana del

mes de mayo. Los dos amigos estaban ébrios de felicidad, y por algunos días no supieron lo que les pasaba.

Almas emprendedoras, comprendieron que el porvenir les abría sus puertas de oro, que tenían delante de sí no un mundo lleno de lágrimas y desengaños, sino un mundo poblado de esperanzas y dichas sin cuento.

Como todos los que están enamorados, no dejaban de tener pequeña parte en los magníficos ensueños de su felicidad, las dos jóvenes que hemos visto en la verbena y en el teatro, polo verdadero del imán de sus pensamientos; improvisaban verdaderas novelas, donde ellas representaban el principal papel, y por último concluían con una boda donde el rey y la corte los rodeaban con su esplendor.

Descendiendo de tan elevados conceptos, y pasado aquel primer sopor que produce en la naturaleza humana el cambio repentino de posición, los dos jóvenes se reunieron para arreglar sus *negocios*.

Nos tomamos la libertad de subrayar esta palabra, ya porque le dieron un carácter de importancia extraordinaria, ya porque positivamente no tenían ninguno.

En primer lugar pensaron en sus protectores. Presentáronse sucesivamente al padre José Espinar, lector de San Francisco, y Carlos le ofreció su despacho de alférez, y la bolsa con los mil escudos.

El buen religioso se echó á llorar de alegría, porque, como dice un sabio, hay personas que no han reído nunca, pero es muy rara la que no ha llorado alguna vez; abrazó á su hijo adoptivo con el cariño de un padre, le echó su bendición, y concluyó diciéndole que siempre tendría en aquel convento una celda, una mesa y un pobre viejo que lo recibiría con los brazos abiertos.

Carlos á su vez se deshizo en lágrimas de reconocimiento, y quedó instalado de nuevo al lado de su antiguo protector hasta el día de marchar á la frontera portuguesa.

Baltasar por su parte hizo su entrada en la calderería de Puerta Cerrada con un estrépito infernal.

Deseoso de ver á su *madre Marta*, como él la llamaba,

derribó un montón de sartenes y peroles artísticamente colocados en un rincón; le dió nuevamente y sin intervalo de ninguna clase una docena de abrazos, que recibió la buena mujer creyendo que su hijo estaba loco, hasta que por último, unas veces en hinchada prosa y otras en magníficos versos, refirió su reciente é inesperada felicidad.

Todo marchó á las mil maravillas hasta el instante que la honrada calderera llegó á comprender que Baltasar iba á la guerra. La alegría se tornó iustantáneamente en pesar; por mas razonamientos, por mas frases retóricas, por mas ditirambos que empleó Baltasar para consolar el supremo dolor de aquella mujer, todo era en vano: tuvo que apelar al silencio, que es á veces mas elocuente que la oratoria mas elevada.

Terminados estos dos deberes, Cárlos y Baltasar se reunieron en la celda del padre Espinar para tratar de sus negocios, como ellos decian.

El religioso era el presidente de aquellas reuniones.

La primera cuestion que salió en tela de juicio fué la de los uniformes. Se gastó un dia entero en escoger el sastre que debia hacerlos, y en buscar la tienda donde habian de comprar las telas necesarias. Concluido un debate tan importante se procedió á practicarlos.

El padre lector se entendió con un mercader, antiguo amigo suyo, y allí se compraron primeramente lienzos para camisas y ropa interior, los paños para un uniforme diario y otro de gala, con lo demás que era necesario para que apareciesen en el ejército cual corresponde á su clase.

Todo esto costó cuatrocientos escudos á cada uno.

Vencida la importante cuestion de vestuario, en la que entraban sombreros, botas de campaña y otros efectos de indispensable necesidad, se suscitó otra mas esencial que la primera.

Era la compra de caballos.

Baltasar y Cárlos no habian montado jamás, necesitaban por lo tanto lecciones de equitacion.

Acudieron á un picadero público.

En pocos dias aprendieron cuantos conocimientos prácticos

se necesitan para ser unos buenos ginetes, si bien Carlos, como andaluz, tenia la seguridad de saber manejar un caballo sin necesidad de lecciones.

Una vez comprendida la índole de los caballos, su edad, sus cualidades, el modo de montarlos y manejarlos con elegancia y conocimiento, creyeron que ya podian comprar cada uno cabalgadura.

En efecto, despues de ver y examinar varios caballos presentados por los chalanes de la corte, escogieron dos de cinco años, de raza andaluza, alazanes y de genio indómito, dispuestos á la fatiga y á la carrera. Costaron doscientos escudos cada uno.

Los caballos fueron colocados en las cuadras del convento y mantenidos á espensas de la comunidad.

Quedaba por último la eleccion de dos criados.

Fray José se encargó de ellos, escogiendo dos antiguos acólitos que no tenian otra ocupacion sino la de ayudar á misa á los Padres, con lo que quedó arreglado todo á satisfaccion de los jóvenes.

La impaciencia, esa oruga del corazon, mortificaba á estos, pues deseaban lucir sus uniformes y sus conocimientos de equitacion.

Llegó últimamente este dia, como todo llega en este mundo. Era domingo, y parece que la naturaleza quiso engalarse á su vez para dar mas realce á la alegría de Carlos y Baltasar.

A las ocho de la mañana se pusieron sus hermosos uniformes, pudiendo decirse que les sentaban admirablemente, ciñéronse unos preciosos tahalies, y calzaron unas botas de ante con anchas espuelas.

Los caballos, enjaezados con sumo gusto, esperaban en la porteria del convento, llevados por la brida de los dos criados.

Su primer cuidado, como militares, era presentarse á su general.

Montaron airosamente en sus corceles, y partieron hácia el palacio real, residencia entonces de don Juan de Austria.

Despues de haber causado la envidia de muchos jóvenes

de edad, y la inquietud de otras tantas niñas, llegaron al alcázar.

La guardia amarilla daba aquel día el servicio, y no pudieron menos de estremecerse de alegría al recibir los marciales saludos de los soldados de su regimiento. Descendieron de los caballos, que dejaron atados á una reja, y preguntaron por las habitaciones del hijo bastardo del rey.

Un viejo militar se encargó de conducirlos, y en breve llegaron á las antecámaras del príncipe.

Por vez primera aspiraron ese olor acre y vigoroso que despidе todo lo que emana del ejército: vieron las curtidas fisonomias de muchos oficiales que se paseaban á lo largo de los salones, bostezando unos, y otros lanzando estrepitosas carcajadas como en un cuartel, y estas circunstancias fueron bastante para que Carlos y Baltasar atravesasen por delante de aquellas miradas brillantes y sombrías con la serenidad de hombres acostumbrados á semejantes revistas.

Los militares son curiosos como las mujeres. La aparición de los dos amigos causó una especie de revolucion.

Estos supieron contener con miradas, á su vez incisivas y algun tanto insolentes, la provocativa atencion de los que iban á ser sus compañeros.

Baltasar, despues de estudiar entre todas aquellas personas cuál era la mas descarada, se dirigió á ella, y le preguntó:

—¿Me diriais, caballero, si se puede ver á S. A. don Juan de Austria?

El militar interrogado se puso rojo hasta el extremo de las orejas, porque hay cierto modo de hablar que bien puede tomarse por un insulto ó por un desafio.

Por algunos instantes no contestó; pero de pronto estendió una mano de ese modo cordial y enérgico de los valientes, y contestó:

—Antes que dé respuesta á vuestras palabras, aceptad esta mano que os presento en prueba de amistad, caballero.

Baltasar accedió gustoso á los deseos del militar, y entregó su mano con espontaneidad.

Este incidente ocasionó la aglomeracion de todos los oficia-

les, quedando satisfechos de que el lance no hubiese tenido otras consecuencias.

Los valientes siempre aprecian á los valientes. La contestacion de Baltasar dió una idea aventajada de los dos jóvenes.

—Ahora, prosiguió el militar, os conduciré al pabellon del general: está solo; ¿os vais á presentar á él?

—Sí.

—¿Entrais á servir en la guardia amarilla?

—Sí.

—Entonces, llevais excelente recomendacion.

Y pasó con sus nuevos amigos por medio de los demás oficiales.

Llegados á la puerta del pabellon, el militar los recomendó á otro que estaba de servicio en aquel punto, y se retiró.

Cárlos y Baltasar fueron introducidos en un salon lleno de trofeos militares, banderas, cajas de guerra y otros pertrechos.

En los extremos se veían algunas mesas llenas de cartas geográficas, planos de plazas, memorias y estados que revelaban la gran actividad que existia en aquel departamento.

Algunos oficiales trabajaban en medio de aquel océano de papeles.

En el fondo habia una puerta cubierta con una gran mampara de baqueta.

Cárlos y Baltasar sintieron al acercarse á ella una vaga impresion, pues adivinaban que al otro lado se hallaba aquel don Juan de Austria, cuyas elevadas cualidades eran tan reconocidas y encomiadas por muchos que quisieron formar un parangon entre él y el otro don Juan, el hijo de Cárlos V y el bastardo hermano de Felipe II.

Pero dejando á un lado esta cuestion puramente histórica, introduciremos á nuestros noveles militares delante de su general.

Era don Juan un hombre de no muy elevada estatura, como de treinta y tres años, de fisionomia inteligente, mirada audaz y fija como la del águila, pues en toda la familia austriaca

habia ciertos rasgos idénticos á los de esta reina de las nubes, sonrisa desdeñosa y viva imaginacion.

En aquel momento estaba estudiando un extenso plano de Portugal, en donde señalaba con tinta roja algunos puntos estratégicos de suma importancia.

Reinaba un profundo silencio en la cámara del infante.

En ella no existia el lujo y ostentacion de su clase, sino un desórden en todos los objetos que causaba una estraña impresion al primer golpe de vista. Allí existia una atmósfera puramente militar.

Los que bien por pasiones politicas, bien por rivalidades personales oscurecieron el nombre de don Juan de Austria, no pudieron alcanzar que la posteridad fuese injusta como ellos.

Don Juan de Austria tenia genio, grandeza de espiritu, alma elevada, en fin, todas las cualidades de un gran general; pero la época con su influencia, la corte con sus intrigas, la reina con su rivalidad, aplastaron aquella montaña y apagaron aquel volcan.

En la lucha de un hombre contra un siglo, el hombre perezce.

Tal fué el destino del noble principe que presentamos en escena.

Don Juan dejó sobre la mesa el plano que estaba estudiando, y fijó sus ojos en los dos jóvenes que tenia delante.

— ¿Quién son estos señores oficiales? le preguntó al capitán que los habia introducido.

— Pertenecen á la guardia amarilla, contestó el militar, saludando respetuosamente.

— ¿Venis á presentaros? preguntó de nuevo el principe.

— Sí señor, contestó Carlos.

— Está bien, dijo el principe, tened la bondad de decirme vuestros nombres.

Los dos jóvenes lo manifestaron con ese laconismo que tan bien sienta en la disciplina militar.

Don Juan tomó un legajo, en cuya cubierta se leia en gruesos caracteres el nombre del regimiento de la guardia amari-



Urrabieta inv. y lit.

Lit. de J. Donon. Madrid, 1857.

¿ Quienes son estos señores oficiales? pregunta Don Juan de Austria.

lla, examinó unos papeles, y dejándolos otra vez sobre la mesa,

— ¡Ah! exclamó: ¿sois los nuevos oficiales que ha nombrado S. M.?

— Efectivamente, contestó Baltasar.

El infante los miró de los piés á la cabeza, y pareció quedar satisfecho de aquel exámen exterior.

Podemós decir en honor de nuestros dos amigos, que durante esta revista minuciosa permanecieron rigidos como estátuas de acero.

Despues de un prolongado silencio,

— Caballeros, dijo don Juan, grave es el oficio que habeis emprendido, por mas que para muchos sea frivolo en demasia; por lo tanto me parece prudente haceros ver en dónde os habeis metido. En primer lugar, os diré que el militar no se pertenece á sí mismo.

Cárlos contestó con una inclinacion de cabeza, y Baltasar con una sonrisa.

— Debe acostumbrarse á no tener un minuto de tiempo para sí, prosiguió don Juan, despreciar el sueño, el hambre, la sed, la fatiga, y últimamente la vida.

Los dos jóvenes permanecieron indiferentes al oir esta escala de peligros.

— ¿Os habeis batido alguna vez? preguntó el principe.

— Nunca, contestó Baltasar.

— ¿Es decir que no habeis aspirado ese esquisito aroma que despide la polvora, ni escuchado el melodioso silbido de las balas?

— No señor, respondió Cárlos.

— Eso no importa, con tal que haya corazon.

— Nosotros confiamos, se atrevió á decir Baltasar, en que lo demostraremos bien pronto á V. A.

— Perfectamente, caballeros, acepto esa invitacion, y quedamos aplazados para el primer ataque. Ahora pasemos á otra cosa. ¿Teneis caballos?

— Sí señor.

— ¿Supongo que sereis buenos ginetes?

—Hemos aprendido lo bastante para sujetar al caballo mas ardiente, replicó Cárlos con esa fanfarronería andaluza que tan admirablemente le sentaba.

—En ese caso, señores, aprovecho la ocasion de que aun no tengo ayudantes de la guardia amarilla, y os nombraré hoy para que quedeis á mi inmediato servicio. Me ha interesado vuestra presencia, y no dudo de vuestro valor.

Cárlos y Baltasar hubieran saltado de alegría, si esta noticia la hubieran recibido en la modesta celda de San Francisco; pero delante del general, tuvieron que reprimirse, y solo se contentaron con mirarse.

Don Juan volvió á fijar sus ojos en el plano, y prosiguió:

—Todos los dias os presentareis á recibir órdenes á las nueve de la mañana y á las ocho de la noche; por ahora, el resto del dia lo teneis á vuestra disposicion. ¿Os habeis presentado al coronel de vuestro regimiento?

—No señor, dijo Baltasar.

—Os queda ese deber que cumplir. Se comunicarán las órdenes para que os reconozcan por ayudantes. En la órden del cuerpo sabreis cuándo os toca de servicio.

Don Juan hizo una señal de despedida, y los jóvenes giraron sobre sus talones con la precision de dos veteranos.

Cuando salieron de las habitaciones del general, se apretaron la mano en prueba de la nueva felicidad que les sonreía. Montaron á caballo, y en virtud de la órden que acababan de recibir, se presentaron á su coronel.

Era este un viejo soldado que sabia su deber como don Juan de Austria.

Al punto que los vió, les hizo un interrogatorio concienzudo y detenido acerca de sus disposiciones militares, esplayó teorías aun mas terminantes que las de don Juan de Austria, y terminó su enérgica peroracion manifestando que todo buen militar debia tener dos cualidades esenciales sobre otras mas secundarias. Estas se reducian: primera, á saber recibir dignamente una bala de mosquete ó una granizada de metralla; segunda, saber jugar, beber, echar una docena de tacos y llevarse de calle todas las muchachas.

Tan portentosas teorías dejaron admirados á Carlos y Baltasar.

Libres ya hasta la noche de todos sus deberes, era muy justo practicar algunas de las máximas del coronel.

Se apearon en la puerta de una hostería, y pidieron una botella de Málaga.

Los jóvenes no comprendían aun toda latitud que el corazón había dado á la palabra *beber*.

Saboreada entre una deliciosa conversacion hasta la última gota del liquido, volvieron á montar á caballo.

Les quedaban por hacer dos visitas.

La una era al conde de Montellano, protector aparente de Carlos, y la otra á don Francisco de Quevedo, á quien Baltasar debía su elevacion.

Preguntaron por el conde.

Tan luego como fueron anunciados los introdujeron en las habitaciones de Montellano.

Carlos no le había visto desde el dia posterior al del desafío, y no pudo menos de asombrarse.

La huella del dolor, de los celos y del sufrimiento, estaba estampada en aquel semblante, tan lleno de animacion anteriormente.

Tenia sus ojos hundidos, su frente pálida, su cabellera descompuesta: de vez en cuando una sonrisa desdeñosa asomaba á sus labios; y sin embargo afectaba la misma cortesania, la misma indiferencia, el mismo carácter de otros tiempos.

Siempre era el hombre de la corte.

Con todo, á la mirada perspicaz de Carlos no se escapó ninguna de estas alteraciones.

El conde de Montellano tenia dos heridas que manaban sangre. Los celos y la ambicion.

—Faltaría al mas sagrado de los deberes, dijo Carlos, si no viniese á saludaros en este dia, tanto mas, cuanto os debo mi nueva posicion.

—Gracias, contestó el conde: ¿este caballero es vuestro amigo, el mismo que tuvo la bondad de ser mi testigo?

Baltasar saludó á su vez.

— Os debo estremada gratitud, continuó el conde; hay favores que no se sabe cómo pagarlos.

La conversacion se hizo general, y giró sobre cosas indiferentes.

Ultimamente, los dos amigos trataron de retirarse.

— ¿Es la visita de despedida? preguntó Montellano.

— No, señor conde, aun volveremos á tener el placer de saludaros.

— ¿Y cuándo partís?

— No lo sabemos.

— ¿Os habeis presentado á vuestro general?

— Si señor.

— ¡Ah! ¡dichosos vosotros que vais á buscar la gloria, y qué sabemos si los desengaños! El mundo brinda con brillantes apariencias que despues se convierten en tristes realidades; pero para vosotros, que entráis por la senda de la vida, este lenguaje es desconocido. Sed felices, caballeros: ya os consta que la amistad, y con ella la fortuna y la bolsa del conde de Montellano os pertenecen.

Cárlos y Baltasar volvieron á montar á caballo, y en breve llegaron á la puerta de don Francisco de Quevedo.

El célebre poeta estaba en casa.

Llamaron, y se hicieron anunciar.

Don Francisco estaba sentado en aquella mesa adonde se compusieron las obras mas célebres, mas picantes, mas metafísicas, mas hiperbólicas que se han conocido.

Cuando vió á los dos militares, soltó la pluma y se levantó.

— Os hubiera tenido, dijo, por alguna clase de bichos raros si no os hubiese conocido, caballeros.

— Venimos á tener el honor de saludaros, señor Quevedo, respondió Baltasar.

— En ese caso, sentaros si encontrais en dónde: ya sabeis que en mi casa no es

poderoso caballero

don dinero.



Lit. de S. Gonzalez S.^{ta} Clara 8.

Urrabiola inv.^o y lit.^o

D. FRANCISCO DE QUEVEDO.



Los dos jóvenes arrastraron dos pesados sillones, maltratados ya por la injuria de los tiempos, y se colocaron cerca de la mesa.

— ¿Conque es decir, señor poeta, que os vais á la guerra?

— Así lo desea S. M.

— ¿Y vos, señor legista, quereis imitar á Ciceron?

— ¡Oh! el rey lo ha dispuesto así.

— ¡Pobres musas! ¡pobres leyes! exclamó Quevedo, encojiéndose de hombros. Bien es cierto que los poetas comen mal y los militares bien; los abogados tienen que ser trapiondistas para vivir: en su consecuencia, alabo vuestra nueva profesion.

— Con todo, contestó Baltasar, jamás abandonaré á mis queridos versos.

— Entonces auguro mal de vos, amigo.

— ¿Por qué?

— Porque os morireis de hambre.

Baltasar hizo un movimiento como aquel que ve deshecha una ilusion.

Quevedo á su pesar lanzó un suspiro.

— Esto no pasa, prosiguió, de experimentar lo que todavía no habeis experimentado.

— Pero bien, dijo Cárlos, tened la bondad de aconsejarnos vos, que tanto conoceis á la sociedad.

— Sería en balde; cuando llegueis á los cincuenta años, entonces habreis aprendido algo en el libro de la esperiencia. Ahora, lo único que me atrevo á deciros es, que no os dejeis deslumbrar por nada; que en cada hombre mireis un falso amigo; en cada palabra un sentido distinto del que representa.

— ¡Ah! exclamó Baltasar lanzando un suspiro.

— Conozco que voy deshoyando la flor de vuestras ilusiones, querido, pero acordáos siempre de las espresiones de Quevedo. Tal vez una bala apague en vuestra frente el genio fecundo por el cual habeis llegado á una posicion que muchos envidiarían á vuestra edad, ó la muerte me haga una visita el dia menos pensado: estos dos inconvenientes nos alejarían mucho, y entonces sería doble el mal.

—Es cierto.

—En suma, no quiero produciros tristes impresiones en la época mas feliz de la vida: ¿cuándo marchais?

—Muy pronto.

—Pues entonces os haré mi regalo de marcha.

—¿Y cuál es? preguntó Baltasar.

—Un consejo.

—Decidlo.

—No bebais, no juguéis, y no os acordeis de las mujeres. Estos son los tres enemigos del militar.

Los dos jóvenes se miraron con asombro al notar cuán contradictorias eran las ideas de Quevedo comparadas con las de su coronel.

No pudieron contener una doble carcajada que asombró al poeta.

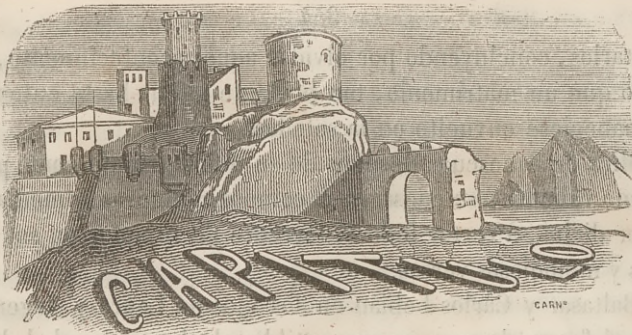
Poco despues se despidieron de él con el corazon oprimido á causa del tono lúgubre de sus palabras.

—Ahora ¿adónde vamos? preguntó Cárlos á su amigo.

—A la Puerta de Moros, respondió Baltasar.

Y partieron á galope, sin acordarse de uno de los consejos de Quevedo.





XXVI.

Lágrimas. — Felicidad.



a corte siguió su eterna marcha de intrigas y diversiones; el olvido cayó como una capa de plomo sobre los acontecimientos pasados; el ejército que debía partir para Portugal recibió la orden de que estuviese próximo para marchar al momento; el duque de Medina Sidonia luchó largo tiempo entre la vida y la muerte hasta que se cobraron esperanzas de salvacion; el conde de Liches se restableció de

su herida, y se lanzó en busca de nuevas aventuras y de nuevos placeres; últimamente, el conde de Montellano pretestó una enfermedad, y alcanzó permiso para que él y su esposa no asistiesen á palacio, el uno como empleado en el servicio del rey, y la otra como dama de la reina.

Cerráronse por consiguiente las puertas de la casa del conde con notable asombro de la corte, que tuvo pábulo para murmurar por esta ocurrencia; hubo algunos dias de largos co-

mentarios, concluyendo por olvidar aquel acontecimiento, dejando que un matrimonio, tan brillante y feliz hasta entonces, permaneciese envuelto en la soledad.

Mira de Amescua, despues de su doble triunfo como poeta y como valiente, se consagró á componer nuevas comedias, ó mejor dicho, á verter todo el torrente de su amor en sus sentidos y melodiosos versos.

Baltasar y Cárlos bebían en los ojos de Laura y Argentina todo el fuego de que es susceptible el alma á la edad de los diez y siete años, estremeciéndose ante la idea de una separacion, y entusiasmándose con la esperanza de futuros proyectos.

En conclusion, el padre lector de San Francisco, y la buena calderera de Puerta Cerrada, lloraban en silencio por la próxima marcha de sus hijos adoptivos, y pretendieron olvidar lo que era inevitable; pero como ha dicho La Bruyere, querer olvidar á cualquiera es acordarse de él.

Una mañana al tiempo de ir Cárlos y Baltasar á recibir la orden diaria de don Juan de Austria, este les manifestó que se dispusieran á marchar á las cuatro de la tarde de aquel dia.

Por muy esperada que fuese esta noticia, es lo cierto que los dos amigos sintieron esa viva inquietud y un dolor profundo que se experimenta cuando hay que separarse de pronto de todo aquello que se ama.

En honor de los sentimientos de nuestros jóvenes, podemos asegurar que sintieron en sus ojos el peso de las lágrimas.

Don Juan de Austria iba á montar á caballo, y ellos, á fuer de ayudantes, tuvieron que acompañarle.

Dirigiéronse á las afueras de la puerta de Segovia, donde formados en masa estaban los valientes tercios españoles con las vanderas desplegadas, y prontos á marchar.

Aquel espectáculo fué magnifico y consoló algun tanto la afliccion de Baltasar y Cárlos.

Pasada la revista, el ejército tomó el camino de Estremadura, y don Juan volvió á Madrid, átravesó por sus principales calles, y llegó de nuevo al alcázar real.

Allí despidió á su comitiva para que cada uno hiciese sus últimos preparativos de marcha.

Cárlos volvió á galope á San Francisco, y Baltasar á Puerta Cerrada.

Renunciamos á describir la despedida de estas cuatro personas que tanto se querian. Hubo consejos, y lágrimas que duraron hasta el mediodía.

Llegó por último el instante de la separacion.

El padre lector, que habia sido el depositario de los dos mil escudos mandados entregar por el rey á los dos jóvenes, puso en las manos de Cárlos una bolsa con cuatrocientos escudos, resto de los mil que á él le correspondian, pues se habian gastado seiscientos en el equipage y el caballo; otra con igual cantidad, residuo de la de Baltasar, y últimamente, otra tercer bolsa que al darla el buen religioso, dijo llorando:

—Ahí tienes, hijo mio, mis pequeños ahorros, son doscientos escudos que te regalo para que te acuerdes de mí... adios.

La despedida de Baltasar fué una cosa por el estilo.

La anciana le regaló trescientos escudos, y no hubo medio de consolarla. El joven la inundó con sus lágrimas, al mismo tiempo que ella le decia:

—Anda con Dios, querido de mi alma, ya no te volveré á ver mas.

Quebrantados aquellos corazones con el dolor, tuvieron que separarse.

Baltasar y Cárlos estuvieron juntos á las tres y media en la plaza de Oriente.

El surco del llanto iba impreso en sus ojos.

Cuando pudieron entenderse se refirieron lo que habian sufrido: Cárlos entregó á su amigo la bolsa con cuatrocientos escudos que le correspondian, y se mezclaron con los demás oficiales que esperaban el momento de partir.

Pero con grave asombro de los militares, que sabian la exactitud del general, dieron las cuatro, y despues las cuatro y cuarto, sin que este se presentase.

¿Qué habia sucedido? Unos preguntaban á otros, hasta que á las cuatro y media se dió contraórden, dilatando la hora de la marcha hasta las nueve de la noche.

Esta noticia, que hizo botar, jurar y regañar á la mayor par-

te de los oficiales, alegró en extremo á nuestros amigos.

Habian temido no poder ir á despedirse de sus amadas, y con aquella próroga tenian tiempo para ir á ofrecer de nuevo su constancia á los piés de Laura y Argentina.

Asi fué, que sin formar comentarios acerca de aquella inesperada contraórden, trataron de aprovechar las horas que restaban.

Llamaron á sus criados, que ya se habian colocado en los furgones destinados á la conduccion de equipages, les entregaron los caballos, y se dirigieron á la Puerta de Moros.

Cárlos y Baltasar iban á dar el adios de la felicidad á dos corazones inocentes, á dos almas candorosas; por lo tanto olvidaron los pasados dolores ante este dolor nuevo.

Se ha dicho, y es una verdad, que el primer amor es siempre el que reina en nuestra existencia, como una aureola inmaculada que nunca pierde su resplandor, como una flor que jamás se marchita.

En efecto, los dos amigos amaban con ese abandono propio de su edad, con el egoismo de la juventud, con la esplendidez de la esperanza.

De aquí el que llegasen desalados al frente de la casita de la Puerta de Moros.

El señor Kappeler estaba asomado á la rejilla de la puerta, segun costumbre, y vió á sus amigos, pues amigos eran Baltasar y Cárlos del benemérito suizo.

— ¿Y Argentina? preguntó el primero.

— ¿Y Laura? interrogó el segundo.

El señor Kappeler en vez de contestar, descorrió los travesaños de la puerta, y contestó:

— ¡ Oh !... entrad... entrad, puenos amicos. Las ninas estar en el jardin.

Escusado es decir que los dos jóvenes, que ya conocian perfectamente la topografia de la casa, se pusiesen en dos saltos dentro de un reducido jardinito, porque en aquel tiempo las casas de Madrid tenian este desahogo.

El suizo era hombre muy condescendiente respecto á estos amores, que él habia patrocinado desde que fué protegido por

Cárlos y Baltasar en la tarde que le hirieron el cráneo de una pedrada; pero no lo era tanto que dejase solos en un sitio retirado á cuatro corazones que se idolatraban con delirio.

Cerró la puerta y apareció en la verdosa lontananza de un bosquecillo, cortando las hojas amarillentas de algunas plantas que habian enfermado.

Mientras tanto fijemos nuestros ojos en Laura y Argentina.

Estaban sentadas en un banco rústico que se apoyaba en el tronco de un hermoso álamo negro, que estendia sus brazos á la manera de un dosel.

A través de sus hojas brillaban los rayos del sol en el oca-so, los cuales doraban los cálices de un sin número de rosas de Alejandria y de blancas azucenas.

Por entre unas piedras unidas á la pared asomaba la impura cabeza de un Fauno que lanzaba por su boca un pequeño surtidor de agua, el cual iba á caer con monótono ruido en un pilon de piedra donde se deslizaban, como rayos de colores, multitud de peces que asomaban sus lindas cabezas á la superficie para ver si una mano generosa les echaba algun alimento.

Los pájaros revoloteaban en la cima del árbol, y lanzaban un rico concierto de sonidos que iban á perderse en el espacio, entre las ráfagas perfumadas de la brisa.

Laura y Argentina formaban el armonioso conjunto de aquel cuadro tan poblado de hermosos detalles.

Cuando Cárlos y Baltasar se presentaron de pronto, estas se pusieron pálidas instantáneamente.

Adivinaron que aquella tarde sería la última tal vez de su felicidad.

La gravedad de sus fisonomías, la estricta rigidez conque llevaban el hermoso uniforme de la guardia amarilla, las plateadas espuelas que sonaban en sus botas, y otra multitud de pormenores que omitimos, presentaron á sus ojos el golpe que las amenazaba.

— ¡Laura! dijo Cárlos, acercándose, ha llegado el momento.

Argentina bebió en los ojos del poeta la pena que le causaban estas palabras.

Por un momento esta noticia, espuesta con sencillez y franqueza, embargó la voz á todos.

Cárlos se sentó al lado de su amada y Baltasar hizo lo mismo.

Sus ojos se buscaban y se inundaban de amor y sentimiento.

—¿Conque vas á partir? exclamó Argentina con una voz que hacia esfuerzos por estar serena, y que sin embargo estaba entrecortada por los sollozos.

—Sí, contestó Baltasar.

—Pero volverás pronto, ¿no es verdad? prosiguió Laura, mirando á Cárlos.

—La guerra no debe de tardar en concluir, contestó este.

Oscurecióse la purísima frente de la jóven.

—¡La guerra! Esa palabra me horroriza, exclamó, juntando sus manos.

—¿Por qué? En la guerra se hace fortuna.

—Pero tambien se pierde la vida.

Argentina estaba identificada con este sentimiento, y dijo:

—¿Lo oyes, Baltasar? Mi hermana lo ha dicho.

—No, no, contestó el jóven; adoptando una entonacion mas jovial, la guerra es un accidente como otro cualquiera, la guerra es un juego en el que únicamente pierden los tontos. No temais. Nosotros no vamos á morir, sino á abrimos la senda de la felicidad, á resolver el problema de nuestro porvenir. Y cuando volvamos, mi idolatrada Argentina, cuando nuestra frente se halle ennegrecida con el humo de la pólvora, cuando en vez de ser alféreces de la guardia amarilla seamos capitanes de un tercio de nuestra infanteria, porque yo te juro que lo seremos, entonces vuestras manos se cruzarán con nuestras manos y buscaremos un sacerdote para que nos bendiga.

La peroracion de Baltasar hizo asomar de nuevo el carmin que habia huido de las megillas de las dos jóvenes.

—Sí, prosiguió Cárlos, embriagado con la linda comedia que en un instante habia compuesto su amigo, eso es lo que debe contituir nuestro eterno pensamiento, nuestra suprema felicidad. No es nuestro destino morir oscuramente en un campo de batalla, sino vivir para vosotras, para adoraros con toda

nuestra alma. ¿No es verdad, Laura? En este momento en que se va á decidir de nuestra suerte, no debemos tener ni una idea triste, ni un pensamiento lúgubre. Sufriremos esta primera y única separacion, porque tras ella aparece otra felicidad que no se extinguirá jamás, otra dicha que nos rodeará como una nube.

Habia tanta pasion, tanta energia en estas palabras, que Laura sintió renacer en su alma una esperanza que ya creía perdida. Dejó caer su cabeza en el hombro de su amante, pues hay impulsos que no se pueden reprimir.

—¡Oh! Cárlos, Cárlos, murmuró con voz apagada, yo temo perderte.

—No, bien mio, tu amor será el talisman que me libre de todos los peligros.

—Sin embargo, ¡te amo tanto! —¡Oh! —y perdona que en este instante doloroso me espese en ese language—te amo tanto, que este amor me hace dudar, me hace egoista y desconfiada. Tú nunca has salido de Madrid, no has conocido otro cielo que el que cubre nuestras cabezas, no has respirado otro aire sino el que nos rodea... ¡Oh! ¿quién me dice que tu pecho, tan noble, tan leal, tan apasionado, no ha de sufrir esa transformacion que imprimirá en tí la variacion de costumbres, de clima, de naturaleza? ¿Quién me dice que la vida de los campamentos, la vista de la sangre, el espectáculo de la matanza, no endurezca tu corazon?

Cárlos estrechó ardientemente una de las manos de su amada, y dijo:

—Jamás; para tí mi existencia, mi sangre, mi último aliento.

Habia tanta verdad en estas espresiones, que Laura, embriagada con ellas, no se atrevió á romper el silencio que siguió á ellas.

Mientras tanto, Baltasar y Argentina hablaban en estos términos:

—No quiero figurarme, decía el primero, que pueda haber en tu alma una duda siquiera, de quien no sabrá pensar sino en tí, de quien llevará tu imágen como un recuerdo. ¡Oh! muchas veces he pensado que tenia que llegar este momento; pe-

ro no le he temido, porque contaba con la voluntad, esa fuerza prodigiosa del entendimiento, para adorarte en países lejanos, tanto como te he adorado hasta aquí.

— ¡Oh! calla, calla, contestó Argentina trémula de felicidad al oír aquel language; yo tengo fé en tus promesas, porque en un alma como la tuya no cabe el engaño; creo que tú no olvidarás á la que ha depositado en ti todo su cariño; pero hay una idea superior á mis fuerzas, y esta es la de tu ausencia.

— ¿Y qué he de hacer, Argentina? Si yo busco la guerra es por tí, si yo me separo de tu lado es porque te amo como las flores al sol, las sombras á la noche, el rayo á la tempestad. ¿Qué era yo? Una gota de agua perdida en el océano de la vida, una débil paja arrastrada al acaso. Jamás hubiera podido decirte: Argentina, yo puedo hacer tu felicidad; yo puedo darte á mas de mi amor, que es inmenso como el espacio, un nombre que pueda elevarte á una altura extraordinaria; yo puedo rodearte de esplendores como á las reinas de Oriente, porque tú eres mas hermosa que todas ellas. — Ve aquí lo que me hace alejarme de tí.

— ¿Y quién me dice que volverás?

— La fé de mis palabras, la esperanza de tu corazón, el eco del porvenir.

— ¡Ah! cuán hermoso es lo que me dices. Quiero creerte, porque si no moriría.

— No, no, tú no has nacido para tan suprema desesperación: tu amor es mio, mi alma es tuya, esperemos.

Esta palabra reasumió aquel doble poema de lágrimas y felicidad.

El sol habia desaparecido del cielo, y la noche con su túnica sembrada de estrellas, con su cabellera tendida, y vertiendo de un vaso aromático vapores oscuros, agitaba sus alas silenciosamente.

La hora del crepúsculo es la hora de la melancolía, de la meditacion del amor; es el suspiro del día, la sonrisa de la noche, un rayo reducido á polvo, una ilusion que se desvanece en las brumas del horizonte.

Las aves habían enmudecido, la fuente murmuraba como el fugitivo canto de una náyade.

Callaban los labios, pero hablaban los ojos.

¡Cuántas espresiones, promesas, juramentos y sonrisas no se dijeron en aquel mudo diálogo!

Laura suspiraba; tenía sus manos entre las de su amante.

Argentina sonreía; encontraba la felicidad en el rostro del suyo.

De pronto preguntó Laura como si le rasgasen el pecho:

—¿A qué hora es la marcha?

—A las nueve, contestó Cárlos.

—Van á dar las ocho, dijo Argentina con voz triste.

—Nos queda una hora escasa de estar á vuestro lado, dijo Baltasar.

Y volvieron á enmudecer.

Así transcurrió un cuarto de hora.

Los minutos principiaron á deslizarse como mariposas, rozando con su blando vuelo las frentes de aquellos amantes. El tiempo iba estrechando el espacio que les quedaba de estar juntos.

Los que se aman del modo que se amaban Cárlos y Laura, Baltasar y Argentina, no se cansan de repetir cien veces unas mismas palabras.

Habían apurado el vocabulario del amor, la estension de las promesas, la fórmula de todos los juramentos; se habían dicho esas mil palabras que nada dicen para un alma indifereute, y que tan armoniosamente resuenan en los corazones enamorados.

Pero el tiempo corria; el reloj mas inmediato iba á tocar pronto las ocho y media, y los jóvenes no sabían cómo separarse de allí.

¡Eran tan dulces aquellos momentos en que subian al cielo como el perfume de una ofrenda los votos de los cuatro amantes! ¡Estaban tan bien al lado de aquella fuente, bajo el templado rayo de las estrellas, aspirando el aroma de las flores, y devorando en sus ojos un amor inestinguible!

Y sin embargo era preciso terminar.

La campana de un reloj vino á romper aquel éstasis inmenso.

— ¡ Ah ! dijo Cárlos, mirando á Laura con locura, ha llegado el instante de nuestra separacion. Adios, pues; recuerda todas las noches á esta hora el supremo periodo de lágrimas y esperanzas que nos rodea. Aunque estemos separados por la distancia, que los latidos de tu corazon respondan á los míos. Sí, continuó, oprimiendo sobre su pecho la mano blanca y suave de la joven, aqui existirá siempre el templo donde consagraré toda la adoracion que te profeso; yo te enviaré entre los suspiros del aire todos los suspiros de mi alma, toda la fé de mis promesas.

Y cuando en la soledad de estas horas fugaces, prosiguió Baltasar, dejándose arrastrar por aquella mano melancólica y sublime, aspire los aromas de la naturaleza, respira en ella todos los juramentos que te consagro, y cuando mires á esa espléndida alfombra de Dios bordada de brillantes, ve allí la luz de mi fé, siempre eterna como el espíritu de la creacion, como el soplo de la divinidad.

Las jóvenes no pudieron proferir una palabra.

Derramaban silenciosas lágrimas que caían sobre las manos de sus amantes, que no tenian valor para alejarse de aquel lugar querido.

El señor Kappeler vino á turbar el último instante de felicidad que les restaba.

— Señoritas, dijo, acapan de llamar á la puerta.

— ¿ Y quién puede ser? preguntó Laura algun tanto molesta con aquella novedad.

— Un capallero que fregunta for la mia fersona: volvió á decir el suizo.

— ¿ Por vos?

— Sí.

— ¿ Y qué desea?

— Me llaman con mucha urgencia.

— ¿ Adónde?

El señor Kappeler sufrió un golpe de tos seca, y contestó:

— A per un bon amito mío, que se se está muriendo.

Y al decir estas palabras la voz del honrado suizo pareció agitada y convulsa.

—Entonces marchad.

Esto queria decir que no se podia diferir un momento la hora de la partida.

Cárlos y Baltasar temblaron.

—¡Adios! exclamó el primero al ver la magestuosa figura del señor Kappeler que se retiraba lentamente.

—¡Adios! repitió Baltasar, cayendo á los piés de Argentina.

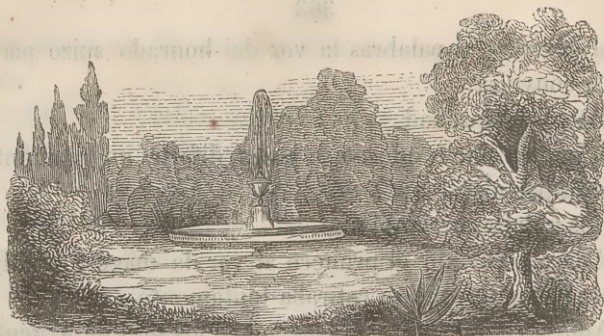
Las hermosas no contestaron, pero dirigiéronse á las flores que rodeaban el tronco del árbol, cortaron la una una linda rosa de color de grana, la otra una azucena que acababa de romper su cándido boton.

—Toma esta rosa, dijo Laura, próxima á caer al suelo. Va empapada en mis lágrimas; que ella sea el recuerdo de nuestro amor, y su perfume la esperanza de nuestra dicha.

—Lleva esta azucena en tu pecho, decia á la vez Argentina á su amante; he besado cada una de sus hojas para que tú la lleses sobre tu corazon, como una reliquia que te libre de todas las desgracias.

Cárlos y Baltasar devoraron á besos aquellas flores delicadas, y lanzando una mirada de suprema angustia, se alejaron de aquel sitio, impregnado de todas los sueños de amor.





CAPITULO XXVII.

El moribundo.



El señor Kappeler esperaba á la puerta á los dos militares.

Cuando estos salieron, despidiéndose de ellos, deseándoles las mas completas felicidades, se alejó por un extremo de la calle, seguido de un embozado que lo acompañaba.

Cárlos y Baltasar, demasiado conmovidos, se retiraron lentamente, volviendo cien veces la cabeza para mirar la casa querida donde quedaban las dos jóvenes que tanto amaban.

Nos vemos precisados á seguir al señor Kappeler, mientras que nuestros amigos vuelven á la puerta de palacio y esperan el instante de marchar.

El buen suizo caminaba de prisa; el embozado que le acompañaba le habia dado una noticia desconsoladora que habia turbado su existencia monótona y tranquila.

Él lo habia dicho, iba á ver un buen amigo que se estaba muriendo.

Caminó algun tiempo por medio de las tortuosas calles de

Madrid hasta que llegó á un estenso edificio en cuya puerta principal se veían multitud de coches y grandes masas populares que observaban en silencio las personas que entraban y salían.

Kappeler iba á dirigirse hácia aquel punto; pero el desconocido le hizo ciertas indicaciones, y se introdujeron por un callejon inmediato con el objeto de buscar una puerta falsa á espaldas del palacio.

Cuando llegaron á este sitio, el desconocido introdujo una llave en la cerradura de un pequeño postigo; este se abrió, y entraron silenciosamente.

Kappeler se dejó conducir por largas galerías, oscuras escaleras y abandonados salones, hasta que llegó á una antesala, en donde le dijeron que esperase.

Allí estuvo como un cuarto de hora.

Transcurrido este tiempo, el mismo embozado que lo habia conducido allí volvió á aparecer, y dirigiéndose á una puerta, le dijo:

—Entrad.

Kappeler no titubeó, obedeciendo ciegamente aquella orden.

La transicion de la luz á la oscuridad le hizo al punto no distinguir el sitio donde se encontraba.

Ultimamente percibió una habitacion llena de retratos de familia, en el fondo un lecho suntuosamente colgado, una mesa portátil donde resplandecía una luz en un vaso de alabastro, luz moribunda que oscilaba á la mas ligera bocanada de viento, y la cual iluminaba con un tinte amarillo un crucifijo de marfil.

Tendido en el lecho se veía un caballero anciano, que parecia luchar con una penosa agonía.

—Venid, Mr. Kappeler, dijo con una voz estertórea, haciendo una señal con la mano.

A esta voz el buen suizo se precipitó hácia el lecho, y cayó de rodillas, orando con desconsuelo.

—¡Ah! señor... señor, exclamó, apoyando la cabeza en sus manos cruzadas: ¿qué terrible accidente os obliga á llamarme?

—Ya lo ves, contestó el anciano con tranquilidad; ha llega-

do la hora de la muerte... ese tributo del que nadie puede estar exento.

— ¡Pero esto ha sido un rayo!

— Sí; no podía mas, y mi vida se ha desplomado como una casa vieja que se hunde.

Hubo algunos periodos de pausa: el enfermo apenas podia hablar, y Kappeler aun no habia podido dominar su sentimiento.

— Escucha, prosiguió el moribundo; he pedido á Dios que me conceda siquiera una hora de vida para conferenciar contigo, mi bueno y leal amigo.

Kappeler echó á llorar.

— ¡Oh! no llores, prosiguió el enfermo; los momentos son preciosos, y espero al rey dentro de pocos minutos.

La noble cabeza del anciano cayó lánguidamente en los almohadones, pues no tenia fuerzas para sostenerla.

Entonces al herir de frente su pálido rostro la luz de la lámpara, distinguieron en él las facciones de don Luis de Haro, ministro de Felipe IV.

La noche anterior habia principiado á sentirse indispuerto, hasta que se desarrolló en él una espantosa congestion cerebral que en pocas horas le puso en el borde del sepulcro.

Esta causa imprevista, que estalló como una nube sobre la corte, y mas que sobre la corte sobre los negocios públicos, que este hombre llevaba sobre sus débiles hombros, detuvo hasta la salida de don Juan de Austria; y de aquí la contraorden que se habia dado aquella tarde. La malicia al pronto habia estado circunscrita al círculo de los cortesanos y palaciegos; pero á medida que se aumentaban las proporciones del mal, se iba ensanchando la zona donde estaba comprimida, hasta que se estendió con una rapidez prodigiosa por todo Madrid.

Al oscurecer de aquella tarde, si bien el enfermo estaba algun tanto despejado, los médicos le deshauciaron, y le dijeron que convenia que practicase sus últimas disposiciones.

Don Luis, sorprendido por la muerte, se sonrió, y oyó aquella sentencia fúnebre, como el fatigado peregrino que descubre el lugar del descanso.

Hizo que viniese un sacerdote, y recibió la extrema-uncion. Despues llamó al médico de cabecera, y con una serenidad propia de un hombre que tiene tranquila su conciencia, le preguntó de cuántas horas podia disponer: el médico le contestó de esa manera digna de los espíritus elevados, que segun su juicio le quedaban aun tres horas de vida.

El ministro le dió las gracias con profundo reconocimiento, y entonces, llamando á su ayuda de cámara, le hizo marchar en busca del señor Kappeler.

Ahora veremos las relaciones que mediaban entre el primer personage de España, despues del rey, y un oscuro suizo relegado en uno de los barrios mas apartados de Madrid.

Kappeler se puso de pié y enjugó sus lágrimas, segun los deseos del moribundo.

—¿Y mis hijas? exclamó este con suprema angustia.

—Agenas de la desgracia de su padre, contestó el suizo.

—¡Ah! ¡por qué han de estar condenadas á no llevar mi nombre! Escucha. Tú me has sido leal, ó mejor dicho, has sido el padre de esas pobres niñas, que han vivido, han crecido, se han educado á tu sombra.

—He cumplido siempre con vuestras órdenes, señor.

—Desde la noche de San Juan en que quise verlas... desde aquella noche en que estuvieron en un palco, segun mi deseo, no se han borrado un instante de mi imaginacion... He sentido ese cariño del padre, y esa desesperacion inmensa del que no puede abrazarlas ni reconocerlas mientras que su madre exista... Mancharía su nombre si tal hiciera, y, sin embargo, llevo á la tumba el remordimiento de no lanzar sobre sus frentes mi bendicion.

—Señor, hay infortunios que no se pueden vencer, contestó el suizo.

—Lo sé, mi buen Kappeler, dijo el ministro; por eso me resigno. Ahora, atiéndeme bien... Me va faltando el aliento, y quiero hacerte encargos sagrados.

—Decid, contestó el suizo.

—Aunque sé la lealtad conque hasta ahora me has servido, quiero que me sirvas aun mas, despues que yo haya muerto.

— Siempre cumpliré con vuestros mandatos.

— Lo creo. Quiero que sigas siendo como hasta aquí el verdadero padre de mis hijas.

— Lo seré.

— No me basta eso, contestó el ministro con voz desfallecida, los moribundos quieren otras pruebas.

— Estoy pronto á dároslas.

— Necesito que me lo jures.

— Os juro, señor, dijo el suizo con la energía de la verdad, por la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, que seré un padre para vuestras hijas.

El enfermo pareció mas tranquilo.

— ¡ Oh ! gracias. Ahora toma.

Y entregó un pliego cerrado, rubricado y sellado con el escudo de sus armas.

— ¿ Qué es esto ? preguntó el suizo.

— Es una cesion que te hago de mis tierras libres de Vizcaya, las cuales producen de renta doscientos mil escudos: son los dotes de mis hijas, y cuya fortuna entregarás á sus esposos, si algun dia llegan á casarse.

Kappeler se guardó en el pecho aquellos documentos, como un depósito que se le confiaba.

El moribundo fijó sus ya vidriados ojos en el suizo.

— ¡ Oh ! despachemos pronto, murmuró, temo que la muerte me sorprenda.

— Hablad, señor; cuanto tengo el honor de escuchar, es para mí tan sagrado como un testamento.

— Eres el único depositario de mi secreto. Consagremos, pues, los cortos instantes de mi vida á pensar en mis pobres hijas.

— Bien, señor.

— Escucha. ¿ Han comprendido ellas alguna vez su origen ?

— Jamás.

— En ese caso ahí te entrego una declaracion en forma, un reconocimiento legal para cuando llegue á faltar su madre. Solamente en ese caso te autorizo para que entregues á mis hijas este escrito.

—Os lo juro de nuevo por todo lo mas santo que hay en la tierra.

—Ahora... acércate: no quiero que ni las cortinas de este lecho escuchen mis palabras.

Kappeler se acercó, y el moribundo le rodeó con sus brazos.

—Hace diez y ocho años, dijo, ¡oh! no olvides esta historia, pues ella tiene que servir para que mis hijas comprendan su origen, luego que les sea dado saberlo,—hace diez y ocho años que fui á Lisboa como embajador. Me presenté en aquella corte con el fausto y esplendor de mi clase, conseguí en pocos dias ser recibido por la nobleza portuguesa con suma distincion. Una de las damas que mas atentas se mostraron conmigo fué la hermosa Beatriz, condesa de do Castello, cuyo esposo ocupaba un elevado puesto en el ejército. La condesa tenia fama de virtuosa, su nombre era el ejemplo de todos; su hermosura era respetada por los jóvenes de la corte... pues bien, la condesa de do Castello, arrastrada por una fascinacion culpable, llegó á ser mia; hubo por necesidad que ocultar su deslíz, pues estaba embarazada, y se retiró á una vieja posesion, situada en las orillas del Tajo.

El anciano suspiró, y despues de un momento continuó:

—Allí nacieron Laura y Argentina; yo las escondí en una cesta cubiertas de flores, y entonces fué cuando te las entregué, dejándolas caer sujetas con una cuerda en una lancha donde tú esperabas mis órdenes.

—Es cierto, contestó Kappeler.

—Desde aquel dia tú has sido el padre de mis hijas, y yo, por respetar el honor de la condesa, he sufrido tan cruel separacion. Ahora... ya no hay remedio... me muero; pero quedas tú como depositario de todos mis secretos. Sé, pues, fiel como hasta aqui lo has sido.

Kappeler cayó de rodillas, deshaciéndose en lágrimas, y jurando que no faltaria á ninguno de sus deberes.

—En ese caso, exclamó el moribundo, adios, mi buen servidor... mi querido amigo. Bendice á mis hijas en mi nombre... llévalas algun dia al sepulcro de su padre para que recen por él.

El suizo estaba demasiado conmovido para contestar. —

En aquel momento llamaron á la puerta principal de la alcoba mortuoria.

— Llamán: ha llegado el momento de separarnos... ¡Un beso para ellas!... ¡la última prueba de amistad para ti!

Abrazó á Kappeler, que lloraba silenciosamente, y le señaló la puertecita de escape por donde habia entrado.

— Adios... adios, amo mio, exclamó el pobre suizo, arrancándose de aquellos brazos, que le estrechaban convulsivamente.

— Adios.

Y el ministro cayó exánime en el lecho.

Al mismo tiempo se abrió la puerta principal.

El que entraba era el conde de Liches.

— Padre mio, dijo, acercándose al lecho; el rey viene á visitaros.

El ministro reunió el resto de sus fuerzas para recibir á Felipe IV.

Compúsose el pelo como Augusto, hizo que su hijo lo incorporase, y se dispuso á tener su última entrevista con el rey.

En breve se sintió en los salones exteriores el ruido que formaba la comitiva que acompañaba á S. M.

— Padre, dijo en aquella ocasion el conde de Liches, dispensad que en este momento solemne os recuerde una cosa.

— ¡Oh! ¿qué es?

— ¿Os acordais de una promesa que me hicisteis el dia de San Juan en vuestro despacho?

El moribundo desplegó una sonrisa.

— ¡Ah! sí, la recuerdo.

— Es decir, que ahora es la ocasion mas oportuna; el rey nada os podrá negar.

— ¡Ah! picaro, cómo acechabas mi muerte. Desde que te hice concebir las esperanzas de que te dejaría mi ministerio, no has cesado de ambicionar este momento.

— ¡Yo os juro!... exclamó el jóven conmovido, si bien dominado por el dolor.

— ¡Chiton!... Nada me digas: conozco el corazon humano,

y te advierto que desde el borde de la tumba se le ve con todas sus deformidades. ¿No estás contento conque te deje todos mis títulos y riquezas, sino que ambicionas el poder? Corriente; cumpliré mi promesa, hablándole al rey en tu favor... Serás primer ministro.

Liches hizo un movimiento de alegría, pues su ambicion era tan grande, que olvidó el sentimiento que le causaba la pérdida de su padre.

Felipe IV se presentó en aquel momento en la puerta de la alcoba, y sin reparar en el conde, se aproximó rápidamente á la cabecera del enfermo.

Habia en aquella visita algo de solemne y de grande que aterraba.

Parecia que en aquella despedida espiraban los esfuerzos hechos por la dinastía austriaca para sostenerse en pié.

—¿Será verdad, dijo el monarca, que vais á abandonarme?

—Sí, príncipe, contestó el ministro con voz sepulcral: Dios, rey mas supremo que los reyes de la tierra, me llama hácia si.

Esta verdad terrible hizo estremecer á Felipe IV. Sabia además que la muerte de aquel hombre abria una profunda sima en los negocios públicos, los que acaso acabarían por desplomarse, pues tan solo la fuerza de su inteligencia habia sostenido aquella máquina. No sabemos por lo tanto qué reflexion fué la que le hizo temblar, la del ministro, ó la suya propia.

—¿Tal vez haya alguna esperanza? dijo Felipe.

—Ninguna; conozco, señor, lo que me resta de vida.

—Los cálculos humanos siempre son inseguros.

—Pero los de Dios son exactos.

—¡Terrible lógica! exclamó el rey, sintiendo clavarse en su corazon las espinas de esta verdad. ¡Oh! no puedo acostumbrarme á esta idea.

—Señor, contestó el anciano conmovido, hubiera deseado que mi vida se hubiese prolongado, no porque yo la desee, sino por haberla consagrado al servicio de V. M. Cuando eché sobre mis hombros la pesada carga del gobierno, era una época crítica y funesta. En primer lugar, tenia que hacerme superior al

genio brillante y destructor á la par del conde-duque, que os hizo perder muchas provincias con la misma magnificencia que cuando Alejandro repartió sus reinos á los generales de su ejército; en segundo lugar, habia de sostener la antigua divisa de vuestra casa compuesta por vuestro visabuelo el emperador; en tercer lugar, tenia que luchar con la Europa entera para devolveros el prestigio que os faltaba. Os dejo, señor, sino con paz, porque esta es imposible en los tiempos que corremos, al menos con gloria; un ejército brillante, aunque no numeroso, marcha á Portugal al frente de un general que tiene el prestigio de vuestro nombre y el valor de vuestra raza; os quedais con el tratado de Westfalia, que he sabido dirigir en gloria de vuestra corona; queda vuestro nombre respetado en América, y reverenciado en todas partes. Esta ha sido mi obra. Os la entrego, señor, desde el borde de la tumba, y si no he logrado elevar vuestra monarquía á la altura de otros tiempos, no ha sido por falta de deseos, sino porque mi talento es muy reducido para tan grande obra, ó porque allá arriba Dios ha decretado algo de funesto para vuestra raza.

Y en efecto, en aquella última frase parecia que se entreabrian los velos del porvenir, presentando á los ojos del rey sombras tristes y sombrías.

—Ahora, prosiguió el ministro, en cuya voz entrecortada se conocia que la muerte iba suspendiendo los átomos de su existencia, os pido el último favor.

—Bien, ¿qué deseas?

—Mi hijo el conde de Liches ha estudiado cerca de mí la ciencia de la política, conoce la índole de los negocios; acaso tenga acierto para conducir la nave del Estado. Cuando la tierra cubra mis despojos, nombradlo vuestro primer ministro.

Felipe levantó la cabeza y miró al conde, que en un lado de la cama parecia anonadado con el peso de la desgracia.

Sin embargo, acechó con el ramo del ojo el efecto que aquella proposicion habia hecho en el rey.

—Lo que importa, dijo este, desentendiéndose por tal medio de contestar al ministro, es que se apuren todos los recursos del arte para ver si se os puede salvar.

—No; ha llegado mi última hora, contestó el anciano con una voz tan desfallecida, que apenas pudo oírse.

El rey comprendió que la muerte cernía ya sus fúnebres alas sobre aquella cabeza venerable y tuvo miedo.

—Confíad en el cielo, dijo; volveré á visitaros: adios, pues, amigo mio.

—Él os haga feliz, señor, respondió el moribundo, extendiendo las manos en señal de una despedida eterna.

Felipe IV, que nada tenía ya que hacer allí, se dirigió á la puerta de la estancia, conmovido de aquella escena.

Todo su acompañamiento, entre los cuales estaba don Juan de Austria, se incorporó á él en las habitaciones exteriores.

Cuando bajaban la escalera de palacio, el rey se acercó á su hijo, y le dijo estas palabras:

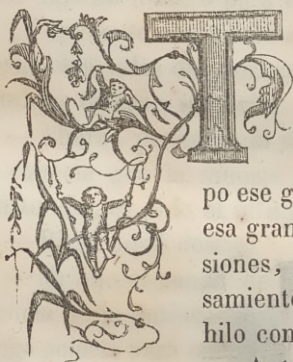
—Es inútil ya la detencion de vuestra marcha; el ministro se muere, y no hay quien lo remplace. Dios os conceda la victoria, y á mí talento para dirigir los negocios públicos.





XXVIII.

De como diez y siete mil escudos pueden pasar de unas manos á otras en cortos instantes.



ENEMOS que seguir las huellas de nuestros héroes mas predilectos, á imitacion de Homero cuando siguió á Ulises y Virgilio á Eneas.

Vamos á dejar por algun tiempo ese gran horno donde se agitan tantas ideas, esa gran Babel donde se encienden tantas pasiones, esa Merópali donde muere tanto pensamiento, ese laberinto donde se presenta un hilo como el de Ariadna, para salir de él.

Antes de proseguir, sin embargo, adelante, permitasenos un ligero descanso.

Desgraciadamente nos falta aquí esa varita de la virtud, esa verdad relativa que ilumina las vacilantes huellas del escritor, como el faro intermitente de los puertos modernos que tan pronto esparce una ráfaga de luz, como lo llena todo de tinieblas.

La historia, á quien queremos seguir á fuer de que faltemos á las reglas de lo bello, nos abandona en lo mas importante;

porque á mas de carecer de historias parciales que nos entreabran las tinieblas de lo pasado, aun no hemos podido saber que en España se permitan leer documentos importantes y manuscritos esclusivamente reservados para algunas eminencias.

Nos contentamos, pues, con ese crepúsculo en que, como en una vaga penumbra, descubrimos la forma, pero no los detalles y contornos de las épocas pasadas.

El ejército llegó á la frontera de Portugal; ejército escaso, pero valiente y decidido; ejército formado con los restos de los gloriosos batallones que habian peleado en Cataluña, en Italia, en Flandes, en Alemania, en Francia, y que se asemejaban en algo á los legionarios de Julio César, que despues de correr el mundo, llegaron á conquistar las Galias.

Jamás se habia podido penetrar en Portugal. Aquella prolongada lucha habia sido una lucha de fronteras, una guerra de correrías que ninguna ventaja produjera á la España.

La ineptitud de los generales por un lado, y la escasez de recursos por otro, eran las causas principales de tan inútil efusion de sangre.

Sigamos, pues, la marcha del único hombre que podia superar estos obstáculos, hasta que nos veamos obligados á retroceder otra vez hácia Madrid.

Don Juan de Austria llegó á Olivenza, importante centro de operaciones, y plaza la mas fuerte de la frontera.

Estableció allí su cuartel general; se valió de espías inteligentes para conocer la disposicion del ejército enemigo; preparó las provisiones necesarias para la manutencion de sus batallones, y adoptó todas esas medidas que tan indispensables son para el resultado de una campaña.

El ejército portugués estaba mandado por el mariscal Schomberg, y como en este pais se peleaba por la independencia, el número de sus soldados era superior al de los españoles. Colocados en admirables posiciones, y preparados á una lucha tenaz y aun desesperada, poseidos del espíritu emprendedor de María Isabel de Savoya, hermosa reina que supo ser esposa y amante de dos hermanos, era evidente que el genio

pensador de don Juan de Austria encontraría rivales dignos de él.

No dejó de fijar sus ojos en la inferioridad de sus fuerzas. Escribió al rey al instante, espresándole la necesidad de que se le mandasen socorros tanto de hombres como de dinero, y dió las necesarias disposiciones para abrir la campaña.

Cárlos y Baltasar asistieron á las primeras acciones. Siempre dispuestos á obedecer las órdenes de su general, sintieron, como todos los guerreros noveles, esa sensacion orgullosa que infunde el silbido de las balas en los corazones nobles y generosos, se señalaron en diversos encuentros por su serenidad, y merecieron que don Juan de Austria les dirigiese algunas palabras lisonjeras, alabando su bizarría.

En hombres de las ideas de nuestros dos amigos estas alabanzas produjeron el mismo efecto que en un incendio produce un depósito de materias inflamables.

Principiaron á escuchar las balas con ese desprecio instintivo de los que tienen confianza en la suerte; sintieron el rugido del cañon, primeramente con la emocion de lo desconocido, y despues con la alegría del soldado que á este acento poderoso presiente una gran jornada.

Ultimamente llegaron á asistir á una batalla.

Este espectáculo era nuevo para ellos; pero lejos de temerle, no solamente mantuvieron su reputacion de valientes, sino que por salvar á don Juan de Austria, que se habia comprometido demasiado en una carga de caballería, estuvieron por largo tiempo luchando cuerpo á cuerpo con los soldados de Schomberg, hasta que el general pudo mandar un refuerzo que los salvó del inminente peligro en que se hallaban.

Este arrojo, reconocido por todos los oficiales del ejército, hizo que nuestros jóvenes apareciesen tan interesantes como Demetrio ante los muros de Babilonia; don Juan los llamó, les dió las gracias, y les ofreció su amistad.

El coronel de su regimiento recorrió en todos los tonos la multitud de juramentos que tan pomposamente sabia decir para alabar la accion de Cárlos y Baltasar.

Aquel buen veterano concluyó por convidarlos á comer.

En campaña no se come cuando se quiere, sino cuando se puede.

La batalla habia quedado indecisa, Schomberg se retiró hácia Estremoz, volvió dispuesto á ocupar sus posiciones, y sobrevino la noche sin otro incidente notable.

Así fué que serian las nueve cuando el digno coronel de la guardia amarilla se sentó á la mesa.

Cárlos y Baltasar tuvieron el honor de ser colocados el uno á la izquierda y el otro á la derecha de su gefe: en el resto de la mesa se juntaron como unos veinte oficiales, con esa viva alegría del podenco cuando olfatea la caza.

Allí lo que se olfateaba eran los guisos del festin.

No sabemos, ó mejor dicho, no queremos analizar de dónde brota ese brillante movimiento, esa ligera locuacidad que se apodera de los concurrentes cuando estos se encuentran alrededor de una mesa, pero es exacto que en ellas hay algo mas de franqueza y de familiaridad que en otras clases de reuniones.

Desde la cena de Baltasar, banquete bíblico que tan admirablemente nos ha pintado Martin, hasta la colacion del pescador descrita por un poeta aleman, existe ese placer ligero que dá doble color á la escena.

El festin de nuestros militares carecía de muchos platos, pero abundaba en alegría.

Por algun tiempo solamente se habló de las ocurrencias del dia.

Cada cual dijo lo que le pareció, menos un capitan alto, de aspecto pálido, que ni siquiera movió los labios.

Este capitan llegó á llamar la atencion por su silencio, como otros la llaman por su afluencia de palabras.

Brindaban y bebia, le preguntaban y contestaba por monosílabos, reían y él apenas enseñaba los dientes.

Aquel contraste, único en tal reunion, no dejaba de chocar; sin embargo, muchos que le conocian apenas hacian caso de él.

Cárlos y Baltasar no pudieron menos de mirar á este hombre con estraña prevencion.

Luego que hubo terminado la comida, y se levantaron los

manteles, Carlos se aproximó á su coronel, y le hizo esta pregunta:

— ¿Quién es ese capitán tan silencioso, mi coronel? tened la bondad de decírmelo.

— ¡Mil bombas! contestó el gefe, haciendo un sublime gesto cómico: ese caballero es un valiente alemán que pertenece á la guardia chamberga.

— ¡Ah! contestó Carlos.

— Es nada menos que el baron Gustavo Guillermo Stall.

— Perfectamente.

Y Carlos hizo una graciosa cortesía en señal de quedar complacido.

El coronel era fiel á sus antiguos preceptos. Durante la comida habia bebido como un sileno, y no estaba de humor de que le abandonase la sociedad escogida que lo rodeaba.

No bien acababan de desaparecer los restos de la franquela, cuando dispuso que la mesa quedase en el mismo sitio que estaba.

Un soldado trajo una preciosa caja, la cual puesta sobre dicha mesa, indicaba alguna cosa.

Carlos y Baltasar, que no comprendian aun todos los atractivos de la vida militar, miraron aquella especie de urna con profunda curiosidad mientras estuvo cerrada.

Pero el coronel no tardó en abrirla, y entonces brotaron de ella como granos de marfil multitud de dados de diversos tamaños.

El sonido de estos formaron tan armonioso ruido sobre la mesa, que todos los militares se dirigieron rápidamente hácia el coronel. Este metió los dados de tres en tres en copas de dorado metal.

Hemos dicho *todos*, pero nos hemos equivocado.

El capitán Gustavo Guillermo Stall permaneció indiferente.

Carlos y Baltasar como no acostumbrados al juego, pues una partida de juego era lo que se preparaba, se enlazaron del brazo y principiaron á pasearse á lo largo de la destartallada sala.

Sin embargo, de allí á un momento sintieron el eco del oro que se iba amontonando pausadamente delante de cada jugador; examinaron aquellos semblantes indiferentes á las bajas, cómo se animaban poco á poco bajo la influencia de la embriaguez de la avaricia, aun mas terrible que la embriaguez del vino; estudiaron aquel cuadro de tan diversos colores, y no pudieron menos de sentir una terrible opresion.

El alemán seguia parándose con su habitual indiferencia. Le tardóse poco en sentirse el armonioso estrépito de los dados, agitados en el interior de las copas, y el golpe seco que estas producian en la mesa á cada suerte.

Despues se elevaba una infernal algazara sobre las visicitudes de la fortuna, y las dudas que se suscitaban.

Baltasar y Cárlos principiaron á comprender que no podían respirar libremente dentro de aquella atmósfera, y trataron de marcharse á su alojamiento.

Cuando iban á poner en práctica esta maniobra, bastante difícil si se quiere, porque el coronel les habia hecho dos ó tres invitaciones, se encontraron frente á frente con el baron Stall, que parecia cerrarles el paso.

Esto no pasaba de ser una casualidad; con todo, esta casualidad obligó al baron á saludarlos cortesmente.

—¿Qué es eso, caballeros? les dijo con esa familiaridad propia de los militares: ¿veo que no tomáis parte en el juego?

—No nos gusta esa lucha de azar, señor capitán, contestó Cárlos con esquisita cortesania.

—¡Ah! eso es otra cosa. ¿Os agradarán los naipes?

—Tampoco, replicó á su vez Baltasar, asombrándose del regalo de Quevedo.

El alemán movió la cabeza en señal de incredulidad.

—Yo no puedo creer eso, replicó á su vez este hombre extraño; sin duda estareis acostumbrados á poner mayores cantidades que las que circulan en la actualidad.

—Ya he tenido el honor de deciros que no jugamos, contestó Cárlos.

—Yo tampoco, caballeros. Sin embargo, cruzaría con vosotros una partida.

Hay invitaciones terribles que para hombres pundonorosos no tienen otra solucion sino aceptarlas. Aquello parecia una provocacion, ó mejor dicho, un desafio.

—Dispensad, contestó Cárlos, tenemos hecho propósito de no jugar.

—¿Rehusais?... yo no puedo creerlo.

Baltasar tuvo intencion de aplastar á aquel importuno; pero el compromiso iba tomando proporciones insuperables. Hubieran sido unos ridículos á no aceptar la corta invitacion que se les hacia.

—No podemos rehusar, caballero, dijo Cárlos, obligado á entrar en la partida.

—Jugaremos á la banca, si os place. Vereis como muchos abandonan los dados.

Y con una familiaridad que nuestros amigos no acertaban á comprender, pidió cartas á uno de los asistentes del coronel.

Durante este intervalo, Cárlos y Baltasar se miraron en silencio, como si espresasen el odio que el capitan habia principiado á inspirarles.

Se resignaron, pues, y pensaron, ya que no habia otro remedio, sacar cuantas ventajas pudieran de la lucha.

Las cartas fueron entregadas al capitan, y este se puso á manejarlas con notable facilidad.

Cárlos y Baltasar estaban conmovidos. Era la vez primera que iban á jugar, y en corazones puros que por vez primera van á romper todos los encantos de su tranquilidad, siempre se experimenta una inquietud dolorosa, como si un gusano les mordiese en las entrañas.

El baron Stall se sentó magistralmente, y tiró sobre la mesa un puñado de monedas de oro.

Baltasar sacó la bolsa donde conservaba el resto de sus cuatrocientos escudos, y Cárlos hizo lo mismo.

Principió la partida.

Por ese fenómeno singular, que aun no han sabido explicarse los mas consumados jugadores, la fortuna principió á sonreir á los dos principiantes.

El oro del baron fué deslizándose lentamente al lado de

Cárlos y Baltasar. Estos con el brillo amarillento de las monedas, con la ventaja reconocida que llevaban en todas las puestas, con esa ambicion que instantáneamente se despierta aun en las almas mas cándidas, fueron perdiendo la timidez que los dominaba.

Ya no experimentaron miedo, sino ansiedad; estaban fascinados, locos; sentian que su sangre corria con doble velocidad; metian sus dedos por entre los brillantes doblones, encontrando en su frio contacto una impresion desconocida, y últimamente, olvidaron completamente el consejo de Quevedo de que no jugarán.

Pero á este consejo se oponia el de su coronel, y para proceder con lógica era preciso penetrar en esas cavernas densivas que tan vedadas les habian estado.

Una vez engolfados en aquel océano sin fondo, era preciso seguir.

El baron Stall perdió hasta catorce mil reales sin haber hecho el mas ligero movimiento, sin haber crispado los labios, sin haberse puesto amarillo.

Baltasar le hizo presente que podian dejar la partida para cuando la fortuna le fuese mas propicia.

El baron se sonrió con desprecio, manifestando que la cantidad perdida le era bien insignificante.

—Además, bien veis que al par de vuestras puestas hay otras muchas á quien debo hacer frente.

En efecto, el ruido de las cartas habia atraído hácia el extremo de la mesa muchos oficiales, dejando el juego de los dados.

De aquí el que el coronel apareciese en un ángulo, moviendo siempre sus cubiletes de metal, y en el otro el capitan aleman tirando cartas en busca de la fortuna.

Pero la fortuna le volvi6 las espaldas aquella noche, como esas mujeres coquetas que se muestran terriblemente enojadas, para presentarse despues dulcemente risueñas.

El capitan esperaba este cambio de la ciega divinidad.

Pero todos sus cálculos, todas sus combinaciones iban á estrellarse ante los dos jóvenes.

Adonde estos se inclinaban, allí estaba la suerte. Carlos en menos de una hora se encontró dueño de cuatro mil escudos.

Baltasar tenía tres mil.

Ellos lo absorbían todo, como esas trompas pulgosas que chupan y atraen cuanto les rodea.

El capitán siguió arrojando de su bolsillo un río de oro.

Ultimamente, por grande que fuese su práctica, por superior que fuese su indiferencia, principió á sentir ese vértigo del jugador que se empeña en bregar contra la suerte, y la cual ofrece esas horribles transiciones en que el ser racional se convierte en bruto.

Entonces principió esa lucha ciega y sombría que encadena todos los ánimos, y en la que solo se siente el convulsivo movimiento de las respiraciones.

—Caballero, dijo de pronto el baron de Stall, que ya lo veía todo á través de un prisma lúgubre, no admito mas puestas que las de estos dos señores.

Y señaló á Carlos y Baltasar.

Este reto era demasiado original para que la concurrencia no se interesase en aquel combate en donde las armas eran el dinero de una y otra parte.

Los dos jóvenes se pusieron pálidos, pues notaron que á medida que la suerte les favorecía, iban adquiriendo un enemigo.

El baron recogió los naipes y los barajó escrupulosamente.

—¿Aceptais el desafío? preguntó con una sonrisa forzada.

—No quisiéramos, dijo Carlos, que perdieiséis mas, pero si os empeñais, aceptamos.

Stall no contestó, y tiró las cartas despues de haber estendido sobre la mesa gruesos puñados de oro.

—Diez mil escudos hay en el juego, dijo, volviendo la baraja. Un rey y una sota.

A rey, contestó Carlos, poniendo dos mil escudos.

Baltasar puso otros dos mil.

Hubo un momento de silencio, silencio asombroso que nadie se atrevió á romper.

Las cartas principiaron á deslizarse en las manos del baron. Carlos y Baltasar deseaban perder.

La impaciencia crecia.

Una larga exclamacion de los espectadores, y la palidez que instantáneamente se estendió por el rostro del aleman, dieron á conocer hácia que punto se habia inclinado la fortuna.

—El rey, exclamó el banquero: vuestros son los cuatro mil escudos. ¿Quereis jugar, caballeros, los seis mil restantes á una sola puesta?

Carlos miró á Baltasar.

Varios militares trataron de evitar aquella postura desesperada, pero el baron estaba casi loco, á pesar de su aparente serenidad.

—No quisiéramos, dijo Baltasar, que siguiese la partida. Demasiada fortuna ha sido la nuestra.

—¿Creeis, caballero, que tenga miedo de perder doble cantidad de la que me habeis ganado?

—Habeis interpretado mal mis espresiones. Lo decíamos porque reconocida como está nuestra suerte, no es justo proseguir.

—Diría que esos reparos, bastante mezquinos, no sientan bien á personas acostumbradas al juego.

Estas espresiones ofendieron á Baltasar, el cual replicó:

—En ese caso, acepto la apuesta, van los seis mil escudos.

El aleman volvió á barajar, echando sobre la mesa un as y un siete.

—¿A qué carta jugais? preguntó.

—Al as, contestó el poeta.

Desde aquel momento pudo oirse el vuelo de una mosca. Hasta el coronel dejó los dados para presenciar aquella lucha á muerte.

Stall principió á sacar cartas. Notábase en su mano un ligero temblor, única señal de la deshecha agitacion que lo dominaba. De cuando en cuando se detenia como si un presentimiento fatal le hiciese temer el último desaire de la fortuna: los espectadores alargaban los pescuezos para ver mejor, apa-

reciendo aquel monton de cabezas como otras tantas fisonomías del espanto.

Ultimamente, la aparicion de un as produjo una esclamacion general de asombro.

—Vuestros son los seis mil escudos, exclamó el baron, lívido como la muerte.

Baltasar hizo un movimiento de repugnancia al tomar el monton de oro que estaba delante de su contrario.

Todos creyeron que la partida habia terminado con este último golpe, pero el baron, fuera de sí, dominado por el demonio del juego, se llevó las manos á los bolsillos para buscar algun dinero, pero nada encontró.

—Basta ya, observó filosóficamente el coronel; vais á arruináros, querido Stall, y bueno es, ya que estais á punto de ahorcaros, que no os ahorqueis del todo.

—Juego hasta mi vida, contestó el frenético aleman.

—Eso estaria bien, si alguno de los señores fuera el diablo.

—Son poco menos: he perdido diez y siete mil escudos y necesito reponerme.

—¿Pero qué diantre vais á jugar, si ya no os queda una blanca encima?

—Jugaré bajo mi palabra.

—Entonces, esta noche perderiais hasta vuestra baronía de Alemania. No se permite vuestra total ruina.

El aleman lanzó un voto que hizo temblar la sala.

Baltasar y Cárlos estaban violentos, aun en medio de su victoriosa posicion.

Aquel dinero les quemaba las manos.

—¡Juego! dijo el baron, mirando con ojos llameantes á los dos jóvenes.

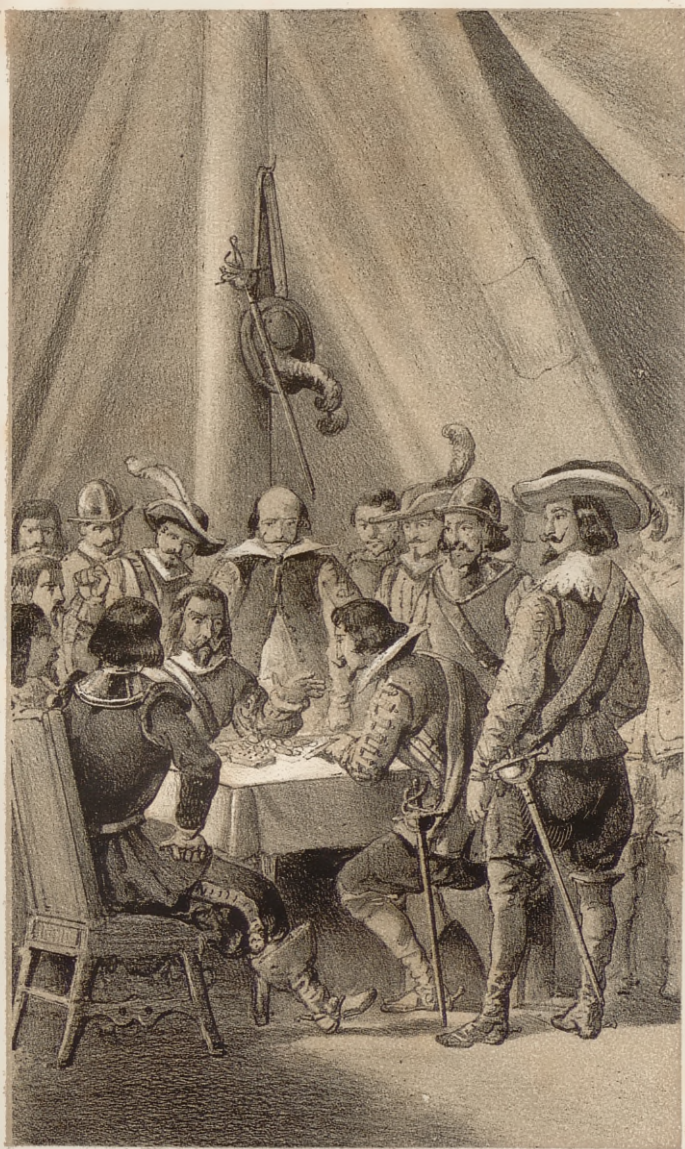
—Y bien, ¿qué vais á jugar? le preguntó Cárlos.

—Veinte mil escudos, bajo mi palabra.

Cárlos miró á los circunstantes.

—¡Mala pólvora me abraza! exclamó el coronel: este pobre baron ha perdido la chaveta, no se permite la apuesta.

—No... no, gritaron todos.



Urrabieta inv. y lit.

En. de J. Mañan, Madrid 1857

Vuestros son los seis mil escudos.

Cárlos respiró.

—Pues quiero jugar, dijo el alemán.

—En ese caso, se os permite el último esfuerzo, contestó el coronel.

—¿Y cuál es ese esfuerzo? preguntó.

—Stall, ¿cuánto os costó esa linda cadena que llevais al cuello?

El alemán pareció haberse salvado con esta proposición.

—¡Ah! sí, exclamó, arrancándosela rápidamente. Me costó mil escudos.

La cadena pasó de mano en mano.

Tenia en el centro un precioso medallón de oro, el cual hizo decir al coronel.

—Esta cadena vale mil y quinientos escudos. Es lo mismo que podeis jugar.

Los circustantes se constituyeron en tribunal, y aprobaron en un todo el dictámen definitivo del coronel.

El baron volvió á tomar los naipes, y principió la partida.

—Van los mil quinientos á una puesta.

Y tiró la cadena sobre la mesa.

Cárlos aceptó el reto.

Era suprema aquella última lucha.

Salieron un cuatro y un caballo, y principió el juego.

De pronto el baron tiró las cartas desesperado.

Habia perdido.

La cadena quedó en poder de Cárlos.

El baron quiso volver á jugar, porque verdaderamente estaba fuera de sí. No solamente odiaba á aquellos mancebos, como contrarios en el juego, sino que se declaraba como un mortal enemigo de ellos.

La venganza, esa serpiente escapada de la cabellera de Medusa, se enroscó en torno de su corazón.

El coronel medió con toda su autoridad para evitar que siguiese la partida, y el baron, lanzando una mirada terrible á Baltasar y Cárlos, salió de la habitación.

—Es un excelente sugeto, dijo el coronel cuando lo vió desaparecer, pero le domina esa maldita pasión como á los bor-

rachos el vino. Señores, prosiguió dirigiéndose á los dos afortunados mancebos, si la suerte se muestra tan propicia con vosotros, no habrá ni un portugués que os resista, ni un jugador que os gane, ni una muchacha que os niegue sus favores. Conque buenas noches.

Cárlos y Baltasar se embolsaron la fabulosa cantidad que habian ganado, y se dirigieron á su alojamiento.





CAPITULO XXIX.

En el que nuestros héroes se remontaron á consideraciones eminentemente filosóficas.



DESPUES de un sueño feliz en que nuestros dos amigos vieron á Laura y Argentina enviándoles una sonrisa de esperanza, se levantaron llenos de alegría, contaron los diez y siete mil escudos ganados al baron Stall, y formaron simétricos cartuchos, los cuales pasaron en seguida al fondo de sus maletas.

Respecto de la cadena, tratóse de que se guardaría como un recurso extremo, si por desgracia perdian no solamente sus ganancias, sino su peculio.

Cárlos fué á depositarla, por lo tanto, en el último rincón de su maleta; pero al tiempo de ir á practicar esta maniobra se le escapó casualmente de las manos, y cayó al suelo.

Nada tiene de extraño en que caiga al suelo una cadena de oro, y mucho menos que el que la derriba se baje á recogerla; pero Cárlos, al tiempo de verificar esta operacion, no pudo menos de quedar sorprendido.

Al golpe de la caída se habia abierto el medallon que pen-

dia de la cadena, desprendiéndose de él un papel finisimo que se detuvo en los mismos piés del jóven.

Cárlos lo tomó, cerró el medallon, guardó la alhaja, y, volviéndose á Baltasar con el papel en las manos, le preguntó:

—¿Qué significará esto?

—Algun secreto amoroso.

—Quememos entonces el papel sin leerlo, dijo Cárlos.

—¿Y por qué no leerlo? La casualidad nos lo ha entregado, no faltamos á nuestro honor informándonos de este secreto.

Y tomando el papel de manos de Cárlos, lo desdobló y fijó en él los ojos.

Baltasar leyó estos renglones, poniéndose pálido como la cera.

«Es indispensable que el prestigio de don Juan de Austria sucumba en la presente campaña: de aquí se le negarán socorros, y tendrá que luchar con sus escasas fuerzas. Avisadme de todo: la reina influirá poderosamente en el ánimo del rey, y con un pequeño descalabro conseguimos un triunfo completo.

EL PADRE NITHARD.»

Cárlos, al ver el sombrío gesto de su amigo, se apresuró á preguntarle:

—¿Qué has leído?

Baltasar por toda contestacion le entregó el papel.

—¡Oh! esto es mas sério de lo que yo creía, exclamó Cárlos despues de haber pasado su vista por el escrito.

—Huele á una intriga de corte.

—Así es en efecto. ¿Quién es el padre Nithard?

—El confesor de la reina.

—¿Aleman por supuesto?

—Sí.

Cárlos se rascó la frente; Baltasar principió á morderse las uñas.

—Y bien, observó el primero, esto quiere decir algo.

—Quiere decir que el general tiene enemigos.

—¿Y cómo es que este papel estaba en poder del baron Stall?

- Porque será uno de esos enemigos.
- Es cierto.
- Con razon me pareció un pájaro de mal agüero.
- ¿Y qué hemos de hacer?
- Los dos amigos quedaron pensativos por algun tiempo.
- Se me ocurre una idea, dijo Baltasar.
- ¿Cuál?
- Desafiar al baron y matarlo.
- No : nada adelantariamos con esto.
- ¿Por qué?
- Porque habrá otros enemigos en el ejército.
- Tienes razon, observó el poeta, apelemos á otros recursos.

- Dilo.
- Presentémonos al general.
- Sería un paso imprudente.
- No lo creo así.
- Manifestariamos un secreto que no nos pertenece.
- Pero un secreto que nadie nos ha confiado.
- Bien, dijo Cárlos, veamos á don Juan de Austria, pero no revelemos de qué persona emana este papel.
- Convenido.

Los dos amigos se ciñeron las espadas, tomaron los sombreros y salieron á la calle.

Llegaron en pocos instantes á casa del general.

Este acababa de recibir un mensagero importante, segun las noticias que pudieron recoger en la antecámara, y tuvieron que esperar á que terminase la audiencia.

Como era asaz delicado el asunto que los habia conducido al pabellon del general, se separaron del grupo de ayudantes, que habian principiado á asediarlos con multitud de preguntas acerca de la partida de la noche anterior, y se pusieron á contemplar desde una ventana el sombrío resorte de las fortificaciones angulares de Olivenza.

Cárlos se rascó de nuevo la frente como si le picase alguna cosa, y Baltasar siguió atarazándose desesperadamente las yemas de los dedos, ya que habia dado fin con las uñas.

De pronto clavó en su amigo los ojos, y despues de observar que nadie podia escuchar sus espresiones, le preguntó:

—¿En qué piensas?

—¡Phs! exclamó Cárlos, encogiéndose de hombros.

—Esa no es contestacion.

—Lo comprendo.

—Estaba distraido.

—Nada importa la distraccion para que la mente esté fija en una idea.

—Bien, ya que tú me hablas en ese sentido filosófico, te diré que pensaba en el estilo epistolar del padre Nithard.

—Ve aquí como tambien yo pensaba en lo mismo.

—Pues en ese caso, observó Cárlos, mirando á todas partes por si se aproximaba algun importuno, dime qué opinas de esos enemigos que aparecen de pronto, y donde menos pensábamos.

—Nada bueno.

—Bien.

—En primer lugar, se trabaja para que don Juan sucumba en una batalla.

—Es una observacion acertadisima.

—En segundo, que la reina es el centro, el núcleo, la fuente de esta conspiracion.

—Admirablemente dicho.

—En tercer lugar, que emanando de la reina tan divertida negociacion, es claro que debe tener multitud de afiliados, ó mas propiamente dicho, que el ejército debe estar en su mayor parte vendido á ese padre Nithard, por cuanto se encuentra cansado de batallas infructuosas que solo producen inútil y abundante derramamiento de sangre.

—Observo que te vas encumbrando hácia las mas elevadas consideraciones, observó Cárlos.

—Justo es que hagas justicia á mis cualidades.

—Tenemos, pues, que existe en nuestras manos uno de esos hilos tenebrosos, que como una red invisible se van extendiendo en torno nuestro.

—Exactamente.

—Conocemos á uno de sus caudillos, porque el baron Stall debe de estar en correspondencia con esa segunda persona, despues de la reina, llamado el padre Nithard.

—Esa observacion, dijo Baltasar, es sumamente diplomática.

—Pues ya que hemos podido levantar algun tanto el velo de este secreto, tracémosnos un plan de conducta.

—Tracémosle.

—Me parece lo mas conforme, no manchar por todo el oro del mundo nuestro honor militar.

—Aceptado, dijo el poeta.

—Esto significa que desde ahora pertenecemos en cuerpo y alma á don Juan de Austria.

El poeta hizo un movimiento de aprobacion.

—Que debemos vigilar, celar, averiguar, y sobre todo, faltar de nuevo á los consejos de don Francisco de Quevedo.

—¡Cómo!

—No te alarmes; he querido decir que debemos jugar.

—¿Jugar?

—Sí, jugar con el baron.

—¡Ah!

—Procurar que se reintegre de sus diez y siete mil escudos.

—Convenido.

—Establecer con él una amistad robustecida doblemente por nuestra generosidad.

—¿Y qué mas?

—Hacernos íntimos amigos de él.

—¡Amigos!

—Ni mas ni menos.

—¡Pero hombre!....

—Déjame acabar; una vez amigos, nos hacemos bebedores. Los alemanes beben como los elefantes.

—Es decir que infringimos el segundo consejo de Quevedo.

—Cabalmente.

—El vino desata las lenguas y hace espontáneos á los hombres mas adustos.

—Verdad.

— Nuestro alemán cederá á esta suprema ley.

— ¿Y bien?

— Nosotros seremos locuaces para manifestar cierto disgusto acerca de don Juan de Austria.

— ¡Oh!

— Entonces la amistad por un lado, el vino por otro, y nuestras continuadas quejas por último, obrarán el resultado que me he propuesto, que no es mas sino que el baron quiera afiliarnos á su partido. Nosotros nos dejamos llevar por sus indicaciones, y hé aquí el raton cogido en la ratonera.

— Magnífico plan, que honra á un legista tan instruido como tú.

— ¿Es decir que lo aceptas?

— En todas sus partes y con todas sus consecuencias.

— En ese caso, dijo Carlos, voy á hacerte una pregunta, que será la última de nuestra conversacion.

— Corriente.

— ¿Conviene que manifestemos al general el secreto de esta trama?

— Conviene que le indiquemos que esté sobreaviso.

— Tal era mi pensamiento; estamos conformes.

Y los dos amigos se estrecharon la mano ardientemente, como si tuviesen en su poder los negros hilos de aquella conspiracion.

En el mismo instante se abrió la puerta de la habitacion de don Juan de Austria, y salió un caballero de no muy elevada estatura, rostro osado, ancho y amenazador, color aceitunado, barba poblada que casi nacía de sus megillas, y sonrisa desdenosa.

Vestía un traje de hermoso ante forrado interiormente de terciopelo verde, lo cual evitaba el que se distinguiese el polvo que lo cubria.

Carlos y Baltasar miraron á este hombre con la altanería conque él los miró, y pasó adelante.

En aquella mirada distinguieron nuestros amigos que las espuelas del caballero estaban empapadas de sangre. Esto demostraba que habia corrido á caballo muchas leguas.

Hecha esta observacion, los jóvenes llegaron á la puerta del pabellon.

Eran las nueve de la mañana, y por consiguiente la hora de recibir órdenes.

El intrépido general estaba sentado, y cuando distinguió á los dos amigos, lanzó una exclamacion de alegría.

— ¡ Oh! pensaba en vosotros, é iba á mandaros llamar, señores.

Y al decir esto, hizo una señal con la mano para que se acercasen.

Cárlos y Baltasar se apresuraron á cumplir este deseo.

— Decid al ayudante de servicio, que no permita á nadie la entrada, prosiguió don Juan de Austria; necesito hablar con vosotros.

El poeta fué á comunicar la última orden del general y en seguida volvió á su sitio.

Cuando se cerró la puerta, reinó un largo y profundo silencio. Don Juan, con los ojos fijos en ellos, estuvo contemplándolos mucho tiempo, mirando hasta el mas imperceptible movimiento de sus fisonomías, y leyendo en la limpidez de sus miradas la energía del dolor unida á la obediencia absoluta del servicio.

Despues de esta prolongada revista, don Juan rompió el silencio y dijo:

— Caballeros, durante el corto tiempo que llevamos de campaña, he visto en vosotros la lealtad, la hidalguía y el valor mas sobresalientes.

Este exordio hizo ruborizar un poco á Baltasar, y palidecer otro poco á Cárlos.

El príncipe continuó:

— Habeis conseguido colocaros á la altura de los capitanes mas experimentados, hasta el caso de librar mi vida del furor de los enemigos, cuya accion he recomendado á S. M.; habeis dado pruebas de talento y sagacidad en algunas conferencias que he tenido con los oficiales de mi servicio, y de aquí el que me haya acordado de vosotros para encargaros una comision de suma importancia.

De nuevo los dos jóvenes sintieron esas emociones generosas que brillan en el rostro como un súbito relámpago. Sin embargo, permanecieron inmóviles como estatuas.

Don Juan continuó:

— Una vez que he tributado un justo homenaje á las cualidades que os abonan, entendámonos.

El general tomó un papel enrollado que estaba sobre la mesa.

— Señores, prosiguió, acaba de presentármese el caballero Sousa-de-Jonte, un aventurero portugués que ha corrido sesenta leguas para llegar á Olivenza. Este caballero me ha dado, sin querer tal vez, instrucciones importantes de Lisboa, y en su consecuencia es necesario que os dispongais á montar á caballo y marchar al instante á esta capital.

Cárlos se atrevió á contestar:

— Estamos dispuestos á manifestar á V. A. que cumpliremos religiosamente con la honrosa comision que nos confiere.

— Eso esperaba de vosotros; por lo tanto, no perdamos tiempo. Señores, es absolutamente preciso que mañana á la noche esteis en Lisboa.

— Si tal es el deseo de V. A., estaremos, contestó Baltasar lacónicamente.

— No desconozco, observó don Juan, que hay una distancia enorme que correr, que habrá peligros que salvar, y quién sabe si puede acontecer la desgracia de que alguno de vosotros quede en el camino. Pero ruego al que sobreviva que no se detenga, sino que marche adelante.

Los dos jóvenes permanecieron indiferentes á las lúgubres observaciones de su general; pero habian aprendido á despreciar los peligros, y ni hicieron el mas leve movimiento.

— Está muy bien, contestó Cárlos, el que quede marchará adelante.

— Luego que llegueis alguno ó los dos á Lisboa, ó antes de salir de Olivenza, os disfrazareis del modo que podais, para no aparecer como españoles. Cuando llegueis os dirigireis á palacio, preguntad por la condesa de do Castello, y entregadle este papel.

Don Juan tomó dos esquelitas que habia cerradas sobre la mesa, y entregó á cada uno de los jóvenes una de ellas.

Cárlos y Baltasar las escondieron en lo mas profundo de sus bolsillos.

El general prosiguió :

—No se os ocultará que la comision que acabo de daros es á mas de peligrosa, de una importancia extraordinaria. De ella depende tal vez la terminacion de la guerra, y que el Portugal pertenezca de nuevo á la corona de España.

Esta noticia penetró en los corazones de los dos amigos, haciendo hervir su sangre con generosa impaciencia.

Conociase que el general habia concluido de dar instrucciones, por cuanto se puso á estudiar un mapa de la provincia de Alentejo, estendido sobre la mesa.

Cárlos se apresuró á preguntar :

—¿Tiene V. A. algo mas que mandarnos?

—Nada mas, señores.

—En ese caso, prosiguió el joven, me permitirá V. A. que haga algunas preguntas con el fin de que el resultado de nuestra empresa sea satisfactorio.

—Podeis decir lo que os parezca, contestó don Juan, abandonando el mapa, y fijando en el gallardo mancebo sus ojos de águila.

—¿V. A. nos ha dicho que mañana á la noche debemos estar en Lisboa?

—Efectivamente.

—Nosotros, pues, apelaremos á todos los recursos humanos para devorar esa gran distancia, y llegaremos, á no ser que un puñal aleve ó el plomo de un mosquete nos detenga en la carrera.

—En ese caso, nada hay que hablar.

Baltasar se sonrió, y Cárlos prosiguió :

—Verdad es que una vez muertos cumplimos con nuestro deber; pero como no nos dejaremos matar tan fácilmente, siempre sería oportuno que V. A. se dignase espresarnos cuándo debemos estar de vuelta.

—¡Ah! eso depende de las circunstancias, caballero.

—Insto, mi general, porque si se prolonga nuestra ausencia, sería útil que V. A. vigílase la conducta de alguno de los oficiales...

Cárlos se detuvo, temiendo haber dicho mucho.

—¿Qué ibais á decir? preguntó don Juan, arrugando las cejas.

—Cuando existe por medio el interés de la patria, no debe haber reticencias. Decia, señor, que la conducta de algunos de los oficiales es sospechosa.

—¡Caballero! exclamó el príncipe.

—Mi general, ni soy adulator, ni mucho menos narrador de oficio. Las consideraciones espuestas anteriormente me han hecho pronunciar estas palabras. He cumplido con mi deber, y estoy satisfecho.

—¿Es decir que existe alguna trama en el ejército, en caso de creer vuestras palabras?

—Creo que sí.

—¿Entonces conoceréis á los culpables?

—No señor.

—¿Y qué analogía puede haber con vuestra marcha á Lisboa, y el acontecimiento que tan oscuramente me habeis explicado?

—Muy sencilla. Porque permaneciendo mucho tiempo en esa capital, no podríamos seguir ciertas averiguaciones sobre el delicado negocio que apenas me he atrevido á esponer á la consideracion de V. A.

—En ese caso, es preciso que seais mas explicito.

—V. A. no podrá hacer que hable de una cosa que apenas conozco.

—¡Ah! caballero, sois razonador como un estudiante.

—He tenido el honor de cursar leyes.

—Se conoce desde luego. Así, pues, respeto vuestro secreto, pues conozco el digno sentimiento que os inspira no descubrirle. Ahora os diré que lo mas que podreis estar ausentes son unos ocho dias.

—Entonces nada debe temer V. A.

—Os advierto que vuestro regreso no debe ser aquí.

—Tremos adonde V. A. nos mande, contestó Baltasar.

—A Évora.

—Es decir, ¿á la capital del Alentejo?

—Allí estaré al frente del ejército. Sí, prosiguió, mirando el mapa, y siguiendo con la vista una linea encarnada que habia trazado sobre el papel, marcharé sobre el ejército enemigo, colocado entre Borla y Jurumeña, me apoderaré con la rapidez del rayo de estas dos plazas, para tener un punto de operaciones en el mismo centro del pais, caeré sobre la caballería portuguesa, escalonada á lo largo del rio Sella, y fácilmente iré apoderándome de Oorato, Fonteira y Monforte.

Los dos jóvenes oyeron como se oye un oráculo los cálculos estratégicos de don Juan de Austria.

—Así es, prosiguió levantando la cabeza, que debeis encontrarme en Évora.

—Está bien, dijo Cárlos; dentro de ocho dias ó antes estaremos al pié de esta plaza.

—Con mucha seguridad lo habeis dicho, caballero.

—En caso contrario, es señal de que hemos muerto.

Cárlos y Baltasar se inclinaron para despedirse.

—Se me olvidaba lo principal, dijo don Juan de Austria; para llegar á Lisboa en el corto tiempo que os he señalado, se necesita dinero. Voy á estender una orden al pagador general del ejército para que os entregue cuanto os haga falta.

—Cuando se trata de servir al rey, contestó Baltasar, el dinero es lo de menos, sino la voluntad.

—Jóven, dijo el general, el dinero ablanda las rocas, y él os hará volar á Lisboa.

Y tomando un papel, escribió la orden contra el pagador.

—Tomad, prosiguió: mis instrucciones están terminadas, y dentro de una hora debeis estar en marcha. Solo me resta decir que si desgraciadamente caeis en una celada tragueis las esquelas que os he dado para la condesa de do Castello. Hasta la vista, señores.

Esta frivola despedida marcaba estraordinariamente el carácter marcial de don Juan de Austria, que fué, segun la expresion de un escritor concienzudo, *el último de los españoles*.

Los dos jóvenes conocieron que por aquella vez nada tenían que hacer en la habitación del general, y haciendo un saludo silencioso, salieron como si fuesen á un baile.

Rápidamente llegaron á su alojamiento, y principiaron á quitarse sus hermosos uniformes amarillos.

Los dos criados estuvieron por algún tiempo con la boca abierta, no sabiendo lo que aquello significaba.

—Ven acá, bergante, dijo Cárlos, llamando al suyo: marcha en este instante á la mejor roperia de la ciudad, y trae dos trages de caballeros hidalgos que sean sumamente modestos.

El criado tomó dinero, y salió á escape á cumplir la orden de su amo.

—Y tú, endiablado acólito, dijo Baltasar, ¿cómo están nuestros caballos?

Esta pregunta no tuvo una contestacion terminante, sino que despues de estar meditando un rato lo que habia de decir, contestó:

—Los caballos, señor, están perfectamente.

—No es eso lo que pregunto, salvage. Quiero decir si han comido un buen pienso.

—¡Ah! sí señor.

—En ese caso, corre á ensillarlos, y al mismo tiempo échales un segundo forrage.

El fámulo fué á salir atropelladamente.

—Entiende, prosiguió Baltasar, que esta orden comprende tambien á los dos caballos que nos han dado por ser ayudantes del general, y que nosotros tenemos de repuesto.

—¿Conque se ensillan los cuatro caballos?

—Eso es.

—¿Y á los cuatro se les echa su racion de cebada?

—Tambien.

El criado tomó de nuevo la direccion de la puerta.

—Escucha, gritó Baltasar.

—¿Qué me mandais? contestó el otro, deteniéndose.

—¿Están cargadas las pistolas?

—No lo sé, contestó el malaventurado mancebo, estremeciéndose ante la idea de una lucha próxima.

— En ese caso examínalas, y ponlas al corriente.

Hay órdenes que por peligrosas que sean no tienen otro remedio sino cumplirlas, y el criado de nuestro poeta comprendió toda la importancia de este axioma.

En su consecuencia abandonó la habitación, temblando de los pies á la cabeza.

— Y ahora que estamos solos, dijo Baltasar, mirando á Carlos, vamos á cuentas, querido. Será probable que perdamos el pellejo, pues si bien esta palabra es antipoética, tiene una significacion propia y verdadera.

— Es cierto.

— En ese caso...

El jóven hizo un gesto despreciativo, y algun tanto doloroso.

— En ese caso moriremos como mueren los valientes.

— ¡Diablo! ¿y Argentina?

— ¡Y Laura!

Este recuerdo vino á marchitar la flor de sus esperanzas.

— ¡Bah! y hemos de ser tan desgraciados...

— No, no puede ser. Mataremos á veinte antes de que nos toquen al pelo de la ropa.

Y de nuevo brotó como el iris en el cielo una confianza sin limites en el pensamiento de aquellos dos enamorados.

— Siendo así, marchemos con nuestra constante alegría, que es la precursora de horas mas bonancibles: desechemos toda clase de lúgubres ideas.

— Convenidos, dijo Carlos.

— Entonces, mientras despachan nuestros criados, podemos cobrar la libranza del general.

— La libranza; contestó el legista, debemos conservarla para una ocasion mas importante. Ahora podemos contar con los diez y siete mil escudos del baron Stall.

Observacion tan prudente hizo enmudecer á Baltasar, si bien se puso á componer mentalmente una oda de despedida á la hermosa jóven que amaba.

Cuando concluyó su improvisacion, apareció el criado de Carlos con dos trages completos, tal cual este los habia deseado.

—Aquí están los vestidos, dijo al tiempo de entrar.

—Ya están preparados los caballos y las... pistolas, observó casi al mismo tiempo el criado de Baltasar.

Cada uno de los dos amigos se apoderaron de un traje, y en pocos momentos aparecieron transformados.

Concluida esta operacion, Baltasar fulminó este terrible apóstrofe á los dos criados, que contemplaban aquella escena como si sus amos estuviesen locos.

—¡Malditos vigardos! ¿qué haceis así y no estais dispuestos para montar á caballo?

—¡Ah! exclamaron los dos, mirándose con doble asombro: ¿conque vamos á montar á caballo?

—En este mismo instante. Pronto, pues, y armarse hasta los dientes.

A estas palabras nada hubo que replicar.

Los criados salieron de la habitacion, como si hubiese caido sobre ellos un baluarte derribado por un cañonazo.





XXX.

Donde se demuestra la utilidad de las alquerías, de las encinas y de los arroyos en tiempo de guerra.



n menos de media hora quedaron concluidos todos los preparativos de viaje.

Cárlos y Baltasar llenaron de dinero sus bolsillos, mientras Cañizar y Monachil, que eran los nombres de los dos criados, estaban en la puerta con los cuatro caballos del diestro. Poco tiempo despues partian á escape por las calles de Olivenza.

La mañana era hermosa; el campo, cubierto aun de los fugitivos vapores de la madrugada, presentaba una brillante perspectiva, capaz de alegrar aun al corazon mas inaccesible á la alegría. Nuestros dos aventureros tenian demasiada poca edad para meditar sobre las consecuências que pudieran sobrevenir, y se creyeron mas arrogantes que Aquiles, y tan invulnerables como él.

En cuanto á Cañizar y Monachil, personajes secundarios que por vez primera sacamos á la escena, podemos decir que pasaba otra cosa muy distinta. El uno y el otro eran dos acóli-

tos de San Francisco, que entendían mucho de manejar la campana, encender velas, registrar breviarios y apurar el vino que quedaba en las vinageras, luego que los padres del convento habían terminado el Santo Sacrificio; pero que nada comprendían de montar á daballo, disparar pistolas y jugar la espada.

Mas como la necesidad es una segunda naturaleza, y los dos mozos eran dos verdaderos hijos de Madrid, listos, ágiles, y si se quiere algun tanto socarrones, adivinaron que debían acomodarse á aquella nueva existencia, tan distinta de la anterior.

Cañizar era un mancebo alto, de aspecto compungido, que se santiguaba por ver una mujer, y Monachil era bajo, de rostro impasible como el de un tonto, orejas que le caían hasta cerca de los hombros, y boca siempre arqueada como una media luna para abajo.

Tenia el defecto de reirse por todo.

Guardaron el equilibrio sobre sus cabalgaduras, no sin estar temiendo á cada paso estrellarse los sesos contra el suelo, hasta que una vez en el campo pudieron seguir con mas comodidad la carrera de sus amos.

Habían creído que esta terminaría despues de cierto tiempo; pero pasó media hora, pasó una, y siempre continuaba aquel endiablado galope.

Monachil miró á Cañizar riéndose estúpidamente; Canizar miró á Monachil, y levantó los ojos al cielo.

—¿Adónde irémos? quiso preguntar el primero con una segunda risa.

—Dios lo sabe, contestó el otro con una nueva mirada.

Y los dos criados se dejaron arrastrar por sus caballos.

Cárlos y Baltasar no habían hablado una palabra, y todo su cuidado estaba en devorar el camino en el menos tiempo posible; mas transcurrida aquella hora, en la cual había desaparecido Olivenza, creyeron oportuno romper aquel silencio que á nada conducía.

—¿Qué camino seguimos? preguntó Baltasar.

—El de Estremoz, contestó Cárlos.

—¿Llegaremos sin duda á las dos de la tarde?

—Creo que sí; pero temo una cosa.

—¿Qué?

—Qué allí hemos de encontrar el primer inconveniente, dijo Cárlos.

—Lo salvarémos.

—De eso no hay nada que hablar.

—¿Y despues de Estremoz?

—Tomarémos el camino de Evoramonte.

—Es decir qué hasta este punto recorrerémos unas doce leguas.

—Exactamente.

Los dos criados, aunque eran de los menos curiosos que se han conocido en esta raza especial, alargaron las orejas para oír la conversacion de sus amos, que podia ser en aquel momento de suma importancia para ellos.

Baltasar dijo á Cárlos:

—Siempre darémos descanso á nuestros caballos en Evoramonte.

—Con tal que nos dejen los portugueses.

—En cuanto á eso nada hay que temer.

—Me agrada la confianza.

—Esos señores son demasiado señores; ¿me comprendéis? en caso de camorra, les recitaré un verso de Camoëns por cada estocada que les tire.

Cárlos se sonrió.

Los criados se miraron.

Monachil hizo un gesto como diciendo:

—Esto va mal.

—Cierto que no está muy bueno, respondió Canizar del mismo modo.

—Una vez en Evoramonte, observó Cárlos, buscamos una posada que esté inmediata á la salida del pueblo, pues en el interior de él nos cazarian como conejos.

—Y no es eso lo peor, contestó Baltasar, es que nos colgarian como si fuésemos racimos de uvas.

Esta segunda observacion hizo una impresion profunda

en los criados. Monachil cesó de reírse, acaso por la vez primera de su vida, y Cañizar se olvidó de levantar los ojos al cielo.

—Creo que se habla de colgarnos, observó el primero al oído de su compañero.

—Y de que nos cacen como si fuésemos gilgeros, replicó el segundo.

—¿Qué debemos hacer?

Monachil tuvo un horrible pensamiento.

—¿Quiéres que nos desertemos? dijo, dispuesto á volver grupas.

—Esa es una tentacion del diablo. Sigamos adelante.

Cárlos y Baltasar continuaron su conversacion.

—Sin miedo de que ocurra algun accidente desagradable, y una vez en Evoramonte, podemos decir que hemos conseguido la primer victoria.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que pasar muy cerca del ejército de Schomberg.

—Es cierto.

—Sin embargo, confiemos en nuestra buena estrella y adelante.

Los dos amigos enmudecieron para recorrer en el menos tiempo posible las ocho leguas que existen desde Olivenza á Estremoz.

Los caballos, sudorientos y fatigados, sentian el acerado contacto de las espuelas, y avanzaban siempre con igual impetuosidad.

Los que los veían pasar se perdían en mil conjeturas, no sabiendo qué objeto llevarían aquellos hidalgos al correr como unos endiablados á través de los campos; mas como la guerra estaba desplegándose entonces con grande actividad, sucedía en los pueblos pequeños por donde pasaban, que los vecinos cerraban las puertas con estrépito y se asomaban á las ventanas para ver si aquellos caballos que tanto ruido hacían eran un escuadron de suizos ó de españoles, que entraban á saco cuando menos se figuraban.

Bien es cierto que cuando llegaba el momento de mirar desde las ventanas el escuadron habia desaparecido por el extremo de la calle, y cuando volvian á bajar los labriegos solo descubrian una nube de polvo que se estendia por el camino inmediato.

Esta escena se habia representado diversas veces, cuando descubrieron entre unas peñascosas cumbres la villa de Estremoz coronada por un viejo castillo.

Baltasar que era poeta, y Cárlos que estaba muy instruido en la historia de los dos reinos, no pudieron menos de acordarse que en la torre del homenaje de aquel castillo tuvo su palacio el rey don Dionisio, y en él murió la reina Santa Isabel, contemplando con admiracion sus espesas murallas, obra de Alfonso III allá por el año de 1258.

Pero no tardaron en desvanecerse estas consideraciones históricas ante el espectáculo que se les presentó á su vista.

Delante de Estremoz se distinguian las líneas negras y sombrías del ejército portugués, que parecia ponerse en movimiento con direccion á la frontera.

Esto hizo que Cárlos y Baltasar detuviesen la carrera de sus caballos para estudiar con mas seguridad lo que podia ser aquello.

Era consiguiente que tambien se parasen los caballos de Cañizar y Monachil.

—No cabe duda, es el ejército de Schomberg, dijo Cárlos, despues de un largo rato de observacion.

—Marchando hácia nosotros, añadió Baltasar, concluyendo de este modo la frase de su amigo.

—Efectivamente.

Los dos criados tuvieron estas palabras por un funestísimo agüero.

—Puesto, continuó Cárlos, que hemos de acercarnos cada vez mas, soy de opinion de que nos esperemos aquí.

—¡Aquí! exclamó Baltasar.

—Escucha: hay una cuestion importante que resolver, dijo Cárlos, adoptando su querido tono escolástico.

—¿Cuál?

—Si debemos ó no presentarnos ostensiblemente á la vista de ese ejército.

—Estoy porque no nos vean.

—Hé aquí, pues, mi cuestion. Marchando adelante nos haremos mas visibles que quisiéramos.

—Es verdad.

—Entrando en esa alquería arruinada que descubro en la margen de ese arroyuelo, nos hacemos invisibles.

Baltasar siguió con la vista el movimiento de la mano de su amigo, y descubrió una cabaña ruinosa, bañada por un bullicioso arroyo y cubierta de espesas y negras encinas, que estaba casi inmediata al camino.

El pensamiento era el único tal vez aceptable en una ocasion tan peligrosa, y el poeta no pudo menos de entusiasmarse hasta el estremo de pronunciar dos hermosos versos de Virgilio.

Nuestros aventureros echaron pié á tierra, y tomando por la brida á los caballos penetraron en la casa rústica, la que si bien estaba arruinada, tenia en pié algunas paredes.

Entraron en una habitacion sin techo cubierta con las protectoras ramas de una encina; tenia algunas ventanas por las cuales podia descubrirse un grande espacio.

Sin embargo, siendo la casa de un solo piso, y estando el camino mucho mas elevado, no se divisaba el terreno por donde avanzaba el ejército portugués.

Nuestros amigos dejaron que los caballos se cebasen en el abundante pasto de que estaba poblado el suelo, pusieronse al cinto su par de pistolas, y mandaron á sus criados que hicieran lo mismo.

Monachil y Cañizar estuvieron á punto de sublevarse al oír esta orden; pero les faltaba el valor, y lo mas crítico de todo era que hubieran caído en poder de los portugueses si hubiesen abandonado á sus amos.

Les fué preciso ponerse las pistolas á la cintura.

Aunque estos temblaban de los piés á la cabeza, Carlos y Baltasar hicieron como que no veían aquellos estremecimientos ridiculos, y se sentaron sobre la yerba con la profunda sereni-

dad de dos valientes que no temen arriesgar el todo por el todo.

— Monachil, dijo Cárlos, llamando á su criado.

— ¿Qué me mandais? contestó este, dando un salto de sorpresa.

— Vais á poneros de centinela en este momento.

Esta orden le hizo palidecer.

— ¡De centinela yo, cuando en mi vida he salido del convento de San Francisco! contestó Monachil con tono lastimoso.

Cárlos fijó en él su tranquila é imperturbable mirada, y le interrogó:

— ¿Es una resistencia pasiva la que acabais de hacerme?

— Es una observacion lógica, como decia el padre guardian del convento.

— Pues yo por mi parte voy á demostraros con un argumento poderoso que estais defendiendo un sofisma.

Y al decir estas palabras tiró de la espada, la agitó por el aire y la dejó caer con tanta velocidad sobre las anchas costillas de Monachil, que cuando este quiso evitar la tormenta que se cernía sobre su cabeza, sintió el dolor de los golpes, haciendo mil contorsiones para evitarlos.

Cañizar temió que se aplicase á sus espaldas aquella clase de argumentos, y se pegó á una pared, quedando inmóvil y silencioso.

— Creo que estareis convencido, dijo Cárlos, mirando al trémulo Monachil. Sino, estoy pronto á daros nuevas pruebas con el objeto que no los metais en argumentaciones de esta especie.

— Me son bastantes las razones que me habeis dado, contestó el criado, rascándose las espaldas.

— En ese caso volvamos al principio de la cuestion.

— Bien, señor.

— Os dije que vais á poneros de centinela.

— Lo que sea vuestra voluntad.

— Sois inteligente y me habeis comprendido.

Monachil se volvió á restregar las espaldas, manifestando con este movimiento ser verdad cuanto le decia su amo.

— Por lo tanto, prosiguió Cárlos, subid á lo alto de esa pared.

Monachil comprendió que la obediencia pasiva era la mejor de las obediencias, y se encaramó del modo que pudo á la cima de un hueco ruinoso del edificio.

— Ya estoy, dijo, cuando llegó á lo alto.

— Bien, ¿y qué veis?

— Descubro á Estremoz.

— Perfectamente. ¿Y el ejército?

— Se acerca cada vez mas.

— Pues explora todos sus movimientos, y dame parte de lo que observes.

Monachil quedó inmóvil subido como un cuervo en lo alto del muro. La primera idea que se le ocurrió fué que bien podría una bala portuguesa poner fin á sus, hasta allí, tranquilos dias; pero por fortuna las protectoras ramas de una encina le ocultaban en parte del ojo audaz de sus enemigos.

Cañizar habia permanecido casi incrustado en la pared; pero despues que Cárlos y Baltasar estuvieron hablando en silencio algunos momentos, fijaron sus ojos en él, como si le hubiese llegado el instante de recibir una segunda tanda de argumentos por el estilo de los aplicados á Monachil.

Baltasar lo llamó con la mano, y Cañizar avanzó hácia él, formando una línea oblicua.

Llegó á cuatro pasos de distancia; pero Baltasar, no satisfecho con el espacio que quedaba por medio, hizo que su criado diese todavía dos pasos de frente.

— Cañizar, dijo el poeta, creo que habreis comprendido que el laconismo es la virtud mas sobresaliente en las actuales circunstancias.

Cañizar movió la cabeza sin desplegar los labios.

— En ese caso sacad una de las pistolas que llevais en el cinto.

Esta órden era tan contraria á la voluntad del antiguo acólito, que abrió dos ó tres veces la boca, como si quisiera hablar, pero no le fué posible.

Con todo, sus brazos no obedecieron con la prontitud debida para sacar la pistola.

Baltasar apeló por consiguiente al método de su amigo.

Cañizar, á pesar de haber dado dos saltos terribles para atrás, no pudo librarse de dos ó tres golpes que hicieron estremecer desde su altura al pálido Monachil.

—Sacad una pistola, repitió el poeta.

A esta segunda invitacion no estuvo reacio el espantado mozo.

—Ahora vais á salir á esplorar el terreno.

—¡Oh! ¿qué significa eso? preguntó Cañizar.

—Al punto lo comprenderéis.

Baltasar lo agarró de una oreja, y lo condujo á una ventana.

—¿Veis ese arroyo?

—Sí señor.

—Pues vais á seguir corriente arriba.

—¡Pero solo!

—Solo.

—Es que si me ven...

—Os matarán... Por lo tanto procurad que no os vean.

—¿De qué modo?

—Sois un imbécil; cubriéndoos con las grandes adelfas que crecen en la ribera.

Cañizar nada tuvo que objetar á esta contestacion. Bien es cierto que jamás tenia valor para pronunciar una palabra.

Miró á su compañero Monachil como si se dispusiese á darle el último adios, y giró sobre sus talones como un recluta demasiadamente torpe.

—Esperad, le dijo el poeta.

—Ya espero, contestó el criado.

—Os faltan las principales instrucciones y voy á dáros las.

—Las oiré con sumo cuidado.

—Una vez en el arroyo, miraréis á todas partes por si descubris alguna partida avanzada.

—Miraré á todas partes, si señor.

—Observareis la direccion que llevan.

—¿Y qué debo hacer entonces?

—Si se aleja de aqui seguir adelante.

—¿Y si se acerca?

—Entonces emprendeis vuestra retirada.

Cañizar lanzó un suspiro capaz de conmover las piedras.

— Bien, contestó, emprenderé la retirada!

— Cuidando por supuesto de que no os vean!

— Corriente.

— Sin embargo, si sois descubierto...

— ¡Qué! contestó Cañizar temblando.

— Os defendereis con esa pistola.

— Me defenderé, contestó el criado, elevando los ojos al cielo.

— Vuestro pistoletazo nos manifestará que el peligro está encima.

— ¿Y hasta dónde debo llegar?

— Hasta unos cien pasos de aquí. Ya os consta que si no cumplis con mis órdenes, os desuello como á San Bartolomé.

Baltasar, satisfecho con las medidas adoptadas, hizo una señal con la mano para que cumpliera Cañizar con lo que habia dispuesto; y en efecto, el pobre mozo principió sus operaciones, creyendo algunas veces que el vuelo de los pájaros era un escuadron de caballería que caía sobre él.

De este modo desapareció entre el verdoso ramaje de las adelfas, no sin que Monachil, que para mayor seguridad se habia montado sobre la robusta rama de una encina, le lanzase una mirada de tierna despedida, creyendo que ya no lo volveria á ver mas.

Cárlos y Baltasar se tendieron sobre la yerba mientras los caballos pastaban en aquel espléndido banquete que la naturaleza, siempre pródiga, les habia proporcionado; el caso era bastante apurado para hacer algunas consideraciones sobre su situacion, y hablaron de ella sin embozo, y sin ocultar sus temores.

Asi transcurrió una media hora.

Monachil habia ido dando parte de los movimientos del ejército, el cual estaba como á dos tiros de mosquete.

Tal noticia era bastante para que Cárlos y Baltasar se pusieran en pié, para montar instantáneamente á caballo en caso de un acontecimiento imprevisto.

De pronto Monachil lanzó una especie de grito.

Habia visto á Cañizar venir á escape por el arroyo abajo.

— ¿Qué sucede? preguntó Cárlos.

— ¡Cañizar! contestó el mozo con el mismo espanto que Bruto cuando vió el fantasma ensangrentado de Julio César.

En efecto, poco tiempo despues entraba Cañizar en las ruinas de la cabaña con la pistola en una mano, y mirando para atrás como si le persiguiese una jauria de portugueses.

— ¡Que vienen! exclamó, dirigiéndose á su amo con la vista estraviada.

— ¿Quién? preguntó este con aplomo.

— Por ahí... á lo largo del arroyo.

— ¿Pero quién viene?

— Un escuadron.

Los dos jóvenes se miraron uno al otro como diciendo:

— Hé aquí uno de los momentos mas críticos de la vida.

Monachil, que aun permanecía cabalgando en la encina, exclamó:

— En efecto, ya vienen.

— Sepamos siquiera quiénes son los que vienen, dijo Cárlos.

— Como unos veinte caballos.

— De un escuadron á veinte caballos hay una diferencia enorme, observó prudentemente Baltasar.

— ¿Y se dirigen hácia aqui? preguntó Cárlos.

— Sí señor.

— ¿Están á mucha distancia?

— Como á unos cien pasos.

— Cuando estén á cincuenta bajad al instante, Monachil, procurando de que no os vean.

El criado movió la cabeza en señal de que obedecería ciegamente.

— Ahora, seguid dándonos detalles. ¿Son soldados?

— Parecen serlo. Con todo, al frente camina un caballero... no, un general.

— ¡Diablo! ¡un general! ¿sabeis lo que os estais diciendo?

- Me afirmo en lo dicho.
 Los dos amigos se miraron con asombro.
 — ¿Sí será Schomberg? preguntó el poeta.
 Carlos se encogió de hombros, y continuó preguntando.
 — Danos mas pormenores. ¿Estais seguro en lo que habeis dicho?
 — Cada vez mas.
 — ¿Y cómo avanzan?
 — Al paso.
 — ¿Vienen siempre hácia aqui?
 — Siempre... esperad.
 — ¿Qué pasa?
 — Se han detenido.
 — ¡ Ah!
 — La escolta se separa, y tira hácia la izquierda, esto es, con direccion al ejército.
 — ¿Y el general?
 — Se ha quedado hablando con un caballero vestido de negro.
 — ¿Están parados?
 — No: han vuelto á seguir su marcha por el arroyo abajo.
 — ¿Es decir que caminan hácia aqui?
 — Sí.
 — ¿Y á qué distancia están?
 — Como á unos sesenta pasos.
 — Pues abajo, y silencio.

Monachil puso los piés en el muro, y fácilmente se deslizó sin ser visto de nadie, descendiendo hasta incorporarse con su amigo Cañizar.

Los cuatro quedaron guardando un silencio profundo.

Cada cual tenía las riendas de su respectivo caballo, esperando el desenlace de aquella escena.

No tardaron mucho en oirse las pisadas de dichos caballos, que se dirigian hácia las abandonadas ruinas de la alquería.

Cárlos y Baltasar, á fin de comprender lo que ocurría en la parte de afuera, se aprovecharon de un pequeño agujero abier-

to en una pared por donde podían mirar sin ser vistos, y descubrieron á dos caballeros que en aquel instante se detenían á la otra parte del muro.

Estaban solos.

En efecto, el uno era un general, el otro un caballero vestido de negro.





CAPITULO XXXI.

Cuatro millones al español. — Dos millones al portugués.



OMPREDÍASE que estos dos personajes se habian separado de la escolta á fin de conferenciar secretamente sobre algun punto de inmensa importancia.

El general tenia un aspecto grave, sin perder el tipo marcial que le caracterizaba; su mirada era escrutadora, y parecia sondear todos los pliegues del rostro del caballero que tenia delante.

Aunque nuestros jóvenes no le conocian, adivinaron, por los detalles que anteriormente habian recogido, que el gefe desconocido era nada menos que el famoso Schomberg, caudillo del ejército enemigo; respecto del hombre vestido de negro, no era otro sino el que aquella mañana habia tenido una conferencia con don Juan de Austria, ó lo que es lo mismo, el portugués Sousa-de-Fonte.

Cárlos y Baltasar se miraron al reconocerle mutuamente. La súbita presencia de éste hombre tenia para ellos algo de mal agüero: así es que se dispusieron á no perder una palabra de la conferencia.

Schomberg, pues no era otro el general, fué el primero que rompió el silencio.

—Mientras que el ejército se dirige por el camino de Évora, dijo, bien podeis hablarme sin temor de que nadie os escuche. He despedido la escolta á vuestro ruego, y el parage es excelente para nuestra entrevista.

—Teneis razon, mi general, contestó el portugués, es bastante delicado cuanto debo deciros, porque de ello depende no solamente el éxito de la campaña, sino el porvenir de Portugal.

—Muchos me han dicho lo mismo, sin que tales vaticinios se hayan cumplido.

—Eso consiste en que no os han dicho la verdad.

—Bien puede ser. Ahora entremos en materia.

El portugués hizo un movimiento afirmativo de cabeza, y clavando en el general sus grandes ojos, replicó:

—Entremos. Ante todas cosas os voy á hacer una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Me conoceis?

—Os he visto en los salones del palacio de Lisboa; pero ignoro vuestro nombre.

—Me llamo Fadrique Sousa-de-Fonte.

—¡Ah!

—Soy por lo tanto un elevado miembro de la nobleza portuguesa.

—En efecto.

—Y de aquí el que esté mezclado en las intrigas palaciegas que se agitan en la corte.

El general movió con impaciencia un látigo que llevaba en una mano.

—Está bien, murmuró.

—Antes de anoche, Sousa continuó, al tiempo de retirarme

del cuarto de S. M. don Alfonso VI, me encontré con mi amiga la condesa de do Castello, que salia de la cámara de la reina.

— ¿Antes de anoche?

— Sí señor; pero desde esta fecha he corrido á galope muchas leguas.

— Ya, comprendo.

— La condesa me llamó, y me contó, con todo secreto, que la familia real de Portugal peligraba.

Schomberg desplegó una sonrisa equivoca y preguntó:

— ¿Ocurría alguna desgracia?

— Nada de eso: eran ciertas interioridades algun tanto originales. Ya sabeis que el infante don Pedro, hermano del rey, ama en secreto.

— Caballero, yo no sé nada de eso. Jamás me he mezclado en asuntos de ese género: mi profesion ha sido únicamente ganar y perder batallas.

— Si no lo sabeis, os lo referiré. Os he dicho que el infante don Pedro ama en secreto.

— Así es.

— Desgraciadamente su amor se ha fijado en una persona tan elevada, que se teme una verdadera catástrofe.

— ¿Y qué persona es esa?

— La reina.

— ¡Su cuñada!

— Justamente.

— Caballero, dijo Schomberg con gravedad, nada nos incumben los secretos de familia.

— Si estos secretos no tuviesen que ver con mis proyectos, estamos conformes, mi general.

— Eso es otra cosa.—Siendo así, podeis proseguir.

— La condesa me dió algunos detalles sobre este incidente, prosiguió Sousa-de-Fonte.

— ¿Y qué?

— Añadió que la reina estaba dominada por el mismo amor hácia su cuñado.

Schomberg hizo un gesto de enojo al oir esta noticia, que ya habia llegado á sus oidos de un modo vago.

—Repito, caballero, que los secretos de familia no nos incumben.

—Os convencereis de lo contrario. Existiendo este amor puede ocurrir un desenlace terrible, conforme sea el humor del rey. Puede brotar una guerra desoladora, y entregar á los españoles el terreno que vos defendeis con tanto teson.

—Es verdad, contestó Schomberg, pensando por vez primera en las probabilidades de aquel acontecimiento fatal.

—Una vez perdido el terreno, perdeis vuestro nombre, vuestra reputacion, vuestra gloria.

—Y bien, sepamos lo que quereis decirme, pues todavía no os habeis ocupado de vos.

—Voy á hacerlo con entera franqueza, contestó el portugués. ¿Os he dicho que la condesa do Castello me refirió esas anédoctas algun tanto curiosas?

—Sí.

—Pues escuchadme bien; es muy importante lo que voy á decirós.

Schomberg miró á Sousa-de-Fonte con la fijeza del águila.

—Os escucho.

—Inmediatamente que supe lo peligroso de la situacion, dije para mí: —Hé aquí un negocio que pienso explotar en mi beneficio.

—¿Dijisteis eso?

—Sí, mi general.

—Bien, sepamos de qué modo, contestó Schomberg con profunda calma.

—Hice que me dispusieran el mejor caballo de mis cuadras, aunque hablando con propiedad, escasamente llegan á media docena.

—Pocos son.

—Es que estoy arruinado, mi general.

—Este se sacudió las botas con el látigo que llevaba en la mano.

—Pasemos adelante, dijo con tono algun tanto severo.

—Una vez á caballo, echo mis cuentas: tenia dos caminos abiertos. El de Olivenza, donde se encuentra don Juan de Austria, y el de Estremoz, donde estábais vos.

— ¡Ah! desearía saber para qué queríais á don Juan de Austria.

— Poseía un secreto que valia algunos millones.

Schomberg dió un salto como si le hubiesen causado una herida.

Ó aquel hombre era un loco, ó un infame desvergonzado.

Sousa-de-Fonte sostuvo admirablemente la prolongada mirada de Schomberg.

— ¿Conque poseíais un secreto que valia algunos millones?

— Sí.

— ¿Y tratábais de venderlo?

— Trataba de hacer un negocio del que otro se hubiera aprovechado.

— Bien, proseguid.

— Me dirigí al campamento de los españoles, creyendo que don Juan de Austria pagaría el secreto admirablemente.

— ¡Hola!

— Así es que esta mañana tuve el honor de ser recibido por el hijo bastardo de Felipe IV.

— ¿Y qué resultó de esa entrevista? preguntó Schomberg, pálido de indignacion.

— Resultó que don Juan, lejos de apreciar mi confidencia, me manifestó solamente que si no evacuaba su campamento en el término de media hora, haria que me arcabuzasen los granaderos de su guardia.

Semejante revelacion no solamente dejó pasmados á los jóvenes que estaban ocultos en el interior de aquellas ruinas, sino que asóbró hasta al mismo general Schomberg.

Despues de un momento de pausa exclamó este:

— Comprendo todo el mérito de esa accion, caballero, y no dudo que la hidalguia de mi enemigo se revelaria contra una proposicion de la naturaleza de la vuestra.

— ¡Lo comprendeis así! exclamó el portugués con una sonrisa de incredulidad.

— No estoy en el caso de dar esplicaciones. Sepamos, pues, para qué me quereis á mi.

— Voy á complaceros, contestó Sousa-de-Fonte. Una vez

fracasada mi tentacion cerca de don Juan de Austria, volví á montar á caballo y me dirigí á Estremoz, adonde he llegado al mismo tiempo que vos haceis levantar vuestro campamento.

—¿Y despues?

—Despues os pedí una audiencia, vos me la concedisteis, y como ya estábais de marcha, hé aquí el sitio en que he tenido el honor de ser recibido.

—¿Y qué quereis, ya que es llegado el momento de entendernos?

—Á don Juan de Austria, dijo Sousa-de-Fonte, pedí cuatro millones por abrirle el camino de Lisboa; á vos, noble mariscal Schomberg, os pido dos, si es que quereis cerrarlo. Luego que os penetreis de los secretos de la corte, luego que veais el precipicio abierto á vuestros piés, apreciaréis el gran servicio que os hago. Podeis ser el árbitro de Portugal, vos que teneis el talento suficiente para dirigir los negocios, y vos que podeis disponer de un ejército aguerrido y valiente. Mañana será fácil que la corona portuguesa se halle hecha pedazos por la fuerza de los acontecimientos; por lo tanto, en vez de usar un lenguaje diplomático, uso de un idioma sumamente claro... ¿Acceptais?

Schomberg estuvo por algun tiempo silencioso.

—Caballero, dijo por último, he observado con harta paciencia que sois un infame, y no sé cómo me he contenido al escucharos.

—¡Cómo! exclamó asombrado el portugués.

—Ya que me exigis una contestacion terminante, voy á dárosela en breves palabras.

—La espero, señor general.

—Caballero, ¿corre mucho vuestro caballo?

Sousa-de-Fonte al oir esta pregunta se puso sério y pálido al mismo tiempo.

—¿Por qué me haceis esa interrogacion?

—Respondedme.

—Si os empeñais, os complaceré. Mi caballo es un potro medio andaluz y medio árabe que anda una legua en un cuarto de hora.

Esta astuta contestacion no dejó de chocar al general.
—Perfèctamente, señor mio. Ahora escuchad mi terminante contestacion.

Y sacando un magnífico reloj orlado de brillantes, continuó:

—Son las dos de la tarde, si á las dos y cuatro minutos no habeis desaparecido de mi vista, os juro por Santa Isabel, reina de Portugal, que os mando descuartizar por el verdugo de Estremoz, como al mas ruin, al mas cobarde y al mas miserable de los portugueses.

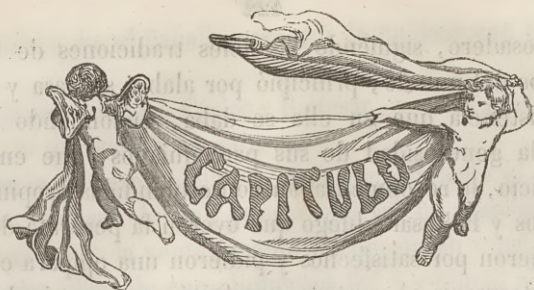
Sousa-de-Fonte creyó al pronto que Schomberg trataba de chancearse, pero al contemplar su rostro severo, con los ojos fijos en el reloj, principió á persuadirse de que el general estaba muy dispuesto á cumplir su promesa.

—Cometeis una solemne tontería, dijo, clavando al mismo tiempo las espuelas en los hijares de su caballo; es decir, que otros me darán lo que vos me negais.

Y con la rapidez de un metéoro cruzó el espacio, y salvó una inmensa distancia, perdiéndose en la espesura de un monte inmediato.

Schomberg lo vió alejarse con la misma gravedad, y en seguida se incorporó á su escolta y se aproximó al ejército, que iba serpenteando por la llanura.





XXXII.

De como las ventas y los venteros no prestan suficiente seguridad á los caminantes.



ÁRLOS y Baltasar respiraron. No solamente se veían libres de un peligro inmediato, si que tambien se encontraban dueños de un secreto de suma importancia.

Desde luego comprendieron que su viaje tenia mucha relacion con los sucesos apenas bosquejados por el portugués Sousa-de-Fonte.

Este personaje habia producido en ellos el mismo efecto que el baron Stall.

Cruzaron algunas palabras, y despues de asegurarse que no podian ser vistos, montaron á caballo y tomaron el camino de Evoramonte.

Ningun nuevo accidente vino á turbar el viaje de nuestros dos amigos. Tenian tiempo no solamente para descansar y tomar algun alimento, sino para que los caballos se repusiesen de las fatigas de la mañana, y en su consecuencia se introdujeron en una venta que existia en las afueras de la poblacion.

El posadero, siguiendo las fieles tradiciones de todos los posaderos del mundo, principió por alabar su casa y la excelente asistencia que en ella se daba, encomiando al mismo tiempo la generosidad de sus parroquianos, que en gratitud del servicio, le recompensaban con espléndidas propinas.

Cárlos y Baltasar, luego que oyeron la perorata del huésped se dieron por satisfechos y pidieron una opípara cena.

Por desgracia el ventero manifestó que carecía de cuantos artículos se habian deseado, merced á la proximidad del ejército Schomberg.

Fué necesario contentarse con una liebre cazada hacia muy pocas horas, y una tortilla de jamon.

Para unos estómagos no muy aficionados á escelentes bocados, una cosa y otra eran suficientes. Se guisó la liebre, se preparó la tortilla, y se sentaron á la mesa.

Monachil y Cañizar servian á sus respectivos amos.

El ventero desenterró de la bodega unas cuantas botellas que olian á rancio á través del corcho que las tapaba; de lo que resultó por esta espléndida magnificencia, que Baltasar y Cárlos le lanzasen una mirada llena de gratitud.

Pero no todo ha de ser felicidad. Aquella cena que principiaba con tan escelentes auspicios habia de tener sus espinas.

No bien habia acabado Cárlos de dividir la liebre, cuando un golpe seco, dado en la puerta, anunció la llegada de algun pasajero.

Nuestros dos amigos no estaban porque hubiese testigos, pero el ventero acudió á abrir sin pensar en lo que pasaba en el interior de sus parroquianos.

Como la puerta estaba en frente del parage donde cenaban nuestros dos amigos, fácilmente les fué descubrir al recién llegado.

Miráronse rápidamente, pues el que llegaba era nada menos que el caballero Sousa-de-Fonte.

Era preciso disimular, evitando que este pudiera reconocerlos.

Guardaron silencio, mientras Sousa hablaba con el ventero.

ro, y le entregaba el caballo para que lo cuidase con toda solicitud.

En seguida saludó á Carlos y Baltasar, y estos contestaron, ofreciéndole un asiento en su mesa.

—Aprecio vuestra hidalguía, señores, contestó el atrevido portugués, y desde luego, puesto que segun observo no hay otros pasajeros en la venta, acepto un puesto en vuestra mesa.

Y sin otra clase de cumplimientos fué á sentarse al lado de Baltasar.

—Este pisó un pié á su amigo; temia que su pronunciacion castellana los vendiese á aquel hombre al parecer terrible.

Carlos se apresuró á llenar un vaso de vino, y ofrecerlo á su nuevo comensal.

Este lo apuró de un trago.

—Gracias, dijo, saludando: excelente vino, comparado con tan ruin posada. Ahora es preciso que el digno huésped nos obsequie con todo cuanto tenga.

El ventero manifestó que se podia hacer una nueva tortilla de jamon, lo cual mereció la aprobacion del portugués.

Carlos pisó á su vez el pié de Baltasar, pues la mirada insolente de su nuevo compañero no dejaba de fijarse ya en el uno, ya en el otro.

—¿Sabeis, amigos mios, que está perfectamente aliñada esta liebre? exclamó, sirviéndose uno de sus mejores trozos.

—Está muy bien, contestó Baltasar, llenando de nuevo su vaso.

—Observo que os gusta lo bueno; á vuestra salud.

—A la vuestra, contestaron á su vez los dos amigos.

Hubo un momento de silencio mientras apuraban sus respectivas copas.

—Perdonad si soy molesto, dijo Sousa-de-Fonte, me habeis inspirado confianza, si bien me choca vuestra pronunciacion castellana. ¿De adónde sois?

—De Yelves, contestó Baltasar sin titubear un momento: como inmediatos á la frontera, estamos continuamente en trato con los españoles, y de aquí el que os haya llamado la atencion nuestro modo de hablar.

— Dispensad que haya sido tan escrupuloso; pero los tiempos que corren no son muy buenos para confiarse con todo el mundo.

— Es cierto, dijo Cárlos.

— Ahora desearía saber adónde os dirigís.

— A Oporto, replicó de nuevo Baltasar.

— ¡ Ah!

— Somos mercaderes de granos, y vamos á tratar de un embarque para Inglaterra.

Sousa volvió á mirar á los dos jóvenes como si aun le quedase alguna duda al oír estas palabras.

Se ha dicho, no sabemos si con razon ó sin ella, que todo viajero debe ser reservado, mucho mas en negocios de interés.

El portugués se acordó de este axioma, y le chocó la extraordinaria franqueza de sus comensales, si bien es cierto que de vez en cuando creía haber visto las espresivas fisonomías de los mismos en algun parage muy distinto de aquel en que se encontraban.

Varias veces habia recordado á los dos oficiales que aquella mañana hablaban en las antesalas de don Juan de Austria, pero él mismo encontraba razones para persuadirse de lo contrario.

En cuanto á Baltasar y Cárlos, devoraban su racion, ofreciendo al portugués sendos vasos de vino, con el objeto de distraer su atencion.

Pero el portugués á medida que bebia tenia mas firme la cabeza.

La conversacion siguió sobre mil accidentes en que á cada palabra brotaba la desconfianza del corazon de aquel hombre.

Se habló de la guerra, y Cárlos y Baltasar manifestaron de una manera tan ardiente el deseo que tenian de que triunfasen los portugueses, que Sousa se rascó la cabeza por vez primera, temiendo que esta le faltase.

Sousa por el contrario habló del valor de los españoles, alabó su marcialidad, elevó á las nubes á don Juan de Austria,

á ver si descubria por este medio la verdadera procedencia de sus comensales; pero los dos jóvenes, lejos de opinar como su compañero, sostuvieron un largo debate, al que vino en ayuda el honrado ventero.

De este modo acabó la cena, prodigándose mútuos ofrecimientos de prosperidad y bienandanza.

Cárlos y Baltasar pidieron un cuarto, y Sousa, que no tenia gana de dormir, dijo al huésped que le sirviese dos botellas mas de aquel buen vino que acababa de beber.

El ventero se apresuró á servir á sus pasajeros, quedando los unos instalados en un caramanchon, que en otro tiempo habria tal vez servido de pajar, y el otro sentado en frente de la mesa y saboreando el licor á pequeños sorbos.

Cañizar y Monachil, despues de comer lo que el ventero pudo darles, se retiraron á la cuadra, y este quedó echando sus cuentas bajo la negra campana de la chimenea.

Estendióse un silencio profundo por el destartelado edificio: sentiase á veces por la parte de afuera el viento, jugando en la elevada copa de algunos árboles, ó bien la monótona y perenne caída de una corriente de agua sobre las ruedas de un molino.

La luz del farol que alumbraba el portal de la venta principió á chisporrotear, señal evidente de que ya era hora de dormir, y de dejar á oscuras el hospitalario edificio.

El ventero principió á dar sendos bostezos, y se dispuso á retirarse á su habitacion; pero con gran asombro suyo, vió al portugués que le hacia señas con la mano para que se estuviese quieto.

Este creyó que su huésped estaba borracho, y exclamó:

—Caballero, ya es hora de dormir; si quereis cama subid al número siete, que es el cuarto inmediato al de esos merca-
deres que han cenado con vos. Buenas noches.

Sousa no contestó; pero poniéndose en pié se acercó al ventero antes que pudiera este explicarse lo que significaba aquella pantomima.

—Silencio... no deis voces, y no hagais ruido, dijo, afianzando al patron por una muñeca.

Este se confirmó mas en la idea de que su huésped estaba beodo.

— Bien; ¿qué quereis? contestó riéndose.

— No os riais, tenemos que hablar.

— Corriete, ya estoy sério; pero sepamos...

— Contestadme, dijo Sousa ahuecando la voz, en términos que no pudiera oirse desde lejos. ¿Sois portugués?

El ventero quedó con la boca abierta.

— Por todos cuatro costados, respondió, no comprendiendo lo que significaba aquella pregunta.

— ¿Amais á vuestro rey?

— Sí.

— ¿Estais dispuesto á servirle?

— Con toda mi alma.

— Perfectamente.

— ¿Pero qué sucede?

— Escuchadme: ¿qué os parecen esos mancebos?

— ¿Qué me parecen?

— Sí.

— Toma, lo mismo que á vos.

— Es que en mi concepto no son tales mercaderes.

— ¿No?

— Sino españoles disfrazados.

El ventero se puso amarillo al oir esta revelacion, y exclamó:

— ¡Españoles!

— Ni mas ni menos.

— Entonces estamos perdidos.

— Al contrario, estais espuesto á hacer vuestra fortuna.

— ¿De qué manera?

— Vais á saberlo: ¿sois valiente?

Inflóse el buen posadero como todo portugués al oir esta pregunta.

— ¡Oh! si lo soy.

— ¿Teneis armas?

— Un arcabuz.

— Sereis capaz de...

— ¿De qué?

—De seguirme al cuarto de los españoles.

La hinchazon del posadero descendió algunos grados, y preguntó:

—¿Y para qué he de seguiros al cuarto de los españoles?

—Para prenderlos.

—¡Oh! ¿y si son portugueses?

—¿No os ha chocado su modo de hablar?

—Ciertamente que sí.

—Entonces no dudeis.

—Debo haceros una observacion, dijo el ventero, que no estaba por alardes belicosos.

—¿Cuál?

—¿No sería mejor dar parte?

—¿A quién?

—Al alcalde de Evoramonte.

Sousa movió la cabeza con desconfianza.

—Se me acurre una dificultad.

—Decidla.

—El alcalde les pedirá sus documentos.

—Justamente, exclamó el ventero.

—Pero será muy probable, sino evidente, que los tengan, y entonces el alcalde nada podrá hacer.

—Lo que quiere decir que son portugueses.

—Yo os digo que son españoles, replicó Sousa impacientemente, y no pudiendo vencer la tenacidad del ventero.

—¿Y qué pruebas teneis para asegurar que son españoles?

—Yo los he visto.

—¿En dónde?

—En el campamento de don Juan de Austria.

Los ojos del ventero se dilataron de una manera espantosa.

—¿Conque son agentes enemigos!

—Exactamente.

—Entonces voy por mi arcabuz.

—¿Conque os decidís?

—Me decido; pero no conviene que vayamos á despertarlos de su sueño.

—¿Se os ocurre alguna idea? preguntó Sousa.

— Una magnífica!

— Decidla.

— Si subimos al cuarto, bien pueden los mercaderes desjarretarnos algunos pistoletazos antes que nosotros podamos defendernos.

Este exacto raciocinio hizo mover la cabeza á Sousa.

— Teneis razon ; pero ¿y si se escapan?

— El medio de evitarlo es sustraer sus caballos de la cuadra.

— ¡ Feliz pensamiento ! ¿ Y quién se encarga de la operacion?

— Yo , bajo una condicion.

— ¿ Qué condicion es esa?

— Yo presumo, caballero, que no espondreis vuestro pellejo sin prometeros una recompensa.

— ¡ Ah bribon !

— Yo espongo mi persona y mis intereses. Por lo tanto necesito un premio.

— Lo tendrás.

— Vuestra palabra no me puede servir de garantía.

Sousa-de-Fonte conoció que se las habia con un truan de primer órden, y echó mano á su bolsillo, derramando en las manos del ventero algunas monedas de plata.

Con semejante estipendio el huésped entró en una habitacion, y sacó un viejo arcabuz.

— Ahora, dijo, mientras que yo voy á las cuadras, vos os poneis de centinela á la puerta del cuarto de los estrangeros. Si hay alguna novédad disparad un pistoletazo.

Sousa aceptó la comision que se le encargaba, mientras el ventero apagaba el farol, que aun esparcia sus moribundos reflejos sobre el portal.

Al punto que se estendió una profunda oscuridad en toda la venta, Sousa principió á subir las escaleras.

En cuanto al ventero no sabia que Cañizar y Monachil estaban en las caballerizas.

Por algunos minutos no se oía sino el rumor exterior, el viento que jugueteaba, y el agua del molino.

El siniestro portugués, que habia querido comerciar á costa

de su patria y de su rey, iba á comenzar ahora un atentado para ganar el favor del mismo rey, á quien iba á vender algunas horas antes.

Sin embargo, á medida que subía los escalones que naturalmente iban al piso superior, su corazón se oprimía, y el miedo, ese fantasma de los traidores, se le presentaba bajo mil horrendas formas.

Cuando se acercó á la habitacion de los españoles sacó una pistola del cinto; pero al mismo tiempo una mano formidable le arrancó el arma, y otra mano le afianzó del cuello sin permitirle siquiera lanzar un grito.

Todo esto se habia ejecutado con tanta rapidez, que Sousa cayó de espaldas.

— ¡Miserable! exclamó una voz casi á su oído: á los traidores se les paga con una traicion.

— ¡Ah! gritó el portugués haciendo un supremo esfuerzo para desasirse del rudo lazo que le sujetaba.

— Teníamos derecho para matarte, prosiguió la misma voz, que era la de Baltasar, pero no queremos la sangre de los cobardes. Sabe, pues, que tu vida está en nuestras manos... en las manos de esos españoles que intentas perseguir. ¿Creías que no habíamos oído la conversacion que has tenido con el posadero? ¡Ah!

Y al mismo tiempo Carlos lo ataba con las sábanas de las camas, para quitarle todo movimiento.

Sousa conoció que no podia luchar, y se estuvo quieto.

Baltasar continuó:

— Escucha, portugués maldito, si das un paso en contra nuestra, tén entendido que te costará la vida. Con decir que esta mañana vendias un secreto de don Juan de Austria por cuatro millones, y que despues lo quisistes volver á vender por dos al mariscal Schomberg, es lo bastante para que el verdugo se entregue de tí.

Esta noticia inesperada hizo lanzar á Sousa un rugido espantoso.

— Satanás os confunda, exclamó, queriendo romper los lazos que le oprimian.

Pero Cárlos y Baltasar se precipitaban por las escaleras y se arrojaban hácia las caballerizas.

Por fortuna en este parage ardía un mugriento farol.

El ventero, que no habia contado con la asistencia de Monachil y Cañizar, se vió precisado á armar pendencia con ellos para conseguir su intento.

Ya conocen nuestros lectores los instintos belicosos de estos dos individuos.

Al pronto hubo alguna resistencia, pero cuando vieron que el ventero iba á hacer uso de su mosquete se pronunciaron en completa retirada, metiéndose en el pajar, único punto que podia salvarlos de la cólera de aquel nuevo Júpiter Tonante.

Por fortuna aparecieron Cárlos y Baltasar, y antes de que el héroe de aquella escena se hubiese vuelto, ya tenia una pistola puesta al pecho, mientras una mano vigorosa le quitaba el arcabuz.

Cañizar y Monachil se atrevieron á asomar la cabeza al ver el cambio repentino de la situacion; sin embargo, no muy seguros todavía, permanecieron inmóviles hasta que Cárlos los llamó imperiosamente.

—Estos bergantes son capaces de dejarse matar por un mosquito. A ver; pronto, esos caballos fuera de la cuadra, y el que titubee, que tenga entendido le cuesta la broma el pellejo.

A este enérgico language los dos criados salieron de su escondite y se apresuraron á cumplir la órden recibida.

—Ahora, dijo Cárlos á Baltasar, atemos á este bribon en las manillas de los pesebres.

El ventero conoció que estaba entre gente que lo entendia, y se dejó atar sin desplegar sus labios.

Poco despues oyó la carrera de los caballos, que se alejaban.

Los dos amigos dispuestos á todo emprendian de nuevo el camino de Lisboa.



CAPITULO XXXIII.

La condesa de do Castello.



ESDE Evoramonte á la capital de Portugal hay sobre unas veinte y ocho á treinta leguas castellanas.

Mal camino, rios peligrosos y espesos bosques habia que cruzar para llegar á la magnífica Lisboa.

Nuestros dos aventureros salvaron todos los inconvenientes, y al anochechar del dia siguiente, á través de un horizonte enrojecido por los últimos reflejos del sol, descubrieron la ciudad con sus mil torres, sus almenas ennegrecidas y sus palacios, que se retrataban pálidamente en las ondas del Tajo.

Cruzaban el rio multitud de bajeles como las aves que se retiran á riberas hospitalarias. Zumbaba en el espacio el estruendo de aquella inmensa colmena, mientras que las primeras brumas caían pausadamente sobre sus estensas y tortuosas calles.

Cárlos y Baltasar, seguidos de sus criados, penetraron en Lisboa, es decir, en aquella gran poblacion que un siglo mas tarde habia de perecer bajo las terribles ondulaciones de un terremoto.

Mezclados entre la multitud de pasajeros que buscaban po-

sada donde pasar la noche, se dirigieron al centro de la población á fin de encontrar un lugar conveniente donde dejar sus caballos.

Despues de haber andado diversas plazas y calles, leyeron una muestra que satisfizo todos sus deseos.

Era una gran tabla en que habia pintada una luna menguante con un letrero concebido en estos términos:

HOSTERÍA DE LA LUNA MENGUANTE DEL TOLEDANO.

En su consecuencia la famosa hosteria del Toledano era un áncora de salvacion en tan criticos momentos.

Baltasar y Carlos se introdujeron en ella.

El huésped era un español á quien la revolucion del duque de Braganza habia respetado, merced á haberse adherido á la causa portuguesa. Sus negocios siguieron con próspera fortuna, y de aquí el que el bueno del hostelero no hubiese emigrado hácia su pais natal.

Como era consiguiente, el acento español de nuestros jóvenes fué desde luego un lazo de amistad que unió al dueño del establecimiento con sus nuevos parroquianos; les encargó al momento que no hablasen con nadie, y los condujo á una habitacion para que no tuviesen contacto con los numerosos asistentes á la *Luna menguante*.

Una vez en este sitio, colocados los caballos en una espaciosa cuadra, y salvados todos los inconvenientes, el huésped les sirvió de los mejores manjares, á los que atacaron marcialmente Carlos y Baltasar, pues no habian comido desde la noche anterior en la célebre venta de Evoramonte.

Satisfecha esta necesidad apremiante, y confiando en la reserva del huésped, le dijeron que les era preciso ver á aquella hora á la condesa de do Castello, y que necesitaban de un guia fiel que los condujese.

El huésped se brindó á serlo, y poco tiempo despues salieron á la calle.

En el camino les dijo que la condesa habitaba en palacio, merced al afecto que le profesaba la reina y al alto rango de

su nacimiento, manifestando, aunque ligeramente, las disensiones que existen en la familia real.

De este modo llegaron á palacio; sus alrededores estaban desiertos, y solo los centinelas se paseaban por delante de las puertas.

El hostelero, que conocia á muchos de los guardias por ser antiguos parroquianos de su casa, les preguntó por la habitacion que ocupaba la condesa, y poco tiempo despues Cárlos y Baltasar se hallaban en una antesala, despues de haber solicitado permiso para ver á la dama á quien buscaban.

Una camarista los introdujo en un salon, y de allí á breve rato presentóse una elegante señora, como de unos treinta y ocho ó cuarenta años de edad, y cuya hermosa fisonomia aun revelaba una de las bellezas mas escogidas de la corte portuguesa.

Los dos amigos se miraron súbitamente, pues en aquel semblante magestuoso habian creido descubrir un reflejo de los rostros de Laura y Argentina.

Esta sorpresa no pasó tan desapercibida que la dama dejase de notarla.

—¿Puedo tener la dicha de saber para qué necesitais á la condesa do Castello? preguntó la señora saludando.

Esta pregunta fué hecha en el espresivo y cariñoso lenguaje portugués.

—Si sois vos, contestó Cárlos en perfecto castellano, estamos dispuestos á complaceros.

La dama manifestó una profunda sensacion al oir el idioma en que se acababa de espresar el jóven. Así es que se apresuró á replicar:

—Yo soy, caballeros. Ahora desearia que calmáseis mi impaciencia, pues vuestra llegada me anuncia algo de extraordinario.

Los dos amigos sacaron las esquelas que don Juan de Austria les habia entregado, y las pusieron en manos de la condesa.

Esta se apresuró á leerlas. Despues las acercó á la llama de una bugia, y las redujo á pavesas.

— ¡Cielos! exclamó: ¿sois pues vosotros los caballeros que envía vuestro general?

Cárlos y Baltasar se inclinaron respetuosamente.

La condesa estuvo contemplándolos por largo rato, hasta que prosiguió:

— ¿Habeis leído, señores, los billetes que acabo de reducir á cenizas?

— No señora, contestó Baltasar.

— En ese caso es preciso que nos entendamos. Señores, se trata de un proyecto vasto, de grandes consecuencias, y que puede verificarse esta noche. Don Juan de Austria os envía, como caballeros decididos y emprendedores, para que me ayudeis; si bien el amo ignora toda la estension de mis proyectos, cuando vuestro general ha depositado en vosotros toda su confianza es sin duda porque vuestro valor es superior á todo elogio.

De nuevo volvieron á inclinarse con modestia los dos jóvenes.

— Fuerza es que sepais la empresa que vais á arrostrar, prosiguió la condesa de do Castello, acercándose á ellos. Se trata de robar la familia real de Portugal, conduciéndola al ejército de don Juan de Austria; yo, adicta en cuerpo y alma á España, soy el alma de este gigantesco negocio, que espone mi cabeza y mi porvenir. Vosotros por consiguiente sois sus cómplices.

Por mucho que fuese el valor de Cárlos y Baltasar, no pudieron menos de estremecerse ante la magnitud del pensamiento.

La condesa se sonrió, y dijo:

— Comprendo vuestro asombro, y solo el saber que las circunstancias nos son sumamente favorables, y que podemos disponer de grandes elementos en nuestro favor, aun yo misma temblaría no solamente ante la ejecucion del proyecto, sino ante la idea de consumarlo. Esta noche es acaso la señalada para hundir en un abismo la nacion portuguesa, y volver á la Metrópoli todo este sublevado pais.

Tales palabras, dichas con entera resolucion, dieron á co-

nocer á los caballeros lo grande que era la comision que se les habia confiado.

—Nosotros, señora, dijo Baltasar, secundarémos vuestros heroicos esfuerzos hasta derramar nuestra sangre; disposed, y os obedecerémos ciegamente.

—Está bien. Ahora prestadme un momento vuestra atencion. ¿Conoceis á Alfonso VI?

—No, contestó Carlos.

—Es un jóven digno de la corona que ciñe. Sin embargo, ha tenido una desgracia.

—¿La reina tal vez? observó Baltasar.

—La misma. Maria Isabel de Saboya, hermosa princesa de sangre italiana, ejerce tal fascinacion en el corazon de su esposo, domina sus facultades con tal imperio, que es la que imprime, por decirlo así, movimiento á sus acciones y lucidez á sus ideas. Dueña del Estado, del palacio, del ejército, ha querido mandar en los corazones, y en esta obra artificial ha caido envuelta en sus propias redes.

—¡Oh!

—La reina puso sus ojos en el infante don Pedro, hermano del rey, jóven impetuoso, violento y atrevido, brotando un amor profundo entre estos dos seres de naturalezas y temperamentos iguales. Al principio esta pasion permaneció oculta como el incendio que devora un edificio sin manifestar sus llamas; pero despues ha crecido el fuego con tal intensidad, que hasta el mismo rey ha visto lo que jamás podia creer.

—Terrible es esa historia, señora.

—Ciegos los dos amantes, y deseosos de emanciparse de todos los deberes sociales, han tejido en silencio el plan de evadirse; la reina ha contado conmigo, y de un instante á otro es pero la órden de que todo está al corriente. En esa fuga debéis acompañarnos.

—Secundarémos vuestros deseos, dijo Carlos.

—Se ha escogido como punto seguro un convento de Benedictinos que existe á algunas leguas de Lisboa, á orillas del Tajo; en este convento debe esperarse la contestacion del rey, al cual se le exige la abdicacion de la corona en favor de su her-

mano, y la impetracion de una bula á su Santidad para que derogue su matrimonio y dé autorizacion para que se casen los dos amantes (1). Hasta aquí los planes convenidos. Ahora os explicaré mi obra.

—Esperamos con ansiedad, contestó Cárlos.

—Ya os he dicho que al otro lado del monasterio de Benedictinos corre el rio Tajo.

—En efecto.

—Tengo dispuesta una lancha, que debe conducirnos corrientemente arriba inmediatamente que Alfonso VI se acerque devorado de celos.

—¿Pero cómo es posible que el rey sepa el paradero de su hermano y de su esposa? observó Cárlos.

—Un aviso discretamente dado le ilustrará de todo cuanto ocurre una hora despues de la evasion.

—¡Ah! lo comprendo.

—Entonces el temor y el espanto se introducirá en el corazón de los fugitivos, y apelarán á una nueva fuga.

—Es casi evidente, señora.

—No habrá otro camino para huir sino el rio, y una vez en él, vosotros os apoderaréis de la situacion.

—¿De qué modo?

—Manifestando libremente vuestras intenciones, y haciéndonos prisioneros. Al amanecer podemos estar muchas leguas de Lisboa; á la noche es fácil que estemos en tierra de España.

Y al decir esta última palabra conocióse en la voz de la condesa un eco melancólico.

—El pensamiento está perfectamente combinado, dijo Baltasar; pero se me ofrece una objecion.

—Decidla.

(1) Aunque nos valemos de las formas de la novela á fin de presentar este episodio, debemos decir que todo cuanto se manifiesta en este diálogo es esencialmente histórico, y los resultados fueron deplorables. El Papa tuvo que sancionar los hechos consumados, y el rey don Pedro se volvió loco despues.

—El rey queda dentro de Portugal y nada se ha adelantado.

—Conozco el carácter de Alfonso, y no sucederá eso.

—¡Cómo!

—Alfonso correrá detrás de su esposa, luego que sepa ha huido favorecida por las sombras de la noche.

—¿Estais segura?

—No puedo equivocarme. Entonces el rey será nuestro tambien.

—¡Ah!

—Si, nuestro, os lo repito. Y esta corona que torpes manejos han arrancado á la obra de Felipe II, volverá á rodear las sienes de su augusto nieto, terminando de esta manera esa infausta lucha en que tanta sangre generosa se está vertiendo. Esta es mi obra, señores. Ahora que os he revelado mi pensamiento, decidme si estais dispuestos á seguir mis pasos, esponiendo vuestras cabezas como yo espongo la mia.

—Desde que abandonamos á Olivenza, contestó Cárlos, ó mas propiamente dicho, desde que vestimos el honroso uniforme de guardias del rey, hicimos el sacrificio de nuestras existencias; disponed de ellas, pues nuestro deber es obedecerlos ciegamente.

—¡Oh España, España! exclamó la condesa con supremo acento de angustia y entusiasmo: todo lo he sacrificado por tí. Patria, nombre, felicidad, y...

Su voz se anudó en su garganta, y la palabra que iba á proferir oprimió su corazon con invencible fuerza.

Pero no bien habia acabado de espresarse con tanta vehemencia, cuando una doncella entró en el salon rápidamente.

Traía en un azafate de plata un billete cuidadosamente doblado.

—¿Qué es esto? preguntó la condesa con ademan angustioso.

—La reina acaba de remitiros esta carta.

La condesa no dijo nada ni manifestó la mas ligera sorpresa. Tomó el billete con desden, é hizo un ademan para que se retirase la doncella.

Cuando esta hubo desaparecido, cambió súbitamente el rostro de la noble dama.

—¡ Oh! exclamó: mi corazon me anuncia que ha llegado el instante de obrar.

Y rompió el sello del billete.

Despues de haber recorrido rápidamente sus líneas esclamó con notable ansiedad:

—En efecto: la Providencia os ha conducido en la ocasion mas oportuna: nunca don Juan de Austria pudo enviaros con mas precision.—Escuchad lo que dice la reina:—«Condesa: todo está dispuesto: don Pedro y yo saldremos de palacio á las diez sin que nadie nos vea; esperáanos con tu coche y gente de tu confianza en el sitio convenido.—Maria Isabel de Saboya.»

La condesa miró una magnífica péndola.

—Falta una hora, señores, dijo con cierto desden que revelaba el poco efecto que producía en ella aquel acontecimiento. Creo que debo esperar de vosotros fidelidad completa.

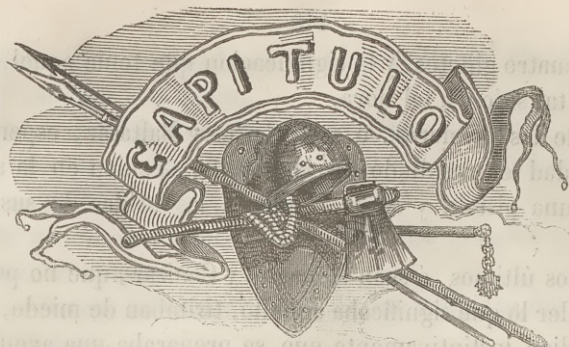
—Hasta perder la existencia.

—Entonces en vosotros confio. Montad á caballo, preparad vuestras armas, y situaros en el ángulo occidental de este palacio. Esperad hasta que suene la última campanada de las diez. Dios velará por nosotros.

La dama señaló al cielo como una esperanza suprema en tan terrible lance.

Los dos amigos salieron á la calle y se abrazaron como para comunicarse toda su energía en una ocasion tan critica.





XXXIV.

La reina de Portugal.



ISBOA estaba silenciosa.

Todos los rumores de la población se iban apagando, perdiéndose en las tristes lontananzas de la noche: de vez en cuando el temeroso paso de las rondas se sentía por alguna calleja apartada, á la par que el farol de las mismas derramaba un trémulo rayo que se estrellaba fugitivamente en los

ángulos de piedra de algunos estensos edificios.

Las tinieblas se habian cerrado; los vecinos de aquella gran ciudad dormían pacíficamente, sin cuidarse de los acontecimientos que se preparaban.

A espaldas del palacio y envueltos en las tinieblas veíanse cuatro hombres á caballo inmóviles como estatuas. Un coche les precedía casi oculto bajo una de las torres de aquel corpulento edificio.

Fácilmente habrán adivinado nuestros lectores quiénes

eran los cuatro ginetes, y la significacion que tenia aquel carruaje en tal sitio y á tal hora.

Dos de los primeros, ó sean Carlos y Baltasar, esperaban con ansiedad el resultado de la evasion. Tenian en la mano derecha una pistola y en la izquierda las bridas de sus caballos.

Los dos últimos, ó sean Monachil y Cañizar, que no podian comprender lo que significaba aquello, tiritaban de miedo, pues comprendian instintivamente que se preparaba una aventura, cuyo resultado era tan oscuro como la noche que los rodeaba.

Asi permanecieron media hora.

Las diez sonaron en todos los relojes de la capital, estendiéndose en zonas mas ó menos dilatadas, segun la proximidad ó la distancia en que estaban situados.

El silencio se hizo mas profundo.

Despues de una media hora de esperar en vano, sintióse el ligero chirrido de una llave.

Cárlos y Baltasar aguzaron el oido y dilataron la vista hácia el punto de donde venia el ruido.

Era evidente que se estaba abriendo una puerta.

Volvióse á oir el roce de un hierro contra otro, y entonces no les cupo duda de que habia llegado el instante deseado.

En efecto, de allí á algunos minutos giró silenciosamente la pequeña puerta que se hallaba situada cerca del carruaje, y viéronse salir tres bultos envueltos en largos mantos.

Conociase que el uno era un hombre y los otros eran dos señoras.

El infante don Pedro, que fué el primero que salió, dió el brazo á la reina, y la condesa corrió hácia el coche para abrir las portezuelas. Al acercarse á los dos caballeros exclamó con voz algun tanto conmovida:

—Gracias por vuestra lealtad, señores.

La reina subió en silencio al carruaje, don Pedro le siguió y la condesa entró despues, cerrando ella misma la portezuela que habia abierto.

El cochero, que debia ser hombre inteligente, ó tal vez encontrarse instruido de antemano, puso el tiro al paso y se di-

rigió por calles oscuras hasta salir á la orilla del rio ; allí principió á caminar mas aprisa.

Cárlos se habia colocado á la derecha , Baltasar á la izquierda , y los dos criados siguieron áquel convoy donde marchaba el porvenir de Portugal.

De pronto divisáronse en el fondo dos grandes torres que cerraban el camino.

La condesa se asomó á una de las ventanas del coche , y dijo á Cárlos :

— Vamos á llegar á una puerta de la ciudad ; tomad esta órden , y con presentarla al gefe de la guardia que hay en ella , se franqueará al instante.

Cárlos obedeció en silencio. El comandante del puesto leyó el pliego y no puso ningun inconveniente en abrir.

Estaban ya fuera de Lisboa.

Entonces el cochero abandonó la calma que habia tenido hasta aquel momento , y partió á galope haciendo que las mulas del tiro levantasen una espesa nube de polvo.

Los dos amigos al absorber con toda la fuerza de sus pulmones los perfumes de la naturaleza , agitados por las alas de la noche ; al ver el espléndido firmamento sembrado de clavos de oro y puntas de diamantes ; al correr al lado de aquel coche que simbolizaba un inmenso triunfo para la España , se consideraron con doble fuerza y energía para luchar con todos los elementos contrarios que pudieran surgir en aquella aventura inesperada.

Sus caballos , aunque fatigados , volaban á lo largo del camino haciendo estallar á veces chispas de fuego que alumbraban el pavimento. Si en los espesos árboles , cuya sombra protectora parecia ocultarlos á mas de las sombras nocturnas , creían descubrir algun objeto sospechoso , montaban sus pistolas , dispuestos á dejar tendidos á los que se atreviesen á acercarse ; á veces miraban al rio , cuyas riberas iban atravesando , por si divisaban alguna lancha que pudiera seguirlos ; pero todos sus temores se acababan , puesto que solo el eco de aquella carrera era lo que se repetia vagamente en el espacio.

De este modo corrieron dos horas.

Al cabo de ellas descubrióse un estenso edificio que se alzaba en las márgenes del Tajo.

— ¡Hé ahí el monasterio! se dijeron interiormente los dos jóvenes.

No se habian engañado.

Poco á poco fué destacándose en la incierta silueta del horizonte, presentándose sus agudos lineamentos como uno de esos conventos contruidos en la edad media, y que recuerdan la idea religiosa hermanada á la idea guerrera.

Las torres, lejos de ser elevadas, tenian semejanza con dos atalayas en que se habia combinado perfectamente un sistema de defensa, encontrándose enlazadas por una série de almenas medio cubiertas con algunas plantas parásitas, y con las tejas de los próximos tejados.

Tal era el edificio que á las primeras irradiaciones de la luna, que asomaba su tímido semblante por el Oriente, se presentó á la vista de nuestros amigos.

El coche se detuvo á orilla de una cruz de piedra que existia delante de una puerta.

Esta se hallaba abierta, en la que se presentó un religioso de prolongados hábitos negros, el cual corrió hácia el carruaje.

La reina descendió de él.

— ¡Señora! exclamó el monge en tono de alarma y reconvenccion.

— Perdonad, padre mio, contestó María de Saboya con voz conmovida: acudo á la Iglesia para que esta me proteja.

— La casa del Señor está abierta para todo el mundo, replicó el religioso.

El infante don Pedro bajó á su vez, y en seguida la condesa de do Castello.

— ¡Oh! exclamó la reina, aquí esperaremos la resolucion del Papa.

Los dos caballeros echaron pié á tierra, y esperaron en silencio el que la condesa les insinuase lo que debian hacer:

Cuando la comitiva se dirigió al convento, la condesa se acercó á sus amigos, y los dijo:

—Seguidnos.

Estos entonces entregaron las bridas á sus criados, y penetraron en el monasterio en pos de la reina de Portugal.

Un antiguo refeitorio adornado con algunos mapas é instrumentos geográficos estaba dispuesto para recibir á la fugitiva pareja.

Lámparas de bronce vertian una incierta claridad sobre aquellas paredes húmedas cubiertas de espumoso liquen, que formaban un triste contraste con el artesonado. Brillaban en él de trecho en trecho algunos fragmentos dorados, señal de su antigua opulencia: el suelo estaba cubierto de anchas tablas labradas con algun esmero, y ventanas ojivas con cristales pintados daban luz y aire al estenso salon que hemos procurado describir.

La reina entró en él, y fué á sentarse en un viejo sitial, cerca de una mesa cubierta con un tapete de terciopelo negro. Mientras que don Pedro conversaba con el religioso, los dos españoles clavaron sus ojos en aquella reina atrevida y hermosa, que iba á llamar la atencion de la Europa con la fama de sus acciones.

María Isabel de Saboya era una beldad perfecta. Habia en su mirada intensa, infinita, ardiente como el rayo, la llama de un volcan invisible, que no podia menos de abrasar; brillaba en torno de su rostro un reflejo pálido y dorado como el que los antiguos geógrafos creyeron encontrar en aquel célebre ámbar que se criaba en las riberas del Eridano.—Aunque por la agitacion de su espíritu estaba blanca y abatida, podia creerse que no era el aliento lo que le faltaba, sino vigor de su naturaleza.

Don Pedro era una persona admirable; verdadero vástago de la casa de Braganza, poseia su hermosura, su gentileza y su fogosidad. Su frente dilatada podia ser el asiento del genio, pero en su organizacion ardiente, esquisita y vivaz, podia caber la crueldad y la locura.

Tal era aquella pareja real, digna del aprecio de todos, y tan desgraciada á causa de las pasiones que la consumian.

—Estoy fatigada, dijo la reina, mirando al religioso, que

era el abad del monasterio. ¿Creeis, padre mio, que este paso puede acarrear alguna guerra?

—¿Quién es capaz de penetrar los designios de Dios?

—Dios dispone de los destinos humanos, contestó María de Saboya; pero vos que comprendéis la verdad de los hechos, decid vuestro parecer.

—Señora, el rey es muy bondadoso.

—¿Creeis que accederá por último á nuestros deseos?

—Muy dudoso es. Sin embargo...

—¿Qué?

—S. M. os ama de tal manera, ejerceis tal imperio en su voluntad, que lo creo dispuesto á los mayores sacrificios.

—El cielo os oiga, contestó la reina suspirando.

—Lo único que no puedo aprobar, y perdóneme V. M., señora, si le hablo con la franqueza de un corazon leal, es el paso que acabais de dar.

—Ya comprendéis que era forzoso.

—Esto puede exasperar al rey y provocar un conflicto.

—Solo vos podeis evitarlo.

—¿De qué manera, señora?

—Saliendo para Lisboa en este momento.

El abad conoció la difícil comision que iba á pesar sobre sus hombros, pero se dispuso á llevarlo con resignacion y dijo:

—Obedeceré á V. M., y quiera el cielo que se cumplan mis deseos.

—Buscad todos los medios conciliatorios, si no...

Una llamarada, como la lumbre que se desprende de un volcan, iluminó el rostro de María de Saboya.

—¿Qué debo decir? contestó el monge espantado.

La reina estuvo algun tiempo pensativa, hasta que replicó:

—Si no, manifestad al rey que apelaré á recursos mas poderosos.

Y al pronunciar esta amenaza, aquella niña lánguida y casi rendida por las emociones de la noche, se irguió con toda su fuerza, apareciendo terrible al par que deslumbradora.

—Dios permita que no suceda al reino una desgracia, contestó el abad, inclinando la cabeza.

Don Pedro á su vez le comunicó sus órdenes. En su lenguaje solo se notaba el fuego del amor que lo consumia, mas bien que medios conciliatorios para traer las cosas á un fin mas conveniente.

El abad se apresuró á partir, para lo cual pidió permiso á la reina; pero en aquel momento presentóse un religioso, diciendo que un mensagero acababa de llegar de Lisboa, y solicitaba permiso para hablar á S. M.

Esta noticia era demasiado alarmante. La reina se puso sumamente pálida, miró á don Pedro, y despues á la condesa de do Castello, como si les pidiese esplicaciones sobre aquel imprevisto acontecimiento.

La condesa miró despues con rapidez á Cárlos y Baltasar para significarles que habia llegado el momento mas crítico de su atrevida empresa.

El mensagero fué introducido inmediatamente en presencia de María de Saboya.

Era un caballero portugués, cubierto de polvo á causa de la precipitada carrera que habia traído.

—¿Qué noticias hay en Lisboa? preguntó María con ansiedad.

—¡Ah señora! el rey ha descubierto vuestra evasión.

Don Pedro y la reina, aunque deseaban esto mismo, sintieron una viva inquietud al oir esta noticia.

—¿Y os manda con algun mensage? volvió á preguntar la reina.

—No señora.

—Entonces ¿qué quiere decir vuestra presencia en este sitio?

—Prevenir á V. M. de un peligro inmediato.

—Decidlo.

—El rey avanza en este instante en vuestro seguimiento.

Esta nueva fué como un rayo que cayó á los piés de los dos amantes.

—¡Ah! exclamó María de Saboya, ¿conque viene S. M.?

—No tardará media hora, observó el mensagero.

Don Pedro al oir esta noticia se acercó á la reina.

—Ya lo oís, señora; todos los medios conciliatorios han

concluido; es preciso hacer un llamamiento á nuestros parciales, y oponer al poder del rey todo nuestro poder.

—¿Conque no hay otro remedio sino la guerra? preguntó María de Saboya.

—No existe otro, replicó don Pedro. Escuchad, prosiguió, dirigiéndose al mensajero, comprendo por el servicio que acabais de prestarnos, que sois uno de mis fieles adictos. Volved á Lisboa en este momento, y avisad á todos mis amigos. Decidles que al amanecer deben de estar reunidos en este monasterio con todos sus parciales.

—Obedeceré á V. A. hasta perder mi vida.

El mensajero besó la mano de la reina y del infante, y volvió á partir á escape para cumplir la orden que se le habia dado.

Todos quedaron inmóviles en aquel momento supremo.

—Ahora, dijo la reina, sepamos lo que debemos hacer. Mi esposo estará aquí dentro de pocos instantes, estamos sin defensores, entregados esclusivamente á su poder. Su venganza puede ser terrible, y nuestros parciales nada podrán hacer hasta mañana.

Don Pedro comprendió toda la fuerza de estas razones y quedó pálido como un cadáver.

—¿Y qué hacer, señora?

La reina lo miró con suprema angustia.

—Hay un medio, exclamó en aquel momento la condesa de do Castello.

—¿Cuál? exclamó María con ansiedad.

—Huir.

—¿Huir! ¿y adónde?

—A cualquier parte, el objeto es ganar algunas horas.

—Decís bien, condesa, observó don Pedro; pero el rey seguirá en pos de nuestro carruaje y nos alcanzará.

—Hay otro camino.

—¿Oh! decidlo.

—El río.

—Pero nos falta un barco.

—El convento los tiene, señor; además, la marea nos es favorable.

—Condesa, acabais de salvarnos, dijo la reina con efusion. Partamos.

—Estos dos caballeros que tan lealmente nos han seguido, nos acompañarán en esta critica ocasion, prosiguió la condesa, señalando á Cárlos y Baltasar. Si V. M. acepta mi pensamiento, podemos marchar al instante.

El abad se apresuró á dar cuantas disposiciones creyó necesarias para preparar una lancha, y de allí á pocos momentos volvió, participando que todo estaba listo.

Baltasar y Cárlos previnieron á sus criados que se situasen á la orilla del rio mientras ellos caminaron en pos de la reina.

Un dilatado cláustro conducia á la parte opuesta del monasterio. Allí entre dos gruesos torreones habia un muro sombrío, el cual bañado por las ondas del Tajo, facilitaba por medio de una puerta de hierro el que pudiese aproximarse una lancha á sujetarse en gruesos manillones de hierro, y facilitar de este modo el abastecimiento del convento.

La puerta de hierro estaba abierta, y fácilmente pudo verse en las oscuras aguas el reflejo de la luna.

Una góndola estaba prevenida, esperando á los fugitivos.

Cárlos saltó á la lancha y Baltasar le siguió. Todo iba á cumplirse segun sus deseos.

La reina pasó tambien, y fué á colocarse en la popa, donde cayó desfallecida: la condesa practicó lo mismo, y don Pedro fué á saltar.

Pero en aquel instante una voz formidable resonó en el fondo de la negra bóveda que conducia á la puerta de hierro.

Aquella voz parecia el eco de la venganza.

La reina pegó un grito, don Pedro llevó la mano á la espada, y la condesa conmovida se acercó á sus amigos y exclamó:

—El rey; todo se ha perdido.

En efecto, al crudo reflejo de las antorchas descubrióse la figura pálida y brillante de Alfonso VI atormentado por los celos, la venganza y la desesperacion.

Detrás de él avanzaba un hombre en cuyos labios aparecia una sonrisa satánica.

Este hombre era Sousa-de-Fonte.

— ¡El portugués! exclamaron simultáneamente Cárlos y Baltasar, dispuestos á lanzarse sobre aquel miserable, cuya siniestra imágen se les presentaba en todas partes.

En las grandes catástrofes hay un momento de calma, precursora de la tempestad. En este momento nadie desplegó sus labios, sino que se miraron unos á otros con asombro y estupor.

¡Cómo estaba allí Sousa-de-Fonte!

Este hombre, desde la escena de Evoramonte, habia seguido á los dos caballeros; los vió hospedarse en la hostería de la *Luna menguante*, lo que confirmó del todo sus sospechas de que eran españoles; despues los vió dirigirse á palacio; se informó de que estaban conferenciando con la condesa de do Castello; esperó á que salieran, y no perdió ninguna de sus operaciones en aquella noche.

Comprendió que se trataba de un gran complot, y dispuesto á comerciar con él, se dirigió á palacio con el fin de ser presentado al rey.

En este instante fué cuando el mensajero de la condesa de do Castello que debia llevar á Alfonso VI un escrito que le informase de lo que acababa de ocurrir, salió á cumplir su comision. Sousa supo fascinarlo en términos que se apoderó del papel, y al punto comprendió la verdad de todo.

La familia real estaba entregada á los españoles, y si bien para él no era negocio de patriotismo, lo era de fortuna. Presentóse á Alfonso, le pintó con vivos colores, no solamente su deshonra, sino la pérdida de Portugal tal vez, y de aqui el que conducido el rey por su fogosidad, seguido de Sousa y de muy corta servidumbre, se presentase en la suprema ocasion de la fuga de la reina.

Esplicada la causa de la aparicion de Sousa, y transcurrido aquel breve periodo de sorpresa y espanto,

— ¡Señora!... ¡María! exclamó el rey, luchando entre su dignidad herida y el amor que profesaba á su esposa, queriendo arrojarse hácia la lancha.

Pero esta, estendiendo el brazo le detuvo.

—Señor, no traspaseis los miramientos que se me deben. Ya no pertenezco á V. M.

Estas palabras produjeron en el rey una agitacion difícil de explicar.

—¿Conque es decir que rompeis los lazos conque nos unió la Iglesia?

—No me es dable romper lo que no puedo, pero acudo al Papa para que los desate.

—¿Y vos, hermano?... hermano mio, exclamó el rey, llevando una mano á la espada y otra al corazon, ¿qué debo esperar de tí?

Don Pedro avanzó hasta el borde de la lancha, y contestó con voz entera:

—La paz si se me deja la posesion de doña Maria de Saboya: la guerra si se me arrebatara.

El rey se cubrió el rostro con las manos, abrumado de vergüenza.

—Bien, exclamó, eso pertenece á su Santidad: ahora vamos á Lisboa, y que los hechos escandalosos de esta noche queden ocultos en sus sombras.

—Jamás, contestó la reina.

—¿Conque intentais huir?

—Trato de librarme de vuestra política. Pudiérais prenderme y destruir mis proyectos.

—Acaso vos esteis meditando en lo mismo.

Y en efecto, en la brillante mirada de la reina habia algo de siniestro y amenazador para aquel infortunado monarca.

—Señora, exclamó, os amo demasiado para cometer una felonía de esta clase. Volved, Maria, volved.

—No, que me alejo en este instante.

El rey sacó su espada frenético al oír esta negativa. Tan pronto estaba dispuesto á perdonar, como á matar.

Hubiera caído en el rio si el abad de Benedictinos por un lado y Sousa por otro no lo hubiesen detenido.

La lancha iba á separarse de la orilla, y entonces el portugués, que comprendia que fracasaban todas sus esperanzas, exclamó:

La caza.

— Señor , hay una horrible traicion en este acontecimiento, que debo descubrir. Si la reina se aleja con esos hombres que la acompañan , no solamente perdeis á vuestra esposa , sino que los dos perdeis la corona de Portugal.

Y al decir estas palabras señaló á Baltasar y Cárlos, que de pié é inmóviles parecian desafiarse en aquel momento todas las iras y todas las amenazas.

La condesa de do Castello se acercó á la reina temblando.

— ¡ Oh! señora , huyamos , quiere perdernos.

Pero la funesta revelacion de Sousa habia producido su efecto.

El rey , su esposa y don Pedro , vieron en los dos amigos, dos personas completamente desconocidas.

— ¿ Quiénes son esos hombres? preguntó Alfonso VI con imperio.

— Españoles enviados por don Juan de Austria , dijo Sousa.

Una exclamacion de asombro retumbó por todas partes.

Cárlos y Baltasar eran el blanco de las miradas de los asistentes á tal escena. Sin embargo , la sostuvieron dignamente.

La reina miró de tal modo á la condesa de do Castello , que esta quedó aterrada.

— Saltemos á tierra , dijo Maria de Saboya á don Pedro.

— Que venga el verdugo para que ahorque á esos traidores, gritó el rey.

Pero no era tan fácil ejecutar la orden.

Cárlos y Baltasar venderian caras sus vidas.

Pero Sousa , á quien le cegaba el deseo de la venganza, descolgó las pistolas que llevaba en el cinto , y apuntó con ellas á los dos jóvenes, los cuales permanecian en la lancha al lado de la condesa de do Castello ; pues don Pedro y la reina habian vuelto á saltar á tierra.

— Que mueran , exclamó el rey frenético.

En efecto , dos detonaciones retumbaron en el espacio y esparcieron una cárdena claridad por la superficie del rio.

Un grito estalló al mismo tiempo.

La condesa habia caído atravesada por una bala.

Baltasar la recibió en sus brazos. Entonces Cárlos , quitán-





Urrabieta inv. y lit.

Lit. de J. Donon. Madrid 1857.

¡ Señor en España se respetan los enemigos !

dose el sombrero que hasta aquel instante habia tenido puesto,

— Señor, dijo con voz solemne, en España se respeta á los enemigos. Podríamos en este instante dar muerte á ese vil asesino que acaba de matar á una dama ilustre; pero llegará el día de la venganza. Ni somos vuestros prisioneros, ni vuestros vasallos; si hay valientes que sean capaces de detenernos, mandadlos que nos sigan. Volvamos á nuestro ejército, ya que no se han cumplido las órdenes que habíamos recibido. Ahora recibid el saludo de dos enemigos vuestros que han llegado hasta los salones de vuestro palacio. ¡Salud á Alfonso VI! ¡gloria al rey de Portugal!

Y mostrando con una mano á la desventurada condesa de do Castello, que en aquel instante lanzaba su último suspiro, cortó con una rapidez extraordinaria el cable que sujetaba á la lancha, le dió un fiero empuje, y esta desapareció instantáneamente entre los velos de la noche.





CAPITULO XXXV.

En el que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.



o queremos seguir este episodio sangriento.

Mientras que el desventurado rey de Portugal quedaba preso en el monasterio, pues luego que se reunieron los parciales de don Pedro no tuvo reparo la reina en constituirse árbitra y señora, aherrojando á su propio esposo, huían nuestros dos jóvenes con direccion á Évora, donde debían encontrarse con don Juan de Austria.

Fácilmente les fué, protegidos por la sombra de la noche, acercarse á la orilla, saltar á tierra, montar en sus caballos y emprender de nuevo su marcha hácia el punto indicado.

Monachil y Cañizar que no comprendían ni una palabra de lo que había pasado, y que solo sacaban en claro que todo se volvía correr á caballo, casi sin descansar en ninguna parte, deseaban que llegase un momento en que hubiese alguna tranquilidad en una de las muchas ventas del camino; pero

este pacífico deseo, lejos de llegar á ser una realidad, jamás pudo conseguirse, por lo que al tercer día de su salida de Lisboa, después de dormir en despoblado á imitación del ingenioso hidalgo de Cervantes, llegaron á las inmediaciones de Évora.

Fiel don Juan de Austria á la palabra que había dado, tenía emboscado su ejército sobre unas cordilleras inmediatas, y esperaba el resultado de las escenas que hemos dejado descritas para atacar la capital del Alentejo.

Cárlos y Baltasar llegaron de noche al campamento, y sin apearse de sus caballos se dirigieron á la tienda del general, para dar cuenta de su comisión.

Cuando este supo su llegada salió hasta la puerta á recibirlos, ordenando en seguida á los ayudantes del servicio, que no estaba visible por aquella noche.

Después que don Juan se hubo sentado entre un gran número de planos y cartas geográficas, preguntó á los dos jóvenes:

— Sepamos, señores, qué noticias traeis.

— Todo ha fracasado, contestó Cárlos respetuosamente.

— ¡Cómo!

El mismo explicó sucintamente los pormenores de su expedición; la venta desechada por Schomberg, cuando esta le fué propuesta por el miserable Sousa-de-Fonte; las aventuras de Evoramonte; su llegada á Lisboa; la entrevista con la condesa de do Castello; el estado de la familia real de Portugal; la fuga de la reina con don Pedro; el plan de conducir prisioneros á los príncipes al campamento español, y por último el triste desenlace de estas escenas.

Don Juan quedó pensativo por bastante tiempo, meditando sobre aquellas extraordinarias aventuras que se habían verificado en el transcurso de una noche.

— Nunca fué mi ánimo el estar en relaciones políticas con la condesa de do Castello, dijo por último, el que esta, con un atrevimiento varonil, llevase adelante un proyecto de evasión como el que acabais de referirme. La España jamás hubiera consentido en cometer una felonía ó una traición para

disponer de la suerte de Portugal. Me interesaba sobremanera saber el estado de la corte, y por eso os mandé á Lisboa. Los acontecimientos han ido mas allá de donde yo esperaba; por desgracia con la muerte de la condesa hemos perdido un apóyo poderoso; pero si hubiéseis conducido prisioneros á María de Saboya, al infante don Pedro y al mismo rey, los pondría en libertad para que nunca cayese una mancha, por pequeña que fuese, sobre nuestro nombre.

Y al pronunciar estas nobles espresiones, don Juan hablaba con profundo conocimiento de sí propio.

— Ahora, prosiguió, no por eso habeis dejado de dar una prueba mas de vuestro valor y de vuestra lealtad. Otros hubieran muerto, vosotros habeis tenido talento y corazon para arrostrar por medio de tantos peligros. Mañana os recomendaré á S. M., y creo que muy pronto os vereis condecorados con el título de capitanes.

Los dos jóvenes se estremecieron de alegría, aunque no lo manifestaron.

— Sin embargo, prosiguió el general, aun no habeis salvado todos los peligros para llegar á merecer tan honrosa distincion.

— Nosotros, contestó Cárlos conmovido, no servimos á V. A. por ganar merecimientos y distinciones de que otros oficiales son mas dignos, consagramos todo nuestro esfuerzo, toda nuestra sangre para probar que deseamos el triunfo de nuestra patria.

— Así lo comprendo tambien, respondió don Juan. Ahora es preciso que nos entendamos sobre un asunto importante.

— Esperamos las órdenes de V. A., replicó Baltasar.

Don Juan de Austria desdobló un plano enrollado sobre la mesa, y dijo:

— Mañana ataco á la caballería portuguesa escalonada en las orillas del Sella, y la victoria es segura y completa si mis tropas secundan los movimientos que he mandado practicar. En su consecuencia, como durante vuestra ausencia he llegado á saber, á mas de las noticias que me disteis, de que hay oficiales vendidos al partido que me hace la guerra en Madrid, temo

de que estos no secunden mis deseos y se malogre el mejor hecho de armas de la campaña.

Cárlos y Baltasar se miraron instintivamente.

—¿Conque sabe V. A. que hay traidores en el ejército? preguntó el primero.

—No solamente lo sé, sino que conozco ya á alguno de ellos.

—¡Ah!

—Creí, señores, que un celo exagerado habia producido en vosotros las apariencias que sobre este particular pronunciásteis el dia de vuestra marcha á Lisboa, pero he tenido correos de Madrid en que se me dice la verdad.

—Entonces, dijo Baltasar, puesto que V. A. lo sabe todo, no cometemos nosotros el delito de denunciadores. Pero ante los escrúpulos de nuestra hidalguía existen peligros verdaderos que debe V. A. vencer con mano poderosa. Hé aquí una prueba de la red que estienden en contra vuestra para hundir su reputacion.

Y sacando el billete que se habia desprendido del medallon del baron Stall, lo entregó al principe.

—Este lo leyó, y se puso pálido de furor.

—¡Ah miserable! exclamó aquel genio, á quien le cortaban las alas: todo lo comprendo ya, y no dificulto que nuestra guerra sea infructuosa, sino que perderé las mejores batallas, pudiendo dentro de poco tiempo plantar en las torres de Lisboa el pendon de Castilla. Perdonad, leales caballeros, tal vez los únicos de quien pueda fiarme en estos momentos, es preciso que me digais cómo ha llegado este escrito á vuestro poder.

—Señor, dijo Cárlos, no serian nobles nuestros sentimientos si tal hiciésemos. Pero le ofrezco á V. A. una cosa.

—¿Qué?

—¿Mañana es dia de batalla?

—Sí.

—Luego que esta termine, os presentaré al traidor.

Una idea, que ni aun Baltasar pudo comprender, brilló en la viva imaginacion de su amigo.

—¿De qué modo? preguntó don Juan.

—Aun no es fácil decirlo. Habíamos pensado mi compañero y yo, luego que regresásemos de Portugal, saber toda la extensión de ese oscuro complot, uniéndonos á los traidores por medio del juego y del vino; pero no hay tiempo para lograr nuestro deseo, siendo además ineficaz, por cuanto V. A. comprende de adónde viene el tiro que le hiere. Ahora solo me atrevo á ofrecerle lo que pienso cumplir.

—Acepto vuestra palabra, caballero, dijo el general. Recibid mi última orden.

—La esperamos.

—Mañana al amanecer encontráos en mi antecámara; después de la batalla disponeos á marchar á Madrid.

Esta noticia acabó de enloquecer de alegría á nuestros dos amigos, que además de ser los depositarios de la confianza de don Juan de Austria, iban á volver al lado de las dos jóvenes que tanto amaban.

Salieron, pues, del pabellon del general con la cabeza llena de proyectos, esperanzas y ensueños, pues hay cierta edad en la juventud en que se sueña despierto.

En vez de descansar de las fatigas pasadas, Carlos y Baltasar se tendieron en sus lechos respectivos, no para dormir, sino para estar hablando hasta la madrugada de Laura y Argentina, y sin pensar que al próximo día una bala indiscreta podía terminar la magnífica novela que aquella noche habían compuesto.

Una hora antes que amaneciera, Cañizar y Monachil, que roncaban como unos bienaventurados, fueron despertados de su tranquilo sueño, y recibieron la orden de que limpiasen y ensillasen los caballos.

Esta noticia hizo estremecer á los criados.

—¿Si volveremos á Lisboa? pensaron, mirándose con espanto.

Cañizar para salir de dudas se atrevió á hacer la siguiente pregunta:

—¿Los cuatro ó los dos caballos?

—Los cuatro, contestó Baltasar alegremente. Conviene que os acostumbreis á oír silbar las balas.

El indiscreto criado quedó sin respiracion, si bien fué á cumplir la órden de su amo.

Poco tiempo despues resonaban en todo el campamento el agudo eco de los clarines y el redoble de los tambores.

Cárlos y Baltasar montaron gallardamente en sus briosas cabalgaduras, y se dirigieron con Monachil y Cañizar á retaguardia, á la tienda de don Juan de Austria.

Este se presentó en seguida con la segura arrogancia de un gefe que cuenta con el triunfo.

No intentamos describir un hecho de armas que ya corresponde á la historia, y que forma una de las páginas mas brillantes de la vida de aquel último genio, detenido en su carrera por doña Mariana de Austria y sus consejeros.

Don Juan, tal como lo habia predicho, batió á la caballería portuguesa, tomó una série de plazas fortificadas que se encontraban defendiendo á Évora, y se apoderó de todo el Alentejo con una fortuna extraordinaria, que mas tarde le fué ingrata en la sangrienta jornada de Estremoz.

Pero, circunscribiéndonos nosotros á los hechos puramente personales de nuestros mas predilectos personajes, diremos que Cárlos y Baltasar sostuvieron de una manera admirable el nombre de valientes que habian adquirido con justicia.

Monachil y Cañizar, siempre en pos de sus amos, se vieron en la precision de defenderse, y aunque estuvieron á pique de sucumbir mil veces, salieron con milagro de los principales encuentros.

Ultimamente la caballería portuguesa principió á retirarse; pero no bien se habia indicado este movimiento, y cuando los cuerpos españoles debian atacar con mas vigor, notó don Juan de Austria que algunos regimientos se detuvieron sin tener órden para ello.

Esta marcada prueba de que habia gefes que trataban de evitar un triunfo completo, le decidió á mandar á Cárlos se dirigiese hácia la parte que ocupaban, con órdenes las mas terminantes para avanzar.

Baltasar partió con igual comision.

Habia que cruzar por medio de los dos fuegos de los ejér-

eitos; pero los dos jóvenes se perdieron bien pronto entre las espesas columnas de humo, sin hacer caso de la metralla que silbaba por todas partes.

En la veloz carrera que seguian, notaron que los portugueses volvian de nuevo á la carga con ardor y entusiasmo.

Por consiguiente se podia perder el éxito de la jornada.

Cárlos se dirigió á un regimiento que estaba inmóvil, y cuando estuvo cerca comprendió perfectamente que se estaba efectuando una traicion, pues el gefe de aquel cuerpo era el baron de Stall.

— ¡El aleman! gritó Cárlos, mirando á su amigo como si esta palabra lo dijera todo.

— ¡El portugués! exclamó al mismo tiempo Baltasar, señalando á un escuadron enemigo que avanzaba á todo escape.

En efecto, al frente de aquel cuerpo iba Sousa-de-Fonte, que enviado por Alfonso VI, habia llegado aquella noche al ejército.

— Hé aquí dos venganzas á un mismo tiempo, dijo Cárlos. Yo al primero, tú al segundo.

Los dos caballos de nuestros dos amigos recibieron distintas direcciones.

— Baron Gustavo Stall, exclamó Cárlos, acercándose á el aleman, traidor á tu rey, cómplice del padre Nithard, hé aquí el instante de que te vengues del que tiene la cadena de oro que antes adornaba tu cuello.

El aleman dió un salto sobre su caballo al oir aquellos apóstrofes.

— ¡Miserable! exclamó, lanzándose sobre Cárlos; vas á morir.

Y le desjarretó un pistoletazo que le hubiera llevado la cabeza si no la hubiese bajado con presteza.

— Reza por tu alma, dijo Cárlos.

Y al mismo tiempo le hundió la espada en el pecho hasta la guarnicion.

El baron cayó al suelo de un solo golpe.

Mientras esta escena tenia su complemento, á unos cien pasos de distancia se verificaba otra de igual naturaleza.

— Asesino de la condesa de do Castello, gritó Baltasar al

portugués, vendedor por cuatro millones de tu rey y de tu nación, ha llegado el instante de tu muerte.

Sousa-de-Fonte, asombrado con la acusacion que se le fulminaba, cuanto por encontrarse frente á frente con uno de los enemigos que mas habia perseguido de algunos dias á aquella parte, quedó al pronto petrificado, como si tuviese delante la imágen del terror.

— ¡ Vos aquí! exclamó retrocediendo.

— Defiéndete, exclamó Baltasar.

Sousa se cubrió con la espada; pero el poeta, con una rapidez extraordinaria le tiró tal golpe, que el portugués cayó con la cabeza destrozada sobre un monton de muertos, donde fué en seguida pisoteado y hecho pedazos por el mismo cuerpo á cuyo frente estaba.

Los dos amigos se volvieron á juntar, no sin que Carlos hubiese dado la órden de avanzar á los batallones que permanecian inmóviles.

A este movimiento los portugueses no pudieron resistir, declarándose en completa fuga.

La batalla se convirtió en un desórden espantoso.

Una hora despues el campo era completamente de los españoles.

En el momento que don Juan de Austria daba la órden de suspender el combate, presentáronse Carlos y Baltasar, llenos de polvo, manchados de sangre y cubiertos de sudor.

— Hemos vencido, exclamó don Juan con generoso entusiasmo.

— Ahora, contestó Carlos, si V. A. me lo permite, ya que nuestras armas han triunfado del valor portugués y de la traicion de algunos estraviados, le cumpliré la palabra que le dí, presentándole el cómplice del padre Nithard.

— ¿Cuál es? preguntó el principe con ansiedad.

— Aquí lo tiene V. A., y señaló al cadáver del baron Gustavo Stall.

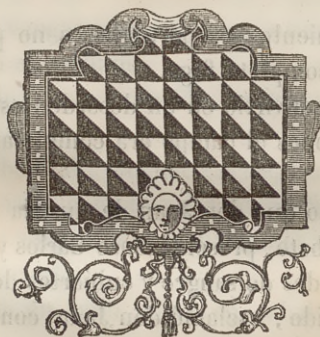
Don Juan contempló por un momento al muerto, y se alejó de aquel sitio.

— Caballeros, dijo á los dos jóvenes, seguidme á mi tienda:

es preciso que en este instante salgais para Madrid con la noticia de la batalla y con pliegos importantes para S. M. En su real nombre, prosiguió, levantando la voz para que todo su estado mayor lo oyese, os nombro capitanes de mis guardias. Mereced este titulo con nuevas acciones.

Escusamos el pintar la alegría del poeta y el legista.

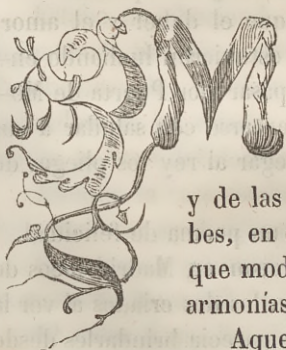
De allí á una hora volaban por el camino de Madrid, seguidos de Monachil y de Cañizar, quienes ya no tenian fuerza para resistir aquellas interminables carreras.





XXXVI.

*De como la buena estrella de nuestros capitanes se eclipsa
repentinamente.*



MADRID! esta era la mágica palabra que resonaba en el corazón de nuestros enamorados capitanes; que zumbaba en el viento; que se repetía en el eco de los valles y de las rocas; que veían bordada en las nubes, en el espacio, en el fondo de los ríos, y que modulaban los pájaros en sus espléndidas armonías.

Aquellos dos locos, permitásenos la palabra, creían que la naturaleza tributaba holocausto á su alegría.

¡Madrid! abismo sin fondo cubierto de flores, donde Laura y Argentina estarían esperando el momento de su llegada, donde volverían á pronunciarse mil juramentos á cada cual mas frenético, donde se referirían los dolores sufridos durante aquella ausencia peligrosa... ¡Oh! ciertamente que todo esto era suficiente para estraviar la razón de dos mancebos de vein-

te años, halagados de la fortuna y dispuestos ni mas ni menos que acabar prosáicamente la historia de sus amores por medio del matrimonio.

Y de estas reflexiones se sacaba una consecuencia lógica, ó mejor dicho, dos consecuencias.

La primera era que los dos caballos á fuerza de correr estaban á punto de reventar.

La segunda, que Monachil y Cañizar, que ni se hallaban enamorados ni pensaban en casarse, les faltaba poco para morir ahogados de fatiga.

Estas cuatro desgracias que podian ocurrir, detuvieron algun tanto la impaciencia de Baltasar y de Carlos, pero no de tal manera que en dos dias dejasen de encontrarse enfrente de aquella Puerta de Segovia, que ya pasó á mejor vida sin que por eso haya perdido su fama tradicional.

Los dos capitanes, pues ya es justo llamarlos con este título, tenian dos graves cuestiones que resolver. Si debian de presentarse al rey antes de ver á Laura y Argentina, ó si debian de ir á saludar á estas jóvenes antes de dirigirse á palacio.

Hubo un prolongado debate en que el deber y el amor, enemigos capitales el uno y el otro, estuvieron luchando entre sí; mas últimamente se convino pasar por Puerta de Moros, y sin bajar de los caballos contentarse con saludar á sus amadas y correr á palacio para entregar al rey los pliegos de don Juan de Austria.

Despues... Este despues era todo un poema de felicidad.

Arreglado así el programa, entraron en Madrid locos de contentos, de cuya locura participaron los dos criados al ver la protectora casa de San Francisco, que parecia brindarles desde lejos con el perfume de sus cocinas y con la blandura de sus lechos.

A medida que se acercaban latian los corazones de los amantes; mas dejando á un lado estos detalles, dirémos sencillamente que llegaron á la Puerta de Moros y que descubrieron la linda casa, nido precioso de aquellas mariposas que se llamaban Laura y Argentina.

Allí fué donde los caballos, á pesar de estar sudorientos y

fatigados, principiaron á hacer elegantes corbetas, merced á la brida y á la espuela, y donde las piedras estallaban bajo los herrados cascos; pero por mas que armaron un estrépito infernal no se abrieron los balcones de la casa, ni la enorme peluca del señor Kappeler apareció en el fondo de la rejilla de la puerta.

Fué necesario conformarse con esta ligera nube interpuesta en el horizonte color de rosa de nuestros enamorados, y dirigirse á palacio.

El rey los recibió con su acostumbrada benevolencia; les hizo mil preguntas acerca del ejército; recibió los pliegos de que eran portadores, y como desde la muerte de don Luis de Haro no habia querido nombrar ministro, él mismo estuvo oyendo todas las esplicaciones que dieron los jóvenes, y los despidió despues que se hubo enterado de cuanto ocurría.

Los nobles que acompañaban al rey en esta audiencia no eran conocidos de Cárlos ni de Baltasar, y se retiraron sin haber podido saludar á sus protectores el conde de Montellano, Quevedo y Mira de Amescua.

Estaba anocheciendo, y en vez de dirigirse el uno á ver al lector de San Francisco, y el otro á la buena calderera de Puerta Cerrada, volvieron á Puerta de Moros con grave pesadumbre de los criados, que veían prolongarse á cada momento la hora del descanso.

Aunque la casa estaba cerrada como la vez anterior, Cárlos y Baltasar se dirigieron á ella dispuestos á llamar.

En efecto, retumbó el aldabon de bronce á impulsos de la mano de Monachil, y poco despues se abria la puerta.

El señor Kappeler apareció al lado interior, y al conocer á sus amigos no pudo menos de lanzar un grito.

—¿Y Laura? preguntó Cárlos.

—¿Y Argentina? preguntó Baltasar.

Pero el buen suizo, agitando su enorme peluca, contestó:

—¡Oh! el cielo os empía. Entrad, señores, prosiguió, haciendo lado á los dos amantes, que se habian arrojado al suelo.

—¿Pero dónde están? preguntó de nuevo el poeta.

—¿Quién?

—Ellas.

—¡Ay!

¡Dios mio!

El señor Kappeler levantó las manos al cielo en demostración de una gran desgracia.

—Pero acabemos, dijo Cárlos, aun no nos habeis contestado.

—¿Y qué quereis que conteste?

—Qué adónde están Laura y Argentina.

—Sí, ya os he confrendido... pero...

Estas reticencias hacian sudar á los dos enamorados.

—¿Pero qué? repitió Baltasar.

—Las han ropado, exclamó el suizo con una entonación trágica.

—¡Robado! gritaron los dos mancebos como si todo Madrid hubiese caído sobre ellos.

—Sí.

La noticia no podia ser mas terrible.

—¡Oh! ¿y quiénes son los miserables que han hecho tal cosa? preguntó Baltasar fuera de sí.

—No lo sé.

—¿No lo sabeis? repitió Cárlos, dispuesto á ahogar al señor Kappeler.

—No: mi decir que no.

—¿Pero tendreis algunos pormenores? Yo supongo que no habrán desaparecido como por encanto, viejo de los diablos.

Kappeler se echó á llorar, y exclamó:

—¡Fobres señorritas!...

—Contad lo que ha pasado; explicadnos hasta el mas ligero detalle, si es que vos, tan leal antes, las habeis vendido ahora.

Kappeler se deshizo en protestas y juramentos, que demostraba su única interrumpida felicidad. En seguida dijo:

—Hace dos dias que mi acontecer esa desgracia.

—¿En dónde?

—En la salida de la iglesia de San Andrés, donde se celebra una nopena.

—¿Y á qué hora?

—Despues de la oracion. Penian delante las señorritas,

cuando fueron cercadas por muchos hompres pestidos de negro.

—Proseguid, dijo Cárlos, mordiéndose los labios con furor.

—Las señorritas gritaron, pero las condujeron á un coche que estapa en una esquina inmediata.

—¿Y vos?

—Mi sacar de la espada, feró me abuesaron for la esfalda, me pendaron los ojos y...

—Basta, exclamó Baltasar fuera de sí. Cárlos, á caballo en este momento; es preciso encontrarlas, aunque para ello tengamos que derribar todas las casas de Madrid.

—Teneis razon, amigo mio. Acudirémos aunque sea al rey.

Kappeler comprendió la grandeza de sentimientos de los dos jóvenes, los cuales montaron de nuevo en sus fatigadas cabalgaduras.

—Seguidnos, dijo Baltasar á los dos criados.

Estos, que comprendian la espantosa borrasca que bramaba en aquellos corazones, se resignaron al nuevo contratiempo que los alejaba de una buena cena y una mullida cama.

Los cuatro caballos partieron á escape por las calles de Madrid á riesgo de estrellarse contra una esquina, pues ya era muy de noche, y en aquel tiempo no habia faroles que iluminasen al transeunte.

Los dos amigos se dirigieron á casa de don Francisco de Quevedo, esperanzados de que los consejos y la malicia de este les diesén un rayo de luz en aquellas tinieblas.

Estaba por fortuna el poeta en su habitacion, y recibió á sus antiguos conocidos con esa amable indiferencia del hombre acostumbrado á estas visitas.

—¿Y cómo es, señores, preguntó por último, que merezca la honra de que vengais á mi casa con el polvo del camino?

—Señor Quevedo, contestó Baltasar abordando la cuestion, habeis de saber que estamos enamorados, locamente enamorados.

—Peor para vosotros, replicó el poeta, lanzando una falsa sonrisa.

ob — Que hemos corrido desesperadamente desde Évora á Madrid, para ver á las jóvenes á quienes amamos.

noo — Eso es esponerse á dejarse los sesos en el camino.

— Que acabamos de llegar, y despues de presentarnos al rey, nos hemos dirigido á su casa.

— Muy mal hecho. Las mujeres en general no están por ver á sus amantes llenos de lodo y polvo. Habeis perdido muchísimo.

— Lo hemos perdido todo, porque...

— ¿Os han sido ingratas durante la ausencia? observó el poeta sarcásticamente.

— No señor; las han robado.

— ¿Se habrán dejado robar, querreis decir?

— Por Dios, señor Quevedo, exclamó Baltasar; no os cebeis en nuestro infortunio.

Era tan desesperada la voz del jóven, que el poeta se puso sério.

— Veo que habeis cometido la mayor de las tonterías humanas. ¡Enamorados como unos necios! ¿Pero qué puedo hacer en vuestro obsequio? Vuestras amadas han sido arrebatadas por algun Júpiter tonante de nuestra época, y no todos tienen poder para luchar contra los dioses.

Podíase comprender en esta palabra, ó un epigrama, ó una metáfora sencilla, ó tal vez un segundo pensamiento envuelto en las bellezas de una comparacion.

Baltasar se apresuró á contestar.

— Nosotros estamos dispuestos á embestir á ese Júpiter en cualquier parte donde se encuentre; pero vos que sabeis todo, no pudiérais ignorar...

— Hace dias que no sé nada. Me voy á retirar de la corte.

— Sin embargo...

— Vamos. No es fácil que nos entendamos de este modo. ¿Quiénes son vuestras novias?

— Laura y Argentina.

— Como si dijéseis Sebastiana y Antonia.

— Pues qué, ¿no las conocéis?

— Ved aquí un error de todos los enamorados, que

creen que todos tienen la obligacion de conocer á sus queridas.

— ¡Ah!

— ¿Dónde vivian?

— En Puerta de Moros.

Quevedo, á pesar de sus bromas, se puso sério repentinamente, y preguntó:

— ¿Son acaso dos lindas hermanas, la una rubia y la otra morena, escoltadas siempre por un suizo?

Baltasar creyó que se habia salvado.

— Perdonad, yo creí...

— Jóven, os voy á dar un consejo, dijo el poeta interrumpiéndole. Ya comprendéis que no soy adivino para saber dónde están vuestras amadas; pero lo mejor de todo es que las olvidéis y busqueis otras hermosuras que os consuelen. Muchas conozco yo que idolatran á los buenos mozos, y tanto mas si son capitanes.

Aunque los dos jóvenes no echaron de ver lo muy instruido que estaba el poeta respecto del nuevo empleo que disfrutaban, Quevedo acentuó su última palabra como demostrando que nada ignoraba de cuanto ocurría en Madrid.

Pero los verdaderamente enamorados tienen dos desgracias capitales: ni oyen ni ven.

Salieron, pues, de casa del poeta con el alma mas oprimida que la tenían anteriormente, y montaron á caballo.

— ¿Adónde vamos? preguntó Baltasar.

— Sígueme, respondió Carlos.

Y de allí á pocos momentos se encontraron en casa del conde de Montellano, á quien el legista apelaba en aquel estrecho desesperado.

Aunque hacia mucho tiempo que el conde no recibía á nadie, ni salía de su palacio, Carlos, que no tenía motivos para saber esta novedad, se hizo anunciar por uno de los mayores, no sin que éste le hiciera la prudente observacion de que no sería admitido.

Carlos insistió á pesar de todo.

— Bien podeis asegurar, dijo el mayordomo saliendo, que

habeis conseguido lo que personas muy elevadas no han podido conseguir. Entrad.

Los dos amigos penetraron en los salones de aquella misma casa, hasta que llegaron á una estancia reducida lujosamente adornada.

El conde, aunque mas pálido que de costumbre, seguia siendo el hombre espiritual, elegante y hermoso que ya conocen nuestros lectores.

Se paseaba á la sazón hablando con un caballero medio escondido entre los blandos almohadones de su sillón.

Fijando un poco la vista en este caballero, fácil era conocer al conde de Liches, que, vestido de riguroso luto, parecia prestar toda su atención á lo que el conde decia.

Este diálogo fué interrumpido con la llegada de Carlos y Baltasar.

El conde se volvió, y presentó su mano á los recién llegados.

—Dispensad, señor conde, dijo Carlos, si hemos llegado á veros en esta hora importuna.

—¿Acabais de llegar tal vez? preguntó Montellano con su amabilidad acostumbrada.

—Aun no hemos descansado; pero un acontecimiento imprevisto, inesplicable, si se quiere, me ha hecho acudir á vos, en vista del interés que siempre habeis empleado en mi favor.

—Y siempre podeis contar con el mismo, replicó el conde. Ahora sepamos en qué puedo complaceros.

—Yó creo, dijo Carlos, que tendreis noticias de dos jóvenes que vivian en Puerta de Moros en una casita con jardín.

Montellano se encogió de hombros, ya porque la pregunta era algun tanto extraña, ya porque desconocia á las personas por quien se le interrogaba.

Pero el conde de Liches, que hasta aquel momento habia permanecido inmóvil en un sillón, levantó la cabeza y dijo:

—¡Ah! sí, yo las conozco.

—¿Las conoceis vos, caballero? preguntó Carlos con ansiedad.

— ¿No se llaman Laura y Argentina?

— Justamente.

— Son dos perlas maravillosas, dos hermanas mas castas que Susana y mas modestas que Raquel.

Nuestros amantes se estremecieron de alegría al oír estos detalles.

— Teneis razon, contestó Cárlos.

— Pero en suma, preguntó Montellano con curiosidad, ¿por qué me preguntásteis si las conocia?

— Porque en ese caso, pudiérais saber dónde están.

— ¡Cómo! ¿acaso han desaparecido?

— Las han robado.

Liches se alarmó sobremanera al oír esta noticia.

El conde por su parte lo miró como si le hiciese con su mirada una misteriosa pregunta.

— ¡Conque las han robado! exclamó Montellano.

— ¡Diablo! replicó Liches; ved aquí un golpe fatal para Medina Sidonia y para...

Iba á decir *para mí*, pero se detuvo. Aquel seductor de oficio se puso de pié y principió á tirarse los bigotes de corage.

— Pero cómo ha sido eso, esplicaos, prosiguió, paseándose á lo largo de la habitacion.

Cárlos, que nada veía en el trastorno repentino del conde de Liches, refirió el acontecimiento tal como se lo habia oido al señor Kappeler.

Montellano se sonrió, y despues de un momento de duda dijo:

— Perdonad, el conde de Liches sabe cuánto ocurre en Madrid, y voy á informarme de él secretamente.

Y enlazándose con él del brazo lo condujo á el hueco de una espaciosa ventana, cubierta con un ancho cortinaje de damasco.

— Vamos, conde, le dijo, es preciso que me digais si esas muchachas se encuentran en el palomar de la calle de Hor-taleza.

— En eso consiste mi desesperacion, contestó Liches.

— ¿Luego están allí?

—No: os lo juro.

—Pues entonces...

—Sabed que hace mucho tiempo que Medina Sidonia y yo estamos tocando todos los resortes imaginables para cazar ese par de palomas.

—¡Ah!

—Ya habíamos desesperado, cuando otros se han aprovechado de nuestra inacción.

—¿Conque no sois vosotros?

—No y mil veces no.

—¿Y no sabeis quién podrá ser el atrevido y afortunado raptor?

Liches se encogió de hombros.

—Lo ignoró absolutamente.

—¿Pero podreis averiguarlo?

—No descansaré un instante.

Concluido este ligero diálogo, el conde se volvió hacia Carlos y Baltasar.

—Nada bueno puedo deciros, amigos míos, exclamó; ese acontecimiento no ha llegado á la noticia del conde, que es lo mas raro que tiene el asunto; sin embargo, volved otro día, acaso pueda daros alguna noticia de este hecho verdaderamente extraordinario.

Cárlos y Baltasar salieron de casa de Montellano. Estaban verdaderamente locos; pero dispuestos á no descansar hasta lograr su objeto, volvieron á montar á caballo.

Ya eran las nueve de la noche, hora en que en aquel tiempo no transitaba alma alguna por las calles de Madrid: Monachil se dormía sobre su cabalgadura, y Cañizar bostezaba á mas y mejor.

El hambre y el sueño los atormentaban de un modo despiadado.

Nuestros amigos se acordaron del poeta Mira de Amescua y se dirigieron á su casa.

Este modesto escritor los recibió con muestras de suma complacencia; se acordaba que en la taberna de las Nueve Musas se habia declarado protector de Baltasar, como tam—

bien que habian sido sus compañeros la noche del desafío, y este recuerdo hizo que dejase de escribir, pues á la sazón estaba componiendo, para presentarles la mano.

—Dispensad, dijo Baltasar; sois el mas honrado, el mas formal de todos los poetas, y no estrañareis la pregunta que voy á haceros.

—Teneis derecho, amigo mio, para ello.

—¿Supongo que estareis informado de lo que pasa en la corte?

—Poca cosa, contestó el poeta con triste sonrisa: mi vida es demasiado retirada.

—¿No habeis oido hablar de un rapto cometido en dos jóvenes que vivian en Puerta de Moros?

—Ni una palabra. ¿Conque ha ocurrido un rapto?

—Sí señor.

—¿Cuándo?

—Hace dos dias.

—No es posible que sepa tal cosa. Hace mas de quince dias que no salgo á la calle. Ocupado en componer una comedia que debe representarse en el teatro del Buen Retiro dentro de tres ó cuatro dias, no sé nada de lo que ocurre en Madrid.

Sin embargo, Mira de Amescua se puso algun tanto pálido al decir esto.

Nuestros amigos quedaron completamente desanimados, y tuvieron que montar á caballo.

Ahora, exclamó el testarudo Carlos al verse otra vez sobre el caballo, vamos á palacio.

—¿A qué? contestó Baltasar fuera de sí.

—A quejarnos al rey.

Estos nuevos Prometeos hubieran subido al cielo aquella noche.

Envueltos en la oscuridad, murmurando formidables amenazas y dispuestos á luchar hasta con el mismo Lucifer si se les hubiese presentado, se dirigieron al alcázar.

El camino mas espedito era por la Plazuela de Oriente, poblada de barrancos y derrumbaderos. Ya hemos dicho que Madrid estaba desierto.

En el momento que Cárlos y Baltasar habian tomado uno de los senderos mas conocidos de aquel sitio, aparecieron por el extremo contrario tres ó cuatro ginetes que marchaban en direccion opuesta, resultando que unos y otros habian de encontrarse en la mitad del camino.

Los dos capitanes se separaron para dejar paso suficiente.

Los que venian caminaban despacio, y fácilmente pudo oírseles parte de la conversacion que traian.

—¿Y deciais, dijo una voz sumamente baja, que están inconsolables?

—Como unas Magdalenas, señor, contestó el interrogado, acercando su caballo al del que le preguntaba.

—Es natural: hace dos dias que están encerradas, y son demasiado tímidas, según infiero.

—Como unas palomas.

Estas palabras hicieron que Cárlos y Baltasar se estremeciesen de los piés á la cabeza.

—Yo creo, prosiguió el primero que habia hablado, que su tristeza se cambiaria en alegría luego que.

—¿Quién lo duda?

—¿Y son hermanas?

—Así parece; aunque la una es una hermosa rubia, y la otra una encantadora morena.

—¡Oh! marchémos mas de prisa, tengo impaciencia de verlas.

Los caballos partieron á escape; pero el poeta y el legista, que no esperaban tropezar en aquel instante con la clave, tal vez, de todas sus esperanzas,

—¿Has oído? preguntó el primero al segundo estrechándole la mano.

—Es providencial, exclamó Cárlos. A galope detrás de esos hombres, ellos son los que roban nuestra felicidad.

—Sí, sí, contestó el frenético Baltasar, á galope y venguemos á Laura y Argentina.

Clavaron las espuelas en los flancos de sus caballos; pero estos, que no habian cesado de correr en muchos dias, no podian competir con los que corrian delante.

Baltasar y Carlos emplearon cuantos medios presenta la equitacion para conseguir andar. Los caballos se encabritaban, lanzando lúgubres relinchos... todo era inútil.

Durante este fatal incidente los desconocidos desaparecieron entre la oscuridad de la noche; Carlos y Baltasar estuvieron tentados á revolcarse por el suelo de desesperacion, pero se contentaron con sentarse al pié de un árbol, y tirarse de los pelos, como pudiera hacerlo el novio mas novio de una aldea al recibir los desdenes de su amada.

Monachil y Cañizar los contemplaron con la boca abierta creyendo que sus amos estaban locos. Bien es cierto que no se atrevieron á decir una palabra por temor de que la borrasca cayese sobre ellos.

Lo único que tuvieron valor para practicar fué el echar pié á tierra, dejar que los caballos paciesen á su sabor en los inmediatos campos, mientras ellos se estendian sobre el césped, bostezando de hambre y sueño.

—En resumidas cuentas, dijo Monachil al oido de su compañero, maldito si sé para qué sirven las buenas cocinas y los blandos colchones.

—Yo te afirmo, contestó filosóficamente Cañizar, que mas apetecería estar entre cincuenta portugueses que no contando las estrellas, como en este momento.





CAPITULO XXXVII.

En el que brilla como un relámpago un pensamiento de fuego.



USTO es que, despues de tanto tiempo que hace abandonamos á otros interesantes personajes, volvamos los ojos hácia ellos.

Nuestros lectores habrán estrañado encontrar al conde de Liches en casa del de Montellano, cuando parecia existir entre ellos una repulsion no solamente de caractéres, sino de principios.

Vamos á esplicar cómo se habia verificado esta alianza.

Envenenado el conde de Montellano con el desaire que le habia hecho Felipe IV en no otorgarle el mando del ejército de Portugal; herido en lo mas profundo de su orgullo, no solamente se habia retirado de palacio, haciendo dimision de todos sus honores, sino que se encerró en su casa, meditando en alguna venganza que pudiera revindicar el supremo ultraje de que se creia victima.

Habíanse condensado en su alma estos deseos, tanto mas, cuanto se encontraba separado de su esposa, la cual lloraba en silencio su desgracia, siendo causa todo esto de que aquel hombre franco, generoso y atento, se hiciese sombrío, áspero y temible.

Tal revolucion se habia verificado en su naturaleza, que su servidumbre dudaba si el conde estaba en su entero juicio.

El conde de Liches, cuyas esperanzas de ser sucesor de su padre en la silla ministerial se habian desvanecido, consideróse injuriado, escarnecido y aun denigrado con no ser ministro. Su carácter ligero, discolo y vengador al mismo tiempo, se sublevó ardientemente contra el rey, siguiendo por consiguiente la conducta del conde de Montellano respecto á retirarse de las recepciones palaciegas.

Heridos por una misma mano, se habian unido no para sostenerse en la desgracia, sino para soñar en una venganza que hiciese comprender que no impunemente se injuriaba á la nobleza española.

El genio magnánimo del conde de Montellano estuvo luchando largo tiempo entre admitir ó abandonar esta idea, verdad es que la ofensa era en su concepto demasiado grande; pero el que habia ofendido era el rey, y esta palabra valia entonces mucho para que no se respetase; pero el conde de Liches, temerario hasta lo sumo, enojado hasta el extremo, elocuente y superficial cuando le convenia, soñaba con una venganza no vulgar, sino ruidosa como todo lo que brotaba de su carácter.

Este hombre habia triunfado de los escrúpulos de Montellano, y lo unió á su destino.

Ahora justo es decir que el pensamiento de Liches no tenia el aislado objeto de una venganza, sino que lo habia hecho una conjuracion en la que entraron diversos miembros de la nobleza.

Dados estos detalles, nuestros lectores comprenderán todo lo demás en la conversacion que tuvieron Liches y Montellano, despues de haberse ausentado nuestros capitanes, que hemos dejado en el camino de Fuencarral.

El hijo de don Luis de Haro volvió á sentarse en el sillón, y Montellano á pasearse por la estancia.

—Prosigamos nuestra interrumpida conversacion, querido conde, dijo Liches.

—Estoy á vuestras órdenes, amigo mio; deciais...

—Que todo está preparado.

—¡Ah! todo: esa palabra es muy genérica, observó Montellano. Quisiera mas pormenores.

—Estoy dispuesto á dároslos.

—Bien, os escucho.

Liches echó una pierna sobre otra, y preguntó con voz tranquila:

—¿No hemos convenido en la muerte del rey?

—Sí, contestó Montellano, como si esta palabra le quemase los labios.

—Pues el rey morirá.

—Sepamos cómo: ya os consta que esto ha sido lo mas difícil de nuestra empresa.

—Francamente, querido amigo, observó Liches, es un pensamiento infernal.

—Cualquiera que él sea poco me importa, contestó Montellano. Decidido á vengarme, me es indiferente el medio que me lleve al fin.

—En ese caso, escuchad. Ya sabeis que dentro de tres ó cuatro dias se prepará en el teatro del Buen Retiro una de esas mágicas funciones que causan la admiracion del mundo.

—Lo sé.

—Se representará una preciosa comedia del poeta Mira de Amescua, que segun he oido está escribiendo para el caso.

—Sí, la *Fenix de Salamanca*.

—Asistirá el rey, la reina, la corte entera, toda esa espléndida pléyada de bellacos que son el encanto de la juventud.

—No hay quien lo dude.

—Pues aqui teneis mi pensamiento. El teatro del Buen Retiro tiene unos profundos sótanos que sirven para depositar las decoraciones viejas, los muebles inútiles, y la maquinaria. Na-

die descende á ellos sino en los casos precisos, que nunca llegan por lo regular: tengo en mi poder la llave de esos sótanos.

—Esplicad del todo vuestro plan, dijo Montellano, no comprendiendo adónde iba á parar su colega.

—Pues bien, en esas bóvedas, particularmente hácia debajo del sitio que ocupa el rey, he mandado colocar unos cuantos quintales de pólvora.

Montellano se puso lívido.

—¿Habeis dicho de pólvora? preguntó como si no hubiese oído bien.

—Sí, unos veinte quintales.

—¿Y con qué objeto? volvió el conde á preguntar.

—Fácil es comprenderlo, contestó Liches con notable indiferencia; principia la funcion; llega el segundo acto, que es cuando el teatro está lleno; todos oyen los magníficos versos de Mira de Amescua, y entonces una persona de mi entera confianza, mejor dicho yo, bajo á los sótanos, prendo fuego á una mecha que tiene comunicacion con los barriles, y... plun... quedamos vengados.

Montellano se estremeció, como si hubiese oído la detonacion de la mina.

—¡Oh! ¡eso es horrible! exclamó.

—Ya lo creo, pero será magnífico al mismo tiempo. Os aseguro á fé de caballero, que desde Erostrato, que incendió el templo de Diana por adquirir fama, hasta nosotros, no se ha verificado un suceso mas importante.

El conde sudaba, y se dejó caer en un asiento: no podia tenerse en pié.

—Sin embargo, dijo, apelemos á otros medios. Según vuestro proyecto, no solamente morirá el rey, sino un sin número de personas inocentes. ¡Oh! no habria maldiciones sobre la tierra que fuesen bastantes para anonadar á los autores de tan diabólico proyecto. Es imposible que eso se verifique.

—Vuestros escrúpulos son perniciosos en las presentes circunstancias, dijo Liches con suprema impertinencia.

—¿Cómo!

—Voy á demostrároslo. En el acto de atentar contra la vida del rey, yo presumo que habreis hecho abnegacion de la vuestra.

—Sí.

—¿Es decir que estais dispuesto á morir en un patíbulo?

—Lo estoy.

—Yo os ahorro esa vergüenza.

—¿De qué manera?

—Porque aquella noche vais á asistir á la representacion.

Montellano comprendió el pensamiento del conde.

—¡Oh! ¿y vos?

—Todos morimos, ó mejor dicho, volamos.

Montellano suspiró; si le hubiese sido posible retroceder lo hubiera hecho, pero estaba en la pendiente de un abismo sin fondo y era preciso lanzarse á él.

—Acepto vuestro pensamiento, dijo con voz profunda; de esa manera los vengadores se sacrifican al lado de la víctima. La muerte nos confundirá á todos.

—Para que las generaciones futuras, contestó Liches, no nos traten de egoistas.

Hubo un momento de silencio.

—Ahora, dijo Montellano, ya que estamos al borde de la tumba, hablemos con claridad, conde.

—Hablemos.

—Es tal vez lo que voy á deciros ageno del proyecto que tenemos entre manos; ¿por qué hemos de envolver en nuestra desgracia á tantas familias, á tantas hermosas jóvenes que en un instante desaparecerán entre las llamas y las ruinas del teatro?

Liches desplegó una sonrisa maliciosa.

—Escuchadme, dijo; ¿no me habeis dicho momentos antes que hablásemos con franqueza?

—Sí.

—Pues sabed que amo, que estoy loco por la reina.

Montellano se quedó asombrado.

—¡Enamorado de la reina!

—Ya lo sabeis. He tocado todos los medios imaginables pa-

ra hacerme comprender, pero no he recibido mas que desprecios. Pues la reina perecerá tambien. Al sentir bramar bajo sus plantas el fuego del volcan, me abrazaré á ella y la estrecharé en mis brazos en aquel momento delicioso. Villamediana incendió su palacio por oprimir á Isabel de Borbon contra su pecho; yo haré volar á toda la corte por dar el primero y último beso á Mariana de Austria.

—Me convence vuestra lógica respecto á la reina. Pero ¿y las demás?

—Las demás serán víctimas: en cada una de esas hermosas hay algo que vengar. ¿Pero á qué dedicarnos en destruir un pensamiento como el mio?

—Sea, pues, contestó Montellano con desesperacion.

—Morirémos todos: conjurados, cómicos, espectadores y poetas.

—¿Habeis dicho cómicos? exclamó el conde estremeciéndose.

—No podrán salvarse.

—¿Es decir que Josefa Vaca?...

—¡Ah! no me acordaba, contestó Liches como si se tratara de una partida de campo ó una corrida de caballos; ¿Josefa Vaca es vuestra querida, y sentís su muerte?

—En efecto; confieso mi debilidad.

—Hay un medio para que se salve.

—¿Cuál?

—Que no represente la noche de la funcion.

—Entonces no puede haber comedia.

—¡Diablo! exclamó Liches; y no habiendo comedia no irá el rey al teatro. Querido amigo, no puede eximirse de la muerte esa hermosa mujer.

Montellano se enjugaba las anchas gotas de sudor que corrian por su frente.

—¿Conque no hay remedio?

—Proceded con lógica, y comprenderéis que no lo hay. Además hay otra sentenciada.

—¡Otra!

—Amigo mio, los moribundos tienen el triste privilegio de

decir la verdad, y decirla con indiferencia. Esa sentenciada es vuestra esposa.

— ¡Maria! gritó el conde, despertándose en su corazón su amor, sus celos y sus dolores por esta mujer querida.

— Sí; ¿no vais á morir vos? ¿Qué os importa lo demás?

— ¡Oh! imposible, mi esposa nunca.

— Mirad, los hombres somos egoistas; ya sabéis que vuestra esposa, por muy digna que sea, no ha dejado de atraerse las miradas de algunos, particularmente...

— ¡Oh! exclamó Montellano, sintiendo como Prometeo que un buitre le devoraba las entrañas. Sé lo que vais á decirme; acabad.

— Iba á nombrar á mi amigo el duque de Medina Sidonia.

El conde temblaba; el desgraciado creía que su esposa le era desleal, mas este tormento vivía encerrado en el fondo de su pecho, queriendo olvidarlo todo entre los brazos de otra mujer. Pero esta sorda desesperación de su alma, puñal permanente clavado en su corazón, era cada vez más intensa, mas insufrible.

Acaso por tanto sufrimiento se había precipitado en aquella conjuración de que el conde de Liches era el alma, y de la que ya no podía salir; tal vez, á mas del deseo de vengar la afrenta recibida, quería buscar emociones poderosas para olvidar lo pasado; pero al oír el nombre del duque de Medina Sidonia sintió hervir su sangre, y hasta perdió el uso de la razón.

— No hablemos de eso, Liches, exclamó por último.

— Tened calma, dijo este. Ya estáis suficientemente vengado. El duque recibió una magnífica estocada, y creo es bastante haberlo atravesado de parte á parte.

— Yo no se la di.

— No importa eso.

— ¡Oh!

— Además, si la condesa se queda por acá, ¿quién puede afirmar que mañana sea fiel á vuestra memoria?

El golpe era certero para aquel espíritu impetuoso.

— Decis bien.

—Aceptando mi plan todo concluye.

—Es verdad; ella tambien morirá; debe morir; así su corazón, que debió ser mio, se quebrará al mismo tiempo que el que no ha cesado de latir un instante por ella... ¡Oh! ¡María, María, cuánta desgracia por vengar mi honor!

—Vea usted lo que es un marido enamorado de su mujer, dijo Liches entre dientes con su sonrisa estóica y despreciativa. ¿Estais decidido por último?

—Lo estoy; mi esposa irá al teatro.

—El duque irá tambien.

Despues de una larga pausa, en que estos dos hombres habian sondeado toda la estension de su proyecto, se ocuparon en los pormenores de la conspiracion, á fin de que todo pereziese en un momento, gloria, amor, monarquía.

Montellano, anonadado con el desastre que se iba á verificar, dispuesto á morir, resuelto á sacrificar sus intereses, su familia, su nombre y sus afecciones, hizo un esfuerzo extraordinario sobre sí mismo para permanecer indiferente á lo que ya estaba decretado.

Liches pensaba en gozar en el corto tiempo que le restaba de existencia.

Concluida la conferencia levantóse alegremente, y se despidió de su cómplice.

Iba á consumarse la venganza mas terrible de que nos ha hablado la historia.





XXXVIII.

Delirium.



ONTELLANO quedó solo, es decir, quedó en frente de su conciencia.

¿Hacia qué horrible extremo le habia conducido su orgullo exagerado, y su amor propio ofendido? Pero ya no era tiempo para meditar en estas cosas. El arrepentimiento llegaba muy tarde á su corazon.

Era preciso dar un adios á todos aquellos objetos queridos que habian vertido un rayo de felicidad en su hasta allí tranquila existencia, pero sus afecciones renacian con mas vigor cuando muy pronto se quebrantarían; presentábansele su esposa, infiel en la apariencia, sufriendo un espantoso castigo por un crimen que no habia cometido, pero que él, ciego instrumento de la fatalidad, creía realizado, y por consiguiente digno de que la culpable recibiese la muerte.

Empero María se le presentaba en aquellos solemnes ins—

tantas hermosa como siempre, sufriendo en la soledad el desvio conque la trataba, y la rigurosa separacion impuesta entre los dos; creía ver sus lágrimas, ya como una demanda de perdon, ya como una prueba de su pureza, y acudian á su memoria aquella deliciosa cadena de dichosos dias, que se marchitaron como las flores de la esperanza.

Dos ó tres veces estuvo el conde tentado á correr á la solitaria habitacion de su esposa, caer á sus piés, pedirle perdon por su conducta, y mas sobre todo por la sentencia de muerte á que él la habia condenado; pero la soberbia y el orgullo le mordiera en el corazon como dos serpientes ponzoñosas y exclamó con los dientes apretados:

—No; ella ha sido culpable: sufra pues el castigo que se merece... Pereceremos juntos, ya que Satanás lo ha dispuesto de este modo. Así nadie tendrá derecho para quitármela despues que haya muerto.

Y con una sonrisa que se acercaba mucho á la del delirio, principió á pasearse otra vez como un loco á lo largo del salon.

—¡Regicida! exclamó de nuevo, dejando escapar los inherentes pensamientos que se cruzaban por su imaginacion; hé aquí un modo de mostrar una venganza. Matar á un rey... hacer que desaparezca toda la corte entré la esplosion de veinte quintales de pólvora; sembrar con la ruina de ese incendio á toda la monarquía... hacer que la Europa se estremezca de horror... ¡Ah! al menos el plan de ese maldito conde de Liches mezcla á los verdugos y á las victimas en una misma catástrofe... ¡Y todo por la ambicion!... ¡porque él no ha sido ministro y yo general!... ¡Miserias humanas!

El conde soltó una risa frenética, pero se ahogaba.

Le oprimia su conciencia como si fuese una de las culbras de Laoconte, y acordábase de Josefa Vaca, comprendida tambien en el número de las victimas.

—¡Tambien ella! murmuró: está visto que todo lo que me rodea está condenado á perecer.

No pudiendo estar solo, pidió su capa, sombrero y espada, y salió del palacio.

El viento de la noche refrescó sus sienes y tranquilizó algo su corazón; hasta que fué á llamar á la casa de su querida.

Josefa le esperaba aquella noche, y la puerta se abrió inmediatamente.

Estaba la hermosa cómica envuelta en un peinador; dispuesta á recibir con placer al adorado conde y reclinada en un sillón, sostenia con una mano su desfallecida cabeza, mientras que la otra caía descuidadamente sobre los blancos pliegues de su traje.

Descubiertos sus brazos hasta la mitad, presentaban toda su tersura y su belleza.

Decididamente aquella mujer espiritual estaba encantadora.

Habia muy escasa luz en la habitacion, aumentando esta semioscuridad los dulces atractivos de tal escena.

El conde, por mucho que habia querido dominarse, no podia borrar ni de su rostro ni de su espíritu la tormentosa agitacion que lo devoraba.

Tiempo hacia que Josefa estudiaba y observaba en silencio la sorda revolucion que se iba verificando en el interior de su amante. Por mas pruebas que habia hecho, no comprendia el origen de ella, y aunque profundamente conocedora del corazón humano, todos sus cálculos se estrellaban en el conde.

El único punto de partida que reconocia á veces, era el desaire que habia recibido cuando el nombramiento de don Juan de Austria, pero no estaba á sus alcances los estragos causados por este desaire y las consecuencias que estaban próximas á producir.

Sin embargo, Josefa se alarmó extraordinariamente del trastorno espantoso que aparecia en la fisonomía de su amante, si bien se guardó mucho de manifestar sorpresa.

— ¡Oh! ¡qué tarde habeis venido esta noche, querido conde! le dijo con una sonrisa fascinadora.

— ¡Si? pues os ofrezco no separarme de vuestro lado hasta la madrugada, contestó Montellano, dejándose caer en un taburete en donde Josefa apoyaba sus lindos pies.

—¿Quereis devolverme el tiempo que me habeis robado? Acepto vuestra palabra.

El conde tomó con cierto estremecimiento una mano de su amada.

Aquel estremecimiento aterraba.

—¡Dios mio! exclamó la cómica con estrañeza.

—¿Qué os sucede? preguntó Montellano, fingiendo una sonrisa.

—Creí que teniais calentura.

—¿Por qué?

—Me habeis quemado la mano.

—¡Ah! es que esta noche me abraso de calor: ¿teneis cerradas las ventanas?

—Sí.

—Mandad á vuestra doncella que las abra.

Josefa satisfizo al momento los deseos del conde.

—Josefa, dijo este de pronto, ¿me amais mucho?...

—¡Que si os amo! exclamó la hermosa jóven, enlazando sus brazos en torno del cuello del conde. ¡Oh! bien sabeis que no hay sacrificio que no esté dispuesta á consumir por vos.

—Sin embargo, dijo el conde, el amor tiene sus límites.

—El mio no puede tenerlos.

—Entonces seriais capaz hasta...

El conde deliraba, pero no se atrevió á concluir la frase. Ella instó con ansiedad:

—¿Hasta qué?

—Hasta perder la vida por mi amor.

Estremecióse la cómica, pues en aquel acento, en la mirada del conde habia mas que el deseo de tener una prueba mas de afecto.

Sin embargo, ocultó su zozobra con una dulce sonrisa.

—Observo, querido mio, que esta noche dudais de mi fé, puesto que exigis de mi lo que jamás habeis exigido.

—Es porque quiero conoceros á fondo.

—¿Y no me conoceis? Si fuera otro, os juro que me resentiria.

Y Josefa fijó en el conde su ardiente mirada, como si quisiese leer en su pensamiento.

Este bajó la vista, y dijo:

—Dispensad, he sido demasiado ligero y reclamo el perdón de vuestros labios perfumados, en señal de paz y alianza.

La cómica no solamente dió el perdón á Montellano, sino que por algunos momentos no pudo contener sus lágrimas.

—¡Ah! contestó por último; vais haciéndoos mas razonable, sin duda estais malo.

—No lo creais.

—Escuchad, dijo la cómica; á la mujer que os ama como yo os amo, no se le puede engañar; hay en nosotras un poderoso sentimiento de adivinacion que penetra como un puñal hasta el corazon del ser que adoramos. Os he dicho que teneis calentura, y la teneis: tiembla vuestro cuerpo por intermisiones rápidas como si estuviéseis acometido de una terciana; resplandece en vuestra mirada un fuego sombrío; aqueja vuestro acento un eco de dolor que en vano quereis disfrazar con una sonrisa fugitiva... ¡Oh conde mio! de momento en momento esa oscura tempestad que arruga vuestra frente, me hace ver brillar el rayo que os aniquila. Decidme qué teneis.

Y aquella mujer con la energía del amor y del sentimiento se abrazó al cuello del conde y lo inundó con copiosas lágrimas.

Al húmedo contacto de estas lágrimas, que el conde queria recoger con sus labios, siguióse un instante de silencio.

—¿Llorais? preguntó Montellano por último.

—Vos teneis la culpa.

—¡Oh! no; pero veo que estais llena de aprensiones. Soy mas feliz que nunca; si tiemblo, es porque vuestros ojos divinos me hacen estremecer; si hay fuego en mis ojos, es porque me abrasais con vuestro aliento; si hay en mi voz alguna alteracion, es porque teneis la virtud de fascinarme. Vos sois, por lo tanto, el foco de mi enfermedad; contra mas apuro el delicioso néctar de vuestros labios, mas estraviada se encuentra mi razón; contra mas suprema es la dicha conque me rodeais, mas frenético es mi delirio.

— ¡Oh! no podeis engañarme, dijo Josefa moviendo la cabeza.

— ¡Engañaros yo!

— Ya os dije en otra época que érais mal cómico. No sabéis fingir.

— ¿Conque yo finjo?

— No, aunque quereis aparentarlo.

El conde estaba derrotado.

— Pues bien, exclamó como si lanzase su alma toda en aquel momento; solo á tí, adorada mia, solo á tí te diré que sufro mucho... que me ahogo, que me abraso como si caminase sobre ascuas encendidas.

— ¡Ah! ved aquí como mi corazón no me engañaba.

El conde inclinó su cabeza en el agitado pecho de su amada. Envuelto con sus brazos, inundado con su aliento, bañado con sus lágrimas, porque en estas ocasiones la mujer sabe multiplicar sus ternezas hasta lo infinito, encontraba un dulce consuelo, una calma reparadora.

Sin embargo le dominaba la calentura.

— ¿Sabes una cosa? dijo con los ojos cerrados, acaso tan solo con esa luz que está sobre la materia y que puede ser una chispa de la inteligencia.

— ¿Qué? contestó Josefa mirándolo fijamente.

— Que estoy medio loco.

— Prueba de que tu imaginacion está inquieta.

— Es verdad.

— ¿Pero qué tienes?

— Nada.

El conde lanzó un suspiro.

— ¿Tienes sueño? preguntó la joven con viva inquietud.

— Quisiera dormir, pero... no puedo.

— Cerca de aquí está mi lecho.

— Estamos bien así. — De vez en cuando el viento que penetra por esa ventana me causa mucho placer.

Josefa principió á pasar su mano por entre los cabellos del conde, sobre los que caían silenciosas lágrimas.

— Siento en este instante, dijo Montellano, un consuelo,

dulce como el aliento de un ángel. Sin duda eres tú la que has devuelto la paz á mi espíritu, la que ha derramado un bálsamo en mis venas para que no me quemase... ¡Cuánto te debo, tierna amiga mia! Tu amor, tus desvelos, tus sentimientos, han convertido la aridez de mi vida en un edén lleno de emociones desconocidas y agradables. Y sin embargo, en medio de esta felicidad levanta un áspid su cabeza como para arrojarme su veneno... Escucha, Josefa mia... creo que te voy á perder.

— ¡Qué dices! exclamó la cómica asustada.

— Que creo que voy á perderte...

El conde deliraba. Una fiebre ardiente se habia apoderado de él, sintiendo que su pensamiento se perdía entre las nebulosas fantasmas de una calentura.

Josefa Vaca miró al conde con espanto y le vió con los ojos cerrados.

— ¡Oh Dios mio! exclamó; ¿por qué dices eso?

— Hay una voz interior que repite á cada instante ese eco de la muerte que parece llamarnos hácia un lugar de descanso. ¡Morir! Tú no tienes miedo de morir cuando yo muero á tu lado, cuando en el instante supremo te acaricie con mis manos; te oprima contra mi corazón. ¡Oh! ¿es verdad, Josefa... que será una felicidad?

Pero ella temblaba; en el estravio del conde habia una causa verdadera que la helaba de espanto.

— ¡En nombre del cielo! dijo la hermosa llorando: abre los ojos y cesa de pronunciar esas palabras que me hacen estremecer.

— ¡Y por qué temblar!... lo quiere el destino!

— ¡Conde!... ¡Conde!

La cómica saudió violentamente á su amante para que volviese en sí.

Montellano abrió los ojos, miró á Josefa y desplegó una dulce sonrisa.

— ¿Qué quieres? preguntó, pasándose la mano por la vista.

— ¡Oh! tén compasión de mí.

— ¿Qué te he hecho yo?

—Has dicho palabras horribles.

—¡Cómo! exclamó el conde estremeciéndose.

—Me has hablado de la muerte... Eso es cruel y espantoso.

—Sí, de la muerte, contestó Montellano, volviendo á cerrar los ojos, y quedando en un profundo letargo... pronto sonará la hora.

Josefa dió un grito: el conde cayó á plomo sobre su falda como si su naturaleza no hubiera podido resistir tantas emociones, y quedó silencioso, aunque á veces brotaban de sus labios algunos apagados murmurios, ó bien recorría su cuerpo un estremecimiento nervioso.

Aquella mujer apasionada adivinó que existía en la cabeza de su amante un pensamiento terrible, el cual era preciso destruir, tomó una determinacion, y pasó la noche llorando abrazada al cuerpo del conde como si temiese perderlo.





CAPITULO XXXIX.

Dos mujeres que debian aborrecerse.



El otro dia estaba la condesa de Montellano, sola como siempre, en la mas retirada de sus habitaciones.

Leía un libro con suma atencion, y derramaba de vez en cuando algunas lágrimas.

De pronto se abrió la puerta, y entrando su doncella de confianza le dijo que una señora, cubierta con un manto, pedia con suma instancia permiso de verla.

Maria manifestó alguna sorpresa: desde que se habia retirado de la corte rara era la persona que pisaba los umbrales de su casa: sin embargo, no por eso tenia derecho para negarse á una entrevista que le era pedida de aquel modo.

Dió las órdenes á su doncella para que introdujese á la señora y esperó.

Poco tardó en aparecer una dama de elegante talle, aunque esta se hallaba oculta en parte por los pliegues de un manto de seda negro.

Saludó con profundo respeto sin descubrirse, y la condesa se adelantó hacia ella en prueba de su afectuosidad.

—Dispensad, exclamó por último la recién llegada; desearia merecer la honra de que me concediéseis un momento de atencion.

—Señora, tendré una viva complacencia de escucharos, contestó María.

Y al mismo tiempo hizo un ademan con la mano para que se retirase su doncella.

Luego que la desconocida se vió sola con la condesa tiró el manto atrás, y se presentó la cómica Josefa Vaca, pálida, con los ojos encendidos de tanto llorar, apareciendo doblemente mas hermosa, merced al trage de terciopelo negro que ceñia su esbelto y flexible cuerpo.

La condesa por su parte quedó asombrada.

Conocia á la famosa cómica, creía que esta le habia robado el cariño de su esposo, sabia el amor que existia entre aquella mujer y Montellano, el cual, exagerado por sus celos y resignacion, era un martirio desgarrador que continuamente destruía su pecho; pero María, aunque habia hecho el sacrificio de sí misma, sin que sus labios murmurasen una queja, sentia el aguijon que envenenaba su existencia con doble dolor, á medida que era mayor el desprecio de su esposo.

Pero cuando se encontró frente á frente con su rival, con una mujer de una condicion tan inferior á la suya, sintió orgullo, desden y furor, pues por muy blando que fuera su carácter, no era posible permanecer tranquila.

Miró á Josefa Vaca, primero con asombro, despues fingiendo profunda indiferencia.

Respecto á la cómica, conocia bastante el corazon humano para comprender la tempestad que bramaba en el pecho de la condesa.

—¡Señora! exclamó esta, juntando las manos con desesperacion; perdonad si he tenido atrevimiento de llegar hasta aqui.

—¡Ah! ¿quién sois? no os conozco, replicó María con extraordinaria frialdad.

Josefa movió la cabeza con inesplicable angustia.

— Soy... Josefa Vaca, cómica del teatro del Buen Retiro.

— ¿Y qué puede haber de comun entre las dos, para que vengais á mi casa? preguntó Maria con amarga ironía. Ya debe constaros que las personas de mi clase no tienen relaciones con la de la vuestra.

La condesa hincaba el puñal de su ira en aquella desgraciada, que temblaba de sentimiento, y que se dejaba herir con mansedumbre.

— ¡Oh! no seais cruel, señora, exclamó Josefa, vertiendo dos lágrimas que rodaron lentamente por sus mejillas. Si he tenido atrevimiento de pisar vuestra casa, si Dios me ha dado osadía para presentarme á vos, es porque hay un motivo extraordinario que me impulsa á ello. Señora, ¿jamais á vuestro esposo?

Habia en este acento tal eco de supremo dolor, que la condesa se estremeció de espanto.

— ¿Con qué derecho me haceis esa pregunta? exclamó Maria, acercándose á la cómica.

— Con el derecho que me dá el amor que le profeso — perdonad mi language; — con el derecho de salvar á vuestro esposo de un peligro desconocido, pero cierto; con el derecho que tiene el corazon de una amante de dar un grito de alianza al corazon de la esposa.

— ¡Ah! ¿qué sucede? dijo Maria.

Y esta mujer que tanto debia odiar á la querida, se acercó á ella, la atrajo hácia sí, comprendió que su acento y sus lágrimas revelaban alguna cosa terrible, y despues de mirarla con mortal ansiedad,

— Hablad, señora, os lo ruego, prosiguió Maria: ahora advino que vuestra visita no es un alarde de triunfo sobre una desgraciada: hay sin duda mucha abnegacion y generosidad en el paso que habeis dado. ¿Qué peligro amenaza á mi esposo?

Josefa respiró con mas tranquilidad y contestó:

— Lo ignoro; pero existe. Ved aquí la causa por lo que he corrido á vuestra habitacion. Yo, señora, os he robado un amor que os devuelvo en este instante. Nadie es mas digna, ni

tiene mas derecho que vos para poseerlo; pero quiero unir mis esfuerzos á los vuestros para que salvemos al conde de Montellano.

— ¡Pero en nombre del cielo! Decidme lo que sucede, preguntó la infeliz condesa.

Josefa Vaca refirió de un modo tenérgico y espresivo la extraña mudanza que habia ido notando en el conde, su conducta, sus preocupaciones y demás pormenores que aumentaron sus crueles sospechas.

— En tal estado, prosiguió, comprendí que se obraba en su espíritu una revolución tenebrosa que mis desvelos no podian penetrar; mas anoche adiviné del todo que hay un secreto horrible en su conducta; un torcedor que le desgarrá, y una fuerza mas poderosa que su voluntad que lo impele para adelante.

— Decid!

— Señora, anoche honró mi casa vuestro esposo con su presencia.

La condesa suspiró.

— Poco tiempo despues noté que le devoraba una ardiente calentura.

— ¡Oh! ¡Dios mio!

— Calentura que le hacia delirar, que presentaba á su imaginacion recuerdos y temores, esperanzas y sufrimientos; últimamente, palabras de sangre y esterminio.

— ¿Y es eso lo que vais á referirme?

— No llamaria vuestra atencion por esto; pero mi corazon no se engaña. Vuestro esposo reveló en parte sin duda el misterioso pensamiento que le domina.

— ¡Oh! ¿qué dijo?

— Que iba á morir.

— ¡A morir él! exclamó Maria, temblando de dolor.

Despues.

Josefa se detuvo; no queria herir de nuevo el corazon de su rival, refiriendo las amorosas espresiones de que habia sido objeto.

— ¿Qué sucedió despues? preguntó la impaciente condesa.

—Habló de vos.

—¿De mí?

—En medio del delirio se despidió de vos, y os citó para la eternidad.

La condesa dió un grito terrible.

—Señora, eso es espantoso, dijo.

—Lo es: por eso vengo á arrojármelo á vuestros pies para que me ayudeis.

—Sí, soy vuestra enteramente. Pero ¡esa calentura!

—Le ha durado toda la noche.

—¡Oh! exclamó María llorando; ¿qué puedo hacer yo, señora! Por siniestros que sean los pensamientos del conde, ¿creeis que mi voz tiene poder para separarlo de la senda que ha emprendido? Hace muchos dias que el abandono mas cruel existe por su parte. Estoy sola. Encerrada en esta habitacion como en un sepulcro, pasan los dias sin que él llegue á enjugar las lágrimas que he vertido, producidas por el insomnio y las amarguras. Otras veces su sonrisa era la continua felicidad de mi vida. Su amor, la eterna dicha de mi alma; pero me han robado esa flórida cadena de venturosos dias, y ya ni aun me queda la esperanza, que es siempre el postrer consuelo del desgraciado.

Y María, no pudiendo sostener por mas tiempo la escasa energia que hasta aquel instante le habia alentado, cayó en un asiento, y cubriéndose el rostro con las manos, se puso á llorar silenciosamente.

Estas lágrimas representaban los dolores humanos en toda su sublimidad, y Josefa Vaca corrió á sostenerla como puede hacerlo una hermana con otra hermana.

Tambien lloraba aquella preciosa hija de las artes, pues se consideraba la autora de un infortunio que aparecia ante sus ojos con toda su grandeza.

—¡Perdón!... ¡Perdón! exclamó la cómica, oprimiendo contra su corazon á la que debía ser su rival; si soy yo el origen de todos vuestros sufrimientos, os juro por lo mas sagrado que existe, por la Virgen María, que es el refugio de los afligidos, de no robaros ni un quilate de un amor que es entera—

mente vuestro. Yo soy la que debo perecer... Yo, insensata, que he cedido á un alucinamiento culpable; yo, miserable, que he tenido valor para que vos, tan hermosa, tan digna, tan noble, sufráis en la soledad de vuestro aposento un abandono inconcebible. Señora, yo no os conocía... Yo no podía comprender vuestro corazon... yo estaba fascinada hasta ahora mismo que reconozco mi crimen. ¡Oh! enjugad ese llanto, que cae sobre mi alma y la consume como si fuese plomo derretido. Haré lo que querais para devolveros esa santa felicidad que habeis perdido, acaso por mi culpa. Dios es testigo de que os hablo la verdad.

Y al mismo tiempo, caída de rodillas, abrazada con frenesí á las de la condesa, la cabeza inclinada para atrás, los ojos cuajados de lágrimas, encendida por el noble arrebató que acababa de producir sus nobles espresiones, podía compará-sela á una Venus de Alvano en el sublime instante de detener á Adonis.

Maria comprendió aquel dolor aun mas vehemente que el suyo, y entonces, cediendo á su generosidad, ella fué la que se convirtió en genio consolador de aquella desventurada.

Por mucho tiempo las lágrimas y los besos de dos rivales estuvieron confundidos como un murmullo armonioso y lastimero.

— ¡Oh! ¡gracias! exclamó por último Maria; no habia comprendido vuestro corazon, y sois digna de poseerle. Pero no quebrantemos nuestra alma con estos dolores que acabarian por matar si durasen. Mi desgracia, señora, no depende de vos; si despues mi esposo ha depositado todo su afecto en vuestro corazon, no podeis ser culpable; le habeis amado, porque todos le aman. Cuando no sabia quién érais, os odiaba como siempre se odia á la mujer que nos roba aquello que mas estimamos; ahora que os conozco, mi odio se ha convertido en admiracion; mi admiracion en cariño; mi cariño en una amistad sincera y constante. Ocupémonos, señora, en pensar en él, y en salvarle de los peligros que segun vos le amenazan.

— Sí, sí, su vida, la vuestra, la mia, porque segun su delirio yo tambien debo morir.

— ¿Y qué creéis que debo yo hacer? Vedme dispuesta á seguir vuestras inspiraciones, cualquiera que ellas sean, dijo María.

— Señora, dispensad que los haga una pregunta. ¿Es tan absoluta la separación que existe entre vos y vuestro esposo que no os permite tratarlo?

— Sí, murmuró María.

— Es preciso que acabe tan cruel separación. Yo me propongo conseguirla.

— ¡Vos!

— Será la última vez que hable al señor conde.

Pronunció estas palabras con tal acento, que descubrió el inmenso sacrificio que se imponía.

— ¡Oh! gracias. ¡Cuánto os deberé!

— Nada. Sin embargo, hay medios que deben aprovecharse.

— ¿Cuáles son?

— Creo que sabéis que mañana se dispone un gran sarao en palacio.

— ¡Ah! estoy separada de la corte.

— Eso no es un obstáculo para que seáis convidada.

— En efecto.

— Siendo así, es preciso que concurráis á él.

— ¿Pero y mi esposo?

— Vuestro esposo irá.

— ¡Ah!

— Procurad, condesa, realzar vuestra hermosura con las galas mas brillantes que poseáis, particularmente con aquellas que puedan resucitar dulces y amorosos recuerdos en el corazón del conde.

— ¡Oh! me estais haciendo feliz sin serlo.

— Lo demás se hará por si solo.

— ¿Y si nada consigo?

— Os afirmo que adelantaréis mucho. Señora, por las expresiones que en esta noche pasada he oído á vuestro esposo, he comprendido una verdad.

— ¿Qué?

—Que vuestro esposo no os ama, sino os adora.

María tembló de alegría. Josefa suspiró; pero decidida á copsumar el sacrificio de su pasion, no encontraba obstáculos que la detuviesen.

—¡Qué generosa sois! exclamó la primera con profundo reconocimiento.

—No dudeis de mis palabras. Me atreveré, pues, á seguir aconsejándoos.

—Os escucho con admiracion.

—Si no lograis en el sarao una reconciliacion completa, pasado mañana se dispone otra funcion magnífica que acabará la obra de la noche anterior.

—¿Qué funcion es esa?

—Una comedia nueva que se ejecuta en el teatro del Buen Retiro. Ya sabeis qué predileccion tiene el rey por los espectáculos.

—¿Una comedia!

—*La Fenix de Salamanca*, compuesta por don Antonio Mira de Amescua.

Este nombre hirió vivamente el corazon de la condesa. Era el eco de los primeros recuerdos de su juventud, el ser que tambien habia consagrado toda su existencia á rendirle un amor que jamás fué comprendido; el poeta que en todos sus versos imprimia el dolor de su alma y los gritos de su desesperacion.

Sin duda en este nombre admirado, querido y respetado de todos, Dios le mandaba un castigo, pues que ella sufría el mismo tormento de aquel infeliz. Habian llegado á ser hermanos de la desgracia.

Y sin embargo, ahora que le habia debido grandes favores, que no habia cesado de darle pruebas silenciosas de su inestinguible amor, María esperimentó una atraccion hácia aquel ser que ella habia aplastado con la frialdad de su orgullo, y el hielo de su desprecio.

Mas á los ojos de Josefa Vaca estos secretos del corazon de María pasaron desapercibidos, y solo vió la ansiedad que la atormentaba.

— Iré al teatro, dijo la condesa con resolucion.

— Luego que se verifique vuestra reconciliacion, fácil os será comprender el negro misterio que oprime el alma de vuestro esposo.

— Dios os escuche.

— Despues...

— ¿Qué sucederá?

— Cuando os vea completamente feliz, señora, cuando vuelvan para vos los dias tranquilos que han desaparecido por desgracia, nada me quedará por hacer sinó rogar al cielo que dilate para siempre esas horas de ventura, esa corona de amor que sola vos mereceis.

La voz de la cómica estaba completamente conmovida.

— ¡Ah! ¿pero vos seguireis honrándome con vuestra amistad?

— En cuanto á mí, condesa, tengo tomada mi resolucion. Pasado mañana es la última noche que me presento en público.

— ¡Cómo! exclamó María admirada.

— Dejo el teatro para siempre. Pienso retirarme á una escondida y retirada aldea en una lejana provincia, donde consagre mi existencia á vivir de mis recuerdos, y á alimentarme de mis lágrimas. He adquirido, merced al estudio y á la estimacion pública, una fortuna mayor que la que puedo consumir en el resto de mis dias; haciendo beneficios incesantes, aplacaré los remordimientos que me devoran, por haberos hecho desgraciada.

— ¿Conque esa es la causa que os separa de mi lado?

— Señora, dijo Josefa Vaca, no pudiendo contener sus lágrimas, creo que una mujer que tiene dominio sobre su corazon para mandarle que no ame, no debe causaros celos, sino lástima. Pero debo ser franca, puesto que en lo sucesivo ya no puedo ofender. Amo á vuestro esposo con tanta vehemencia, que estando cerca de él padecería mucho, y no sé si tendria el valor suficiente para sostener mi resolucion. Lejos, mi alma se acostumbrará á la ausencia... gozará con la felicidad que os sonría, y si por desgracia es mas fuerte mi pasion que mi vo-

luntad, moriré no de dolor y desesperacion, si con la dulce alegria de haberos hecho dichosa á costa de mi vida.

Enmudeció aquella mujer generosa, porque los sollozos la ahogaban. Todo lo que no pudieron espresar sus labios, lo manifestó con sus suspiros y su silencio.

María no comprendia tanta abnegacion, sino por medio de la abnegacion misma.

Abrazó á Josefa Vaca, y exclamó:

— ¡Ah! no es posible que suceda eso: yo sería infeliz para siempre sabiendo que vos lo érais.

— Nosotras las mujeres del teatro, las que sabemos fingir todos los sentimientos, somos en realidad lo que de noche imitamos para distraer al público que nos aplaude. ¡Desgraciada de aquella que llega á amar! Pero señora, estamos desgarrando nuestro corazon, he cumplido conmigo misma y con mi conciencia. No os olvideis de mis consejos.

La cómica saludó para retirarse.

— ¡Me abandonais! exclamó María sollozando.

— Para siempre tal vez. Estaba decretado que nos habiamos de conocer unos cortos instantes. Contentémonos con lo dispuesto por Dios.

Y con un ademan sublime dió un beso cariñoso á su rival. Esta la tuvo largo tiempo abrazada.

Pero aquello no podia durar.

Josefa se envolvió en su manto, volvió á oírse un postrer beso y salió de la habitacion, no sin volver la cabeza para despedirse de nuevo de su rival.





XL.

El sarao.



EL la corte á sus tradiciones antiguas, habia preparado una larga série de fiestas para alegrar tal vez el decaído espíritu del rey, que ya por aquella época iba volviéndose taciturno y sombrío.

Y como las fiestas de la corte de Felipe IV duraban muchos dias, desplegándose en ellas una magnificencia que hubieran causado envidia á las ciudades de Oriente, era claro que la fama contaba maravillas aun antes de que se verificasen.

Mucho se habia hablado del brillante sarao que debia darse en palacio, mucho de la nueva comedia de Mira de Amescua, en que con sobrada justicia se le colocaba al nivel de Calderon, y mucho tambien de cañas y de sortijas, que debian correr los caballeros de la corte, y como en casos escepcionales solo se piensa en sacar el mayor partido posible de estas diversiones, tanto la grandeza, cuanto los que por su posicion estaban llamados á concurrir á ellas, se aprestaban para la dichosa noche del baile.

Llegó esta por fin.

Los cómplices del conde de Liches habian determinado asistir para aumentar la confianza del rey, y destruir cualquier rumor indiscreto que pudiera haberse estendido.

El conde de Montellano tuvo por consiguiente que seguir el impulso de sus compañeros, y no dudó en presentarse en la corte para demostrar que un hombre tan galante no podia estar tan reñido con ella.

En su consecuencia, determinó llevar á su esposa, la cual, ignorando la voluntad de su marido, no sabia cómo hacer entender este mismo deseo, puesto que, como saben nuestros lectores, existia entre ellos una profunda separacion.

La impaciencia de María iba en aumento á medida que se aproximaba la noche, cuando entrando en su habitacion la doncella de confianza, le dijo que el señor conde pedia permiso para pasar.

Lo inesperado de esta noticia hizo que la condesa se pusiese pálida de emocion.

— ¡Has dicho mi esposo! exclamó María conmovida y temblando.

— Sí señora.

— Pues hazle pasar al instante.

Bien fuera por la agitacion que sentia en aquel momento, bien porque sus dolores anteriores hubiesen estampado en su semblante el sello de la resignacion, qué es el mas sublime de la existencia, es lo cierto que María estaba hermosísima, con la calma que le inspiraba su virtud y la palidez conque la rodeaba su inocencia.

Sentóse en un sillón, y se puso una mano en el pecho para contener sus violentos latidos.

El conde, aunque estaba preparado para esta entrevista, no por eso dejaba de sufrir tanto y acaso mas que su esposa.

Cuando estuvieron el uno en frente del otro, al cabo de tantos dias de no haberse visto, tuvieron que hacer un violento esfuerzo para no arrojarle el uno hácia el otro, y confundir en un abrazo supremo todas sus penas pasadas y aquella felicidad del instante.

Las palabras subieron á la garganta , pero volvieron ahogadas á lo mas profundo del corazon.

Un frio saludo fué el resultado de estos sentimientos.

— Dispensad , señora , que os haya importunado , dijo el conde , pero un deber imperioso me ha obligado á ello.

— No puedo dispensar , contestó María , al que tiene un derecho incontestable , como dueño y señor , de penetrar en todas las habitaciones de su casa.

El conde volvió la cabeza para ocultar un suspiro.

María se valió de este instante para enjugar una lágrima que se escapaba de sus ojos.

— Quiero concederos la razon , volvió á decir Montellano , aunque mis sentimientos me dicten lo contrario. Respetando como respeto todo lo que os pertenece , he venido á importunaros á causa del deber que nos impone nuestra posicion.

— Espero que tengais la bondad de esplicaros , dijo María.

— Señora , he venido á veros , porque S. M. el rey ha tenido la dignacion de convidarnos al sarao que esta noche debe verificarse en palacio. Aunque separados de la corte , faltariamos á las bondades reales sino asistiésemos ; llamariamos tal vez la atencion de aquellos que solo se ocupan en sondear los secretos de las familias para esponerlos á la crítica de los curiosos , y aun nosotros mismos dariamos lugar á comentarios que no nos favorecerian.

— Mi deber se cifra esclusivamente , contestó la condesa con una alegría que no supo disimular , en cumplir vuestros deseos.

— No es mi ánimo imponeros condiciones. Os presento los hechos , tal como ellos son , para que conozcais lo que debemos hacer.

— En ese caso estoy pronta á presentarme en palacio.

El conde le dió las gracias y contestó :

— Tened la bondad de esperarme esta noche. Iremos al baile juntos.

Separáronse los dos esposos despues de algunas frases lánguidas que nada significaban , si bien aquella entrevista era un paso oportuno para destruir las barreras que existian entre dos seres que tanto se amaban.

Todo fué ansiedad y esperanza hasta la hora del baile.

María, segun los consejos de Josefa Vaca, se adornó con un lindísimo traje que el conde le habia regalado en un dia de felicidad; sembró su pecho y su cabeza de alhajas que cada una de ellas era un recuerdo de amor, y presentóse de nuevo á su esposo, con ese dulce abandono de la mujer que espera una palabra para borrar de su frente las nubes que la oscurecen.

—Esta palabra no se pronunció. El conde permaneció, sino indiferente, frio á veces, y silencioso las mas, hasta que entraron en palacio, confundiéndose entre el gran número de convidados que llenaban los primeros salones.

Nos parece inútil describir la magnificencia y esplendor conque en aquella noche estaban decoradas las dilatadas galerias del alcázar. Los que conocen, ya por la historia, ya por la tradicion, hasta qué grado rayaban los saraos de la corte de Felipe IV, saben que se haría una descripcion muy pálida si fuésemos á detallar las obras del arte, del lujo y del genio, que estaban perfectamente colocadas en las estensas salas.

El rey y la reina se hallaban bajo un pequeño trono, teniendo á derecha é izquierda su servidumbre. Allí recibian á los convidados con sinceras muestras de afecto, ya dirigiendo á unos palabras lisonjeras, ya á otros movimientos de cabeza y sonrisas agradables.

Sin embargo, notábase en Felipe IV una inquietud que en vano queria disimular.

De pronto se acercó á la reina, y le dijo unas palabras al oido, de cuyas resultas volvió esta la cabeza con suma rapidez, para fijar sus ojos en el conde y la condesa de Montellano, que mezclados en la larga fila de nobles esperaban el momento de saludar á SS. MM.

Los reyes habian notado á los dos esposos, y esto fué lo que les hizo cruzar algunas palabras, deseando que estos se acercasen, puesto que les profesaban una verdadera estimacion.

En efecto, cuando el conde fué á besar la mano del rey le dijo este:

—Me imagino, querido conde, que te has olvidado del alcázar, donde tienes un amigo que siempre te aprecia.

Al oír esta palabra generosa, el conde se estremeció de remordimientos, y se apresuró á dar las excusas que en aquel instante acudieron á su imaginación.

La reina al mismo tiempo se acercaba al oído de la condesa y le decía:

—¿Por fin, querida mía, te dejas ver? Sé que eres desgraciada... Tampoco soy yo muy feliz.

Maria estampó un prolongado beso en las manos de Mariana de Austria, manifestando con su silencio el dolor que la abrumaba.

Cuando levantó la cabeza vió al lado del rey entre la turba de cortesanos que allí había al poeta Mira de Amescua, siempre pálido y triste. La miraba con honda amargura.

Maria observó en aquella mirada y en aquel semblante el mismo martirio que ella sufría. La gratitud y la igualdad de sentimientos le hizo saludarlo con una melancólica sonrisa.

—¡Ah! señora, dijo el poeta acercándose, tengo una verdadera satisfacción al veros de nuevo brillar en estos salones, que creí abandonados por vos.

La condesa lanzó un suspiro y replicó:

—Hubiera faltado á mi deber no concurriendo á esta magnífica fiesta... mucho más cuando todos debemos contribuir á darle alegría y esplendor.

Amescua se puso más pálido de lo que estaba. Las palabras de Maria, sinceras en la apariencia, desgarraron su corazón.

—En efecto, replicó Mira de Amescua, todos tenemos un deber de estar contentos. Observo que comprendéis perfectamente las cosas de la corte, porque á veces es preciso ponerse una máscara risueña como Talía, para que no se vea lo que pasa en nuestro pecho.

Maria lanzó al poeta una mirada de reconocimiento.

—Me habeis comprendido, exclamó separándose un poco del centro de la concurrencia, sois un hombre muy superior para que no hayais observado que aquí... en mi corazón existe una cosa diversa de lo que quiere fingir mi rostro.

— Perdonad si he tenido atrevimiento...

— Teneis derecho para ello. Os debo una inmensa gratitud; somos *antiguos amigos*, por cuanto nos hemos criado bajo un mismo techo; hay por lo tanto un sentimiento de afinidad que nos atrae el uno hácia el otro. ¿Qué puedo ponderaros á vos, hombre generoso, que os acercais á mi para verter el consuelo en mi lacerado pecho?

Mira de Amescua tembló.

— Escuchad, condesa, dijo con voz conmovida, yõ he aprendido á sufrir en silencio, porque hubo un día en que pobre y desgraciado, nadie podia comprender mis penas ni analizar mis sensaciones. Sin embargo, necesitaba desahogar mi corazon, y esto me hizo poeta. Lo que no me dije á mí mismo, lo vertí en mis versos, iba impregnado en la negra tinta con que los escribia, y así encontré un calmante pasagero á esos dolores de la existencia que hieren el alma con un harpon invisible. Despues... pero õs estoy importunando con una narracion inútil. Acaso no tendria valor para proseguir.

— ¡Desventurado! pensó la condesa leyendo algo de lo que pasaba en el fondo de su alma.

— Ya veis, señora, que todos sufrimos en esta corta peregrinacion que se llama vida. Tambien á vos os ha tocado la mano de la desgracia.

— Es cierto; pero vos que sabéis tanto, decidme si hay algun remedio.

— Hay uno.

— ¿Cuál?

— La resignacion.

— Esa es la calma del desesperado.

— Es el bálsamo del consuelo, porque despues de ella hay otra cosa.

— ¿Qué? preguntó Maria con ansiedad.

— La muerte.

La condesa hubiera lanzado un grito; pero la última palabra del poeta fué un relámpago para ella que le iluminaba la vida de áquel hombre. Toda su historia, todo su amor, su generoso y magnífico martirio, sus dolores, sus angustias, su abandono,

todo se presentó á su imaginacion y comprendió la grandeza de aquella víctima de la fatalidad.

Hubiera tal vez encendido la luz de la esperanza para él, que sufría sin quejarse, pero hay cosas imposibles para almas tan superiores como las de Mariana.

Estendió su mano al poeta como para sostenerlo en su caída, y con una mirada le dijo todo lo que no podían espresar sus labios.

En aquel instante se acercó la reina y se tuvo que interrumpir aquel diálogo. Verdad es, que tampoco podía seguir mas adelante.

Mariana de Austria se llevó á su amiga á través de los dorados salones, mientras el pobre poeta quedaba anonadado por el dolor.

—Ven, mi querida María, dijo la reina con extraordinaria ternura. ¡Oh! desde que huiste de la corte he sufrido mucho, y tenia necesidad de tenerte á mi lado. No volverás á escaparte otra vez.

La condesa contestó con una sonrisa cariñosa á aquellas pruebas de amistad.

—Yo tambien me he acordado mucho de V. M., dijo; confío que me seguireis honrando con vuestra confianza.

—Déjate de frases ceremoniosas, replicó la reina. Mientras las contradanzas ocupan á todo el mundo, nosotras nos contaremos nuestras desventuras.

Y al mismo tiempo llevó á la condesa á un lindo gabinete de arquitectura árabe, iluminado con fanales azules y de color de rosa.

El gabinete estaba desierto; á través de preciosas ventanas divididas por esbeltas columnitas de mármol, entraba el aroma de las flores y la frescura de las brisas.

Aquellas dos amigas podían entregarse á sus confidencias.

Sentáronse cerca de un labrado ajimez y dijo la reina:

—¿Sabes, María, que soy muy desgraciada?

—Vos, señora! exclamó la condesa.

—Sí.

—¿Qué funesto incidente ha podido turbar los apacibles días de V. M.?

—¡Oh! es una cosa humillante.

—No creo que nadie se haya atrevido á ofenderos.

—Te equivocas. Hay un hombre temerario que busca todas las ocasiones para herir mi orgullo; un hombre que, conducido por un pensamiento tenebroso, siempre marcha al fin sin premeditar en los medios; que hace uso de un talento nada común, para obligar á mi voluntad que sucumba á sus proyectos; un hombre que leo en sus ojos el amor, y en sus acciones la indiferencia; que ha tenido el atrevimiento de hablarme de su cariño, burlándose de mi desprecio y de mi indignacion; que ha encontrado armas para herir mi orgullo, consiguiendo, por este medio, obligarme no solamente á sostener la lucha, sino á pensar en él.

—¿Y quién es ese hombre? se atrevió á preguntar María.

—El conde de Liches.

—¿El amigo del duque de Medina Sidonia?

—Sí, él. ¿Pero por qué nombras al duque?

—¡Ah señora! Es una desgracia muy semejante á la que sufre V. M.

—¿Qué dices!

—Escuchadme, exclamó María temblando. Desde aquella funesta vispera de San Juan en que fuimos á caer en manos de esos dos hombres peligrosos, soy víctima de una cruel persecucion, aunque de un género distinto de la vuestra.

—¿Luego el duque te persigue?

—De un modo extraño, contestó María bajando la voz y mirando á todas partes por temor de ser oida.

—Explicate.

—Señora, sin duda estoy espiada por agentes subordinados á la voluntad del duque; si salgo á la calle, su coche se choca con el mio como por casualidad, lo que produce una detencion, de esta detencion se sigue un diálogo, y de este diálogo una declaracion amorosa. Si voy á misa, sea la hora que fuere, ó la iglesia adonde me dirija, allí está el duque para ofrecerme el agua bendita. Si deseo algun ramillete de flores, este

lleva siempre escondido en su seno un billete, respetuoso y atrevido, al mismo tiempo en que ese importuno amante confía en que cederé por último á su amor. A veces, cuando no tiene ó no encuentra medios para estar cerca de mí, se vale de objetos simbólicos para demostrarme su afecto. Muchas mañanas al abrirse mis ventanas encuentran mis doncellas multitud de siemprevivas que una mano misteriosa las ha colocado allí durante la noche; otras descubro sobre la mesa una preciosa roca de porcelana, imitando á la naturaleza, de la que se desprende una brillante gota de agua que cae incesantemente sobre un peñasco; notad que el duque siempre va vestido de verde, que es el color de la esperanza, y á veces brilla en su pecho una pequeña M. de rubíes, que es la primera letra de mi nombre.

— ¡Oh! exclamó la reina, siquiera el duque es mas delicado que el conde. Ese modo de amar puede llegar á enter-
necer.

— Jamás, contestó María. De esta pasion nace mi principal desgracia.

— Ya sé que Montellano está celoso: es decir que ha arrojado una mancha á tus nobles razonamientos.

— Gracias, señora.

— Te hago justicia. Mas dediquémonos á ayudarnos mutuamente en esta persecucion de que somos victimas. Para ello es preciso saber si llegareis á tener piedad de Medina Sidonia.

— No puedo amar á ese hombre. Lo dejo á que el tiempo lo desengañe.

— ¿Luego ni le amas, ni le amarás?

— Así es en efecto.

— ¡Oh! á mí me sucede lo contrario, exclamó la reina.

— ¿Qué, señora?

— Que odio al conde.

— Ese sentimiento puede conduciros á otro diferente.

— ¡Qué dices!

— Que á fuerza de aborrecerle pudiérais llegar á amarle.

La reina se estremeció, y se puso encendida como la grana.

—No, no, jamás. Solo deseo vengarme de su atrevimiento.

Al decir estas palabras, y como si ellas hubiesen evocado á los dos amantes, se presentaron estos repentinamente sin detenerse ante la presencia de la reina, ni considerar que á algunos pasos de distancia habia una inmensa concurrencia!

Liches miró á Mariana de Austria con una sonrisa llena de confianza, y el duque miró á Maria llevándose una mano al corazon.

—He tenido el honor de oir las palabras de V. M., dijo Liches, acercándose repentinamente; pero poco le importa el desprecio y el odio á quien tiene hecho por vuestro amor el sacrificio de su vida.

—¡Señor conde! exclamó Mariana de Austria con soberana magestad: ¿teneis atrevimiento para tanto? Salid de este sitio y no deis lugar á que la corte se entere de vuestras locuras.

El conde se encogió de hombros, demostrando que le era indiferente aquel acontecimiento.

—Delante del rey, dijo, de la corte y de toda España, no tengo inconveniente en decir que adoro á V. M. Ya se comprenderá con esto que no temo la publicidad de mi secreto.

Semejante insolencia produjo el efecto que el conde se habia propuesto. El que la reina enmudeciese y temblase ante el escándalo.

Volvió la espalda con supremo desprecio, y dirigiéndose á la de Montellano,

—Seguidme, condesa, dijo, no podemos estar en este sitio. Tiempo habia de llegar de que los caballeros de la corte viniesen á insultarnos aun en los salones de nuestro palacio.

Pero el conde y el duque se pusieron delante, cerrando el paso.

—Señora, exclamó el conde, á un loco se le desprecia, á un enamorado se le compadece. Deseo que V. M. me escuche alguna vez. Yo no puedo insultar á la que manda en mi existencia y en mi alma: yo soy de esa clase de amantes que se dejan llevar al patíbulo en holocausto de su amor, y que consienten morir asesinados como Villamediana con tal de envia-

ros mi postrer suspiro. A tal desprecio de la vida, es fácil, señora, que llegueis á tener piedad de mí. Mandadme matar y enmudeceré; pero no me mandeis ahora que ahogue en mi pecho los sentimientos que le oprimen.

—¿Conque estais resuelto á seguir molestándome? preguntó la reina irguiendo la cabeza con orgullo.

—Estoy resuelto á *todo*.

El modo de pronunciar esta última palabra hizo que Mariana de Austria se pusiese pálida como un cadáver.

—Pues caballero, en ese caso yo sé á qué atenerme. Tomaré mi partido y ¡ay de vos!

—Ya tengo objetado el mio, contestó Liches con su eterna sangre fria.

—¡Vos!

—Yo, señora.

—Corriente. Si son vuestras palabras una amenaza, la acepto.

—Una amenaza es, contestó Liches, mordiéndose los labios, una amenaza de amor que no tardará en cumplirse, porque aun vos, siendo reina no me podeis privar de los medios para cumplirla. Preciso es que falte la luz de los cielos si en mi atrevida empresa no logro, señora, el veros postrada á mis piés como yo estoy á los vuestros, porque ha de llegar un instante en que desaparecerá la reina, quedando solo la mujer. Entonces...

Una violenta carcajada que lanzó la reina para ocultar su espanto, detuvo al conde.

Al mismo tiempo Maria escuchaba del duque no palabras como las de Liches, sino espresiones de fuego y de sentimiento.

—Jamás, contestó esta acercándose á la reina.

—Pues bien, exclamó Medina Sidonia, abandonando su ademan suplicatorio; ya que no aceptais mi cariño, concluiré diciéndoos una cosa.

—¿Qué? contestó la condesa.

—¿Habeis oido las últimas palabras que el conde de Liches ha dicho á la reina?



Urraztieta inv. y lit.

Lit. de J. Donon. Madrid 1857

En la puerta, cruzado de brazos, pálido como una estatua, mirando fijamente á Maria, estaba el Conde de Montellano.

—Las he oído.

—Tened entonces entendido que tambien yo os amenazo; tambien yo cedo á esa justa indignacion del hombre á quien se escarnece. Llegará el momento de mi venganza.

—¿Y cuándo? preguntó Maria, dominando su temor.

—Si os empeñais en saberlo os lo diré. Mañana á la noche.

La condesa lanzó un pequeño grito al mismo tiempo que se acercaba á la reina.

Esta á su vez señaló á la puerta con ademan magestuoso.

Pero en ella, cruzado de brazos, pálido como una estatua, mirando fijamente á Maria, estaba el conde de Montellano.

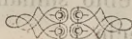
No habia oído una palabra, y los celos vinieron de nuevo á herir su corazon.

La condesa vió á su marido, y cayó en los brazos de la reina como si fuese culpable verdaderamente.

Pero el conde al ver este movimiento volvió la espalda, y apretando los puños hasta romper el encaje de Flandes que los cubrian, se alejó de aquel sitio, reasumiendo todo su odio, toda su venganza, en estas palabras supremas:

—Mañana á la noche sonará la hora del esterminio, espremos.

En seguida se incorporó á la comitiva del rey, y este permaneci6 toda la noche á su lado, refiriéndole los secrets de su pecho, entre los cuales descubrió la causa de la desaparicion de los dos jóvenes capitanes que habian llegado recientemente de Portugal.





CAPITULO XLI.

La Fenix de Salamanca.



Si grandes habian sido las impresiones que el baile de palacio hubo dejado en la concurrencia que asistió á él, mayor era el deseo general porque llegase la inmediata noche para ocupar las localidades del teatro del Buen Retiro.

En este dia célebre solo se hablaba en Madrid de *La Fenix de Salamanca* como de una obra portentosa.

Sin embargo, su modesto autor temblaba por el éxito, si quier por haber recibido de antemano inequívocas pruebas de la predileccion de un pueblo sumamente delicado y conocedor de obras de esta especie.

Últimamente, con la proximidad de la noche creció la ansiedad pública, y vióse á un inmenso gentio que corria hácia el grandioso templo de las artes, que Felipe IV habia levantado en los dias mas felices de su reinado.

El teatro se fué llenando poco á poco de hermosas damas

y apuestos caballeros, cuyos trages resplandecian al reflejo de las mil luces que llenaban el salon; todos estaban vueltos hacia la galería real, esperando que se presentasen en ella SS. MM. con la magnífica comitiva de nobles y meninas. La orquesta esperaba en su puesto el instante de que principiase la función.

Hay en estos momentos de transición un goce tan supremo, que se olvida generalmente cuanto nos agobia en la carrera de la vida, dejando este peso en las puertas del teatro como una carga insufrible, para consagrarnos á un espectáculo que tiene la virtud de hacernos olvidar la realidad que nos cerca.

De aquí el que la impaciencia principiase á bramar como un huracán lejano.

Lucian las damas sus mas brillantes adornos; se hablaba del argumento de la comedia, de la magnificencia de la fiesta y del mérito de los cómicos. (Entonces no se llamaban artistas.)

Los conjurados eran los primeros que estaban en el teatro, y si alguno faltaba, era porque vendría en la comitiva del rey.

Todos ellos eran jóvenes irreflexivos, arruinados unos, desesperados otros, desvanecidos los mas por el orgullo ó la desgracia, que apelaban á la destruccion general, como el único recurso para salvar su nombre.

Por lo tanto, decididos á morir, podian compararse á otros tantos Apicios envenenándose en el último de sus festines.

El conde de Liches corrió de un punto á otro para asegurarse de la fidelidad de sus cómplices, y quedó satisfecho de su revista.

En aquel momento presentóse el rey en la galería, el cual fué saludado por la concurrencia con entusiastas ademanes de cariño. La reina iba detrás, y en seguida marchaba toda la corte.

Allí venian el conde y la condesa de Montellano, sin pronunciar una palabra el primero, y confiada la segunda en que lograria enternecer á su esposo con el brillo de su virtud.

Luego que la corte hubo ocupado sus respectivos sitios, y

mientras Felipe se dedicaba en hablar con Quevedo, Mira de Amescua y otra multitud de poetas que le seguian, el conde de Liches se presentó al de Montellano, el cual, dispuesto á morir, habia ocupado un sillón detrás de su esposa, y esperaba en silencio el instante de la explosión.

A la presencia del gefe del horrendo crimen que se premeditaba, Montellano sintió que su frente se bañaba de un sudor frio; sin embargo ocultó su temor y se incorporó á su cómplice.

—Venia á buscaros, querido conde, dijo Liches saludándolo.

—Aquí mé teneis á vuestra disposicion, contestó Montellano. ¿Qué me quereis?

—Seguidme.

Montellano no replicó una palabra y siguió á Liches en silencio.

De este modo atravesaron algunas galerías, hasta que introduciéndose por una puerta, cuya llave estaba en poder del gefe de la conjuracion, atravesaron un pasillo y penetraron en el sitio que ocupaba el escenario.

Sabido es que el teatro del Buen Retiro estaba construido de manera que en un caso dado, podia presentarse como decoracion de jardin ó de bosque el gran parque de aquella magnífica posesion, con sus fuentes y sus árboles, bañados á veces por el plateado resplandor de la luna, y con su cielo sembrado de estrellas.

Llegados, pues, al extremo del pasillo, se encontraron bajo los sombríos pabellones del Buen Retiro.

El perfumado ambiente de la noche hizo que Montellano recordase dónde estaba.

—¿Qué vamos á hacer aqui? preguntó.

—A descender por esta otra puertecita á los sótanos del teatro, dijo Liches.

Y al mismo tiempo introdujo otra llave en un pequeño postigo que se encontraba en los muros que servian de sosten al teatro.

Atravesado aquel sitio, bajaron unas escaleras, y llegaron

á unas galerías subterráneas, llenas de muebles y decoraciones inútiles.

Un farolillo colocado de antemano en aquel sitio sirvió para iluminar los pasos de los dos conjurados.

Liches marchó adelante, hasta que llegaron á una reducida estancia abovedada.

Allí, al lado de unos diez barriles ceñidos de aros de hierro, y unidos entre sí por medio de algunas cuerdas, había un negro inmóvil y silencioso que, como el fúnebre custodio de aquel lugar, acababa de colocar una mecha algo prolongada en la estremidad de uno de los barriles.

Liches le hizo un ademán imperioso con la mano, y el negro, moviendo la cabeza, contestó con una señal afirmativa.

— Todo está listo, exclamó el conde, con su extraordinaria indiferencia. Aquí tenéis la pólvora; la mecha está perfectamente colocada. Encima se encuentra la galería real. Podemos si quereis prenderle fuego.

Montellano retrocedió dos pasos, pues hay cosas que por muy preparados que se esté á ellas, hieren como un rayo.

— ¡Por qué tan pronto! contestó, reponiéndose ú ocultando el horror que lo dominaba.

— Decís perfectamente, conde, replicó Liches: aun tengo que dirigirle á la reina mi última palabra, y mi postrer suspiro. Esperemos.

— ¿A qué hora será la explosión entonces?

— Cuando se ejecute el acto tercero.

— ¡Pero diablo! exclamó Montellano. Estamos hablando delante de este negro como si no pudiese vendernos.

Liches soltó una pequeña carcajada y dijo:

— No tengais cuidado, este negro es sordo y mudo: es mi fiel Tobias. Un regalo de S. M.

En efecto, Tobias permanecía inmóvil como una estatua de ébano, sin que al parecer comprendiese de lo que se trataba.

— ¡Ah! en ese caso ya es otra cosa, replicó Montellano. ¿Qué duracion tiene la mecha?

— Un cuarto de hora.

— ¿Y es Tobias quien le prenderá fuego?

—Esas operaciones no se mandan ejecutar, sino que se ejecutan por uno mismo.

Montellano volvió á mirar á su cómplice con asombro y estupor.

—¡Conque vos!...

—Tendré el gusto de que me acompañeis, dijo Liches.

El conde no replicó por no aparecer como un cobarde en aquellos momentos desesperados. Sin embargo, se ahogaba en aquel sitio.

Liches hizo un ademán á Tobías para que le siguiese, y habiendo vuelto á salir á los jardines, echó la llave en la puercecita del sótano, la guardó cuidadosamente en el bolsillo, y despues de despedir al negro con una pantomima particular se dirigió á Montellano.

—Amigo, exclamó, sacando un magnífico reloj, nos quedan escasamente un par de horas de vida; es tambien el término de nuestra venganza. Volvámonos al teatro, y aprovechemos dignamente los ciento veinte minutos que nos quedan.

Cuando los dos conjurados llegaron á la galería real ya se habia dado principio á la nueva comedia de Mira de Amescua.

Un silencio profundo reinaba en el salon.

La Fenix de Salamanca, según la opinion de un compilador antiguo, es una obra del género de las que con tanta gracia y desenvoltura escribió el Maestro Tirso de Molina. Una dama enamorada que se disfraza de hombre, abandona su casa, y se pone en camino con el fin de buscar á su amante, es la base principal del argumento, si bien embozado de diverso modo, y haciendo que resalte la moral mas pura en los brillantes versos del poeta.

Mézclanse otros personajes que dán doble interés á las situaciones dramáticas, las cuales corren á su desenlace sin esfuerzo ni violencia entre una versificación armoniosa, fluida y elegante.

Por de contado que en este drama, como en todos los del teatro antiguo, hay siempre un gracioso que llena de chistes la accion y hace que el público goce con sus ocurrencias.

Montellano y Liches pudieron oir la escena en que don

Galcerán, desesperado por no hacer dinero y por estar lejos de doña Mencía, escucha estos versos de Solano:

Sol. ¿Date la viuda cuidado?

Gal. Y aun acabarme podría.

Sol. Necedad; toma alegría;

mira este famoso prado:

esta mezcla de colores

en jardines diferentes;

bullir y saltar las fuentes,

reir y alegrar las flores.

Los varios coches, que en tropa

discurren por la alameda,

que hiriendo el viento en la seda

caminan con viento en popa.

Las damas que á los estribos

con su donaire español

salen dando luz al sol,

como á su galan cautivos.

Esta confusion que espanta,

y esta grandeza que admira,

de tanta verdad mentira

que se celebra y se canta:

de tanto amor sin amor,

de tanta gente perdida,

de tanta bárbara vida,

de tanto gentil señor,

de tanto á pié caballero

que se ve y se disimula,

de tanto bonete y mula,

de tanto mulo y sombrero;

de tanto ciego con vista,

de tanto malo buen hombre,

de tanto sabio sin nombre,

de tanto loco alquimista;

de tanto ingenio abatido,

de tanto necio encumbrado,

de tanto ingrato olvidado

del favor que ha recibido;
 de tanta dama pelota,
 de tanto galán pelote,
 que se viste y come á escote
 de lo que la pobre escota.

Gal. ¿Has de hablar hasta mañana?

Sol. Mucho la ocasion provoca:
 por Dios que me iba de boca
 y hablaba de buena gana.

Esta escena produjo una explosion de aplausos, siendo el rey el que no menos los prodigaba.

Cada vez crecía el interés, y la concurrencia, arrastrada por la belleza del argumento y la elegancia de la poesia, olvidaba sus diversas sensaciones para consagrarse únicamente á las preciosas escenas que se iban sucediendo.

El rey, loco de placer, al par que felicitaba al autor por una obra tan bien acabada, no quería perder la mas ligera sílaba.

La reina, que se habia dejado arrastrar por la novedad dramática de la comedia, no hubo reparado en el conde de Liches, que estaba detrás de ella.

La condesa de Montellano buscaba las miradas de su esposo para leer en ellas un sentimiento de amor ó de perdon; pero solo descubria en él un rostro pálido, algun tanto contraído, y como si le mortificáran lúgubres pensamientos.

De vez en cuando lanzaba una mirada fugitiva á Mira de Amescua, el cual parecia enviárle sus versos, impregnados de pasion y de armonía.

Tambien Josefa Vaca, que hacia el papel de doña Mencía, dejaba errar su triste mirada por la galería real, hasta que se fijaba en el conde de Montellano, como para darle su último adiós.

En aquel reducido círculo de personas habia tantos corazones heridos como corazones palpitaban bajo la ruda presion de crueles tormentos.

Solo el conde de Liches, indiferente á todo, se presentaba como un gigante á causa de su misma frialdad.

Hemos dicho que las escenas fueron sucediéndose, y el interés aumentando. Josefa Vaca habia espresado con tanta verdad y con tanta vehemencia el papel de doña Mencía, que mas de una vez habia arrancado al conde de Montellano de su siniestro estupor.

En uno de estos intervalos vió á su esposa que lloraba.

Entonces sintió lo que un hombre generoso experimenta ante las lágrimas de una mujer; comprendió que en los cortos momentos de vida que le restaban debia enjugar aquel llanto como una prueba de su bondad, y que debia perdonar á la que creía culpable antes de la horrible catástrofe que los amenazaba, y lo envolvería todo en ruinas y destruccion.

Acercóse á María en el momento que bajaba el telon y le dijo:

— Señora, tengo que hablaros.

Habia en aquel acento un eco de tristeza y de dolor tan grande, que María, en vez de creer que llegaba el momento del triunfo, segun los consejos de Josefa Vaca, miró al conde y exclamó:

— ¡ Oh! ¡ Dios mio! ¿ qué teneis?

— Nada, contestó Montellano, fingiendo una sonrisa: acaba de terminar el primer acto, y desearia hablar con vos algunos momentos en las galerías exteriores.

La condesa pidió permiso á la reina, y esta no pudo negárselo.

Quedaba desde entonces en poder del audaz conde de Liches.

Los dos esposos atravesaron un estenso corredor, y llegaron á una magnífica escalinata que facilitaba la entrada en los jardines.

Descendieron por ella en silencio, y bien pronto se encontraron solos, iluminados por los pálidos rayos de la luna que se quebraba contra el ramage.

Los dos temblaban.

— María, dijo Montellano con acento conmovido, perdonad, deseaba hablaros.

— Aquí me teneis, esposo mio.

La ternura de estas palabras conmovió al conde.
—Escuchad, dijo; hay unos versos en la comedia de Mira de Amescua que quiero repetiros. Es cuando Alejandra quiere salir al campo, y es detenida con estas palabras:

—Porque las perlas hermosas
que el alba vierte en las flores,
y matizados colores
de sus mejillas de rosas,
viento sutil y amoroso,
fuentes que risa y cristal
vierten por el arenal
argentado y espacioso:
todo lo ve quien repara
en tan divina pintura,
que del campo la hermosura
es copia de vuestra cara.

—¡Oh! exclamó María sorprendida al oír estos versos que el conde dedicaba en aquel momento á su pasado amor.

—No estrañeis mi language, querida esposa. Quiero que en este instante solemne todo se olvide entre nosotros. Os he conducido á este sitio solitario para caer á vuestros piés, y adoraros como se adora al recuerdo mas idolatrado de la existencia. No es mi ánimo reproducir amargas quejas que atormentarian este escaso periodo de felicidad. Os he visto llorar, Maria, y aquí me teneis para...

El conde se detuvo mientras la condesa aturdida aun no acertaba á esplicarse aquel repentino cambio de la conducta de su esposo.

—No es posible, exclamó por último, el que vos hayais sospechado de mí.

—Callad... No hablemos de eso. Me matariais aun antes de la hora suprema con esas palabras.

La condesa se estremeció.

—¡Qué decis!

—Nada... contestó Montellano atrayendo á su esposa hácia sí: soñaba rodearos con mis brazos en señal de despedida; anhelaba teneros cerca de mí, para comunicaros lo que pasa

en este corazon que no habeis comprendido. El crimen no puede asustarme; si estais tiznada por él, yo tambien lo estoy; si habeis amado á otro hombre, yo he amado á otra mujer. Mancha por mancha, estamos iguales. Pero llega un momento, mi adorada Maria, en que todo concluye... hasta la vida, y entonces es preciso acercarse á aquellos séres que mas se aman para estampar en sus labios el ósculo de la paz y del amor.

Y al mismo tiempo el conde dió á su esposa un beso ardiente.

Maria comprendió la dislocacion de ideas en que estaba aquella cabeza, y recordó cuanto le habia dicho Josefa Vaca.

— ¡Oh, esposo mio! exclamó traspasada de dolor; algo de horrible pasa en vuestra alma.

El conde la repelió con violencia.

— ¡Silencio, desventurada! dijo. Tal vez habeis leido el tormento que despedaza mi corazon. Si es así, pensemos en otra existencia más dichosa que esta. Aquí todo ha concluido: he querido reproduciros los versos de Mira de Amescua para manifestaros que os encuentro á pesar de todo mas hermosa con el delito, que con el esplendor de la virtud.

— ¿Y sereis capaz de creer?...

— Silencio, repito. Echemos un velo entre lo pasado y lo presente, entre la vida y la tumba. Los dos pertenecemos á esta última. Dejadme el consuelo de que deposite en vuestros brazos mi último suspiro.

Maria estaba fuera de sí y se dejó conducir á un asiento de piedra, donde los dos esposos confundieron en un beso prolongado todas sus sensaciones y todas sus lágrimas.

Pasado aquel rápido periodo de felicidad, el conde se levantó.

— Ya es hora de volver al teatro. ¡Adios, Maria!... ¡adios, esposa adorada!... ¡adios, único amor de mi vida!

La condesa se abrazó como una loca á su esposo.

— ¡Oh conde!... ¡conde!... En nombre del cielo, de mi amor, de mi felicidad, no me dejeis morir de este modo. No os entiendo, pero no me separaré de vos á no ser que me claveis vuestra espada en el pecho.

— Decís bien; no nos separaremos jamás, contestó Monte—

llano con voz lúgubre. En la vida y en el sepulcro debemos estar juntos. Seguidme pues.

— ¿Adónde vamos?

— A morir.

Y casi arrastrando á su esposa, próxima á desmayarse, la condujo á la galería real.

En aquel momento se levantaba el telón dando principio al acto segundo.





XLII.

La mano negra.



A alegría es á veces una dulce madre que viene cuidadosa á darnos un beso en la frente, y á poner su mano sobre nuestro corazón.

Decimos esto, porque aquella noche estaba alegre don Francisco de Quevedo.

Bien es cierto, y era algo raro, que el poeta más satirico de la época estuviese de buen humor, pues Quevedo era de esos hombres que llevan á su lado un Metistofeles que derramaba un continuo veneno en su alma. De aquí emanaba esa ruda antitesis que resaltaba entre su pensamiento escrito, y su pensamiento hablado.

Mas como no es nuestro propósito hacer un análisis de aquel eminente ingenio, nos contentamos con decir que estaba alegre.

Y estaba alegre, porque el acto primero de *La Fenix de Salamanca* habia resonado en su corazón de poeta con todas sus bellezas y armonías.

Despues de haber felicitado ardientemente al autor, espe-

raba con ansiedad el segundo acto; mas en el momento que esta justa impaciencia iba creciendo, sintió que una mano extraña le tiraba del ferreruelo donde se ostentaba la siempre noble cruz de Santiago.

Quevedo se volvió á fin de ver quién era el importuno que le distraía.

Estando en el punto mas retirado y mas oscuro de la galería, no podia distinguir al pronto; pero con grande asombro suyo vió una mano negra que lo llamaba.

Aquella mano negra salia de un cortinaje inmediato.

Quevedo comprendió que todo aquello significaba alguna cosa. Ni por un instante pudo figurarse si andaria el diablo en aquel asunto, aunque la mano parecia la de un condenado: solo pensó que lo llamaban.

Dirigióse al punto hácia el cortinaje, lo levantó en seguida, pero la mano se ocultó en aquel instante.

El cortinaje daba salida á una puerta.

Quevedo miró á todas partes, y no vió á nadie.

Sin embargo, al extremo de un ángulo inmediato volvió á ver la mano, practicando el mismo movimiento.

La aventura iba picando en curiosa, y nuestro poeta era curioso en alto grado.

Salió del palco real, echó á correr y llegó al ángulo.

Allí habia una escalera, y aunque la mano habia desaparecido, Quevedo principió á descender por los anchos escalones.

Luego que hubo llegado al fin, y en un parage donde las luces iban escaseando, volvió á ver la mano negra, apareciendo en el marco de una puertecita pequeña.

Quevedo no titubeó un instante en seguir en pos del nuevo llamamiento; sabia que pasada la puertecita se entraba en los jardines del Buen Retiro, y aunque todo aquello fuera una broma que se le tenia preparada, él, que encontraba recursos prodigiosos en su talento para devolverla, avanzó con mas afán, hasta que se encontró en un bosquecillo espeso y retirado.

El poeta se detuvo, pero al mismo tiempo vió la mano muy inmediata, luego un brazo, y despues un hombre negro que salió de detrás de una linda pirámide de box.

Quevedo conoció en el negro á Tobías, y no dudó que la aparicion de aquel muchacho significaba algun acontecimiento.

— ¡Ah, maldito! ¿eres tú? exclamó el poeta, examinándolo de arriba abajo. ¿Te has escapado del servicio del conde de Liehes, donde te coloqué para que me tuvieses al corriente de todas sus operaciones?

— No señor, contestó Tobías con toda claridad, demostrando con esto que ni era mudo ni sordo, como habia dicho el poeta en otra ocasión.

— Entonces, dime lo que quieres.

— ¡Ah! vengo á comunicaros una cosa espantosa.

El modo que tuvo el negro de decir estas palabras hizo que Quevedo abriese los ojos de un modo extraordinario.

— ¿Pues qué sucede? preguntó.

— Que vais á morir.

Quevedo estuvo dispuesto á soltar una carcajada, pero concluyó por ponerse sério.

— ¡A morir dices!

— Sí señor.

— ¿Y cuándo?

— Dentro de una hora.

Quevedo dió un salto.

— ¡Tú estás loco, Tobías! exclamó.

— Estoy cuerdo. Por eso he venido á buscaros, replicó el negro moviendo la cabeza.

— ¿Conque debo morir dentro de una hora?

— Sí, y no solamente vos, sino el rey, la reina, la nobleza, los cómicos: hasta el teatro se reducirá á polvo.

Hay cosas que por claramente que se espliquen no se comprenden.

La formalidad del negro era una prueba de que habia un fondo de verdad en todo aquello.

Quevedo concluyó por temblar ante aquel peligro desconocido. Sin embargo, era preciso saber lo que pasaba.

— Creería que estabas borracho, si no te conociera, dijo el poeta, sintiendo frio y calor al mismo tiempo; pero cuando me has buscado á esta hora, noticiándome un suceso que no

puedo comprender, es necesario que me lo esplices detalladamente, ó mejor dicho, que contestes á lo que te pregunte.

El negro hizo un movimiento con la cabeza en señal de obediencia.

— En ese caso, dime: ¿quién va á causar ese gran número de desgracias que acabas de anunciarme?

— El conde de Liches.

Quevedo apretó los dientes de corage.

— ¡Ah! exclamó, siempre he sospechado de ese hombre fatal. Ya te creo, mi buen Tobías. Pero no comprendo cómo puedan ocurrir tantas catástrofes á un tiempo.

— De un modo muy fácil.

— ¡Cómo!

— Vais á saberlo. Señor, debajo del teatro hay un subterráneo.

— Lo sé.

— En ese subterráneo hay colocados veinte quintales de pólvora.

Quevedo, pálido como la muerte, exclamó:

— ¡Veinte quintales de pólvora!

— Sí señor. Colocados en barriles, tienen la mecha preparada, y solo falta el prenderle fuego.

— ¡Oh! eso es horrible... horrible... Es el crimen mas espantoso que puede concebirse.

— Ahora comprendereis que todos estais destinados á morir, si no se evita la catástrofe.

— ¿Y á qué hora ha de suceder? preguntó Quevedo algo mas sereno.

— Al ejecutarse el acto tercero de la comedia.

— ¡Ah! entonces aun hay tiempo.

— Por eso os he buscado.

— ¿Sabes quién tiene la llave del subterráneo?

— El conde de Liches.

— ¿Has notado si tiene cómplices?

— Sí.

— ¿Quiénes son?

— El conde de Montellano es uno de ellos.

Quevedo hizo un movimiento desesperado.

— ¡Insensatos! exclamó. ¿Qué intentan con esa locura?

— Matar al rey.

— Todo lo comprendo. Hé aquí el vasto plan de una sórdida venganza, dijo el poeta vivamente agitado; pero es preciso destruir ese plan. Si se trasluce, conozco al conde de Liches, y no titubearía un instante en prender fuego á la mecha. Aun en último resultado asesinaría á S. M. Es preciso por lo tanto obrar con rapidez extraordinaria: necesito de personas que me auxilien. Tobías, mientras yo busco á buenos y escelentes amigos, colócate en la entrada del subterráneo.

— Bien, señor.

— Si antes de que yo vuelva intenta el conde de Liches entrar en él...

— ¿Qué debo hacer?

— Seguirlo y esperar. Si yo me tardo, y no me he presentado para entonces, no titubees, lo matas. Ahí tienes mi puñal. Ahora corramos á salvar al rey y á la sociedad. Dios guiará mis pasos.

Quevedo, pálido, sombrío y amenazador, entregó á Tobías una linda daga de Albacete que llevaba en el pecho, y se le arrojó fuera del jardín.

Cuando llegó de nuevo á la galería real, su rostro no denotaba sorpresa alguna. Sin embargo, llamó á Mira de Ames-
cua, y sacándolo fuera del palco le dijo:

— ¿Amais al rey?

Aquella pregunta pasmó al héroe de la fiesta.

— ¿Por qué me lo preguntais? contestó.

Quevedo le esplicó en seguida lo que ocurría, y terminó su discurso de este modo:

— Aun no ha principiado el acto segundo; tenemos tiempo para obrar. Tomaremos en la puerta dos caballos de los de S. M. y volaremos en busca de dos valientes jóvenes, que se prestarán de todo corazon á secundar nuestros proyectos.

— ¿Y quién son esos dos jóvenes?

— Don Carlos de Vargas y don Baltasar Venayas, capitanes del ejército del rey.

—¡ Ah! los dos enamorados que ya conocemos.

—Justamente.

—¿ Pero dónde se encuentran?

—Acampados hace tres noches en el camino de Fuencarral. Buscan á sus amadas y acechan á sus raptores. No cesarán un instante hasta que consigan su deseo, y así es que están fijos en ese sitio.

—Pero es, Quevedo, dijo Mira de Amescua, que las jóvenes que ellos buscan...

—Sé que me vais á decir una verdad amarga.

—Han sido arrebatadas por S. M.

—Pero S. M. se ha convencido de una cosa.

—¿ De qué?

—Que la verdadera virtud es invulnerable. Esas jóvenes han sabido resistir á todos los ofrecimientos, y el rey asombrado, no solamente trata de volverlas á su hogar, sino honrarlas con su proteccion.

—En ese caso volemós en busca de los dos capitanes, y aunque no necesitan recompensa, la ofrecerémos.

—La recompensa será el que encuentren el tesoro que han perdido.

—Sí, exclamé Mira, poniéndose en marcha. A caballo, amigo mio. Dios, padre de la justicia y de la misericordia, conduzca nuestros pasos.

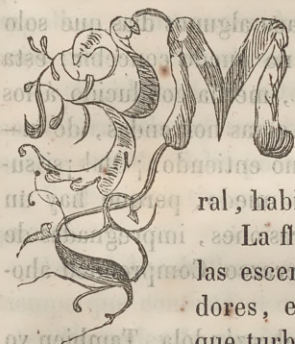
—Y aniquile á los culpables, contestó Quevedo, siguiendo al noble poeta.





CAPITULO XLIII.

Sursum et Deorsum.



MIENTRAS que Miral de Amescua y Quevedo volaban á todo escape en busca de Carlos y Baltasar, estos dos amantes desesperados que dejamos en el camino de Fuencarral, habia principiado el acto segundo. La fluidez de los versos, y la variedad de las escenas, lograron arrebatar á los espectadores, en términos de no oírse una palabra que turbase la marcha de la representacion, á no ser de tiempo en tiempo un nutrido aplauso que estallaba súbito como un trueno, ó una sonora y unánime carcajada de todos los concurrentes, arrancada por los chistes de *Solano*, que es el gracioso de la comedia.

El rey habia olvidado por aquellos instantes todas sus penas para consagrarse á medir con la cabeza las cadencias sonoras de las redondillas y las sílabas de las versos, pudiendo asegurarse que estaba olvidado de sí mismo. La reina, siempre asediada por el insolente conde de Liches, no se atrevia á mover los ojos, hasta que vivamente incomodada con las espresiones de este

hombre, se levantó acompañada de la condesa de Montellano, y fué á pasearse á un gabinete que estaba destinado para descanso de las personas reales.

La servidumbre recibió orden de no seguirla, por lo que se vieron solas las dos amigas.

Maria ansiaba esta ocasion para llorar. La escena que acababa de tener con su esposo la habia aterrado de tal manera, que se hubiera desmayado si la reina no la hubiese mandado que la siguiese.

Ya sola en el gabinete pudo entregarse á su dolor.

— ¡Oh! ¿qué tienes, amiga mia? le preguntó Mariana de Austria con cariñosa solicitud.

— ¡Ay señora! exclamó Maria, arrojando un torrente de lágrimas; ¡soy muy desgraciada!

— ¿Pero qué te sucede?

— Mi esposo está loco.

— ¡Loco dices!...

— Todo me induce á creerlo así. Hace algunos dias que solo habla de muertes y de horrores que no puedo concebir: esta noche, la primera de nuestra alianza, me ha conducido á los jardines del Retiro para hablarme de cosas horrendas, de inmediatas catástrofes, de sucesos que no entiendo. ¡Oh! ¡si supiérais cuánto he sufrido! He sentido miedo, porque hay un fondo de verdad en medio de sus espresiones, impregnadas de amor y de recriminaciones que no merezco. Comprended ahora mi desgracia.

— Tienes razon, exclamó la reina abrazándola. Tambien yo sufro mucho.

— ¡Vos! ¿Por qué?

— El cónde de Liches.

La reina se detuvo al pronunciar este nombre.

— Siempre ese hombre.

— Si, siempre, continuó Mariana con amargura; esta noche ha rayado su insolencia hasta lo sumo. Por eso me he refugiado á este gabinete.

— Señora, es necesario que V. M. castigue á ese miserable.

—Eso queria consultarte, porque esta noche hasta me ha amenazado.

—El! exclamó Maria aterrada.

—Sí; tambien me ha hablado de muertes, de horrores, de una inmediata catástrofe; y todo me lo ha dicho de una manera tan glacial, que he sentido erizarse mis cabellos.

La reina, abrazada como estaba con la condesa, cerró sus ojos, y apoyó la cabeza en uno de los hombros de su amiga.

Así permanecieron un largo rato, hasta que desprendieron á la una de la otra.

Entonces mutuamente lanzaron un grito.

La reina tenia á su lado al conde de Liches.

La condesa al duque de Medina Sidonia.

—Aparecia en los labios de estos dos hombres una sonrisa fúnebre y apasionada al mismo tiempo.

Aunque las dos damas sintieron la sorpresa que habian experimentado con el inaudito arrojó de los nobles, la reina, mas orgullosa y menos tímida que su amiga, virguió la frente, los miró con suprema altanería y preguntó:

—¿Qué buskais en este sitio, señores? cuando una reina se encuentra sola en una habitacion, nadie tiene derecho para entrar en ella. Salid pues.

Y al mismo tiempo con un ademan magestuoso señaló la puerta.

Los dos caballeros permanecieron inmóviles; al mismo tiempo que contestó el conde de Liches:

—No podemos obedecer á V. M.

—Salid: yo lo mando, volvió á decir la reina.

—Señora, contestó el conde, la indignacion de V. M. tiene un objetó laudable; pero si merece alguna consideracion un hombre que devora todos los insultos, que sufre todos los desprecios, espero que me concedais dos minutos de atención.

—Y transcurridos esos dos minutos?

—V. M. dispondrá de mi.

Habia en estas espresiones una calma helada que espantó á Mariana de Austria, como en otras ocasiones lo habia indicado.

En la voz del conde existia un timbre que penetraba hasta el corazon.

— En ese caso, caballero, dijo la reina, os concedo el tiempo que me pedís.

— Señora, contestó Liches inclinándose, hace ya tiempo, la víspera de San Juan, que mi amigo el duque de Medina Sidonia y yo nos encontramos en uno de los extremos del bosque de Manzanares, dispuestos á llevar adelante una aventura de esas que la juventud elegante de la corte ha dado en llamar *caza de las palomas*; acechábamos, pues, cuando por un *quid pro quo*, que nosotros no nos hemos podido explicar, resultó que V. M. y la condesa de Montellano vinieron á caer en nuestros brazos. Es la verdadera palabra. Ya recordareis lo que sucedió despues. Se habia despertado un deseo: la misma casualidad trabajó en nuestro favor, y de allí brotó un amor ardiente y eterno, amor que nosotros no buscamos, sino que el destino nos proporcionó.

La reina hizo un leve movimiento con la cabeza.

Liches prosiguió:

— Durante largo tiempo hemos amado en silencio, porque los recuerdos de aquella noche fatal retrocedian ante el escudo de diamante conque nosotros, por deber y por respeto, habíamos rodeado nuestro pecho; pero llegó el dia en que roto ese escudo, nos fué necesario dar salida á este horrible poema de nuestro corazon. De aquí el que hemos buscado todos los medios fáciles é ingeniosos que sugiere una imaginacion que ama, un pecho que vive tan soló con fantasmas, para hacernos entender; hemos sufrido mas que puede sufrir el alma; hemos callado mas que la lengua debe callar, y á pesar de tanta abnegacion, vos, señora, me despreciais, y la condesa huye del duque como de un espíritu tentador!

— Caballero, observó la reina, que variaba de color á medida que se sucedian las palabras del conde, espero que recordéis la promesa que me habeis hecho. Abreviad todo lo posible.

— Voy á concluir, señora, prosiguió Liches. La necia presuncion humana nos hizo ser mas pertinaces á medida que eran

mas grandes las distancias que nos separaban. Para esto era preciso hacer el sacrificio de la existencia, y el duque y yo le hicimos desde luego. ¡Bien merece morir el hombre si recibe una dulce mirada de vuestros ojos! mas morir por morir no era lógico: era necesario que hubiera una correspondencia terrible entre vosotras, que nos aborreceis, y nosotros, que os amamos: era preciso, ya que la maldición, el destino, la gerarquía y el corazón, son elementos contrarios para nuestra alianza en esta vida, que esa alianza se verifique en la muerte.

La reina y la condesa se estremecieron al oír esta palabra.

—¿En la muerte decidis?

—Sí señora; en la muerte. La reina de España se encuentra en una altura que deslumbra, y es preciso que descienda á colocarse al nivel de los desdichados, que besamos el sitio donde ella ha sentado su planta; la condesa de Montellano ha tenido el valor de sostener su dignidad de esposa; pero es necesario que se rompan los vinculos que la unen en la tierra con otro hombre. Para conseguir esta obra poderosa, que haría temblar á la razón humana, solo nosotros hemos vencido todos los obstáculos, hemos consagrado ese triunfo fúnebre, y podemos desde este momento imponer condiciones, porque vos, reina de España, estais en el borde de la tumba, y vos, condesa de Montellano, no tardareis en morir, sino cuando el duque desee recibiros en sus brazos para mezclar su agonía con la vuestra. He concluido, señora: acabo de tener la honra de explicar á V. M. que ya no podré amaros, porque acaso dentro de una hora, dentro de media, dentro de pocos instantes moriremos los dos. Entoncés, en ese instante supremo, cuando vos no seais sino la mujer débil, tal como la ha criado la naturaleza, y no la mujer fuerte, tal como la ha hecho la sociedad, entonces, Mariana de Austria caerá en mi poder, y en ese relámpago que media de la vida á la muerte, la rodearé con todo mi amor, con todo mi frenesí, con todo entusiasmo. Hasta luego pues, señoras: vuestro destino y el nuestro están pesados.

Liches, con una magestad que hasta aquel momento no resplandeció en su pálida fisonomía, hizo un ademán al duque

para retirarse; pero tanto la reina como la condesa de Montellano, espantadas por el language que acababan de oír, no comprendiendo si estaban en poder de dos demonios ó de uno de esos sueños inesplicables que nos aterran en medio de la noche, cedieron á sus condiciones de mujeres ante tan funebres amenazas:

— Deteneos, dijo la reina á Liches. — ¡En nombre del cielo! exclamó Maria temblando, y haciendo un ademan para contener al duque de Medina Sidonia. Sería una crueldad dejarnos en este instante.

Liches miró á su amigo, el cual, menos enérgico, cayó á los piés de la condesa, mientras que él por medio del temor habia logrado el ser oído.

Una sonrisa indefinible apareció en los labios de los dos caballeros.

— Os obedezco, contestó Liches, adoptando otra vez la seriedad que habia brillado en sus palabras.

— Habeis logrado, caballeros, dijo la reina, destruir mi valor. Sin duda quereis rodear con sombríos colores la desesperacion de que estais poseido, al hablarnos de siniestras catástrofes, ó mejor dicho de nuestra muerte, porque tal es el fin de vuestras palabras.

— Tiene razon V. M.

— ¡Cómo!... Luego es decir... Al tan alto grado habia llegado la turbacion de la reina, que no se atrevió á concluir su pensamiento.

— Señora, suplico que no os asustéis. Leo en vuestros divinos ojos una idea fatal que no cabe en nuestro corazon. La de asesinaros impugnemente en venganza de vuestros desprecios. Para esto, con una voz que diese V. M. acudiria el rey, la corte, vuestros guardias, y os salvarian en un instante. No es ese mi ánimo. Nuestro pensamiento es distinto. Ansiamos vuestra muerte; porque de este modo no tendrán derecho otros hombres á vuestras caricias; deseamos la vuestra, porque así borramos la mancha de infames que la posteridad pueda lanzar sobre nuestros nombres.

— Caballero, es horrible lo que me decís; pero creo que

todo es una trama producida por vuestra locura, que os perdono.

—V. M. puede creer lo que guste. Sé que V. M. no puede amarme, y yo sé que V. M. no puede dejar de morir.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

La reina se oprimió la frente con las manos, pues principiaba á abandonar la razón.

—Creo que la decisión solemne en que estamos puede convencer á V. M. de que no puedo burlarme. Os amo mucho, señora, y el duque adora extraordinariamente á la condesa, para valernos de miserables supercherias y espantar á espíritus menos superiores que los vuestros. Dueños del rayo que nos ha de aniquilar á todos juntos, nos hemos aprovechado de estos instantes para caer á vuestros piés, y daros el adios postremo. En el corto periodo que nos resta de vida, si vuestra alma no es de mármol ó de bronce, si resuena en vuestro corazón un eco que favorezca este amor que se aniquilará como el humo, dadnos, señora, una esperanza, dadnos una palabra de consuelo, una promesa que no nos haga desear la muerte; decidla, señora; os lo suplico.

Y el conde cayó á las plantas de la reina como un loco, desvanecido y delirante.

Mariana de Austria retrocedió horrorizada.

—Si, exclamó el duque de Medina Sidonia, sujetando á la condesa de Montellano por el traje, un momento de amor por una eternidad, Maria. Cada minuto que corre es un átomo, menos, una partícula de tiempo que se consume, una esperanza que se evapora. ¡Oh! no me mireis de ese modo; yo busco vuestro amor y no vuestro aborrecimiento. Piedad, piedad de mí.

—¡Oh! dejadme, dejadme, replicó María cubriéndose el rostro con las manos; es imposible lo que solicitais, y es horrible lo que decís. ¡Ah señora! prosiguió abrazándose á la reina: todo esto es horroroso: no oigo hablar sino de muertes y espanto... Huyamos.

—No, exclamó Mariana de Austria, reponiéndose de su tur-

bacion; no se crea que dos atrevidos han sido capaces de intimidarnos con espresiones estudiadas de antemano. Ha llegado la insolencia á tan alto punto, que será el castigo terrible por nuestra parte. Si por un momento hemos cedido á nuestras condiciones de mujeres, seamos lo que antes fuimos. Conde de Liches, duque de Medina Sidonia, oid la contestación de vuestra reina. Me habeis insultado: yo haré que la cuchilla de la ley caiga sobre vuestras cabezas.

— Señora, dijo Liches volviendo á su calma glacial, antes que vuestra venganza llegará la nuestra.

El duque miró la sombría figura de su amigo, el cual, haciéndole un ademán para que le siguiera, saludó á la reina y á la condesa con la mas esquisita ceremonia.

Mariana de Austria quedó aterrada ante aquella frialdad extraña, y se abrazó á su amiga diciéndole:

— Esos hombres son dos demonios. Creo que va á suceder alguna cosa extraordinaria.

Y volvieron á la galería.

El acto segundo estaba concluyéndose.

Liches y el duque, como si no hubiese acontecido nada, llamaron al conde de Montellano.

— Seguidme, dijo el primero.

— ¿Adónde? contestó el conde, despertando de la especie de sueño que lo embargaba.

— Ha sonado la hora.

Estas palabras lo explicaban todo.

Montellano no replicó, y echó á andar detrás de sus dos cómplices. Parecia que se habian reunido para aniquilar sus pasiones, sus celos y su desesperación.

El mismo camino que al principio habian seguido para descender á los jardines del Retiro, les sirvió para llegar á ellos.

Nadie podia imaginarse el objeto que llevaban, así es que muchos los vieron pasar sin que se despertase la mas ligera sospecha.

Una vez en el frondoso bosque, y cuando nadie advertia sus movimientos, se dirigieron á la puertecita que daba paso á los sótanos del teatro.

Liches introdujo la llave, abrió y dejó pasar á sus amigos. Allí estaba Tobías acechando, y se introdujo detrás, dejando la puerta abierta.

Creían por tanto estar libres de todas las miradas, el crimen, según ellos, podía consumarse perfectamente, y todo dependía del frenético arrojo ó de la inesplicable locura de los tres caballeros.

Descendieron por las escaleras hasta que llegaron á la rotonda donde estaban los barriles de pólvora.

Todo estaba en su lugar; el farol encendido y la mecha preparada.

El conde de Liches, lejos de palidecer, miró á sus amigos.

—Llegó el momento, exclamó; dentro de un cuarto de hora habremos dejado de padecer.

Y se fué derecho al sitio donde estaba el farol, y prosiguió: —Aquí, en un pequeño escondite, mi buen Tobías, habrá depositado varios pares de pistolas por si nos sorprendieran algunos curiosos. Aunque nada hay que temer, adoptemos toda clase de precauciones. Tomad, conde de Montellano, tomad, duque de Medina Sidonia.

Al pronunciar estas palabras entregó un par de pistolas á cada uno de sus cómplices, colocándose él otras dos en el cinto.

—Ahora solo resta prender fuego á la mecha.

Liches no titubeó un instante en emprender esta operación. Tomó el extremo de la mecha con mano segura; reconoció si estaba bien colocada para que la explosión fuese rápida y simultánea; examinó su longitud por si se hallaba cortada ó interrumpida, y luego que estuvo persuadido de que nadie la habia tocado, acercó la llama del farol para prenderle fuego.

En honor de los espectadores de aquella escena formidable, podemos decir que ni se movieron ni pestañearon. Muertos como estatuas, deseaban tal vez que todo aquello terminase pronto.

El extremo de la mecha relampagueó con una luz cárdena y rojiza que dió un colorido aun mas siniestro á tan sombrío cuadro. Estaba ardiendo.

Nada se hacia ya en aquel sitio.

—Era preciso volver rápidamente al teatro para esperar la muerte.

Mas en el momento que los tres caballeros dieron un paso para salir de la rotonda, una voz enérgica exclamó:

—En nombre del rey daos preso, conde de Liches, conde de Montellano, duque de Medina Sidonia.

Si grande fué la sorpresa de los gefes de la conjuracion, mas grande fué la ira que súbitamente estalló en sus pechos al verse descubiertos.

A la voz que acababa de resonar, sucedió la aparicion de cuatro caballeros.

Eran Quevedo, Mira de Amescua, Cárlos y Baltasar.

Detrás estaba Tobías el negro.

—Estamos vendidos, gritó Liches defendiéndose.

Y sin reflexionar las consecuencias que pudiera producir su temeridad, disparó las dos pistolas contra los aparecidos.

Las balas pasaron sobre sus cabezas y fueron á clavarse en la pared.

Durante este nuevo atentado, que era el principio de una lucha desesperada, la mecha seguia ardiendo paulatinamente: la aptitud enérgica de unos y otros fué causa de que á la espantosa detonacion de los dos pistoletazos mediase un combate de esterminio.

El conde se vió atacado por Cárlos, Medina Sidonia por Baltasar y Montellano por Quevedo.

Mira de Amescua habia aceptado la comision mas dificil, la de apagar la mecha.

El combate, que se emprendió simultáneamente, fué terrible. Liches bramaba de furor al verse con las pistolas vacías, pues disparando contra los barriles todo hubiera concluido. Tuvo por lo tanto que defenderse con la espada.

Medina Sidonia á su vez, viéndose asediado por Baltasar, montó una pistola y disparó: el jóven bajó la cabeza con notable rapidez, pues de otro modo la bala le hubiera levantado la tapa de los sesos.

Quevedo luchaba con Montellano sin ventaja por ninguna

parte. De vez en cuando estallaba un pistoletazo, cuya fúnebre repercusión se extendía á lo largo de los sótanos.

Era una cosa notable aquel combate en el fondo de las sombrías bóvedas del teatro, mientras encima gozaba la corte de una de sus mas predilectas diversiones.

Mas la esplosion de los tiros se dejó oír en la parte superior, y llevó la alarma á los tranquilos espectadores, que ignoraban lo que sucedía á algunos piés debajo de ellos.

Nadie al pronto pudo comprender lo que pasaba.

La reina y la condesa de Montellano se acordaron de las amenazas del conde de Liches, y estuvieron próximas á desmayarse.

El rey se puso de pié, pues los disparos se repetían bastante á menudo.

Se elevó un murmullo general, que bien pronto ahogó el canto de los cómicos.

De pronto una voz, la de algun conjurado sin duda, que creía llegaba el momento de perecer, anunció que el teatro estaba ardiendo.

Se elevó entonces un alarido general que puso en espanto y en consternacion á toda la corte.

Como siempre acontece en estos casos, la concurrencia se lanzó cual una ola impetuosa hácia las puertas; pero siendo estas demasiado estrechas, fueron como un dique que contuviera aquella corriente humana, que se desbordó, levantando un clamor espantoso por los costados.

Entonces principiaron á circular esas noticias, que no se sabe de dónde nacen, pero que son el eco de lo que va á suceder.

Se dijo que el teatro estaba minado, y que de un momento á otro estallaría entre torrentes de fuego, reduciéndose todo él á cenizas, y pereciendo toda la corte.

Esta noticia, que se extendió con la rapidez de un rayo, produjo tan inmenso tumulto, que por algunos momentos solo se vió una masa inmensa de hombres y mujeres, todos revueltos y confundidos, corriendo de aquí para allá, lanzando espantosos gritos, revolviéndose sobre ella misma y ensanchán-

dose, según las oscilaciones de aquella marea tempestuosa.

De su seno se elevaban brazos armados de puñales que brillaban como centellas sobre tantas cabezas. Los hombres que los manejaban eran conjurados, que, creyendo cercano el momento fatal, se apoderaban de hermosas mujeres para rodearlas con sus postreras caricias.

El rey no pudo concebir lo que pasaba, pero bien pronto supo la horrible noticia que circulaba entre los concurrentes.

La reina y la condesa de Montellano lo adivinaron todo, y cayeron desmayadas.

Con la misma rapidez con que se había extendido por el teatro, se derramó por la parte de afuera.

Entonces la guardia del rey se lanzó por puertas y ventanas para salvarlo, y evitar la catástrofe.

Felipe IV, sereno en medio de tan terrible crisis, dictó cuantas medidas creyó oportunas y saludables para calmar la agitacion del público, y para enterarse del origen del espantoso tumulto que habia brotado en el teatro.

Se cercó este por la tropa y por los aguaciles de la villa.

Viendo la multitud que ni habia fuego ni el teatro volaba, como se creía, principió á calmarse.

Entonces se sintieron de nuevo otras detonaciones que resonaban bajo del teatro.

Mandóse un piquete de guardias hácia los sótanos.

El corregidor de Madrid, los alcaldes de casa y corte y algunos comisarios del Santo Oficio, seguidos de numerosos soldados, llegaron á la puerta que comunicaba con las bóvedas, y comprendieron por el incesante estrépito de espadas que resonaba en el fondo, que allí sucedia alguna cosa extraordinaria.

Avanzaron rápidamente, y vieron á Quevedo, Carlos y Báltasar, ensangrentados, y luchando vigorosamente con el conde de Liches, el duque de Medina Sidonia y el conde de Montellano.

Mira de Amescua en el fondo habia conseguido apagar la mecha y defender los barriles de pólvora por si alguna mano alevé los incendiaba.

El cuadro que presentaba la escena era espantoso.

—¡ En nombre del rey! exclamó el corregidor de Madrid, ¿quiénes son los traidores?

—Ahí los teneis, contestó Quevedo, señalando á los tres nobles.

Estos se vieron rodeados por los soldados, y conociendo que toda resistencia era ya inútil, entregaron las espadas.

Los seis combatientes habian salido heridos.

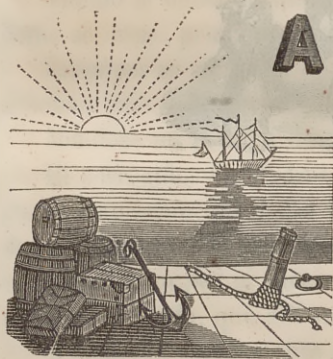
XIV.





XLIV.

Ayes del alma.



AQUELLA misma noche, despues de un registro escrupuloso en las casas del conde de Liches, del duque de Medina Sidonia y del conde de Montellano, cayeron en poder del corregidor los papeles y el proyecto de la conjuracion.

Todos los que estaban comprometidos en ella fueron presos y conducidos á la cárcel de Corte.

Por muchas prevenciones que se quisieron adoptar para que no se supiese el origen del horrible plan del conde de Liches, pues en los documentos sorprendidos este aparecia como el gefe de la conjuracion, se estendió por todo Madrid, y en seguida por toda España, causando un clamor de indignacion en todas las clases de la sociedad.

El rey, espantado tambien de que en su corte hubiese trai-

dores, dejó obrar á la justicia en la completa averiguacion de los hechos.

Esta por su parte con una actividad que no se hallaba en consonancia con los procedimientos judiciales de la época, instruyó en aquella misma noche la causa, se tomó declaracion á los reos, los cuales manifestaron claramente su delito, el motivo que lo habia producido, las diversas reuniones que tuvieron, y la funesta determinacion adoptada para volar el teatro del Buen Retiro en el momento de la representacion.

A una manifestacion tan unánime y terminante, á las pruebas inequívocas de los documentos de la conjuracion, al reconocimiento de los sótanos del teatro, donde se encontraron los barriles de pólvora, la mecha apagada por Mira de Amescua, las manchas de sangre, resultado de la desesperada lucha que habian entablado los defensores y los enemigos del rey, el Tribunal, encontrando todas las pruebas contestes, no titubeó en sentenciar á muerte á los culpables, mandando erigir un tablado en la Plaza Mayor, cubriendo á los reos con túnicas amarillas con manchas rojas, poniendo un cartel en el pecho y otro en la espalda de cada delincuente con el letrero de *traidor*, y degradándolos públicamente de su condicion de nobles, quemando las ejecutorias y blasones de su casa por mano del verdugo; que una vez colocados en el tablado, serian ahorcados, por ser esta pena la mas infamante, depositando los cadáveres en una estera, en la cual, y arrastrados por el verdugo y un ayudante, debian ser llevados al patíbulo; que ejecutada la justicia y desagraviada en parte la sociedad, el rey y la conciencia pública, los criminales, conducidos en la misma estera, serian llevados á las afueras de la villa, dónde el mismo verdugo les cortaria la cabeza, siendo estas colocadas en largas escarpas, que se pondrian en diversas ciudades del reino, para satisfaccion de todos los españoles; y últimamente los cuerpos se reducirían á cenizas, las cuales se aventarian para que no quedase ni una particula de ellas.

Dos dias necesitó únicamente el Tribunal en llevar al rey terminada la causa para que este se dignase sancionar la sentencia.

La indignacion pública se habia manifestado del modo mas ostensible, viéndose incesantemente rodeada la cárcel de Corte por un gentío inmenso, que pedia á grandes gritos la muerte de los culpables.

Todas las corporaciones, desde las mas elevadas hasta los gremios de menestrales, se habian presentado en el alcázar á felicitar á S. M. de que la Providencia hubiese conservado sus preciosos dias por un milagro, resultando de aquí que el nombre de Mira de Amescua, Quevedo, Carlos y Baltasar corriese de boca en boca, causando la admiracion de todo el mundo.

Heridos, aunque no peligrosamente, los tres últimos, el rey los habia visitado en persona, mandando á los médicos de cámara para que los asistiesen; pero á los dos dias los heridos pudieron á su vez presentarse á S. M., y felicitarlo por la conservacion de su preciosa vida.

Felipe IV, cuyo noble corazon era conocido de todos, recibió á sus leales servidores con las lágrimas en los ojos, y les dijo que pidieran lo que quisieran: Carlos y Baltasar, que aun no habian logrado saber el paradero de Laura y Argentina, estuvieron casi decididos á solicitar del rey que este con su autoridad les ayudase en su empresa; mas Quevedo, que conoció la intencion de los dos jóvenes, se apresuró á contestar:

—Ya llegará, señor, el tiempo de las gracias; ahora solo se debe pensar en la Justicia.

En efecto, todos los preparativos estaban terminados para llevarla á cabo. El rey firmó la sentencia, y los delincuentes, á quienes fué leida, recibieron con sumision y dignidad el golpe que los heria, quedando en poder de aquellos heroicos religiosos que en el momento de esta cruel agonía se presentaban á consolar á los desgraciados.

Hasta aquí hemos seguido el fiel relato de los hechos, pero fuerza es ya que nos separemos de ellos.

Hay otros dolores mas supremos que conducen nuestra pluma á procurar describirlos.

La condesa de Montellano, esa interesante figura que hemos visto luchar entre sus deberes de esposa y las exigencias

de la corrompida sociedad de su época, es la que se nos presenta en lo mas sublime y épico de su vida.

Luego que supo la horrible desgracia de su esposo; luego que lo vió envuelto en un crimen inaudito, que la razon no se atrevia á creer; luego que se despertaron en su alma esos sentimientos divinos de la mujer que ama, y que todo lo sacrifica por su amor; cuando midió el abismo en que la desgracia la habia envuelto, sucumbió al pronto, porque estos rudos golpes de la fatalidad no se pueden resistir; pero despues reunió todas sus fuerzas, y llevada por su angustia y por su infortunio quiso salvar al ser á quien estaba unida.

Con una calma sombría y aterradora se informó de todos los trámites del proceso, hasta que supo se les habia notificado la sentencia á los delincuentes.

Se hubieran quebrado todas las fibras de su corazon si otros deberes no la hubieran sostenido.

Los reos debian ejecutarse al dia siguiente.

María esperó á que llegase la noche, sin manifestar á nadie su dolor y desesperacion. Cuando la oscuridad fué completa y los rumores de la capital se fueron amortiguando, llamó á una de sus doncellas, pidió el manto, y envolviéndose en él, salió á la calle sin permitir que nadie la siguiese.

¿Adónde iba aquella desgraciada, sola, entregada únicamente al pensamiento que se agitaba en su imaginacion?

En otra circunstancia la hermosa condesa hubiera tenido miedo de verse errante por las calles de Madrid; pero guiada por la luz de una esperanza quizá, marchó con paso firme y seguro hácia el punto que se habia propuesto.

María llegó por último á la puerta de la casa que habitaba el poeta Mira de Amescua, doblemente coronado por el triunfo que habia obtenido su comedia, y por la lucha sostenida contra los enemigos del rey; llamó en ella, sintiendo á cada golpe, no que le faltaba resolucion, sino que le faltaban las fuerzas, y esperó á que le abriesen.

Pronto se presentó un criado, preguntando á la encubierta lo que deseaba.

— Quisiera ver al señor Mira de Amescua, dijo la condesa.

El sirviente la examinó con alguna curiosidad al ver en los ademanes distinguidos de la dama algo mas que una mujer comun, y en seguida hizo que pasase adelante.

María siguió al criado temblando, hasta que llegó á una pequeña habitacion que antecedia al despacho del poeta.

Cuando este supo que una dama encubierta deseaba hablarle, dispuso que fuese introducida al momento en su estudio.

Vivamente preocupado con la descabellada locura del conde de Liches, no podia imaginarse quién era la desconocida que solicitaba verlo; mas cediendo á la urbanidad y respeto que le distinguian salió hasta la puerta á recibirla.

Cuando la vió se puso pálido como la muerte.

La habia conocido.

Turbado, conmovido, fascinado por el poderoso prestigio que la condesa ejercia sobre él, no tuvo fuerzas para decir una palabra. Toda la historia de su amor resplandeció en su mente como un relámpago.

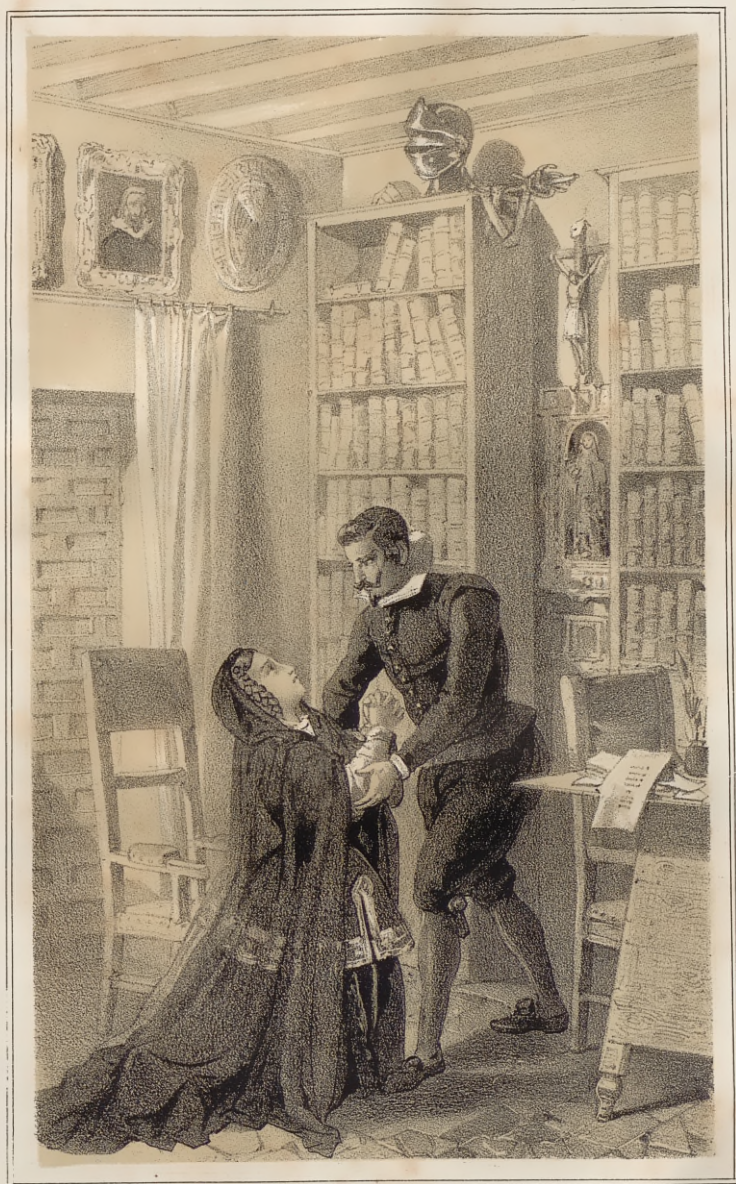
María penetró en el despacho silenciosa y vacilante, miró á todas partes por si habia alguna persona estraña, y viéndose sola con Mira de Amescua arrojó el manto, y cayendo de rodillas exclamó de la manera mas desgarradora:

— ¡Tened piedad de mí!

El hubiera deseado morir en aquel instante. Nunca habia visto á su amada tan hermosa como se mostraba en su sublime desesperacion. Todo su amor, todos sus recuerdos brotaron en su alma con doble energia, al ver aquella mujer pálida, con el pelo lustroso y brillante tirado para atrás, derramando abundantes lágrimas que pasaban sobre sus mejillas como perlas riquisimas, y lanzando de su garganta tristisimos gemidos.

Oprimióse con una mano el corazon y con la otra la cabeza, temiendo le faltase el juicio. Él, que habia resistido á todas las pruebas del martirio, que habia llevado en su alma el secreto de su sufrimiento, que habia vencido á fuerza de ahogar en su seno el amor puro y radiante que concibiera en los años juveniles de su existencia, estaba en aquel momento próximo á caer desfallecido á los piés de la dama.

Pero era preciso resignarse ante el último golpe. No hubie-



Ed. de S. Gonzalez J.^o Clara 8.

Urrabieta inv.^a y lit.^a

¡Tened piedad de mí!



ra nobleza en su proceder si, olvidándose á sí mismo, fuera á quebrantar con un nuevo golpe el corazon de aquella desdichada.

Miró al cielo como pidiéndole fuerzas y dignidad, y cuando estuvo seguro de sí mismo, se acercó á Maria y, levantándola del suelo, exclamó:

—Señora... en nombre del cielo, ¿qué puedo hacer por vos? ¿Qué quereis de mi? Como no esperaba vuestra presencia, confieso que esta me ha turbado.

—No... no, no me levantaré de aqui, contestó Maria. Necesito un apoyo que me falta, una palabra que me consuele, una mirada que me anime. ¡Mi esposo está sentenciado á muerte!

El poeta tembló por la parte activa que él habia tenido en aquella desgracia, mientras que la condesa, siempre en su actitud suplicante, lo envolvía con una mirada de desesperacion.

—¡Oh! exclamó este, no teniendo valor para resistir aquellos ruegos: distraeis mi corazon con lo que habeis dicho; ¿pero cómo poder remediar esa terrible catástrofe que nos sumirá á todos en un eterno pesar? Alzad Maria; os lo ruego en nombre de lo mas sagrado que exista para vos. Sepa al menos á qué debo el triste honor de teneros en mi casa... En la casa del antiguo page de vuestro padre. Ya sabeis que mi voluntad es enteramente vuestra; que podeis disponer de mí como de un esclavo.

Ella se puso de pié; enjugóse las lágrimas que corrian por sus megillas, y despues de un prolongado silencio, dijo con acento mas sereno, y como la que tiene formada una resolucion irrevocable:

—Caballero, en los momentos mas dolorosos de la existencia desaparece esa máscara hipócrita conque nos encubrimos el rostro en la sociedad. Es preciso ser doblemente cruel con nosotros mismos; apelo por lo tanto á vuestra noble franqueza como al áncora de la esperanza.

—Hablad, Maria, contestó Mira de Amescua, temblando al oir aquel preámbulo.

—Decidme como si estuviérais delante de Dios. ¿Me habeis amado mucho en esta vida?

Fué tan vehemente esta pregunta, que el pobre poeta quedó inmóvil y mudo. Aquella mujer que rompía los misterios de su juventud, que quebraba el vaso immaculado donde él había depositado como un perfume los mas íntimos secretos del corazón, que ella misma venia á revolver aquel volcan encubierto, volcan que devoraba sus entrañas, era como la tentacion despues del sufrimiento, como el agua despues de sentirse abrasado por la sed.

—¡Que si os he amado! exclamó el poeta próximo á sucumbir.

—Contestadme con la misma ingenuidad conque os he hecho mi pregunta.

—¡Ah María! Preguntad á quince años de martirio, respondió desvanecido y fuera de si; preguntad á las solitarias bóvedas de vuestro viejo castillo de la Calahorra, para ver si conservan el recuerdo de un miserable loco que os seguia á todas partes; analizad año por año, mes por mes, dia por dia, la vida de ese insensato, sufriendo en silencio; sobrellevando el peso de su pasion como un puñal clavado en el pecho; apareciendo feliz en una sociedad brillante, cuando es el ser mas infortunado de la naturaleza. ¡Oh Maria! dejad que una vez en la vida, ya que habeis querido saber los secretos de mi alma, os cuente esta historia de lágrimas que nadie ha comprendido; dejad que el poeta delire un instante con el sueño de la felicidad que hubo de concebir en otro tiempo. ¡Quereis saber si os he amado! No ha habido un instante en que vuestro nombre no renazca en mi corazón, y en que vuestra imagen no se haya presentado á mi vista. Vos, María, me habeis hecho poeta; habeis ceñido mi frente con esa aureola del genio que me ha abierto las puertas de los grandes y de los reyes; vos habeis hecho que el oscuro page se convierta en otro ser distinto... Comprended si os he amado... temblad ante el abismo que acabo de descubrirlos.

Y al decir esto cruzó las manos con suprema angustia, y clavó sus ojos en la condesa con tanta fuerza que esta se estremeció.

— ¡Abismo espantoso! dijo mirando á su vez al hombre que tanto la habia adorado en silencio. Pues bien, aquí teneis aquella María que en otro tiempo os devolvió tanto desprecio por tanto amor; aquí está aquella mujer que ni aun comprendió la grandeza de vuestros pensamientos y la magnanimidad de vuestras resoluciones: ella llama en el silencio de la noche á la puerta de vuestra casa, y se atreve á invocar todos los recuerdos pasados, se pone bajo vuestra proteccion para volver á repetiros: ¡Mi esposo está sentenciado á muerte!

— ¡Oh! ¿y qué puedo yo hacer en tan inmensa desgracia? Mi voluntad, mi vida, todo es vuestro, María.

— Escuchadme: hubiera podido ir á palacio, arrojar me á los piés de la reina, y pedirle el perdon del conde de Montellano, que mañana debe morir en un afrentoso patibulo; pero no he tenido valor cuando el crimen es tan grande. He dejado ese pensamiento, y he venido á veros para que salveis á mi esposo. Yo creo que las lágrimas de una desventurada, á quien tanto amais, tendrán para vos el prestigio de la desgracia. Vos lo podeis todo en el ánimo del rey: vos podeis salvarme de la espantosa calamidad que me amenaza. ¡Mi esposo... mi esposo, caballero! Quiero su vida, porque está adherida á la mia; muriendo él, me condenaríais á morir tambien. He reunido todas mis fuerzas para llegar hasta aquí, y temo que lleguen á faltarme. Vos que sabeis lo que es sufrir, comprenderéis lo que pasará en mi corazon. Apelo en nombre del cielo á vuestro amor, á vuestro sacrificio, á las pruebas que me habeis dado en repetidas ocasiones... ¡Oh! vos que salvásteis mi honor; vos que fuisteis tan generoso que os presentásteis en un duelo para que no padeciera el nombre del ser á quien debíais odiar; vos en fin á quien no puedo dejar de amar por tanta abnegacion, por tanto sufrimiento, sed el hombre protector de mi infortunio.

María en la vehemencia de su dolor, cayó de rodillas; de nuevo; habia llegado á lo mas culminante de su sentimiento y se ahogaba.

El poeta la sostuvo en sus brazos. Por vez primera sentia latir junto al suyo aquel corazon insensible en otro tiempo;

pero era mayor su desesperación á medida que mas inmediata era la distancia que los separaba.

Aunque su pasión era inmensa como el amor, comprendió que su deber en aquel instante era comprimir todos los sentimientos de su alma, y ser el apoyo de aquella víctima de la desgracia. Así su sacrificio sería mas sublime y mas heroica su abnegación.

En la balanza de su razón María era superior á él, y él, con inmolarse por ella, no hacia otra cosa sino cumplir un deber que se habia impuesto hacia quince años; el de la resignación.

Pasóse la mano por la frente como si quisiera descargarla de las locas sensaciones que por algunos instantes la ofuscaron, y quedó otra vez sereno como su conciencia.

—Me habeis honrado mas de lo que me merezco, dijo con voz triste: habeis interpuesto vuestras lágrimas y vuestros dolores para pedirme un favor que no os puedo negar. Ignoro si mi valimiento valdrá alguna cosa para inclinar á la clemencia el ánimo de S. M. He meditado en el proyecto de vuestro esposo, y solo se concibe en un momento de delirio. Yo os ofrezco por mi amor, María, por ese amor sagrado que os profeso, por ese amor purificado en el martirio, que no descansaré un instante hasta conseguir ese perdón que con tanto dolor y tanta justicia reclamais. Y si desgraciadamente mis pasos son inútiles, si no podemos cortar la horrorosa catástrofe que os amenaza, permitidme que os dé un consuelo.

—¡Un consuelo!

—Dios, exclamó el poeta, señalando al cielo; Dios, que es adonde se refugia el alma agoviada por las tribulaciones de la vida; Dios, que es quien manda el rocío despues de la tempestad.

—El os bendiga, contestó la condesa fuera de sí.

—Acaso, continuó el poeta con acento conmovido, principiéis á sufrir cuando el mundo se os presentaba halagüeño, pero ya veis... Yo he sufrido tambien mucho... Yo he llorado en las largas horas de la noche las tristes decepciones de la existencia; yo he tenido siempre en mis labios la hiel de los desengaños... Y sin embargo he resistido la tormenta, porque

si en la tierra no he encontrado la mirada de los hombres, he encontrado en el aire, en las nubes, en el espacio, la mirada de Dios. El, María, ha sido mi apoyo, que sea tambien el vuestro en la desgracia.

— ¡Oh! dais esperanza á mi corazón con vuestras palabras. Sin duda el cielo os inspirá ese language, y ya no quiero dudar del dia de mañana.

— Os repito que tengais fé. Os daré esta nueva y última prueba de mi amor. Voy en este instante á ver al rey.

— Sí, marchad, Dios os dará fuerzas y sostendrá las mias.

Mira de Amescua dejó vagar su triste mirada por el hermoso rostro de su amada, como si se despidiera de él para siempre. Su language, su ademan, su repentina serenidad, pues serenidad podia llamarse la calma dolorosa que lo dominaba, revelaban que habia adoptado una de esas determinaciones irrevocables que deciden del porvenir.

— Sí, voy á echarme á los piés del rey, exclamó conteniendo la exaltacion que brotaba á su pesar de lo mas íntimo de su pecho, le ofreceré mi cabeza por la de vuestro esposo; le contaré la historia de mi amor para que comprenda que si la ley hiere al conde, destroza vuestro corazón, y destrozando vuestro corazón aniquilan tambien mi existencia. El rey es generoso, y tendrá piedad de mí, de vos y de todos los desgraciados que gimen en este momento en lo mas profundo de los calabozos. Entonces, María, brotará el perdon de sus labios y volvereis á ser feliz.

Al pronunciar esta última palabra pareció que se desgarraban las entrañas del desgraciado.

María lo comprendió así.

— ¡Oh Dios mio! ¡que no pudiera corresponder á su amor! murmuró sordamente.

— Despues, prosiguió el poeta, cuando vuestro esposo vuelva á vuestros brazos, cuando no tengais que temer al cadalso ni al verdugo, esas eternas pesadillas del criminal, despues, María, os diré:— Hé aquí mi obra; he matado mi esperanza, he concluido con mi alma. Solo os pido un recuerdo para este infortunado.

—Ese recuerdo será eterno, exclamó María, dominada por igual exaltación: ya que hay diques sociales que se han opuesto á que yo os comprenda hasta ahora, mi pensamiento y mi corazon serán vuestros, mi fé y mi persona serán del conde.

—No, no, exclamó Mira de Amescua estremeciéndose, me perderia para siempre si llegase á comprender que podiais amarme. Hablemos de vuestro esposo. Si, de vuestro esposo, María, que se encuentra sentenciado á muerte; del perdón que es preciso alcanzar. Me seguireis á palacio, y en un caso dado os presentaré al rey. Además de esa gracia tengo que pedir—le otra!

—¡Otra!

—Sí, María, único amor de mi vida, postrer consuelo de mi existencia, luego que seais feliz quiero solicitar del rey el permiso para retirarme de la corte.

—¡Vos! exclamó la hermosa, revelándose en aquella esclamacion un interés mas vivo que el de su amistad.

—Sí.

—¿Y adónde pensais retiraros?

—Lejos de Madrid en busca de la soledad, única compañera de mi vida. Hace quince años que, desesperado por no poder alcanzar vuestro amor, quise seguir la carrera de sacerdote. Una cosa que ardía en mi alma, el exceso de genio que me dominaba, me condujo á Madrid, y desde entonces no he llevado adelante mi resolución, desvanecido en esta Babel con los mezquinos triunfos de mi talento. Ahora fuerza es que para ser feliz me aleje de donde estais vos, María. Voy á retirarme bajo la tranquila sombra de un templo: allí pasará el resto de mis dias, derramando lágrimas sobre los recuerdos de nuestra existencia.

—¿Y esa determinacion es invariable?

—Como lo es el sol, señora.

—Comprendo vuestro sacrificio, exclamó la condesa; aceptad el mio; angustia por angustia, llanto por llanto.

—¡Oh! al fin vuestro corazon ha comprendido al mio.

—Sí, pero ese secreto que en este instante acabo de revelaros que baje con vos á la tumba. Es mi último ruego.

Contempló Amescua á María con un arrobamiento que parecia un éstasis; tomó una de sus manos temblorosas, y exclamó:

— ¡Por qué, Dios mio, tanta desgracia en medio de tanta felicidad!

— ¡Por qué tanta felicidad en medio de tanta desgracia! contestó la condesa.

Pero el poeta no podia resistir el dolor que le ahogaba. Hubiera muerto si se hubiese prolongado aquella escena desgarradora.

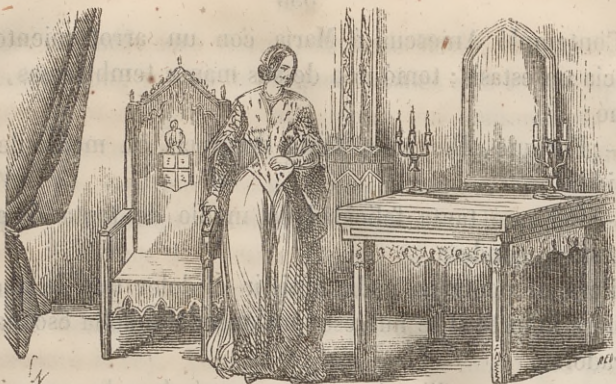
— Acabemos, dijo de pronto, pasándose la mano por la frente, hemos apurado el cáliz de la amargura, hemos fijado nuestro destino, acaban de comprenderse nuestras almas, las cuales se buscaban como dos cariñosas hermanas en el espacio del pensamiento y de la naturaleza. Temblaríamos de nosotros mismos si siguiésemos adelante. María, vuestro esposo está sentenciado á muerte: hé aquí el grito de alarma que pronunciásteis al entrar en esta habitacion: corramos á salvarle: un minuto es un siglo: seguidme: sino hay esperanza, yo seré vuestro hermano para enjugar vuestro llanto. Si el rey tiene piedad de los desdichados, yo os entregaré á vuestro esposo para que de nuevo os sonría la felicidad.

— Ya os sigo, contestó la trémula condesa. La mirada de Dios nos guie.

— La Virgen Santa nos proteja.

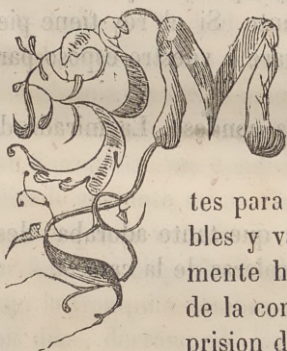
Y tomando de la mano á la mujer que tanto adoraba, desapareció con ella por las tortuosas escaleras de la casa.





CAPITULO XLV.

De como el llanto se suele convertir en satisfaccion.



MIENTRAS se verificaba la escena desgarradora que acabamos de describir, y en tanto que Mira de Amesgua se dirigia al alcázar real, Felipe IV daba órdenes terminan-

tes para que se reuniesen en palacio los nobles y valientes caballeros que tan heroicamente habian contribuido al descubrimiento de la conjuracion del conde de Liches, y á la prision de los culpables.

Quevedo fué el primero que se presentó en los salones del palacio, recibiendo multitud de felicitaciones de los gentiles hombres y cortesanos que esperaban la salida del rey y de la reina, á las cuales contestaba el sarcástico poeta con una risita falsa y con palabras que cada una tenía la punzante gracia de un epigrama.

Los capitanes don Cárlos de Vargas y don Baltasar Venayas habian ido á situarse como de costumbre en el camino de

Fuencarral, creyendo que con su perseverancia lograrían al fin conocer á los encubiertos que de noche se deslizaban por el camino; pero cuando ya estaban en acecho recibieron la órden del rey, y tuvieron que dejar á Cañizar y Monachil con el encargo de vigilar por ellos.

Mas luego que estos dignos escuderos se vieron solos se tendieron en el suelo, y se echaron á dormir como unos patriarcas, pues aun no habían descansado desde que en mala hora llegaron á Madrid.

Pocos minutos despues Carlos y Baltasar estaban en las galerías del palacio, donde descubrieron á Quevedo que se burlaba de muchos cortesanos.

El poeta salió á recibirlos y les dijo:

— Bien venidos, modernos caballeros andantes: os cuadran admirablemente los siguientes versos:

Mis arreos son las armas,
mi descanso es pelear;
mi cama las duras peñas,
mi dormir siempre velar.

Carlos contestó, desplegando una amarga sonrisa:

— ¡Ah! no os burleis de dos desgraciados.

— ¡Desgraciados! ved en esa palabra la ironía de la muerte. ¡Desgraciados vosotros, cuando el rey os llama para recom— pensaros el gran servicio que le habeis prestado!

— ¿Y qué? observó Baltasar; no ambicionamos ni los honores, ni las riquezas. Solo queremos encontrar á las dos jóvenes que ya sabeis.

— ¡Diablo! ¡siempre con Laura y Argentina! ¡siempre con la misma cancion!

— Los que tenemos la desgracia de estar enamorados, no sabemos hablar de otra cosa.

Quevedo hizo un movimiento indefinible, pues lo mismo podia marcar la indiferencia que el interés, y en seguida fué á colocarse en la puerta por donde debia salir S. M.

Despues de estar esperando un gran rato, se acercó á un cortesano que estaba inmediato, y le preguntó:

— ¿Por qué tarda el rey en salir?

—Parece que ha recibido en audiencia particular á una dama del teatro, contestó el interrogado.

—¡A una dama del teatro!

—Sí; ya os consta que S. M. es sumamente aficionado á los cómicos.

—Y particularmente á las cómicas, replicó el poeta, aludiendo á los antiguos amores con la Calderona.

Como no todos tenían el atrevimiento de decir la verdad en aquel sitio, las palabras de Quevedo causaron no pocos murmullos y no pocas sonrisas.

Poco despues se supó que la cómica era Josefa Vaca, y que venia á pedir el perdon de los conjurados.

Fácilmente para los que estaban al alcance de las crónicas de la corte comprendieron qué vida era la que se queria salvar.

Entonces recayeron todas las conversaciones en el acontecimiento que acababa de aterrar á la España; se habló de los reos, de su arrepentimiento, y de la conformidad y resignacion conque esperaban la muerte.

Siempre hay en el corazon humano un lugar recóndito donde existe la compasion. Aquellos espíritus extraviados la merecian.

De pronto abrióse la puerta de la cámara real y un ugiér anunció al rey, el cual se presentó en seguida acompañado de la reina.

Felipe IV apareció pálido y conmovido tal vez; vestia rigurosamente de terciopelo negro, resaltando tan solo sobre su pecho los eslabones del toison de oro; su mirada noble y activa, esa mirada que nos ha conservado Velazquez con tanta propiedad, se fijó en todos los semblantes.

Los cortesanos se apresuraron á imitar el grave aspecto del monarca, el cual avanzó con su esposa, saludando á todos, hasta ir á sentarse en un sillón que tenia preparado en el fondo de la galeria.

La reina hizo lo mismo.

Comprendíase al primer golpe de vista que algun vivo sentimiento aquejaba á las personas reales, y como Felipe IV per-

maneció silencioso por algunos instantes, todos guardaron un silencio profundo.

—Señores, exclamó por último, me aqueja el dolor de que muchos nobles de mi corte en vez de ocupar un sitio al lado de mi persona, se encuentren encerrados en una lóbrega capilla, recibiendo los últimos auxilios de la religion. Las pasiones humanas, mas superiores á veces que la razon, han producido el extravío de algunos ilusos. La justicia cumple con su deber, y Dios tenga piedad de sus almas.

Estas últimas palabras hicieron temblar aun á los mas des-
preocupados.

El rey prosiguió:

—Todos sabeis la triste historia de esos sucesos que quisiera borrar de mi reinado, aun á precio de mi sangre. Mi vida, la de mi esposa, las de todos vosotros y las de vuestras familias se han salvado por el arrojo de cuatro caballeros que todos conocéis: tres de ellos se encuentran aquí, y pronto debe llegar el que falta. Seria el mas ingrato de los reyes si no recompensára esos generosos sacrificios. Acercaos pues, señor don Francisco de Quevedo, y vosotros tambien, señores don Cárlos de Vargas y don Baltasar Venayas: vuestro rey os debe su existencia y la de su familia: pedid el premio que querais. Por grande que sea, el rey de España sabrá cumplirlo fielmente.

Los tres caballeros llamados por Felipe IV se acercaron á él, y le besaron la mano. Todos estaban conmovidos al presenciar aquella sencilla escena.

—Sepamos qué es lo que deseais, mi buen Quevedo, volvió á decir el rey.

—Señor, contestó el poeta con su natural desenfado, cualquiera que hubiese recibido una autorización como la que nos concede V. M., se tragaria á una provincia de vuestros reinos, ó todo el oro de vuestras arcas reales. Yo me contento con poco.

—Bien, di lo que quieres.

—Por ahora, permiso para ser el último que me valga de vuestra generosidad.

—Principiaron al punto los cuchicheos y las sonrisas, pues las cosas de Quevedo comunicaban el buen humor á una corte tan grave.

—Haz lo que quieras, contestó el rey; siempre tienes el privilegio de tu voluntad.

El poeta se inclinó respetuosamente, y fué á colocarse á espaldas del sillón ocupado por el rey.

—Ahora os toca á vosotros, prosiguió el monarca, dirigiéndose á Carlos y Baltasar. Teneis mi real palabra.

Los dos jóvenes ansiaban este momento para referir al rey su amor, la desaparicion de Laura y Argentina, y pedir su proteccion para buscarlas, aunque fuese en el extremo del mundo.

Quevedo leyó en los ojos de Carlos y Baltasar lo que iban á decir, y antes de que estos desplegasen sus labios se apresuró á pronunciar estas palabras:

—Señor, me encargo de responder por esos dos jóvenes. No comprenden su interés, y conviene que por ahora suspenda V. M. su generoso proceder.

Nuestros enamorados estuvieron á punto de reducir á polvo con su mirada al importuno vate. No podian comprender por qué en dos ocasiones solemnes los habia interrumpido.

Acaso este incidente hubiera pasado adelante; pero vióse avanzar al poeta Mira de Amescua por el extremo de la galería, y esto dió un diverso giro á todos los pensamientos, y el mismo rey fijó en él sus ojos.

Todos pudieron comprender que algo de extraordinario pasaba en la fisonomía del modesto autor de *La Fenix de Salamanca*.

Acercóse al rey, y doblando una rodilla le besó las manos.

—Esperaba vuestra llegada, exclamó Felipe IV; debo á cada uno de vosotros una recompensa por el heroico arrojo con que habeis salvado á Madrid de una espantosa catástrofe, y solo vos haceis falta para que vuestro rey se apresure á llenar los deseos que mas os agraden.

—¡Oh señor! exclamó el poeta con voz clara que pudo oírse de un extremo á otro de la galería, puesto que la generosi-

dad de V. M. se anticipa á mi pensamiento, le manifestaré que solicito dos gracias en vez de una.

— Están concedidas, contestó Felipe IV.

— ¿Me empeña V. M. su real palabra? preguntó Mira de Amescua sin levantarse.

El rey miró al poeta con estrañeza, pues en el modo de hacer aquella pregunta se descubría una segunda intencion.

— La empeno.

— En ese caso, señor, dijo con el acento conmovido, en nombre de esa palabra poderosa, en nombre de los sentimientos generosos de V. M., del dolor de una infeliz esposa que en este instante sufre los tormentos mas crueles, pido por primera gracia que el rey de España, siempre espléndido, siempre magnánimo, perdone el estravío de un desgraciado, concediéndole la vida.

Un murmullo de aprobacion resonó en toda la corte, demostrando su asombro por el atrevimiento del poeta, y su satisfaccion por la demanda que hacia.

Felipe IV, mas pasmado que ningun otro, hizo un movimiento con las manos como si quisiera rechazar semejante súplica.

— ¿Quién es el reo por el que solicitais mi perdon? preguntó con severidad.

— El conde de Montellano.

— ¡El conde de Montellano! ¡El que fué mi amigo, y me ha pagado con tan horrible ingratitud! Imposible.

— Entonces, señor, contestó Mira de Amescua con noble valentía, la historia, fiel intérprete de la verdad, tendrá que manchar una página cuando escriba la de vuestros dias; consignará que el rey mas generoso de España ha faltado á su palabra, solo porque el verdugo se cebe en un genio estraviado.

— ¡Ah! exclamó el rey, poniéndose de pié y colocándose una mano sobre el corazon, la historia, caballero, no podrá hacerme justicia, pero tributará sinceros elogios á mis sentimientos. Puede ser que se me tenga destinado un triste renombre, yo que hubiera podido dominar el mundo si hubiera tenido á mi lado una inteligencia superior que me llevase de

la mano á través de los azares de mi reinado ; pero la época y la decadencia de las cosas nos han reducido á muy tristes condiciones. Ahora que se apela á mi generosidad, quiero manifestar que soy aun mas generoso de lo que la razon y la justicia reclaman. No porque vos me lo habeis solicitado , sino porque es así mi voluntad , perdono al conde de Liches , al conde de Montellano y al duque de Medina Sidonia. Mi condestable de Castilla hará que se cumpla la órden , y que estos tres caballeros sean puestos en libertad. Felipe IV los perdona como rey y como hombre ; que el mas profundo olvido caiga sobre los tristes sucesos que todos deploramos , y en mi indulgencia encuentren los culpables arrepentimiento como un saludable terror para el porvenir.

Tan grande fué la alegría que estalló en derredor del monarca que muchos derramaron lágrimas, no sabemos si verdaderas ó por adulacion.

— ¡ Viva el rey ! gritó Mira de Amescua , poniéndose en pié.

Este grito se repitió á lo largo de la galeria.

Felipe IV, verdaderamente agitado , se acercó á un caballero de la corte , y le dijo algunas palabras que nadie pudo entender.

El caballero se introdujo inmediatamente por una puerta.

Mientras tanto el digno poeta que habia logrado el perdón del rey se dirigió , fuera de sí , al extremo de los salones , y en breve apareció conduciendo de la mano á la hermosa condesa de Montellano , que se presentó con ese abandono que comunica el dolor , y que interesa mucho mas en circunstancias tan solemnes como la presente.

El poeta estaba tan pálido como el mármol.

— Señora , dijo aquel señalando al rey , S. M. os concede la vida de vuestro esposo. Sed feliz como lo desea mi corazón.

María cayó á los piés del monarca y los bañó con sus lágrimas.

El rey y la reina se apresuraron á levantarla. La agitacion que le dominaba le impedia hablar ; pero estaba tan hermosa , conmovia de tal manera su dolor , que Mariana de Austria lloró con ella su desgracia y su felicidad.

Luego que se hubo tranquilizado algun tanto, el rey le dijo:

—Id, señora, id, y que se rompan ante vuestra hermosura y ante vuestro pesar los cerrojos de los caballeros. Os devuelvo á vuestro esposo para que le enseñeis á amarme; os devuelvo vuestro amor para que seais feliz. Aquí está mi perdón, prosiguió, estendiéndolo en un papel, el cual lo entregó al condestable; él sea un eterno recuerdo de que sé olvidar las ofensas humanas, con tal de encontrar vasallos fieles y leales. En esta obra generosa os acompañará otra mujer, á quien vos en esta ocasion debeis perdonar. Es digna por mas de un concepto de vuestra estimacion; me ha pedido con tanta vehemencia la vida del conde, que bien merece ser mensagera de la nueva que volverá la alegría á tanto corazon desengañado.

Al hacer esto hizo una señal, y el cortesano, que habia desaparecido, se presentó llevando de la mano á la bella Josefa Vaca.

Cuando se vieron esta y Maria corrieron la una á la otra y se abrazaron con profunda efusion.

—¡Se ha salvado! dijo la condesa á su rival.

—¡Dios bendiga al rey! contestó la cómica sollozando.

Esta singular escena, que surgia tan llena de interés y novedad, hizo que todos fijasen en ella su atencion.

—Ahora, prosiguió Maria, corramos, abreviemos los instantes, es preciso que mi esposo no sufra mas.

—Sí, sí, corramos, exclamó Josefa, casi perdido el juicio de alegría. Despues, cuando la dicha os haya saludado con su sonrisa, os daré mi último adios.

Y aquellas dos mujeres olvidadas de sí mismas, como si estuviesen completamente solas, salieron detrás del condestable, que se alejaba con el perdón en la mano.

Ha concluido el primer acto de la comedia, cuando todo quedó en un silencio completo.

Esta ocurrencia, despues de tan repetidos accidentes, causó una risa general, pues toda aquella corte, tan grave y tan seria, queria tener una ocasion para desechar el profundo malestar que habia experimentado hasta el feliz desenlace que acababa de verificarse.

El rey, que habia recuperado su estado normal, esto es, una seriedad perpétua, se acercó á Quevedo, y le dijo: —

—Creo que es mas trágico que cómico lo que acaba de suceder.

—Siento no ser de la opinion de V. M., contestó Quevedo; todo acaba á pedir de boca.

—Sin embargo, hay lágrimas y dolores.

—¡Accidentes muy comunes en la vida! Además, la funcion no ha concluido todavía, por lo que no se puede juzgar hasta que se concluya.

El rey fijó en el poeta una mirada asaz curiosa y profunda.

—¿Qué falta pues? le preguntó.

—Aun no hemos salido del capitulo de las *gracias*, ó sean las recompensas reales.

—Es cierto.

—En ese caso, aquí tiene V. M. á estos dos capitanes, que pueden describirse con estos versos de mi amigo Mira de Amescua:

Calceta medio botarga,
jubon con punta de armar,
ferreruelo al carcañal
y la ropilla ancha y larga.

Una nueva risa brilló en los labios de la multitud.

Cárlos y Baltasar no sabian lo que Quevedo queria hacer con ellos.

—Y bien, replicó Felipe de mejor humor, sepamos qué desean estos dignos caballeros: el rey está pronto á concederles cuanto pidan.

Los dos amigos se apresuraron á inclinarse en muestras de gratitud, y antes de que Quevedo pudiese interrumpirlos, Cárlos tomó la palabra.

—Señor, muy corta es nuestra ambición; demasiadas recompensas hemos merecido ya de V. M. para apetecer honores de que no somos dignos. Mas ya que V. M. se muestra propicio para honrarnos con su favor, nos limitaremos á pedirle una cosa que no dudamos alcanzar.

—Sea lo que gustéis, contestó Felipe.

—Hace unas seis noches, prosiguió Cárlos, que en las intermediaciones de la parroquia de San Andrés fueron robadas dos jóvenes por unos desconocidos.

Al oír estas palabras, el rey se puso éstraordinariamente pálido. Un oculto sentimiento acababa de herir su corazón.

Buscó á Quevedo para que este con su genio pudiera distraer la atención de los cortesanos, pero Quevedo había desaparecido.

—¿Y quiénes son esas jóvenes? preguntó el monarca dominando su turbación.

—Dos lindas hermanas que vivían en Puerta de Moros.

—¿Sabeis sus nombres?

—La una se llama Laura, la otra Argentina. Esas jóvenes, eran nuestro amor, nuestra esperanza, nuestra felicidad: hace seis noches y seis días que no hemos cesado de buscar su paradero; pero solo hemos perseguido á misteriosos personajes, que cruzaban de noche el camino de Fuencarral acaso con el objeto de ir á visitarlas.

—¿Y tanto las amais, que las anteponeis á otros deseos mas elevados?

—Sin ellas, contestó Cárlos, no queremos otra felicidad, por eso, señor, pedimos vuestro poderoso auxilio.

—Yo os lo prometo solemnemente, contestó el rey alzando la voz. Haré que esas jóvenes sean buscadas, ofreciéndome á ser el padrino de vuestras bodas.

Como si estas palabras hubiesen tenido un poder mágico, se abrió de pronto una puerta lateral, en la que apareció Quevedo llevando de la mano á dos hermosísimas jóvenes cubiertas de rubor y de vergüenza.

—¡Laura! exclamó Cárlos, arrojándose hácia aquella puerta dichosa en la que aparecía su amor.

—¡Argentina! gritó al mismo tiempo Baltasar, siguiendo los pasos de su amigo.

Las dos jóvenes recompensaron estas exclamaciones con miradas dulces é inefables.

—¡Oh! ¡son ellas! murmuró el rey sordamente.

A esta repentina é inesperada escena toda la corte lanzó un unánime clamor de alegría.

Quevedo, que comprendia el efecto de las impresiones del momento, no titubeó en avanzar hasta acercarse al rey, siempre acompañado de las dos hermosas.

Detrás aparecia el señor Kappeler con su peluca nueva, y un pomposo traje de escudero. Lloraba de placer, y con una mano se enjugaba las lágrimas, y con la otra sostenia unos papeles.

Tan exótico personage no dejó de llamar la atencion de los cortesanos.

Quevedo tomó la palabra.

—Para que se cumplan las lisonjeras esperanzas que V. M. ha ofrecido á los dos capitanes, tengo el honor de presentarle las dos hermosas jóvenes que con tanta justicia se reclaman. Las acabo de encontrar como Perseo encontró á Ariadna. Resta tan solo el que V. M. cumpla su palabra.

—Como la boda no se ha de verificar en este momento, nada hay que hacer ahora sino alabar el lindo argumento de vuestra comedia, contestó Felipe IV con resignacion.

Y conduciendo á Quevedo á un extremo de la galería, mientras que los amantes se entregaban á una felicidad que no habian soñado siquiera, le hizo esta pregunta:

—¿Qué significa esto?

—Dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César, replicó el poeta con un tono que no carecia de solemnidad. V. M. en un momento de caballeresco entusiasmo mandó robar á esas jóvenes que pertenecian á dos de vuestros mas leales servidores; una prueba de seis dias, os ha demostrado que no se puede vencer á la verdadera virtud: por la tanto he hecho que sean conducidas á palacio, y así evito á V. M. una humillacion, y consigo que aparezca tal como es y ha sido siempre Felipe IV.

Esta noble franqueza conmovió al rey.

—Tienes razon, amigo mio, le dijo; me has salvado y te doy las gracias.

Volviendo en seguida á su corte, no repuesta de tanta agradable sorpresa,

— Como veis, señores, prosiguió, nuestros buenos poetas don Antonio Mira de Amescua y don Francisco de Quevedo se han propuesto en esta noche, la mas feliz de mi vida, improvisar una hermosa comedia cuyo argumento va pasando ante nosotros sucesivamente. Aun creo que no ha terminado.

— Estamos en el desenlace, contestó Quevedo con su hiperbólica sonrisa; hemos llegado al punto mas culminante, y reclamo la atencion de la concurrencia. Observo en mas de una mirada que se me hace la siguiente pregunta: ¿Quiénes son estas dos jóvenes que como dos gotas gemelas de rocío caídas del cielo aparecen en los salones reales? Voy á contestar, señores, pero ruego que no las mireis tan descaradamente: ellas no comprenden el idioma algun tanto cínico de vuestros ojos.

Un silencio profundo se estendió en la concurrencia al oír la perorata de Quevedo.

Cárlos y Baltasar temblaban de alegría.

— Señores, prosiguió el poeta, hace algunos años, ya lo recordareis, que el difunto don Luis de Haro, sucesor del otro difunto, el conde-duque de Olivares, marchó á Portugal para echar á perder tal vez una de nuestras mejores campañas. Conoció allí á una noble dama portuguesa, cuyo nombre respeto y callo; mas como el dios Cupido es de suyo traicionero y pérfido, enredó de tal modo los corazones de estos dos personajes, que el resultado fué el que naciesen estas dos flores, cuya existencia habeis ignorado todos vosotros. El misterio debia durar hasta la muerte del egregio tallo de donde brotaron. No existiendo, pues, ni el padre ni la madre de estas dos hermosuras, este anciano que las acompaña desde su niñez, el honrado, el bueno, el célebre suizo, señor Kappeler, cumplirá delante del rey y de toda su corte con la postrera voluntad de don Luis de Haro, último ministro de la corona.

Si estraordinaria fué la sorpresa que produjo el discurso de Quevedo, mas lo fué cuando vieron al señor Kappeler avanzar hasta donde estaba el rey, y entregarle los papeles que tenia en la mano, y que recibió de don Luis en el momento de su agonía.

Felipe IV los tomó, y despues de haberlos examinado rápidamente dijo:

— Don Luis de Haro deja una renta anual de cien mil escudos para cada una de sus hijas sobre sus tierras libres de Vizcaya; presenta un reconocimiento legal legitimándolas, y las inviste de todos sus títulos, preeminencias, honores y gerarquías. En su consecuencia, prosiguió el monarca, devolviendo al señor Kappeler los documentos, al mismo tiempo que reconozco tan justos derechos, invisto con el título de condesas á estas dos jóvenes que de un modo tan extraño se presentan en nuestra corte. Respecto á sus futuros esposos, los doy el nombramiento de coroneles de dos de mis regimientos, quedando bajo mi proteccion. Señores, dentro de ocho dias se celebrarán sus bodas en palacio: el padrino de ellas os convida.

Cárlos y Laura, Baltasar y Argentina se cubrieron con una mirada de inefable felicidad. Con las últimas palabras del rey se completaban los sueños que habian concebido.

Renunciamos por tanto á explicar sus sensaciones.

Todos estaban silenciosos y conmovidos.

Despues de una larga pausa,

— Creo, dijo el rey, que se ha acabado vuestra comedia, Quevedo.

— Queda lo último, señor, contestó este, en cuyos ojos aparecia una lágrima rebelde.

— Habla.

— Mira de Amescua y yo esperamos que V. M. nos otorgue la recompensa que se nos tiene ofrecida.

— Es cierto: ¿qué quieres tú, mi buen Mira de Amescua?

— Señor, he alcanzado un favor supremo de V. M., y con esto hay suficiente.

— Me pedistes dos gracias: la una está concedida. Di la otra.

— Señor, vengo á solicitar de V. M. que me permita retirarme de la corte.

— ¡Tú! ¡uno de los mas ilustres ingenios de mi época!

— He resuelto hacerme sacerdote. Quiero consagrar mi alma á Dios, así como consagraré mis recuerdos á V. M.

— En ese caso aplaudo tu determinacion. Quedas nombra—

do capellan real en la capilla de los reyes católicos de Granada. Ahora, Quevedo, ¿qué ambicionas?

— Amar mucho á V. M., y atreverme á darle un consejo, contestó el poeta.

— ¿Qué consejo es ese? preguntó Felipe IV, admirando á aquel hombre superior.

Quevedo se aproximó al oído del monarca, y le dijo:

— Que V. M. comprenda que no es fácil *cazar palomas* tan lindas como las dos que en esta noche han inundado su corazon de felicidad, practicando acciones tan generosas.





EPÍLOGO.



El autor de esta modesta obra declara que nada le queda por decir de lo que deja dicho; pero habiendo llegado un documento á su poder en una de esas investigaciones arqueológicas y científicas á que suele dedicarse, ó como si dijéramos, en una de esas escursiones que hace sobre los libros de las bibliotecas, y sobre el empolvado cartapacio de muchos manuscritos, no teme reproducir dicho documento, seguro que lo agradecerán sus lectores.

El autor copia pues la siguiente carta, suscrita por uno de los muchos bachilleres de aquella época.

«Madrid á 20 de Noviembre de...»

(La fecha está roída de los ratones.)

«Mi reverendo padre Girasol: en la penosa tarea que me he propuesto de ponerle al corriente de los sucesos mas notables de esta villa, hoy tengo un grande arsenal de ellos en gratitud de cuando recibí en esa inclita universidad de Salamanca las nociones de filosofía y de derecho que vos con un talento superior supisteis inculcarme.»

«Llevo el objeto además de darle datos y pormenores de lo que pasa aquende del Guadarrama, por si algun dia le tienta el deseo de escribir alguna crónica ó historia, que tanto vale: la cual, como no dudo, saldría pulida, limada y con todas las sutilezas notorias de que tanto abunda su digno ingenio.»

«Es el caso, que aun no he principiado todavía, pero ya es tiempo que me explique para que la impaciencia de vuestra paternidad no suba de punto, tanto mas, cuando las cosas que tengo que contarle son de gran bulto y han causado no poco estrépito en la gente alta y baja de esta corte.»

«Supongo que ya habreis sabido lo de *la mina*, pues tal han denominado un hecho del que no he encontrado copia y ejemplo desde Jenofonte hasta nuestro eruditísimo Juan de Mariana. Esto ha sido una Babel por muchos dias, pues el tal hecho es una obra del diablo y no de los hombres.»

«Parece que unos cuantos descontentos enterraron veinte quintales de pólvora en los sótanos del teatro del Buen Retiro con la maligna intencion de prenderle fuego cuando estuviese toda la corte reunida, lo que así se verificó, llegando el caso hasta de encender la mecha; mas la Providencia, que velaba por la salvacion del rey y de toda la corte, dispuso las cosas de otro modo, y todo quedó descubierto en pocos instantes, presos los delincuentes y entregados á la justicia.»

«Esta despachó la causa en dos dias; pero el rey, que es la suma bondad, ha perdonado á los principales delincuentes, si bien otros han sido ahorcados para que las leyes y la sociedad ultrajada queden en el lugar que les corresponde.»

«Mucho me estenderia sobre los detalles de este atentado, pero creo repetiria lo que ya sabreis por conductos mas autorizados. Me limitaré por tanto á otros pormenores secundarios, que no por eso dejan de ser menos interesantes.»

«El conde de Liches, que ha sido el gefe de la conjuracion, ha dado muestras tales de arrepentimiento, en virtud de la generosidad del rey, que ha solicitado pasar al ejército de Portugal para derramar su sangre y perder su vida en defensa de aquel á quien quiso quitársela. El rey le ha otorgado el pa-

se, y se espera que espie su crimen de un modo digno y célebre.»

«El conde de Montellano, otro de los rebeldes, se ha retirado al castillo de la Calahorra, pueblo de la Andalucía, donde vive oscuramente con su esposa. Por el padre capellan de estos señores sé que son felices, y pasan la vida en el amor de Dios, haciendo continuas obras de caridad.»

«El duque de Medina Sidonia, otro de los perdonados, es hoy el mas leal y el mas cumplido caballero de la corte. Tal ha sido el resultado producido por la generosidad del rey.»

«Aqui se han acabado las diversiones, los teatros, los sa-
raos y otros regocijos públicos. Bien es verdad que ha faltado uno de los principales elementos, pues una famosa cómica llamada Josefa Vaca se retiró de las tablas de resultas del susto que sufrió con la ocurrencia de *la mina*; y desde entonces quedó la compañía sin este papel. Han dicho en estos dias que dicha cómica ha muerto en un oscuro pueblo del reino de Leon.»

«Con referir á vuestra reverencia todas estas cosas, que no dejan de ser tristes, me he olvidado comunicaros otros sucesos asaz placenteros y alegres.»

«Se ha verificado un matrimonio hace ya algun tiempo, del que fué padrino S. M. Dos jóvenes que se han labrado una fortuna colosal por aquello de Cervantes de que *el que á buen árbol se arri—buena sombra le cobi—*, se han casado nada menos que con dos hijas naturales del difunto ministro don Luis de Haro.»

«Hablan maravillas de las bellezas de estas dos señoras; pero yo, que soy como Ulises, que me tapo con cera los oidos para no oir alabanzas profanas, refiero únicamente lo que oigo *relata refiero.*»

«Lo único que diré con referencia á este asunto es, que siendo amigo de los criados de los dos novios, estos me han contado que el reverendo padre lector de San Francisco, anciano sacerdote que ha educado á uno de ellos, fué el que les echó las bendiciones, siendo de notar que entre los concurrentes se distinguia, por la estraña riqueza de su trage, una cal-

derera de Puerta Cerrada, á quien llaman la señora Marta.»

«Monachil y Cañizar, que son los nombres de los dos criados, han solicitado de sus amos entrar de legos en el convento de San Francisco, pues el carácter de estos dos pacíficos fámulos se dá mas á las cosas de la Iglesia que á las fatigas de la guerra. Oírles contar sus aventuras es para gozar un rato, pues han pasado mucha hambre, de la cual se resarcen ahora comiendo á dos carrillos.»

«Otra de las novedades que mas ruido han hecho en la corte es la retirada de ella del célebre poeta don Antonio Mira de Amescua: se ha hecho sacerdote, y en la actualidad se encuentra en Granada.»

«El rey está triste y se temen desagradables noticias de Portugal. Os participo la muerte de Nicolasico Pertusano, bufon del rey. Mari Barbola, su mujer, está inconsolable.»

«No tengo otra cosa que manifestar á vuestra reverencia: de todo lo que suceda le iré informando escrupulosamente: mientras, se le ofrece su humilde y respetuoso servidor y discípulo

EL BACHILLER CAMPANILLAS.»

Hasta aquí la carta del Bachiller, que nosotros presentamos copiada al pié de la letra para satisfaccion de nuestros lectores. Todo comentario posterior lo creemos inútil.

FIN DE ESTA NOVELA.

RECTIFICACIONES.

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LEÁSE
6	42	Granada	Graena
9	42	la ropa,	la ropa y
40	4	Aldeires	Aldeire
40	4	Lantena	Lanteira
40	4	Alguife	Alquife
40	4 y 5	Ferrer	Jerez
47	48	marqués	conde
47	49	rencores	rumores
29	44	Grumiro	Gracian
36	4	Delanere	Delancere
39	35	pinos	picos
40	4	verticales	vertientes
49	5	María	Aldeire
53	27	prófugo	pródigo
56	35	Nestor	Hector
74	29	piquetes	gigantes
87	46	Gimeno	Ismeno
94	4	don Diego	don Luis
94	46	Margarita	Argentina
97	9 y 10	de Uceda	del palacio de Uceda
98	42	Memmosine	Mnemosine
99	46	García	Gracian
406	48	arista	cenizas
440	4	Querido;	Quevedo,
442	9	garras	jarras
437	7	arca	area
437	24	bancos	yunques
498	9	ansia	ama
205	47	severidad	serenidad
260	49	huyen	hay en
279	26	cuero	acero
280	8	Naval	Nabab
287	46	desgarrado	desgraciado
306	4	visteis	oisteis
340	47	puesto	penetró
366	27	malicia	noticia
374	44	Merópali	Necrópoli
379	28	asombrándose	acordándose
382	5	pulgosas	pulposas

La circunstancia de hallarse ausente el autor y no haber podido corregir las pruebas, ha sido la causa de haberse cometido algunas erratas, debidas en su mayor parte á haberse compuesto con la copia de la novela y no con el original mismo del autor, por haberse quedado con él el Sr. Censor. Lo sentimos, porque como habrán observado nuestros suscritores nuestras ediciones van siempre limpias de erratas.

ÍNDICE

de los capítulos contenidos en esta novela.

PRÓLOGO.

	PÁGS.
CAPÍTULO I. <i>Una mansion feudal en el siglo XVI.</i>	5
— II. <i>El secreto del page.</i>	17
— III. <i>El eco.</i>	24
— IV. <i>La correria de las liebres.</i>	58
— V. <i>Un abismo sin fondo.</i>	50
— VI. <i>Luchar contra la desesperacion.</i>	58
— VII. <i>El último suspiro.</i>	65

LA CAZA DE LAS PALOMAS.

CAPÍTULO I. <i>La verbeña de San Juan.</i>	76
— II. <i>De qué modo tenían fin y cabo las escenas de galanteria en el siglo XVII.</i>	87
— III. <i>El tugurio de los poetas.</i>	97
— IV. <i>Una astucia de Quevedo.</i>	111
— V. <i>El esclavo de su honra.</i>	126
— VI. <i>De como se encuentran amistades tan dignas, cual la de los tiempos mitológicos.</i>	156
— VII. <i>Mentor.</i>	147
— VIII. <i>El niño convertido en hombre.</i>	157
— IX. <i>Los embustes de una dueña.</i>	166
— X. <i>Ábrete, Sésamo.</i>	176
— XI. <i>El anillo.</i>	186
— XII. <i>Las dos palomas.</i>	194
— XIII. <i>Tobías.</i>	210
— XIV. <i>En el que se demuestra que siempre queda fuego debajo de la ceniza.</i>	221

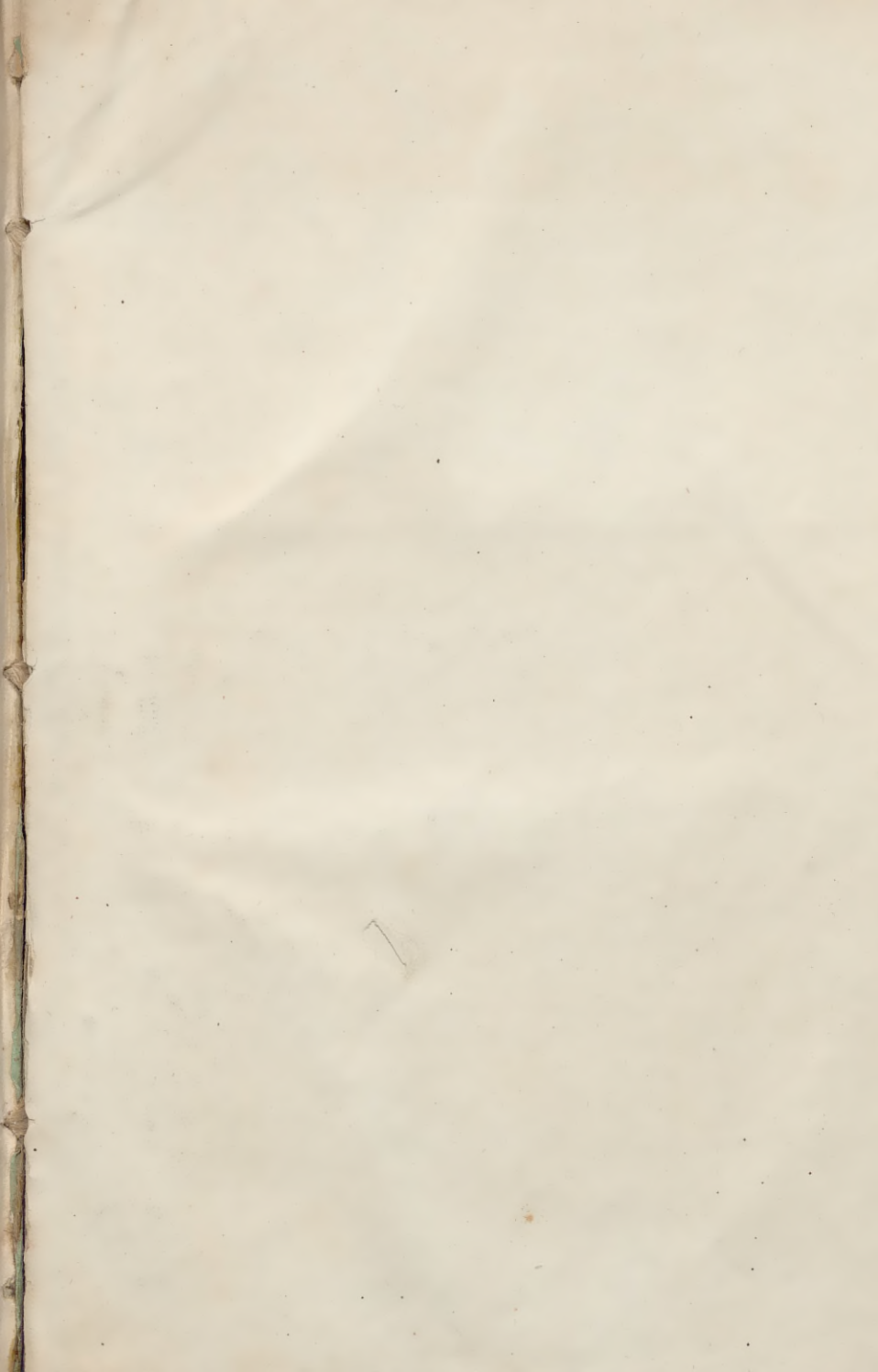
	PÁGS.
— XV.	<i>El padre y el hijo.</i> 232
— XVI.	<i>El rey.</i> 244
— XVII.	<i>¡Desventurada!</i> 253
— XVIII.	<i>Ventajas que pueden resultar de una estocada recibida en el fondo de un bosque.</i> 264
— XIX.	<i>El teatro del Buen Retiro.</i> 275
— XX.	<i>Dos corazones que se aman.</i> 286
— XXI.	<i>En el que se representa la segunda jornada de la famosa comedia El conde de Alarcos.</i> 295
— XXII.	<i>Donde se demuestra que la ocasion tiene tres cabellos, y que es bastante afianzarse de uno para ser feliz.</i> 304
— XXIII.	<i>En el que concluye la famosa comedia de Mira de Amescua entre la alegría de unos y el disgusto de otros.</i> 313
— XXIV.	<i>El cerrillo de San Blas.</i> 326
— XXV.	<i>Un general, un coronel, un conde y un poeta.</i> 339
— XXVI.	<i>Lágrimas. — Felicidad.</i> 353
— XXVII.	<i>El moribundo.</i> 364
— XXVIII.	<i>De como diez y siete mil escudos pueden pasar de unas manos á otras en cortos instantes.</i> 374
— XXIX.	<i>En el que nuestros héroes se remontaron á consideraciones eminentemente filosóficas.</i> 387
— XXX.	<i>Donde se demuestra la utilidad de las alquerías, de las encinas y de los arroyos en tiempo de guerra.</i> 401
— XXXI.	<i>Cuatro millones al español. — Dos millones al portugués.</i> 414
— XXXII.	<i>De como las ventas y los venteros no prestan suficiente seguridad á los caminantes.</i> 421
— XXXIII.	<i>La condesa de do Castello.</i> 431
— XXXIV.	<i>La reina de Portugal.</i> 439
— XXXV.	<i>En el que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.</i> 452
— XXXVI.	<i>De como la buena estrella de nuestros capitanes se eclipsa repentinamente.</i> 461
— XXXVII.	<i>En el que brilla como un relámpago un pensamiento de fuego.</i> 474
— XXXVIII.	<i>Delirium.</i> 482
— XXXIX.	<i>Dos mujeres que debian aborrecerse.</i> 490

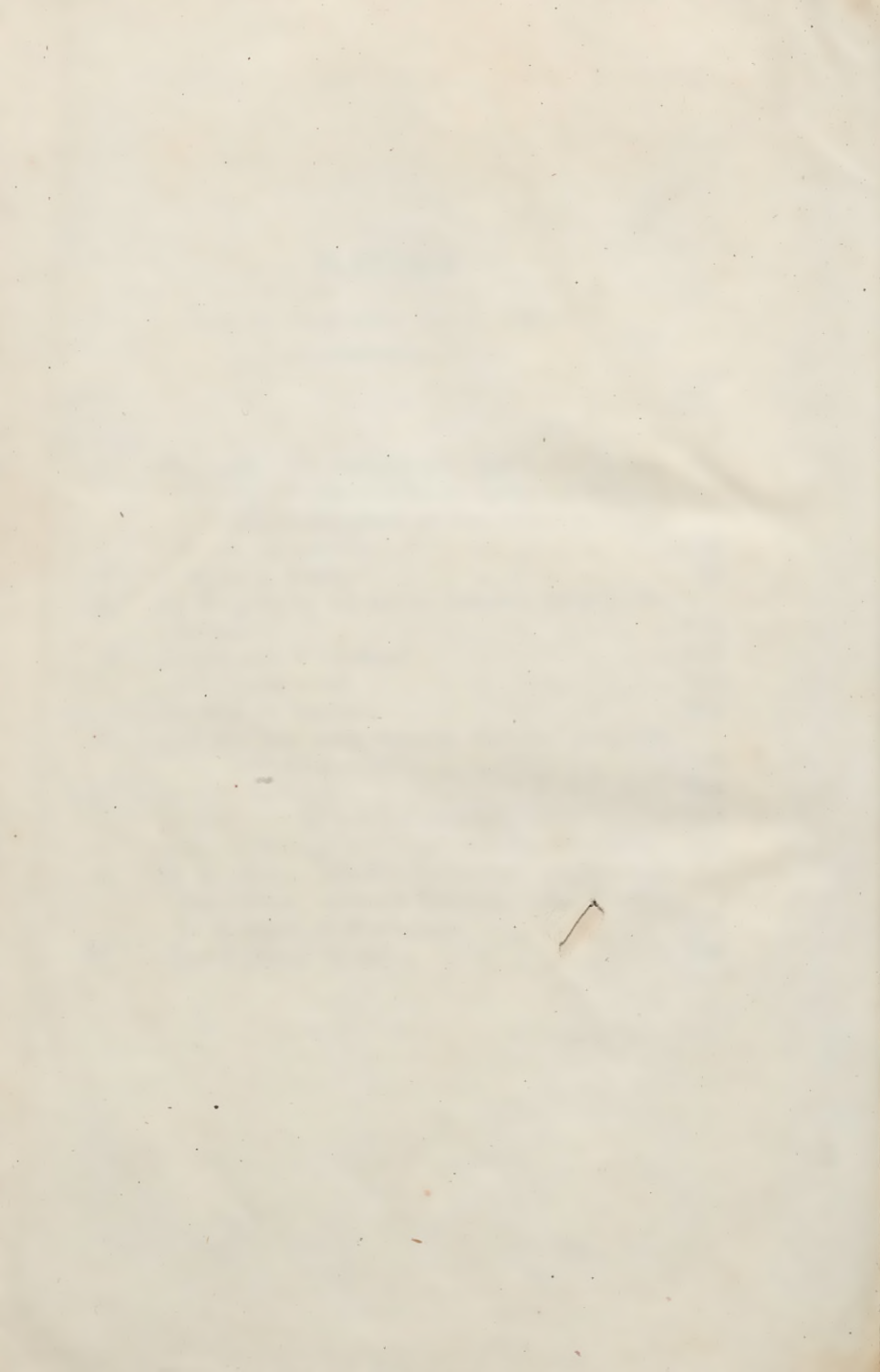
	PÁGS.
— XL.	<i>El sarao.</i> 500
— XLI.	<i>La Fenix de Salamanca.</i> 512
— XLII.	<i>La mano negra.</i> 523
— XLIII.	<i>Sursum et Deorsum.</i> 529
— XLIV.	<i>Ayes del alma.</i> 542
— XLV.	<i>De como el llanto se suele convertir en satisfaccion.</i> 554
EPÍLOGO.	 668

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

LÁMINAS.	PÁGS.
Portada.	1
1. ^a ¡Miserable! ese maldito beso que habeis estam- pado en esa mano os ha de costar tantas gotas de sangre como gotas de hiel habeis derrama- do en mi corazon.	48
2. ^a ¡Téngase el hidalgo!.	93
3. ^a Las dos jóvenes del balcon lanzaron un grito do- loroso.	144
4. ^a ¿Dónde está la condesa?.	173
5. ^a ¡Oh! ¿quién eres?.	216
Don Antonio Mira de Amescua.	284
6. ^a ¿Quiénes son estos señores oficiales? pregunta don Juan de Austria.	346
Don Francisco de Quevedo.	350
7. ^a Vuestros son los seis mil escudos.	384
8. ^a ¡Señor, en España se respetan los enemigos!.	451
9. ^a En la puerta, cruzado de brazos, pálido como una estatua, mirando fijamente á María, esta- ba el conde de Montellano.	511
10. ^a ¡Tened piedad de mí!.	546









LA CAZA
de las
PALOMAS.

G 10498